

INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY  
ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS



# HOMENAJE

α

D. Raúl Montero Bustamante

Selección de sus Escritos Literarios e Históricos

PROLOGO DEL Dr. DARDO REGULES

TOMO II

MONTEVIDEO  
1955

BEHAR/94

# HOMENAJE

α

D. RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Selección de sus Escritos Literarios e Históricos





INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY  
ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS



# HOMENAJE

α

D. Raúl Montero Bustamante

Selección de sus Escritos Literarios e Históricos

PROLOGO DEL Dr. DARDO REGULES

TOMO II

MONTEVIDEO  
1955





# Iniciación del Uruguay en el Modernismo Literario

**E**XISTE confusión, y generalmente desconocimiento, acerca de las corrientes literarias que determinaron la iniciación del Uruguay en el modernismo, palabra un poco vaga con que se denomina el movimiento de renovación que, en las últimas décadas del siglo pasado, se produjo en las letras universales, especialmente en el género poético, y que llegó a nuestro país con bastante retraso. Tampoco se conocen con precisión los factores locales que intervinieron en los orígenes de ese movimiento que, prescindiendo de las exageraciones y desviaciones que siempre se producen en estas reacciones de la cultura, enriqueció el lenguaje literario con nuevos vocablos y formas sintácticas, le dió mayor libertad, descubrió en él nuevos valores eufónicos e inventó nuevas maneras de expresión que corresponden a matices del pensamiento y, sobre todo, de la sensibilidad, que hasta entonces no habían encontrado cabal forma, precisamente por su imprecisión y sutilísima trama psicológica, y que constituyen la sustancia o la esencia de los estados de alma a que ellos corresponden.

La revolución romántica, que produjo la impetuosa invasión del yo en el proceso de la creación literaria y, con ella, la confidencia y el estado de constante confesión de los poetas y escritores, cuyo origen se remonta a Juan Jacobo Rousseau, aunque puso en evidencia la intimidad de las almas, atada, todavía, por la preocupación retórica y la pompa del

---

(1) Estos apuntes son trasunto de las conferencias leídas en la Academia Nacional de Letras.

color literario, ignoró estos sutiles matices y, sólo en casos muy excepcionales, fué capaz de expresarlos. El realismo y el naturalismo, preocupados de la realidad, de la pseudo verdad, del documento humano y, especialmente, de las apariencias formales, se desinteresaron de los fenómenos del espíritu y de toda metafísica, y procuraron que el lenguaje fuera también reflejo exacto de la realidad, o sea de las cosas tangibles, para lo cual crearon el concepto material de las cosas abstractas.

Fué, sin duda, la exageración de este concepto, causa originaria de la reacción que produjo el advenimiento de las escuelas literarias que, abjurando de la realidad grosera, buscaron en la zona de la sensibilidad superior, y en los arcanos del espíritu, elementos con que expresar los estados de alma exacerbados por la desorientación y la angustia con que declinó el siglo XIX, que no hallaban ambiente ni idioma en la filosofía y en las escuelas literarias entonces en boga.

Así nacieron las “capillas” decadentes, transformadas luego en escuelas y, por fin, en influencia universal que, en todas las latitudes de la tierra, conmovió la inteligencia y la sensibilidad de poetas y escritores, que, como hemos dicho, libertó el lenguaje literario de fórmulas caducas, lo limpió de triviales y repetidas “campanas de palo” y descubrió en él nuevos matices musicales y nuevas posibilidades de expresión, capaces de sugerir los más vagos estados de alma, los más sutiles movimientos del pensamiento, de la imaginación y de la sensibilidad, y aun eso que ahora se da en llamar lo subconsciente, o se le bautiza con el nombre convencional de subrealismo o elevación espiritual, a lo que el concepto platónico dió el alcance de iluminación o posesión del poeta por el dios propicio, arrebató de que no hizo mucho caso el escéptico Horacio, y que, en la época romántica, se llamó inspiración.

Es útil establecer con precisión cuáles fueron las corrientes literarias que trajeron a nuestro país el modernismo, cuáles los cauces que éste encontró, cuáles fueron sus primeras manifestaciones, quienes fueron sus iniciadores y pro-

pulsores y en que forma halló desarrollo y se incorporó definitivamente a la cultura nacional. Con ésto se aportan materiales para cuando se escriba con método y amplitud la historia literaria del Uruguay.

Quienes fuimos testigos de la iniciación del modernismo en nuestro ambiente, y seguimos con inquieta curiosidad el proceso, y tuvimos cierta intervención, por modesta que ella haya sido, en su desarrollo y orientación, prestamos, sin duda, un servicio a las letras nacionales, al exponer, aunque sólo sea en forma de apuntes, este interesante capítulo de nuestra cultura, e incorporar a él nuestros recuerdos personales.

\*  
\* \*

Digamos, antes que nada, que el modernismo literario, en su más amplia acepción, tuvo en nuestro país manifestaciones esporádicas y puramente personales desde la penúltima década del siglo último, manifestaciones que pasaron inadvertidas, no solamente al público, sino a los hombres de letras y, acaso, a los propios poetas de quienes procedían, quienes, ajenos en este aspecto a influencias foráneas, buscaban espontáneamente nuevas formas de expresión. Esas manifestaciones, trasladadas al período modernista, habrían sido consideradas como elementos revolucionarios.

Un emiente crítico venezolano ha dicho que en Zorrilla de San Martín, como en Víctor Hugo, estaba ya el germen de las nuevas escuelas literarias, y ha aducido como prueba de su aserto la imagen que emplea el poeta, en la estancia XVII del canto segundo de *Tabaré*, cuando se refiere a las nubes que comienzan a ocultar la luna:

los perros negros que a beber comienzan  
su tibia claridad.

figura que, realmente, no desdeñaría utilizar un poeta ultra moderno.



He aquí dos ejemplos más de estas novedades cuyo sentido no fué advertido en su época:

Sombras desnudas que pasáis de noche  
En pálidas bandadas,  
Goteando sangre, que, al tocar el suelo  
Como salvaje imprecación estalla.  
.....  
Donde vuelan los pájaros oscuros  
Que no duermen jamás.

Muchas de estas imágenes hay en el poema, como también maneras típicas de adjetivar: “sueño negro”, “viento negro”, y si hemos de aplicar la fórmula de Herder: “menos adjetivos; cultivemos el verbo”, hallamos, entre otras, estas maneras de usar lo que llamó Rivarol columna del lenguaje, cuando dice el poeta:

El sueño que en sus ojos se ha sentado,  
no se levantará!...

O cuando exclama:

Morir tú; grita el indio... Por el bosque  
el sueño negro pasa...

O cuando pregunta:

quién en medio de la noche  
con esa voz de mis ensueños anda?

Los verbos sentarse, levantarse, pasar y andar, que habitualmente expresan acciones simples y comunes, tienen aquí una fuerza de sugestión y un valor plástico que, si bien recuerdan la manera homérica y la expresión dantesca, y aun aquel verso de Hamlet: *The wind sits on shoulder of your sail*, “El viento está sentado en la vela de tu barco”, no recuerda menos la iluminación que de los más triviales verbos lograron los poetas revolucionarios.

Mas no solamente en *Tabaré* apuntan estas manifestaciones.

Ya en *La Leyenda Patria* se advierte, como consecuencia del predominio de la sensibilidad y la imaginación sobre los dictados de la preceptiva, cierto desorden que es mayor que aquél que Boileau, en su *Arte Poética*, toleraba en la oda:

Chez elle un beau désordre est un effet de l'art.

En una breve composición titulada *La soledad*, el poeta pone en labios de su misteriosa visitante estos versos que encierran imágenes nuevas:

de un desierto, me dice, de un desierto  
tendido en sus arenas abrasadas,  
de un bosque cuyos pájaros murieron  
en una noche demasiado larga.

He aquí dos imágenes novedosísimas tomadas de *El sueño de Artigas*:

Sentadas en las lomas  
Están las sombras negras...  
.....  
Las sombras que ocupaban la colina  
¿No han levantado y vuelto la cabeza?

Y esta otra de la elegía a la muerte del poeta español José Zorrilla:

Y salieron armadas muchedumbres  
Del fondo de los años,  
Hijas de las leyendas que el poeta  
De las entrañas se arrancó de cuajo.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero, prefiero referirme al gesto de franca insurrección contra la preceptiva que está contenido en la nota que el autor escribió para justificar el nombre de *Tabaré* dado a su protagonista, y el ca-

rácter épico que se propuso imprimir a su obra sin apelar a los elementos clásicos. Dice así el poeta: “¡La epopeya! oigo clamar al tratadista de retórica y poética. ¡La epopeya, con un salvaje obscuro por protagonista, y con un caserío y una selva por teatro! ¡La epopeya en verso asonantado, y sin octavas reales! ¡Oh, adoradores de las venerables tradiciones de la forma! Yo, que venero al viejo padre Homero; yo, que no concibo el arte sin la belleza de la forma, no creo, sin embargo, que esté dogmáticamente establecida la *forma de la belleza*”.

He aquí todo un programa de liberación retórica y de independencia poética, formulado quince años antes de que se produjera en nuestro país el advenimiento del modernismo literario.

Coincidiendo con estos conceptos, el crítico Lauxar, — pseudónimo que corresponde al Dr. Osvaldo Crispo Acosta, eminente escritor, y Profesor de Literatura de la Universidad,— ha estampado estas agudas observaciones relativas a *Tabaré*, en el extenso estudio sobre la obra de Zorrilla de San Martín que figura en su libro “*Motivos de crítica*”: “Examínese atentamente y se comprobará el engaño. Cuando fueron escritos no habían otros más complejos y sutiles en nuestra lengua. De ellos se desprende y nos penetra un sentimiento blando y vago de ternura óolorosa, de compasión envolvente, de inaprensible aspiración etérea. Se dice en ellos que una aureola sin sol dará un beso, que la madre muerta pondrá su dulzura en los crepúsculos azules, que los pájaros dormidos repetirán cánticos maternos: son cosas imposibles, hasta, si se quiere, absurdas, pero son al mismo tiempo maravillosas. Todo lo confunde, en el sentido etimológico de la palabra, una armonía de impresiones, y no son las notas aisladas lo que llega a vuestro espíritu, sino la esencia delicadísima que resulta de su asociación extraña. Nadie componía en castellano de esa manera cuando Zorrilla de San Martín modulaba su canto y, sin saberlo él mismo, realizaba lo que estaban intentando algunos poetas extranjeros, los simbolis-



tas, sólo imitados muchos años después en América y España”.

Y el mismo crítico afirma aún más este concepto con estas palabras: “Es curioso encontrar antes de 1890 en un poeta americano que no tiene contacto ninguno con la reciente poesía europea, esas derivaciones del romanticismo que intentan una expresión más imprecisa, más musical, más sugestiva, del sentimiento puro y acuden para ello al uso del símbolo vago, indefinido”. Y pregunta: “¿No hay en eso un indicio de cambio en la sensibilidad poética?”, para concluir con esta afirmación: “Son los primeros anuncios de la renovación que se producirá más tarde entre nosotros...”

Rafael Fraguero, en cierto sentido, fué discípulo de Zorrilla, y agregó al espíritu del maestro el heinismo, que fué también una forma de novedad y emancipación, de la que están empapados sus libros *Recuerdos viejos y Allegretto*, que será necesario poner en valor crítico alguna vez, para proclamar la existencia en nuestro parnaso de un gran poeta lírico casi olvidado. Por ahora citamos esta estrofa de la rima XXV de “*Recuerdos viejos*”, que encierra una bellísima imagen lograda con encantadora sinceridad:

Los harapos de nieblas y de brumas  
—Heraldos de la noche ya vecina—  
En las torres, pretiles y balcones  
Como paños de luto se prendían.

La influencia de Bécquer y Enrique Heine aparece también en Alfredo Zubiría, temperamento de decadencia como el de Fraguero, exacerbado por un estado mórbido, y de cuya modernidad puede juzgarse por el título de sus colecciones de poemas: *Flores enfermas, Faroles apagados, Luces errantes*; y también en la primera manera de María Eugenia Vaz Ferreira, a la que corresponden sus más bellas e intensas piezas líricas.

Carlos Roxlo, el ilustre poeta que, a menudo, ha sido calificado de retórico y reaccionario, contribuyó con bellísimas composiciones a la formación del pequeño ciclo heineano

que ha de definir el futuro historiador de nuestra literatura, como contribuyeron también a él Matías Behety, José G. del Busto, Joaquín de Salterain, Manuel Bernárdez, Guillermo P. Rodríguez y, aunque en esfera muy modesta, quien esto escribe, en sus mocedades, al finalizar el siglo pasado y comenzar el actual, cuando esta clase de poesía era, entre nosotros, una novedad.

Al recordar a Carlos Roxlo, no se debe olvidar que, en los días iniciales del modernismo, pagó tributo a la nueva escuela, y escribió los cuartetos en versos de diez y seis sílabas del poema *Gajos de hiedra*, en que se advierte la influencia de la lectura de Darío y Lugones y a que pertenece esta estrofa:

;Oh los duces resplandores de la lámpara bendita  
Que en tu alcoba centellea con medroso centelleo,  
Como un cirio que relumbra sobre el ara de la ermita  
Donde escribe cada noche sus misales el deseo!

Benjamín Fernández y Medina, entre otras composiciones que demuestran la curiosidad e inquietud del humanista, y su conocimiento del movimiento decadente antes de que se iniciara en el país, escribió, también bajo la influencia de Darío, un poema en que, con el mismo metro y acento del *Pórtico* de *Prosas Profanas*, canta a la Primavera en cuartetos semejantes a éste, que es el primero de la composición y que, no obstante su modernidad, tiene verdadero sabor clásico:

Viejo el invierno al revés de los viejos,  
que siguen toda mujer como hermosa,  
Huye a los montes, seguido de lejos  
Por Primavera, la joven graciosa.

También Víctor Arreguine sintió la influencia de las nuevas corrientes estéticas, como lo demuestra, además de la interpretación que del decadentismo hizo en la *Revista Nacional* en 1897, el breve poema titulado *Tarde de Grecia*, por la cual pasa un soplo de la musa de Darío:

Rosas de sangre, rojas rosas de llama,  
Rosas que evocan bocas de amor ansiosas,  
Que piden besos cuando el Sol las inflama,  
Fieras amantes, encendidas y hermosas!

Pasa el amado de los blancos cabellos,  
Anacreonte de cabellos de plata,  
Y los amantes tienen rojos destellos,  
Triunfan los himnos de la nota escarlata.

El viejo bardo tras los mirtos se aleja,  
El Sol poniente se sumerge en los mares...  
Del prado vuelve fatigada la abeja  
Con los postreros toques crepusculares.

Samuel Blixen, con su fino espíritu, su sensibilidad alerta, sus vastas lecturas y su sentido crítico había advertido y gustado las nuevas corrientes literarias. Se hizo eco de ello en su cátedra universitaria, en sus *Apuntes de historia de la Literatura*, en sus artículos críticos, en sus festejadas crónicas teatrales y en su revista *Rojo y Blanco* (1900) que abrió sus páginas a los nuevos poetas. En 1895 escribió en *El Día* un curioso artículo sobre Roberto de las Carreras, que entonces tenía sólo veinte años, y que comenzaba a interesar e inquietar a los hombres de letras con sus primeras poesías. En este artículo se preguntaba Blixen si el poeta era “un decadente auténtico”; pero, a renglón seguido, afirmaba que, si lo era, sería un caso aislado en América, un mirlo blanco, por su completa desvinculación con los escritores de Europa, pues no conocía a Verlaine ni a Baudelaire ni a Richepin ni a Rollinat, autores que, como todos los poetas de la lírica moderna francesa, tenía Blixen en su biblioteca, en las ediciones Lemerre de cubiertas amarillas. Sin embargo, de las Carreras era un decadente orgánico, y él mismo lo sentía así. En su sabrosa epístola titulada *Al lector*, que es lo mejor que escribió en verso, dice:

En este siglo enfermo, enfermo y decadente,  
Hay sed de original, un anhelo malsano  
Por todo lo que es nuevo...

Y era decadente también en la forma, pues a nadie se la había ocurrido aquí hacer uso del alejandrino, como no fuera para escribir tercetos u octavas italianas; él en cambio, lo usó, en este poema, en forma de cuartetos continuados. En él se encuentran curiosidades literarias, como la de rimar la palabra francesa *luth* con *vermouth*, audacia que habría sorprendido a los románticos de la cesura quebrada, y al propio Herrera y Reissig que surgió como jefe de escuela revolucionaria varios años después, y a quien también admiró Samuel Blixen, como lo veremos a su tiempo. Y aun cuando de las Carreras se suponía a ratos romántico, como lo era en su vida y en sus gustos, y declaraba que Byron y Musset eran sus dos parientes más cercanos, y efectivamente lo eran, su romanticismo fué de cuño decadente, como el de Verlaine y el de todos los “poetas malditos”, y muchas veces se convirtió en loco humorismo a lo Lautreamont, en mórbido erotismo, y en verdadero satanismo. Era ya un Dou Páez, ya un Rolla, ya un Don Juan, pero agreguemos que su byronismo aventajó al del propio Byron, pues si el poeta inglés no se atrevió a levantar el velo de sus miserias domésticas, develadas ahora por Charles Maurois, el poeta uruguayo proclamó su bastardía como un timbre de honor, gesto que habría asombrado, y sin duda conquistado a los corifeos de los cafés literarios del Barrio Latino donde el pobre Lelián ejerció su imperio. De todos modos, la sola presencia del poeta en las calles de Montevideo era ya un estímulo para las imaginaciones jóvenes predisuestas a las rebeldías literarias. Su dandismo fué una mezcla de Brummel, de D’Orsay y de Barbe y d’ Aurevilly que sólo tiene analogía con el del poeta de Dorian Gray, cuando paseaba sus extravagancias por *Hyde Park* y *Picadilly street*, en los fugaces días de su fortuna, que terminaron en el sombrío silencio de *New Gate*.

Todas estas eran manifestaciones de modernismo literario ajenas a las fórmulas consagradas y a la gran tradición que en la poesía española representaban en aquella época Campoamor y Núñez de Arce, los dioses reinantes que, con su retórica, su sonoridad, su espíritu filosófico y su elocuencia habían apagado los “suspirillos líricos de corte y sabor

germánicos, exóticos y amanerados'', como llamó Don Gaspar a la voz de Bécquer que, sin embargo, siguió y sigue escuchándose todavía, y no se apagará jamás, porque hay en ella, como en la de Alfredo de Musset y en la de Enrique Heine, el grito desgarrador de un alma.

También en la prosa se produjeron manifestaciones aisladas que demuestran que el modernismo comenzaba a inquietar los espíritus. De éstas, la más típica es la aparición de *El Extraño* de Carlos Reyles, esbozo de novela que pertenece a la serie *Academias* que dió origen a la polémica que el autor sostuvo con D. Juan Valera acerca del modernismo literario, en la cual Reyles afirmó su posición y sostuvo la necesidad de rever y renovar los cánones literarios que habían hecho su tiempo. *El Extraño* es un atisbo psicológico que anunciaba ya la novela *La raza de Caín*, aparecida recién en 1900, libro profundamente saturado de sentimiento literario moderno, sentimiento que trasciende hasta de la forma de presentación del libro, ricamente impreso en papel apergaminado y ornado con ilustraciones, viñetas y mayúsculas historiadas, ejecutadas, dentro del *art nouveau*, pero con patético sentido, por el artista italiano A. Bosco. Esta novela está concebida bajo la influencia de Paul Bourget y Maurice Barrés; a pesar del realismo que hay en ella, el romanticismo mundano y elegante del novelista psicólogo del *faubourg* Saint Germain, y del dandi de *Un homme libre*, han penetrado la sustancia de la novela y le han impreso un sello aristocrático y de buen tono y, sobre todo, inconfundible acento ultra moderno.

Estos libros inician en la historia literaria del Uruguay esa forma de novelar en que la introspección y el auto análisis son elementos esenciales de la creación artística. El autor procura conciliar en ellos la sequedad y aridez del análisis stendhaliano con el sabor romántico y la distinción verbal de sus maestros. Casi siempre alcanzan, en las confidencias y confesiones, tono autobiográfico; los soliloquios adquieren el acento de páginas de diario íntimo a lo Amiel; los personajes, aunque diversificados y estilizados tienen inconfundible aire de familia; los caracteres son dúplicas más o me-

nos disfrazadas de un tipo central, personaje que comenzó a vivir en *El Extraño*, para torturarse, y logró carácter épico en *La Raza de Caín*. Es este un Hamlet moderno, un intoxicado de civilización y cultura que lleva en su mórbida sensibilidad todos los estigmas de esa raza de inquietos, ansiosos y atormentados descendientes de Saint Preux, que se llaman René, Werther, Adolfo, Obermann, Octavio, y que Bourget refundió en el Paul Larcher de la *Physiologie de l'Amour moderne* y en el Robert Greslou de *Le Disciple*, y Huysmans en el Des Esseintes de *A Rebours*, ascendientes directos de los decadentes fin de siglo. La figura central femenina, la *Taciturna*, trasunto de Eleonora, de Corina, de Mariana, de Ligeia, muchedumbre de mujeres fatales en quienes la belleza tiene algo de sepulcral y a quienes el amor conduce a la locura y a la muerte, es flor del mismo invernadero. En las páginas de *La Raza de Caín*, además de los personajes y caracteres, hay otros elementos inquietantes: la manera refinada y sutil con que el autor decora el estudio de su personaje central, verdadero laboratorio de decadencias: muros cubiertos de estampas de Grasset, Mucha y Berthon, copias de Botticelli, Rossetti y los modernos prerafaelitas, dibujos arrancados de *L'Image* y *L'Hermitage*, recuerdos del Rin, del Cairo y del Japón, muebles versallescos, láminas femeninas Luis XV, ediciones primorosamente encuadernadas de *Las Confesiones de Rousseau*, del *Adolfo* de Benjamín Constant, del *Diario* de María Bashkirseff y del *Diario Intimo* de Amiel, de *Las Flores del mal* de Baudelaire, de todos los torturados, los diletantes y los dandis. ¿No recuerda esto el interior de Des Esseintes?

Este disector de almas que perteneció a la raza de que habla un crítico, “formada por los inquietos lúcidos, entre los cuales se han reclutado los grandes pintores de pasiones” conservó siempre el acento y el estilo. Lo impuso a su obra y a su vida. Bourget, en 1889, dedicó *Le Disciple* a la juventud francesa de 1889, en un pequeño sermón laico que es un verdadero documento humano. Reyles, diez años después, en 1900, dedicó su libro a la juventud de su país con estas sobrias y casi silenciosas palabras: “Respetuosa y

humildemente dedico a la juventud de mi país, este libro doloroso, pero acaso saludable". Dos líneas apenas, pero, ¡cuánta elocuencia en ellas! Cómo sentía también Reyles, en aquellos momentos, la misma angustia y desencanto que el siglo que moría dejó en el alma de Rodó, y como sentía, de la misma manera que éste, la nueva revelación literaria y moral que traía para la humanidad el siglo que alboreaba.

•  
\* \*

Tendiendo la vista hacia horizontes más vastos, agreguemos que en Buenos Aires, ciudad con la cual mantenía la nuestra en aquella época estrechas relaciones literarias, que hoy infelizmente se han debilitado, habían sonado también, voces aisladas de renovación, anteriores a la insurrección modernista. Olegario Andrade, tan olvidado hoy a pesar de la edición de sus obras que acaba de hacer la Academia Argentina de Letras, en sus grandes sinfonías hugueanas halló imágenes que habrían engarzado sin desmedro en *Los centauros* de Darío, como aquella del *Prometeo*:

Sobre negros corceles de granito  
A cuyo paso ensordeció la tierra...

o aquellas figuras del apóstrofe a Júpiter:

La turba ladradora de tus vientos,  
Sacude los andrajos de tus nubes...

Con anterioridad a Andrade, y como antítesis del ilustre poeta, Ricardo Gutiérrez, en el *Libro de las Lágrimas*, creó una estrofa personal, ya observada por Rodó, con un ritmo y una asordinada música que, como las *Rimas* de Bécquer, demostró las posibilidades del idioma castellano para expresar vagos estados de alma y matices de la sensibilidad, y anunció así el advenimiento de los poetas nuevos, los cuales, en el orden subjetivo, no lograron, por cierto, superar la be-

lleza de los cantos del melancólico autor de *Lázaro*. Matías Behety, nuestro compatriota, y Gervasio Méndez, hallaron originales acentos, y se hermanaron con los precursores de la nueva lírica en América: Pérez Bonalde, el poeta elegíaco venezolano, traductor de Heine, Julián del Casal, el poeta cubano de las turbadoras rimas, y Gutiérrez Nájera, el alado poeta mejicano. En cuanto al profético Almafuerte, confundió su encendido verbo con el del mejicano Díaz Mirón, el del venezolano Andrés Mata y el del peruano Santos Chocano.

Pero, entre todas estas voces, que aquí y allá anunciaban ya la revolución poética que se iba a producir, y de que fué paladín Rubén Darío, hubo una cuyo eco no se ha extinguido todavía: la del poeta colombiano José Asunción Silva. Esa voz, que sonó en pleno reinado de la poesía tradicional, nos sumió entonces en verdadera embriaguez lírica, y aun la experimentamos cuando los delicuescentes versos del poeta suicida caen bajo nuestros ojos. El sombrío romanticismo esproncediano que trasciende de las estancias de *El estudiante de Salamanca* y *El diablo mundo*, y, sobre todo, la pompa lírica, y más que lírica retórica, de las dulces estrofas de *El idilio* y de las rotundas décimas de *El vértigo*. De Núñez de Arce, y el espíritu filosófico y desencantado de las *Doloras* y los poemas de Campoamor, que habían ahogado el hondo y humano subjetivismo del poeta de las *Rimas*, cedieron ante el hechizo de la nueva voz, que es preciso escuchar para comprender cual fué la impresión que ella produjo sobre la generación que comenzó a pensar y sentir en la última década del pasado siglo:

Una noche,  
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de  
músicas de alas,  
una noche  
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las  
luciérnagas fantásticas,  
a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda,  
muda y pálida



como si un presentimiento de amarguras infinitas  
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,  
por la senda florecida que atraviesa la llanura  
caminabas,  
y la luna llena  
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía  
su luz blanca;  
y tu sombra  
fina y lánguida,  
y mi sombra  
por los rayos de la luna proyectadas,  
sobre las arenas tristes  
de la senda se juntaban,  
y eran una una,  
y eran una una,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga.

Esta noche  
solo; el alma  
llena de las infinitas amarguras de tu muerte;  
separado de tí misma por el tiempo, por la tumba y la  
distancia,  
por el infinito negro  
donde nuestra voz no alcanza,  
mudo y solo  
por la senda caminaba...  
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,  
a la luna pálida...  
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba  
tus mejillas, y tus sienes, y tus manos adoradas  
entre las blancuras niveas  
de las mortuorias sábanas.  
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,  
era el frío de la nada.

Y mi sombra,  
por los rayos de la luna proyectada  
iba sola,  
iba sola,  
iba sola por la estepa solitaria.

Y tu sombra esbelta y ágil,  
fina y lánguida,  
como en esa noche tibia de la muerta primavera,  
como en esa noche llena de murmullos, de perfume y  
de músicas de alas,  
se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella... ¡Oh! las sombras en-  
lazadas!  
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las  
sombras de las almas!  
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tris-  
tezas y de lágrimas!

¿Se alcanza el efecto que haría en nosotros, adolescen-  
tes, esta música nueva, esta manera, más que de decir, de  
sugerir, este desbordamiento de mortal melancolía, este su-  
cederse de versos de cuatro, ocho, diez y veinticuatro sílabas,  
este dulce y desgarrador canto de la rima asonantada, estas  
repeticiones que eran como revolver el lacerante hierro en  
la sangrante herida, esta mezcla de tristeza, de misterio, de  
sombra, de angustia, en que la vida cobra trazas de muerte  
y la muerte trazas de vida, esta peregrinación de fantasmas  
por las desoladas estepas de soledad y de hechizo? ¿Cómo el  
hálito que brota de este poema y de otros semejantes, que  
tiene algo de la enervante melancolía que las nuevas gene-  
raciones encuentran hoy en las desgarradoras melodías de  
Debussy o en las angustiosas melopeas de Ravel, podía com-  
pararse con las *Doloras* de Campoamor y los esculturales ver-  
sos de Núñez de Arce? Fué de aquí, pues, y de las influen-  
cias directas que vamos a estudiar en seguida, de donde bro-  
tó la nueva fuente lírica, cuya agua apagó la sed de las nue-  
vas generaciones de que Rodó se hizo intérprete, cuando, en  
el ensayo *El que vendrá*, clamó por el Revelador que había  
de responder al llamado de las almas fatigadas y angustiadas  
por la realidad que, en vaso de oro, le habían ofrecido, como  
letal veneno, las escuelas naturalistas.

Mas, los elementos de renovación lírica a que nos hemos  
referido en lo que se refiere a nuestro país, fueron voces ais-  
ladas que sólo ejercieron influencia sobre un escasísimo nú-

mero de poetas y escritores, que las advirtieron y las escucharon. El órgano que realmente difundió y puso en valor crítico las nuevas corrientes literarias, y preparó así el terreno para la futura cruzada, fué la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, verdadera cátedra que alcanzó autoridad magistral y ejerció perdurable influencia sobre el medio ambiente. Con el objeto de documentar históricamente los orígenes de este movimiento esencial de la evolución literaria del país, vamos a situar en el tiempo, y a definir en su significado, aquella alta cátedra de cultura.

\*  
\* \*

La *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, cuyo primer número apareció en Montevideo el 5 de marzo de 1895, y cuya vida se prolongó hasta el 25 de noviembre de 1897, no obstante la brevedad de su ciclo, representa una etapa esencial en el desarrollo de nuestra cultura literaria. Por su valor intrínseco, por la jerarquía intelectual de sus directores, por la inquietud espiritual que provocó la revista en el medio ambiente, por la acción docente que ejerció y por la influencia que logró, puede compararse con *El Iniciador*, el periódico fundado en 1838, en Montevideo, por Andrés Lamas y Miguel Cané, que fué realmente el iniciador del Romanticismo en el Río de la Plata, pues en sus páginas se publicaron, examinaron y comentaron, en forma crítica, las piezas esenciales de la nueva escuela. Se hallan en ellas, entre otras piezas fundamentales, el *Hernani* de Víctor Hugo, *El Pirata* de Espronceda y *El bulto vestido de negro capuz de Escosura*. Byron, Lamartine, Lamennais, Heine, Manzoni, Silvio Péllico, Ochoa fueron dados a conocer por aquel periódico. La *Revista Nacional* tiene también semejanza con la *Revista de la Sociedad Universitaria*, los *Anales del Ateneo del Uruguay* y la *Revista del Plata*, periódicos que fueron, a su vez, los órganos de cultura que difundieron en nuestro país las doctrinas filosóficas positivistas que predominaron en la última mitad del siglo pasado, y las escuelas literarias

que de ellas derivaron, las cuales sufrieron el examen de los redactores de la *Revista de la Academia del Uruguay*, órgano de los principios filosóficos ortodoxos, pero que, en materia literaria, se orientó dentro de un concepto ecléctico de amplia libertad.

La *Revista Nacional* de 1895 mantuvo también en su dirección el más amplio sentido ecléctico, así en el terreno filosófico como en el de las letras; en aquél, sus directores y colaboradores expusieron por igual las ideas positivistas o espiritualistas, y en éste, se advierte el verdadero concepto de libertad que inspiraba la selección de las colaboraciones en prosa y verso. Pero, hay más; en esta revista, como en *El Iniciador* de 1838, la dirección ejerció el sentido de observación y de crítica, con el fin de informar a los lectores acerca de las corrientes literarias que, en aquella época, agitaban los grandes centros de cultura del mundo, y habían tenido ya honda resonancia en varios países de América.

Esta publicación comenzó a aparecer en Montevideo los días 5 y 20 de cada mes y, luego, desde el N.º 9, apareció los días 10 y 25. El primer número lleva, como hemos dicho, la fecha 5 de marzo de 1895. Cada entrega estaba formada por un pliego de 16 páginas, de gran formato, impreso a tres columnas. Se imprimieron los 4 primeros números en la imprenta *L'Italia*, y los siguientes en la Tipo-Litografía Oriental de los Sres. Peña e hijos, calle de los Treinta y Tres N.º 112. La colección está constituida por tres tomos, de los cuales el tercero quedó inconcluso. El primer tomo consta de 24 entregas y de 394 páginas de prosa y verso. El primer número de este tomo tiene la fecha indicada, y el último la de 25 de febrero de 1896. Lleva, además, una portada tipográfica impresa a dos colores, (negro y rojo), en cuya parte superior, como al frente de todos los números, figuran los nombres de los miembros de la redacción, en el siguiente orden: Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil, José Enrique Rodó. Figura, además, en la portada, una pequeña viñeta tipográfica, en la cual aparece un libro abierto, apoyado sobre cuatro volúmenes cerrados y apilados, detrás de los cuales asoma un pliego de papel enrollado. Delante del

libro hay un tintero con una pluma de ave, todo abrazado en la parte inferior por dos ramas de laurel, entrelazadas en los extremos, y coronado por la palabra latina: *Laboremus*, que es con la que concluye el Programa de la revista. Sigue a la portada un índice alfabético de los nombres de los autores de las colaboraciones insertas en el volumen, lo cual forma un pliego de cuatro páginas, numerado con signos romanos.

El segundo tomo tiene las mismas características del primero. Contiene 24 números, que integran 384 páginas, y llevan fechas del 10 de abril de 1896 al 25 de marzo de 1897. El tercer tomo, cuya impresión sufrió atraso, a consecuencia de la guerra civil que estalló en ese mismo mes de marzo, comienza con el N.º 49, fechado el 10 de junio de 1897, y alcanza hasta el N.º 60, que está fechado el 25 de noviembre del mismo año. Consta de 192 páginas, y, al pie de la última de ellas, figura una nota compuesta en gruesos caracteres, en la cual se advierte que, desde la próxima entrega, la revista modificaría “sus condiciones materiales y aparecería en la forma adoptada universalmente por las principales publicaciones de su índole”. Agregaba que la revista, en lo sucesivo, aparecería mensualmente, y que cada número formaría un opúsculo de 64 páginas del formato de la *Revue des Deux Mondes* y de *La España Moderna*. Advertía que el N.º 60 cerraba el tomo tercero de la publicación, y que el índice y portada del mismo serían distribuidos a los abonados.

Ni la revista de nuevo formato ni el índice y portada anunciados en el aviso del número 60 fueron impresos. La publicación, que había logrado singular prestigio, difusión y nombradía, dentro y fuera del país, terminó allí. “La guerra que había azotado al país durante el año 1897, contra el Presidente Idiarte Borda, dice Pérez Petit en su libro *Recuerdo*, la fatiga mental que tres años de esfuerzos y preocupaciones continuos nos había propiciado; la necesidad de ejercitar nuestra acción en otro terreno, otras más pequeñas causas aún — nos condujeron a hacer cesar la *Revista Nacional*”. Así quedó interrumpida definitivamente la publicación de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, no obstante los buenos propósitos de algunos de sus redactores, que no se realizaron. La cultura del país se vio privada de aquel ór-

gano de publicidad, cuya breve historia, que no llega a tres años, llenó, sin embargo, uno de los jalones fundamentales de la evolución literaria del país.

Al frente de la revista figuraban, como hemos dicho, los nombres de los miembros de la redacción del periódico: Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil, José Enrique Rodó. De estos escritores, que constituyen una de las más preclaras agrupaciones de hombres de letras que ha tenido el país, sobrevive gallardamente Carlos Martínez Vigil, (1) que persevera en su labor magistral de escritor y filólogo. Los tres redactores que figuraban en primer término eran, en aquella época, jóvenes y brillantes estudiantes de derecho. Rodó, en cambio, había abandonado los estudios universitarios antes de terminar el bachillerato.

De los cuatro redactores, el que en aquella época tenía notoriedad literaria era Víctor Pérez Petit, cuyas ardorosas críticas habían alcanzado verdadera resonancia, a lo que había agregado el éxito del estreno del drama *¡Cobarde!*, que fué clamorosamente aplaudido en el escenario del antiguo teatro Politeama.

La labor de la revista decidió la vocación literaria de sus redactores. Rodó y Pérez Petit se consagraron especialmente a la crítica y al ensayo, aun cuando el segundo de ellos cultivó también el cuento, la novela, la poesía, los estudios de carácter humanístico, y perseveró en el género dramático. Daniel Martínez Vigil se dedicó, sobre todo, a la poesía, sin perjuicio de escribir notables páginas de encendida prosa, en las cuales despuntaban el sentido filosófico, y la elocuencia que pronto hizo de él uno de nuestros más brillantes tribunos. Carlos Martínez Vigil, concediendo a la poesía satírica su fácil e ingeniosa vena, que también se ensayó con fortuna en el género lírico, se consagró al estudio de las ciencias del lenguaje, disciplinas en que alcanzó la autoridad magistral de que hoy goza en los países de habla española, y que le per-

---

(1) Pocos meses después de escritas estas páginas, cuya lectura alcanzó a escuchar, falleció el Dr. D. Carlos Martínez Vigil.

mitió, desde aquellos días, manejar la prosa con singular pericia, en juicios críticos y reflexiones literarias y filosóficas que no han perdido actualidad, y revelar, mediante ese instrumento, la vasta cultura que ya poseía, acrecida hoy por más de medio siglo de constante ejercicio en el campo de las bellas letras.

El ambiente en que nació y se desarrolló la revista ha sido pintorescamente descrito por Víctor Pérez Petit en su libro *Rodó*, en cuyos capítulos narra, en animada forma, la lucha que sostuvieron sus redactores, en primer término con la indiferencia pública, y luego con colaboradores, tipógrafos y correctores, sin que falten en la descripción los episodios de que fueron protagonistas los cuatro camaradas, que llegaron hasta ayudar, en el taller, a doblar los pliegos del periódico, y uno de ellos, Carlos Martínez Vivil, que conocía algo del arte tipográfico, a componer, en momentos de apremio, algunas galeradas. Las anécdotas, felizmente escritas por Pérez Petit en beneficio de nuestra historia literaria, demuestran que algo del espíritu de la alegre bohemia juvenil presidió el grupo de amigos, y revelan que, en ellas, primó el buen humor de Rodó, — a quien muchos han supuesto hombre taciturno y misántropo, — al que no fué en zaga el de sus compañeros, que rivalizaron con aquél en ingenio y gracia.

La redacción de la revista estaba instalada en la calle de los Treinta y Tres, N.º 219, acaso para que el recuerdo de los cruzados de 1825 mantuviera el coraje de los nuevos campeones de esta otra cruzada de cultura; pero, se constituía por igual, en la casa de los Martínez Vigil, en la mesa del café, en un banco de la plaza, en la misma calle, a cualquier hora del día o de la noche, cuando los intrépidos redactores realizaban sus tenidas y parrandas, exclusivamente literarias, en que, salvo las concesiones hechas al ingenio y al sentido cómico de los cuatro escritores, se debatían los más altos y complejos temas relacionados con las letras, el arte, la filosofía, la sociología, el derecho y, a las veces, la política. Por otra parte, la actividad literaria, las vinculaciones creadas con los escritores nacionales y extranjeros, las epístolas alentadoras, la lectura de libros y revistas que llegaban profusa-

mente a la redacción, procedentes de todos los países de habla castellana, estimularon la curiosidad de los jóvenes literatos, abrieron nuevos horizontes a su cultura, y les sugirieron temas y motivos de poesías, ensayos, estudios, cuentos, novelas y todo género de trabajos literarios.

Los escritores del país y de América, y el público en general, se interesaron vivamente por el nuevo cenáculo literario que había surgido en Montevideo, y siguieron con viva curiosidad la aparición de los números sucesivos de la revista, al extremo que este hecho constituía un acontecimiento que despertaba verdadera expectativa, especialmente entre los adolescentes y jóvenes, que considerábamos aquel cenáculo como un verdadero Olimpo.

De esta inquietud y actividad intelectual, en la cual sus rectores cuidaban, en primer término, la conservación de las buenas tradiciones idiomáticas y literarias, surgió un sabroso capítulo de la historia literaria del país, y de él, un aspecto, cuyo examen es el principal objeto de estos apuntes.

\*  
\* \*

Afirmemos, sin embargo, desde ya, que el sentido de renovación literaria no se advierte, ni en el Programa de la revista, ni en el primitivo elenco de colaboradores nacionales a que éste hace referencia, ni en los otros muchos, también nacionales, que luego lo integraron. Aquél, en el que no es difícil reconocer la pluma de Pérez Petit, además de las frases que son lugares comunes usados en todos los programas de publicaciones que se inician, justifica la fundación del periódico con las siguientes palabras: "Dejábase sentir desde algún tiempo acá la necesidad de una revista que reflejara con exactitud la vida cerebral de las nuevas generaciones; que fuera la expresión genuina de cuanto atañe a los levanta los ideales que persigue en materia científica y literaria, y que no tuviese atinencia con el carácter distintivo de las hojas diarias de publicidad, las cuales, por el propio ministerio para que han sido fundadas, prestan más atención al teje maneje de la política y a las informaciones del noticierismo sen-



sacional, que a los trabajos de la abstrusa ciencia o de las letras humanas". Se refería, en seguida, a la displicencia de la juventud contemporánea que, a la inversa de otras generaciones, se veía privada de una publicación que exteriorizara sus anhelos, diera cuerpo a sus aspiraciones y patentizara las dotes y cualidades de que se hallaba investida. Agregaba que esa juventud esterilizaba "sus más poderosas energías en una estagnación que si bien podía ser considerada por los menos cavilosos como demostración de la indiferencia y apatía musulmánicas, tan conforme con la peculiaridad de la raza y las tendencias laxas que privan en las corrientes científicas del presente siglo, podía con igual justicia ser señalada por los más optimistas como sintomatología precursora de un estado decadente, sino anómalo, del pensamiento nacional".

He ahí cuanto hay de conceptual en el Programa, pues lo demás, es puramente informativo. Como se ve, se trata de una crítica negativa del estado de ociosidad, pereza o indiferencia de la juventud de la época, nó frente a determinados problemas de actualidad literaria, científica o de otra índole cualquiera, a los cuales no se hace referencia alguna, sino frente a las actividades generales de la inteligencia. No hay, como se ve, referencia alguna a escuelas, tendencias o inquietudes literarias, y mucho menos a aquel movimiento de renovación, a que nuestro país era ajeno, que tenía por teatro, desde veinte años atrás, los grandes centros de cultura de Europa, de que participaban ya algunos de los países del continente y que, en breve, iba a hallar eco en las propias páginas de la revista.

Mas, es preciso advertir que ese eco no procedió de la juventud a que se refería el Programa, ni de los colaboradores locales que éste nombra, ni de los muchos que luego incorporó la redacción a su elenco, pues estos escritores no participaron del movimiento modernista; lejos de eso, perseveraron en su adhesión a las fórmulas literarias tradicionales que, en aquella época, eran unánimemente acatadas en el país. El movimiento de renovación procedió de la curiosidad e inquietud de dos de los redactores de la revista: José Enrique Rodó y Víctor Pérez Petit, y de la intervención de los colaborado-

res extranjeros, entre los cuales figuraron precisamente los iniciadores y jefes del movimiento literario modernista en la América Española.

Este hecho se comprueba con sólo examinar las páginas de la revista. El primer número que lleva, como hemos dicho, la fecha 5 de marzo de 1895, inserta fragmentos de la oda de corte romántico *La marcha de los héroes*, de Manuel Bernárdez; cinco décimas criollas escritas en lenguaje culto, de Elías Regules, tituladas *Horas dulces*; una oda *A Grecia*, de corte clásico, de Víctor Arreguine; tres estrofas de acento bequeriano, o acaso heineano, de María Eugenia Vaz Ferreira, tituladas *La eterna canción*, en las cuales ya se revelaba el temperamento de la poetisa, y que son acaso lo más moderno del material poético de este número; una composición de Daniel Martínez Vigil titulada *Ideal*, digna de Díaz Mirón, seguida de una colección de *Minucias*, que tiene algo del espíritu filosófico y lírico de las *Doloras* de Campoamor; un poema de José Espalter titulado *Reminiscencia*, escrito dentro del género del poeta español José Selgas; un soneto jocoso de don Tomás Claramunt, titulado *Ideal de un niño*, que podría ser firmado por Manuel del Palacio, y otras décimas de carácter criollo de F. Pisano. He aquí todo el material poético del primer número.

En cuanto a la prosa literaria la representaban: un erudito estudio de Víctor Pérez Petit sobre la traducción de las Odas de Horacio de Osvaldo Magnasco; un hermoso ensayo de crítica naturalista de Eduardo Ferreira sobre la novela *Beba* de Carlos Reyles, y otro ensayo de José Enrique Rodó sobre *Dolores* de Federico Balart, en que ya despunta la personalidad del autor que, al hacer el elogio del poeta romántico, concede su preferencia a este género de poesía sobre el de “las escuelas de decadencia” francesas, de las que habla vagamente, así como de la influencia de éstas en España, que personifica en Salvador Rueda, a quién elogia con entusiasmo. Al referirse a la “revolución literaria” y al “parnasianismo francés”, dice que de éste proceden “las novedades métricas” de Darío en América, y las de Ferrari y Shaw en España, y aun “las derivaciones diversamente modificadas de

la escuela del poeta de *La selva oscura*, (Núñez de Arce), caracterizado todo, agrega, por el culto severo de la forma". En cuanto a la referencia a Salvador Rueda, justo es recordar que el poeta español, que nada tenía que ver entonces con tales influencias francesas, escribió, meses después, a Rodó, lo siguiente: "Para hacer ver a Vd. que mi pobre musa no ha pasado por París ni con el pensamiento (como Vd. parece que se inclina a creer) baste decirle que hasta hace medio año no he abierto una gramática francesa y que ahora mismo empiezo a traducir con trabajo la lengua de Hugo".

De todos modos, este es el primer atisbo de modernismo que se advierte en la revista. Con ser tímido y no muy bien informado, denuncia que Rodó tenía ya el concepto, aunque no muy definido de la renovación de las formas poéticas que se venía produciendo en Europa y América. Un suelto de la gacetilla de la revista anuncia, por otra parte, la próxima aparición de *Poemas de la carne*, de Guillermo P. Rodríguez, "poesías inspiradas en la crudeza de Richepin", dice, lo cual es un nuevo signo del conocimiento de los poetas franceses modernos, pero no un juicio exacto sobre el poeta uruguayo.

Esta gacetilla es un índice de lo que entonces se producía en Montevideo, y da idea de cual era la posición de nuestras letras dentro de la evolución universal que entonces se desarrollaba: daba cuenta de la publicación de la novela *Lucía* de José Espalter, la *Antología de poetas uruguayos*, y *Aldea*, colección de sátiras de costumbres literarias de Víctor Arreguine, *Cantos del camino* de Manuel Bernárdez, *Uruguay*, cuentos criollos de Santiago Maciel, *La tapera* y *Poesías* del mismo autor, y *Poesías criollas* de Orosmán Moratorio.

Las colaboraciones poéticas de autores nacionales que la revista insertó en los números sucesivos son del mismo género de las que hemos señalado, y obedecen al mismo concepto estético, inspirado en el romanticismo fin de siglo, y ajeno completamente al movimiento de reforma de la métrica, del nuevo sentido musical del verso y de la esencia poética, que propiciaba la revolución modernista.

En cuanto a la prosa literaria de los autores nacionales que colaboraron luego en la revista, se orientaba, por lo ge-

neral, especialmente en el cuento y la novela, hacia el naturalismo, aunque en el fondo, eran éstos simples brotes románticos. Era tal el arraigo que logró el romanticismo en nuestro país, que poco lograron contra él el filosofismo y científicismo, que se ejercitaron en las veladas y en los órganos de publicidad de la Sociedad Universitaria y el Ateneo. Ni el darwinismo, ni las nuevas escuelas filosóficas influyeron sobre los poetas y prosistas puros. La filosofía spenceriana, por ejemplo, que tuvo tanta boga, más bien contribuyó, con sus aparentes negaciones, a abrir el mundo misterioso de "lo incognoscible" a la imaginación y la fantasía, y alimentar así el númen romántico. Carlos Reyles, por ejemplo, publicó en la revista un cuento titulado *La odisea de Perucho*, trabajo de tendencia naturalista, como su novela *Beba*, pero tocado de hondo romanticismo.

Otros trabajos literarios, incluído un "cuento decadente" de Víctor Pérez Petit a que luego nos referiremos, aunque pretendieron reflejar el espíritu de la revolución literaria y artística que dominaba los grandes centros de cultura de Europa y de varios países de América, fueron simples brotes románticos o, en otros casos, reflejos de la escuela de Meán que estaba ya en declinación.

\*  
\* \*

Entre las estrofas de los poetas románticos, las páginas de los prosistas, los notables estudios filológicos de Carlos Martínez Vigil y los ensayos filosóficos, jurídicos, políticos y sociales de los profesores y estudiantes de derecho de la época, sonaron en las páginas de la revista, como un nuevo idioma, los ensayos críticos de Rodó y Pérez Petit.

José Enrique Rodó, dotado de amplia comprensión, de ya rica cultura literaria y filosófica y, sobre todo, de un instrumento que iba afinándose para encontrar el más noble tono del estilo, era realmente una voz nueva en este concierto de voces. Logrado ya el dominio del lenguaje y el acañizo del estilo en la severa disciplina que dió origen a sus austeros

ensayos sobre Juan María Gutiérrez, *El americanismo literario*, *El Iniciador*, y otros estudios no menos graves y jugosos, en el N.º 30 de la revista (tomo II, pág. 81) escribió su breve ensayo, dedicado a Pérez Petit, titulado *El que vendrá*, que está timbrado con este significativo acápite de Kenán: *Une immense attente remplit les âmes*.

Hemos dicho en otra ocasión, que esta página es un documento humano. Lo es, en cuanto resulta la confidencia y el grito de un hombre que, al finalizar el siglo XIX, siente la desolación, la inquietud y la ansiedad que en él ha dejado el áspero licor de las escuelas filosóficas y literarias; pero es también el anuncio del advenimiento de nuevos tiempos para la filosofía, las letras y las artes. En aquellos días declinaba el imperio del naturalismo literario, e imponía su reinado el positivismo filosófico. "Sobre el camino que conduce a Medán crece la hierba que denuncia el paso infrecuente", decía Rodó, y advertía que el espíritu columbraba nuevas e ignoradas regiones. Agregaba que era en vano alejar del ambiente de las almas la tentación del misterio y encerrarlas dentro del estrecho horizonte positivo. "El misterio indomable, exclamaba, se ha levantado más imperioso que nunca en nuestro cielo, para volver a trazar, ante nuestra conciencia acongojada, su martirizante y pavorosa interrogación" Tenía razón. Las escuelas filosóficas que pretendían abogar la inquietud metafísica, las "eternas voces interiores", hacían bancarrota, y el "yo" romántico volvía a erigirse, desorientado, pero más seguro de su imperio que nunca.

Rodó ofreció a los lectores de la revista en este ensayo, que tiene verdadero sabor romántico, el espectáculo que venía ofreciendo la cultura literaria de Europa y de algunos países de América. Las escuelas poéticas pasaban como meteoros luminosos: a las últimas formas neorománticas y al "Parnaso" habían sucedido voces nuevas, "generaciones que llegaban pá-lidas e inquietas". Predicaban los unos "contra el culto de la Naturaleza exterior el culto de la interioridad humana; contra el olvido de sí en la visión serena de las cosas, "la cultura del "yo". Otros rendían vasallaje al símbolo y a la imagen. Estos alzaban, "poseídos de un insensato furor contra

la realidad, que no pudo dar de sí el consuelo de la vida, y contra la Ciencia, que no pudo ser todopoderosa, un templo al Artificio y otro templo a la Ilusión y la Credulidad. Aquéllos se llamaron los demoníacos, los réprobos; hicieron coro a las letanías de Satán; saborearon cantando las voluptuosidades del Pecado descubierto y altivo; glorificaron en la historia el eterno impulso rebelde, y convirtieron la blasfemia en oración y el estigma en aureola de sus santos. Aquéllos otros volvieron en la actitud del hijo pródigo a las puertas del viejo hogar abandonado del espíritu — ya por las sendas nuevas que traza las sombras de la cruz, engrandeciéndose misteriosamente entre los postreros arreboles de este siglo en ocaso, ya por las rutas sombrías que conducen a Oriente, — y buscaron en la evocación de todas las palabras de esperanza y la renovación de todas las respuestas que dieron los siglos a la Duda, el beneficio perdido de la Fe”

Mas, todos los espíritus se sentían poseídos de la esperanza mesiánica, de la fe en el que había de venir. Todó se hacía el intérprete de este estado de alma universal y, sintiendo el vacío y el hastío del siglo expirante, creyendo llegada la hora, clamaba por el Revelador, por el Profeta que habría de traer el nuevo verbo.

El drama que revela este ensayo, aunque se desarrollaba en el mundo moral, buscaba su expresión en el orden estético y literario. Tan es así que en otro ensayo, titulado *La novela nueva*, escrito a propósito de *Academias de Reyes*, publicado en el N.º 42 de la revista (tomo II, pág. 273), luego de insistir sobre los mismos conceptos, decía: “Queremos oír vibrar en la palabra del Poeta las mismas voces que inquietan nuestro sueño, y verle palpitar con la propia sangre que se vierte de nuestras heridas”. Y advirtiendo ya la proximidad del arte nuevo, agregaba: “He aquí que una ola nueva se levanta. Los vientos que la empujan difunden por todas partes el llamado de una renovación... El arte nuevo, nacido de estas mismas aguas acerbadas, ha de ser la espuma que corone la ola”. Y volviendo la mirada hacia América, y hacia el coro de sus poetas revolucionarios, cuya voz no había escuchado todavía nuestro país, exclamaba: “La juventud que se levanta

ta en nuestros pueblos ha dado un cierto aire infantil, un cierto aire de trivialidad pintoresca, que suele hacer pensar en las graciosas puerilidades del Japón de Mme. Chrysanthème, a la ciudad de su arte. Nuestra reacción anti-naturalista es hoy muy cierta, pero muy candorosa. Nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad. Tenemos sí, coloraciones raras, ritmos exóticos, manifestaciones de un vivo afán por la novedad de lo aparente, osadas aventuras en el mundo de la armonía y el mundo de la imagen, refinamientos curiosos y sibaríticos de la sensación...”.

Muchas otras cosas semejantes escribió Rodó en aquellos días en que procuró, con sus juiciosos comentarios críticos, orientar el movimiento que se había producido en varios países de América, pero que aun no había llegado el nuestro. Aconsejó que no se rompiera la solidaridad y relación de los poetas con las palpitantes oportunidades de la vida y los altos intereses de la realidad, y acusó al modernismo americano naciente, de afán de novedad, que lo acercaba a la frivolidad. “Yo lo he comparado una vez, decía, con el mundo de puerilidades ligeras y graciosas del Japón de Loti”. Concedía que a Rubén Darío le estuviera permitido “emanciparse de la obligación humana de la lucha, refugiarse en el Oriente o en Grecia, *madrigalizar* con los abates galantes, hacer la corte a las marquesas de Watteau naturalizándose en el “país” donoso de los abanicos”; pero lo concedía en virtud de la poderosa individualidad del poeta. En cambio, pedía el castigo para los imitadores.

No obstante estas reservas, el filtro era tan poderoso que se consumó el hechizo; el capitoso vino de los poemas de Rubén Darío le embriagó y, apenas dos años después de publicar estos ensayos, escribió el estudio crítico sobre *Prosas Profanas*. Este estudio, preescindiendo de su valor crítico y formal, es, sobre todo, un vasto bazar repleto de abalorios mitológicos, de curiosidades y *bibelots* siglo XVIII, que parecen arrancadas del *grenier* de los hermanos Goncourt; de japerías, de joyas del cercano oriente, de láminas y viñetas procedentes de los *bouquinistes* del Sena. El austero espíritu de Rodó, conquistado por el poeta, concluyó por declarar, un poco contradictoriamente: “Yo soy un “modernista” también;

yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas”.

Rodó, era, en realidad, un modernista; pero lo era en un sentido más profundo que Darío, es decir, sentía la necesidad de una renovación del pensamiento, de la sensibilidad y de la forma literaria, pero no en el sentido de prescindir de las nobles tradiciones idiomáticas y literarias, sino en el sentido de mantenerlas y enriquecerlas con aquellos nuevos elementos que surgían de la entraña de la sociedad y de la época en que le tocó vivir.

Dice Pérez Petit que Rodó le hizo, en aquellos días, esta confidencia relativa a su estudio sobre *Prosas Profanas*: “Lo de Rubén es una “manera” de escribir que no me va: lo hice así, hipnotizado por el poeta, y por probarme la mano, como quien dice; pero yo siento y escribo de otro modo. Anatole France: allí tiene usted un escritor que es más sincero en su modo de decir que en las ideas que aplaude y sustenta. Don Juan Valera, otro caso semejante. Son dos ironistas; casi nunca se sabe si aplauden o censuran; pero su estilo, en cambio, es “ellos mismos”; está toda su alma en él. Eso quisiera yo”.

De esta confidencia surge la definición del ideal literario a que aspiraba y que logró conquistar plenamente al maestro: el enriquecimiento de la noble cepa castiza con los elementos que le ofrecían, más que Anatole France, que fué también pasajero hechizo, los grandes modelos de la prosa francesa y española. Este fué su verdadero modernismo y su originalidad.

Desde entonces echó llave al bazar de las naderías literarias, sin que esto privara ocasionalmente al esteta y al dilettante, como él mismo lo dijo, embarcarse en el bajel de Saint Pol-Roux o en el raro *yacht* de Mallarmé o tripular la nave horaciana que condujo a Atenas a Virgilio. Poseído de graves pensamientos, sentóse en su mesa de trabajo y comenzó



a escribir, bajo el genio tutelar de Ariel, su sermón laico dirigido a la juventud de América. Ya no abandonó la cátedra, ni el noble gesto platónico, ni la austera doctrina, ni el magistral acento, ni la soberana belleza de la forma literaria.

Mas, esta excursión por los encantados países de la nueva poesía, que enriqueció su cultura y afinó su gusto, sirvió de enseñanza, suscitó la curiosidad de nuestros hombres de letras, inició a muchos de ellos en el conocimiento de las nuevas corrientes literarias, y contribuyó así al advenimiento, que se produjo poco después en nuestro país, del nuevo cielo poético de que es figura representativa Julio Herrera y Reissig.

\*  
\* \*

Pérez Petit fué el otro anunciador del modernismo en el Uruguay, aunque él siempre protestó contra el dictado de modernista, al menos en el significado que se ha dado a esta palabra, al designar con ella a los escritores y poetas revolucionarios del concepto y de la forma, y, sobre todo, de la retórica, que surgieron en América al finalizar el siglo pasado. Lo fué, sin embargo, y en un forma más precisa que su compañero Rodó, no a título de “Simbad literario”, “curioso de sensaciones”, como lo era y así lo confesó éste, sino como crítico y humanista, a quien interesaba esencialmente el espectáculo de la revolución literaria que se operaba ante sus ojos, la cual procuró penetrar en su origen, su significado y su finalidad. Su inquieta curiosidad, su capacidad de lectura, su agudo espíritu crítico, su concepto naturalista y su sentido de la realidad dieron mayor universalidad y más fuerza objetiva a sus estudios de exégesis del movimiento modernista, los cuales, reunidos, constituyen un verdadero curso sobre la materia. Además, poseía, como la poseyó Rodó en grado excepcional, la aptitud estética, que le permitía, sin abdicar de su posición crítica, gozar la belleza cualquiera fuera la forma y el género en que ésta se manifestara. Así lo reconoció Gómez Carrillo al establecer, en aquellos días, en las mismas páginas de la revista, su divergencia de criterio

literario: “Nuestras preocupaciones intelectuales, decía, son idénticas, y nuestras curiosidades son tan grandes la una como la otra. Salimos de la misma fuente y hemos llegado a puntos distintos: usted a la creencia firme en la belleza de la realidad; yo a una adoración vaga de lo raro y de lo nuevo”.

Esto pudo ser un reproche, pero fué, sobre todo, una incitación. Pérez Petit se dejó arrastrar por ella, y comenzó a penetrar y sentir el mundo decadente, no obstante la fascinación que sobre él ejercía el maestro de Medan, y la “gran escuela naturalista”, como la llamaba, “la última, decía, que, en el desenvolvimiento de las letras, es digna del nombre de escuela literaria”. Tal era su posición y su camino, así en el cultivo de la crítica, como en el del cuento, la novela y el teatro. Sin embargo, el modernismo, “el decadentismo”, como entonces se le llamaba, cuya bibliografía agotó ávidamente, lo inquietó y lo atrajo con fuerza irresistible. El deslumbramiento de Pérez Petit fué tan evidente en aquellos días, que escribió, y publicó en la revista, un “cuento decadente”, como él lo clasificó, titulado *La música de las flores*, que fué muy aplaudido por Rodó, y del que hicieron severas reservas los hermanos Martínez Vigil, que solían mantener ardorosas, pero cordiales controversias privadas con los redactores “insurgentes”, en las cuales aquéllos sostenían la virtualidad de las buenas tradiciones idiomáticas y literarias sobre lo que conceptuaban desviaciones intrascendentes, o modas pasajeras. El autor del cuento decadente puso al pié de él una nota, en que decía que no necesitaba declarar “que sus ideas literarias” estaban “lejos de ser las del decadentismo”. “La explicación de él, (el cuento) agregaba, debe buscarse, nada más que en un pasajero capricho que sólo se hace público cediendo a instancias amistosas”. Esta declaración tenía por objeto acallar precisamente las preocupaciones de sus compañeros de redacción, aunque, en realidad, el famoso cuento decadente era una fantasía de fuerte sabor romántico, que nada tenía de decadente, como no fuera la fraseología, muy semejante a esa literatura que cultivó, con mucho éxito de librería, Vargas Vila. De todos modos, estas páginas pueden ser consideradas como uno de los primeros ensayos de prosa modernista

hecho en el país. En él, el autor procuró agotar el exotismo idiomático y literario con el fin, según lo advirtió, de demostrar la agilidad de su pluma, y su capacidad para cultivar los más encontrados géneros y frecuentar las más opuestas escuelas.

No obstante las reservas de Pérez Petit y las reiteradas protestas respecto a su posición literaria, el modernismo había despertado su curiosidad, y, acaso, le había secretamente conquistado, porque el hecho evidente es que, desde aquellos días, levantó cátedra en la revista, con el objeto de informar al público sobre la revolución literaria modernista, a la que eran completamente ajenos, y lo seguiría siendo por varios años aún, casi todos los hombres de letras del país. Más todavía. Porque si el escritor se ejercitó, como acabamos de verlo, en ensayos de prosa decadente, el poeta que había en Pérez Petit fué conquistado también por la lírica revolucionaria, y escribió una colección de poemas, que comenzó a publicar en la revista, con el título genérico: "Joyeles bárbaros", que luego fueron totalmente editados en un libro, cuyo título y cuyo espíritu recuerdan a Leconte de Lisle, el poeta de los *Poemas bárbaros*.

En cuanto al exégeta, con rara erudición, ágil y certero sentido crítico y precisión interpretativa comenzó a estudiar, en las páginas de la revista, el movimiento de emancipación literaria que había conmovido las letras universales después de mediar el siglo pasado, y a hacer el análisis de las figuras representativas de las nuevas escuelas, así en las literaturas nacionales europeas, como en las de nuestro Continente.

Este verdadero curso sobre una materia nueva para los lectores del país, se inició con la visión de conjunto que hizo en su estudio titulado: *La lírica en Francia. La evolución poética*, publicado en los Nos. 19 y 22 de la revista (tomo I, pág. 296 y 344). Expone en él Pérez Petit, luego de haber estudiado la evolución de la poesía francesa desde sus orígenes, el estado de inanición en que, según él, se hallaba aquella hacia el año 1860, estado que se le antojaba semejante al de la poesía española al finalizar el siglo XVI y durante el siglo XVII.

En realidad, el romanticismo vivía en aquellos días del prestigio de sus grandes dioses, alimentado por deidades menores que no lograron, ni la grandeza de Hugo, que ya comenzaba a repetirse, ni la intensidad de Alfredo de Musset, que ya había muerto, ni la serena tristeza de Lamartine, y el solitario orgullo de Alfredo de Vigny, poetas que envejecían en el silencio, ni el suntuoso color de Teófilo Gautier, que reunía entonces sus recuerdos sobre la insurrección romántica de 1830 y, desde las columnas del *Monitor*, despedía melancólicamente a los corifeos de la primera de *Hernani*, que iban cayendo uno tras otro, como los veteranos de las grandes campañas. Baudelaire, que había echado los cimientos de la renovación poética, después del escándalo judicial que provocó la aparición de *Las flores del mal*, en 1857, se había consagrado a traducir a Edgard Poe, agregando así elementos de decadencia a los propios, pero seguro de que el áspero vino de sus poemas, en que se hallaba “el nuevo estremecimiento”, concluiría por embriagar a los poetas de su siglo.

Ya había manifestaciones de esto. Leconte de Lisle, después de traducir a Homero, saturado todavía del ambiente en que se movían los hombres y los dioses, preparaba sus *Poemas bárbaros*, en los cuales la sombra de los sagrados propíleos del Partenón se confundía con la de los atormentados templos orientales, y la serena imagen de Palas Atena con los monstruosos dioses de las religiones asiáticas. Teodoro de Banville, sin olvidar el siglo en que vivía, renovaba, con su ingenio madrigalesco, los buenos tiempos de Villón y de Marot. Otros poetas buscaban nuevos y desconocidos caminos.

Leconte de Lisle, en el prefacio de los *Poemas Antiguos*, que es de 1852, había deplorado la esterilidad de las emociones personales, que no dejan traza alguna, con lo cual hizo el proceso del romanticismo; declaró también que, “después de Homero, Esquilo y Sófocles, que representaban la poesía en su vitalidad, en su plenitud y en su unidad armónica, la decadencia y la barbarie habían invadido el espíritu humano”; que, desde el punto de vista del arte original, el mundo romano estaba al nivel de los Dacios y los Sármatas; que el cielo cristiano era totalmente bárbaro; que Dante, Shakes-

peare y Milton sólo habían demostrado la fuerza y la elevación de su genio individual; que su lengua y sus concepciones son bárbaras; que la escultura se había detenido en Fidias y Lisipo; que Miguel Angel nada había fecundado, pues su obra, admirable en sí misma, había abierto un desastroso camino; y terminaba su juicio con esta negación universal: “¿Qué queda de los siglos que se han sucedido después de Grecia? Algunas individualidades poderosas, algunas grandes obras sin vínculo y sin unidad”. Y luego de apostrofar a los poetas, formulaba este tremendo juicio sobre el Romanticismo: “la poesía moderna, confuso reflejo de la personalidad fogosa de Byron, de la religiosidad ficticia y sensual de Chateaubriand, del ensueño místico de ultra Rin y del realismo de los laquistas, se turba y se disipa... es un arte de segunda mano, híbrido e incoherente, arcaísmo de la víspera, nada más... Los maestros se han callado o van a hacerlo, fatigados de ellos mismos, olvidados ya, solitarios en medio de sus obras sin fruto. Los últimos adeptos tientan una especie de neoromanticismo desesperado, y llevan a límites extremos la faz negativa de sus antecesores”.

Este poeta, que pretendía vivir en Grecia, que todo lo negaba, como no fuera la Hélade, que no creía en los poetas viejos que habían hecho su tiempo, ni en los nuevos que nacían en la vejez precoz de una estética infecunda, pocos años después, anunciaba el renacimiento moderno, recogía las ínfulas de Hugo y, rodeado de Sully Prudhomme, François Coppée, Catulle Mendés, José María de Heredia, Villers d'Isle Adam y otros poetas y escritores provocaba el movimiento de renovación de la poesía francesa, que ya había iniciado Baudelaire, y que había de desembocar, no en Grecia, sino en el parnasianismo que, en realidad, fué la primera forma del decadentismo poético.

Catulle Mendés fué el portaestandarte de la nueva cruzada, cuyo cuartel general fué la casa del editor Lemerre, que imprimió la antología de los nuevos poetas y dió nombre a la secta, al titularla *El Parnaso contemporáneo*. Los adeptos de la nueva escuela, que constituía una reacción contra el desbordamiento subjetivo romántico, aunque partieron de la

impasibilidad y el hieratismo que predicó Leconte de Lisle, pronto cayeron en mayores excesos que los conjurados del estreno de *Hernani*. Los elementos pintorescos de los *Poemas bárbaros* y de los *Poemas antiguos*, las mitologías y las religiones, los extraños ritos, los mármoles griegos sólo sirvieron de pasajera escenografía. La intimidad del temperamento, el profundo subjetivismo, la sensibilidad llevada a la hiperestesia fueron los verdaderos elementos de la nueva escuela poética.

Pérez Petit, dice en su estudio que, hacia 1886 se produjo el auge de la nueva estética con la aparición de los decadentes, progresistas, wagnerianos, quintaesentes o simbolistas — que de todos modos eran llamados — pero a quienes él califica de excéntricos o neuróticos, “pues su poesía, agrega, tenía mucho de raro y bastante de enfermizo”. Habla el crítico satíricamente de esta nueva hora lírica, de la pretendida coloración que atribuía Mallarmé a las palabras y los nombres, (Emilio, por ejemplo, tenía color lapizlázuli para el poeta de *Aux Flancs du vase*); del color que también atribuía Rimbaud a las vocales; de la estética de René Ghil que, además de color, hallaba perfume y sabor en las palabras, en lo que coincidía con Verlaine, que luego fué pontífice máximo del decadentismo.

El extenso ensayo de Pérez Petit es una verdadera lección expositiva y crítica de las escuelas decadentes. Es indispensable conocerlo para poder juzgar de la importancia que tuvo, como factor de docencia literaria, en aquella época en que la revolución poética no había llegado todavía a nuestro país, donde eran ignoradas las figuras representativas del movimiento y, sobre todo, como incitación destinada a mover la curiosidad y la imaginación de nuestros poetas y escritores. Es también un documento esencial para conocer cuál fué la influencia que la nueva estética literaria ejerció sobre el propio autor, no obstante las reservas que éste hizo respecto a ella.

Dice Pérez Petit que la primera impresión que causa el procedimiento de los simbolistas es desagradable y chocante. “No sabemos con quien hablamos, y hasta llegamos a creer que

se trata de un loco, agrega. Pero, lentamente, esa excentricidad nos llama la atención, nos hace sonreír con benevolencia... poco a poco y paso a paso descubrimos los hilos y dibujos de esa especie de kamousa poética; el mérito y la conciencia de la labor se nos impone, y no sonreímos ya; — entretanto la persistencia de aquella música, cuyo origen no acabamos de penetrar, y de aquellos colores que vemos no sabemos cuando ni donde, forman en torno nuestro una atmósfera especial, un ambiente de ensueño, a la manera del que da el opio a sus fumadores; el contorno, el perfil, la silueta se precisan y empiezan a danzar en el claroscuro tejido por el poeta, y, por último, penetramos de lleno en el alma de nuestro autor: reímos con su risa, lloramos con sus lágrimas, vemos los mismos colores que él y sentimos los perfumes que él siente”.

He aquí al crítico naturalista conquistado por los poetas decadentes, convencido del valor estético de sus poemas, y mareado por el opio de la nueva poesía.

Esta poesía, prosigue, “revive la forma de ensueño y tiene todos los refinamientos y exquisiteces de las sensaciones más vaporosas e inmateriales. Las palabras pierden su forma, su rigidez, su estricta representación del pensamiento, y, como si la mano de un hada les prestara inusitada vida, esfuman sus contornos, toman relieves y morbideces inenarrables, enciéñdense en matices y fulgores para tejer, sobre un fondo impalpable, apocalípticas alegorías de visiones calenturientas, maravillosos bordados que parecen diluirse en móviles y caprichosas volutas de humo o representando al través de nieblas blanquecinas reverberaciones de piedras preciosas, ocultas en terrenos lacustres, las imágenes, las ideas las sensaciones que informan el pensamiento humano y le han despertado con su paso silente al través de las células del cerebro”.

Como se advierte, el encantamiento es completo; en ese estado, el crítico, que ha dejado de serlo, ve pasar ante sí la teoría de los poetas de la nueva escuela, “sedientos de idealidad, dice, almas azotadas por una hiperestesia inconcebible, espíritus abrasados por llamas celestes”, “cultores de lo exó-

tico y lo raro”, “que dialogan con las quimeras, los faunos, los grifos, los gnomos, las gorgonas, las bacantes, las nereidas”. Forman en la alada región evocada por Pérez Petit, Adolfo Rethé, a quien llama wagneriano exaltado, Mauricio Maeterlinck, que acaba de morir, a quien da el dictado de “loco divino”; Stuart Merrill, de quien dice que es “el espíritu más empapado en las nieblas y la luz”, que se estremece con espamos salvajes ante la sola vibración de las palabras; Laurent Tailhade, que viste sus ideas “con ropaje de escarlata salpicado con soles”; Saint Pol Roux, cuyos cantares son intraducibles para la gran mayoría del público; Jules Bois, poseído del genio del mal, cultor de la magia enloquecedora; Mauclair, Henri Beranger, Laforgue, Raynaud y muchos otros. Pérez Petit, poseído por el hechizo de la nueva escuela, olvida en esta parte de su estudio el cartabón naturalista; el crítico se convierte en poeta y se entrega sin freno al verbalismo y a la metáfora, de la que son pálido reflejo las frases que acabo de glosar.

Mejor asegurada su información, y aguzado el análisis, escribió luego un interesante estudio sobre Paul Verlaine, (tomo II, pág. 290), en el cual, a vuelta de pintorescos intermedios anecdóticos, se refiere a la influencia que la estrecha amistad que trabó “el pobre Lelián” con Rimbaud, el autor del famoso soneto sobre las Vocales, ejerció sobre la orientación del poeta de *Saggese*. “Verlaine, dice, iba a ser, tal vez, el poeta más grande de Francia, cerrando con él la era grandiosa del Romanticismo”. Las singulares doctrinas estéticas de Rimbaud conquistaron a Verlaine. “El único fin de la poesía es la emoción, y ésta debe obtenerse mediante palabras vagas, de armonías imitativas, de frases simples, aéreas, casi incorpóreas... Hay que buscar las asonancias, en vez de las rimas sonoras...”.

Procura el crítico establecer la posición de los poetas decadentes, y dice con palabra precisa, en la que no falta el dejo de humorismo, para que se advierta que él mantiene su posición independiente frente a la nueva escuela: “No hay que buscar, pues, en esos versos, una idea o un sentimiento determinado; la sensación en ellos reproducida es compleja e indeterminada y no tiende a otro fin que el de despertar



en nosotros, los lectores, otra sensación igualmente indeterminada y compleja. ¿Qué no la sentimos o no nos damos cuenta de ella? ¡Tanto peor para nosotros! Prueba acabada de que no tenemos temperamento artístico, nos dicen los vates decadentes”.

Apoya Pérez Petit su juicio sobre Verlaine en las palabras con que Anatole France contestó a los que calificaron de loco al poeta: “Ciertamente, dice France, es un loco. Mas, tened cuidado, que este pobre insensato ha creado un arte nuevo y tiene alguna probabilidad de que se diga algún día de él lo que hoy se dice de Francois Villon, al cual es necesario compararlo: Era el mejor poeta de su tiempo”.

Concluye el ensayista refiriéndose a la revolución que Verlaine introdujo en la métrica y en el ritmo, y a la primacía que acordó a los estados de alma y a los estados de la sensibilidad sobre la retórica, y agrega, él que se declaraba enemigo acérrimo de la iglesia decadente en todo lo que tenía de frenética, desordenada e incoherente, esta espontánea confesión: “Los hombres de hoy, los que llevamos en el espíritu la sed eterna de un Tántalo por la felicidad y el placer, los que buscamos sensaciones aún en los mismos antros del Genio del Dolor, los que suspiramos por ideas nuevas y nuevos ensueños, agotado ya todo el caudal de los goees juveniles, de los entusiasmos eróticos y de la esperanza mística, nosotros tenemos que agradecer a Verlaine sus versos ininteligibles, sus períodos espasmódicos, sus ritmos desordenados y su lenguaje extranjero, y reconocer al mismo tiempo con Emilio Zola, a quien no se tachará por cierto de decadente, que “si la poesía no es otra cosa que el manantial natural que surge de un alma, si ella no es más que una música, que una queja o que una sonrisa, si ella es el libre capricho vagabundo de un pobre ser que goza y que llora, que peca y se arrepiente, Verlaine ha sido el poeta más admirable de este fin de siglo”.

Esta confesión y las anteriores, profundamente impregnadas de romanticismo, a pesar de los alardes naturalistas del crítico, pues recuerdan un poco al *desabusé* de 1830, el joven hastiado y desilusionado que fué arquetipo de la “en-

fermedad del siglo", obedecen, sin embargo, al mismo sentimiento de ansiedad, al mismo estado de alma que inspiró a Rodó las páginas, también románticas, de *El que vendrá*.

Completó Pérez Petit su curso público sobre el modernismo literario con la serie de semblanzas críticas de figuras representativas de este movimiento en Europa, que publicó en la revista y que, más tarde, en 1903, recogió en su celebrado libro *Los Modernistas*. Esa galería, además del ensayo sobre Verlaine, a que acabamos de referirnos, comprende las semblanzas críticas de Augusto Strindberg, (tomo II, pág. 124), Basilio Yakkakof (tomo II, pág. 152), Henry-Arthur Jones (tomo II, pág. 278), León Tolstoy (tomo II, pág. 307), Francois Coppée (tomo II, pág. 183, 202 y 215), Gerhart Hauptman (tomo III, pág. 3) y Henrik Ibsen (tomo III, pág. 50). En estos estudios se hace a menudo examen del modernismo en todos sus aspectos, y de la infiltración de éste en los distintos países de Europa y en los diversos géneros literarios.

No obstante, el estudio que más interesa a nuestra historia literaria, y, especialmente, a la iniciación del modernismo en el Uruguay, es el que dedicó Pérez Petit al libro *Prosas Profanas* de Ruben Darío, (tomo II, pág. 32), que fué como es notorio, el breviario de los poetas decadentes americanos. Este estudio crítico es casi tres años anterior al que Rodó consagró al examen y comentario de la obra del poeta nicaragüense. Si Rodó, en su ensayo, al analizar las piezas mayores y menores del libro, ofreció al lector una verdadera y hecterólita muestra de curiosidades ya griegas, ya versallescas, ya dignas del museo, ya arrebatadas al *boudoir*, Pérez Petit escribió para el suyo una introducción, a la que sólo falta la forma métrica para constituir la más bella oda helénica. El autor agotó en ella todos los recursos de la mitología, y realizó una extraña iluminación, a la manera de Leconte de Lisle, pero usando la deslumbrante paleta de Gautier. Lo hizo así para establecer la soberanía de la imaginación sobre la obra del poeta.

Al sostener luego que el secreto del poder de la imaginación está, en nosotros mismos, realizó una pintoresca excursión a través de las grandes obras imaginativas, sin ex-

cluir la más remota literatura india, hasta llegar a la época contemporánea en que, según decía “la imaginación revolucionaria hace ya algún tiempo que se querella con su hermana la del cendal ateniense”.

Fué un suntuoso y magnífico pórtico el que levató Pérez Petit a la obra de Rubén Darío. El crítico que dice rechazar el decadentismo, que se llama a sí mismo, profano y burgués, que afirma sólo deleitarse con la imaginación vulgar, penetra por él en el palacio rubendariano, y sus primeras palabras son de fervorosa alabanza para el autor de *Prosas Profanass* “¡Qué admiración no debemos, dice, al poeta americano que, oficiando como Supremo Pontífice ante el altar deslumbrante del Decadentismo, (esta vez escribe la palabra con mayúscula) el Decadentismo militante, ha sabido conservar su personalidad, nos ha legado joyas de arte valiosísimas, nos procura todavía sensaciones nuevas y nos regala con todas las claridades de su imaginación poderosa! Qué aplausos no han de tributarse al vate que, en medio de sus orgías artísticas de sectario, en medio de sus elucubraciones frenéticas y de sus desórdenes verlenianos, nos parece sensato!...”. Claro que es necesario observar que esas orgías y esos impulsos frenéticos, luego de lo que vino después y que aun hoy persiste, nos parecen frisos clásicos presididos por el espíritu que la lengua griega sintetizó en aquella palabra intraducible: *sophrosyne*, que quiere decir armonía, serenidad, contención, cualidades que Platón encarnó en la inmarcesible juventud de Carmides.

Luego de acusar aun el elogio del poeta, se refiere Pérez Petit a las críticas negativas que limitaban su significado, y hace la defensa fervorosa de su estética y de los procedimientos retóricos usados para difundirla. Digamos, para abreviar, que el crítico, al aceptar en este estudio la complicada y novísima estética de Darío, aceptó también la de todos sus antecesores europeos, a quienes vuelve a enumerar con morosa delectación, aun cuando repite reiteradamente, como un estribillo, que no acepta la teoría del autor de *Prosas Profanas*, al que llama, sin embargo Poeta Imperial, con mayúscula, a la vez que agota el verbalismo para elogiar su

imaginación y sus fantasías, el acento de su lírica, y examinar las piezas principales del repertorio, complaciéndose en el desfile de sátiros, silbanos, faunos, ninfas, centauros que van detrás del dios Pan y cruzan el bosque o la llanura, o de empolvadas marquesas, galantes caballeros e ingeniosos abates que huellan los jardines o los salones de Versalles, paladeando las cálidas figuras de las eróticas estrofas de *Divagación*, o admirando los jadeantes pero maravillosos cuartetos del *Pórtico*. Cornamusas, vino de Chipre o rubio falerno, elefantes, tigres reales de Bengala, crisantemos, lotos, cigüeñas, bayaderas, hetairas, faisanes, pavos reales, ámbar, cinamomo, opoponax, alabastro, orquídeas, begonias, flechas, de oro, cisnes de nieve, pálidos lirios, marquesitas de Wateau, loretas de Gavarni, todo el *atrezzo* rubendariano penetró el espíritu del crítico, y éste concluyó por exaltar al poeta como el “único grande, aislado, soberbio, como gigantesco cóndor cerniéndose en la inmensidad del arte contemporáneo”. ¿Qué confesión puede superar a ésta, y quién puede ostentar mayores títulos para ser reconocido como el anunciador y el exégeta del modernismo en el Uruguay?

\*  
\* \*

Hay en el estudio de Pérez Petit sobre Rubén Darío referencias al influjo que la estética del poeta ejercía ya, y cita como corifeos del movimiento de renovación lírica que se estaba produciendo en la América española a los colombianos Abraham López-Pena y Adolfo García, al ecuatoriano Joaquín Gallegos del Campo, al mejicano Nicanor Bolet Peraza, al boliviano Ricardo Jaymes Freire, a los peruanos José Santos Chocano y José M. Barreto, al chileno Santiago Espinosa, a los argentinos Leopoldo Lugones, Julio Bambill, Carlos Ortiz, José Pardo, y Pedro Naon. Pues bien, Rubén Darío, y casi todos estos poetas y escritores a quienes el crítico llama sus discípulos, y otros que omite, por olvido o por falta de información, fueron quienes trajeron a las páginas de la revista, con su prosa y sus versos, la inquietud de la nueva estética literaria,

aunque hemos de advertir que, algunos de los citados, poco o nada tenían de modernistas, pues ofrecen en sus colaboraciones las mismas características de los poetas locales de la época, esto es, cultivaban el romanticismo fin de siglo, fiel guardador todavía de las reglas métricas tradicionales y de las fórmulas consagradas después de la revolución de 1830.

En realidad, la agitación literaria foránea comenzó a advertirse prácticamente en el segundo tomo de la revista, esto es, en el correr del año 1896.

Este año 1896 señala, por otra parte, una fecha histórica en la evolución del modernismo en la América española, y muy especialmente en el Río de la Plata. Antes de terminar este año, aparecieron las primeras ediciones de *Los Raros* y *Prosas Profanas* de Rubén Darío, quien, desde fines de 1893, residía en Buenos Aires. El poeta, luego de haber participado en Madrid de la intensa actividad intelectual originada por la celebración del IV centenario del descubrimiento de América, vino a la capital argentina a desempeñar la representación consular de Colombia. La presencia del autor de *Azul* animó durante varios años las tertulias literarias de Buenos Aires, especialmente las famosas reuniones nocturnas del café de Luzio y del *Aue's Keller*, las redacciones de los diarios y revistas y aun la tribuna del Ateneo donde, presentado por el poeta tradicionalista Rafael Obligado, —curiosa contradicción—, al hablar del poeta portugués Eugenio de Castro, se despachó a su gusto contra el hermetismo poético español que él acababa de comprobar en las tertulias de D. Juan Valera y la Pardo Bazán, en donde sus audacias líricas sorprendieron no pocas veces al auditorio académico. En aquellos días se hallaba en Buenos Aires desempeñando el cargo de Secretario de la Legación de Bolivia, Ricardo Jaimes Freyre y llegó también de su provincia de Córdoba Leopoldo Lugones, completándose así una trilogía de poetas que ejerció singular influencia sobre la evolución de la lírica americana y provocó el movimiento de que pocos años después fué núcleo principal el cenáculo de "El Mercurio de América", revista dirigida por Eugenio Díaz Romero, en que colaboraron, entre otros, Darío, Jaimes Freire, Lugones, Leopoldo Díaz, Angel Estrada, Payró, Monteavaro,

Charles de Soussens, Ingenieros, Goycoechea Menéndez, que luego hizo una pintoresca residencia en Montevideo, y Américo Llanos, pseudónimo de Armando Alvaro Vasseur, quien, en momentos en que se iniciaba en Montevideo la “insurrección modernista”, llegó a su ciudad natal como anunciador de la buena nueva literaria y social, se convirtió en uno de los jefes del movimiento y describió, con agudo humorismo, como lo veremos a su tiempo, el cenáculo bonaerense, —al que llamó en su novela *A la conquista del Yo*, “La redacción del Lirio Rojo”.— y trazó la silueta de sus principales componentes, lo cual constituyó un nuevo elemento de incitación para quienes pugnaban aquí por la liberación de los viejos cánones literarios.

Nos referiremos primero a los prosistas extranjeros que figuran en las páginas de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* y luego, a los poetas, también foráneos, que asaltaron las columnas de la misma, donde los poetas locales mantenían la fidelidad a las reglas retóricas consagradas.

Julio Bambill, escritor y poeta argentino, es el primero que aparece en la revista, con un ágil y pintoresco artículo titulado *Recuerdos de París-Bohemia* (tomo II, pág. 87), en que describe a Paul Verlaine en el café D'Aarcourt, recién salido del hospital, embriagándose con ajenjo en medio de gente alegre; a Jean Moreas taciturno, sumido en profunda meditación, refugiado en un rincón de la *maison Barat*; a Enrique Gómez Carrillo, codeándose con los jefes de las capillas decadentes en los cafés literarios del barrio Latino, en medio de los iniciados y catecúmenos.

El propio Gómez Carrillo envió, poco después, a la revista, un artículo titulado *Una visita a Jules Bois* (tomo II, pág. 241), en que describe los satánicos ritos del poeta y las ceremonias de magia literaria, que entonces nos estremecían, y que ahora nos hacen sonreír. Francisco García Cisneros escribió luego, desde Nueva York, sus viñetas literarias, que él tituló *Bizantinas*, (tomo II, pág. 381), en que, a manera de camafeos, cinceló los perfiles de René Ghil, y Jean Moreas; en el mismo número en que aparecieron estas rápidas siluetas, el argentino José Pardo modeló, a la manera de Da-

vid D'Angers, los medallones de Ricardo Jaimes Freyre, Rubén Darío, Leopoldo Díaz, Leopoldo Lugones y José Santos Chocano, (tomo II, pág. 383), y luego los de Almafuerte y de Abraham López-Pena, el poeta colombiano (tomo III, pág. 125); Luis Beriso, argentino, publicó en seguida un estudio sobre Manuel Gutiérrez Nájera (tomo III, pág. 8), el poeta mejicano muerto en aquellos días, y reconocido hoy como un de los precursores del modernismo en América, a quien llama "príncipe de la poesía", al decir "que se alejaba para siempre de la tierra, yendo a buscar quizá en su seno, como el malogrado Luis de Baviera, el rey loco, en el fondo del lago, la suprema visión"; Emilio Beriso, también argentino, publicó poco después, ya agonizante la revista, un estudio sobre Leopoldo Lugones, (tomo III, pág. 140), cuya gloria saludó, aun antes de la aparición de *Las Montañas de Oro*, con estas palabras: "Sus versos con una inmensa campana cuyos enormes repiques anuncian la aurora del gran poeta de América".

¿Acaso se necesitaron mayores incitaciones que éstas para abrir las páginas de la revista a la irrupción de los poetas de la nueva cruzada? Llegaron éstos en tropel. Leopoldo Díaz, el poeta argentino, recientemente fallecido, de quien tantas cosas bellas escribió Rodó y que, en la nueva lírica americana tiene un significado muy semejante al de Leconte de Lisle, José María de Heredia y Jean Moreas en la lírica francesa, fué el primero en llegar con su composición a *Verlaine*, (tomo II, pág. 115), con lo que parece que hubiese convocado a los discípulos del "pobre Lelián" a llevar el asalto a la revista, cuyos cimientos tradicionales, ya conmovidos por la labor crítica de sus propios redactores, Rodó y Pérez Petit, debieron sentirse quebrantados. Leopoldo Díaz había agregado ya a su antología helénica poemas de finísima sensibilidad, como aquel a que pertenece esta estancia en que el tema, la originalidad de la métrica, la música de la palabra y la desgarradora melancolía recuerdan a José Asunción Silva:

Estoy solo, solo conmigo mismo, estoy tan solo  
Como nunca lo ha estado otro mortal.  
Ven, y humedeceremos nuestros labios  
En un licor tan triste  
Que nos hará llorar.

Rubén Darío, ya convertido en maestro y jefe de escuela, apareció en seguida con sus poemas *La Klepsidra* (tomo II, pág. 161) y *Marina* (id. 321). En esta última pieza se hallan los siguientes versos que, en aquella época nos llenaron de sagrado espanto, pero que, frente a las cosas que hemos visto después, y que seguimos viendo hoy, parecen trozos de un entablamento renacentista:

Mi barca era la misma que condujo a Gautier  
Y que Verlaine un día para Chipre fletó;  
Nueva y recién pintada, y provenía de  
El divino Astillero del divino Wateau.

En esta estrofa se advierte, además del verso de Berceo, llamado alejandrino, y usado a la manera de los poetas anteriores a Garcilaso, las figuras de que son elementos pintorescos: Gautier, Verlaine y Wateau, la isla de Chipre, el divino Astillero y la nueva barca; la repetición del epíteto divino, y ese tercer verso cuyo último pie se apoya en la preposición *de*, que queda gravitando en el vacío, y que, aunque entonces nos deslumbró como rasgo de suprema audacia, no es una novedad. Lo son más aquellos dos primeros versos de la penúltima lira de la oda que Fray Luis de León escribió sobre la de Horacio: *Beatus ille qui procul negotiis...*, que dice así:

Y mientras miserable-  
mente se están los otros abrasando  
Con sed insaciable  
Del peligroso mando  
Tendido yo a la sombra esté cantando.

Estas cosas bizarras del verso fueron juegos muy usados por los poetas españoles, aun los anteriores al petrarquismo,



como lo fué el pie quebrado. Se hallan curiosos ejemplos en los donosos versos de arte menor de Cristóbal de Castillejo, y en aquel famoso romancillo de Cervantes en que Urganda la Desconocida canta a Don Quijote en versos cuya última palabra debe completar el lector. Y aun hemos de recordar, con respecto a estos juegos y licencias poéticas, que Víctor Hugo provocó una verdadera tempestad en el estreno de *Hernani*, cuando la sala del Teatro Francés escuchó estupefacta el verso inicial del drama, cuyo complemento el poeta arrojó al primer hemistiquio del segundo verso, infringiendolo audazmente la preceptiva clásica.

Serait-ce déjà lui? C'est bien à l'escalier  
Derobé . . .

Lo volvió a hacer Darío con mayores licencias de métrica y cesura en *El amor y la saudade*, versión del poeta portugués Eugenio de Castro, también publicada en la revista, y desplegó luego toda su nueva técnica en un breve madrigal en que, además de utilizar el *atrezzo* decadente, inserta con ingenio, en la estancia, el título de su más célebre libro y empieza así:

Una caligrafía de Kalifa quisiera . . .

Como se advierte, el poeta, que estaba atento a los nuevos valores eufónicos de la palabra, y que no era ajeno a las doctrinas que acordaban color y sabor a las vocales, hace sonar preconcebidamente, mediante la figura de aliteración, la vocal i, como llave de este verso.

Una caligrafía de Kalifa quisiera  
Para escribir un verso melodioso, que fuera  
Seda y oro de Oriente y gracia y pompa de Asia,  
En honor de unos labios de Bagdad o Circasia.  
O una caligrafía de monje medioeval.  
Mayúsculas de antifonario, o de misal . . .

He aquí otra originalidad. Para hallar los hemistiquios del último alejandrino, y con ello la cesura del verso, fuerza

es descomponer la palabra antifonario en sus elementos y evitar la elisión o sinalefa de esa palabra con la conjunción o, que el poeta procura destruir con una coma.

Mayúsculas de antifonario, o de misal,  
Miniaturas en fondo de azul, oro o violeta,  
Para escribir mis prosas de profano poeta  
En honor de la virgen —o no— de carne viva,  
Rosa, rosa rosada, trémula, sensitiva,  
O femenina fruta, uva o fresca manzana,  
Que yo celebrarí en mi prosa profana:  
Mas, mi caligrafía es pobre, si no tosca:  
Guarda, pues que lo quieres, esas patas de mosca.

Todo esto era un lenguaje nuevo para los lectores de la revista.

El poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre, que fué otro de los primeros anunciadores del decadentismo en estos países de América, poeta de altos quilates, publicó en seguida en la revista (tomo II, pág. 146), la composición titulada *Canción le Primavera*, pieza típica también de la nueva escuela, en la cual se leen los siguientes versos que, como los de Darío, y los de los demás poetas que venimos comentando, hacen violento contraste con la poesía comarcana que seguía cantando con perfecta retórica al cielo azul, a la dulce brisa, al murmurante arroyuelo, al paisaje romántico, en fin, y al amor desesperado que todavía oímos cantar en las piezas del romancero popular alimentado hoy por los autores de tangos y boleros.

Decía Jaimes Freyre:

Sangre de las venas de las rosas rosas,  
Baña las mejillas, purpura los labios,  
En las fugitivas horas voluptuosas  
Hay fuego en las venas de las rosas rosas.

He aquí la técnica poética de Jaimes Freyre, que es también la de Darío: versos arcaicos de arte mayor, en este caso de doce sílabas, a la manera de Juan de Mena; repetición

de la misma rima en el primero y cuarto versos de cada cuarteta; uso del mismo vocablo en función de sustantivo y adjetivo; los elementos decorativos: el fauno, las ninfas, Eros, la Primavera; figuras bizarras: “risa del sol”, “oro fresco de las cabelleras”. En otra composición, que también publicó en la revista, titulada *El poeta celebra el goce de la vida*, (tomo II, pág. 357) de nuevo interviene la hélade: Anacreonte, “la abeja antigua”, el dios bifronte, todos los elementos decorativos de los frisos griegos, y a ello se agrega el cisne, que obsesionó a Darío, y figura como pieza noble en el blasón de los poetas de esta escuela.

Simultáneamente con Jaimes Freyre apareció en las páginas de la revista el poeta argentino Leopoldo Lugones, uno de los más preclaros jefes del movimiento insurreccional modernista en América. Inició su colaboración en la *Revista Nacional* con la *Oda a la desnudez* (tomo II, pág. 149), que pertenece a la serie de poemas titulada *Flores de pesadilla* incorporada a *Las Montañas de Oro*, uno de los libros de iniciación modernista que mayor influencia ejerció en el Río de la Plata. En esta composición hay copiosos elementos de sugestión que en aquella época tuvieron poco eco en Montevideo, pero que lo tuvieron en forma singular, más tarde. En realidad, la estructura de este poema, como la de los demás que componen la serie, es de origen hagueano; en todos ellos rebosa el más desenfrenado romanticismo; pero, a esto agregan elementos que, si no eran nuevos en sí, era, sí, nueva, la manera de emplearlos. Tales, por ejemplo, los elementos mitológicos de origen helénico que toman aspecto fantasmal, como si sobre los mármoles del Acrópolis se hubiera tendido funerarios velos; los elementos geográficos sorprendidos en países remotos y misteriosos; el hondo acento subjetivo y trágico con que brotan los apóstrofes y las angustiosas quejas; el mórbido y fúnebre sensualismo que todavía no había aparecido en la poesía americana, y que desde entonces tuvo muchos imitadores.

¿Acaso se habían leído en la antología americana versos semejantes a estos, que desprendo de la *Oda a la desnudez*,

como el irreverente viajero que arranca torpemente un trozo de mármol de las ruinas de una ciudad desaparecida perdida en el desierto:

... La Noche,  
su negra desnudez de virgen cafre  
enseña engalanada de fulgores  
de estrellas que acribillan como heridas  
su enorme cuerpo tenebroso. Rompe  
el seno de una nube, como triste  
crisálida de plata, sobre el bosque,  
la media luna, como blanca uña  
apuñaleando un seno: y en la torre  
donde brilla un científico astrolabio,  
con su mano hierática, está un monje  
moliendo junto al fuego la divina  
pirita azul, en sus almirez de bronce.

Justo es consignar que la oda de Lugones halló eco inmediato en Montevideo, en uno de los más asíduos colaboradores de la revista: Guzmán Papini y Zas, insigne poeta y escritor que hoy vive en silencioso retiro, y a quien yo me complazco en tributar justo homenaje. Papini contaba entonces apenas 18 años; su lírica erótica era alimentada por la clara linfa de la poesía española; pero, cuando apostrofaba, solía adquirir acentos dignos de Tirteo. En aquellos días se entenebreció bajo la influencia de la *Oda a la desnudez*, y de esa breve crisis fueron producto las *Odas voluptuosas: Nocturna y Funeraria*, en que se reconoce el tétrico sensualismo de Lugones, y en una curiosa composición titulada *Imperial*, en que agotó la gama de la métrica castellana. Mas, el poeta recobró en seguida su manera personal, y los madrigales llenos de color, de luz y de sano sentimiento volvieron a leerse en las páginas de la revista.

Poco agregó Lugones a la *Oda a la desnudez*, con las cuartetas *A la amante*, también publicadas en la revista, (tomo II, pág. 356), en cuya falsa contextura se advierte el acento de Díaz Mirón; pero, no así con la composición titulada *Cuadro*, (tomo II, pág. 379), pieza rubendariana que

recuerda la forma, el ritmo y las figuras del poema del maestro, *Sinfonía en gris mayor*, y la recuerda hasta en el último verso que dice:

... el Trueno  
redobla en las sombras su enorme tambor.

tan semejante a la figura del grillo que preludia en la composición de Darío:

... su solo monótono  
En la única cuerda que está en su violín.

y casi igual a la que, más tarde, empleó Horacio Quiroga, embriagado también de poesía lugoneana, como veremos a su tiempo, en su poema *Orellana*, al aplicarla al sonido del arótalo:

redoblando a la sordina su fatídico tambor.

Acusa aun el modernismo, Lugones, en su composición *Tu piano* (tomo III, pág. 88), y en el soneto *La cabellera*, (tomo III, pág. 134), en que agrega la nota oriental, sin que falten Tsien-Sien y Bagdad, que pertenecen también al *atrezzo* de la nueva escuela, todo realizado en metro de nueve sílabas.

Leopoldo Díaz, el poeta argentino a que ya me he referido, publicó, luego de su oda *A Verlaine*, numerosas piezas, noblemente cinceladas a la manera parnasiana, y agregó a ellas, en contraste, composiciones de otro género que, como las que publicó más tarde en revistas argentinas, no son inferiores a aquéllas.

A las composiciones que he citado se agregaron las de los poetas argentinos José Pardo, Eugenio Díaz Romero y Alfredo Becú, militantes todos en la escuela rubendariana; las de Abraham López Pena, poeta colombiano, cuya decadentismo alcanzó sentido épico, que en carta dirigida a uno de los redactores de la revista, luego de invocar a Shakespeare y a

Walt Witmann, declaraba que rompía “con toda cadencia, rima, y aún ritmo; con todo lo que en cierto sentido puede denominarse convencionalismos de arte, tal como los entienden las escuelas”; Pedro A. González, chileno y Manuel A. San Juan, peruano, representantes ambos del decadentismo en sus respectivos países. En cuanto al poeta peruano José Santos Chocano, que también colaboró en la revista, lo hizo sin demostrar rasgos de acentuada modernidad, pues lo que de él se halla publicado corresponde al género heroico de corte romántico.

\*  
\* \*

He sido prolijo en el examen del concepto que del modernismo tenía Rodó, en la exposición del verdadero curso que sobre la materia dictó Pérez Petit desde la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, en la enumeración de las colaboraciones extranjeras en prosa, sobre este tema, y en el examen de las piezas líricas pertenecientes a los poetas decadentes o modernistas, también extranjeros, porque he deseado señalar el vivo contraste que ofrece la actitud crítica de los dos grandes escritores y las páginas representativas de la revolución literaria, que ya se había extendido por toda América, con la posición reaccionaria de nuestros poetas y escritores, que, con las excepciones que he señalado, y que son escasísimas, permanecían insensibles al movimiento de renovación de las formas poéticas, el cual, cualesquiera sean sus exageraciones y desviaciones, demostró nuevas posibilidades estéticas en el manejo del idioma, y abrió nuevos horizontes a la inteligencia, a la fantasía y a la sensibilidad.

*La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de haber subsistido y persistido en su acción renovadora habría seguramente provocado, ya en aquella época, una profunda reacción en las letras del país. Pero esa acción se detuvo a medio camino, cuando todavía no había logrado conmover la fuerza de inercia de la tradición. Infelizmente cesó, con la edición del 25 de noviembre de 1897. El país se vió

privado de un órgano de alta cultura, cuya breve historia llenó, como hemos dicho, uno de los jalones fundamentales de la evolución literaria del país y dejó gérmenes que, más tarde, hallaron cabal desarrollo.

Mas, en lo que se refiere al movimiento literario modernista que venía reflejándose en sus páginas, se hizo desde entonces largo silencio, que sólo fué interrumpido por voces aisladas a que nos referiremos brevemente en seguida, pero que no halló expresión colectiva hasta que, al finalizar el año 1899, Julio Herrera y Reissig fundó *La Revista*, y con ella surgieron las capillas literarias de que fueron figuras representativas este ilustre poeta y Horacio Quiroga.

A algunas de las voces aisladas o independientes, como las de Roberto de las Carreras y Carlos Reyles, ya nos hemos referido. Justo es señalar, como motivo de incitación que corresponde a esta época, un interesante artículo que recogió un diario de Montevideo, en que su autor, Adolfo Sienna, relató la visita que hizo, en París, a Paul Verlaine, que se hallaba entonces en el crepúsculo de su vida; las transcripciones que también hizo la prensa de artículos “insurgentes” de Enrique Gómez Carrillo y las ediciones del *Almanaque Sudamericano*, que circularon mucho en el país, y en cuyas páginas su director, Casimiro Prieto, insertó numerosas piezas, en prosa y verso, de autores revolucionarios.

Otras voces llegaron apenas hasta la capital, desde la lejana ciudad del Salto, donde Horacio Quiroga, salido recién de la adolescencia, ebrio de romanticismo y poseído de innato dandismo y de inagotable sed de nuevas sensaciones, comenzó a escribir, en periódicos locales, extraños poemas en los cuales, a la melancolía de Bécquer y al acíbar de Heine, agregaba perturbadoras esencias que sólo podían proceder de los llamados “poetas malditos”.

Cuenta nuestro eminente colega José María Delgado que, un día del año 1897, Alberto J. Brignole tropezó por casualidad, en las páginas de una publicación trasplatina, con una *Oda a la desnudez* firmada por un desconocido llamado Leopoldo Lugones. En ella, dice Delgado, todo parecía gran-

diosamente virgen: la simbología, la sonoridad, la fuerza lírica. Más que hacer temblar, convulsionaba.

Corrió Brígnole con ella al café literario en que se reunía con Quiroga y otros amigos; se la hizo conocer al poeta y, según Delgado, “Quiroga fué atrapado por igual enloquecimiento... la “Oda” entró a constituir el alfa de su abecedario lírico”.

He traído a cuenta esta anécdota por su valor histórico, y porque es un ejemplo vivo de la extraordinaria influencia que esta clase de piezas líricas ejerció sobre los jóvenes poetas de la época; pero debo hacer una rectificación que tiende a demostrar la tesis que he sostenido en estos apuntes, según la cual la *Revista Nacional* fué el órgano que hizo conocer el modernismo en nuestro país. La revista en que, el hoy Dr. Brígnole (1) leyó la *Oda a la desnudez* de Leopoldo Lugones, no debe haber sido una publicación transplatina, sino la *Revista Nacional* que la publicó en el N.º 84 de fecha 25 de agosto de 1896.

*Las Montañas del Oro*, de Lugones, que Quiroga leyó poco después, lo deslumbraron y, bajo el hechizo de aquella lectura, y de otras de poetas decadentes, fundó en el Salto, su ciudad natal, con otros compañeros de parrandas románticas, la *Revista del Salto*, cuyo primer número salió el 2 de setiembre de 1899, esto es, casi simultáneamente con *La Revista* de Julio Herrera y Reissig, cuyo primer número apareció doce días antes, el 20 de agosto del mismo año. En la *Revista del Salto*, que sólo vivió cinco meses, está ya el poeta de *Los arrecifes de coral*, en prosa y verso, tocados una y otro por la influencia de los poetas decadentes, a la que José María Delgado agrega, con certero sentido crítico, la de Edgar Poe que, más tarde, fué, muchas veces, inspirador del admirable cuentista. En cuanto al poeta, puede juzgarse de lo que entonces escribía por este terceto que no figura en los “arrecifes”, aunque es del mismo género de ellos:

---

(1) El Dr. Alberto J. Brígnole falleció pocos meses después de haber sido escritas estas páginas, cuya lectura escuchó.



En el fondo de histéricos idilios  
Hay una amarga gota de fosfatos  
Que acusa la impureza de los filtros.

Y para que se advierta que aquella voz que sonaba en el Salto y que, si llegaba a la capital, llegaba muy desvanecida, obedecía ya a una cultura modernista, que era muy rara en el ambiente nacional, véase lo que dijo el poeta al despedirse de sus lectores el 4 de febrero de 1900, que lo tomo del libro de Delgado y Brígnole *Horacio Quiroga*: “La masa común rechaza toda efervescencia que pueda desbordar su medida de lo acostumbrado... Simbolistas, estetas, coloristas, modernistas, delicuescentes, decadentismo, son palabras que nada dicen”.

Un breve viaje que Quiroga hizo entonces a Europa, y el contacto con las tertulias de los cafés literarios del Barrio Latino, donde se encontró con Ruben Darío y Gómez Carrillo, poco o nada dejaron en su espíritu. Cuando regresó el poeta de la *Revista del Salto*, ni había modificado su dandismo, que esta vez fué una de las cosas peculiares del Montevideo de 1900, como lo veremos a su tiempo, ni había modificado tampoco su técnica literaria. Para comprobarlo debo recurrir nuevamente a la anécdota; pero esta vez en forma personal.

En mayo del año 1900 fundé yo, con un grupo de amigos, un periódico quincenal que se llamó *Revista Literaria*. Este tuvo vida más corta que el de Quiroga, pues no alcanzó a vivir cuatro meses. Se constituyó, sin embargo, en su redacción, un pequeño clan literario que, naturalmente buscaba también las nuevas formas estéticas, especialmente las que tenían sello parisiense. Es justo consignar que, en esa pequeña revista, cuyas entregas constaban de 32 páginas, se publicaron, además de los poemas fundamentales de *Las Montañas del Oro*, de Lugones: (*La rima de los Ayes*, y *A Historia*), algunas piezas típicas de los poetas locales que iniciaron el movimiento modernista.

Una tarde me visitó en la redacción Asdrúbal Delgado, que era entonces estudiante, y me hizo entrega de unos ver-

ses de Horacio Quiroga, que éste deseaba publicar en la revista, pero para lo cual ponía como condición que llevaran al pie el pseudónimo: Aquilino Delagoa, y que debajo de la firma se agregara este adjetivo: portugués.

Aunque Quiroga era entonces literariamente desconocido en Montevideo, impresionado yo por el sabor moderno de la composición, que se titulaba *Nubile post (quaquam)*, y llevaba esta curiosa dedicatoria: “Al genio de Juan Barreira”, la publiqué en la revista, y aun agregué a la publicación esta nota, que escribí espontáneamente, y que a través de cincuenta años cobra verdadero interés: “Aquilino Delagoa será, tal vez, un incomprendido. La burguesía se encojerá de hombros ante su producción, exótica orquídea arrancada de un invernáculo misterioso. Pero, los que forman su espíritu en el culto de la belleza y del arte no permanecerán impasibles ante la presencia de este nuevo *extraño* que se levanta. Nosotros vemos en Delagoa un heredero futuro del cetro de Darío”.

Fuerza es, después de tales elogios, leer, sino todo el poema que es bastante extenso, algunos de sus tercetos que, desde el punto de vista retórico ofrecen la curiosidad del desplazamiento de la medida y del ritmo, y la repetición del primer verso en cada terceto. Estas singularidades no impiden que se advierta en el poema el acre sabor de la angustia, y la mórbida ansiedad que precede a los sueños del opio cuando las cosas comienzan a perder sus formas reales y a adquirir monstruosos perfiles. Dice así el poema:

Lentamente florecen las penas insípidas  
en la página exhausta de mi idiosincracia,  
lentamente florecen las penas insípidas.

Tras el último sueño de la Aristocracia,  
nieva el eterno fastidio sobre las frentes,  
tras el último sueño de la Aristocracia.

Como el cerebro incoloro de los dementes  
ha licuado el espíritu su dura-mater,  
como el cerebro incoloro de los dementes.

Neblinan las ilusiones del viejo cráter,  
los estaños aguados del frío horizonte  
neblinan las ilusiones del viejo cráter.

Como el gran ojo lívido de los Asombros  
que fijan sobre el espanto las Pesadillas,  
como el gran ojo lívido de los Asombros.

La curva más delirante de las rodillas  
se arrastra por el asfalto de los terrores  
la curva más delirante de las rodillas.

Tras la eclosión amarilla de los Horrores,  
las bocas desencajadas tuerce la Angustia,  
tras la eclosión amarilla de los Horrores.

.....

Y termina el extraño poema con esto que es una silencio-  
sa queja, o una suprema confesión de relajamiento y fatiga  
del alma y de la carne:

Y asoma el Cansancio su gran cara mustia  
sobre la insistencia de los grandes terrores.

¿Es ésto un juego a un alarde de fumismo literario, —  
perdóneseme el galicismo,— como entonces se supuso? No.  
Ésto es el producto de un temperamento extraño y refinado  
y, sin duda, enfermizo; de una imaginación desordenada; de  
una sensibilidad mórbida; pero, es, sobre todo, la expresión  
de un estado de alma, mezcla de profunda laxitud y de ansio-  
sa espera; estado de alma que era el mismo que inspiró a Ro-  
dó las últimas páginas de *El que vendrá* y que el ilustre es-  
critor sugirió en su ensayo *La novela nueva* con la atormen-  
tada exclamación del *Fortunio* de Gautier: “Tengo más sed  
que el desierto”.

De este estado moral participamos quienes comenzamos a  
pensar y sentir al terminar el siglo XIX, y ese mismo estado  
de alma dió origen a las reacciones literarias y artísticas que  
aun perduran, y que, felizmente, tienden hace ya algunos  
años, a recobrar el perdido módulo.

Mas, hemos adelantado demasiado. Ya tendremos ocasión de ocuparnos con mayor detención de Quiroga, cuando consideremos su clan literario que se llamó “Consistorio del Gay Saber”; ahora debemos volver a Julio Herrera y Reissig, que aparece envuelto en su gloriosa clámide, en el umbral del siglo, y nos invita, como el poeta mantuano, a penetrar en los misteriosos círculos del decadentismo, y a quien, antes de seguirlo “*per lo camino alto e selvestro*”, fuerza es saludar con el verso inmortal:

Tu duca tu signore e tu maestro.

# El Parnaso Oriental (1)

LA poesía nacional del Uruguay fué un producto genuino de la Revolución americana.

El cambio de régimen trajo una alteración absoluta en la vida de las antiguas colonias españolas. Dentro de las ciudades del Virreinato no había florecido el arte como expresión sincera del alma de aquellos pueblos: una imitación incolora de los autores en boga regía la escasa producción literaria.

Sin embargo algunos de los escritos de la época no dejan de tener su carácter. *La Gazeta de Montevideo*, dirigida por Fray Cirilo de la Alameda y Brea, franciscano de vasta erudición, es una muestra elocuente de esa literatura, y el famoso discurso del Padre Larrañaga, pronunciado después de la primera independencia en la inauguración de la Biblioteca Pública, podría incorporarse sin vacilación alguna a cualquiera antología de clásicos castellanos.

Ese arte rudimentario era reflejo directo de la educación de la época. Los establecimientos de enseñanza coloniales lanzaban torrentes de doctores empapados en los clásicos griegos y latinos, e imbuídos en los hondos estudios teológicos de los programas de entonces.

La Universidad de Córdoba y el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires, donde se formaron casi todos los in-

---

(1) Este estudio es el prólogo del libro "El Parnaso Oriental. Antología de poetas uruguayos". Lo insertamos por su valor documental, pues ese libro que fué publicado el año 1905, y por ende su prólogo, son necesarios para conocer el momento en que el modernismo literario revolucionaba las formas poéticas tradicionales en el Uruguay.

telectuales del Río de la Plata, clérigos en su mayor parte, tenían instituidos cursos de filosofía, teología, latinidad, retórica, gramática, y una cátedra de Cánones.

Recién cuando a principios del siglo XIX, el deán Funes confeccionó los programas de la Universidad de Córdoba, se inició un movimiento favorable a las bellas letras.

En cuanto a la enseñanza que se daba en Montevideo, confiada primero a los padres de la Compañía y después a los regulares de San Francisco, ya lo dice nuestro viejo cronista don Isidoro De María, se reducía a nociones de doctrina cristiana, lectura, escritura y aritmética. En el Convento de San Francisco, se educaron muchos jóvenes de la época, que brillaron posteriormente.

Sin embargo, a pesar de la falta de estímulo, el deseo de saber se había apoderado de la juventud. “El amor a los libros era general en toda América”, dice Juan Agustín García, y más adelante cita las palabras de Depons: “Toda la juventud penetrada de la insuficiencia de su educación, procura suplirla buscando ávidamente instrucción en los libros extranjeros. Se ven pocos jóvenes que no aprendan con el único auxiliar de diccionarios a traducir el francés y el inglés, haciendo toda clase de esfuerzos para aprender el primero de estos idiomas de preferencia”.

La producción literaria aún no había hallado la forma rítmica de expresión.

Cierto que el medio ambiente no era el más apropiado para el desenvolvimiento del sentido artístico de aquellos pueblos. Al bajo nivel de la educación común, uníase la monotonía y la tranquilidad casi monacal de la vida de los habitantes del Río de la Plata.

La primera faz de la vida colonial presentó todos los caracteres del sedentarismo automático de un pueblo dominado por la inercia y la pereza. Las ciudades arrastraban vida de holganza: su bonhomía y su flema, que recuerdan a la buena tierra flamenca, llegaban al grado máximo.

Recién cuando se sucedieron algunas generaciones de criollos, y la mezcla de sangre mestizó la raza, llevando nuevos elementos a la psicología de los habitantes; cuando las in-

vasiones inglesas y las resonancias de los acontecimientos desarrollados en la metrópoli después de 1806 vinieron a fecundar el primer concepto de libertad que tuvieron aquellos hombres, dando origen al espíritu de rebelión, una fuerza más intensa, más propia empezó a regir los actos de aquellas multitudes simples y primitivas.

Probablemente entonces nació el carácter nacional de las futuras repúblicas sudamericanas, y con él se iniciaron las primeras manifestaciones del pensamiento criollo, que se tradujeron en balbuceos incompletos pero llenos de carácter.

Nada representaban las protestas de adhesión a los monarcas españoles: el espíritu rebelde palpitaba en todas las manifestaciones de aquellos pueblos, e imponía su sello a los actos públicos que congregaban a los antes pacíficos habitantes convertidos en seres nerviosos e inquietos.

Sin duda hubo mucho de inconsciencia en eso. Las jornadas de Mayo lo dicen claramente. Las asonadas instintivas, las imposiciones colectivas de masas inconscientes atacadas del delirio tan bien estudiado por Ramos Mejía, son pruebas evidentes del fenómeno que se generaba en el seno del alma nacional.

La revolución americana rompió la inquilosis en que había permanecido la sociedad colonial durante más de un siglo. La psicología de aquellos pueblos parece que despertó de pronto, dando origen a una entidad nueva, con rasgos característicos y fisonomía propia. Todas sus manifestaciones exteriores tomaron relieve extraordinario.

La literatura local fué íntimamente ligada a esa aventura de nuestra raza.

Ya el año 1807, con motivo de las invasiones inglesas, la excitación popular había encontrado su órgano de expresión en el Padre Juan Francisco Martínez, que escribió e hizo representar el drama en verso: *La lealtad más acendrada o Buenos Aires vengada*, obra de dudoso gusto, calcada en el teatro mitológico griego, pero que tiene su importancia por ser el punto inicial de nuestra literatura.

Con el Padre Martínez se inició una tendencia clásica bien definida, que fué seguida por Acuña de Figueroa, Manuel Araúcho, Carlos Villademoros y Bernardo Berro.

Junto a esa tendencia, producto genuino de la sociedad colonial, la Revolución de 1810 dió origen al nacimiento de una forma nueva, original, llena de carácter y de color locales. Frente a la musa clásica de las ciudades nació la musa errante de las campiñas. Allí estaba el espíritu conservador de la metrópoli, aquí estaba el espíritu nuevo, el alma criolla, la expresión ruda pero sincera de una entidad que empezaba a formarse.

La poesía popular fué la primera forma original que halló el alma criolla para expresar sus anhelos.

La musa errante nació con los primeros vagidos de la Revolución. Latía ya en el alma bravía del *gaucho* y el aborigen habíala presentado en la silenciosa melancolía que devoró a aquella raza formada de misterio, que cruzó sobre nuestros campos, vivió en nuestros bosques y murió en silencio.

La génesis de la poesía popular del Uruguay es compleja; se pierde en el misterio del trasbase de las razas: venía ya en la sangre española, donde el moro la inoculó; ella vive aún en los cantares plañideros del medio día; aquí germinaba ya en el alma huraña del indio uruguayo; el africano la trajo en germen de sus tribus.

El *gaucho*, que fué el producto característico de la conquista, le dió vida. En su alma dual y sacudida por los instintos congénitos de tres razas igualmente fuertes, obró a manera de reactivo la naturaleza, despertando los hidalgos ensueños de la raza española, las profundas nostalgias de los hijos del trópico arrancados violentamente a sus selvas africanas y la tétrica "melancolía imperante entre esas masas de bárbaros, sin cánticos ni juegos, ensimismados en un silencio que sólo se rompe para emitir brevemente sus opiniones en las asambleas deliberantes, y para darse la palabra de orden frente al enemigo".

La soledad del desierto, las largas noches pasadas bajo la bóveda estrellada, el silencio de los campos hablaron a aquella alma con elocuente lenguaje. Todos los instintos congénitos florecieron favorecidos por la naturaleza; el silencio,



la soledad y la inmensidad del desierto avivaron en el hombre aquel, el instinto sobrehumano de libertad del salvaje; el canto de los pájaros, el murmullo de los ríos, los soles ardientes y las noches tranquilas hablaron al alma castellana y engendraron los ensueños rudos y ásperos de la primera trova americana. La guerra hizo lo demás; el combate, el campamento, la vida errante, el sueño de libertad, todo cayó en el caos del alma del gaucho y reventó en sus labios en una explosión rítmica de palabras y rudos afectos.

Aquel era el fenómeno natural y lógico que se generaba en lo profundo del *alma máter* nacional, donde se incubó silenciosamente y sin la conciencia de su propio destino, la personalidad, la entidad de la nación de Artigas.

De la psicología oscura y aun no bien estudiada del gaucho es que brotó la trova, el grito de ternura y de guerra, de amor y de amargura, que nació áspero y gutural y luego se hizo suave y dulce, como la nota desacorde que se arranca a un instrumento para templarlo, que la tensión de la cuerda va suavizando, hasta darle el tono armonioso y encerrarla en el pentagrama musical.

El soldado poeta fué su primera manifestación, encarnada en Valdenegro, cantor de leyenda, de quien no se conoce a ciencia cierta más que una décima guerrera que fué presentada como cartel de desafío en el sitio del año 1811 en la punta de una lanza.

Valdenegro y Bartolomé Hidalgo son los dos poetas que dieron vida a la poesía popular; Hidalgo sobre todo, cuyas composiciones han sobrevivido y en las cuales la musa contemporánea se ha inspirado más de una vez.

Esas fueron las dos tendencias perfectamente definidas con que halló origen la poesía uruguaya. De un lado, la musa errante, la trova campesina, la poesía nómada y salvaje, nacida en el campamento y la guerra, que prosperaba en la campaña convulsionada; del otro, la musa urbana del Seminario y las Universidades, la imitación de los clásicos a que se dedicaban los clérigos y los seglares doctorados.

Francisco Acuña de Figueroa fué el primer poeta de personalidad que tuvo el país. Su influencia decisiva durante

largos años dió la pauta al gusto de la época. Su nombre es toda una tradición y por eso ha sido llamado “el poeta de Montevideo”. Procedía de la más alta cepa colonial y su bagaje literario había sido adquirido en los colegios de Buenos Aires. Su musa festiva y risueña o grave y serena educó aquel grupo de poetas surgidos después de 1811 formado por Villademoros, Berro y Araúcho.

Imbuído en el estudio de los clásicos griegos, latinos, franceses y castellanos, fué el poeta más avanzado de su época. Su imperio fué largo, y sólo después de la constitución política del país, cuando el comercio de libros e ideas, y la inmigración porteña, trajeron a estas playas los ecos de la evolución que se operaba en Europa, y Lamartine, Víctor Hugo, Espronceda y Manzoni revelaron la existencia de la nueva escuela a que pertenecen los versos juveniles de Adolfo Berro, su influencia se debilitó para dar paso al romanticismo apasionado y melancólico de Juan Carlos Gómez, el poeta hondo y humano que impuso al medio ambiente la inclinación hacia la poesía pasional y subjetiva a lo de Musset.

La tiranía de Rosas en la Argentina había arrojado al destierro a aquella péyade de escritores que, agrupados en Montevideo, produjeron la evolución literaria en el Río de la Plata. Juan Cruz y Florencio Varela, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané, y sobre todo Esteban Echeverría, que acababa de asistir en París a la implantación definitiva del romanticismo y había revelado el molde en que se formó el gusto de la época, fueron los actores en aquellas justas literarias de la Defensa que dieron extraordinario brillo a Montevideo en el sitio memorable de 1843 a 1851.

En pleno esplendor romántico, excitados por el medio ambiente, dominados por la lírica arrebatadora de la nueva escuela, los poetas de la Defensa encarnaron en un momento determinado la musa continental.

Juan Carlos Gómez fué el heredero directo de ese movimiento literario. La tradición clásica local cedió al impulso del nuevo poeta, y hasta el mismo Acuña de Figueroa, seducido por la sinceridad de aquel artista singular, hubo de sufrir su influencia.

Desde entonces el imperio del romanticismo francés, preludiado por Adolfo Berro e importado por el autor de *La Cautiva*, fué absoluto. El subjetivismo sentimental de Juan Carlos Gómez arrebató a todos, que comenzaron a desdeñar la corrección clásica de los tradicionalistas para entregarse al desaliño de aquella producción desordenada y triste.

De ahí que la *Epístola a Doricio* de Bernardo Berro, la pieza de corte clásico más correcta que posee el Parnaso nacional, haya pasado inadvertida en su época. La misma musa de Figueroa que seguía dominando la poesía epigramática y festiva de entonces debía de parecer extraña a aquellos oídos habituados ya a los inspirados alejandrinos de Gómez y del autor de *El Peregrino*.

El romanticismo melencólico y lúgubre de 1830, que creó la leyenda de los vampiros, hizo beber vinagre a nuestros abuelos para dar al rostro la palidez de la muerte, y puso en todas las miradas ese sello de melancolía que tienen los retratos de la época, fué un delirio colectivo, que no solamente ejerció su dominio en la vida intelectual y espiritual, sino que llegó a marcar su influencia en la vida social.

Los poetas vivían en íntima comunión con Espronceda, y se desvanecían ante los versos del inspirado cantor de *Jarifa*. Víctor Hugo les llenaba de pasmo y la serena melancolía de Lamartine inspiraba aquellas estrofas en que todo era triste y lúgubre, como si el escepticismo romántico hubiera conquistado el medio ambiente.

Pacheco y Obes, en viaje a Buenos Aires, se despedía de Montevideo como un proscrito; Juan Carlos Gómez se quejaba amargamente de “la tempestad continua que asaltaba su bajel” y todos los versificadores de la época, en buenos o malos versos, cantaban al dolor.

Sólo Acuña de Figueroa y algunos versificadores influidos por Quintana permanecían apartados de la nueva escuela.

Las agitaciones políticas que sucedieron al pacto de paz de 1851 ahogaron el vigoroso espíritu literario nacido en la Defensa. La política activa y el periodismo reclamaron todas las energías del país. Acuña de Figueroa y algunos poetas como Acha, Arrascaeta y Bermúdez, ya colaborando en

la prensa, ya escribiendo para el teatro, mantuvieron la tradición hasta la llegada al país de Alejandro Magariños Cervantes, que volvía de Europa consagrado por maestros para llenar casi 50 años de nuestra vida literaria.

Magariños Cervantes fué más una influencia que una entidad. Representante del romanticismo de Hugo, el cual había bebido en sus fuentes, mezcló a éste algo que sin duda habían dejado en él los clásicos y los poetas castellanos de mediados del siglo. Su personalidad artística incolora, pero vigorosa por el entusiasmo, la fe, la fecundidad y la iniciativa, fué una bandera para tres generaciones. Su musa cantó durante treinta y ocho años, todos los acontecimientos habidos en la patria. En esto fué un continuador de Figueroa.

Tentó todos los géneros. La oda pindárica, la elegía, el poema, el ditirambo; todo lo ensayó con más o menos éxito, pero en todo alcanzó la corrección, habiendo llegado a veces a los dominios de la inspiración y aun de la creación.

Emigrado Juan Carlos Gómez, él recogió su herencia y agrupó aquel brillante núcleo de poetas formado por los Fajardo, Lapuente, Ferreira y Artigas que recién balbuceaba sus primeras estrofas.

Hasta 1880, el nombre de Magariños Cervantes, al lado del de Aurelio Berro y de aquel grupo de escritores que en compañía del autor de *El capitán Albornoz* tentaba el teatro, llenan la historia literaria del país y aparecen en todos los actos públicos asumiendo la representación de la musa nacional.

El carácter general de la poesía nacional hasta entonces, era pobre. La forma dramática iniciada por el Padre Martínez y seguida por Acha, Bermúdez, Bustamante, etc., no pasaba de ser una tentativa; la lírica que había irradiado en la Defensa y que Juan Carlos Gómez había elevado a una altura extraordinaria, declinaba con la generación de 1870, atacada por la fiebre de hacer versos y lanzada a una producción híbrida, en que no hubo una sola nota personal; la forma epigramática y festiva, cuyo más alto representante en América es, sin duda, Acuña de Figueroa, discípulo aventajado de Quevedo, continuaba tímidamente con Acha, para renacer más tarde con Wáshington P. Bermúdez.

La generación nacida a la vida intelectual después de 1865 fué víctima de la desorientación literaria. Sin sentido artístico, pero formada en la lectura de *Los Girondinos* de Lamartine, sus poetas fueron declamadores y retóricos, y tomaron frases hechas sin sospechar que el triunfo estaba en el propio temperamento, en la sinceridad, en la individualidad propia, eclipsada entonces por la imitación y el modelo fijo.

Hay una gran laguna que sólo se cierra en 1879 con el certamen nacional de la Florida.

En ese acto en que Aurelio Berro triunfó con el aticismo clásico de una silva compuesta de acuerdo con los cánones retóricos, hubo un triunfo singular que sacudió a todo el pueblo reunido en torno del histórico monumento.

Cuando Zorrilla de San Martín empezó a leer su *Leyenda Patria* que había sido declarada fuera de concurso por exceder al número de versos del programa, todo el pueblo sintió que en aquel canto había un latido, una nueva vida, un algo divinamente humano que llenaba las estrofas, les daba calor y las hacía palpar como si un fluido singular circulara por ellas.

Cuando el poeta terminó, y el pueblo jadeante y arrebatado por aquella armonía desconocida prorrumpió en aclamaciones, no era sólo al poeta a quien aclamaba, sino al renacimiento poético que, en aquellos instantes, hallaba otra vez la expresión intensa y verdadera.

Es que el pueblo jamás se equivoca; tiene la intuición de las cosas. En la Florida, al aplaudir *La Leyenda Patria*, como después, al hacer lo mismo con *Tabaré*, sentía que aquel molde nuevo, representaba la presencia del arte y de la belleza.

*Tabaré*, que apareció en 1887, pero que fué conocido por el público desde 1880, da la pauta a la poesía nacional, que con Zorrilla de San Martín toma por primera vez el carácter de las grandes literaturas encauzándose en una corriente moderna y original.

Por primera vez, acaso, la influencia de las literaturas universales se dejó sentir en el medio ambiente. Los románticos franceses, y Quintana, José Zorrilla, Campoamor

y Núñez de Arce habían presidido la formación del gusto de la generación de Zorrilla de San Martín. Este buscó sus fuentes en Homero, Dante, Shakespeare, Ossian, Heine y Bécquer.

Zorrilla de San Martín es el poeta lírico y épico de la América española. Su verbo hondo y humano fué una revelación para el medio ambiente, que por primera vez sintió el influjo de las grandes literaturas fundidas en un molde nuevo de belleza, originalidad, sencillez y sinceridad. El recogió todos los sentimientos dispersos de su pueblo, los fundió en el crisol de un temperamento único, y formuló una síntesis amplia, humana, en una obra que es la expresión del alma de una raza.

Después de Zorrilla de San Martín, las tendencias se diseñaron claramente. El germanismo púsose a la moda y los poetas imitaron a Bécquer, a Heine y cayeron en la delicuescencia triste y pesimista del “ruiseñor del Rin”.

Rafael Fraguero, un temperamento raro y complejo, siguió las aguas de Zorrilla de San Martín, cultivando la poesía elegíaca del autor del *Libro de los Cantares*, y en general, no era raro ver a todos aquellos poetas que hasta el día anterior copiaban cuidadosamente la manera de Núñez de Arce o Campoamor, escribir rimas tristes o irónicas, donde asomaba la hiel del maestro de Dusseldorf. Hasta el mismo Carlos Roxlo, poeta de la luz y del color, heredero directo de José Zorrilla, espíritu gemelo del de Salvador Rueda, que por propio temperamento se sentía rechazado de la escuela de Bécquer, dominado por su influencia, escribió una serie de rimas, tal vez los versos más hermosos y humanos del inspirado cantor de nuestros bosques.

Roxlo, manteniendo su tradición, formóse una manera personal, que ha influido sobre algunos poetas actuales. Poeta objetivo por excelencia, ha cantado a la tierra nativa, ensalzando en ditirambos de corte clásico las bellezas de la naturaleza uruguaya. Como poeta erótico ha descollado también creando un estilo personal, lleno de color y frescura.

Hasta el presente, esas dos tendencias han luchado en el medio ambiente por imponer su dominio.

El lirismo intenso y hondo de Zorrilla que en la oda

patriótica ha dado la nota más alta del poema heroico castellano y en la sentimental el grito de pasión más humano que ha escuchado la musa americana, y el arte hecho de color, sentimiento, frescura y ensueño, de Roxlo, el poeta de la naturaleza y de la vida silvestre.

El momento actual es de desconcierto. Los poetas se agrupan o se repelen. La influencia de la literatura francesa contemporánea ha producido el dislocamiento y el caos.

De un lado la tradición romántica mantiene unidos a una pléyade de coloristas, que aún permanecen fieles a las metáforas de Hugo y no desdeñan el martillo de la octava real.

Papini y Zas, discípulo de Roxlo y Salvador Rueda, es el representante genuino de ese grupo. Poeta de imaginación ardiente y exaltada, ha conseguido agrupar a su alrededor a una pléyade de brillantes rimadores. Su nombre ha sido, en más de una ocasión, una bandera.

Frente a esa tendencia tradicionalista, se alzan los influidos por las corrientes de la decadencia moderna, agrupados en pequeñas capillas literarias: artistas exquisitos, cultivadores de un arte mórbido, almas sutiles y complejas, temperamentos raros y funambulescos, prontos siempre a vibrar. ante un verso de Baudelaire, de Verlaine, de Verhaeren, de Mallarmé, de Rodembach, o de cualquier poeta trashumante de la última hornada modernista.

Julio Herrera y Reissig en su *Torre de los Panoramas*, consistorio secreto donde se reúnen los discípulos de este nuevo Sar Peladan, preside un grupo de poetas admiradores de Samain y de Baudelaire, que ya se extasían y se arroban ante las blancas ingenuidades del autor de *Aux Flanes du vase*, o vibran y se estremecen ante la aspereza sensual de Baudelaire, o las grandes melancolías cristalizadas de Rodembach. Allí tiene entrada todo lo raro, todo lo exótico, todo lo *snob*, en una palabra.

Hay otro grupo influenciado por Lugones, el poeta argentino; otro que mantiene la tendencia hoy casi olvidada de Heine; existen los descendientes de la lírica italiana moderna presididos por Emilio Frugoni, el poeta más correcto de la actual generación, y por sobre todas estas sectas están los

solitarios, las almas inquietas y orgullosas que se sienten rechazadas por el medio ambiente.

El momento actual es de confusión y desconcierto. Los poetas erran al azar de la emoción personal. María Eugenia Vaz Ferreira, encarna el espíritu nórdico, la vida interior, sentimental e intensa; Julio Herrera y Reissig, presiente en sus versos extraordinarios la aparición de un estremecimiento nuevo; Armando Vasseur ha hallado una cuerda épica en su lira sentimental; Emilio Frugoni realiza una forma de arte noble y sereno pero entre ellos falta sin duda el poeta de la síntesis, que como Zorrilla de San Martín en 1886, encuentre el acorde único que encierre todas esas notas dispersas; las ansiedades, los anhelos, los vagos estados de alma que forman este principio de siglo preñado de inquietud, de ensueño y de quimera.

1905.



# Delmira Agustini

**N**ACIÓ Delmira Agustini en Montevideo el 24 de octubre de 1886, bajo uno de los signos del Zodíaco que los poetas antiguos reputaban aciago. En los espacios estelares, Escorpión, instigado por Diana, hiere el talón de Orión, el bárbaro celeste que pretendió violentar a la casta diosa. Antares, la estrella radiosa, es el corazón del monstruo. El misterioso mito en que se mezclan el amor, la violencia, el dolor, la sangre, la radiante luz de la estrella y la terrible fealdad del monstruo parece haber presidido esta breve vida, para la que también fué escrito el melancólico verso de Menandro: “Joven perece el que es amado por los dioses”.

Desde que empezó a vivir, la niña tuvo algo de pitonisa, y cuando fué capaz de pensar, la poseyó el furor sagrado, el trance poético, y comenzó a decir y escribir terribles cosas, misteriosas cosas cuyo sentido acaso ella no alcanzaba. Se realizó así aquello que afirma Platón en la Apología de Sócrates al referirse al don de adivinación de los poetas, que éstos dicen cosas que ellos mismos no entienden. No de otra manera se explican los arrebatos líricos de esta jovencita criada y educada en el santuario del hogar; consagrada, en la intimidad del gineceo, a inocentes juegos y a pequeñas aficiones burguesas, tales como la música doméstica que se hace junto al piano, el pirograbado y la pintura instintiva y sin trascendencia; cuya cultura literaria era escasa y cuyo gusto, influenciado por la época en que le tocó vivir, apenas tuvo tiempo de depurarse, dando lugar así a esos desequilibrios que se advierten entre algunos de sus poemas que parecen esculpidos en mármol de Paros, y otros cuya estructura recuerda esos atormentados búcaros con que el *art nouveau* llenó los bazares de principios de siglo.

Quien esto escribe tuvo ocasión de observar el fenómeno platónico. Una tarde del año 1906 le fué anunciada la visita de la poetisa a quien acompañaba su padre. La joven musa estaba en el esplendor de la juventud y de la belleza. Traía en sus manos su primera colección de versos y sonreía tímidamente en silencio, mientras su padre exponía el caso de la niña prodigio que comenzaba a interesar a los hombres de letras de la época. Nada agregó ella, y luego de dejar la colección sobre la mesa, se fué, en silencio, como había llegado, mirando vagamente con sus ojos sonámbulos velados por el ensortijado cabello rubio que caía en rizos sobre su frente y le orlaba el rostro. Aquella pequeña Ofelia que pasó como una sombra por la sala, había dejado, sin embargo, una colección de carillas incandescentes, como si en ellas Eros y Safo hubieran escrito con sangre sus amores. ¿No era esto, acaso, adivinación? ¿No lo siguió siendo en sus libros sucesivos? ¿No lo fueron todos esos poemas que creó su sensibilidad y su imaginación al margen de toda realidad objetiva?

Debe haber sido así. Como lo dice Platón, esta mujer, poseída del furor poético, creaba y decía cosas que ella misma no entendía. Le ocurrió, aunque en otra zona de la subconsciencia y de la sensibilidad, lo que a María Bashkirtseff en sus núbiles adivinaciones estampadas en su Diario de niña. ¡Dolorosa, terrible precocidad! Fuente de inenarrables sufrimientos y torturas que, en el caso de la poetisa oriental, tuvieron epílogo en una oscura tragedia que la aproximó más al mundo antiguo regido por el Hado, de donde quizá surgió, y al que volvió convertida en marmórea estatua crispada de pasión y envuelta en la túnica enrojecida por la sangre.

Hay quien ha querido ver en todas estas cosas de la subconsciencia lírica de la poetisa atavismos raciales. Puede ser. Ella dijo de sí misma:

    Mi sangre es sangre gitana  
    en rubio vaso teutón.

Acaso el ardor de la raza meridional, unido al poder de ensueño y a la aptitud metafísica de la estirpe germana, hayan influido en el misterio biológico de aquel raro ejemplar

de la especie y la hayan predipuesto al frenesí de la imaginación y de la sensibilidad que, con serlo, tuvo carácter puramente cerebral y extático. Pero hubo en este caso psicológico algo más: desequilibrio esencial entre la facultad de crear soñando y de vivir la vida cotidiana, cuyo origen ella inquiría tendiendo los brazos hacia el misterio y lo subconsciente.

¿Soy flor o estirpe de una especie oscura  
Que come llagas y que bebe el llanto?

Ella contestó esta trágica pregunta en otro poema y dijo de sí misma que era:

Flor de una aciaga Flora esclarecida.

Lo fué realmente, y el signo funesto de su linaje espiritual, si le conquistó la gloria literaria, la condujo al drama en que entregó su vida como holocausto, aquella vida que ella conceptuaba imposible en la tierra:

Vida imposible, vida sobrehumana,  
Tú que sabes si pesan, si consumen  
—Alma y sueños de Olimpo en carne humana.

La naturaleza humana era una cárcel para aquella alma y aquellos sueños que planeaban constantemente sobre el país de los dioses:

Acá lo humano asusta, acá se oye,  
Se vé, se siente sin cesar la vida.

Por eso pedía al imposible, que era ángel o demonio, hombre o sombra, fantasma o realidad, la emigración interestelar hacia las regiones sin nombre donde refulge la radiosa estrella que es el corazón del monstruo bajo cuya aciaga influencia nació la poetisa:

Vamos más lejos en la noche, vamos  
Donde ni un eco repercute en mí,  
Como una flor nocturna, allá en la sombra,  
Yo abriré dulcemente para tí.

Esta maravillosa corola humana abrió en ese misterioso país del sueño, y mostró allí sus pétalos, y exhaló su perfume, y se deshojó luego, y dejó al descubierto su lívido cáliz, y se inclinó al fin sobre el tallo para morir como lo hacen las flores.

\*

\* \*

No todo fué adivinación y subconsciencia en el complejo de esta poetisa. Sobre éste actuaron las inevitables influencias del ambiente, de la familia, de la sociedad, de la educación, de la cultura.

Tuvo, como casi todas las niñas de su clase social, el pequeño idilio que la condujo al himeneo; pero, en su caso, el idilio fué atrozmente epilogado. Actuaron también sobre ella influencias literarias muy marcadas. D'Annunzio la deslumbró, más que con su poesía con la suntuosidad de su retórica. Fué una influencia de orden objetivo que le proporcionó placeres casi físicos semejantes a los que experimentaba al acariciar las joyas o jugar con las piedras de colores que había atesorado en su cofre. Influencia más esencial, pues además de invadir la esfera retórica penetró hondamente en su mundo subjetivo, ejercieron sobre ella Julio Herrera y Reissig, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Armando Vasseur y, sobre todo, Rubén Darío. La lectura de estos poetas le enseñó a estructurar la forma retórica dentro de modernos moldes y a dar al verso nuevo acento, nueva musicalidad, y con ello, lograr para la estrofa morbidez y expresión de cosa escultórica.

Comprendió que el lenguaje tiene un valor representativo y un valor eufónico; desde entonces huyó de la expresión trivial y buscó la forma musical, a veces sibilina y hermética, para expresar ideas, y más a menudo imágenes y estados de alma. La influencia subjetiva constituyó una verdadera convulsión cósmica en las esferas de aquella alma y de aquel temperamento que tuvo, como el infierno dantesco, sus tremendos círculos y su helado polo. Las resonancias que levantaron en su mundo interior los turbadores y enfermizos poemas de Herrera y Reissig, las huracanadas estancias de "Las Montañas del Oro", las angustiadas poesías de Nervo y las

patéticas y enigmáticas estrofas de Vasseur debieron llenar el recinto de su espíritu de terribles visiones: negras aves que cruzaban el cárdeno cielo, fantasmas que levantaban suplicantes brazos, espectros que surgían de las entrañas de la tierra, monstruos que se arrastraban como reptiles o volaban como pájaros, teorías aéreas de ángeles, mujeres y demonios, labios que besaban y que maldecían, héroes que blandían la clava en medio de fosfóricos resplandores, fantásticos torbellinos semejantes a aquellos que pasan por los cantos de Ossian o ascien-den y descienden en las espirales de espíritus que vió Fausto moverse en los aquelarres del Brocken.

Este barroquismo imaginativo tuvo naturalmente sus períodos de preparación y su período de desarrollo y plenitud. “El libro blanco” señala el primero. Corresponde a la formación retórica. La estrofa se estructura con esfuerzo, y, a veces, con violencia. Este trabajo en que interviene la gramática, y en que la rotunda fonética castellana dificulta la labor de la artista, a menudo neutraliza la acción de la sensibilidad. La poesía se cerebraliza, y como lo apunta con justeza un crítico, las sensaciones se convierten en ideas. Estas ideas buscan la forma sustantiva; el fenómeno deja huellas gráficas en el uso constante de las mayúsculas y en la apelación oratoria a ciertos conceptos, no siempre de gran quilate poético, pero que para la poetisa adquieren traza de númenes o de símbolos. Las imágenes sufren también la acción del proceso retórico y de las influencias de lecturas inmediatas y se apoyan a menudo en el *attrezzo* lírico de los poetas favoritos: lirios, cisnes, astros, estatuas, cálices, piedras preciosas, fauna y flora mitológicas o de oriente, misteriosos castillos, y más misteriosas princesas. Mas, aquí y allá, entre torsos inconclusos y columnatas truncas, se admiran puras estatuas labradas en mármol pentélico, poemas en que la inspiración, el trance poético, vencieron a la retórica. Y por fin, el amor que llega a exaltar la sensibilidad, las ansias, y a desatar la tempestad lírica más dramática y devastadora que cruzó por alma de mujer.

Amor, la noche estaba trágica y sollozante  
Cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura.

Estos dos versos inmortales con que inicia el soneto “El intruso” son el pórtico de una terrible cárcel en que los más refinados suplicios asaltaron a esta alma torturada y cautiva. Los poemas que sucedieron a “El libro blanco”, están llenos de gritos de pasión que, si fueron arrancados por el amor terreno, adquirieron, pronto, acento extra-humano, que hace pensar que ellos procedieron, más que de una mujer, de una de aquellas diosas de los mitos nórdicos inaccesibles al amor humano, pero cuyo destino fué atormentarse y atormentar a los mortales con la visión de imposibles nupcias. Patético erotismo cuyos salvajes arrebatos confinan con el silencio y la quietud de la muerte; mesas de festín cuyos vinos están envenenados; tálamos que se tornan en piedras sepulcrales; odas de apasionado sensualismo que se convierten en fúnebres cantos. Y sobre todo esto, la ansiedad que azora, la angustia que ahoga, el dolor que aprieta el corazón, la vida que llama a la realidad y obliga a vivir, y, al fin: la muerte.

En la obra de esta mujer hay una singular violencia de vida que se revela en gritos y gestos de esperanza, en arrebatos de pasión, a veces en verdaderos alaridos de salvaje alegría y de extrahumana dicha; pero junto a ello hay una casi perenne actitud patética, un mortal presentimiento, un acento de terror y de angustia, una obsesión de caída, un continuado diálogo con el misterio del más allá. Su propio numen se enfrenta con la muerte y lanza el fúnebre vaticinio:

Emperatriz sombría,  
Si un día,  
Herida de un capricho misterioso y aciago  
Yo llegara a tu torre sombría...

Ni la torre ni el lecho funerario la espantaban. Pensaba en ellos con terrible fruición, como si la necrofilia hubiese derramado un misterioso hechizo sobre su corazón lacerado, y sentíase arrastrada por la atracción hipnótica del misterio.

Los lechos negros logran la más fuerte  
Rosa de amor, arraigan en la muerte  
Grandes lechos tendidos de tristeza,  
Tallados a puñal y desolados

De insomnio; las abiertas  
Cortinas dicen cabelleras muertas;  
Buenas, como cabezas  
Hermanas son las hondas almohadas:  
Plinto del Sueño y del Misterio gradas.

Terrible estrofa que sugiere el recuerdo de los sarcófagos de las viejas catedrales sobre los cuales duermen, a la sombra de los góticos doseles, las figuras yacentes de piedra que fueron otrora de carne y de pasión.

Se sale de la obra de Delmira Agustini con una vaga sensación de angustia y deslumbramiento. Parece que hemos atravesado una selva irsuta y sombría llena de misteriosos peligros, pero aquí y allá poblada de espacios abiertos en donde, sobre primorosos plintos se levantan estatuas de mármol translúcido que alumbran las tinieblas. Los gritos de las aves turban la actitud antigua de los maravillosos mármoles, cuyos ciegos ojos hablan de eternidad. La salvaje fauna y la agresiva flora de este bosque perecerán como cosa impura; pero quedarán en pie las estatuas que la artista talló con el mármol inmortal de su propia substancia.

Delmira Agustini murió en Montevideo el 6 de julio de 1914.





# Emilio Frugoni

## EL POETA DE LA CIUDAD

PARÍS tuvo un delicioso poeta que trazó con viva emoción, en pequeños poemas que son verdaderas viñetas románticas, cuadros y escenas de la gran ciudad. Se llamaba Gauthier Ferrieres y, como muchos otros ¡ay!, murió en la gran guerra, en una oscura acción de los Dardanelos. Sus romances tienen algo de la desenvoltura, la volubilidad y la gracia un poco melancólica de las cancioncillas de Marot y de Alfredo de Musset. Su filosofía, tocada de ternura, es sonriente, y solamente se oscurece y apesadumbra cuando el progreso burgués destruye o desfigura los poéticos rincones del viejo París. El se propuso hacer una crónica rimada de los bulevares y las avenidas, los malecones y las veredas del Sena; las plazas y los jardines; las iglesias y los hoteles, los mercados y las estaciones. Su imaginación solía planear sobre las buhardillas, torres y chimeneas de la ciudad; vagabundear por calles y plazas; dialogar con los árboles y las estatuas de los jardines; conversar con los gorriones del Luxemburgo que juegan entre la fronda y picotean los bustos de los poetas y artistas; conversar con los niños que toman el sol en los parques; ambular por los poéticos rincones del Barrio Latino; asomarse a los talleres y cafés de Montmartre y Montparnasse; recorrer las ferias y tiendas de la antigua barrera y de todo ello extraía esa poesía sencilla y dulcemente tristonza de sus romances.

Como Víctor Hugo, él amaba más que los opulentos barrios de la época de Haussmann, los barrios viejos, con sus pintorescos laberintos, sus quietas y angostas callejas, sus silen-

ciosos *impasses*, sus grises hoteles, sus veredas estrechas y enlo-sadas. Allí vive todavía el París de Balzac, con su pátina ro-mántica, y se cree tropezar en cada esquina con aquellas fi-guras que ya sólo hallamos en las estampas de Daumier o en los dibujos que trazó Devéria para «El museo de las familias» y las ediciones del «Cenáculo». El sentía que el alma del viejo París se iba con los antiguos hoteles demolidos y los vetustos barrios que desaparecían y procuraba que, al menos la poesía de que estaban impregnados no fuera aventada también por la piqueta destructora para no sentirse así, solo y extraño en su propia ciudad.

Montevideo tiene también un poeta, cuya retórica es menos complicada que la de Gauthier Ferrieres, pero que, como éste, pone en sus poemas vivos toques de emoción y sensibilidad y ha cantado a su ciudad, tan olvidada hoy por los poetas, más ami-gos de peregrinar imaginativamente por la Grecia mitológica, la misteriosa India o los jardines de los Luises de Francia, que de parar mientes en estas minucias domésticas de nuestra vida ciudadana.

Este poeta es Emilio Frugoni, quien no es un poeta nuevo, pues desde que comenzó a escribir sus primeros versos, casi han trascurrido tres veces aquellos quince años que Tácito con-sideraba como una larga etapa de la vida humana: *Quindecim annos, grande mortalis aevi spatium*. Quiere esto decir que este poeta hace ya mucho tiempo que goza de la notoriedad litera-ria. Su nombre corre en las antologías y sus versos y sus libros se conocen y se aprecian en los países de lengua castellana. Rodó prologó una de sus recopilaciones líricas, y recuerdo que el maestro elogió sin reserva la poesía de Frugoni, un poco italianizada, en lo que a la sensibilidad se refiere, pero castiza y melodiosa de forma. Aquéllos eran versos líricos, composicio-nes subjetivas realizadas por la riqueza verbal, la suntuosidad y el color de las imágenes, y un sentimiento muy personal que remozaba los temas del repertorio romántico. Luego escribió poe-mas de corte épico, y hasta de sabor didáctico, y se mostró en-tonces excelente orador en verso, elocuente y magnífico, con algo del desorden y del arrebató pindárico. Pero este Píndaro nuestro, salvo el diapasón del canto, nada tenía que ver con el

poeta griego. Era moderno, bien moderno, y no eran por cierto los juegos y las danzas lo que le inspiraban. Cantaba al pueblo, pero no al pueblo de Beranger, sobre el cual se cierne la sombra de las ágiles napoleónicas, sino al pueblo-humanidad, las clases proletarias que sienten gravitar sobre sus hombros el peso del capital burgués. Frugoni, jefe del partido socialista uruguayo, tenía que ser y fué poeta socialista. aún cuando en asuntos de poesía, y dentro de la dignidad de las letras, no caben estas bizarras clasificaciones.

Y puesto que hablamos del orador en verso, digamos también que es éste un noble y elocuentísimo orador de la prosa castellana, de palabra afilente pero precisa, como si su exuberancia natural estuviera vigilada por el severo sentido crítico.

La literatura de Frugoni no está en relación con su ideología revolucionaria. Ha permanecido un poco al margen del formidable movimiento de renovación que en los últimos treinta años ha conmovido la preceptiva clásica hasta los cimientos para crear formas nuevas, que no siempre son nuevas, y que muy a menudo, no son bellas. Ha sido así un reaccionario de la forma, y también un poco del concepto literario. Ha preferido a las complicaciones y rebuscamientos modernos el diáfano buen decir de cepa castiza; mientras otros erraban por extraviadas sendas, mordida el alma por el corrosivo de la ambición y la originalidad, él ha sabido mantener la dignidad del idioma y las nobles tradiciones de la arquitectura del verso castellano. En su día, si estuviéramos en los tiempos del estreno de Hernani, este poeta habría recibido el desdeñoso dictado de clásico y se habría asociado su nombre al de Delille; hoy, como alcanzamos los tiempos de las estéticas desorbitadas, se le llama romántico, que es un figurín que, aunque parece pasado de moda, cuadra a todas las épocas.

Con este romanticismo de sus versos Frugoni ha construído también su vida; una vida inquieta, entregada pródiga e integralmente a su sueño de renovación social. Su ideología humanitaria y su orientación sociológica ahogaron al René egoísta y melancólico que todos llevamos dentro del espíritu e hicieron de él una especie de Enjolras, militante y

demoledor pero sin el huracán misogineismo del *meneur* del café Musain. La democracia, el socialismo y las peligrosas aventuras revolucionarias no le hicieron olvidar el amor, pero, poco a poco, le desposeyeron de deleites y goces "burgueses", y le obligaron a una vida austera y simple de lucha, meditación y trabajo, sin otros esparcimientos que el hogar, la amistad y la literatura.

La serenidad y melancolía, que llegan a nuestra vida con el otoño, abrieron en su corazón una nueva fuente de clara y fresca poesía. La pasión ardorosa, el subjetivismo egoísta, las rebeldías revolucionarias no agitan ya los aquietados lagares del espíritu. Las aguas se espejaron, y en ellas, como en el cristal de un callado remanso, apareció el paisaje de la ciudad natal, con su cielo trasparente, su luz diáfana, sus casas blancas y soleadas, sus torres amigas, sus siluetas familiares. Ese paisaje dió vida a un libro titulado «Poemas montevidEOS» que será siempre un pequeño breviario sentimental, poético y anecdótico de la ciudad, una crónica rimada de Montevideo.

\*  
\* \*

Yo soy un incansable y audaz explorador  
De mi propia ciudad,

dice el poeta, y se lanza por calles y plazas en busca de temas y sensaciones. Javier de Maistre viajó cuarenta y dos días alrededor de su cuarto, y, mientras duró la extraordinaria excursión, experimentó todas las sensaciones y hasta algunos de los peligros de los grandes viajes. Bien pudo este poeta, que es también un viajero curioso e inquieto, viajar románticamente por su ciudad, que es más vasta que el pequeño cuarto del melancólico desterrado de San Petersburgo.

La ciudad, para quien la ama, es como la casa, pero es más que la casa. Toda ella está llena de nuestra vida, de nuestras ideas, grandes o pequeñas, de nuestras preocupaciones, triviales o graves, de nuestras ilusiones, de nuestras alegrías,

de nuestras tristezas, de nuestros recuerdos, sobre todo. En cada calle, en cada plaza, en este barric, en aquella enrucijada, en aquella casa, en aquel balcón, en este portal, en todas partes hay algo que nos atrae o que nos rechaza, que nos envía un saludo cordial o que nos mira con hostilidad. Todo está saturado, además, del recuerdo de los que nos precedieron en el viaje. En las losas de la acera reconocemos las huellas de los que no han de volver a hollarlas; sobre las fachadas de las casas parece que se ciernen las miradas de los ojos que hace muchos años se cerraron para siempre; en las aldabas y llamadores creemos advertir el calor de las manos que ya no volverán a tocarlas; en los umbrales se nos antoja que está impresa la planta de los que ya no han de volver a salvar la puerta.

Esta poesía del recuerdo y de las cosas humildes y familiares es la que va a buscar el poeta en su exeursión. El ha sentido el hechizo de la ciudad y se entrega a él con total abandono.

Con cuánto amor te canto, Montevideo.

.....  
Cómo te amo en la gloria de tus mañanas  
Y en tus alucinantes atardeceres,  
Y en el mudo llamado de tus ventanas,  
Y en los ojos amigos de tus mujeres.

Este amor, que a veces se oscurece y amarga, pues la ciudad es para el poeta «llaga y recreo, herida, y venda y bálsamo para su herida», lo acompaña en su peregrinación por las calles soleadas, bajo los árboles amigos, mezclado a la multitud y al ruido, delicada máquina de sensaciones que va registrando todo aquello que es sonido, forma, color. Se ha lanzado a la calle en una mañana clara en que todo es cordial.

El sol, la nube, el viento, el extraño que pasa.

El poeta lleva el corazón liviano y el alma abierta al optimismo. Todo lo trivial y prosaico de la calle, lo que es cotidiano y que abruma con su vulgaridad, tocado por el poeta, se anima y colorea y se define en los planos del cuadro con

nueva expresión. No hay allí materia despreciable para el artista. Los tranvías y los automóviles que pasan; los chicuelos que pregonan los diarios; los proveedores que congregan a los corros femeniles donde el sol hace arder los tonos como en los cuadros de Sorolla; los niños que se dirigen a la escuela; el mundo que desfila por las calzadas y aceras; las casas abiertas que muestran al paseante

El corazón doméstico, latiendo en el trabajo  
Cotidiano y monótono de acomodar la casa,

todo esto tiene su espíritu, su idioma, su desconocido valor estético.

El poeta recorre la ciudad en todos sentidos; se mezcla al movimiento de los barrios centrales; busca los rincones próceres donde quedan todavía en pie las últimas casonas coloniales; salva los rancieros portales y los hondos zaguanes enlosados; abre las primorosas cancelas de hierro forjado; se asoma a los patios floridos; atisba a través de las rejas historiadas; discurre luego por las calles quietas y silenciosas; se detiene en la Plaza Matriz para ver, proyectados sobre el cielo, las torres aéreas de la Catedral y el ático del Cabildo, y se aproxima a la fuente para oír la canción del agua que cae en la pila de mármol, arrojada por los angelillos, tritones y garzas que decoran los tres platos barrocos superpuestos. Esta plaza, que es como el corazón de Montevideo, es para el poeta.

Uno de estos patios  
Llenos de luz de las antiguas casas.

En la sosegada paz de la plaza familiar juegan los niños y sueñan al sol, serenamente, los viejos, como si con los trinos de los pájaros que habitan en los plátanos bajara hasta ellos aquel consejo de Horacio que nos exhorta a contentarnos con poco, a recordar sin amargura y a envejecer.

Otras veces el poeta busca los barrios excéntricos, el Cordón y la Aguada, con sus enervadas de ciudad de provincia y sus encantadores rincones

De ciudad africana que al sol se duerme...

Llega entonces hasta la periferia, y halla la nota eglógica en los jardines y huertos de las últimas casas que se internan en la pradera. Evoca allí el esplendor pasado de la Unión, con su historia heroica y guerrera; con sus tardes de toros y de fiestas; con sus abigarrados desfiles y cabalgatas; perdido todo en el turbión de las crisis, las bancarrotas y las quiebras. De todo aquello queda apenas el

Refugio de tu plaza, maravillosa  
De placidez, donde hace nido el sueño,  
Y donde el alma a dialogar se entrega  
Con las amables sombras del pasado  
Que nos saludan tras el cortinado  
De una vetusta casa solariega...

Vuelve luego la planta hacia las quintas del Paso del Molino e interroga a los viejos jardines y a los próceres parques de la calle Agraciada. Revive un instante el antiguo burgo aristocrático con sus tardes estivales pobladas de flores y de mujeres; desfilan por la avenida los solemnes landós y las ligeras victorias de antaño; cruzan los *phaetons* y vis-a-vis arrastrados por troncos trotadores de sangre mientras en la glorieta del puente la orquesta deshoja un aire romántico.

¡Paso del Molino!... Vieja burguesía  
Que enterró fortunas en el encantado  
Barrio veraniego de una "Signoria"...

Todo eso se ha ido también hace ya mucho tiempo y de ello sólo nos quedan ahora las viejas quintas mutiladas por la hipoteca y la subasta; los parques convertidos en barriadas de pretenciosos *chalets*; los jardines ahogados por las construcciones urbanas; los vetustos portones ruinosos y esta honda poesía del recuerdo que nos hace repetir con el poeta:

¡Paso del Molino! Cuando en mi camino,  
Cargado de flores te vuelvo a encontrar,  
Me interno en tus calles como un peregrino,  
Y frente a tus rejas me pongo a soñar.

Pero no son solamente estas excursiones románticas las que atraen al poeta. Dentro de éste hay un pintor de aire libre, de factura amplia y fuerte, amigo de la nota realista. Va en busca de ella a los muelles, al mercado, al conventillo, al suburbio. A veces el pintor arroja los pinceles y toma el buril de aguafuertista para dar forma a melancólicos estados de alma. El mordiente graba sobre el cobre siluetas de cipreses funerarios, "camposantos" a lo Urgell, perfiles tétricos, humeantes chimeneas, formas y gestos arrancados al recuerdo de las pesadillas infantiles. Cuando el poeta está de vena surge la anécdota traviesa e ingeniosa: el balcón nocturno con su idilio de barrio; el domingo de la fámula, poemita escrito en el metro de Juan de Mena, trivial pero deliciosamente tierno, en que por primera vez se canta al amor del "primo" y de la Manuela. Asoma también, de cuando en cuando, el filósofo tocado de pesimismo, el moralista cáustico, el socialista impenitente que pone en el cuadro una pincelada desentonada y estridente, de dudoso gusto literario, y de ningún valor didáctico. Pero todo ello es cosa baladí, mal humor de viajero fatigado y ahito de sensaciones.

La retórica de este libro es, en cierto sentido, nueva. Aunque tímidamente, también Frugoni, se lanza por el despeñadero de la invención gramatical, del ritmo extraño y de las ambiciosas innovaciones métricas. Es un pequeño tributo rendido a la época, acaso una comprobación de que los procedimientos estéticos ultramodernos no tienen secretos inaccesibles; tal vez una pequeña venganza contra los que le acusan de romántico y reaccionario. Para defenderse contra este último dictado habría bastado el sentimiento moderno que informa este libro, su valor como expresión psicológica y personal, su espíritu nacionalista e independiente, y este feliz ensayo de hallar poesía, no en los grandes temas objetivos o subjetivos, sino en estas cosas triviales y cotidianas que, animadas por la imaginación y el sentimiento del poeta, se magnifican y embellecen y nos demuestran que hay una belleza sustantiva que está en todas partes, en las cosas altas y en las cosas humildes y pequeñas, y que es misión del artista develarla y ponerla al alcance de todos los hombres.



\*  
\* \*

Acaso no menos bella que esta excursión es la que se puede hacer a través del alma del poeta cuando el lector se entrega a la lectura de su último libro de versos titulado "La elegía unánime". Bello libro a pesar de su melancolía, y acaso por ello mismo. El dolor y la tristeza serán siempre motivo para que el alma se encienda, para que la sensibilidad logre el tono estético, para que el espíritu adquiera el estado de gracia capaz de la creación de belleza, aunque sobre ésta aparezca el fúnebre velo. El autor, que ha llegado ya al otoño de la vida y para quien ésta ha sido constante arena de lucha, de sacrificio, y no pocas veces de dolor, quiere ofrecerse al lector de su libro "Desnudo de la piel para adentro y sin escudo...". Le tiende su mano, temblorosa todavía de la emoción con que escribe, y le dice: "Tú serás mi hermano si tu alma acercas a la mía".

En este estado de confesión, más que de confidencia, entrega al lector su libro de madurez con este verso doloroso y bellissimo.

esto es mi corazón deshecho en cantos.

El melancólico breviario poético se desarrolla dentro de un hondo subjetivismo, en el que predomina el pensamiento de la conclusión y de la muerte.

Ya voy sintiendo que soy más de la muerte que de la vida,  
porque ya es más lo mío que yace bajo tierra  
que lo que se alza aún sobre la superficie del mundo.

Este pensamiento es el *leit motiv* del libro y ello le da tema para decir las cosas más desoladas y más bellas. Y las dice en un lenguaje claro y sublimado, tal como corresponde al dolor, con una sinceridad y una bella sencillez de imágenes que recuerda a los grandes poetas que ya no se nombran: de Musset, Heine, Leopardi.

Ya hay muchas que desde más allá de la vida  
responden con su saludo insistente  
al aleteo de nuestra mano en la desolación de la playa.

Ya hay muchas sombras que tañen sin manos  
en las horas del recogimiento  
la campana de nuestro corazón tembloroso.

.....  
Ya son muchas!...

.....  
y no tardará el día en que ellos tengan más de mí  
que los seres entre los cuales aliento...

Soy de vosotros! —exclamaré entonces,  
y me dejaré morir sobre el pecho  
de mis muertos queridos.

Este perenne canto a la muerte y a los muertos se eleva de casi todas las páginas del libro. Es un himno que habla de las cosas hondas del alma, del mundo subjetivo; pero que habla también del desolador espectáculo que ofrece el mundo devastado por la guerra. El dolor propio se une al dolor universal en una elegía que con razón el poeta ha calificado de unánime. ¡Qué otra cosa que dolor ofrece el panorama de la vida actual, y qué otro tema de mayor actualidad y de mayor verdad pueden hallar los poetas para sus cantos? Ya lo dice el autor en uno de sus poemas:

Por eso cantamos a la muerte  
ahora,  
todos los poetas del mundo

Esta elegía unánime tiene, sin embargo, sus remansos de esperanza y de paz, y en ellos desborda la ternura del poeta en una especie de misticismo *a rebours*, que le hace hallar en la propia muerte motivos de vida. La partida es una pesadilla que pronto se esfuma, la ausencia se convierte en presencia, el recuerdo es dulce melancolía sin lágrimas en que la soledad se llena de ruidos, en que, como lo dice el poeta en uno de sus más bellos poemas, se adivinan palabras, se sienten manos que se tienden, se escuchan inexpresables cosas. ¡Bendito consuelo el de los diálogos con los seres invisibles, en la soledad! Concluyamos diciendo que el poeta, el gran poeta, está todo él en este bello libro que es compendio de la historia de un alma y de una vida, en las que sigue palpitando el romanticismo de la juventud.

## “La Comarca y el Mundo” (1)

“**E**STE libro, dice el autor de “La comarca y el mundo”, aspira a reflejar algo así como la experiencia de la distancia; la comarca vista desde lejos y el mundo visto pensando en la comarca”. Y aclara aun este concepto al agregar que esta experiencia la ha realizado un profesor que algunas veces ha abandonado su aula para trasladar su enseñanza a otras partes del mundo; y advierte, con humildad, que, en la experiencia, “llevó consigo esa ingenua facultad de maravillarse que tuvieron los espíritus de su generación y su ansiedad de transmitir a los otros su admiración”.

No recuerdo otro libro en nuestra literatura que desarrolle el concepto comparativo entre el Uruguay y el mundo, en forma tal como lo hace el Dr. Couture. Rodó viajó, primero, a través de las letras, del arte y de la filosofía, pero, salvo en algunos ensayos de su primera juventud, publicados en la “Revista Nacional”, e incorporados luego al libro “El mirador de Próspero”, lo hizo siempre de espaldas al país. Cuando emprendió viaje a través del mundo, frente al renovado panorama, tampoco se le ocurrió volver los ojos a la patria. Su itinerario fué el de un humanista puro que procura enriquecer su tesoro interior con elementos destinados a futuras creaciones literarias que, infelizmente, el desenlace inmediato de su vida le impidió realizar. Para hallar alguna analogía con el libro del Dr. Couture tengo que recurrir al ejemplo del peregrino de “Resonancias del camino”, que volvió siempre los ojos a la patria, pero lo hizo, sobre todo, pa-

---

(1) Disertación hecha en la Academia Nacional de Letras sobre el libro del Dr. Eduardo J. Couture “La Comarca y el Mundo”.

ra expresar su nostalgia; no hubo en él propósito de experiencia, aun cuando ésta se realizó en la subconciencia y terminó, con el enriquecimiento de la cultura del autor, el reconocimiento de los valores geográficos, históricos y sociales del país. Yo me acuso de haber escrito un libro cuyos capítulos están fechados o realizados en ciudades de Francia, de Inglaterra, de Suiza, de Alemania, de Italia y de Estados Unidos, pero aunque yo también realicé mi experiencia, no aparecen las conclusiones en sus páginas y sólo se advierte en ellas el propósito de penetrar el espíritu de los distintos países, si no en sus héroes a la manera de Carlyle, sí en sus hombres de letras.

Antes de referirnos a los antecedentes de la experiencia y a la experiencia misma, con el objeto de puntualizar la forma del libro, esto es, el continente del caudal de sabiduría y belleza que hay en sus páginas, digamos que el propio autor advierte, siempre con la misma humildad, que es “este un libro de ensayos en el sentido menos trascendente que tenía la palabra en tiempos de Montaigne, antes de que los filósofos utilizaran este género para sus meditaciones”. Y para caracterizar más el género de su obra, agrega que se trata de “breves reflexiones —*andanzas y visiones* les llamaba Unamuno— sobre paisajes, ciudades y países, contemplados en dimensión humana y en confrontación con la comarca que queda a las espaldas”. Remata el autor la auto crítica del carácter de su obra diciendo que cuanto en ella hay ha sido escrito “en el estilo ceñido y directo que exige el ensayo en nuestros días”.

Ya hablaremos del estilo; recordemos ahora que alguna vez he dicho yo que el ensayo es el género literario más universal, el que permite al hombre de letras desplegar todo el esplendor del lenguaje, toda su erudición; demostrar su sensibilidad y aplicar sus aptitudes para el cultivo de los demás géneros literarios. Participa de las características del género histórico, del género novelesco, del género dramático y, sobre todo, del género crítico. Todos los conocimientos caben en él: las ciencias y las letras divinas y humanas, la filosofía, la moral, la historia, las artes, el derecho, la sociología, la ciencia y la economía política, y a ello se mezcla la poesía que

todo lo embellece. El libro del Dr. Couture pertenece a este singular género literario, y sin aceptar la subestimación que él hace de su obra frente a los ensayos clásicos, afirmemos que la estructura interna de sus ensayos, en cierto sentido, recuerda la forma que adoptó Adisson cuando comenzó a sorprender a los lectores del *Starter* y del *Spectator* con sus breves ensayos de crítica social y filosófica, y por su estructura íntima, por la densidad del concepto, por la sustancia filosófica, por la precisión del juicio traen el recuerdo de las amadas páginas en que Pascal adivinó y definió cosas inefables. También este autor las adivina y las define con peregrina belleza.

Redundante es hablar aquí del estilo de vida del Dr. Couture. Noble, limpia y transparente vida, y aun puede agregarse, ejemplar. Jurisconsulto, profesor, hombre de letras, artista, es sobre todo, hombre. El ha hecho de su profesión una especie de sacerdocio, cuyas normas ha establecido en un pequeño y precioso tratado que se titula “Los mandamientos del abogado”, mandamientos que él enuncia en ceñidos aforismos seguidos de fundamentos filosóficos, morales y sociales. No puedo detenerme a examinarlos, pero recuerdo que el autor afirma que la abogacía es al mismo tiempo, “arte y política, ética y acción”; que “el abogado está hecho para el derecho y no el derecho para el abogado”, y no resisto al deseo de repetir esta dramática frase del libro: “La tentación pasa siete veces por día por delante del abogado”. Y esta moraleja: esto puede hacer de la función del abogado “la más noble de todas las profesiones o el más vil de todos los oficios”.

¿Y el profesor? Pocos han profesado con más sentido de la vocación, con más austeridad, con más sabiduría, con más claridad y método y con más instinto estético que él. Ha llevado a la cátedra de las ciencias jurídicas un nuevo concepto universal del derecho. Para hallarle justo parangón hay que acudir al ejemplo de los humanistas que crearon el moderno concepto del derecho natural y del derecho de gentes, tan distinto en su valor humano de las frías pragmáticas del derecho romano. Señala así en la cátedra una nueva y clara orien-



tación e inaugura una forma personal de docencia que, para honra de nuestra cultura, ha desbordado las fronteras del país y resuena en las cátedras de las más ilustres universidades del mundo, como ocurría con los grandes creadores de la cultura en pasados siglos.

Esta forma de cultura desborda también la austera cátedra de Facultad para invadir el campo de las letras y la Academia. Aquí profesa también el joven maestro, y lo hace con la pulcritud, con la elevación y con el mismo estilo que lo hace allí. A su oratoria diáfana, impecable, que, si por la contextura del discurso y la armonía de sus miembros parte de la didáctica, termina siempre en la elocuencia ática, ha agregado su prosa, en la cual, a la precisión y la claridad, que proceden, sin duda, de los aforismos y definiciones jurídicas latinas, y de su ascendencia francesa, se unen el ingenio y la gracia. Sensibilidad latina, sobriedad que parece provenir de los escritores del norte, sentido arquitectónico de la cláusula o del discurso que tiene, sin duda, más remotas raíces. Acaso los elementos primarios de este estilo literario se hallen en aquello que los tratadistas llaman espíritu ático, que está hecho antes que nada de claridad, y que exige que el lenguaje sea la expresión misma de la razón. El vocablo griego *logos*, no quiere decir solamente palabra, significa también razón, inteligencia, explicación. Está hecho también de belleza que, para el griego, se confunde con el concepto del bien. La palabra *xalos* abarca ambos sentidos. Está hecho, sobre todo, de eso que el griego quiso expresar con la palabra *sophrosyne*, de lo que fué humano ejemplo Platón: supremo equilibrio, mesura, contención, armonía, y, como coronación de esta estructura estética, el amor al orden, *kosmos* le llama el griego a esa verdadera medida de oro con que lo mismo construyó el Partenón, como esculpió la estatua humana o creó las tres unidades del teatro, en que todas las partes se corresponden y obedecen al divino módulo.

## ANTECEDENTES DE LA EXPERIENCIA

Volvamos ya a la experiencia, que es motivo originario del libro y, en primer término, a los antecedentes de la misma.

El autor ha visto la comarca, esto es, su país, la "ciudad" diría Foustel de Coulanges; la ha examinado, la ha penetrado y la ha estudiado hondamente: en su geografía, en su historia, en su significado social, en su íntima estructura espiritual. Se siente profundamente enraizado a su tierra, a su tradición, a su historia, a sus instituciones, a su cultura; conoce y ama al hombre que la habita y a la sociedad a que pertenece. El amor perfecto no es sólo cosa del corazón, esto es de la sensibilidad y su mecanismo, es también cosa del entendimiento, de la facultad de conocer en que están comprendidos, no solamente el acto de percibir, sino también el de juzgar y el de raciocinar. Ese es el sentimiento que Couture experimenta hacia la comarca, y es el que lo va a acompañar en sus viajes por el planeta. Si no fuera un viajero excepcional en lo que se refiere a mentalidad, sensibilidad y cultura, esto sólo abouaría la pureza y sinceridad de sus impresiones y de sus juicios.

El primer elemento objetivo de la comarca es la geografía. "Alfarenía más que geografía", dice el autor refiriéndose a él. La figura es bella y exacta. Me recuerda la gracia y la suavidad de la forma que, cuando yo era niño, veía surgir, en una antigua alfarería que había cerca de la quinta de mis padres, del montón informe de barro que el artesano colocaba en la pequeña mesa a la que imprimía movimiento giratorio, oprimiendo el pedal con el pie. La mano del artífice, acariciando amorosamente la masa de arcilla que giraba, la convertía, en breves instantes, en vaso, en búcaro, en ánfora de delicadas y casi palpitantes curvas. Así debió hacer Dios este país que Couture llama "escenario de serenitas perspectivas", "remanso de las furias" en "el Continente de locas geografías". Nuestras vastas praderas, nuestras melodiosas colinas, nuestras serranías que traen el recuerdo, ya del país escocés, ya de la tierra ática, nuestras corrientes de aguas vivas, nuestros amables bosques, nuestras pintorescas poblacio-

res mediterráneas, nuestro extenso litoral oceánico y fluvial sobre el cual se tienden las doradas playas y se recuestan las ciudades, la diafanidad de nuestra luz y nuestro cielo, constituyen realmente un remanso en el Continente de las hocas cordilleras, de las estepas pampeanas, de las traidoras ciénagas, del infierno verde tropical.

Todos los viajeros que, desde el siglo XVIII, impulsados por espíritu de aventura o por inquietud científica, visitaron la “comarca” y escribieron sus impresiones, coinciden en expresar la sensación de remanso que experimentaron al recorrerla. De ellos el que mejor registró esta sensación fué Saint-Hilaire, que hace ya casi siglo y medio, luego de visitar las lujuriosas tierras brasileñas, abrumado por la desmesurada grandeza del paisaje tropical, que se sucede sin solución de continuidad, al penetrar en nuestro territorio se sintió dominado por el sedante encanto de la ondulante campiña, en la cual erraban todavía los últimos restos de la raza “sin redención y sin historia”. Al llegar al litoral, acaso le ocurrió lo que al griego de la retirada de los Diez Mil que narra Jenofonte en el *Anábasis* que, al divisar desde la cumbre del monte Teques la línea del agua, que era el camino de la patria y del hogar y le recordaba el mar paterno del Peloponeso, clamó en un grito de alivio y esperanza: *Talassa! Talassa!*, el mar!, el mar! ¿No es esto, acaso, lo que tan admirablemente sugiere Couture en sus páginas finales cuando, luego de cruzar océanos, ríos, montañas, selvas y pampas, llega a la comarca y advierte que “lo desmesurado recobra proporciones armoniosas, lo monstruoso se convierte a la gracia?”

El panorama de la historia de la comarca, que el autor domina con ojo avizor, como si fuera un lienzo mural, lo lleva a formular este juicio sobre la independencia del país: “Fué ésta la homologación diplomática de las potencias europeas de un ansia de autonomía que se pudo advertir desde los albores de la nacionalidad”. Si acierta el jurista en este juicio, también acierta el sociólogo en su breve, pero exacta expresión. Esa ansia de autonomía constituye el proceso de la formación moral de la comarca en los lejanos días en que



los cabildos coloniales resistieron la acción despótica de los comandantes y gobernadores militares y civiles y la política absorbente de la capital virreynal; en que el pueblo montevideano tomó las armas para defender las dos ciudades del Plata contra el invasor británico y, luego, eligió en la plaza pública su primera junta de gobierno propio; en los más cercanos días en que las multitudes orientales se armaron nuevamente para proclamar su soberanía y defender sus derechos contra dos seculares coronas, contra la oligarquía monárquica que sucedió en Buenos Aires al régimen colonial y, por fin, contra el poderoso imperio que la casa de Braganza fundó en América a espaldas de la democracia brasileña. Esa es el ansia de autonomía de que habla Couture. Con todo eso, sublimado en el crisol de nuestras guerras civiles y de la cultura, se amasó nuestra democracia y nuestra personalidad nacional e internacional.

La primera es inconfundible por su estructura social típica, por su vehemencia, por su intrepidez, por la índole peculiar de sus facciones o partidos políticos que Couture define con precisión, por su cultura y por este otro rasgo original que anota el sociólogo con estas palabras: “El espíritu polémico de los uruguayos y su vocación política, les lleva a tener una fórmula para cada uno de los problemas de la nación”. Y agrega el humorista: “También tienen otra para arreglar los problemas del mundo, pues debe declararse en honor de la verdad, que los uruguayos tienen una irresistible vocación para arreglar el mundo”.

Esta observación que, en cierto sentido, define la personalidad internacional de la comarca, comprueba la persistencia y predominio de la herencia hispánica en la estructura étnica y en la contextura moral del Uruguay, no obstante la tremenda fuerza de gravitación que la cultura universal, y especialmente la cultura francesa, ejercen sobre nuestro medio ambiente. No hay que olvidar que la simiente de nuestra población procede de humildes labriegos canarios, gallegos y asturianos, cristianos viejos de sangre limpia que vinieron a la comarca virgen a labrar la tierra, a beneficiar de la cría del ganado y a servir al rey. Esa fué la base étnica de nues-

tro país, y a ella se agregó, a partir de 1830, luego del aporte portugués de la conquista brasileña, la inmigración de todas las procedencias europeas, especialmente de Italia y Francia, que dió unidad latina a la raza, e hizo desaparecer rápidamente la simiente indígena y africana. Un escritor francés, Mr. Albert Gilles, que ha observado con inteligente mirada nuestro país, ha escrito en un libro reciente: “el sello español es profundo, visible, sorprendente. Ha marcado poderosamente el carácter nacional; ha determinado la educación, las costumbres y hábitos de vida. Ha introducido la lengua y la religión”.

Todo esto es exacto histórica y sociológicamente considerado. En el fondo seguimos siendo profundamente españoles y esta “irresistible vocación para arreglar el mundo”, que, según Couture tienen los uruguayos, es herencia típicamente española, que procede de la época en que el sol no se ponía en el Imperio hispánico. Entonces el mundo se arreglaba con el astil de la lanza, con la rodela, con la espada, a la manera de Don Quijote, y también con las pragmáticas que Cervantes puso en los labios de su héroe, y que España las había escrito y las seguía escribiendo en las Leyes de Partidas, en la Recopilación de Indias, en los tratados de sus teólogos, de sus filósofos y de sus juristas, y también en los romances y en los poemas de arte mayor de sus juglares, trovadores y poetas.

Aun pequeñas cosas que pertenecen más a la anécdota que a la sociología o a la historia demuestran esta vocación hispánica de arreglar las cosas, que es arreglar el mundo. Recuerdo como ejemplo de esto, que un sagaz observador me contaba que, cuando estalló la guerra de 1898, era muy general ver en las mesas de los cafés madrileños, rodeados de atentos contertulios, a modestos pero locuaces oradores que, con terrones de azúcar de cortadillo o sea de panecillos, explicaban a los oyentes las maniobras que la escuadra real debía realizar para destruir la flota enemiga. Este sistema se aplicaba entonces en los cafés de Madrid —hoy claro que ya no se hace— lo mismo para demostrar como se debía conducir un torero en el redondel o pronunciarse las Cortes para derribar el gobierno o llevarse el ataque en la guerra del Riff e embotellar la armada americana en sus bases.

Nosotros hicimos cosas parecidas en la guerra de 1914, frente a los pizarrones de los diarios, donde el cambio de pareceres solía terminar en disputas y grescas que, en realidad, nada contribuyeron a decidir la terminación de la guerra ni a arreglar el mundo. Pero la vocación que ha descubierto Couture tuvo en estas y otras incidencias de nuestra vida ciudadana ocasión de manifestarse. Y agreguemos que hasta el presente no ha cesado de hacerlo.

Aun a trueque de fatigar al auditorio voy a referirme a un juicio de calidad sobre nuestro casticismo étnico, y también geográfico e histórico. Ramiro de Maeztu, en mayo de 1929, muchos años antes de los tristes sucesos que han conmovido a España, luego de haber leído mi libro "Ensayos", me escribió entre otras cosas, lo siguiente: "Sus compatriotas me han oído la impresión que me ha producido Montevideo. Una gran ciudad española del Mediterráneo que yo no conocía, y que debe hallarse al sur de Valencia, porque se habla en ella castellano, pero al norte por la vegetación y por el clima. Hasta sus blancos y colorados me han parecido ser los carlistas y liberales de España. Y lo que me ha ganado el corazón es que se trata de una ciudad española de mi juventud, con las luchas de mi juventud, con mi vida, con mi alma, con algo precioso que se va y es todo mi ser o su quinta esencia.

"Los personajes que Vd. retrata en su libro y el ambiente en que se mueven son también eso; la ciudad española del período romántico. Ud. no puede acaso darse cuenta de ello. Las cuatro primeras páginas de su ensayo "El último gentilhomme", sirven enteramente, con sólo cambiar tres o cuatro palabras, para describir el tránsito de la España siglo XVII, equivalente a la América colonial, a la España del siglo XX. Ya sospechaba el paralelismo perfecto de nuestras historias, pero en esas páginas no es ya paralelismo, sino identidad. Y, si en vez de Don Juan Manuel de Rosas, se pone a Fernando VII o a Narvaez, ya no hay que cambiar nada o casi nada. ¡Y cuántos Juan Carlos Gómez hay también en la España romántica! Así eran todavía los amigos de mi pobre padre. Así escribían, cuando hacían versos. No guardo

los que escribía yo hace cuarenta años, cuando adolescente, pero sé que eran también así, sólo que peores en la forma.

“Con ello, no lo he de negar, continúa, que fué su Juan Carlos Gómez, un magnífico ejemplar, que Ud. describe con ejemplaridad. Pero es tan español como americano y yo, que no había oído su nombre antes de leer su libro, le conozco tan íntimamente como Ud., porque no he conocido otra cosa en mi juventud, y no habría conocido tampoco otra cosa en mi madurez, si la guerra de 1898 no me hubiera enseñado que la primera condición del éxito ha de ser la disciplina del yo, que no conocía su admirable Juan Carlos, ya que para tener el dominio sobre las cosas y las gentes hay que empezar por vencerse a sí mismo.

“Y aquí puede Ud. ver, concluye, como se enlazan las ideas del siglo XVI con las del siglo XX, los ejercicios espirituales del siglo XVI con la doctrina objetiva del XX”.

¿Cómo había de tener, agrego yo, Juan Carlos Gómez, ni ninguno de los hombres de su generación, la disciplina del yo, si precisamente la característica de la romanza y especialmente de la generación romántica, cuyo espíritu, aun cuando no se crea, subsiste todavía, es la ausencia de disciplina, esto es, el predominio de la sensibilidad y de la imaginación sobre la razón, defecto —virtud digo yo— netamente hispánico, que nuestro señor Don Quijote nos ha infiltrado en los nervios y en la sangre, y con el que hemos hecho nuestra historia y creado nuestra cultura? Si ni siquiera pudo contra él la generación positivista y sus sucesores, que, en vano procuraron ahogar con el prestigio de la ciencia pura la aptitud espiritual de nuestra raza, que forma parte de aquel grupo de razas grieco latinas, al decir de Taine, razas de oradores y artistas que no hablan ni escriben sino mirando al público.

A la generación de Couture, y a Couture como expresión genérica de ella, les ha tocado precisamente la misión de poner fin a los excesos del período científico puro que arrojó la metafísica al desván de los trastos inservibles, se empeñó en sujetar los fenómenos del mundo moral a las leyes inflexibles del mundo físico y se prometió probar que las ideas y los sentimientos, y en consecuencia los principios y las doc-

trinas son simples productos naturales y que la vida individual y social no difiere en su significado moral de la vida geológica del planeta.

Couture, que es un hombre de ciencia, pero que es también un artista, ha conciliado lo que el escritor español llama la doctrina objetiva del siglo XX con los ejercicios espirituales del siglo XVI, dando así a aquélla, sin quitarle nada de su rigor científico, fundamento moral y estético y valor humano, utilizando, cuando ello es preciso, los movimientos de la sensibilidad y los juegos de la imaginación para hacer más ágil la severa especulación mental, más plástica la visión de la realidad social, y más bella la expresión hablada o escrita del pensamiento.

### LA EXPERIENCIA

Con la visión de la comarca en las pupilas y en el corazón el viajero emprende la peregrinación a través del planeta, y ante sus ojos se va desarrollando el cambiante panorama de los países que visita: los de América primero, los de Europa luego. Cada país, cada ciudad, cada paisaje mueven en su entendimiento y en su sensibilidad ideas y sensaciones que se funden luego en conceptos originales que demuestran que este peregrino de la cultura ahonda en el espíritu y en las sustancias formales de los pueblos que recorre, se satura del paisaje, absorbe lo que hay de humano, universal y expresivo en él y recoge la lección esencial para regresar con ella a la comarca.

La visita a Córdoba del Tucumán, la docta ciudad detrás de cuvas serranías se halla el páramo, el desierto, la pampa, le trae el recuerdo de *Facundo* y *Ariel*, dos libros americanos que representan los dos estilos del Continente: “el de sus campos y el de sus ciudades”. El medio siglo que los separa en el tiempo no destruye en el concepto del autor la similitud del mensaje de ambos. El paralelo entre los dos escritores es original y osado. Sarmiento, desterrado en Chile por la tiranía; Rodó desterrado en su propia patria, “rodeado de libros, lejano a cuanto acontecía a su lado”. Sarmiento decidido a en-

viar a través de la cordillera el rayo de su palabra; Rodó “decidió a lanzar desde su pequeña comarca una proclama del espíritu a un continente en estado de ansia”. “Sarmiento, duro, vehemente, doloroso, profético” pone en guardia contra la tiranía y hace su proceso; Rodó, “sutil, mesurado, sin una sola expansión... pone en guardia contra lo temporal...” “aconseja, insinúa, señala a la juventud de América su deber de conducta”. Son dos mensajes que interpretan el mismo hecho: “la realidad americana”.

Con esta tremenda realidad va a tropezar Couture en el corazón del Continente. Es para él una revelación; revelación del paisaje físico y del paisaje moral. “Hay una América visible y otra invisible”, exclama. La América visible es la de la diplomacia, la de los congresos y conferencias internacionales, la de las embajadas, los palacios de gobierno, los centros de cultura; la otra, invisible, es una América silenciosa, sin diplomacia, sin literatura, desnutrida, casi analfabeta, roída por la enfermedad, sometida a un régimen económico y social semi feudal en la que se hallan palpitantes y sin solución los problemas primarios del hombre y de la sociedad.

“América, dice Couture, es un continente indio, mestizo y negro... sólo en la América del Sur existen 236 lenguas indígenas diferentes, que corresponden a otros tantos grupos o subgrupos étnicos”. Y agrega, luego de reconocer nuestra ineptitud para comprender este problema continental: “El Uruguay se halla virtualmente de espaldas a esta América”. Problema tremendo es éste para meditarlo en nuestra isla feliz, donde vivimos en paz, rodeados de nuestra simple y serena naturaleza, con nuestra unidad étnica e idiomática, con nuestra organización política, social y económica, con nuestra cultura netamente europea, con nuestra limpia democracia y con el vehemente culto que rendimos a la libertad y a los derechos del hombre.

América tuvo una monarquía. Couture escribe en prosa su elegía. “Brasil, dice, tenía un emperador de barba florida, poeta, filósofo, humanista, que amaba y gobernaba a su pueblo como un padre de familia. Un día la república desterró a su

emperador y al día siguiente le elevó una estatua. El emperador se fué con lágrimas en los ojos, pero volvió en el recuerdo. Hoy nadie piensa en el Brasil en el regreso de la monarquía; pero se mantiene viva la poesía del último monarca”.

Este pequeño poema en prosa encierra una verdad. En el Brasil se tropieza a cada paso con la sombra de Don Pedro de Braganza. En las ciudades, en los templos, en los palacios, en los muscos, en las academias, en la legislación, en la vida social se advierte la lejana influencia del viejo monarca que llevó a su destierro un puñado de tierra brasileña para que sobre ella reposase su cabeza al terminar su peregrinación por el mundo.

Algo parecido pasa en Francia con Bonaparte. Suele decirse que París es la ciudad de Napoleón. Es así. El recuerdo del Emperador está allí en todas partes: en los Inválidos, cuya dorada cúpula deslumbra con sus destellos, en la columna de la plaza Vendôme, en el Arco de la Estrella, en las doce avenidas, en el arco del Carroussel, en *Notre Dame*, en los jardines de las Tullerías, en los puentes del Sena, y un poco en el alma de los franceses. Allí tampoco nadie sueña seriamente en el regreso de la monarquía, pero los franceses se sienten dichosos de que el Emperador, después del holocausto de Santa Elena, duerma el eterno sueño a orillas del Sena, en medio del pueblo que tanto amó.

Vaz Ferreria no ha logrado todavía —todavía es un adverbio de tiempo, pero es también una esperanza— realizar su proyecto de parques escolares. Couture nos revela que Puerto Rico ha logrado algo de eso en el orden universitario. Allí las aulas y el jardín son casi un solo cuerpo. “Las ventanas, dice Couture, están abiertas hacia el húmedo follaje tropical. Algunas ramas pobladas de flores llegan a penetrar en las aulas. Una que otra vez el canto de los pájaros interfiere con la voz del profesor. En más de un instante alumnos y profesores están integrados en el ritmo de la naturaleza”. “La universidad vegetal”, como la llama el viajero, constituye una nueva forma de pedagogía que recuerda los Pórticos y el jardín de Academos; pero allí el sereno paisaje helénico ha sido sustituido por algo más humano y más dramático, y por lo

tanto más intenso, que el autor encierra en estas bellas palabras: “La naturaleza en cambio, y en especial la naturaleza vegetal de estos trópicos, con árboles como fantasmas, con un césped como tapiz mágico, con lluvias violentas, tremendas e intempestivas, con flores que nacen y mueren en pocas horas, en una continua enseñanza del misterio y de lo sorprendente”.

El trópico tiene cosas maravillosas. “Ven, siéntate en este plácido sillón de hamaca. Vamos a vivir”, es la sabrosa moraleja que arranca al viajero el inolvidable cuadro de Camagüey, “la bella durmiente”. No es Camagüey una princesa encantada ni una heroína de leyenda; es algo más que eso, es una deliciosa ciudad cubana para la que parece haber sido escrita la maravillosa estrofa:

Indica región florida  
Envuelta en diáfano chal  
Que, muellemente tendida,  
Pasas las indolente vida  
Bajo un cielo tropical.

He aquí el sugestivo cuadro que el artista y también el sociólogo pintan con simples pero expresivas pinceladas: “Las casas de Camagüey no tienen zaguán. De la puerta de calle se pasa directamente a un amplio salón, suntuosamente alhajado. Por la noche se encienden todas las luces y se abren las ventanas que dan hacia la calle. La vida doméstica y la vida pública se hacen entonces comunes”. Fuerza es sintetizar el cuadro con los propios elementos del autor. Desde la calle se entra en la intimidad de la casa y de la familia. Todo allí “es andaluz y tiene una lejana ascendencia árabe”. Antiguos y suntuosos muebles, viejos retratos de familia, imágenes religiosas, flores artificiales, patio descubierta poblado de exuberantes plantas. La niña ejecuta al piano, las gentes juegan sentadas en amplias mecedoras.

La mecedora es una institución en aquella ciudad, y acaso es el trasunto objetivo de la psicología de su población. Las hay por todas partes; existe un club con ventanas abiertas sobre la calle desde donde se ven veinte mecedoras en dos filas que se enfrentan, y, desde las cuales conversan pláci-



damente los contertulios mientras se mecen suavemente. ¡Feliz quien posea un sillón en Camagüey y se acoja a él para ver vivir!

Entre los cuadros físicos y morales que le ofrece Méjico, acaso ninguno es más dramático ni está más bellamente realizado que el que sorprendió en la plaza de toros. Hay en él esencia castiza, pura cepa española, violencias del Greco, sabio arte velazquino, ardiente color goyesco. Acaba de producirse la tragedia. Sangre humana ha teñido la arena del redondel. Couture toma la paleta y traza así el cuadro: "En ese instante entró a torear Manolete. Vestía de blanco, como una desposada: frío; con una frialdad de cristal; ceñido; los ojos sumidos y grávidos; se movía con calma; no corría ni se desplazaba visiblemente, sino con suavísimos deslices. Lo que ocurrió entonces fué incomprendible. Aquel hombre de hielo, impenetrable, se colocó junto al toro y lo requirió hacia su cuerpo. El animal pasó como una ráfaga de tragedia. Manolete quedó impávido en su sitio. Su alba vestimenta quedó sucia de polvo y de bestia. Así una y otra vez. Cuanto más enardecido estaba el animal, más helado estaba el hombre. Cuando más monstruosa era la ceguera de la bestia, más grande era la lucidez del atleta. Llegó un momento en que no era un hombre enfrentando a un animal. Era la muerte misma que toreaba. Consciente y sutil, Manolete apoyaba su cuerpo y sus músculos contra la masa embravecida. La muerte rondaba junto a aquella cintura de gacela. La plaza se llenó de muerte de España: la de Quevedo, la del Conde de Orgaz, la de Pedro Crespo, la de Santa Teresa, la de Unamuno, la de Antonio Machado, la de aquel gitano desconocido que decía: adonde va el alma va la muerte".

He sido prolijo en esta transcripción porque en estas cláusulas el escritor despliega todo el esplendor de su arte de escribir y de su estilo. No falta en este cuadro ni el color puro y virgen, ni el matiz, ni el claroscuro, ni la recia pincelada, ni la vaga esfumatura, ni el sentimiento patético, ni esa cosa como de magia, que es frialdad de cristal y cintura de gacela en el torero, y es ráfaga de tragedia en el toro, y que procede de aquel misterioso embrujo que Carlos Reyles sintió

desde lo alto de la torre de la Giralda, que se levantaba del suelo como vapor sulfuroso, misterioso hechizo que brotaba de la entraña de la tierra, que venía de los pozos hondos, del limo de la historia y del tiempo, filtro hecho con el zumo del alma de los reyes, de los grandes capitanes, de los conquistadores, de las multitudes que guerrearon contra la media luna, que tallaron el cofre de piedra de la catedral de Burgos, que peregrinaron hacia Santiago de Compostela y San Pedro de Cardeña, que se embarcaron en las naos y galeones para hacer proa hacia el “mar proceloso”, que hicieron espada de la cruz y de la cruz espada.

De las tierras calientes a las frías tierras de la América inglesa hay un paso cuando se vuela en avión, pero cuando el viaje se hace a través de la historia y de la realidad humana la distancia recorrida es inconmensurable. A las pampas y sabanas, a la selva amazónica, a las incomparables islas antillanas, a la gracia castiza de Puebla, la ciudad de los azulejos, “la ciudad de porcelana”, como la llama Couture, al paisaje medieval y vertiginoso de Taxco, a los jardines fictantes de Xochimilco, sucede la austeridad de la ciudad de Washington, ciudad clásica en que los bosques de columnas de mármol que sostienen serenos entablamentos y nobles tímpanos se confunden con los árboles que pueblan los parques y las avenidas. En la ciudad del orden y del ritmo, el autor recoge lecciones esenciales, especialmente la que ofrece al profesor de derecho la visión de los nueve jueces de la Corte de Estados Unidos aposentados en su casa de mármol, que es como el arca sagrada del derecho y de la justicia. Dice el doctor Couture que éste, que es “el pueblo más renovador en el orden material, es el más conservador en el orden espiritual”. Y en esta severa cláusula define el concepto del derecho de aquel pueblo: “La máxima de Jefferson “los muertos no deben mandar a los vivos”, no rige en este palacio donde los años se deslizan sin sentir, y en cuyas inmediaciones, la estatua de Blackstone, con su toga, su peluca y sus Comentarios bajo el brazo, parece salir al paso a los juristas para recordarles la vieja sabiduría”. Recuerda, además, que los hombres sentados en estos nueve sillones rojos pueden ser llamados a de-

cidir de nuestro destino y del de nuestros hijos. Mas, agrega que “el pueblo es juez de jueces”, y que “ellos se hallan, a su vez, bajo la responsabilidad de nuestras miradas”. Tiene razón el jurista y el demócrata, pero, ¿los países de América saben siempre avisorar con vigilante mirada a los nueve jueces del palacio de mármol?

Nueva York es otro mundo. Inmenso y complejo mundo: todas las razas, todas las lenguas, todas las religiones, todas las ideologías, todas las virtudes y todos los vicios. No obstante, observa el viajero que esta ciudad aunque tiene un ritmo y un orden de saturación que nosotros desconocemos, está más cerca de cualquier ciudad del Plata que de las ciudades del resto del Continente. El artista se detiene ante las reliquias que la historia dejó en la gigantesca ciudad: la iglesia ojival de la Trinidad y su pequeño cementerio, abrazados y ahogados por los rascacielos de Broadway y Wall Street, “... una página de Kempis perdida en una libreta de cheques”, murmura para sí el filósofo. El sociólogo observa que lo que aproxima a estos inmensos contingentes humanos es la similitud de la estructura social de la clase media, que la entiende así: “comunidad en el goce de los bienes materiales, de la cultura, del arte, de la interrelación humana; comunidad en el goce de la libertad política, en la posibilidad de tejer, cada uno, con sus propias esperanzas, la tela de sus sueños”.

El tiempo y la fatiga me obligan a hacer gracia al auditorio del comentario de las impresiones y observaciones que el Dr. Couture recogió en sus peregrinaciones por Europa: el diálogo con las sagradas piedras de París, que le revelaron el espíritu de la ciudad que se apodera para siempre de quien lo descubre; su discurrir bajo las bóvedas ojivales de la catedral de Chartres, en cuyos góticos tránsitos debe haber tropezado con la sombra de Huysmans; la inolvidable geografía de Suiza y el carácter de su pueblo ejemplar; el esplendor de Roma, símbolo de las ciudades, cuna de la cultura latina, cuya confianza recibió una tarde, a la hora crepuscular, desde un mirador del Pincio; las iglesias y palacios de mármol y los canales de Venecia, puerto del mundo bizantino; la sumersión en el silencioso hechizo de Siena, cuna del Re-

nacimiento: su presencia ante los frescos del camposanto de Pisa; Florencia, la también inolvidable.

De todo esto solamente voy a tomar, para concluir con el comentario de la experiencia del profesor, la anécdota con que tropezó en Florencia: un maravilloso trozo de la comarca, insólita visión que describe así el autor: “tropel de gentes, de animales, de árboles, de cielos y de claros de luna; gauchos, criollos, negros de frac y novias negras como núbiles princesas preparándose para el desposorio; un mundo criollo de crabúes, de ranchos, de mates, de pericones, de gatos y de perros que huyen de la gente, de carretas y de angelitos que se velan entre luces rojas”.

En el cenáculo de la Universidad florentina había asomado el fantasma de Figari. Las reproducciones de sus obras acababan de surgir de una carpeta olvidada sobre una mesa ante el cónclave de ilustres profesores florentinos que se sintieron suspensos y maravillados frente a aquel mundo exótico y aquel derroche de color.

Estaba allí la obra del “viejo abogado envejecido en el oficio” como con honda verdad lo dice Couture, que “llevó consigo, hasta sus sesenta años de edad, un mensaje sociológico, un grito de humanidad, que la vida no le dejó proclamar”. Sólo “cuando sintió el llamado de la vejez, abandonó los libros y tomó los pinceles” y “con ellos dijo cuanto se había ahogado en su garganta”.

¡Cuánta amarga verdad hay en esto! Recuerdo que en la primera década de este siglo, en una de las muchas visitas que hice al Dr. Figari por asuntos exclusivamente profesionales — en aquella época el Dr. Figari era asesor letrado del Banco de la República — me llamó la atención una mancha de color que colgaba del muro en uno de los rincones de su estudio. Me detuve ante ella y no pude menos de preguntar al dueño de casa:

—¿De quién es este precioso apunte?

El Dr. Figari vaciló un instante y luego, sonriendo, contestó:

--Ese apunte es de un mal pintor.

Trabajo me costó que el Dr. Figari confesara abiertamen-

te la paternidad del cuadrito y me mostrara otras obras suyas. Lo hizo así, y ésto dió motivo a que el pintor ignorado que todavía no había hallado en sí mismo la manera y el género que muchos años después le dieron celebridad, me cediera aquella mancha para una exposición de pintura nacional que organicé yo el año 1908, pero con la expresa condición de que ese cuadro figurara en ella como de autor anónimo.

La condición fué cumplida; el cuadro se incorporó a la exposición, que tuvo verdadera resonancia y fué la única obra anónima que figuró entre los 384 cuadros que fueron expuestos. En el Catálogo de esa exposición aparece con el título "Paisaje" y lleva el N.o 174.

Creo que fué esa la primera vez que una obra de Figari, aunque con carácter anónimo por así haberlo exigido el autor, figuró en una muestra pública.

El fantasma de Figari apareció, pues, a Couture, seguido de sus criaturas, en la ciudad del Dante y de Giotto, en la ciudad de las piedras parlantes y de las estatuas sempiternas, de las iglesias maravillosas y de los magníficos palacios.

La preciosa anécdota que narra el viajero, y en la que se mezcla a la ática gracia el juicio esencial que es atributo del crítico, me recuerda mi reencuentro con Figari en París, una melancólica tarde del invierno de 1929, en su taller de la plaza del Panteón. Era uno de esos días grises que tanto aman los artistas y los poetas. A través de los cristales del taller que caían sobre la plaza, aparecía, suavemente velado por la niebla, el paisaje más parisiense que puede concebirse: La cúpula del Panteón se cobijaba en el bajo *plafond* del cielo; los pardos muros de la Biblioteca de Santa Genoveva y de la Facultad de Derecho, detrás de la cual parecía huir la calle Cujas, formaban el telón de fondo. Más aquí, la calle Sufflot abría su breve perspectiva tendida hacia la verja del Jardín del Luxemburgo flanqueado por la calle Vaugirard. Era aquella una estampa plástica de una de las ajustadas pero sugestivas descripciones de las novelas mundanas de Boarget. Frente a aquel paisaje hablaba Figari con los ojos entornados. ¿De qué hablaba el artista? ¿Evocaba las

pintorescas escenas del Barrio Latino o exaltaba la poesía que parecían exhalar aquellas piedras venerables que forman el maravilloso *quartier*? Nada de eso; su imaginación volaba muy lejos, y su voz bronca, que había hallado asordinado tono y adquirido dulce y tierno acento, evocaba recuerdos de la infancia: cuadros y escenas vistos en la remota villa de Pando: calles tristes y solitarias, viejas casonas de enrejadas ventanas, portales que se abrían sobre emparrados patios en que el aljibe y los tiestos de geranios y claveles eran como reminiscencia de los soldados andaluces, perros vagabundos, escaálidos jamelgos, gentes inverosímiles, tétricos entierros, todo eso que su pincel llevaba al cartón o al lienzo, y que brotaba de adentro de los pozos hondos que el artista había descubierto en su alma.

Y he aquí como este pintor con cuyo fantasma tropezó Couture en Florencia, en el corazón de París, con el que sueñan tantos artistas y poetas, huía del mundo extraño que lo rodeaba y volvía su pensamiento, su imaginación y su sensibilidad al lejano rincón de la comarca, para crear en su interior, la obra de arte que, luego, confiarían sus pinceles a la virgen superficie que esperaba sobre el caballete.

¡Admirable e inolvidable lección!

Hay también en el libro del Dr. Couture una dosis de humorismo que podría servir para demostrar que no es exacto lo que suele decirse en cuanto a que éste es un país que no sabe reír; lo que ocurre es que, generalmente aquí se ríe con discreta continencia.

Este humorismo de buena ley lo ejerce el Dr. Couture en los más variados tópicos. Cuando el autor recorre el Museo Imperial de Petrópolis, frente a la fascinación que pueden ejercer los buenos emperadores y el brillo de los chirimbolos monárquicos, aconseja visitar esta casa “con pantuflas en los pies, puesto que así está mandado, y con la voluntad de lucidez en la cabeza, para tener presente la enseñanza de la historia”.

Cuando vuela, observa a los pasajeros imprudentes a quienes fastidia un retardo impuesto por la seguridad y olvidan “la vieja sentencia que aconseja perder un minuto en la vida para no perder la vida en un minuto”.

A los que se inquietan y apresuran, y sólo viven del apremio, les aconseja que se sienten, siquiera sea espiritualmente en los sillones de hamaca de Camagüey, aquella deliciosa ciudad antillana en que nada se conversa ni se trata como no sea al dulce balanceo de las mecedoras.

Cuando llega a una población mejicana perdida en la vertiginosa altura de las montañas, 'el pueblo en las nubes', y halla en su iglesia un gigantesco órgano, se pregunta si el monumental instrumento subió por los ásperos riscos "o si los ángeles lo hicieron descender directamente desde la originaria fábrica celestial". Y se inclina a creer lo último.

Cuando aconseja a quienes visitan Europa que no compren automóvil, y si lo hacen, que no lo conduzcan, y si lo conducen, que no corran, recuerda las perplejidades de Sterne en su "Viaje Sentimental" y las distintas clases de viajeros que éste define. Pero, más práctico que el escritor inglés, exclama: "Cuando un automóvil comienza a correr a más de 30 kilómetros por hora, se empieza a perder tiempo".

En Holanda, crecen en progresión inverosímil los tulipanes y las bicicletas. De éstas hay cinco millones por diez millones de habitantes. "Virtualmente, dice Couture, de cada dos niños que nacen, uno viene con su bicicleta debajo del brazo". Verdad que como lo observa el viajero, allí se erían las vacas en el mar y los árboles de arriba para abajo.

Suiza es el país de los relojes; hay en todas partes y todos los llevan, hasta los poetas, sólo que así como los de los hombres de negocio están siempre adelantados, los de aquéllos están siempre atrasados.

Cuando corre en el tren por la campaña lombarda, al pie de los Alpes, de tal manera halla flanqueada la vía férrea por los carteles de avisos, que el viajero no puede hacer otra cosa como no sea leer nombres de panes dulces, máquinas de escribir y tejidos para las damas.

Los paisajes de los Andes, le recuerdan las grandes páginas sinfónicas, y se sumerge en el recuerdo de Bach y de Wagner, pero ¡ay! llegan "los guías, los organizadores de viajes y los fabricantes de vistas estereoscópicas en colores. Y con ellos no hay música posible".

## EL REGRESO

El viajero que regresa trae un mensaje de esperanza en el corazón. Sus peregrinaciones por el planeta le han demostrado que el Uruguay “es un rincón envidiable del mundo”. Visto desde lejos se le ha aparecido como un pequeño foco de luz. El Río de la Plata, dice, “es, a la distancia, en el extremo sur del continente y del planeta, un centro de civilización europea trasplantado a América”. El autor enumera una serie de peculiaridades políticas, sociales, culturales y económicas del país, que nosotros no siempre advertimos y que, a veces, las advertimos para hacer de ellas motivo de crítica. Sin embargo, vistas desde lejos, adquieren singular significado y reflejan prestigio sobre la comarca. “Visto desde lejos, dice, el Uruguay parece un pueblo de jóvenes que juegan a la democracia y a la libertad política”. Digamos que ese juego, en la América actual, ofrece sus peligros, pero es preciso mantenerlo a todo trance y vigilarlo sin pausa. Por ello brega Couture, como lo hace por el mantenimiento de las características de nuestra formación cultural europea, y por la defensa de la tradición greco latina, sin desmedro de los aportes de la cultura universal. A esto agrega sabias y prudentes advertencias sobre el exceso de idealismo, sobre los riesgos que entrañan experiencias sociales excesivas, sobre el peligro de confundir el gobierno, que es un arte, con la administración, que es una técnica, sobre la necesidad de reprimir los vicios sociales y los errores de concepto político y, sobre todo, ofrece a sus compatriotas esta fórmula de noble optimismo: “respeto a lo pasado, ilusión de lo futuro, fe en lo presente”.

Cuando el viajero que ha regresado al hogar, en el silencio de la noche se sienta en su mesa de trabajo e inclina la frente sobre las blancas cuartillas, y siente que de los cuatro horizontes llega a su estudio el tropel de encontrados recuerdos, coje la pluma y escribe estas dulces palabras: “Nuestra vida se apoya en un metro cuadrado de tierra. En él está nuestra mesa de trabajo con sus libros, sus papeles bajo la luz de la lámpara, los retratos de nuestros padres y la presencia de nuestros hijos. A su lado está aquella a quien he-



mos elegido para recorrer juntos los caminos de la vida. El mundo es grande, pero en último término, nuestra vida se asienta en ese metro cuadrado de tierra”.

El panorama del mundo no arranca al poeta ni un gesto de desesperación, de protesta o de desconformidad. Las palabras que brotan de sus labios son de confianza y amor, y también de una gran esperanza: “Cuanto más de su país y de su época sea un hombre, es más de los países y de las épocas todas”.

Y, para concluir, repitamos estas palabras con que concluye la experiencia del profesor que recorrió próximas y remotas tierras, y dejó en las más ilustres universidades del mundo la sal de su enseñanza y el recuerdo de su sabiduría y elocuencia, sin apartar el pensamiento de la comarca donde le esperaba encendido el fuego del hogar: “Detrás de los océanos y de los ríos, de las montañas y las selvas, de las pampas y de las ciudades con millones de habitantes, pueden estar la fortuna y la gloria. Pero la felicidad sólo se encuentra en la comarca”.



# La Guerra Grande

## CAPITULO I

### LA INICIACION

**E**L 6 de diciembre de 1842, en las puntas del Arroyo Grande, Entre Ríos, el ejército de la liga del litoral formado por las fuerzas orientales y las de las provincias argentinas de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé, comandado en jefe por el Presidente de la República Oriental del Uruguay Brigadier General Fructuoso Rivera, director de la guerra, fué derrotado por el Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina que operaba bajo las órdenes del Brigadier General Manuel Oribe que, además de General en jefe, se titulaba Presidente legal de la República.

La alianza de la República Oriental del Uruguay con las provincias argentinas de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé, sellada por solemnes tratados y por actos en que intervinieron el Presidente de la República, General Rivera y los Gobernadores de aquellas provincias, General José María Paz, General Pedro Ferré y General Juan Pablo López, fué la repetición del fenómeno social y político que se conoce en la historia de la Revolución del Río de la Plata con el nombre de Liga Federal. En los primeros años de la Revolución el General Artigas, Jefe de los Orientales, fué proclamado por las provincias argentinas del litoral Protector de los Pueblos Libres y su acción e influencia se extendieron desde la Provincia Oriental, incluídas ambas Misiones, hasta la lejana pro-

---

(1) Capítulos de un libro.

vincia de Córdoba. Artigas, en aquel momento histórico, no fué solamente un caudillo afortunado; fué, sobre todo, como lo dijo Alberdi, el genuino representante de su pueblo, la expresión de la democracia y el sostenedor de los principios y del concepto de federación que el doctor Moreno enseñó a los pueblos del Plata desde 1810, principios que fueron desconocidos por la oligarquía centralista y monárquica de Buenos Aires. Por eso lo reconocieron como su caudillo y Protector las provincias que aspiraban a la autonomía, y por eso el poder central decretó su exterminio.

Cuando el General Juan Manuel de Rosas, heredero de los antiguos oligarcas, implantó en Buenos Aires el régimen absoluto de gobierno, y lo extendió a las provincias sujetas a su dominio, no hizo otra cosa que perseverar en el desconocimiento de las aspiraciones democráticas y autonómicas que Artigas había encendido en aquéllas. La antigua Provincia Oriental, convertida en estado soberano desde 1830, seguía siendo el foco del sentimiento democrático. El Gobernador de Buenos Aires, fiel a su tradición, se propuso neutralizarla mediante la mediatización de su soberanía o la absorción de su independencia. El General Fructuoso Rivera, discípulo y heredero de Artigas y depositario de sus tradiciones, le salió al paso. Cuando el caudillo advirtió que la influencia del General Rosas comenzaba a envolver en una red mortal al Presidente de la República General Manuel Oribe, que le había sucedido en el gobierno, se levantó en armas contra éste y, luego de dos difíciles campañas, lo obligó, por medio de un pacto, cuando sólo le faltaban cuatro meses para terminar su mandato, a renunciar la Presidencia de la República. El General Oribe, escoltado por sus Ministros y numerosos jefes y oficiales, partió para Buenos Aires, desde donde reiteró el desconocimiento de su renuncia que ya había hecho en Montevideo, adoptó el título de Presidente *legal*, se alió ostensiblemente al General Rosas y aceptó, poco después, el mando del Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina que marchó a contener la invasión del General Lavalle y a batir a los ejércitos de las provincias sublevadas que constituyeron la coalición del Norte, a los de las provincias del litoral que se habían aliado a la República, bajo la égida

del General Rivera, y, por fin, a invadir el Uruguay y poner sitio a la ciudad de Montevideo.

Mientras el Gobernador de Buenos Aires desarrollaba su vasto plan, el General Rivera conquistó la amistad y la alianza de la Nación Francesa que acababa de romper relaciones con el General Rosas, entró triunfante en Montevideo (noviembre de 1838) y estableció el gobierno de hecho que, cuatro meses después, fué convertido en gobierno constitucional por el voto de la Asamblea Legislativa.

Su primer acto fué aceptar el reto del General Rosas y declararle la guerra. Esta guerra iba dirigida, como lo proclamó el General Rivera, no “contra el benemérito pueblo argentino, su glorioso hermano, su natural aliado, su antiguo compañero de armas, cuya nacionalidad es inmortal y santa” sino contra “el tirano del pueblo inmortal de Sud América”.

Hemos de referirnos menudamente, más adelante, a la política internacional que desarrolló el General Rivera desde que se levantó en armas contra el Presidente General Oribe, que dió por resultado la alianza de hecho con Francia para combatir al General Rosas, el bloqueo de los puertos argentinos por la escuadra francesa y la toma de la isla de Martín García. Desgraciadamente esta alianza fué interrumpida en el momento en que era más necesaria a la República, empeñada ya en abierta guerra contra el Restaurador de las Leyes. La convención celebrada el año 1840 entre el representante de Francia, Barón de Makau, y el gobierno de Buenos Aires, con prescindencia del Estado Oriental, restableció las relaciones diplomáticas entre el gobierno del rey Luis Felipe y el del General Rosas, puso fin al bloqueo y a las hostilidades y, aunque reconoció expresamente la independencia de la República, la dejó a merced de la invasión rosista.

Invadida la República por el ejército de Buenos Aires al mando del General Echagüe, el General Rivera lo venció en la batalla de Cagancha (diciembre de 1839) y lo arrojó en derrota del territorio nacional. Pronunciadas contra el tirano las Provincias del litoral, donde se conservaba el fermento artiguista, el General Rivera, que mantenía con ellas estrechas vinculaciones, requirió su alianza para combatir al

General Rosas; los gobernadores de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé, luego de interesantes negociaciones en las que no faltaron divergencias que dieron motivo a que el Gobernador Ferré demorara su adhesión, y a que el General Paz, el héroe de la batalla de Caaguazú, se eliminara del teatro de los sucesos cuando se iniciaban las operaciones decisivas, suscribieron con el representante de la República el tratado de Galzarza (abril de 1842) que selló la alianza y entregó la dirección de la guerra al General Rivera.

En aquellos momentos el caudillo oriental, obedeciendo a su tradición, y en ejercicio del albaceazgo histórico que desempañaba, pensó también en la alianza con el estado brasileño de Río Grande, soñando, sin duda, como lo advirtió el General Paz, y lo estampó en documentos públicos y en sus Memorias, en la constitución de la gran nación confederada que debía ser constituida con el Estado Oriental, las provincias argentinas del litoral y el estado de Río Grande. Para lograr esto último, envió en misión confidencial al entonces Comandante Melchor Pacheco y Obes ante el Presidente de la Provincia brasileña de San Pedro de Río Grande. El agente confidencial dejó en su Diario de viaje, que nosotros hemos publicado, informes sobre esta misión secreta, cuyo resultado inmediato fué el envío de un destacamento de tropas brasileñas para reforzar el ejército del General Rivera, el cual no llegó a incorporarse en razón de la derrota sufrida por aquél en los campos de Arroyo Grande. La tradición admite también la presencia del jefe brasileño en la reunión que los gobernadores Generales Paz, Ferré y López mantuvieron con el General Rivera en Paysandú, en 1842.

Entretanto el General Rivera, en cumplimiento del tratado, cruzó con su ejército el Río Uruguay, penetró en la provincia de Entre Ríos, batió al General Urquiza en la acción inicial de Gualeguay, recibió las incorporaciones de las tropas de las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe y asumió el mando supremo del ejército aliado en momentos en que ya se sentían las avanzadas del Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina que, al mando del General Manuel Oribe, volvía triunfante de las campañas contra la revolución del General Lavalle, que había sucumbido

en la lucha, contra la coalición de las provincias del Norte sometidas a sangre y fuego, y contra la efímera resistencia, en Mendoza, del General La Madrid, que se había visto obligado a huir a Chile.

\*  
\* \*

Diez y seis mil hombres chocaron en la acción de Arroyo Grande y más de treinta cañones tronaron en el campo de batalla. El ejército del General Rivera, fuerte de siete mil quinientos soldados de las tres armas, estaba formado por las divisiones orientales que acababan de invadir el litoral argentino, las divisiones santafecinas comandadas por el Gobernador de la Provincia de Santa Fe, General Juan Pablo López, y las tropas correntinas al mando de los General Zavala y Ramírez. Jefes experimentados como los coroneles Luciano Blanco, Bernardino Báez, José María Luna y Santiago Labandera comandaban los regimientos y batallones orientales. Las diez y seis piezas de artillería estaban al mando del Coronel Martiniano Chilavert, el primer artillero de su tiempo, a quien secundaban el Coronel José María Pirán, veterano de la independencia y el Mayor Mariano de Vedia, joven oficial de notable preparación técnica. Era aquél un ejército recién constituido, sin unidad orgánica, que recibió incorporaciones hasta último momento, y en el que no hubo tiempo de establecer contacto e intimidad entre el comando superior y la tropa.

El General Oribe movió sobre el vasto campo de batalla ocho mil quinientos veteranos de las tres armas, bien equipados y montados, severamente disciplinados, que formaban un ejército homogéneo y aguerrido acostumbrado a vencer. Los jefes divisionarios eran los generales Justo José de Urquiza y Angel Pacheco y el coronel José María Flores. Expertos jefes argentinos que habían combatido en las grandes campañas continentales de la independencia estaban al frente de los regimientos y de las reservas. Los generales orientales Ignacio Oribe y Servando Gómez comandaban las columnas flanqueadoras.

La acción se empeñó al salir el sol. La víspera había sido advertida por la vanguardia de! General Rivera la presencia del enemigo. El ejército de la Liga tendió su línea apoyando la derecha en el Arroyo Grande. Formaban aquella cabeza de ejército las caballerías orientales uniformadas con chaquetas y chiripaes oscuros, armados algunos regimientos de sable y tercerola, y otros de lanza. El comando intercaló en aquella parte de la línea varios escuadrones correntinos, cuyos soldados blandían largas lanzas con banderolas y vestían la pintoresca indumentaria gaucha. El centro fué ocupado por la artillería, flanqueada por los batallones de infantes orientales, armados de fusiles y largas bayonetas. El ala izquierda se constituyó con las caballerías provinciales argentinas, abirragada muchedumbre que tenía algo de horda asiática, con sus torsos desnudos, sus chiripaes multicolores, sus calzones cribados y sus desmesuradas lanzas.

El sol iluminaba la línea enemiga tendida al frente y hacía arder el bermellón de los bonetes y gorras de manga, de las chaquetas y de los chiripaes, de las banderolas y de los estandartes federales. El rojo era el color predominante en aquella muralla humana sin más soluciones de continuidad que las piezas de las baterías emplazadas en el centro, cuyas bocas se abrían amenazantes, y los uniformes de algunos oficiales superiores. El General Urquiza mandaba el ala derecha; el Coronel Suárez, la izquierda; el General Pacheco, el centro. La columna flanqueadora del General Servando Gómez se había colocado a retaguardia, en la extrema izquierda, y la del General Ignacio Oribe, en igual posición, a la derecha. Formaron también a retaguardia, en columna escalonada, las reservas.

Los generales de los ejércitos recorrieron las líneas arregando a sus tropas; sonaron los clarines, batieron los parches, tronaron los cañones y las divisiones del General Oribe avanzaron en masa, mientras el tropel de las caballerías orientales se precipitó sobre la izquierda enemiga que fué quebrada a golpes de sable y botes de lanza. En ese momento tomaron posición las caballerías argentinas de reserva. Con las largas lanzas en alto, flameantes los rojos banderines, restablecieron la línea a retaguardia y, bajando los astiles, se lanzaron en



seguida al ataque. El choque fué terrible. El ala derecha aliada se desorganizó por las repetidas cargas y, no hallando apoyo, se retiró en dispersión, diezmada y hostigada por la columna flanqueadora del general Servando Gómez que amenazaba encerrarla con sus lanzas. Entretanto la derrota se había pronunciado ya en el ala izquierda aliada. Las repetidas cargas de los escuadrones del general Urquiza habían roto la línea de las caballerías correntinas y santafecinas, las perseguían más allá del campo de batalla y las ponían en dispersión.

Las infanterías orientales, apoyadas por los cañones del Coronel Chilavert, se mantenían sin embargo, en el centro, en formación, pero fueron diezmadas por la artillería federal, encerradas en un círculo de fuego, y cargadas a la bayoneta. Los que no huyeron fueron aniquilados o hechos prisioneros mientras los cañones, el parque, las carretas y caballadas caían en poder de los vencedores. Todo se perdió en la línea aliada en breves horas de fragoroso combate.

En el momento final de la batalla se realizaron actos de espartano heroísmo: el escuadrón del Coronel Luna quedó aislado en el campo de batalla y rodeado por numerosas fuerzas de caballería e infantería; tres veces cargó a lanza y sable sobre el cerco enemigo sin lograr romperlo; al fin, sacrificados casi todos sus soldados, el jefe, con un pequeño grupo de sobrevivientes, consiguió abrirse paso a punta de lanza y logró reunirse a las fuerzas que se retiraban con el General Rivera; el oficial Acosta, portaestandarte de uno de los batallones orientales, al verse rodeado, se envolvió en la bandera y sucumbió cubierto con los colores nacionales; el Mayor Mariano de Vedia quedó solo con su batería, pues los sirvientes de las piezas habían huído; su asistente le aproximó un caballo para que se pusiera en salvo; lo rechazó golpeando al bruto con la espada y, ante el ataque en masa que traía la infantería enemiga, se dirigió a una pieza que estaba cargada, disparó casi a quemarropa el último cañonazo de la batalla, y cayó sobre la cureña herido por veinte bayonetazos; el cadete Ventura Rodríguez, que era casi un niño, quiso salvar una pieza de artillería de a 6; la arrastró largo trecho con su cureña, bajo el fuego de la fusilería, pero, alcan-

zado por un pelotón de caballería enemiga tuvo que abandonarla y se retiró haciendo disparos con su tercerola. El Coronel Mendoza, el primero que cargó con su regimiento, fué retirado de la línea en un carretón, sangrando de sus heridas. Al ver que se acercaban los perseguidores entregó la espada a uno de sus soldados que lo acompañaba y le ordenó que lo dejara en el campo y se pusiera en salvo. Mientras aquél se retiraba los enemigos lo ultimaron sin piedad.

Se vieron también, en aquellos momentos, actos de desesperación dignos de la tragedia antigua. El Comandante Firoto, viéndose rodeado de enemigos que le intimaban se rindiera, apoyó en el suelo el pomo de la espada y se traspasó con ésta el corazón. El Coronel Báez, al ver huir a sus diezmos escuadrones, inflamado de coraje y vergüenza, descubierta la cabeza y entregada al viento la larga cabellera que le daba imponente aspecto, corrió, espada en mano, tras los fugitivos, los detuvo a cintarazos, los reunió en pequeñas columnas y los hizo retirar en orden hacia el Uruguay.

Cuando todo estuvo perdido, el General Rivera abandonó el campo de batalla seguido de una pequeña escolta. Caía el sol del día de la batalla adversa cuando llegó el fugitivo a la margen izquierda del río Uruguay, acompañado por el gobernador de Santa Fe, General López, y un pequeño grupo de oficiales y soldados. Cruzó el río, y esa misma tarde penetró en la villa del Salto, donde pernoctó. Al día siguiente, al frente de un escuadrón de ochenta jinetes, el General derrotado se alejó del litoral y se internó en el territorio de la República.

El vencedor, consumada la derrota, mientras concentraba en su campo los prisioneros hechos en la acción, desplegó cuatro mil hombres en todas direcciones para perseguir y ultimar a los fugitivos.

Una tremenda hecatombe sucedió a la victoria. “Hemos tomado más de ciento cincuenta entre jefes y oficiales, que en el acto fueron ejecutados”, escribió el Coronel argentino Gerónimo Costa desde el mismo campo de batalla. Los soldados y clases sacrificados alcanzaron a más de seiscientos.

Así quedó destruído el ejército unido del litoral y el

poder militar del General Rivera en las provincias argentinas fronterizas. Esta derrota dejó abiertas las puertas de la República al ejército victorioso de la Confederación Argentina.



Se ofrecía al General Oribe una nueva campaña propicia, puesto que, destruido el poder militar del General Rivera, fácil le era invadir de inmediato el país con el aguerrido ejército que traía bajo su mando, retemplado por la victoria que acababa de agregar a las anteriores, marchar rápidamente sobre Montevideo, ciudad abierta y escasamente guarnecida, apoderarse de ella y restablecer allí el gobierno cuya representación legal invocaba.

El General vencedor no supo, sin embargo, aprovechar las ventajas que le acordaba la victoria. Después de la batalla se movió lentamente con su ejército. El 13 de diciembre llegó a la ribera del Uruguay y ordenó que la vanguardia comenzara a cruzar el río frente al Salto, en el mismo paraje en que, siete días antes, lo había cruzado el General Rivera. Recién veintiún días después de la batalla, el 27 de diciembre, el ejército invasor pudo ser revistado en la ribera oriental.

El General en jefe distribuyó ese día una proclama fechada en el Cuartel General en marcha el 16 de diciembre, que había sido redactada por el General Antonio Díaz e impresa en Buenos Aires, y en la cual se mezclan elevados conceptos con las frases de la literatura federal y los moteos usados por el General Rosas para injuriar a sus enemigos: “Al frente de un ejército poderoso, — decía, — heroico por su valor y virtudes, piso ya el suelo sagrado de nuestra angustiada Patria. Vengo a reivindicar vuestros derechos, a restablecer vuestras instituciones, vuestras leyes, vuestro honor, y a traerlos con ellos la paz, la dicha, la prosperidad”. Luego de estas solemnes palabras se refería a quienes se hallaban “aun en las filas del salvaje anarquista incendiario Rivera” y a “los sectarios de esa facción usurpadora, depravada y anteamericana, y sus cómplices los protervos salvajes unitarios”. “El bando anárquico y traidor, agregaba, toca a su fin:

los salvajes unitarios han sido pulverizados. El héroe ínelito que preside los destinos de vuestra ilustre hermana la República Argentina, ha triunfado de todos los enemigos del orden, de la libertad y de la independencia y ha venido a vuestro seno a restituir a nuestra cara e infortunada Patria el goce de sus derechos y de su prosperidad, bajos los auspicios de ese triunfo inmortal, y con la cooperación de sus hijos". Este curioso documento, en el que alternan nobles palabras con torpes dieterios, agrega aún: "Mis divisas son la libertad, el honor, la dignidad y las leyes: odio eterno a los salvajes feroces unitarios. El suelo que los vió nacer los arroja de su seno, y la América toda debe rechazarlos como indignos del nombre de americanos".

Esta proclama fué profusamente distribuída mientras el ejército invasor emprendió la marcha, en lentas jornadas, hacia el sureste, a través del territorio nacional, donde se había hecho el desierto. El Comandante Angel Golfarini, al frente de 800 hombres, quedó en Paysandú con la misión de vigilar la zona norte del río Negro, mientras el General Servando Gómez se dirigió con su división sobre Tacuarembó. Sorprendió allí al Coronel Baez que guarnecía la población, se apoderó de numerosos caballos, remontó su división que llegó a reunir 1800 hombres y se dirigió al paso de Quinteros, sobre el río Negro, a esperar al General Oribe. Casi dos meses tardó éste en llegar con su ejército a las proximidades de Montevideo, luego de atravesar campos solitarios y pueblos abandonados donde no halló ni habitantes ni ganados y donde muchas poblaciones, todavía humeantes, habían sido incendiadas por sus propios dueños.

El 6 de febrero el ejército federal llegó a Canelones y, luego de algunos movimientos estratégicos realizados con el objeto de dominar la campaña del sur donde el General Rivera reorganizaba las milicias y formaba con ellas un nuevo ejército, el General Oribe no pudo evitar que aquél lo flanqueara con su vanguardia en actitud de presentar batalla y que, por medio de una de las hábiles y rápidas manobras a que estaba acostumbrado, le tomara con el grueso del ejército la retaguardia y desapareciera luego en una veloz marcha hacia el norte.

El general Oribe, burlado por su adversario, avanzó sobre la capital. El 15 de febrero el vigía del Cerro advirtió a la plaza la proximidad de fuerzas enemigas, y al día siguiente, 16, fué anunciada la presencia del ejército de la Confederación Argentina frente a Montevideo. Antes del mediodía se vieron algunas gorras de manga rojas en el Cerrito de la Victoria; a las 4 de la tarde una columna de infantería, apoyada por seis piezas de artillería, ocupó la cumbre y desplegó la bandera de la Confederación Argentina mientras las bocas de fuego, formadas en batería, saludaban a la ciudad con veintiún cañonazos y la escuadra del general Rosas, al mando del Almirante Brown, tendida en línea en la rada exterior, contestaba la salva con que el General Oribe iniciaba el memorable sitio que valió a Montevideo el título de Nueva Troya.

\*  
\* \*

Cuando el General Rivera, al día siguiente de la batalla de Arroyo Grande, se internó en el territorio nacional al frente de una escolta de ochenta jinetes, con la rapidez de marcha que caracterizaba sus movimientos adelantó hasta el paso de las Piedras, sobre el río Queguay, adonde llegó el día 12 de diciembre. Allí estableció su cuartel general y allí dictó el parte de la derrota, en términos graves y solemnes, tal como correspondía a la situación y al momento histórico, y lo envió al Ministro General, que lo era don Francisco Antonino Vidal. “El señor Ministro General, decía, se servirá poner en conocimiento del Gobierno, que el 6 del corriente ha tenido lugar un encuentro, en las puntas del Palmar (Entre Ríos), entre el ejército de mi mando y el de los enemigos de la República, mandado por don Manuel Oribe, en el cual hemos sufrido un contraste inesperado dispersándose nuestra caballería con muy poca pérdida, y retirándose a Corrientes la de aquella provincia, y la nuestra a la República, perdiendo la artillería; pero los enemigos han sufrido mucho por los fuegos certeros de nuestra artillería. Muy pronto marcharé a esa capital mi Secretario e informará al Gobierno menu-

damente de este suceso, e indicará las medidas que en mi concepto conviene adoptar en estos momentos con energía y vigor, para reparar prontamente las consecuencias de aquel acontecimiento. Entretanto me ocupó, con la mayor actividad, en tomar las providencias necesarias para reunir nuevamente el Ejército de la República, moralizarlo y ponerlo en actitud de defenderla, con el entusiasmo y valor que acostumbra. El Gobierno puede descansar en que ningún sacrificio será capaz de arredrarme, cuando se trata de defender la independencia y libertad, contando siempre con la decidida cooperación del Gobierno”.

Este documento, escrito con dignidad y mesura, en el que no hay una sola palabra injuriosa para el enemigo, trasunta el sentimiento de seguridad y confianza que embargaba al General frente a la adversidad y a la incertidumbre de los sucesos que iban a sobrevenir. A la vez que dió cuenta al Gobierno del contraste sufrido, sin ocultar su magnitud, desde su Cuartel General, adonde afluían los dispersos de la batalla, despachó comisionados y chasques y dirigió numerosos oficios a jefes y caudillos de las distintas zonas del país para que pusieran sobre las armas a todos los hombres hábiles y recogieran familias, carretas, caballadas y ganados y se incorporaran con ellos al ejército que iba a organizar.

El plan de defensa que concibió rápidamente y enseguida comenzó a desarrollar el General derrotado consistía en hacer el desierto en el territorio que iba a atravesar el ejército invasor hasta el río Negro, y enviar al sur de este río todas las familias y ganados, bajo la protección de las milicias que debían custodiar a unas y otros en verdadero éxodo hasta la capital; concentrar luego todas las fuerzas y formar con ellas el nuevo ejército de operaciones, mientras en Montevideo se organizaba otro ejército para cubrir las obras de defensa que debían construirse allí sin pérdida de tiempo.

La primera parte de este plan la realizó con todo éxito. El 27 de diciembre, el día precisamente en que el General Oribe revistaba su ejército en la margen oriental del río Uruguay, el General Rivera escribía desde Averías al Coronel Chilavert: “He puesto ya un desierto desde el Uruguay al río Negro”. Y agregaba: “Ahora me voy a ocupar de la reu-

nión y organización de nuestras caballerías y situarme en Quinteros mientras organizo las infanterías y artillerías en Santa Lucía... habrá tiempo para todo, porque Oribe con el grueso de su ejército está todavía del otro lado del Uruguay, excepto una fuerza como de trescientos hombres que han colocado en el Salto..." "el enemigo nos da tiempo para organizarnos; si el Gobierno hace lo que he dicho, nada nos ha de embarazar para salvar la Patria", concluía. El mismo día que escribió esta carta adelantó hasta el paso de Quinteros sobre el río Negro, en cuya margen izquierda comenzó a disponer la concentración del ejército.

Las fuerzas regulares y de milicias activas organizadas que existían en el país al producirse la derrota de Arroyo Grande eran escasas. El General Felix E. Aguiar mantenía en el Queguay trescientos hombres; el Coronel López de Haro guarnecía Paysandú con cien infantes y el General Anacleto Medina se hallaba al frente de quinientos milicianos en San José. La guarnición de Montevideo era pequeña y en los demás pueblos existían escasos destacamentos.

Todo el país se puso de pie ante los requerimientos del General Rivera. Se vieron en aquellos momentos de supremo peligros actos que recuerdan los tiempos heroicos de la Historia y que revelan cuál fué la exaltación del sentimiento patrio y de las virtudes cívicas frente a la invasión. El Coronel Luna reunió en Paysandú a los ciudadanos hábiles y luego de arengarlos, antes de abandonar el pueblo para incorporarse al ejército, incendió con sus propias manos su casa, mientras su familia se refugiaba en las carretas del convoy; otros vecinos imitaron su ejemplo. El Coronel Melchor Pacheco y Obes desempeñaba un puesto oscuro: la comandancia militar del departamento de Soriano. Con el parte de la derrota recibió el texto de la ley de abolición de la esclavitud, y, olvidándose de aquélla, mandó echar las campanas a vuelo y escribió: "esto vale más de diez batallas". "Benito desastre de Arroyo Grande, agregó, pues él nos ha arrancado tal declaración". En seguida reunió a los negros libertos y formó con ellos un regimiento de honor. Llamó a las armas a todos los hombres hábiles y organizó el pequeño ejército; congregó a las familias en un convoy digno de las emigraciones béli-

eas, y con ellas se puso en marcha para incorporarse al ejército del General Rivera. Fué una emigración en masa; la repetición del éxodo artiguista de 1811. La presencia de aquel oficial oscuro, que conducía a su ejército y a su pueblo con la pericia y la dignidad de un general romano, levantó el espíritu de los fugitivos de Arroyo Grande.

Entretanto el Coronel Fortunato Silva levantaba levas en Maldonado y el Coronel Jacinto Estivao ocupaba la Colonia y declaraba en asamblea el pago. Mientras vigilaba el puerto y la costa y rechazaba a cañonazos el ataque que le llevó una escuadrilla enemiga, sus partidas recorrían el departamento y se ponían en contacto con las fuerzas que reunió el Coronel Venancio Flores en San José y la pequeña división que el General Analecto Medina remontó en Florida y Canelones a la espera del General Rivera que estaba ya en Durazno con su ejército rehecho.

El país estaba en armas frente al invasor.



La invasión del Estado Oriental por el Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina al mando del General Oribe era parte principal de un vasto plan político-militar concebido por el Gobernador de Buenos Aires General Juan Manuel de Rosas, que comprendía otras operaciones y movimientos. A la vez que el Restaurador de las Leyes arrojaba sobre la zona norte del territorio el poderoso ejército que acababa de vencer en la batalla de Arroyo Grande, y lo hacía avanzar sobre la ciudad de Montevideo, emprendió otro movimiento militar sigiloso, cuya dirección confió al Coronel Antonio Díaz, quien ostentaba, además, el título de ministro de Hacienda y Guerra del Presidente *legal*, General Oribe, y a quien en esta breve campaña le fueron otorgadas las palmas de General. El General Díaz despachó previamente desde Buenos Aires emisarios y pequeños destacamentos de tropas con destino a las costas de Colonia, San José y Maldonado a fin de operar de concierto con parciales de esas localidades. También envió al Capitán Bastarrica a Montevideo para ga-



narse a los vascos, que eran allí numerosos y que luego se organizaron militarmente. Se proponía provocar con ellos una sublevación. Aunque estas operaciones preliminares no fueron felices, pues las milicias al mando del General Medina batieron y dispersaron a los invasores del sud y fracasó la misión del Capitán Bastarrica, el General Díaz se embarcó en Buenos Aires con una división de 1.500 soldados de las tres armas, tomó tierra en la Colonia, eludió al ejército del General Rivera que operaba frente al General Oribe y logró reunirse con el ejército de éste en el Canelón Grande, el 9 de febrero.

Algunos días después, el 18 de febrero, el propio General Rosas escribía directamente al General Oribe y le decía: “tan luego como ese ejército llegue a las puertas de Montevideo, los buques del mando del señor Comandante General de Marina, Brigadier General Brown, se pondrían en actitud de bloquear la plaza lo más estrechamente. El Almirante lleva instrucciones y órdenes para entenderse con Vd.”.

El Almirante se había presentado ya frente a Montevideo el 4 de enero con su flota. Montaba el viejo marino el “Belgrano”, en cuyo palo mayor izó su insignia, y tenía bajo sus órdenes el “San Martín”, el “9 de Julio” y el “25 de Mayo”. Notificado por los Jefes de las estaciones inglesa y francesa que impedirían cualquier acto de hostilidad contra la plaza, contestó que no tenía órdenes del Gobernador de Buenos Aires para realizarlo. Luego de un incidente que sobrevino el día 13, que obligó a tocar zafarrancho de combate, se retiraron los buques argentinos para regresar el 25. Ocho días después el “San Martín” embicó en Punta de Yeguas. El Coronel José Garibaldi, bajo los fuegos del “9 de Julio”, lo abordó con algunos lanchones artillados, lo desarboló, le arrebató las velas y se apoderó de importante material de guerra.

Siguió el Almirante bordejeando con su escuadra frente al puerto de Montevideo hasta que llegó el General Oribe al Cerrito y sus salvas de honor se cruzaron sobre la ciudad. El 20 de febrero, ya puesto sitio a la plaza, el Almirante, ante una intimación perentoria del Comodoro inglés, Mr. Purvis, desplegó las velas de sus naves y se alejó de la rada.

La primera noticia del desastre de Arroyo Grande llegó a Montevideo cinco días después de la batalla, o sea el 11 de diciembre. Aunque la asechaban desde años atrás los peligros de la guerra, era aún la ciudad próspera y confiada de 1840 que dormía, como escribió José Mármol, “bajo la acción del beleño de una transitoria pero halagüena felicidad”, y vivía viendo aumentar su población, desarrollarse su planta urbana, crecer su comercio y formarse su cultura. Frente a las desventuras de Buenos Aires, que gemía bajo el sistema del terror, respiraba a plenos pulmones el aire de la libertad y se sentía segura y fuerte con su régimen republicano de gobierno, sus instituciones y los hombres que ejercían la autoridad civil y militar.

La pequeña y graciosa ciudad aparecía desde el mar tendida sobre la península, con sus calles empinadas y rectas, sus casas encaladas, sus altos miradores dominados por las esbeltas torres y la cúpula de azulejos de la Iglesia Matriz y el cimborrio barroco del Convento de San Francisco. En el extremo de la península, sobre las rompientes, se alzaban los pardos parapetos del fuerte de San José; al oriente se erguía la fábrica gris de la Ciudadela, con sus baluartes y su revellín semiderruidos. Aquí y allá se advertían aún trozos de cortina de la antigua muralla española, restos de bastiones, explanadas, cubos y parapetos que, aunque desmantelados y sin bocas de fuego, daban marcial aspecto a la que fué otrora plaza fuerte.

Era ahora una ciudad abierta, pues, a partir de 1829, fueron demolidas las fortificaciones, cegados los fosos y convertida la antigua Ciudadela, ya desposeída de su fortín caballero y de sus cuatro baluartes, en mercado público. Al sentirse libre del cinturón de murallas que la ceñía dentro del viejo casco colonial, comenzaba a derramarse hacia el naciente y a levantar nuevos edificios fuera de muros, sobre la zona de la “ciudad nueva”, trazada en damero, dentro de la tradición colonial, sobre la riente campiña comprendida entre las actuales calles de Ciudadela y Médanos, y cuyo eje era la calle 18 de Julio, que partía del portón que fué abierto en la antigua capilla de la Ciudadela, en el centro de la cortina del muro que miraba hacia el este, y cuyo primer

tramo de calzada confinaba con el espacio abierto que se dejó a guisa de plaza, cuyo trazado corresponde a la parte del nacimiento de la Plaza Independencia.

Difería Montevideo de las demás ciudades de América, sin excluir la vecina Buenos Aires, en que su edificación había adoptado como elemento diferencial constructivo la azotea plana coronada de un ático aéreo formado por balaustres o por sobrias barandas de hierro sostenidas por pilares de ladrillo. Los techos de teja eran escasos y las fachadas mantenían el aspecto colonial con sus sobrios portales, sus lisos paramentos y sus enrejadas ventanas, u ofrecían los elementos clásicos que los constructores italianos aplicaron a partir de 1830, tomados literalmente del Viñola: entablamentos formados por pilastras en resalte con los órdenes clásicos lógicamente superpuestos cuando se levantaba más de una planta; aberturas simétricas y balcones volados apoyados en sólidas ménsulas o graciosos canecillos. La azotea y el mirador mantenían su imperio. Fueron ellos hijos del régimen social doméstico, y especialmente de la extensión del gineceo, que buscaba en aquellas terrazas, convertidas a menudo en perfumados jardines, expansión y diversión al aire libre, frente al mar y la campiña. D'Hastrel recogió en sus preciosas litografías el paisaje de las azoteas montevidéanas, y Sarmiento quedó arrobado frente al espectáculo que desde ellas ofrecían las señoritas, tocadas a la moda de Luis Felipe, que, ostentando vistosos trajes claros a la crinolina, cantaban al son de instrumentos de cuerda, leían novelas o cuchicheaban acerca de lo que pasaba en la calle, sin preocuparse de que un disparo de cañón de los sitiadores viniera a turbar la quietud de las tardes estivales.

Difería también Montevideo de las demás ciudades de América en el carácter de sus edificios públicos: la Matriz, el Cabildo, el nuevo Fuerte, levantados todos ellos en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, bajo la influencia de la Restauración neo-clásica promovida por la Real Academia de San Fernando; difería en el carácter étnico de su población formada en su inmensa mayoría de hombres de raza caucásica, y en el de su cultura y costumbres que eran netamente europeas. Y difería, por fin, en su espíritu localista y de-

mocrático que había dado carácter típico y esencial a la Revolución libertadora de los Orientales, iniciada por Artigas, y proseguida por sus tenientes hasta lograr la definitiva independencia y organización de la República soberana.

Esa independencia y esa peculiaridad social que radicaba en la genialidad del pueblo oriental fueron, precisamente, la causa principal remota de esta guerra que estamos historiando, promovida por el General Juan Manuel de Rosas, Jefe de la llamada Confederación Argentina, que era una simple unidad impuesta por el despotismo, Restaurador de las Leyes, como se hizo llamar al implantar precisamente el régimen tiránico que abominó de la ley y del derecho, heredero protervo de la oligarquía histórica de Buenos Aires que combatió a muerte a Artigas para destruir al caudillo de la Federación y de la Democracia, y que, bajo su nueva faz, combatía ahora a muerte a la República Oriental para arrebatarle la independencia y unirla al yugo del tirano.

Cuarenta mil almas se movían en la pintoresca ciudad. Casi la mitad de esta densa población estaba formada por naturales del país. Había, además, seis mil franceses, más de cuatro mil italianos, otros tantos españoles, dos mil quinientos argentinos, seiscientos ingleses, seiscientos cincuenta portugueses y quinientos brasileños. Los negros de origen africano formaban una colonia de mil trescientos cincuenta hombres de color, la mayor parte de los cuales eran esclavos sometidos a un régimen suave, casi paternal. Los sexos estaban casi equilibrados en el total de la población. En el momento de iniciarse el sitio, ya disminuía la población, los hombres de armas llevar, esto es, los habitantes de toda clase, de diez y seis a cincuenta años, sumaban más de ocho mil. Pero las mujeres, los ancianos, los niños y los enfermos, si no podían empuñar las armas, se consagraron, en la intimidad del hogar, a hacer hilas y vendas para los heridos, a coser ponchos y uniformes para los soldados y a cargar cartuchos para los defensores de la ciudad. De estos grupos sociales salieron también los enfermeros voluntarios de ambos sexos que cuidaron los heridos en los hospitales de sangre.

Ejercía el Poder Ejecutivo, en ausencia del Presidente de la República General Rivera, el Vice-Presidente don Joa-

quín Suárez, austera figura patricia, ciudadano formado en las luchas de la independencia, y en la escuela de la abnegación y el sacrificio, que había entregado a la Patria, sin tasa, su sangre y su hacienda, que había puesto a su servicio su noble carácter, vaciado en el molde antiguo, su sabia experiencia y sus virtudes cívicas que solo encuentran parangón en la Historia clásica o en la galería de héroes americanos de la escuela de Wáshington. Era su ministro general don Francisco Antonino Vidal, ciudadano que había figurado en la Constituyente y en las primeras asambleas legislativas, cuyo patriotismo y experiencia le conquistaron la dignidad de vecino representativo de la ciudad. Integraban la legislatura figuras patricias. Era Presidente del Senado don Lorenzo Justiniano Pérez, prócer que había comenzado a servir al país en los Cabildos artiguistas. Se sentaba en la cámara alta, don Santiago Vázquez, quien pronto iba a honrar con su talento de hombre de Estado al gobierno de la Defensa y a sacrificar a ella su vida, y le hacían compañía hombres consulares de la época heroica: Don Miguel Barreiro, el Gobernador Delegado de Artigas en 1816; don Manuel Basilio Bustamante, don Alejandro Chucarro, don Salvador Tort. En la Cámara de Representantes se sentaban don Julián Alvarez, Presidente del cuerpo, personaje de la Revolución de Mayo, jurisconsulto eminente; don Francisco Araúcho, el Secretario del Gobierno patrio de 1825; don Manuel Herrera y Obes, el futuro canciller de la Defensa, que iba más tarde a jugar papel decisivo en la terminación de la guerra; don Joaquín de la Sagra y Périz, don Estanislao Vega, don Salvador Tort ciudadanos que honraron al país como patriotas y como magistrados; don Juan Miguel Martínez, don José María Plá, don Daniel Vidal, don Hermenegildo Solsona, don Manuel Otero, don Juan Zufriateguy, don Roque Graceras, don Ramón Cortés, don Pablo Nin, vecinos de pro todos ellos. Algunos de estos próceres figuraban en la magistratura, como Ministros y jueces, junto con don Andrés Lamas, don Cándido Juanicó, don Andrés Somellera, don José Encarnación de Zás, y don Eusebio Cabral que presidía, además, el gobierno municipal. Formaban parte de los altos cuadros de la Administración don Francisco Joaquín Muñoz, que sería muy

pronto el insustituible ministro, don Ambrosio Mitre, el padre del General, don Manuel Figueroa, don José Manuel Besnes e Irigoyen, don Francisco Acuña de Figueroa, el poeta de Montevideo y autor del Himno Nacional. En el claustro de los "Estudios Mayores" enseñaban profesores de la talla del Presbítero don José Benito Lamas, don Pedro Somellera, y don Alejo Villegas. La Academia de Jurisprudencia la dirigía el Ministro del Tribunal, don Angel Medina, y ejercía la Secretaría don Cándido Juanicó. La Iglesia Nacional estaba gobernada por don Dámaso Antonio Larrañaga, quien había delegado sus facultades, en razón de su estado de salud, en su Vicario General y Provisor don Lorenzo Antonio Fernández, quien con los Presbíteros don José Benito Lamas y don Santiago Estrázulas ejercían los curatos de la ciudad.

La prensa estaba representada por "El Nacional" y "El Constitucional". Era redactor del primero, don José Rivera Indarte, cuya acerada pluma hacía el terrible proceso del General Rosas; dirigía el segundo don Isidoro de María, quien fué luego el cronista e historiador de la Defensa. La redacción de "El Nacional", instalada en la librería de Hernández, reclama un capítulo de la historia de la ciudad. Se congregaron en ella periodistas y poetas. La emigración unitaria argentina hizo allí centro de su tertulia. Juan Carlos Gómez escribió sobre la mesa de redacción el "Canto a la Libertad", cuyas primeras estrofas sirvieron de acápite al apóstrofe de Mármol a Rosas que también fué escrito en aquella sala, la víspera del día de mayo de 1843, mientras el autor huíanaba los capítulos de "Amalia". Allí se vió a Andrés Lamas, a Santiago Vázquez, a Melchor Pacheco y Obes, a Francisco Arauco, a José María Muñoz, a Francisco Hordeñana, a Pedro Bustamante que realizaba sus primeros ensayos literarios, a Alejandro Magariños Cervantes que balbuceaba sus primeros versos. De este cenáculo surgió, más tarde, el diario "El Comercio del Plata" que dirigió don Florencio Sánchez.

Por fin, el comercio mayor de Montevideo estaba representado por cuarenta casas inglesas, cinco norteamericanas, siete alemanas, veinte francesas, quince españolas, seis italia-

nas, diez brasileñas y dos nacionales, que eran las de don José María Montero y don Miguel Antonio Vilardebó. La nómina de las firmas extranjeras registra apellidos que se han perpetuado en nuestra sociedad.

\*

\* \*

Montevideo, por su proximidad con Buenos Aires y la facilidad de las comunicaciones, fué la ciudad que generalmente eligieron como refugio los perseguidos por la tiranía del General Rosas. Lo fué especialmente después de noviembre de 1838, cuando el General Manuel Oribe, frente a la revolución triunfante encabezada por el General Rivera renunció la Presidencia de la República y se dirigió a Buenos Aires, donde, como hemos dicho, invocó nuevamente la investidura que había resignado, se alió al General Rosas y abrió con ello la dramática etapa histórica que comienza con las campañas contra el General Lavalle y concluye en los campos de Caseros.

A partir de la entrada triunfal del General Rivera en Montevideo, producida en 1838, la ciudad acogió sin reservas a los proscriptos argentinos. Se vieron entonces reunidos en ella a los hombres de la gran generación oriental que había libertado el país y organizado la República y a las figuras más ilustres del patriciado argentino: generales de las grandes campañas de la independencia americana, constituyentes y legisladores, ministros y magistrados, escritores y poetas, ciudadanos y hombres de pro que dieron singular dignidad, jerarquía y carácter a la pequeña ciudad.

Eran los días que precedieron y sucedieron a la victoria de Cagancha, antes de que el desastre de Arroyo Grande despertase a la ciudad de su sopor. Tiempos felices de la capa y la esclavina, de las rejas floridas y de los faroles de aceite. Los dandis de la vieja calle de! Cabildo, perseguidos por la tiranía, habían traspuesto el Plata. No existía aquí el café Tortoní, pero teníamos el café de don Antonio, próximo a las tapias del convento de San Francisco. Allí se reunían los



emigrados y allí se enganchaban los voluntarios de la revolución libertadora.

Montevideo, hemos escrito, está todavía lleno del recuerdo de los proscritos. Cuando se recorren las calles de la ciudad y la imaginación se siente propicia a la evocación del pasado, salen al paso, en todas partes, vestigios o huellas de aquella preclara emigración argentina, cuyo camino abrió Juan Cruz Varela, y a la que un día nuestra ciudad ha de erigir un monumento para saldar así deudas del corazón.

Ya no existe la vieja casa de la calle del Portón, donde estuvo instalada la librería de Hernández y la redacción de "El Nacional", tertulia cotidiana, como hemos dicho, de los emigrados, y sede habitual de la Comisión argentina que pactó la alianza con el General Rivera y con el representante de Francia, y organizó la desgraciada expedición del General Lavalle. Por aquella sala pasaron los frentes más luminosas del patriado argentino. Junto a los generales Rondeau, Martínez, Viamonte, Rodríguez, Lavalle y López se vió en ella a Florencio Varela, a Rivera Indarte, a Cané, a Sarmiento, a Mármol, a Alberdi, a Félix Frías, a Carlos Tejedor, a Juan María Gutiérrez, a Luis L. Domínguez, a José María Cantilo, a Agustín Wright, a Esteban Echeverría, a Gelly y Obes, al doctor Agüero, a Somellera, a Pico, a todos los que llegaron corridos por el infortunio y amenazados de muerte por la tiranía. De todos ellos quedó la huella o el recuerdo en la ciudad. Puede reconocerse todavía el solar de la calle Misiones donde se levantaba la casa de los Varela, en cuya puerta fué asesinado don Florencio una trágica noche de marzo de 1848; ya ha desaparecido la casa del General Enrique Martínez, sobre la plaza, donde vivió el General San Martín en su breve pasaje por esta ciudad en 1829; pero aún está en pie la casa del General Rivera en la calle Rincón, donde vivió el General Lavalle, y donde manos femeninas le entregaron el estandarte de la trágica cruzada de 1840. Ya no existe la antigua posada en que vivieron Alberdi y Sarmiento; pero aún se mantiene ruinoso el caserón del Colegio de los Escolapios, en la calle Buenos Aires, donde vivió y murió el Dr. Agüero, y donde Daniel Bello, el héroe



de la "Amalia" de Mármol, mantuvo la dramática entrevista con el viejo tribuno y Florencio Varela. Aquí y allá salen al encuentro los recuerdos y las sombras de los proscritos; en la calle Maciel, frente a la Caridad, existe la pequeña casa en que vivió el Dr. Cané y donde nació su hijo Miguel; más allá, está la casa que habitó Valentín Alsina, la de don Vicente Fidel López, donde Lucio Vicente vino al mundo, la del General Rondeau, la del General Martín Rodríguez. Y si salvamos el viejo recinto, tropezamos aún en la calle Florida, con la casa del General Vedia, donde se casó el entonces Capitán de artillería, Bartolomé Mitre, los muros de cuya batería se conservan en la calle San José, y muy próximo en la calle Yagnarón, sobre la línea de fortificaciones, el Cuartel General y la casa que ocupó el General Paz, refugio de muchos emigrados argentinos, donde durmieron sobre la tarima de madera, comieron el pan negro de la tropa y escribieron sus poemas y sus panfletos Mármol, Echeverría y Rivera Indarte.

Todas las figuras de aquella emigración nos son conocidas; las vemos moverse sobre el fondo de la tradición doméstica; las hemos sentido vivir en los relatos de nuestros mayores; dejaron huella en nuestras casas; en el afecto de nuestros abuelos y de nuestros padres; sus retratos están en los álbumes de familia; recordamos su carácter y su vida; son casi nuestros viejos amigos. La historia ha incorporado a su acervo gran parte de la tradición anecdótica de la emigración unitaria. Sabemos cuáles fueron las estrecheces que pasó Esteban Echeverría durante el sitio; sabemos que Mármol, para ir a recibir el premio en el certamen literario de 1841 tuvo que pedir prestado el frac a uno de sus amigos; recordamos las pintorescas aventuras de Rivera Indarte en sus días de miseria; Mitre narró los últimos días del General Rondeau y describió la solemne escena de su muerte; conocimos a quién vió al doctor Agüero en los días en que la enfermedad lo mantenía largas horas inmóvil, sumido en imponente silencio; todos hemos ido a descifrar alguna vez en las viejas losas del cementerio nombres ilustres borrados por el

tiempo; todos, por fin, repetimos de memoria los versos de Domínguez:

Ahí estás Montevideo,  
Extendida sobre el río,  
Como virgen que en estío  
Se ve en el lago nadar.  
La Matriz es tu cabeza,  
Es la Aguada tu guirnalda,  
Blancos techos son tu espalda  
Y es tu cintura, la mar.

\*

\* \*

Los peligros e inquietudes de la guerra no habían impedido que, junto a las ordinarias actividades de la ciudad y a las exigidas por la amenaza que para la independencia del país significaba la actitud del General Rosas, se produjera en ella un hondo movimiento espiritual que, si era reflejo de ideas y de sentimientos que de años atrás agitaban los grandes centros de cultura europea, tenía como campo propicio el carácter de una generación excepcional, y como fuerza de impulsión el estado de alma producido por los excesos de la tiranía en quienes la combatían sin cuartel.

Hemos dicho en otro libro que la generación concebida en las campañas de la independencia trajo a la vida, como rasgo diferencial, una sensibilidad inquieta y enfermiza, una imaginación exaltada y un acentuado predominio del sentimiento sobre los impulsos del egoísmo y los dictados de la razón. Esta generación llegó en el momento histórico en que el Romanticismo conquistaba el mundo. No pudieron llegar más a tiempo ni el Romanticismo para ella ni ella para el Romanticismo. Se entendieron desde el primer momento, y aun antes de que aquél se infiltrase en la literatura, ella le abrió los salones, el gineceo, el hogar; le entregó la educación, la sociabilidad, las costumbres, la política, todas las actividades de la vida social. A la exaltación espiritual, congénita en estos hombres, se agregó la que produjo aquel impulso renova-

dor que se apoderó de las facultades superiores del espíritu y que vistió la substancia esencial interior con pintorescas formas exteriores.

La tiranía de don Juan Manuel de Rosas que, después de 1830, y durante veinte años, envolvió en una nube sangrienta a las sociedades del Plata exacerbó aun más la aptitud sentimental de estos hombres. Frente a ella se sintieron poseídos de un invencible deseo de libertad, y a este deseo subordinaron y sacrificaron los naturales impulsos de la sensualidad juvenil. El odio a la tiranía les hizo amar la proscripción y la pobreza, y se sintieron atraídos por ellas con mayor fuerza que por los halagos de la vida fácil y la fortuna. En lugar de esquivar se buscó el peligro: la vida fué considerada como constante holocausto y se la estimó, antes que nada, como medio de realizar acciones memorables. Hubo una extraña exaltación de sentimientos caballerescos y se sintió como una necesidad de practicar grandes empresas.

Todo se coloreó de tinte heroico. La prensa adoptó un lenguaje que hasta entonces no se había conocido; se llenó de ardorosas frases e invocaciones dramáticas, de composiciones poéticas encendidas de un nuevo y extraño estro, de sentencias políticas y morales en que se confundían y mezclaban la doctrina estoica, los principios de 1789 y las paradojas de los revolucionarios de 1830. En la tribuna parlamentaria se oyeron también gritos de pasión desconocidos, arranques de elocuencia dignos del Senado de la República Romana, apóstrofes, apelaciones a la dignidad humana y a la libertad, y requerimientos al honor y al valor cívico que solamente habían sido escuchadas en las asambleas de la Revolución y en las proclamas y arengas de sus generales.

Las andanzas políticas, los peligros, las proscripciones y las guerras, al retemplar el carácter, respetaron aquella como dulce virginidad del sentimiento que mantuvo intactos los sueños adorables de la adolescencia. El amor se convirtió para estos hombres en religión, y la mujer en objeto de culto casi sobrenatural. Actos de sencillo y conmovedor sentimentalismo alternaron con episodios en que se ofrendó nombre, libertad y vida. Se buscaron los amores novelescos, los idilios

sahumados por la pólvora de las batallas, los enlaces entre combate y combate. Se vieron cruzar el río a misteriosos viajeros de tez pálida, cuya procedencia y destino se ignoraba. En Montevideo y Buenos Aires las rondas nocturnas sorprendieron a embozados personajes que se desprendían de las ventanas enrejadas o salían de la sombra de las tapias y huían hacia la ribera, donde los esperaban desconocidas embarcaciones que zarpaban en seguida. En el bajo de Buenos Aires los puñales de la mazorca epilgaron muchas veces con sangre estos temerarios idilios. Se interceptaron cartas en que se leían palabras como éstas: "Odio al maldito tirano: pero no puedo odiar la divisa federal porque me recuerda el color de tus labios". Los jóvenes del sitio de Montevideo se gloriaban de obsequiar a sus novias con flores cogidas en la propia quinta del General Oribe, hasta donde llegaban, por la noche, burlando las guardias y centinelas y desafiando a la muerte. En la tertulia del General Vedia se ostentaron, en pechos unitarios, muchas de estas rosas y claveles federales del Cerrito. Estas mujeres afrontaron también azares y peligros superiores a la fuerza de su sexo. Si hubo muchos Danieles también hubo muchas Amalias. Una de ellas se lanzó fuera de la plaza en busca del cadáver de su novio, caído en una emboscada, y lo condujo hasta las trincheras como una heroína de la tragedia clásica. Otra, en presencia de su prometido, muerto en combate singular, se despojó de su cabellera y la depositó en el ataúd como ofrenda de su virgen amor.

Así se vivía y sentía en aquella época: amor, destierro, sangre, triste lote el que tocó a la generación mártir, concebida entre nuestras dos grandes epopeyas, formada en la escuela de las guerras domésticas, nutrida con la savia espiritual del Romanticismo, y predestinada al sacrificio.

\* \* \*

En el año 1838 se inició en Montevideo el movimiento de ideas más intenso producido en la primera mitad del si-

glo pasado en esta ciudad, movimiento de ideas que afectó también a la sensibilidad y que tiene el mismo carácter de la revolución romántica producida en Europa, y especialmente en Francia, hacia 1830.

El Romanticismo tuvo allí sus precursores, su definición pragmática en el Prefacio del "Cromwell", su insurrección literaria en el estreno de "Hernani" y su revolución real en "las tres gloriosas" del estallido de julio de 1830. Aquí ocurrió algo parecido. También existieron los precursores, que lo fueron los poetas que, apartándose del clasicismo humanista, comenzaron a encontrarse a sí mismos, como Esteban Echeverría, José Mármol, Adolfo Berro y Juan Carlos Gómez; los principios de la nueva escuela se definieron pragmáticamente en el "Dogma de Mayo" de Echeverría y en la "Introducción" del periódico "El Iniciador" fundado por Andrés Lamas; también tuvimos nuestra pequeña insurrección literaria en el propio "Iniciador" y en "El Nacional" que, con "El Talismán" y "El Corsario", comenzaron a difundir la nueva literatura y los nuevos autores: Byron, Víctor Hugo, Lamartine, Lamennais, Heine, Manzoni, Silvio Péllico, Espronceda, Escosura. Ochoa. En las páginas de "El Iniciador", se hallan, entre otras piezas fundamentales, el "Hernani" de Víctor Hugo, "El Pirata" de Espronceda y "El bulto vestido de negro capuz" de Escosura. Tuvimos además, nuestro cenáculo revolucionario en el "Club de Románticos y Sansimonianos" y la "Asociación de Mayo"; y tuvimos, por fin, nuestras "tres gloriosas" multiplicadas, en la terrible lucha contra Rosas y en la Guerra Grande en que el heroísmo romántico llegó a su apogeo.

Y si no tuvimos nuestra noche de "Hernani", tuvimos, en cambio, el estreno del "Ruy Blas" de Víctor Hugo, traducido en verso por Bartolomé Mitre y dado en el teatro San Felipe en 1840, y además la inolvidable tarde del certamen poético de mayo de 1841, en que, al revés de la gloriosa jornada de 1830, los viejos poetas clásicos colocaron el laurel de la victoria en las sienes de los jóvenes poetas románticos. Francisco Araucho coronó a Juan María Gutiérrez y a Luis L. Domínguez; Florencio Varela a José Mármol; Acuña de

Fiigueroa rehuyó su lauro marchitado por el fogoso acento de los nuevos poetas.

El episodio de "Hernani" tuvo su cronista en Teófilo Gautier, el condotiero de la banda romántica; el certamen de mayo lo tuvo en Alberdi, el redactor de "La Moda" y "El Iniciador", y el crítico del episodio. El fallo del jurado ya había señalado la renovación de las formas y del sentimiento producido en la poesía nacional a partir de la Revolución de 1830, en cuyo seno nació. "Cantos de guerra, himnos de victoria, lamentos de dolor iracundo sobre la tumba del guerrero caído bajo la enseña del sol, maldiciones contra sus verdugos"; he ahí la poesía lírica brotada de los azares de la independencia. Esta trajo la elevación del sentimiento poético hacia "las grandes verdades filosóficas y morales". La nueva generación formada en los dogmas de Mayo, pero ajena a los combates de la emancipación, se volvió hacia la naturaleza y hacia la contemplación interior; pero bien pronto las guerras civiles enturbiaron estas fuentes de inspiración, y el infortunio amargó los ánimos y trajo un nuevo elemento de inspiración: la melancolía.

Alberdi definió con agudeza crítica el carácter de la poesía americana y la peculiaridad histórica del momento en que se realizaba el certamen. Estas páginas del proscrito tienen analogía con el famoso "Prefacio" del Cromwell. En ellas también el crítico define la posición de la nueva escuela literaria y los elementos de que se nutría. A ellas habrá que recurrir cuando se trate de establecer la posición espiritual de la juventud que jugó su destino en los azares de la Guerra Grande.

La literatura romántica siguió nutriendo el sentimiento público. Al estreno de la traducción del "Ruy Blas" de Víctor Hugo sucedieron los estrenos de "Lucrecia Borgia", "Angelo", "El rey se divierte" y "Marión Delorme", todo el repertorio hugueano que renovó el tradicional repertorio clásico español, lo que dió lugar a controversias que el público decidió en favor del género romántico, pero a las que el empresario del Teatro San Felipe dió solución haciendo alterar las obras del teatro castellano con los dramas de Hugo

y Dumas traducidos por Bartolomé Mitre, que solo tenía entonces 20 años, el Coronel César Díaz y su hermano Adrián.

\*  
\* \*

Cuando el 11 de diciembre el Gobierno de Montevideo recibió la noticia del desastre de Arroyo Grande volvió los ojos hacia la ciudad y la campaña y advirtió en seguida que no existían elementos militares para contener la invasión. No obstante los requerimientos del Presidente de la República General Rivera, cuando, al frente del ejército de operaciones, pasó a la provincia de Entre Ríos, no se había creado aún el ejército de reserva, cuyo concurso ahora aquél exigía. Montevideo, desposeída de obras de defensa, contaba con una pequeña guarnición de seiseientos hombres; en el resto del país había organizados pequeños destacamentos dispersos; la mayor fuerza era la que había reunido el General Medina en San José, que alcanzaba a quinientas plazas.

Se tuvo, pues, la dolorosa sensación de que todo se podía perder, y se pensó en la intervención del representante de Inglaterra, Mr. Mandeville, que había demostrado simpatía por el gobierno de Montevideo. El ministerio general lo requirió para que, en compañía del representante de Francia, Conde de Lurde, interpusieran su autoridad ante el General Rosas a fin de impedir la invasión, salvar la ciudad de caer en poder del General Oribe y hacer cesar la guerra. Esta gestión diplomática ante el gobierno de Buenos Aires fué realizada con energía y en ella se llegó a la intimación con advertencia de proceder *manu militari*; pero el astuto tirano eludió la intimación y concluyó por rechazarla.

La salvación de Montevideo, al iniciarse el conflicto, no se debió, felizmente, a la intervención de los agentes europeos; fué producto del propio peligro, del espartano sentimiento que en seguida poseyó a la ciudad y de la habilidad y heroísmo del General Rivera, quien, pocas semanas después de ser derrotado en Arroyo Grande y ver dispersadas sus tropas, se presentó ante la ciudad al frente de un nuevo

ejército de cuatro mil quinientos hombres que había creado de la nada, y con el cual tuvo en jaque al invasor durante más de dos años. Lo fué también de la actitud severa y firme del Gobierno presidido por don Joaquín Suárez, y de la heroica actividad que su gobierno y sus colaboradores desplegaron frente a la invasión.

En aquellos momentos la austera figura de don Joaquín Suárez se agigantó y dió la pauta de lo que iba a ser el Jefe de la Defensa de Montevideo. El 12 de diciembre, desdeñando los consejos de quienes, poseídos del terror de la derrota, proponían la capitulación con el enemigo, y afrontando el peligro de un levantamiento de la fuerza armada, minada por los agentes del General Oribe que, bajo la dirección del Jefe Político de Montevideo José Antuña, amenazaba hacer causa común con el invasor, reunió en el Fuerte de Gobierno a su Ministro general, Francisco Antonio Vidal, a los Secretarios de Gobierno, Hacienda y Guerra, Juan Andrés Gelly, Manuel Herrera y Obes y Juan Zufriategui y a un grupo de legisladores y ciudadanos, les expuso la situación e hizo dar lectura a la proclama que iba a dirigir en seguida al pueblo llamándolo a las armas. Ese documento breve, claro y conminatorio, cuya lectura fué escuchada con emoción, estaba destinado a sacudir la fibra patriótica de la ciudad. El Presidente anunció que inmediatamente se dirigiría a la Asamblea General para darle cuenta de la derrota del Ejército de Operaciones, pedir la creación del Ejército de Reserva de la Capital, abolir la esclavitud y llamar a los negros libres al servicio militar.

Una hora después los vecinos de Montevideo se congregaban en las esquinas de la ciudad y leían enardecidos la proclama que acababa de ser fijada en los muros, en la cual se declaraba al país en asamblea y se ponía en pie de guerra la Capital.

“¡Ciudadanos!, decía ese memorable documento, el Ejército aliado de Operaciones en Entre Ríos, al mando inmediato de S. E. el señor Presidente de la República, ha sufrido un contraste en las puntas de Arroyo Grande. Esta desgracia pone a prueba la decisión y el patriotismo de los orien-



tales: el Gobierno está resuelto a una defensa enérgica del territorio de la República; tiene en su apoyo el voto y la cooperación de vuestros representantes; grandes sacrificios tiene que hacer el país, pero todos serán pequeños si a su costa salvamos su libertad, su independencia y el sosiego de la República. Hay grandes medios de defensa, y una fuerza considerable, reunida ya a las órdenes de S. E. el señor Presidente que se muestra superior a la desgracia. ¡Ciudadanos! Ha llegado el momento de suspender las ocupaciones pacíficas y de contraernos a las armas. A ellas, ciudadanos; vuestra decisión y un poco de confianza salvarán a la República”.

Simultáneamente el Presidente Suárez, dando cumplimiento a lo anunciado, dirigió a la Asamblea General un Mensaje memorable fechado el 12 de diciembre, en el que daba la mala nueva de la derrota de Arroyo Grande y proponía a la sanción legislativa un proyecto por el que se creaba en Montevideo el Ejército de Reserva con fuerzas de las tres armas, se nombraba General en Jefe del mismo al Brigadier General de la República Argentina José María Paz, que acaba de llegar a la ciudad, se destinaba a ese ejército los individuos ya llamados a las armas y los mil esclavos emancipados por decreto de 21 de julio anterior.

La Asamblea General se reunió ese mismo día y se declaró en sesión permanente, en tanto una Comisión se expedía sobre el proyecto del Poder Ejecutivo. Esa Comisión, formada por Santiago Vázquez, Salvador Tort, Julián Alvarez, Joaquín Sagra y Périz y Román Cortés, informó en el acto, declarando que el contraste de Arroyo Grande era “uno de aquellos sucesos muy comunes en la guerra y que sólo importan porque ellos sirven para poner a prueba el temple de los pueblos que tienen la conciencia de su poder y la firme voluntad de ponerlo en ejercicio para defender sus libertades y su independencia”. Agregaba que el proyecto del Poder Ejecutivo importaba a la defensa de la República; pero que era necesario ampliarlo con otras medidas, con las cuales se satisfacía además la justicia, la civilización y la humanidad. Concluía haciendo el elogio del General Paz y aconsejando la aprobación del decreto del Gobierno y la san-

ción de un proyecto de ley cuyo texto ha recogido la historia y dice así:

“El Senado y Cámara de Representantes, reunidos en Asamblea General: Considerando que desde el año 1841 no han debido reputarse esclavos los nacidos en el territorio de la República. Que desde julio de 1830 tampoco ha debido introducirse esclavos en ella, que entre los que existen por consiguiente con esa denominación, son muy pocos los de uno y otro sexo, que deben considerarse tales, y tienen ya compensado en parte su valor, con los servicios que han prestado. Que en ningún caso es más urgente el reconocimiento de los derechos que estos individuos tienen, de la naturaleza, la constitución y la opinión ilustrada de nuestro siglo, que en las actuales circunstancias, en que la República necesita de hombres libres que defiendan las libertades y la independencia de la Nación. Decretan: Artículo 1.º Desde la promulgación de la presente resolución, no hay esclavos en todo el territorio de la República. Artículo 2.º El Gobierno destinará los varones útiles que han sido esclavos, colonos o pupilos, cualquiera que sea su denominación, al servicio de las armas, por el tiempo que crea necesario. Artículo 3.º Los que no sean útiles para el servicio militar, y las mujeres se conservarán en clase de pupilos, al servicio de sus antiguos amos, con sujeción, por ahora, a la Ley Patria, sobre pupilos o colonos africanos. Artículo 4.º Los derechos que se consideren perjudicados por la presente resolución serán indemnizados por leyes posteriores”.

Este proyecto fué aprobado por aclamación, quedando con él satisfecha la aspiración del Gobierno del General Rivera que ya había tenido principio de ejecución en el decreto dictado por don Joaquín Suárez, el 21 de julio de 1842, que había emancipado mil negros para formar con ellos nuevos contingentes militares.

El mismo día 12 el Gobierno dictó un decreto por el que fué nombrado el General José María Paz General en Jefe del Ejército de Reserva, el cual se formaría con los cuerpos de la guarnición de la Capital y los que sucesivamente se formarían, y por el que se destinó a los cuerpos de línea a todos

los esclavos emancipados por la ley que fueran útiles para el servicio.

Seis días después, nuevamente se dirigió el Gobierno a la Asamblea General con el objeto de solicitar que fuera declarada la Patria en peligro y que, de acuerdo con el artículo 142 de la Constitución, fuera suspendida la seguridad individual y que se formase una Comisión Legislativa que, de acuerdo con el Poder Ejecutivo, tuviera a su cargo la ejecución de medidas para la percepción de las patentes y empréstito forzoso y aquellas otras que se referían a la seguridad pública y alta policía. Expresaba el Mensaje que los criollos que formaban en el ejército invasor mantenían vínculos de amistad e intereses con ciudadanos residentes en la República que necesariamente debían considerarse peligrosos. No podía el Gobierno, absorbido como lo estaba por la preparación de la defensa del país, consagrar su atención a la vigilancia y policía que exigía aquella situación. Al pedir estas medidas de salud pública protestaba el Poder Ejecutivo del profundo pesar con que lo hacía, y declaraba que ello iba encaminado a lograr la salvación de la República.

La lectura de este documento en la Asamblea General produjo profunda impresión. El senador Santiago Vázquez pronunció estas espartanas palabras: "Cuando la Patria está en peligro, los instantes que se pierden son siglos: yo propongo que la Honorable Asamblea se declare en sesión permanente hasta resolver". La Asamblea así lo decidió y, designada una Comisión dictaminante, instantes después presentó ésta un informe que suscribían Manuel Basilio Bustamante, Alejandro Chucarro y Julián Álvarez, que comenzaba con estas viriles palabras: "La Comisión se ha penetrado del espíritu de la nota del Poder Ejecutivo y deducido de su contexto que la Patria está en peligro y que la primera de las necesidades, la primera de las leyes es su salvación". En consecuencia aconsejaba la aprobación del proyecto que declaró la Patria en peligro y creó la Comisión Legislativa con las facultades pedidas por el Poder Ejecutivo. Todo fué sancionado y en seguida la Asamblea eligió para formar esta comisión de salud pública a Manuel Basilio Bustamante, Estanislao Vega y Daniel Vidal.

El 7 de enero de 1843 volvió a congregarse en el Cabildo la Asamblea Nacional para tomar en consideración un nuevo Mensaje del Poder Ejecutivo, en el que éste anunciaba la invasión del territorio nacional por el Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina bajo las órdenes inmediatas del General Manuel Oribe. Agregaba que frente a este suceso era necesario poner en ejecución todos los medios de defensa; que al efecto el Gobierno había resuelto, para atender con eficacia los negocios públicos, restablecer los tres ministerios de Estado y había designado para desempeñarlos en el departamento de Gobierno y Relaciones Exteriores a Francisco Antonino Vidal, en el de Hacienda a Francisco Joaquín Muñoz y en el de Guerra y Marina al General Félix Eduardo Aguiar. A la vez sometía a la Asamblea varios proyectos de ley. Por el primero se exceptuaba del pago de impuestos a todo individuo que hubiera servido en el ejército de la República desde el 7 de diciembre de 1842 hasta la terminación de la guerra sin nota desfavorable. Por el segundo se autorizaba al Poder Ejecutivo a enajenar todas las propiedades públicas a fin de atender con el producto las necesidades de la guerra. Por otro se imponía un impuesto adicional a las exportaciones.

La Comisión que dictaminó estos proyectos, luego de declarar que la situación de la República era de vida o muerte, aconsejó se acordaran recursos al Poder Ejecutivo, aunque por otros procedimientos, que fueron la autorización para obtener medio millón de pesos por todos los medios, menos el de emisión de papel moneda, y disponer del producido de diversas rentas por el término de dos meses. Todos estos recursos serían destinados exclusivamente a los gastos que demandara la defensa de la República. Los proyectos fueron aprobados con estas modificaciones.

La Asamblea General contestó, a la vez, el Mensaje del Poder Ejecutivo. En esa comunicación se hallan las siguientes palabras, cuyo acento refleja el sentimiento heroico que en aquel momento agitaba a la ciudad: “El Pueblo Oriental no ha degenerado; por sus venas corre aún la sangre con que ha cimentado sus libertades y su independencia; aun no están enmohecidas las cadenas que destrozó en más de un

combate glorioso, y sería mengua, vergüenza, injusticia atroz que jamás tolerarán sus representantes, poner en duda su ardor y energía para defenderse del bárbaro enemigo que hoy le asecha. Poseída de estos sentimientos la Asamblea General en el carácter que inviste, y contestando a la nota de V. E. ha creído de su deber manifestarle de un modo público y solemne la firme y decidida resolución en que está de sostener y defender a todo trance los derechos e inrauidades de la Nación Oriental y que para conseguirlo ella está resuelta a todo”.

Entretanto el General José María Paz, designado General en Jefe del Ejército de Reserva, había iniciado sus actividades con aquel celo, aquel empeñamiento y aquella reconcentrada energía que eran peculiares en él y daban originalidad a su carácter. Acababa de cumplir 51 años y estaba, por lo tanto, en la edad en que todas las cualidades morales del hombre han logrado su culminación. Fornido, de anchos hombros, bien plantada sobre el grueso cuello la recia cabeza de líneas romanas, el grave y adusto rostro cuidadosamente rasurado, penetrante la mirada, la frente velada por un sello de melancolía, era una noble figura el general Paz, “el manco castrador”, como le llamaban las gacetas del general Rosas para injuriar su brazo gloriosamente herido en la acción de Venta y Medio en la campaña del Alto Perú, y atribuirle hechos que jamás pudo autorizar el caballeresco soldado. Era hombre sobrio, de costumbres espartanas y de ejemplar vida doméstica regida por los principios religiosos que profesaba austeramente. Vestía severa casaca militar, sin más distintivos que la botonadura de oro, el cinturón y los tiros blancos de la espada. Calzaba botas altas con espolines, y de la caña de una de ellas asomaba el mango de un latiguillo trenzado que utilizaba, como lo hacía el general Rivera, a guisa de espada. Amaba la soledad, a la que se había acostumbrado en el cautiverio de Luján, y en la que hallaba sosiego su genio taciturno y su hipocondría, que solía manifestarse en impulsos irrefrenables que le llevaban, a veces, a ser violento e injusto, actitudes que luego procuraba reparar con hidalgo gesto. Su valor y su concepto de la disciplina le hacían permanecer impassible en medio de los ma-

yores peligros. En la batalla de Ituzaingó, para no contravenir una orden equivocada del generalísimo Alvear, se mantuvo a pie firme, desafiando a la muerte, al frente de su regimiento, las manos sobre el arzón de la silla, en una colina cuyo frente descubierto era barrido por la artillería imperial que diezmaba la columna formada por sus escuadrones. Su ciencia militar era superior al escenario en que la ejercitó. Fué el primer táctico de su tiempo en el Río de la Plata. Le tocó combatir contra los más temibles generales y caudillos de la Federación, sin excluir al general Quiroga, a quien venció en la Tablada y Oncativo, al general Echagüe, a quien destruyó en Caaguazú, al general Urquiza, a quien persiguió sin poder medirse con él en batalla campal cuando el jefe entrerriano invadió la provincia de Corrientes. Su solo nombre, al que se vinculaban los recuerdos de las campañas del Alto Perú y del Brasil y el largo cautiverio que le impuso el general Rosas en Luján, eran una bandera. Por eso lo escogió el gobierno de Montevideo después de la derrota de Arroyo Grande para organizar la defensa de la ciudad, y por eso la multitud, entre la que se confundían los cuatrocientos emigrados argentinos, se presentó en clamorosa columna frente a su casa a pedirle que aceptara el mando militar de la ciudad, que fué su refugio y asilo cuando, en forma dramática, logró huir de Buenos Aires en medio de la noche, afrontando la travesía del río en una pequeña embarcación.

\*

\* \*

Toda la ciencia militar del General Paz, que no era superada en el Río de la Plata, y toda la experiencia adquirida en sus largas campañas fueron puestas al servicio de la organización de la defensa de Montevideo. Nombró Secretario al doctor Santiago Derqui, emigrado argentino, y confió la dirección del Estado Mayor del Ejército al Coronel don Manuel Correa, veterano de la independencia, cuyos servicios se remontaban a las invasiones inglesas. Para asistir al Jefe de Estado Mayor designó al Coronel don Ignacio Chenaut, antiguo oficial francés, técnico instructor de nombradía.

Los cuerpos que debían constituir el Ejército de Reserva creado por la ley fueron remontados y organizados sin demora. Se estableció el campo de instrucción en el Paso del Molino, en el saladero de Beltrán, y pronto evolucionaron allí el batallón 3.º de línea mandado por el Teniente Coronel Juan Orgán; el 4.º, bajo las órdenes del Teniente Coronel César Díaz; el 5.º, al mando del Sargento Mayor Mariano Echenagusía; el regimiento de Lanceros Orientales, al mando del Coronel Faustino Velazco; el cuerpo de Artillería, al mando del Coronel Carlos Paz. Estas tropas, así como los cuerpos de guardias nacionales que se estaban formando en la ciudad, adquirieron rápidamente la disciplina y el fervor que les impuso el General, quien, al asumir el mando, las había saludado con estas palabras: “¡Compañeros! Al aceptar el mando del Ejército de Reserva he tenido en vista la urgencia de la situación actual; que defendéis el pueblo por cuya independencia trabajé, que da asilo a mis compatriotas y que declaró el primero entre todos los pueblos de América, guerra al tirano que la deshonra sembrando de horribles delitos la República Argentina. Obligación he creído escuchar el llamamiento que me han hecho el Gobierno y la Asamblea Nacional y compartir con vosotros los afanes de la más justa de las guerras. ¡Argentinos! Os miro unidos a vuestros hermanos y amigos orientales, como en los días gloriosos de las guerras de la independencia, y crece mi fe en vuestro hermoso porvenir... Al contemplaros animados de un mismo pensamiento, creo que a pesar de todas nuestras desdichas, tornaremos a nuestra Patria vencedores del tirano”.

La ciencia militar del ilustre veterano se estrellaba, sin embargo, contra la falta de material de guerra. La ciudad no tenía arsenal, ni maestranza, ni más artillería que los cañones españoles del fuerte de San José, algunas piezas y cureñas que procedían de la escuadrilla y un tren volante de piezas de pequeño calibre. No había fusiles ni pólvora ni municiones ni sables ni lanzas ni uniformes ni correajes.

A escape se montó la maestranza y un horno de fundición en el cual, bajo la dirección del maestro don Ignacio Garragori, se fundieron seis cañones de bronce. El Jefe del



Estado Mayor, Coronel Correa, propuso que, para artillar las baterías de defensa que iban a construirse, fuesen desenterrados los cañones de la época colonial española y portuguesa que servían de postes en las esquinas de las calles. Bajo su dirección fueron extraídos los gruesos cañones de hierro, limpiados, reparados, pulidos y puestos en condiciones de hacer fuego. Con ellos se artilló luego la línea de defensa interior y más tarde, cuando se logró mejor artillería, fueron llevados a los reductos de la Isla de Ratas y a la Fortaleza del Cerro.

El General Paz, con el concurso del General Nicolás de Vedia, y luego del General don Tomás de Iriarte, estudió sin demora el plan de obras de fortificación para defender la ciudad y trazado de las mismas. Este sufrió durante la ejecución, que duró cincuenta días, diversas modificaciones. Constaba el sistema proyectado de una doble línea de defensa. La exterior formaba un arco de reductos artillados con segmentos de cortina, cuyos extremos se apoyaban, al sur en la Estanzuela, y al norte en las proximidades del Arroyo Seco. La batería que más avanzaba hacia el este en la clave del arco debía levantarse en el sitio que ocupa hoy la plaza de los 33. Este sistema exterior llegó a constar de once reductos, delante de los cuales un servicio permanente de avanzadas y escuchas vigilaba al enemigo. La línea de defensa interior se tendía desde el Cementerio Central hasta la playa de la Aguada. Era una muralla foseada, de dos metros de ancho y otro tanto de altura. Con la tierra extraída de la excavación del foso se construyó exteriormente un glacis que debía cubrir el parapeto, e interiormente las explanadas para los fusileros. Esta línea de defensa tenía mil quinientos metros de longitud en todo su desarrollo. Fueron previstas en la línea varias entradas, todas ellas defendidas y cubiertas. La principal se estableció en el centro, en la actual calle 18 de Julio. Miraba hacia el norte y estaba defendida por un bastión. Dos más se establecieron en el costado sur y otra en el norte. Era una línea quebrada por numerosos ángulos que formaban entrantes y salientes destinados a dominar los puntos muertos y los accidentes del terreno. Corría de sur a norte, entre las calles Ejido y Yaguarón hasta San José,



en que avanzaba hasta presentar el ángulo extremo este en el eje de la actual calle 18 de Julio, a pocos metros de la actual calle Olimar. Retrocedía luego hasta la actual calle Yaguarón y en forma diagonal, y con acentuadas salientes, cruzaba las calles Yí y Cuareim hasta Ibicuy, cuya línea seguía hasta llegar a la ribera de la bahía, frente a la Aguada, donde se internaba en las aguas para cubrir las baterías del norte establecidas en lanchones. Una empalizada, hecha con dueñas de toneles, y extensas zonas en que se amontonaron vidrios cortantes, daban mayor seguridad a este sistema, al cual se procuró dar aún más eficacia con la colocación de dos órdenas de faroles de aceite montados en postes de escasa altura, alineados delante de las estacadas, que eran encendidos al ponerse el sol para evitar ataques de sorpresa.

El 6 de enero, cuando ya el General Oribe avanzaba a lentas jornadas sobre Montevideo, se iniciaron las obras de construcción de la línea interior de defensa. Sesenta hombres, bajo la dirección del Teniente Coronel de Ingenieros don José María Echandía, comenzaron a fosear la línea trazada sobre el lado izquierdo; el 8 se iniciaron las obras en el lado derecho bajo la dirección del Maestro Mayor de Obras don José Toribio. Fué designado Inspector de Obras el señor Dellepiane, a quien substituyó el 29 de enero el General don Tomás de Iriarte. La obra de construcción de la muralla que se levantaba con barro y fagina mezclados con piedra y ladrillo, se realizaba lentamente por falta de materiales. Para acelerarla se mandaron demoler las casas próximas a la línea a fin de utilizar los materiales y se tomaron, *manu militari*, los ladrillos que poseían los horneros, contra la documentación oficial. Más de mil hombres, de todas las clases sociales, incluso la guardia nacional y la tropa de línea, trabajaron sin descanso, desde entonces, en las obras.

No obstante, cuando el enemigo apareció frente a la ciudad las obras de defensa estaban aun inconclusas. “Hacia el centro de la línea, dice César Díaz en sus Memorias, el parapeto sólo tenía los cimientos formados en una extensión de más de doscientos pies; y en varios otros puntos, aunque más adelantado estaba todavía en obra. El foso, al que para

abreviar el trabajo sólo se había dado nueve pies de boca, no estaba completamente excavado: en algunos lugares no tenía más de dos pies de profundidad. La banqueta no había sido terminada, y en algunas partes, era tan imperfecta, que un granadero colocado sobre ella no podía apuntar su fusil sino por elevación. El glacis no era más que un hacinamiento de tierra informe, y en partes tan inútil que dejaba descubierta la cara exterior del parapeto". De María agrega que en el costado derecho de la línea, hacia la costa del mar, había una extensión de cuatro cuadras sin muros ni foso, donde fué construída rápidamente la cortina de muralla, con la ayuda de los guardias nacionales.

Entretanto, el General Paz, sin elementos y sin recursos, había creado la maestranza y el parque de artillería, donde fueron reparados los cañones coloniales que se emplazaron luego en las baterías de la línea; había logrado la formación del Ejército de Reserva; lo había dotado de cuarteles y campos de maniobras; había artillado la Isla de Ratas y la Fortaleza del Cerro y formado, al amparo de los cañones de ésta, el campo de forrajes para los animales de la plaza. El Cuartel General fué instalado en un caserón de dos plantas situado al frente de la línea interior, en la actual intersección de las calles Yaguarón y 18 de Julio, junto al portón principal del recinto amurallado, y a su vera, en un alto mirador con terraza se estableció el vigía de la ciudad.

\*

\* \*

El General Rivera, reconstituídas ya sus divisiones con las incorporaciones de las milicias, luego de una serie de movimientos estratégicos frente al enemigo que avanzaba lentamente, y que tuvieron por objeto privarlo de elementos de movilidad y de subsistencia, detener en lo posible su avance y salvar las familias de la campaña que, reunidas en convoyes de carretas, las envió luego hacia la capital, el 1.º de febrero se presentó frente a la ciudad con su ejército y acampó en el Pastoreo de Pereira, a diez kilómetros de la línea interior de defensa.

La presencia del ejército fué un necesario estímulo para los habitantes de la ciudad. Los miembros del Gobierno, acompañados de un núcleo de funcionarios y ciudadanos, se dirigieron al Cuartel General. El Presidente de la República y jefe supremo del Ejército, seguido del numeroso concurso, revistó las divisiones de caballería que sumaban cuatro mil quinientos hombres preparados para entrar en acción.

Los regimientos, formados en columna, se tendían sobre la vasta campiña iluminada por el ardiente sol de febrero, y se perdían detrás de la cuchilla. La cabeza del ejército estaba formada por algunos pelotones de infantes armados de largos fusiles y por las pequeñas piezas de artillería que el general había montado a escape sobre improvisados trenes. En uno de los flancos, varios destacamentos custodiaban las carretas que conducían el parque de guerra y la pequeña maestranza. Más allá el convoy de familias formaba un cuadro pintoresco. Mujeres, niños y ancianos se movían dentro del círculo formado por el cerco de carretas, junto a las cuales humeaban los fogones. En el horizonte aparecía otro ejército: eran las caballadas que habían sido recogidas de los campos para asegurar la rápida movilidad de las tropas y privar de este elemento al enemigo.

El cuadro era homérico. Estaban allí los dispersos de la batalla de Arroyo Grande que habían logrado cruzar el Uruguay, las tropas departamentales que había llamado a sí el General, las milicias que había convocado y reunido en su marcha hacia el sud. Abigarrado ejército, recién constituido, sin más armas que los escasos fusiles y tercerolas, las lanzas y los sables requisados en los pueblos y estancias; las hojas de tijeras enastadas en cañas tacuaras; las boleadoras y los lazos indispensables en la persecución del enemigo. Chiripaes y cribados, viejas bombachas, restos de casaquillas, uniformes y ponchos, desgarradas camisas, gloriosos harapos cubrían a la mayoría de aquellos hombres, muchos de los cuales mostraban sus desnudos torsos tostados por el sol. Se veían allí las blancas cabelleras y las encanecidas barbas de los viejos y los rostros imberbes de los niños alternar con los atezados rostros de los fornidos soldados y paisanos. La po-

blada barba del hombre caucásico contrastaba con el rostro cetrino y lampiño del indio y las máscaras de brillante ébano de los negros libertos. Los veteranos de los regimientos de Báez, de Blanco, de Silva, de Flores, de Estibao, se mantenían erguidos en sus cabalgaduras, con sus lanzas en alto, empenachadas de banderines patrios o con sus corvos sables apoyados en el arzón. Los guayaquises, casi niños, empuñaban también sus sables y se agitaban impacientes; los negros emancipados se agrupaban en compactos escuadrones. Brillaban al sol las piezas de bronce, los clarines, las bayonetas de los infantes, las afiladas moharras de las lanzas, las hojas de las espadas y sables, las presillas y cordones de los jefes y oficiales, las astas de las banderas desplegadas, cuyos colores se confundían con los del cielo. La verde campiña, salpicada de pequeñas isletas de achaparrado monte, servía de marco al cuadro marcial a cuyo frente aparecía el Estado Mayor con sus jefes, oficiales y escolta: el General Anacleto Medina, el Coronel José Antonio Costa, el Coronel Melchor Pacheco y Obes, los jefes divisionarios, los ayudantes, luciendo todos sus uniformes de gala, sus cordones y medallas.

El general Rivera, auxiliado por su secretario, don José Luis Bustamante, y por sus ayudantes, agasajaba en sus tiendas a los huéspedes. Estaba allí el Vice Presidente, don Joaquín Suárez, los Ministros don Francisco Antonino Vidal, don Francisco Joaquín Muñoz y el General don Félix Eduardo Aguiar, los ex-secretarios de gobierno don Juan Antonio Gelly, don Juan Zufriategui y don Manuel Herrera y Obes, el Presidente del Senado don Lorenzo Justiniano Pérez, el Presidente de la Cámara de Diputados don Santiago Vázquez, los Ministros del Superior Tribunal de Justicia don Francisco Araucho y don Estanislao Vega, el Jefe del Ejército de Reserva de la Capital, don José María Paz, legisladores, militares, funcionarios y ciudadanos de distinción.

Luego de brindar por la Patria, el General Rivera, acompañado de su séquito, se apostó junto a una pequeña ceja de monte. Los clarines llenaron el campo con sus ecos metálicos propagando el toque de atención; sonaron los parches de la infantería y al son de las músicas militares se movió

el ejército. Los regimientos desfilaron en medio de nubes de polvo, con las armas en alto, aclamando a su General que saludaba sonriente con el latiguillo. Los cuatro mil quinientos hombres, animados por el entusiasmo bélico, llenaron de confianza todos los corazones.

Al día siguiente, a medio día, el General Rivera penetró en la ciudad, en carruaje, ostentando su uniforme de gala, seguido de numeroso séquito, y reasumió las funciones de Presidente de la República. Dictó en seguida un decreto por el cual modificó la composición del Ministerio. La cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores fué confiada a Santiago Vázquez; para la de Guerra y Marina fué designado el Coronel Melchor Pacheco y Obes; Francisco Joaquín Muñoz fué confirmado en el cargo de Ministro de Hacienda. Este cambio de gabinete obedeció al propósito de hacer predominar en el gobierno las ideas y propósitos del General Rivera, que habían sido mal interpretados por el gabinete anterior y sin duda violentados con la designación del General Paz para el mando del Ejército de Reserva. El antagonismo que se había producido en las negociaciones entre los dos generales, y que hizo crisis poco después de suscripto el pacto de alianza con las provincias argentinas, no era compatible, en el concepto del General Rivera, con el comando que había sido confiado al General Paz. Los razonamientos y reflexiones que le hicieron sus amigos, y el cambio de ideas producido en una reunión de ciudadanos notables realizada la noche del 2 de febrero, le inclinaron, después de larga y apasionada discusión, a aceptar la intervención del General Paz en el comando, pero solamente con el título de Comandante General de Armas de la Capital, con lo cual se aprovechaban sus conocimientos técnicos, pero se prevenía el caso de que pudiera mandar en jefe el ejército fuera de la plaza. El General Paz que había resignado su cargo, se avino a tomar brevemente el mando del ejército de la Capital.

Resuelta la situación del General Paz, el Presidente de la República dictó un decreto por el que confió el cargo de Jefe Político y de Policía de Montevideo a Andrés Lamas, que era Juez de lo Civil e Intestados y que sólo contaba vein-

veinticinco años de edad. En aquella época la policía centralizaba algunas de las importantes funciones del Estado. No se había establecido todavía el orden administrativo que luego dio lugar a la creación de oficinas e instituciones de toda índole. Además, las exigencias de la guerra hicieron de ella una especie de ministerio al que afluían todos los asuntos y gestiones que no tenían clasificación dentro de las oficinas administrativas. Aparte de las naturales funciones de vigilancia y defensa del orden que le estaban encomendadas, se ocupó entonces de higiene pública, educación, levantamiento de censos, beneficencia, obras de cultura intelectual, cuestiones edilicias, acuñación de monedas, solemnidades públicas, moral y asistencia social. Lamas convirtió la policía en un verdadero ministerio universal; allí se incubaron muchas de las grandes iniciativas políticas, militares e intelectuales de los primeros meses de la Defensa. El Ministro de la Guerra, don Melchor Pacheco y Obes y el Jefe de Policía don Andrés Lamas, vinculados por el mismo sentimiento heroico, fueron los hombres del año 1843.

Fortalecido así el gobierno de la Defensa y levantado el espíritu público por la presencia en Montevideo del General Rivera y de su ejército, el Presidente de la República se dispuso a marchar en busca del ejército invasor que avanzaba sobre Montevideo y cuyas descubiertas llegaban ya al río Santa Lucía. El día 5, por la mañana, el Presidente de la República, acompañado por el General Paz y su Estado Mayor revistó las tropas de la guarnición de la plaza y recorrió las obras de fortificación. Delegó en seguida el gobierno en el Vicepresidente don Joaquín Suárez, y luego de despedirse de sus ministros y amigos, abandonó por la noche la ciudad y regresó al Cuartel General para ponerse al frente del Ejército de Operaciones y dirigirse contra el enemigo. Antes de hacerlo saludó a la ciudad con esta proclama: “Com-patriotas: Mis deberes militares y los altos intereses de la patria, me llaman nuevamente fuera de la Capital; llevo conmigo la satisfacción y la confianza de dejar entregada su defensa a un gobierno organizado, firme, lleno de luces y patriotismo, y un jefe militar cuya pericia, valor y decisión

por esta noble causa que sostenemos, os son bien notorios. Os dejo aquí esas garantías de seguridad y de triunfo, y marchó ya a ponerme en la campaña al frente de ese ejército nacional, modelo de virtud y de constancia, y que la Providencia destina a exterminar un enemigo tan débil como confiado. Espero de vosotros todos, cooperación activa y patriótica a vuestro gobierno, al Jefe de las fuerzas de la plaza, a mí y a mis valientes; vosotros tendréis en mí todo aquello de que mis esfuerzos y el patriotismo de mi ejército son capaces. Habitantes todos de la Capital: reposad tranquilos en vuestra propia fuerza, en la dirección que os dejo y en el valor de los soldados que mando. Si la presencia del rebelde, trae cadenas, banderas extranjeras, al suelo de la patria, si se atreviese a acercarse a vuestro recinto, en él, yo os lo aseguro, encontrará su exterminio y el sepulcro del poder anti-social y tiránico a quien sirve con deshonor”.

En la madrugada del 6 el General Rivera levantó el campamento del pastoreo de Pereira y se movió con todo el ejército hacia el este. Se proponía cubrir con sus fuerzas el puerto de Maldonado y mantener las comunicaciones con la capital. El General Oribe avanzaba con el grueso del ejército invasor; planeaba destruir las caballerías del General Rivera y atacar en seguida la plaza. Cuando tomó contacto con el ejército oriental tendió su línea sobre las puntas del Sauce a la espera del ataque. Rivera lanzó sobre ella su vanguardia al mando del General Medina y, como ya lo hemos dicho, mediante una hábil e intrépida maniobra, flanqueó durante la noche al ejército invasor, le tomó la retaguardia y mientras auxiliaba con sus divisiones volantes la retirada de la vanguardia que se batió heroicamente, se alejó con su ejército hacia el norte, mientras el General Oribe, burlado, se dirigió con su ejército sobre Montevideo.

\*  
\* \*

Entretanto, el gobierno fuerte instalado en Montevideo, cuyo numen heroico era el Ministro de la Guerra, creaba el

elima necesario para resistir el asalto de los invasores. El Presidente Suárez se dirigió a sus compatriotas para decirles: “El Gobierno ha pesado tranquilamente sus medios, meditado bien sus resoluciones, y salvará la independencia y la gloria de su patria; su acción para la defensa de objetos tan sagrados no reconoce límite ni barrera; todo hará, todo lo considerará lícito para alcanzar ese fin, y os jura que lo alcanzará”. La primera medida fué separar a los jefes sospechosos y sustituirlos por militares y ciudadanos adictos.

En estos momentos la figura de Pacheco y Obes se agigantó. Su primer acto fué una proclama y una terrible amenaza. “La Patria está en peligro; la sangre y el oro de los ciudadanos pertenece a la Patria. Quien niegue a la Patria su oro o su sangre será castigado con la pena de muerte”. Estas palabras, este tono, esta literatura oficial, desconocidos hasta entonces, produjeron mágico efecto. Los decretos, las proclamas, las arengas, se sucedieron: breves, conminatorios, terriblemente elocuentes. Aquel hombre fascinaba y aterrificaba; en sus escritos se mezclaba la belleza y el sentimiento trágico; con el mismo arrebató hablaba de la gloria y de la ignominia, de la vida y de la muerte, y, generalmente, hablaba más de ésta que de aquélla.

Sus palabras y sus gestos tuvieron virtud de creación. Dinero, armas, pólvora, cañones, arreos, uniformes, murallas, baluartes, trincheras, legiones, aliados, hospitales, cuarteles, escuelas brotaron de la nada como por arte mágico. Y, con la voz y la palabra, el Ministro estaba en todas partes: en los consejos de gobierno, en las murallas, en los combates, en las avanzadas, en los puestos de escucha, en los campos de batalla, en los buques de la escuadrilla, en los templos, en los hospitales de sangre, en las escuelas, en los hogares huérfanos, en las redacciones de los diarios, en los torneos donde se coronaban poetas mientras tronaba el cañón del sitio.

Pocos días antes de llegar al Cerrito el ejército sitiador examinaban la situación en la sala del Fuerte de Gobierno, Pacheco y Obes y el Ministro de Hacienda, D. Francisco Joaquín Muñoz.

—¿ Cuáles son los recursos con que contamos para or-



ganizar la defensa?, interrogó bruscamente el Ministro de la Guerra.

—Apenas nos alcanzan para resistir veinte días.

—¿Cuánto tiempo resistieron los españoles el asedio?, insistió Pacheco y Obes.

—Veintitrés meses, replicó Muñoz, y agregó: pero se encontraban en mejor situación que nosotros.

—Pues bien, concluyó Pacheco, ¡nosotros resistiremos veinticuatro meses! ¡Vergüenza sería, agregó, que lo que hicieron los extranjeros por la tiranía, no lo podamos hacer nosotros por la libertad!

Las palabras del Ministro de la Guerra fueron una profecía: Montevideo resistió victoriosamente nueve años el implacable asedio.

En tanto el ejército invasor del General Oribe avanzaba sobre Montevideo, las murallas de la ciudad se levantaron como por ensalmo y los viejos cañones castellanos que servían de guardacantones, desenterrados y montados sobre carroñadas y cureñas, coronaron las explanadas del recinto. Todos los hombres hábiles, de quince a cincuenta años, trabajaban en las obras de fortificación y en las maestranzas o hacían ejercicios militares y montaban la guardia en los cuarteles, en las baterías, en los puestos avanzados. Cuando el enemigo saludó a la plaza con sus cañones, ni uno solo de los defensores desertó de su puesto; mientras los hombres vigilaban en las murallas, el arma al brazo, en los hogares las mujeres cosían ponchos y uniformes y los niños hacían hilas para los hospitales, y cartuchos y tacos para los fusiles.

En diez días el Gobierno, enardecido por la presencia de Pacheco, adoptó medidas decisivas: puso el puerto en control; se prohibió, bajo pena de muerte, la comunicación con el enemigo, se creó un tribunal militar, cuyos fallos eran inapelables, al que se entregó el conocimiento verbal y sumario de los delitos de traición contra la patria con jurisdicción sobre militares y civiles y se declararon traidores a todos los habitantes de la República que se les tomara con la divisa del invasor o con las armas en la mano y se les condenó a ser fusilados por la espalda; fueron requisados todos los vehículos

y materiales necesarios para la defensa; se trajeron a tierra todos los cañones, municiones, carronadas y elementos de guerra que se hallaron a bordo de los barcos mercantes; se organizó la sanidad militar y los hospitales de sangre; se puso al frente de los cuerpos de línea al coronel César Díaz, el primer táctico de infantería; al coronel Marcelino Sosa, la más temible lanza de su tiempo; a los coroneles Manuel Pacheco y Obes y Juan Antonio Lezica, oficiales de probado temple y de sólida cultura; se reorganizaron los batallones de guardias nacionales y se nombró Jefe del 1.º al Teniente Coronel don Lorenzo Batlle y de los demás batallones a D. Francisco Tajés, a Don Francisco Muñoz, que al sucumbir fué sustituido por su hermano D. José María, a D. José Solsona, a D. Juan Andrés Gelly y Obes, jefes improvisados que abandonaron sus ocupaciones comerciales, sus intereses, sus estudios de derecho para empuñar la espada y consagrarse a la defensa de la ciudad; fué confiada a Garibaldi la organización de la escuadrilla nacional. El intrépido caudillo montó dos barquichuelos con dos cañones y otros dos más pequeños con un cañón cada uno y los bautizó con los nombres “Suárez”, “Libertad”, “Muñoz” y “Vázquez”. Los cuatro lanchones con seis bocas de fuego y tripulados por 60 marineros improvisados se aprestaron a luchar contra los cuatro buques de alto bordo del Almirante Brown, artillados con cien cañones y servidos por 1.000 tripulantes.

Fueron concentradas dentro de la línea todas las tropas con sus bastimentos; se llamó al trabajo de construcción de las obras de defensa a artesanos y voluntarios y más de mil hombres de todas las clases sociales y de todas las edades y profesiones comenzaron a trabajar febrilmente en las murallas y trincheras; se reforzó con voluntarios la maestraza, el parque de artillería; se obligó a la población a confeccionar vestuarios, abrigos, banderas y estandartes para el ejército.

El 12 de febrero las fuerzas de la defensa de la ciudad fueron fijadas, detrás del parapeto, en los lugares que a cada una de las unidades correspondía. Sobre las explanadas se colocaron las piezas de artillería, a barbata algunas de

ellas y otras en forma atronerada. El Estado Mayor se dividió en dos secciones, una al mando del Coronel Correa y otra, que atendía las fuerzas de la línea, bajo la dirección del Coronel Chenaut, que había sido instructor de las tropas.

En el ejército de la Defensa de Montevideo se confundieron todas las clases sociales, todas las profesiones, todas las edades. Las encanecidas cabezas de los ancianos se confundían con las blondas cabelleras de los adolescentes; la presencia del caballero con la tosquedad del menestral; los hombres de raza caucásica con los mestizos y los hombres de color; el rico propietario con el jornalero; el hombre de leyes con el dependiente de comercio; el maestro con el discípulo; el amo con el criado. Nadie rehusó a la ciudad sus servicios personales ni la de sus domésticos. Si alguna vez ocurrió esto estaba allí la mano implacable de Pacheco y Obes para imponer el castigo, sanción que alcanzó por igual al poderoso y al mísero. A dos de sus primos relapsos en el servicio los destinó al ejército de campaña; a la esposa del General Rivera que retenía dos esclavos para sus menesteres se los quitó en su propia casa.

Aquel ejército que el gobierno de la Defensa puso como antemural al General invasor, cuando no combatía con el enemigo o no vigilaba desde las explanadas o no realizaba ejercicios de instrucción, se entregaba febrilmente al trabajo de concluir y perfeccionar las obras de defensa. La Guardia Nacional concluyó con sus brazos la murralla y el foso de la izquierda de la línea. Los fusiles chisperos puestos en pabellón con sus largas bayonetas eran sustituidos por los picos, palas y azadones con que se demolían las casas que se hallaban próximas a la línea, por la esteva del arado con que se trazaban y ahondaban los fosos, por los brazos de los carretones en que se transportaban los materiales, por la cuchara del albañil con que se aparejaban los sillares y los ladrillos.

Escasas fueron las deserciones. La Legión Española, trabajados sus componentes desde años atrás por los agentes del General Oribe, fué la única que abandonó la Defensa. La Legión Francesa que conminada por el Cónsul de Francia a abandonar las armas prefirió trocar el pabellón tricolor por los colores nacionales para seguir defendiendo heroicamente

la ciudad. solamente tuvo tres desertores en sus filas, lo que dió lugar a que Pacheco y Obes pronunciara estas memorables palabras: “¡Tres traidores en 3000 hombres! Tuvieron más los espartanos que contaron un fugitivo en 300!”.

La organización del ejército de la Defensa tuvo momentos épicos. La entrega de las banderas a los regimientos fué uno de ellos. El Ministro de la Guerra quiso reproducir la escena de las águilas imperiales en el campo de Marte, o, más bien, la distribución de las banderas para la última campaña, después del Acta adicional. El 14 de febrero, en momentos en que el enemigo estaba a dos jornadas de Montevideo, el ejército, exceptuados los cuerpos que cubrían el servicio indispensable de la línea, desfiló por las calles de la ciudad y luego formó en el camino real, que partía de la puerta del Mercado, o sea de la Plaza Independencia actual. Apoyaba la cabeza en este sitio y se tendía a lo largo de la actual calle 18 de Julio hacia el Cordón. Mandaba en Jefe las fuerzas el Comandante General de Armas, General Paz, y lo acompañaban el Jefe de la primera brigada, General Bauzá, el Inspector General de Fortificaciones, General Iriarte, el Jefe de Estado Mayor, Coronel Correa y una lucida escolta. Estaban allí la Guardia Nacional, los regimientos de línea, las legiones de voluntarios.

Al mediar la tarde, apareció el Ministro de la Guerra Coronel Melchor Pacheco y Obes acompañado de otros miembros del gobierno, magistrados, legisladores, del Jefe de Policía de la Capital y de veteranos de las guerras continentales. Pasó revista al ejército, y luego se dirigió al altar de la Patria que había sido erigido al frente de la línea y donde se hallaban las banderas custodiadas por la guardia de honor.

El General Paz, con su Estado Mayor, se colocó frente a las autoridades y ordenó que el ejército rompiera la marcha. A medida que cada cuerpo llegaba al estrado, se detenía y su comandante, acompañado de una pequeña escolta se aproximaba, saludaba, y recibía de manos del Ministro Pacheco y Obes la bandera que le correspondía, de cuya asta pendía una corbata roja sin inscripción alguna, destinada a que, después de la guerra, se bordara en ella el nombre del

cuerpo y de los combates en que éste hubiese intervenido. Estas banderas deberían ser recogidas después de la paz y depositadas debajo de las bóvedas de la Iglesia Matriz, donde “se desplegarían en los días clásicos de la República”. El regimiento que perdiese su bandera sería disuelto.

El Ministro de la Guerra distribuyó teatralmente las banderas entre los jefes de los regimientos. Al Coronel Batlle, jefe del batallón N.º 1 de Guardias Nacionales, le dijo al entregarle el estandarte: “el depósito de los colores de la Nación hecho al primer batallón de Guardias Nacionales le impone el deber de alzarlos victoriosos el día de la pelea”. Al Coronel Labandera, jefe del 1.º de línea, le recordó aquel otro primero de línea sacrificado en Arroyo Grande y le encomendó la misión de vengarlo. Al omandante Orgán, jefe del cuerpo de libertos, le advirtió que sus soldados eran hombres de casta, emancipados. “Que ellos defiendan con valor de hombres libres, bajo esta bandera que amparará su libertad, la independencia de la República que la ha proclamado”. Para todos tuvo una frase inspirada; al Jefe de la Legión Argentina, Comandante Albariños, le dijo: “He aquí el pabellón, hijo de aquel vuestro con que juntos marchamos, de victoria en victoria, hasta la cúspide de la inmortalidad”.

Las últimas arengas de Pacheco y Obes se mezclaron con la voz de la tormenta que descargó sobre el concurso sin que éste se disolviera. La noche caía. Los relámpagos iluminaban las fajas blancas de las banderas y convertían en llameantes flámulas las rojas corbatas. El trueno se mezclaba a las aclamaciones de la multitud que eran seguidas de profundo recogimiento y silencio. Los cuerpos regresaron a sus cuarteles mientras el séquito oficial y el pueblo se volvían a la ciudad azotados por el viento y la lluvia que descargó copiosamente.

El General Paz dirigió al día siguiente una proclama al ejército. “Las banderas que os ha entregado el Gobierno de la República, decía, son un presente valioso para el guerrero; al hacerlo, os hablo en nombre de la humanidad y civilización, y no trepido en asegurar en el vuestro, que responderéis con la victoria”.

Ese mismo día se tocó generala al anunciar el vigía que fuerzas enemigas estaban a la vista. Nadie faltó a su puesto. La línea fué cubierta, de mar a mar, por los cuerpos, los cuales pernoctaron a cielo descubierto, el arma al brazo, las cañallerías ensilladas y encendidas las mechas de los cañones. Los viejos veteranos y los enfermos acudieron al Estado Mayor. Se vió allí al General Rondeau, el héroe de la batalla del Cerrito; al General Enrique Martínez, el segundo de San Martín en el Ejército de Los Andes; al General Martín Rodríguez y al General Juan José Viamonte, antiguos gobernadores de Buenos Aires; al General Nicolás de Vecija, el artillero de las invasiones inglesas y de los sitios de 1812 y 1814; al Coronel Isidro Suárez, el héroe de Junín, que abandonó el lecho en que yacía enfermo. El General don Juan Pablo López, gobernador de Santa Fe, que se hallaba postrado, se presentó con dos ayudantes, armado de espada y tercerola.

La madrugada del 16 de febrero anunció un día resplandeciente. El pampero había limpiado la atmósfera y el sol se levantó sobre el cielo intensamente azul. A las 9 se tocó nuevamente generala. La bandera nacional flameaba sobre el muro; los servidores de las piezas, con las mechas encendidas, se mantenían junto a los cañones en las explanadas; la guardia nacional, la tropa de línea y los voluntarios se hallaban en la banqueta con las armas listas; los caballos de los regimientos permanecían ensillados; la sanidad militar se hallaba preparada. Detrás de la línea se veían los pintorescos campamentos de carretas en que se habían refugiado las familias de la campaña que llegaron huyendo del invasor y que aún no habían hallado alojamiento, y más allá, la ciudad, cuyas azoteas y miradores aparecían coronados de mujeres y niños que miraban ansiosamente hacia el Cerrito y hacia la rada, donde la escuadra enemiga había desplegado sus barcos en línea de combate. “Puede afirmarse sin temor a exagerar, dice Díaz en sus memorias, que a excepción de las mujeres y los hombres postrados por enfermedades, nadie quedó bajo los techos de los edificios”.

Cuando se vió la cumbre del Cerrito de la Victoria ocupada por los primeros cañones enemigos apoyados por un

destacamento de infantes y de soldados de caballería rosista tocados con gorras de manga y ostentando rojas camisetas, y fué izada en aquella altura la bandera de la Confederación Argentina, y tronaron las bocas de fuego dirigidas hacia la ciudad, el Gobierno presidido por don Joaquín Suárez dirigió a los habitantes de la ciudad estas memorables palabras: “El ejército de Rosas está delante de esta Capital. El Gobierno cuenta con el patriotismo de sus habitantes: reposa en él y espera en la victoria. Desde este momento todos los ciudadanos y habitantes llamados al servicio militar deben estar en sus puestos y su puesto es el lugar donde está situado el cuerpo a que pertenecen”.

Otra noche de ansiedad cayó sobre los defensores de Montevideo y sobre las familias que esperaban el asalto. Cuando rayó el alba el Cerrito estaba libre de enemigos, pero el ejército sitiador se concentraba en los alrededores para tomar posiciones y preparar el ataque. El General Paz dispuso que una columna de caballería, al mando del Coronel Velazco, saliera a descubrir al enemigo. El escuadrón que mandaba el Coronel Marcelino Sosa escaló el Cerrito y llegó hasta el arroyo Casavalle, donde se produjo el primer choque con las fuerzas de caballería de la división del General Angel Pacheco. La carga de las lanzas de Montevideo dispersó la columna federal y le produjo numerosas bajas. Los lanceros de Sosa regresaron a la línea con los prisioneros que ostentaban la divisa roja en que se leía “Vivan los defensores de las leyes. Mueran los salvajes unitarios”. Fué ésta la primera sangre que corrió en el sitio de Montevideo y regó ella el mismo campo en que el General Rivera y el entonces Comandante Manuel Oribe habían chocado sus armas el año 1823.

\*  
\* \*

En estas dramáticas circunstancias se instaló la quinta Legislatura en la que figuraban los hombres más representativos del país. El 24 de febrero se reunió la Asamblea General presidida por el senador don Lorenzo Justiniano Pé-

rez y fué anunciada la presencia de los miembros del Poder Ejecutivo que, de acuerdo con el mandato constitucional, concurrían a abrir las sesiones del Parlamento. El Vicepresidente de la República en ejercicio del Poder Ejecutivo, don Joaquín Suárez, acompañado de sus ministros, don Santiago Vázquez, el Coronel don Melchor Pacheco y Obes y don Francisco Joaquín Muñoz, compareció ante la Asamblea. El ilustre patricio, en cuyo rostro enjuto y severo y en cuyo enérgico ceño se advertía también la ansiedad y la melancolía, con la voz velada por profunda emoción pronunció, ante el solemne silencio de la asamblea, estas históricas palabras: “La quinta Legislatura reunida entre el estrépito de las armas, entre la victoria o la muerte, es la prueba de respeto que tributamos a los principios constitucionales. El Ejecutivo, sumiso a sus preceptos, no conoce deber mayor que su cumplimiento. Os asegura que prestándole vosotros vuestro poderoso influjo, nada quedará por hacer para salvar la República”. En seguida anunció que el Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores daría lectura al Mensaje del Poder Ejecutivo.

El Presidente de la Asamblea contestó al Jefe del Estado para ofrecerle la cooperación del cuerpo y concluyó con estas palabras: “Quiera el Cielo que la victoria corone los esfuerzos del Pueblo Oriental”.

El Ministro don Santiago Vázquez, en cuyo pálido rostro se reflejaba la fatiga y los estragos del mal que lo minaba, subió a la tribuna y, con pausado acento, dió lectura al Mensaje: “Augusta es, y más solemne que nunca, vuestra reunión constitucional en los momentos actuales, comenzaba el memorable documento, ocupado el suelo de la Patria por un enemigo feroz que amenaza su independencia, que devasta sus campos y proclama como único derecho de guerra la asolación y el exterminio; convertida la Capital de la República en vasto campo militar, y contraídos los brazos y la inteligencia de todos a defender las libertades nacionales, las vidas y el honor de las familias, parece que nada fuera permitido pensar, sino en medidas de guerra y de defensa. Y sin embargo, vosotros representantes de la Nación, hacéis un pa-



réntesis a ocupaciones tan santas y robáis al Ejecutivo momentos breves a sus atenciones de guerra, para pagar un alto tributo de respeto al precepto constitucional, que manda reuniros anualmente en este recinto. ¿Qué prueba más luciente de nuestro acatamiento a la Constitución del Estado; de que ese código que nos honra y nos protege no es en la Patria Oriental un embuste con que se parapeta la tiranía, letras sin vida y sin efecto, sino un dogma que asegura las libertades nacionales, una realidad que pone límite al poder, aun en medio del estruendo de las armas y de circunstancias extremas? Esperemos que el ejemplo que damos instalando en estos momentos las Cámaras Legislativas, darán la fortaleza y consuelo a los orientales que aman el lustre de su Patria, será debidamente apreciado por los extraños que nos observan, como un elocuente contraste con la desbocada tiranía del enemigo que ataca la República y robustecerá las simpatías de los que desean nuestra prosperidad y la apoyan con su influencia y su poder”.

A continuación el Poder Ejecutivo hacía un breve resumen de la labor en los departamentos de Estado, deteniéndose especialmente en el que comprendía la dirección de la guerra. “La guerra, todo lo relativo a la guerra, consignaba, es lo que ahora ocupa la atención del Ejecutivo; lo que debe ocupar casi exclusivamente la vuestra, y sólo por debido homenaje a las formas constitucionales hemos podido demorarnos, vosotros y el Ejecutivo, en negocios distintos de la guerra”. Se refería en seguida al desastre de Arroyo Grande, “que puso en momentáneo conflicto la independencia nacional, pero en el cual no pereció el honor de los colores orientales”. Describía a continuación la invasión, y el desierto hecho en el territorio “por la habilidad e influencia del hombre a quien tantas veces debió la República su salvación.” “Ese hombre extraordinario, agregaba, ese varón fuerte, cuyo genio se eleva con nuevo vigor en medio de los reveses, el digno Presidente del Estado, había reunido con indecible actividad y tino a los bravos orientales fieles al juramento que hicieron a su patria, y el enemigo que marchaba engreído se halló de pronto frente a un ejército que no esperaba encontrar y que detuvo su marcha jactanciosa el

tiempo necesario para que se preparase la Capital a una defensa eficaz”. Hacía relación en seguida de la acción desplegada por las autoridades de Montevideo para poner la ciudad en pie de defensa, y al ejército de reserva creado por el genio militar del General Paz. Aludía a los cuerpos de guardia nacional y decía: “En ellos encontraréis capitalistas y propietarios, negociantes, ciudadanos, hombres de letras y de ciencias, artesanos y jornaleros, animados todos de un mismo espíritu de abnegación, de perseverancia y de patriotismo”. Se refería luego al ejército de campaña, que montaba ya a 6.000 hombres y a 2.000 diseminados en el país, y a los movimientos tácticos del General Rivera, todo lo cual inspiraba confianza en la victoria, sobre todo, agregaba, cuando esos soldados “los vemos dirigidos por el genio afortunado de quien hoy, como en otras veces, ha confiado la Patria su salud”. “Ese guerrero que después de haber regido con firmeza, con rectitud y con decoro el gobierno de la República, descenderá en cuatro días de su elevado puesto, porque así se lo manda la Constitución, de quien es el primer defensor; ese guerrero que dará por segunda vez un ejemplo de moderación y de respeto a las leyes que sus enemigos no imitan porque sólo aspiran a conservar un poder usurpador; el General Rivera al dejar de ser Presidente del Estado, conservará el cargo de General en Jefe del Ejército Nacional, porque lo desempeñará bien, porque ninguno posee como él la confianza del soldado, la esperanza del ciudadano, porque ninguno nos ofrece más segura garantía de la victoria”. El mensaje concluía con estas palabras de esperanza: “El camino en que estamos nos conduce a total y segura victoria; procuremos no desviarnos de él y no tardará el día en que el Ejecutivo venga entre vivas y estrépitos de alegría a anunciaros la salvación de la Patria, el triunfo augusto de su independencia”.

Terminada la lectura de este histórico documento, don Joaquín Suárez y sus ministros se retiraron de la Asamblea en medio de la emoción que aquélla había producido, y el Cuerpo Legislativo siguió deliberando mientras los cañones del ejército sitiador amenazan a la ciudad.

Cuatro días después, el 1.º de marzo de 1843, expiraba

el mandato constitucional del Presidente de la República don Fructuoso Rivera. No siendo posible, en razón del estado de guerra, proceder a la elección de su sucesor, el Presidente del Senado y Vicepresidente de la República, don Joaquín Suárez, asumió en definitiva el Poder Ejecutivo, confirmó a sus ministros y designó al General Rivera, ya despojado de su investidura de gobernante, General en Jefe de los Ejércitos de la República.

\*  
\* \*

La poderosa máquina de ocupación y subyugación militar montada por el General Rosas, que había comenzado con una completa victoria en la que sucumbió el poder militar de las provincias coaligadas, y especialmente el del General Rivera, parecía estar destinada a funcionar con inusitada rapidez, y lograr en breves semanas la total sumisión del territorio oriental, la toma de Montevideo y la restauración de la autoridad del Presidente *legal*, General Oribe. Mas el plan del General Rosas era otro. El 18 de febrero, esto es, dos días después de sentar sus reales el ejército federal frente a Montevideo y cuando el Cuartel General tomaba disposiciones para llevar el ataque a la ciudad con probabilidades de rápido éxito, el Gobernador de Buenos Aires, General Juan Manuel de Rosas, envió al General Oribe esta orden breve y conminatoria: “He resuelto que se evite toda efusión de sangre, para la posesión de la plaza, lo que tiene que suceder sin el más mínimo sacrificio”. Como era su costumbre, esta orden la deslizaba el Restaurador de las Leyes, en forma casi accidental, en el curso de una carta que parecía encaminada a felicitar al General Oribe por sus triunfos y a elogiar sus virtudes militares, y ella hallaba como pretexto, que el estado de desesperación en que se encontraban los defensores de la plaza podía dar lugar a que se armaran los extranjeros y originaran una resistencia “que tal vez cause alguna pérdida sensible en los valientes soldados de ese virtuoso ejército, y más sensible aun, en los momentos en que, después del triunfo, tocan la recompensa de sus fatigas”.

El General Oribe tuvo al recibir la carta, si es que ya no la había tenido antes, la terrible revelación de la perfidia de aquél a quien consideraba como amigo y aliado. En el momento en que iba a ver realizadas sus aspiraciones, una breve y terminante orden, deslizada entre hipócritas felicitaciones y elogios, lo detenía y paralizaba frente a los muros de Montevideo. ¿Qué se proponía el tirano de Buenos Aires que, con mentidas promesas, le había arrastrado a asumir el mando del ejército de la Confederación Argentina y hacer las terribles campañas contra los generales Lavalle y Lamadrid, y la del litoral, a invadir su país, a poner sitio a Montevideo y que, ahora, le prohibía expugnar la ciudad? El General Oribe, luego de devorar en la soledad su inquietud y su angustia, llamó al cuartel general a los dos hombres en quienes había depositado su confianza y a quienes había acordado la investidura de ministro: el doctor don Carlos Jerónimo Villademoros y el General don Antonio Díaz.

La escena fué breve, pero dramática.

—Señores ministros, les dijo, los he convocado para consultarlos sobre la situación militar y pedirles opinión acerca de las operaciones que debemos emprender contra la ciudad.

Los ministros replicaron que la situación del ejército era inmejorable, que el momento era propicio; que se debía llevar sin demora el ataque a la plaza; que todas las probabilidades eran de éxito, y que, en concepto de ambos, ese era el sentimiento predominante en el ejército sitiador.

El General Oribe extrajo entonces de su cartera la carta del General Rosas y la puso en manos de sus ministros. Estos la leyeron y permanecieron silenciosos presa de profunda emoción.

—General Díaz, dijo el General Oribe, proyecte usted la contestación y ponga en ella todas las razones que aconsejan no desperdiciar esta ocasión para apoderarnos de la plaza a cualquier precio y concluir la campaña. Sea usted elocuente y escriba también por su cuenta al General Rosas para apoyar esta solución.

—Excmo. Señor Presidente, interrumpió el doctor Villademoros, creo que la carta del General Rosas no es bastante

explícita como para impedir que el ejército ataque de inmediato la ciudad y se posesione de ella.

—Yo opino también así, Excmo. señor Presidente, dijo el General Díaz, pero conozco al General Rosas y doy a esa carta todo el alcance que tiene. Quizá en estos momentos los jefes argentinos han recibido ya instrucciones directas del Gobernador de Buenos Aires que frustrarían toda orden de ataque. Creo, pues, que es necesario convocar una junta de jefes superiores argentinos, que podrían ser el General Angel Pacheco y el Coronel Gerónimo Costa, y consultarlos sobre el ataque inmediato a la ciudad.

La proposición del General Díaz fué aceptada y se acordó celebrar la conferencia con los jefes argentinos, esa misma noche, en la Capilla de la Mauricia.

El doctor Villademoros y el General Díaz fueron los primeros en llegar. Instantes después se apeaban en la puerta de la Capilla el General Pacheco y el Coronel Costa. Se saludaron ceremoniosamente y se sentaron alrededor de una mesa donde ardían dos velones. La melancólica luz iluminaba la escena y hacía brillar el oro de las casaquillas bordadas de los veteranos, entre las cuales ponía una austera nota el frac negro del doctor Villademoros.

El General Oribe apareció en seguida, como surgido de la oscuridad, en la puerta del fondo que daba a la sacristía. Vestía de uniforme, estaba intensamente pálido y tenía el aire fatigado y marchito. Solamente en los ojos hundidos e insomnes brillaba la ardiente llama de su voluntad indomable.

Todos los visitantes se pusieron de pie; los jefes argentinos se cuadraron militarmente. El Presidente *legal* avanzó con lentitud.

—Sean bienvenidos, caballeros, dijo con pausado acento. Estrechó la mano de todos, ocupó la cabecera de la mesa e invitó al concurso a sentarse.

—He reunido a ustedes, señores, agregó en seguida, para que abran opinión sobre el ataque a la plaza.

Los jefes argentinos, al escuchar estas palabras, no pudieron evitar que sus miradas se encontraran en signo de inteligencia y que ello fuera advertido por el General Oribe y sus ministros.

Luego de un embarazoso silencio, el General Pacheco, con acento bronco, pero turbado por la emoción, dijo:

—Excmo. señor Presidente, la gravedad del caso parece requerir la convocación de un consejo de guerra compuesto por los principales jefes del ejército, que es la práctica que se sigue en estas ocasiones; pero como además en esta operación van a jugar su suerte los intereses y las tropas de la República Argentina, creo, y estoy seguro que el Excmo. señor Presidente compartirá este pensamiento, que en este caso se debe consultar la opinión del ilustre Restaurador de las Leyes.

Se hizo un nuevo silencio que fué interrumpido por el General Díaz, quien replicó:

—Si el Excmo. señor Presidente me permite diré que la suerte de esos *intereses argentinos*, como el General Pacheco los clasifica, se han venido jugando hasta la batalla de Arroyo Grande sin que el General en Jefe del Ejército, para proceder militarmente como tal, haya sentido la necesidad de apoyarse en la opinión inmediata, muy respetable y valiosa, del ilustre General Rosas, quien, por otra parte, ha dejado al Excmo. señor Presidente la completa dirección de las operaciones de la guerra; pero si el General Pacheco mantiene su opinión y así lo dispone el Excmo. señor Presidente, se escribirá sin pérdida de tiempo al General Rosas.

El silencio de todos fué el asentimiento a estas palabras. El General Oribe dió fin a la conferencia poniéndose de pie, lo que imitaron los demás.

—Caballeros, les agradezco la visita y que tengan ustedes buenas noches.

Estrechó la mano a los militares argentinos y éstos abandonaron la sala. Mientras se escuchaba el trote de los caballos que se alejaban en medio del silencio de la noche, el General Oribe, sin pronunciar una palabra, saludó a sus ministros y desapareció en las sombras por la puerta de la sacristía que daba sobre el patio, donde esperaba el coche que le había conducido hasta allí rodeado por la escolta que lo custodiaba.

La consulta al General Rosas, en forma de carta firmada por el General Oribe, partió al día siguiente para Buenos

Aires. El pérfido tirano contestó con un lacónico billete, en el que se limitaba a acusar recibo de la carta y en el que anunciaba con aviesa ironía el envío de varios números de “La Gaceta Mercantil” que nada especial contenían.

Aquel billete escrito todo él con la pulera y nítida letra del Restaurador de las Leyes, en que parecía reflejarse la sardónica y helada sonrisa del señor de Palermo, tuvo el infernal poder de mantener durante nueve años, inmóvil ante los muros de su ciudad natal, a aquel hombre taciturno que tenía doce mil soldados victoriosos bajo sus órdenes, que acababa de poner cerco a Montevideo y asestar sobre la plaza sus cañones mientras los barcos del Almirante Brown cerraban el bloqueo, pero que se veía impotente para emprender el asalto, ni operación seria alguna contra la ciudad sitiada, cuyo más eficaz defensor, por singular ironía de la historia, fué, en aquellos días, el General don Juan Manuel de Rosas.

## CAPITULO II

### LOS PROTAGONISTAS

LA Guerra Grande no comprende solamente el sitio de Montevideo. Tiene sus causas y su origen en el proceso de la independencia, como ya lo hemos explicado en el capítulo anterior; tuvo su comienzo real el año 1836 con el pronunciamiento del General Rivera contra el Presidente de la República General Oribe y terminó recién el 3 de febrero de 1852 con la destrucción del poder del General Rosas en el campo de batalla de Caseros. En este largo proceso se jugó la independencia y soberanía de la República atacadas por el plan de absorción del Gobernador de Buenos Aires General Rosas, como había sido veinte años antes atacada la autonomía de la Provincia Oriental por el gobierno central de la capital del antiguo virreynato. Como en aquella época, se luchó también entonces por los principios de libertad, democracia y dignidad humana, desconocidos esta vez por la tiranía.

Todo eso fué, acaso, al principio, confuso e instintivo, co-

mo también lo había sido en la época de Artigas; pero luego se definió con precisión, y casi en forma pragmática, como también ocurrió en la época heroica, sin que esto sea desconocer que no faltaron en el caso errores y claudicaciones, que tanto fueron consecuencia de la falibilidad de los hombres como de las circunstancias en que éstos se agitaron.

El plan de absorber la independencia de la República lo concibió el General Rosas desde los primeros días de su ascensión al gobierno de Buenos Aires, hecho este que coincidió con la constitución del Uruguay en nación soberana. El General Rivera, primer Presidente constitucional de la República, vió combatido su gobierno por constantes revoluciones, algunas de las cuales se incubaron en Buenos Aires y contaron con el apoyo ostensible del gobierno argentino, que facilitó armas, soldados, y hasta jefes militares. En 1833 el General Rondeau, designado encargado de negocios de la República ante el gobierno de Buenos Aires, no fué admitido por éste en tal carácter. “Explicaré, decía el agente diplomático, en nota fechada el 4 de enero dirigida a su gobierno, el misterio que encierra la política de que he hecho mención, según me han comunicado bajo la mayor reserva. Ella consiste en la reincorporación de esa República a la Argentina, llegado que sea el período del Tratado definitivo, valiéndose de cuantos medios sean conducentes a su consecución, siendo uno de los principales contar, como se cuenta, con disidentes aquí y en ese Estado; más, con la masa de personas que puedan alucinar atribuyendo miras siniestras a esa Administración.”

A este plan obedecieron también los incidentes de orden diplomático promovidos a la cancillería de Montevideo desde los primeros días de la instalación de la Presidencia del General Rivera por el gobierno de Buenos Aires, relacionados con la jurisdicción, policía y balizamiento de las aguas del río Uruguay, refugio de revolucionarios emigrados, denuncias de fabulosos planes de monarquización de estos países, en los que se insinuaba la complicidad de los amigos y consejeros de aquel General y, por fin, la acción solapada y páfida del agente confidencial del General Rosas en Montevideo, Coronel Juan Correa Morales, que mantuvo un servicio de espio-



naje y contralor de las actividades del gobierno oriental, estimuló y apoyó las conspiraciones lavallejistas y, ya elegido Presidente de la República el General Oribe, contribuyó a alejarlo de la amistad del General Rivera y atraerlo a la política del General Rosas.

La actividad diplomática del Coronel Correa Morales logró vencer la resistencia que, en un principio, opusieron el General Oribe y su Ministro de Relaciones Exteriores Dr. D. Francisco Llambí a los requerimientos del agente argentino para que el Gobierno dictara enérgicas medidas contra los emigrados unitarios y sus naturales aliados los amigos del General Rivera. Ante la insistencia del diplomático argentino contestaba el General Oribe el 25 de julio de 1835, esto es, cuatro meses después de haber asumido el poder, estas palabras que revelan cual era ya la posición espiritual del Presidente oriental frente al General Rosas: “ansío más de lo que a Vd. le parece por entrar con el Señor Gobernador Rosas en la más estrecha amistad tanto por que Vd. sabe que soy Federal de corazón, cuanto porque creo que es el único capaz de arreglar este país en el estado que hoy está”.

Fruto de esta actividad subterránea fué la formación de las listas de “clasificación” política de los ciudadanos de mayor significación de Montevideo, que el agente argentino remitía al Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires Dr. D. Felipe Arana, el que a su vez las enviaba al General Rosas cuya rúbrica aparece estampada en ellas. Lo fueron también el decreto de abolición de la Comandancia General de Campaña que desempeñaba el General Rivera, medida que tuvo por objeto quebrantar la influencia política y militar del antecesor del General Oribe en el gobierno y lograr su alejamiento de toda función pública, la vigilancia, persecución, encarcelamiento y destierro de que se hizo víctima a los ciudadanos sindicados como unitarios o amigos del General Rivera, los ataques a la libertad de imprenta, la clausura de diarios y las medidas extremas que precipitaron la revolución riverista de 1836.

El ilustre Ministro de Hacienda del General Oribe Don Juan María Pérez, cuya política de resistencia a la intervención de la influencia del General Rosas en los asuntos inter-

nos del país fué vencida por la pertinacia del Ministro de Relaciones Exteriores Dr. D. Francisco Llambí y la actitud al principio pasiva y luego decidida del Presidente General Oribe y su canciller, dejó en la correspondencia que mantuvo con el agente del Gobierno en Europa Don Juan Francisco Giró, referencias y juicios que arrojan luz sobre aquellos sucesos. Al referirse, en marzo de 1836, a las diferencias entre el Gobierno del General Oribe y el General Rivera, y juzgar la serena actitud de éste después de la supresión del cargo de Comandante General de Campaña que desempeñaba, atribuía aquéllas a “imprudencia de ambas partes”, y al juzgar la actitud del General Rivera estampaba estas significativas palabras: “Nada temo de Rivera y todo lo temo de Rosas, pero, por desgracia, pocos hay de mi opinión; tú que estás enterado de las circunstancias de ambos países y sus gobiernos, puedes juzgar si me engaño”. Un mes después, le decía que, por el momento, nada había que temer respecto a alteración del orden público, y agregaba estas palabras, definitivas para juzgar los sucesos, pues proceden de un Ministro del General Oribe: “si algún temor hay, aunque remoto, es por parte del Gobernador Rosas, quien ya por celos de nuestros progresos, y muy particularmente porque nuestra marcha franca y liberal hace conocer a los pueblos que gimen bajo su despotismo lo odioso de lo que de él se ha detallado, tiene un empeño en destruirnos, o uncirnos también a su carro, si posible le fuera”. Tres meses después, cuando la influencia del General Rosas era ya poderosa en Montevideo, pues el General Oribe buscaba abiertamente su alianza para combatir al General Rivera que se había levantado en armas, se confiaba a su amigo con estas palabras: “Bastante disgustado estoy con la calma y apatía a que otros llaman magestad del Ministro Llambí; y si me conservo y aun conservaré en este puesto, es porque si mi amor propio no me engaña, creo que soy necesario y que el país tiene derecho a exigir de mí este sacrificio, que te juro no es pequeño”.

La posición del General Oribe quedó definida una vez producido el levantamiento del General Rivera. El Presidente oriental promovió la organización del partido que adoptó esta denominación significativa: “Defensores de las leyes” y

dietó el decreto de 10 de agosto de 1836 que dispuso el uso obligatorio de la divisa blanca en el sombrero o un distintivo en el vestido con el mismo lema “Defensores de las leyes”, nombre que adoptó, aunque en singular, el diario oficial. Interesante es consignar que los oficiales y soldados de la división que en 1838 organizó el General Lavalleja, y que luego se incorporó al ejército nacional que combatía al General Rivera, llevaban en el pecho la leyenda rosista roja “Federación o Muerte” y los retratos de los Generales Rosas y Echagüe.

El General Oribe abrazó, acaso sin sospechar hasta donde lo llevaría su actitud, la causa del General Rosas, como aceptó su sistema años después, cuando, vencido por el General Rivera, se embarcó para Buenos Aires y, a título de reivindicar sus derechos a la “presidencia legal”, se alió al Gobernador de Buenos Aires y ejerció el comando de los ejércitos de la Confederación Argentina. Hasta las ideas políticas del General Rosas se infiltraron en su espíritu, como se desprende de los conceptos contenidos en la carta que, mientras dirigía la campaña de las provincias argentinas, dirigió a Don Antonio Díaz, desde la ciudad de Córdoba, con motivo del plan de ataque a la plaza de Montevideo que debía verificarse en aquellos días con soldados del General Rosas y personas que habitaban en la ciudad amenazada. En esa carta aprobaba el plan de ataque y la designación de Don Carlos Anaya para que asumiera el gobierno una vez lograda la toma de la ciudad, “bien entendido, decía, que tal transferencia no importará sino la instalación de un gobierno puramente militar y de ningún modo la de la asamblea, ni otros derechos del pueblo que, aunque consignados en nuestra Constitución y muy respetados por mí, no es hoy tiempo de hacer valer, como que su uso, nos podría ser muy perjudicial”. “Desde luego, agregaba, entrarían los recursos de los particulares al Cuerpo Legislativo, por cualquiera medida que el gobierno quisiese tomar con alguno de ellos o por quitame allá esas pajas, como se dice vulgarmente, el Cuerpo Legislativo y sobre todo, los díscolos que en él conocemos, levantarían a cada momento el grito sobre las garantías individuales, sobre el respeto a las propiedades, sobre libertad de imprenta, etc.,

que ni bastarían a acallar, como nunca han bastado las facultades extraordinarias que, en nuestro país se conceden al Poder Ejecutivo: en fin, al poco tiempo, todo sería desorden, confusión y padrinazgo, porque cuantos son los diputados y otras tantas autoridades habían de querer ser, que no se contendrían por más energía que desplegase el gobierno, a no ser que precediese contra ellos mismos, lo que traería inconvenientes de otra clase. Agréguese a ésto, que no pudiendo por la distancia consultárseme una porción de medidas y creyéndose (y con razón en los casos ordinarios) soberano el Cuerpo Legislativo, dictaría muchas, que mañana al pisar yo el territorio, por el Uruguay u otra parte, chocarían con las que yo creyese oportuno adoptar, para salvar la patria, que es la primera de las necesidades. Todo esto, amigo, lo hemos sentido y palpado, y es preciso precaverse contra ello”. Y concluía con esta consigna: “Nada: por ahora gobierno militar, palo a los pícaros y cuando estemos libres de ellos, entonces seremos los primeros en acatar la ley, respetarla y hacerla respetar”.

\*  
\* \*

Hemos dicho que el proceso de la Guerra Grande tuvo su comienzo real en el año 1836 y terminó recién el año 1852 en el campo de batalla de Caseros. Fueron diez y seis años de tremenda lucha que se sucedieron apenas se había cerrado el ciclo de las guerras de la independencia. De ellos, nueve corresponden al sitio de Montevideo, y son sin duda, los más dramáticos de la historia del Ríc de la Plata, sea por el carácter de los acontecimientos que los llenan, sea por la calidad y la variedad de los personajes que en ellos intervinieron.

La Guerra Grande desbordó el escenario del Río de la Plata y llenó con la voz de sus protagonistas, con el clamor de sus épicas batallas y el estruendo de sus cañones los ámbitos del mundo civilizado. Montevideo conquistó en aquella época la atención de las naciones con su nombre exótico, con su historia pintoresca, con su bandera de libertad, con sus hazañas heroicas

con sus gestos romáticos, con sus sobrehumanos sacrificios, con sus hombres ilustres, con su memorable sitio, que sólo halló parangón con el clásico sitio de Troya. Buenos Aires conquistó también la atención del mundo; pero la conquistó más que por la acción de sus victorias y de su diplomacia, por la curiosidad que despertó el hombre singular que ejercía allí la suma del poder público, por su carácter digno de la galería de los Césares, por las siniestras resonancias de los actos que se le atribuían.

Montevideo, en aquella época, fué la pesadilla de Francia e Inglaterra. Sus más ilustres hombres de Estado perdieron el sueño pensando en esta ciudad; sus más poderosas flotas, sus mejores almirantes, sus más eminentes diplomáticos fueron enviados a ella; sus más elocuentes oradores hicieron oír su voz en los parlamentos para defenderla o atacarla; por ella disputaron partidos y cayeron gabinetes. Thiers, en el Parlamento de Francia, y Roberto Peel, en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, para no citar más que dos de los más ilustres representantes de la elocuencia política europea, hablaron extensamente de Montevideo y de sus hombres, y reconocieron la importancia que los sucesos del Plata tenían para las naciones del viejo mundo. La prensa de ambos países debatió largamente el problema de la Defensa de Montevideo; los círculos literarios hallaron en los episodios del sitio tema de inspiración y hasta en la Corte de Assises de París se vió a los primeros periodistas de Francia emplazados por el representante del gobierno oriental, retractarse de sus juicios contrarios a Montevideo y a sus hombres y se oyeron palabras memorables para ensalzar a uno y a otros.

Los gobiernos de América sintieron también esta inquietud, sin excluir los Estados Unidos. El Emperador del Brasil y los más preclaros diplomáticos, almirantes y generales del Imperio participaron del largo drama y, a ratos fueron protagonistas de él.

¿Qué diablo de país era este que no dejaba dormir tranquilos ni a los reyes ni a los jefes de gobierno ni a los políticos ni a los diplomáticos ni a los almirantes ni a los periodistas ni a las cortes de assises? ¿Qué eran, qué significaban, qué querían estos hombres que lo mismo libraban batallas en los desier-

tos campos de América como discurrían por las cámaras de las Tullerías o de Saint James y se batían de viva voz con personajes como Guizot, como Thiers, como Lord Aberdeen, como Lord Palmerston; que lo mismo se sentaban a la mesa de los príncipes y de los grandes como vivían de la ración del soldado, sin luz, sin fuego, casi sin alimentos; que creaban ejércitos y escuadras de la nada; que en medio de la guerra y de la miseria emancipaban a los esclavos, coronaban a los poetas, fundaban institutos y universidades; que sólo abandonaban las trincheras y los campos de batalla para acudir a los consejos de gobierno a refrendar decretos memorables, a los hospitales de sangre a cuidar a los heridos y enterrar a los muertos, a las redacciones de los diarios a escribir lo mismo artículos de combate que poemas y páginas de crítica literaria empapados unos y otras de sentimiento romántico; que vivían por la libertad, que soñaban con la libertad, que morían por la libertad? Eso eran éstos hombres, con todas sus imperfecciones, con todas sus caídas, con todos sus errores: románticos de la libertad, enemigos implacables del tirano Don Juan Manuel que, desde la otra orilla del Plata esperaba impasible que la ciudad asediada se desangrara, que el país, arrasado por la larga guerra, sucumbiera para unirlo, provincia rebelde y vencida, a la Confederación, que apenas respiraba bajo el régimen del terror. Estos hombres defendían, pues, por sobre toda flaqueza humana, la independencia, la soberanía de la patria, el régimen republicano democrático, la dignidad del hombre ultrajada por la tiranía, la libertad en fin.

No quiere esto decir que entre los hombres que militaban en las filas del ejército sitiador y en la actividad civil que se desarrolló en el Cerrito no hubiese también eminentes patriotas adornados por altas virtudes cívicas. Los había, y acaso eran legión, pero la confusión que era producto de los sucesos, de las pasiones en pugna y del ambiente creado por la lucha y por el régimen de terror impuesto por la tiranía del General Rosas dió origen a la formación de criterios políticos que justificaban la posición de los sitiadores y acordaban a éstos el carácter de verdaderos representantes del sentimiento nacional.

Entre esta muchedumbre de hombres hay varias figuras que llenaron el escenario en que se representó el extraordinario drama. Dos de ellas lo desbordan también: el General Don Juan Manuel de Rosas, Gobernador de Buenos Aires, titulado Restaurador de las Leyes, que después de ejercer durante veinte años la más terrible dictadura que recuerda la historia de América, vivió veinticinco en el destierro y en él murió, execrado por sus contemporáneos; y el General Don Fructuoso Rivera, Presidente Constitucional de la República Oriental del Uruguay, General en Jefe del Ejército de la liga del litoral y Director de la guerra primero, luego General en Jefe de los ejércitos de la República, y, por fin, héroe proscrito, melancólica sombra arrojada al destierro y al olvido, acaso para que se cumpliera también en él el destino de Artigas, cuya tradición había recibido y por la cual había luchado hasta el fin.

¿Qué decir de Don Juan Manuel? Singular problema. Rosas es una curiosísima figura que parece desprendida del teatro de Shakespeare. Ramos Mejía dijo que es el tipo más original de la historia de América; no obstante sus aberraciones, no se puede menos que sentir ante él un complejo movimiento de profundo interés. El mismo Ramos Mejía justifica este movimiento cuando agrega que el león, aunque devora y mata, no es por eso menos grande para la admiración del artista.

De castiza e hidalga cepa montañesa, de pura raza caucásica, blanco de tez, de ojos azules y rubia cabellera, hijo de familia patricia y opulenta, hasta cierta altura de su vida, salvo violencias y excentricidades del carácter que la anécdota ha estilizado, se mantuvo dentro de una mediocridad pintoresca y viril; pero nada más. Hombre de campo, gaucho él mismo, caudillo de los "colorados" de la Guardia del Monte, hombres semi-bárbaros a quienes disciplinó y fanatizó en sus "estancias" del sud de la provincia de Buenos Aires, el mando de esta horda reveló su carácter y su destino. No participó de las guerras de la independencia, pero logra ésta y producida la anarquía, al frente de sus colorados marchó sobre Buenos Aires y se apoderó de la ciudad con



el aplomo y la seguridad de un condotiero que conquista nuevos reinos.

Restablecido el orden, aun cuando pudo quedarse en la ciudad conquistada, comprendió que su autoridad no estaba madura, que su hora no había sonado todavía; y se volvió a su guarida del sur, a fortalecer su poder en la lucha contra los indios y a esperar pacientemente que la ciudad lo llamara de nuevo, pues se sentía predestinado y tenía la intuición del porvenir. La ciudad lo llamó; y esta vez para ungirlo gobernador y entregarle las sumas del poder público no obstante sus teatrales renunciaciones y la exigencia que hizo, por fin, de que el pueblo plebiscitara los poderes discrecionales que se le entregaban. El plebiscito fué casi unánime y apareció entonces en toda su fuerza y apogeo el hombre que había sido reclamado por Buenos Aires.

Fuó en aquella hora decisiva para la historia del Río de la Plata cuando se abrieron las llaves que guardaban los misterios de su recóndita psicología. El caudillo de los "colorados" del sud se transformó en un tirano frío, astuto, cruel y sanguinario, con caídas al histrionismo y paréntesis de héroe. Se sintió César, y si le faltó la grandeza antigua, el *decorum* romano, la línea clásica, le sobró, en cambio, la originalidad del carácter. No echó sobre sus hombros el manto de púrpura imperial, pero vistió su antiguo chiripá gaucho, su chaleco rojo, su casaca militar, su poncho de vieuña; no ceñó la corona, pero colocó sobre su frente la bárbara divisa: "¡Viva la federación. Mueran los salvajes unitarios!"

Se hizo adorar exteriormente como un rey asiático y sin embargo mantuvo en su persona y en su medio doméstico una frugalidad digna de un puritano; holló todas las jerarquías, todos los sentimientos y todos los vínculos, pero, mantuvo intacto el culto de amor a su hija; fué un verdugo implacable, la vida humana nada representó para él y, sin embargo, respetó la de su más implacable enemigo: el General Paz. Mandó matar, no obstante, a su íntimo amigo el Dr. Maza, Presidente de la Sala de Representantes en su propio despacho al mismo tiempo que sacrificaba implacable-



mente a su hijo en un cuartel de Buenos Aires. Las sombras de Barranca Yaco, de Acha, de Castelli, de Cramer, de Avellaneda, de Varela no turbaron su sueño.

En medio de sus aberraciones tuvo rasgos de consecuencia y de hidalguía que obligan a pensar en su linaje montañés; fué dueño de vidas y haciendas, dispuso de la fortuna pública y privada y, sin embargo, administró parcamente los dineros públicos, dentro de un sistema primitivo e imperfecto, pero nada guardó para sí.

¡Extraño carácter y fabuloso personaje! Acaso, con todas sus aberraciones, fué, en cierto sentido, para la sociedad argentina, un mal necesario, merced al cual se detuvo la fatal disolución hacia la cual aquélla se despeñaba. El tirano, que era la negación de la libertad, del derecho y de la justicia fué, sin embargo, quien dominó con mano fuerte la terrible tempestad anárquica que sucedió a las guerras de la independencia y quien preparó inconscientemente los elementos constructivos de la nación argentina. ¿Hubo en su acción un plan integral? ¿Rosas es solamente un instinto o es también una inteligencia y una dirección inspirada? Es difícil responder a todas estas preguntas que llenan de perplexidad; pero puede afirmarse que fué él quien puso orden, — ¡terrible orden! — en la ciudad conmovida y revuelta por la demagogia salida de las juntas, de los triunviratos y de los directorios, y contra la que fueron impotentes los primeros ensayos constitucionales. Dominada la ciudad, tendió su mirada de águila sobre las provincias convulsionadas y con mano fuerte las sometió al pacto federal de 1831.

Con ser la falaz federación un simple instrumento de bárbaro despotismo echó con él las bases de la unidad nacional que no pudo hallar Rivadavia dentro de su régimen constitucional científico. Cimentó sañudamente el principio de autoridad, dentro y fuera de Buenos Aires, y creó una fuerza de gobierno bárbara y violenta que dominó y disciplinó las indómitas rebeldías de aquella sociedad desquiciada. A la vez, aceleró el proceso social de la Revolución. La ciudad, que recién salía del régimen colonial, evolucionaba lentamente bajo la influencia de los próceres y de los señores urba-

nos, herederos directos del espíritu de los convictorios y universidades y de la burocracia del Virreynato, y a quienes, por educación, por instinto social y hasta por interés de clase repugnaba el contacto con las masas populares y campesinas. Rosas reconcilió a la ciudad con el campo, conquistó aquélla para éste, y dentro de la ciudad creó, a la manera de Luis XI, una democracia *sui generis*, compuesta de gauchos, soldados, compadritos, negros libertos, pulperos, gente toda de baja estofa, que se sintió redimida y dignificada. La influencia de la plebe, ejercida en todas las esferas, generalmente sin control, destruyó los últimos resabios coloniales.

El tirano, a la vez que decapitó al enemigo sin piedad y sin cuartel, creó en sus parciales y aliados un vivo sentimiento nacional, agresivo e implacable contra el extranjero. De este estado social surgió la resistencia a las intervenciones europeas, el odio a las monarquías y la acusación histórica de que Montevideo y los unitarios conspiraban contra la independencia de América.

Tal fué la obra social elaborada en medio de la terrible borrasca de sangre que desató el tirano, y a través de la cual lo vemos moverse, a un siglo de distancia, como un personaje de la tragedia antigua. Nada son sus planes de dominio y absorción y su concepto del gobierno personal frente a los procedimientos que empleó para realizar su obra. Organizó y azuzó a la plebe contra sus enemigos o simplemente sus adversarios. Creó una nomenclatura y una técnica y las esgrimió como arma mortal. Mientras él era “el Héroe del Desierto”, el “Ilustre Restaurador de las Leyes”, “el Defensor de la Independencia Americana”, y sus satélites, los “restauradores”, y todos sostenían la “Santa Federación”, el indiferente fué para él, “lomo negro”; el enemigo, sin Dios y sin ley, el “salvaje unitario”, “guarda chanchos del rey de los franceses”, y su cabeza visible el “inmundo y loco pardejón Rivera”. Los sicarios fueron sus instrumentos, bien en forma individual, bien colectiva, para lo cual creó la “Sociedad Popular Restauradora”, la “Mazorca”, verdadero cuerpo de asalto que con puñal, verga y trabuco

violaba el sagrado del hogar y azotaba, mancillaba y degollaba sin piedad. La técnica era simple y pérfida. El tirano se limitaba a indicar despreocupadamente la víctima con vagas palabras: "Fulano es salvaje unitario. Habría que hacer un escarmiento". Esto equivalía a una sentencia de muerte. A veces intercalaba en sus cartas pérfidas y solapadas alusiones que también lo eran y otras utilizaba a personas de su familia para transmitir la bárbara consigna.

Esta técnica tuvo otro elemento esencial: el terror, el silencioso e impalpable terror que lograba con sus procedimientos infiltrarse en todos los espíritus, aún en los más fuertes, y con el que dominaba todas las conciencias. Fué mediante este terrible agente que obtuvo aquella admirable disciplina federal con que logró que hombres de elevada cultura y de nobles sentimientos usaran en el lenguaje diario y en las comunicaciones, no ya oficiales, sino también en las epístolas privadas, los conocidos dictados con que la literatura rosista calificó a los unitarios; fué mediante este agente que se produjeron las grotescas procesiones cívicas parroquiales en que tomaban parte las damas, y casos como aquel en que, porque a un vecino se le ocurrió un día pintar de rojo el frente de su casa, símbolo de fervor federal, al día siguiente todas las casas del barrio amanecieron pintadas del mismo color.

A ese sentimiento de impalpable terror aludía D. Manuel Errazquin en carta fechada en Buenos Aires el 9 de octubre de 1842, dos meses antes de la batalla de Arroyo Grande, cuando refiriéndose a la invasión del General Oribe, decía: "Tened presente este consejo, *no os opongáis a nada por malo que sea, no censuréis nada ni os empeñéis por nadie*, porque sino estaréis perdidos; la menor contradicción puede conducirnos a un precipicio; gritad, si todos gritan y seguid la corriente: acordáos de la fábula del roble y la caña o el rosal."

Ese sentimiento venía de arriba; lo imponía el fusilamiento, el degüello, el asalto al sagrado del hogar, la permanente amenaza, la terrible sombra proyectada por aquel hombre pálido, de ojos claros y felinos, de nariz aquilina, de proterva belleza que convirtió la ciudad de Buenos Aires en una

ciudad muerta en donde al decir, de Florencio Varela, “empezaba a crecer la hierba en las calles desiertas por el terror”.

He ahí el hombre con quien tenía que vérselas Montevideo.

\*

\* \*

Frente a él estaba el General Don Fructuoso Rivera. Fué éste el caudillo más generoso y magnánimo de la Revolución. También de raza caucásica, también de estirpe hidalga y patricia, también de familia acaudalada, también formado a caballo en las faenas del campo y en contacto con los gauchos, gaucho él mismo y tanto como pudo serlo Rosas; pero también gran señor capaz de departir con diplomáticos y hombres de Estado y atraerlos a su causa. Discípulo y capitán preferido de Artigas, su delegado, su heredero; héroe de las dos independencias y, sobre todo, de aquella tercera que debió agregar las Misiones Orientales al territorio nacional; Quijote del ideal artiguista que soñó hacer del Estado Oriental, de la Mesopotamia argentina y del sur de Río Grande una federación poderosa y fuerte y, con ella, el centro del espíritu democrático y de la tradición republicana en esta zona del Continente, donde florecerían la libertad, la paz, el derecho, la justicia, aparece el héroe en el marco de la historia, limpias las manos de sangre, lleno el corazón de piedad para el vencido y de respeto para el enemigo. Mientras Rosas y sus secuaces levantaban pirámides de cabezas humanas él cuidaba generosamente de heridos y prisioneros, los alojaba en su propia tienda y los defendía de los excesos que provocaba el furor del combate. Si Don Juan Manuel fanatizó a los “colorados de la Guardia del Monte” y ejerció terrible imperio sobre sus súbditos, Don Fructuoso fanatizó a sus soldados, al pueblo campesino, a los vecinos de las ciudades, a los hombres de superior cultura y a los humildes hijos del pueblo. Y sin embargo, éste no ostentó mentirosos títulos. Este no fué “Ilustre Restaurador de las Leyes”, ni “Héroe del Desierto”, ni “Defensor de la Inde-

pendencia Americana"; cuando pretendieron darle un título nobiliario se rió de él; cuando la Asamblea de los Notables proyectó hacerlo Gran Mariscal de la República y le quiso revestir con chirimbolos dignos de un monarca, y le mandó erigir un monumento de oro y plata, sonrió socarronamente y recordó a su esposa que carecía de medias y pañuelos y que sus botas estaban agujereadas. Este no simuló hipócritas renunciias, pero las dos veces que venció su mandato constitucional de Presidente de la República rechazó severamente las insinuaciones de permanecer en el poder y resignó respetuosamente el mandato; éste no atropelló derechos, ni presidió situaciones de terror, ni creó la Santa Federación ni la Sociedad Popular Restauradora, pero dió asilo a los proscriptos de la tiranía, les abrió su corazón y su bolsa y defendió sin desmayo la vida y el honor de propios y extraños, la independencia de la patria y las libertades públicas del Río de la Plata.

No pudo haber mayor obstáculo que este hombre para el cumplimiento de los propósitos del General Rosas. A la aviesa política de éste opuso aquél la del pecho descubierto y las manos tendidas, y cuando trató de defenderse contra la agresión, a la violencia y al crimen opuso la lealtad del soldado, el heroísmo del patriota, el sagrado respeto a la vida, al honor y a la hacienda del propio y del extraño. ¿Cuándo estuvo más segura la dignidad humana que bajo la protección de este hombre?

A las hecatombes de prisioneros inermes, que fué la escuela militar de Rosas y sus secuaces, contestó con rasgos magnánimos y sin ejemplo. Los prisioneros fueron siempre para él cosa sagrada; a los que tomó en la batalla de Cagancha los envió a Montevideo sin escolta, confiados a la palabra de honor del oficial enemigo de mayor graduación que los condujo hasta su destino. Su tienda de guerra estuvo siempre abierta al infortunio del adversario vencido. Respetó la dignidad humana y agregó al gesto de perdón el gesto de caridad. Respetó la libertad de pensamiento y no le preocuparon los juicios adversos ni los ataques injustos. Jamás usó de su autoridad para vengar agravios ni ejercer represalias. Nun-

ca se tiñeron de sangre sus manos y acaso por ello libró todas las batallas sin otra insignia de mando que su latiguillo de montar.

Este sí que preparó con inspirada y clara visión del futuro los elementos constructivos de la nación Oriental. En éste sí que hubo conciencia, y plan integral, y dirección de vi- dente. Cuando las circunstancias y la ley histórica rompieron la tradición federal e impusieron la independencia a la antigua provincia artiguista y su constitución unitaria, sin abjurar del viejo sueño, abandonó las Misiones que había conquistado, regresó a la patria y se consagró a la organización del Estado, extraño a ambiciones sobre las demás provincias, celoso del principio democrático republicano y de la soberanía solamente nacional. Si luego reconstituyó la liga federal por la vía de la alianza fué debido a las agresiones del general Rosas contra la soberanía de la República y la libertad de las provincias hermanas. Apareció entonces como el heredero de Artigas al frente de las provincias coaligadas desplegando al viento la bandera de la libertad y de la democracia republicana.

Entre tanto había dado a su país días de gloria y de prosperidad. No obstante las revoluciones que armó astutamente el tirano argentino contra la república recién nacida, durante su gobierno constitucional el país duplicó el número de habitantes, vió florecer las industrias madres, multiplicarse el comercio, difundirse la enseñanza y la cultura. El General Rivera procuró, además, mantener paz y amistad con las naciones de América y buscó el equilibrio internacional de esta zona del continente mediante planes de alianza que revelan verdadera videncia del porvenir.

Las instituciones creadas por la Constitución funcionaron normalmente durante su gobierno y cuando el Presidente de la República creyó llegado el término de su mandato constitucional no hubo interpretación jurídica ni fuerza humana que le indujeran a permanecer en el poder. Con gesto espartano dominó toda concupiscencia de mando y resignó la autoridad pública en manos de su sucesor legal. Este ejemplo de republicanismó lo dió por dos veces. Cuando en 1843

terminó su segundo mandato presidencial, en momentos que se iniciaba la Guerra Grande, pudo invocar el estado de convulsión del país para mantenerse en el mando; pero nuevamente desechó toda gestión pretoriana y, no obstante hallarse al frente de un ejército poderoso y sentir que la fuerza y la autoridad estaban en sus manos y no en la capital amenazada de caer en poder del enemigo, fiel al dictado de la Constitución, se despojó de las insignias del gobierno y acató la autoridad suprema del Presidente del Senado D. Joaquín Suárez, que era sólo un ciudadano civil, sin más poder y defensa que su investidura de legislador, sus dilatados sacrificios por la causa de la libertad y su austero y noble carácter.

Sus propios defectos fueron consecuencia de su acendrada lealtad, de su corazón generoso, de su mano pródiga, de su fácil clemencia. Su valor, su inteligencia, el conocimiento que tenía de la tierra que pisaba, sus inauditos recursos para guerrear y para vencer, su magnanimidad sin medida le crearon una aureola heroica y un prestigio sin precedente. No hubo caudillo más amado por sus parciales, no hubo general más dueño de la confianza de sus soldados, no hubo jefe más acatado por sus súbditos, no hubo hombre que ejerciera mayor ascendiente sobre propios y extraños.



Junto a estas dos figuras que llenan con su nombre y sus hechos toda una época, aparece otra imagen: la del Brigadier General Don Manuel Oribe, segundo Presidente constitucional de la República, luego Presidente *legal* y General en Jefe del Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina, señor del Cerrito durante los nueve interminables años del asedio.

¡Melancólica figura! Se le evoca, solitario y taciturno, en la sala del Cuartel General, agobiado por su tragedia más que por los laureles de sus victorias, contemplando, desde su ventana, la ciudad inasequible. Así debiera pintarlo el artista

que haga su retrato, con su cuerpo delgado y enteco, con su expresión fatigada, con su espalda un poco encorvada, con su cabeza pensativa levemente inclinada sobre el pecho, con su rostro pálido y atormentado, con su cabellera oscura, con sus claros ojos insomnes donde ardía la fiebre, con su nariz afilada y aristocrática, con sus labios plegados por un rictus de frío desdén, con su mentón voluntarioso, con sus manos alargadas de hidalgo, con su breve pie patricio, con su indefinible sello de distinción, de imperio, de autoridad, de melancolía. Vestía el uniforme de general o la chaquetilla de campaña o el traje civil con la misma desenvoltura, pero con suprema dignidad; hablaba pausadamente, en voz baja; a veces sonreía con tristeza; generalmente su ceño estaba plegado, más por el dolor que por la ira; en la hora de crisis, su rostro palidecía hasta ponerse lívido, sus facciones se crispaban, y de sus labios apretados surgía, como un chasquido, breve y conminatoria, la orden que no admitía réplica y que no tenía remisión.

La raza, la estirpe, la prez le dieron sangre pura, linaje limpio, campo de azur en el que brillan cinco estrellas de oro. Su padre fué un noble militar español, su madre fué una Viana, hermana del Mariscal, su esposa fué una Contucci, mujer heroica y gran dama, hija de don Felipe, el agente de la Princesa Carlota. Dueño de una cultura superior a la común en la época, excelente artillero, notable general, soldado y valiente oficial de Artigas hasta 1817, compañero e inmediato en grado del General Lavalleja en la homérica cruzada de los 33 Orientales, héroe de Sarandí y de Ituzaingó, Ministro del General Rivera, su sucesor en la Presidencia de la República en 1835, fué una noble y gloriosa figura hasta el año 1838, en que su antiguo camarada, luego de dos revoluciones y de librar diversas batallas, le amenazó cercarlo en la propia capital y le obligó a renunciar el mando en cumplimiento de un solemne tratado. Fué todo un prócer el General Oribe hasta el año 1838 digno del bronce y del mármol. Las reservas que contra él se hagan hasta esa altura de su vida por su retirada del sitio de Montevideo en 1817, y por su persecución al General Rivera al desarrollarse la campaña



de las Misiones y el fusilamiento de los conductores de los partes de la victoria, pueden ser contestadas.

Todo ello lo compensa con creces la labor que desarrolló como Ministro de la Guerra del General Rivera y de Don Carlos Anaya, y la forma en que ascendió al Gobierno en 1835. Su nombre fué entonces nuncio de paz entre los Generales Rivera y Lavalleja. Casi la víspera de su elección el Poder Ejecutivo, con anuencia del Senado, le confirió el grado de Brigadier General, el más alto del escalafón militar, obedeciendo, decía en su mensaje, “a un sentimiento que la gratitud y la justicia no podrán acallar sin violencia de otros que constituyen la esencia del sistema popular”. La dignidad conferida fué testimonio de reconocimiento al General “cuya reputación ilustrada en la guerra de la independencia nacional”, era “una de las más firmes columnas del edificio político que sostuvo con gloria defendiendo sus leyes”. Obtuvo luego los sufragios de todos los representantes de las dos fracciones políticas que se hallaban en abierta y enconada lucha. El Presidente de la Asamblea General al recibir su juramento de Presidente de la República le dijo: “la Nación espera con confianza que, si con la espada habéis hecho heroicos sacrificios para conseguir la libertad e independencia de la patria y sostener en ella las instituciones conservadoras de los derechos inalienables del hombre, mayores los prestaréis con la política, en un Gobierno justo y arreglado a nuestros principios republicanos”.

El aura popular acarició al gobernante; el pueblo aplaudió sus primeros actos y lo acompañó con su simpatía. Los días difíciles que vinieron luego, y los oscuros sucesos que no trascendieron en su esencia, no le privaron del apoyo general que le acompañó en su gestión y solamente se debilitó cuando se pudo advertir la influencia preponderante que el General Rosas comenzaba a tener en la política interna del país, situación que fatalmente planteó el pronunciamiento armado del General Rivera. Vencido éste en su primera tentativa, triunfó en 1838, a lo que sucedió la inmediata partida del General Oribe para Buenos Aires.

A partir de este año crítico en la historia del Río de la Plata, se oscureció su estrella, y los sucesos, sino lo que vi-

vía oculto en su alma, colocaron a aquel hombre ilustre en dramático plano.

¿Fue su amistad con el General Rosas y la acción hipnótica que éste ejerció sobre muchos hombres; fué la influencia del medio ambiente de Buenos Aires; fué algún oculto mal que evolucionó bajo la acción de las tumultosas pasiones que desató su caída lo que provocó aquel incomprensible cambio que hizo del noble Presidente de 1835, el Presidente *legal* de 1839, el legado militar del General Rosas en las provincias argentinas y el general invasor y sitiador de 1843?

Acaso esto último explique el extraño caso. Dice Saldías, con razón que, en 1838, un delirio de sangre y destrucción se apoderó de muchos de los hombres del Río de la Plata, y fué precisamente al terminar ese año trágico cuando el General Oribe, luego de haber renunciado al poder, cruzó el río y se refugió en Buenos Aires, donde, invocando su investidura de Presidente *legal*, se alió al General Rosas y aceptó el mando del Ejército de Vanguardia de la Confederación Argentina. Se incorporó así, como actor a la terrible tragedia de que fué protagonista el tirano en las dos sociedades del Plata.



Frente a la figura señorial de D. Manuel Oribe aparece la recia imagen de Don Joaquín Suárez. Si el General Oribe es el hidalgo, cuya espada es signo de señorío, y cuyas finas y pálidas manos son muestras del noble linaje, este es el "hombre bueno" rural, cristiano viejo de limpia sangre, capaz de empuñar la vara de alcalde y de hacer simple y clara justicia e imponer, con su sarmentosa mano en que se adivinaba la fuerte raza de que procedía, su firma y su rizada rúbrica al pie de la sentencia, apoyada, no en pragmáticas legales, sino en el instinto de justicia y en la magnanimidad que había en su corazón. A las complicaciones, melancolías y tempestades que se asomaban a los atormentados ojos del General, este hombre enteco y grave, a quien la magistratura había hecho trocar el traje de campaña o la chaquetilla militar por el ajustado frac y el sombrero de copa y que, en lu-

gar de la esteva del arado o la espada empuñaba el bastón de mando, oponía la serenidad y firmeza de la mirada que iluminaba su atezado rostro surcado de hondas arrugas, en que el duro trabajo, los soles de tierra adentro y las intemperies de heroicas campañas habían dejado indeleble huella.

Si el General conoció las aulas urbanas del convento franciscano, éste recibió lecciones que jamás olvidó de su padre, a quien también llamaba su mejor amigo, y frecuentó la humilde escuela parroquial de Canelones donde el Padre Laguna, en su pobreza, enseñaba el abecedario y la rudimentaria aritmética con viejos catones y palillos con que formaba las letras y las palabras, y hacía escribir a los alumnos las planas, con plumas de ave que ellos mismos preparaban, en pliegos de antiguo papel sellado con la efigie de Carlos III.

Si aquel se aficionó a las matemáticas que son indispensables a los artilleros, éste se aficionó a la lectura de algunos buenos libros que guardaba el viejo Párroco en su alacena y de otros folios que poseía su padre. “Sólo estudié hasta que comprendí lo que era bueno y lo que era malo”, dice. Ya se lo había enseñado su padre, hombre culto y magnánimo que había ejercido cargos de república, cuya generosidad excedió a su riqueza, pues requerido para que contribuyese a alimentar el ejército de la patria que hizo la campaña del Brasil, estampó en su carta contestación estas palabras dignas de los tiempos antiguos: “tomen de mis estancias para el consume de ese ejército de valientes los ganados que se precisen, debiendo dar principio por los novillos, y concluídos, seguir por las vacas, hasta terminar con el último animal, haciendo por el todo donación de su valor y con la sola condición de serme entregado el cuerambre”.

Don Joaquín lo fué todo, y todo con honor. Arreó tropas en las estancias de su padre y en las propias, y fué acopiador de frutos; abrió con las rejas del arado las tierras vírgenes de Cerrillos y llevó a Canelones, en las tardas carretas, y a Montevideo, en las barcas que bajaban el río Santa Lucía, las fanegas de trigo y maíz de que fué pródigo aquel privilegiado suelo. Dió a la patria: sangre, fortuna, libertad, familia. Lo dió, años antes de que aquélla existiera. En 1809

sufrió persecuciones, prisión y hierros acusado de conspirar contra el régimen colonial.

Se batió en los primeros encuentros con los realistas y Artigas lo hizo capitán la víspera de la batalla de las Piedras, donde mandó, con rara pericia, a sus bizarros milicianos. Fué comandante de Canelones, su villa natal, y de allí salió para seguir a Artigas en el éxodo de 1811. En los 14 meses que estuvo en el Campamento del Ayuí, Artigas lo envió varias veces a combatir al invasor portugués. Volvió con el ejército oriental al sitio de Montevideo y no cesó de servir a la patria con la espada.

Terminada la lucha contra los españoles, trocó su sable por la vara de regidor, en Canelones primero, y en Montevideo después, donde en 1816 fué unánimemente elegido para acompañar en el gobierno a D. Miguel Barreiro, el Delegado de Artigas. Volvió a luchar sin descanso contra los invasores portugueses, a la vez que ponía su fortuna particular al servicio de la patria. Nuevamente cautivo, sufrió estoicamente en la prisión, y cuando la abandonó, uno de sus primeros actos fué defender intrépidamente ante la justicia militar brasileña a Pedro Amigo, acusado de conspiración.

El año 1825 entregó a la cruzada su persona, su fortuna, sus luces y su experiencia. Firmó el acta de independencia y luego fué nombrado gobernador de la Provincia, cuyos fueros defendió valientemente cuando el General Lavalleja asumió la dictadura militar. Volvió a ser Gobernador provisorio al constituirse el país y luego de promulgar la ley que creó la bandera nacional, la izó con sus propias manos en la plaza de Canelones.

Así aprendió este hombre singular el arte del gobierno, en medio de las tormentas de la Revolución y de las inquietudes de la organización de la República. Unió al don de autoridad, la ciencia que le dieron la experiencia y el buen sentido, lo cual le permitió contribuir a crear los resortes del Estado. Legislador, Ministro, pacificador, representante genuino de las grandes tradiciones nacionales, la invasión del General Oribe en 1843 lo encontró en el ejercicio del Poder Ejecutivo, en su carácter de Presidente del

Senado, y en el mismo carácter se prolongó su mandato al expirar el plazo constitucional de la Presidencia del General Rivera.

Si el General Rivera era el genio de la guerra americana, y Pacheco y Obes el numen heroico, y Santiago Vázquez la reflexión y el pensamiento, y Andrés Lamas el talento y la empecinada energía, y el General Paz la ciencia militar, Don Joaquín Suárez era la estampa del patriotismo, del sentimiento republicano, del austero carácter, de la abnegación, del sacrificio, del olvido de sí mismo, de la paternal autoridad, de la magnanimidad, de la paciente confianza, del equilibrio y del buen sentido.

Cuando se dieron los primeros golpes de piqueta para abrir los fosos de la línea de defensa de Montevideo, él, jefe del gobierno, tomó la pala y comenzó a trabajar confundido con los braceros y voluntarios. Desde que la ciudad fué puesta en alarma, día y noche vivió en el Fuerte de Gobierno y se entregó sin descanso a organizar y sostener la defensa de la ciudad. Gobernaba sin sueldo y sin remuneración alguna y puso, además de su persona, su fortuna, que era cuantiosa, a disposición de la Defensa. Cuando se agotaron los fondos líquidos, hipotecó sus casas y sus estancias, vendió sus haciendas y entregó todo a la usura para obtener recursos conque alimentar a los defensores, conque vestir al ejército, conque comprar pólvora, conque aliviar la miseria de los desvalidos. Presentadas al Gobierno letras al cobro con amenaza de protesta, las levantó por su cuenta diciendo: “Yo soy el jefe del Gobierno y no puedo permitir que se protesten letras giradas contra él.” Cuando se le quiso documentar sus cuantiosos desembolsos exclamó: “¡Eh! ¡Yo no llevo cuentas a mi madre!” Así llegó al fin de la Defensa, sin reservar nada para él ni para sus hijos, con las manos limpias y las arcas vacías, pero con el corazón liviano y la conciencia tranquila. La Asamblea de Notables le declaró en 1850 “Bene mérito de la Patria” y le votó \$ 50.000; pero él aceptó el título y rechazó la dádiva. Cuando terminó la guerra se retiró a su chacra del Arroyo Seco, reparó su mirador en ruinas y se consagró, como Cincinato, a cultivar su humilde pose-

sión. Con razón pudo estampar el prócer en una carta íntima estas palabras: “el apostolado del patriota es el sacrificio y su recompensa está en el sacrificio mismo y en la tranquilidad imperturbable de su conciencia.” Benjamín de Poucel refiriéndose a su espartana conformidad dice de él: “esta víctima tan completa y resignada del verdadero amor a la patria”, y confiesa que jamás pudo pasar frente a su morada sin descubrirse “para saludar el retiro de tan modesto benemérito ciudadano.”

Don Joaquín Suárez había mandado soldados en los tiempos heroicos y los había conducido con singular arrojo al combate; tenía el valor personal y el don de autoridad, pero ejercía ambas virtudes con espíritu magnánimo. En los momentos de peligro de la Defensa, a pesar de su ancianidad, era capaz de tomar un fusil para guarnecer un puesto amenazado o de empuñar la espada para dirigir una guerrilla; pero era también capaz de presentarse solo, de día o de noche, ante un cuerpo sublevado, y someterlo con el influjo de su palabra. Un día en que le comunicaron que los artilleros habían ocupado la plaza Matriz con sus cañones y se hallaban con las mechas encendidas para intimidar al Gobierno compareció solo ante los sublevados quienes, ante aquel anciano vestido de frac que sólo esgrimía el bastón como símbolo de mando, apagaron los tizones y regresaron al cuartel.

Se le ha supuesto hombre de escasas luces y de poco carácter y fácilmente dominable por los caudillos y los próceres civiles con que gobernó. ¡Cuánto se equivocan quienes así piensan! Cuán mal interpretan su simplicidad de vida, sus espartanas costumbres, su republicanismo, su amor a los humildes, sus propios hábitos patriarcales que no le impedían, terminadas sus funciones de gobierno, recorrer solo y a pie las calles de la ciudad, detenerse a conversar amistosamente con los transeuntes, acariciar a los niños, recorrer las galerías del Mercado viejo, hacer alguna compra en los puestos, y aun adquirir y probar aquellos bizcochos que eran de su predilección y que nosotros alcanzamos a comer en la niñez: los *napoleones* que, con su oscura y sabrosa pasta figuraban va-

gamente la imagen del Emperador, predilección que dió motivo a que sus enemigos y adversarios le llamaran “el Presidente *masita*”.

Este hombre que sólo había recibido la enseñanza de su padre y la precaria que se impartía en la escuelita parroquial de Canelones; que acaso en Montevideo frecuentó también las aulas de los franciscanos; que leyó muy pocos libros tenía, en cambio, una inteligencia abierta y despejada, un extraordinario buen sentido, una claridad y fuerza de raciocinio y una firmeza de principios morales que prestan a sus escritos extraordinaria dignidad. Los azares de su vida le habían dado una suma de experiencia que se traducía en claras y hondas reflexiones filosóficas y morales a las que él daba sencilla pero elocuente forma, acaso sin advertirlo.

En una de sus hermosas cartas le decía al personaje más influyente de su tiempo que procuraba inclinarlo a soluciones ajenas a su concepto de gobierno, y que para ello formulaba veladas amenazas: “Si me hallo en la Vicepresidencia de la República es porque se me ha comprometido a ello. Vd. lo sabe mejor que nadie. Me he prestado por las circunstancias a hacer lo que pueda, mas no lo que no deba”. Y agregaba más adelante para definir su independencia espiritual estas altivas palabras: “Todavía no he pertenecido a hombre ninguno ni perteneceré jamás; pertenezco a mi país, a la justicia y a la razón; estos han sido mis principios a que he de ser consecuente”. ¡Cómo había de pertenecer a hombre alguno! ¡Si hasta de Artigas, que había sido y era motivo de su veneración, se había alejado, es verdad que con dolor, cuando él creyó que el Jefe de los Orientales iba a lanzar al país a la guerra civil!

Frente a nuevas insinuaciones volvió a escribir: “El cargo que ejerzo no me lo ha dado la patria para que ceda a amenazas de nadie, sino a mis convicciones”. Y agregaba: “he vivido ya muchos años para que aprenda ahora a tener miedo, ni por otra parte hay de qué tenerlo”.

El definió su propia idiosincracia en una de esas bellas cartas dignas de un gran repúblico y que deben ofrecerse como ejemplo a las nuevas generaciones que las ignoran: “Yo no tengo pretensiones de ser sabio, decía, pero tengo mucha



experiencia del mundo, y ejercito como puedo mi razón, y los consejos tanto de los que deben, como de los que pueden darlos: es decir, oigo las razones, y aunque valga para mí la confianza y el respeto de la persona que las dice, es, sin embargo, mi juicio meditado el que sigo en mis deliberaciones. En esta forma he gobernado”.

Respecto a los servicios que había prestado a la patria, no obstante su habitual modestia, los exponía honradamente así en un momento de crisis, confiándose a la intimidad epistolar: “No me toca a mí elogiar los míos, pero mi conciencia me dice que la he servido con fidelidad y sin ninguna recompensa, con desprendimiento, con devoción, desde mi mocedad, ya como soldado cuando me tocó serlo, ya como la autoridad suprema a que jamás he aspirado, ya como ciudadano prodigando mi fortuna; y hoy que he perdido la mayor parte de ella, hoy que he dado muchos miles de pesos para esta lucha, y que para adquirir algunos de ellos he hecho inmensos sacrificios, francamente no puedo soportar ultrajes en lugar de consideraciones siquiera”. Y en un arranque de conmovida sinceridad exclamaba: “me cabe la gloria, que nadie me puede arrancar, de haber presidido la defensa heroica de esta plaza en la época más difícil de su existencia, en la época portentosa de los prodigios y de los milagros, y haber preparado su victoria, que sólo el desconcierto puede malograr”.

Su acatamiento al derecho y a su órgano, la ley, fué digno de un repúblico de la escuela de Washington. En 1823 aceptó, aún a costa de su libertad, y tal vez, de su vida, la defensa de un hombre acusado de conspirar contra el usurpador, y aunque no lo pudo salvar frente a la severidad del tribunal, tuvo la entereza de acompañar al rec hasta el pie de la horca para proclamar su inocencia. El año 26, aun no definidos los destinos del país, decía desde el Gobierno de la Provincia que la seguridad individual es “una de las bases más firmes de la felicidad pública” y agregaba: “uno de los primeros deberes de la autoridad pública es garantirla”. El mismo año decretó la libertad de imprenta sin más límites que los ataques contra la Patria y contra Dios. Respetó religiosamente los fueros parlamentarios y asumió la defensa



de los jueces atropellados por el gobierno militar. Intimidado por el General Lavalleja, que había asumido la dictadura militar, a abandonar el gobierno civil, replicó virilmente que “habiendo recibido el carácter que investía, directamente de la soberanía del pueblo, por el órgano legítimo de sus representantes, no suspendía el ejercicio de sus atribuciones hasta que ellos, a quienes daba cuenta, lo determinasen”. Y con esa bandera de principios cayó vencido por las bayonetas. Ya en la ancianidad escribía: “La ley es la única que debe juzgar al ciudadano”. . . . “El país tiene leyes que ha jurado y el Gobierno tiene que arreglarse a estos principios que no puede quebrantar sin desmentir los fundamentos de la causa que sostiene”.

He ahí el hombre que presidió la defensa de Montevideo.

## CAPITULO V

### PRIMERA CAMPAÑA DEL GENERAL RIVERA 1843-1845

Mientras junto a los muros de Montevideo se libraban diarios combates, el General Rivera, luego de haber burlado al General Oribe en las costas del arroyo del Sauce, se enseñoreaba de la campaña, remontaba sus divisiones, completaba su armamento, congregaba las familias en grandes convoyes de carretas que situaba en sitios inexpugnables, ejercía una doble acción diplomática ante las autoridades de la frontera del Brasil y la provincia de Corrientes, tenía en jaque a las divisiones de los Generales Ignacio Oribe y Servando Gómez, que el Generalísimo había desprendido en su persecución, se batía con fortuna, atacaba a las guarniciones enemigas que ocupaban las poblaciones del interior, penetraba en algunas de ellas para abandonarlas luego, rompía la línea del sitio y abastecía la plaza, hostilizaba al ejército del Cerrito por retaguardia, le arrebatava caballadas y haciendas, lo estrechaba contra los muros de Montevideo y lo convertía de sitiador en sitiado.

El 5 de febrero, once días antes de llegar el ejército de la Confederación Argentina al Cerrito, el General Rivera,

después de reorganizar el Gobierno y revistar los cuatro mil quinientos hombres que había reunido y equipado en poco más de un mes, partió al frente de ellos en dirección a Pando. Quería eludir una nueva batalla con el poderoso ejército invasor que avanzaba sobre Montevideo y, a la vez, mantener las comunicaciones de la capital con Maldonado y dominar el control de la frontera del Chuy, a fin de poder abastecer la plaza por aquel puerto y por este punto. El General Oribe, por su parte, se proponía batir en detalle a su enemigo, atacar a la capital para posesionarse de ella, concluir así la campaña y restablecer su gobierno.

Descubierto el ejército oriental, que se había acantonado estratégicamente en las proximidades del arroyo del Sauce, avanzó resueltamente sobre él; pero el General Rivera ordenó desplegar con gran aparato su vanguardia, que estaba al mando del General Medina, y mientras el jefe invasor creía batirse con el grueso del ejército, éste, cubierto por aquella división que, a costa de sacrificios de sangre, cumplió heroicamente la función que le había sido encomendada, dispuso un hábil y rápido movimiento de flanco mediante el cual burló al General Oribe. El ejército oriental, cubierto por el antemural de su vanguardia, desfiló casi a la vista del enemigo en tres columnas paralelas, precedidas de las caballerías y del pesado convoy de carretas que conducían innumerables familias, la maestranza y los bagajes de guerra, cruzó el arroyo del Sauce, se colocó a la retaguardia del invasor, escopeteó sus columnas y se alejó hacia el norte mientras el General Oribe reanudó su marcha en dirección a Montevideo, debilitadas sus fuerzas, pues desprendió una división al mando de su hermano el General don Ignacio Oribe con el objeto de perseguir y hostilizar al caudillo.

El General Rivera estaba en su medio natural y en él iba a desplegar nuevamente su genio, su astucia, su extraordinaria táctica para tener en jaque a las fuerzas que le perseguían, y al propio ejército sitiador.

De nuevo el extraordinario caudillo iba a demostrar, como lo dijo don Antonio Díaz, que fué su adversario, "su indisputada bravura como soldado activo e intrépido". Nadie como él para improvisar ejércitos de la nada y lograr la fi-

delidad y la ciega adhesión de sus tropas; nadie para trasladarlos de un punto a otro en inauditas marchas, dispersarlos a todos los vientos y reunirlos nuevamente a una sola voz de mando; nadie para realizar inesperados ataques y emprender difíciles retiradas; nadie para templar en la adversidad y el infortunio las armas con que se alcanza la victoria y convertir la derrota de la mañana en el triunfo de la tarde. Sus soldados soportaban con raro estoicismo las privaciones, las miserias, el sufrimiento. Estaban desnudos y se cubrían con cualquier cosa: con girones de viejos ponchos y uniformes, con jergas, con cueros de novillo, pero el brazo no temblaba al empuñar la lanza, el sable o la tercerola. Tenían hambre y la entretenían con mate amargo o con un trozo de charque; tenían sueño y lo ahuyentaban porque había que marchar en medio de la noche para burlar al enemigo. El combate, la carga, la lucha cuerpo a cuerpo los enardecía luego, y no sentían frío, hambre ni sueño cuando, lograda la victoria, el General los revistaba, los arengaba y les decía que estaba orgulloso de sus soldados. Así iban ellos tras su caudillo.

Catorce días después de la acción del Sauce revistó su ejército en las cuchillas del Santa Lucía Grande y contó más de cinco mil jinetes armados que le aclamaban blandiendo las lanzas o esgrimiendo los sables y tercerolas. Al frente de las divisiones estaban los Generales Medina y Aguiar, los Coroneles Costa, Blanco, Baez, Flores, García, Estivao, Silva, Camacho, Olavarría, Viñas, Luna, Cuadra, Quintana y Santander. Numerosos carros de municiones y bastimentos y una bien montada maestranza servían las necesidades del ejército. Un pesado convoy de carretas, en que se habían refugiado con sus muebles y utensilios las familias que huían del invasor, acompañaba al ejército. Las caballadas y las tropas de ganado eran arreadas en pos de las divisiones.

El plan del General Rivera consistía en remontar, armar e instruir a su ejército, dominar la campaña, ocupar las poblaciones importantes y, en seguida, atacar al General sitiador por retaguardia, oprimirlo contra las trincheras de Montevideo y obligarlo así a capitular o a levantar el sitio y embarcarse en las naves de la escuadra argentina.

El General tenía que atender por igual la organización

del ejército, las necesidades de la guerra y la seguridad y subsistencia de las familias que le acompañaban. La ley marcial era estricta. Solamente las mujeres y los ancianos no empuñaban las armas y, aun así, había muchas mujeres que lo hacían. En cuanto a los adolescentes recibían instrucción militar y se organizaban en pequeños escuadrones cuyos componentes tomaron el nombre de *guayaquíes*. El pueblo errante que acompañaba al ejército estaba compuesto de millares de personas: ancianos, mujeres y niños que ascendieron a más de diez mil cuando fueron empadronados por el Segundo Jefe del Estado Mayor Coronel José Antonio Costa y el capellán del mismo, Dr. Vidal. Una división formada de 500 hombres custodiaba el convoy.

En el mes de marzo, el General se dispuso a abrir las operaciones. Con ese objeto situó el convoy de familias en el norte del río Yi. El mismo caudillo describió con su pintoresco lenguaje el cuadro que ofrecía la improvisada ciudad, en una carta que dirigió a su esposa, el 3 de marzo de 1843, desde el arroyo Maciel: “Hoy se cuentan, le decía, más de setecientas carretas todas toldadas; forman un pueblo con una desahogada plaza y seis calles principales; han levantado una capilla muy aseada y muy bien arreglada, y allí se les da un pedazo de carne y lo demás que se puede, conservándoles una guarnición de quinientos hombres que custodia todo el depósito de caballadas y demás materiales del ejército”. Esta ciudad creció todavía con los contingentes de familias que llegaron del litoral y del norte, pero sufrió lo indecible en el cruel invierno de 1843. El mismo General decía refiriéndose a ella y al ejército: “Son más de veinte mil almas y todos, todos están poco menos que desnudos; con decirte que en lo general no tienen una bayeta con que taparse”. En cambio, había logrado poner aquella multitud a cubierto de los desmanes del invasor: “A esta altura, agregaba, yo considero seguro todo este mundo de gentes, que están en medio de dos barreras, (los ríos Yi y Negro); allí no es fácil que pueda el enemigo penetrar sino después de habernos vencido a todos”.

Situadas las familias en lugar seguro, dispuso que sus divisiones se esparcieran sobre el territorio simultáneamente.

La del Coronel Estivao se apoderó de San José, ocupó a viva fuerza el Rosario y puso sitio a Colonia. Intimó la rendición de esta plaza, parlamentó con su jefe el Coronel Tomás Gómez, y se retiró después de varios días de sitio para reunirse con la división del Coronel Cuadra que había abierto operaciones en el departamento de Soriano. Reunida ambas divisiones, después de incursionar por esta zona, se dirigieron sobre Porongos y ocuparon el pueblo. Toda la parte sudoeste de la República quedó bajo la acción militar de la expedición. Entretanto la división del Coronel Silva había abierto operaciones sobre Maldonado, arrollando a las guarniciones enemigas hasta más allá de Santa Teresa. La división del Coronel Baez operaba en el Durazno, y otros destacamentos recorrían diversas zonas del territorio nacional.

En cuanto al caudillo, penetró con parte de sus tropas en el departamento de Maldonado, mientras el General Aguiar permanecía con el grueso del ejército y el convoy de familias en el centro del país, cubierta su vanguardia por la división del General Medina que hostilizaba a la del General Ignacio Oribe, cuya acción había sido anulada por la hábil táctica del General Rivera.

Las divisiones expedicionarias que recorrían el territorio habían recibido órdenes de concentrarse, luego de cumplir sus operaciones parciales, en el Durazno, y allí las halló el General Rivera. El campamento fué establecido en la margen izquierda del río Yi.

La situación del caudillo en aquellos momentos era inexpugnable. Su ejército había crecido y se hallaba armado y avituallado; había concentrado casi todas las caballadas hábiles del país; inmensos rodeos de ganado pastaban en los potreros de su acantonamiento; casi todas las familias de campaña se habían acogido al amparo del General. Había llegado el esperado momento de emprender acciones decisivas tanto al norte del río Negro como en la campaña del sur y sobre el ejército que asediaba a Montevideo. Envió, pues, al Coronel Baez al frente de su división con la misión de atacar los puertos litorales de Paysandú y Salto, cruzar luego hasta Cerro Largo y regresar en seguida al cuartel general con todo el ganado que pudiera recoger. Baez puso alas a los

cascos de su caballería; llegó hasta el Salto, obligó a las fuerzas argentinas que ocupaban la ciudad a arrojar al río Uruguay, ocupó la población, cruzó luego vertiginosamente el territorio del norte y, antes de que terminara el mes de mayo, estaba de regreso en el Yi, con grandes cantidades de caballos y vacunos. Entretanto, al sur, desde San Salvador hasta los confines de Rocha, los regimientos orientales recorrían el país. Todos los pagos escucharon los cascos de sus caballos, y en todas partes se sintió el rumor de las cargas y de los combates: el 4 de abril las fuerzas del Coronel Fortunato Silva cayeron sobre las del Coronel Melgar, en Sauce Solo; el 16 las batió en Piedras de Afilar; el 2 de mayo la división del Coronel Baez derrotó en Santa Ana las fuerzas que habían pasado de Entre Ríos; el 7 limpió al Salto de enemigos; el 25, el General Medina rechazó las fuerzas de la división del General Ignacio Oribe en el Tala. Otros combates y acciones parciales se libraron en diversos puntos del territorio. “El gobierno ha visto lleno de orgullo y satisfacción, escribía el Ministro de la Guerra al General Rivera el 31 de mayo, las brillantes y audaces maniobras del ejército que opera a las órdenes de V. E.; el valor, decisión y constancia que manifiestan los valientes que lo componen”.

Estos combates eran realmente homéricos. Describir uno de ellos es describirlos todos. Escuadrones de hombres semi desnudos que blandían largas lanzas o esgrimían afilados sables, mientras sonaban los clarines y batían los tambores, se lanzaban a pecho descubierto contra el enemigo, en impetuosas e irresistibles cargas. A veces, el choque era tan violento que una de las columnas combatientes se rompía y la otra penetraba por la brecha, pisando cadáveres de hombres y de bestias y, sofrenando los corceles, volvía grupas para lancear por la espalda al resto del escuadrón doblado.

Los jefes solían buscarse, como los troyanos y aqueos y cruzaban sus lanzas en duelo singular. Cuando uno de ellos sucumbía, el otro desmontaba para recoger sus armas y regresaba con ellas como trofeo de guerra. Las cargas se sucedían hasta que uno de los contendientes quedaba exhausto y se retiraba del campo de batalla en dispersión, perseguido por el vencedor. Terminado el combate, cuando era favorable

al invasor, solía aparecer en el campo de batalla, sembrado de muertos y heridos, el siniestro piquete federal y se lanzaba a “despenar” a éstos y sacrificar prisioneros inermes, mediante el bárbaro tajo en la yugular y la carótida por donde se escapaba convulsivamente la vida de los caídos.



En los últimos días de mayo el General Rivera adelantó con el grueso del ejército hacia el sur, cruzó el río Santa Lucía por el paso de San Ramón y barra del Vejiga, sin ser hostilizado, y se situó a pocas jornadas de la capital. Había cumplido felizmente la primera parte de su plan: el interior del país estaba dominado; el ejército enemigo se hallaba a pie y las tremendas lluvias que habían desbordado ríos y arroyos, y cubierto de agua la campaña, le mantenían inmobilizado. A esto se refería risueñamente el caudillo en una carta de 3 de junio: “Para qué hablar a Vd. de lo inmenso que nos ha llovido. Yo me he alegrado mucho, porque como nosotros, también se mojaban ellos, aunque don Ignacio trae una gran barraca que nos la plantaba a nuestro frente en los días fuertes de aguaceros para hacernos desear y porque él vió que nosotros no contábamos con otras carpas más que nuestros ponchitos, ya muy gastados algunos, y los demás sus caronitas de oveja; recurso que de algo ha valido a nuestros pobres soldados en la luna de mayo”.

Había llegado el momento de poner en práctica la segunda parte de su plan: el ataque a los acantonamientos del Cerrito. Antes de hacerlo comisionó al Teniente Coronel don Manuel Pacheco y Obes, hermano del Ministro de la Guerra, para que se dirigiera a la capital e instruyese al gobierno del plan que iba a poner en práctica, a fin de coordinar las operaciones del ejército de campaña con el que defendía la ciudad. A la vez, y para preparar el ataque, ordenó al Coronel Fortunato Silva que, con su división, cortara las tropas del General don Ignacio Oribe que observaban los movimientos del ejército y llegara a la ciudad sitiada.

Fué aquella una operación atrevida y aventurada. El



bravo jefe divisionario llevó el 30 de mayo el ataque a fondo simultáneamente sobre el centro y la izquierda de la línea enemiga, lo cual obligó a su General a desgarnecer su derecha con el objeto de reforzar la línea quebrantada. Por ella se lanzó audazmente toda la división, dejando a retaguardía las fuerzas enemigas a pié, escopeteadas por la vanguardia del ejército. En una marcha vertiginosa llegó, arreando ganado y caballadas, al Cerro de Montevideo, ante la sorpresa de las fuerzas del asedio que vieron, al mediar el día, acampar la división enemiga al amparo de los cañones de la fortaleza.

Mientras las tropas sitiadoras hostilizaban día y noche a la división del Coronel Silva con el propósito de arrebatarse las caballadas y las haciendas, destruían con sus proyectiles la farola del Cerro y saqueaban las casas de la villa, al extremo que las familias se vieron obligadas a refugiarse en la fortaleza y sus alrededores, la plaza organizó y envió en auxilio de aquel punto una expedición de las tres armas, al mando del General Bauzá, a cuyo frente se puso luego el Ministro de la Guerra. Esta expedición, apoyada por la escuadrilla y las fuerzas de la fortaleza libró un reñido combate el 10 de junio y obligó a los sitiadores, comandados por el General Núñez, a retirarse con sensibles pérdidas y la desertión de media compañía de patricios que, con su oficial, se plegó a las fuerzas de la plaza.

Reintegrada la división del Coronel Silva al ejército, remontada con refuerzos de caballería que fueron enviados por el Gobierno de Montevideo al mando del Coronel Freire, el General Rivera atacó y batió en Solís Grande a una división del ejército del General Ignacio Oribe, formada de 1.000 argentinos, al mando del Coronel José María Flores, cuyos dispersos llegaron al cuartel general de aquel jefe que buscaba, en vano, la manera de montar sus tropas. El avance del ejército victorioso del General Rivera obligó a la división del General Ignacio Oribe a emprender una penosa retirada hacia Pando, a través de campos cubiertos de agua y con sus tropas casi a pié. En aquel punto se encontró aquel General con su hermano, el Presidente legal, que había salido del Cerro con una fuerte escolta y que, ante el avance del Gene-



ral Rivera, ordenó la inmediata retirada hacia Toledo, lo que efectuó la división, siendo escopeteada por la vanguardia del enemigo, y prosiguiendo, luego de dejar acantonamientos desde este punto hasta Las Piedras, la retirada hacia el cuartel general del Cerrito.

El campo de operaciones del ejército sitiador quedó desde ese momento singularmente estrechado. Al frente tenía las bocas de fuego y el ejército de la plaza, aumentado con las legiones extranjeras, y a retaguardia se sentía acosado por el ejército de operaciones del General Rivera, que amenazaba encerrarlo en un círculo de hierro y privarlo de elementos de movilidad y medios de subsistencia.

La escasez de carne de vaca obligó en aquellos días a los sitiadores a sacrificar caballos para alimentar a la tropa. Se utilizaron, además, otros productos nocivos que afectaron la salud de la población y del ejército. El 11 de julio el General Oribe escribía al General Núñez, que había salido en procura de ganado: “Obre como las circunstancias le aconsejen en la inteligencia que el ganado es su primera atención, porque el ejército no tiene qué comer”.

Fuera de la estrecha faja de territorio comprendida entre el Cerrito, Las Piedras y Toledo, el General Oribe solamente mantenía su autoridad en la Colonia y en el litoral del Uruguay, pero las comunicaciones con esos puntos se hacían difíciles. El gobierno de la Defensa dominaba el resto del territorio y disponía de las fronteras del Brasil, el puerto de Maldonado y la boca del río Santa Lucía para abastecerse. El ejército del Cerrito se había convertido así de sitiador en sitiado y su posición se tornaba peligrosa.

El General Rivera quiso precipitar el cerco que había puesto al ejército del Cerrito por retaguardia. Movi6 parte de sus fuerzas y, mediante un ataque de sorpresa, se interpuso entre las caballerías del General Oribe, comandadas por su hermano el General Don Ignacio y el grueso del ejército que ocupaba la línea de asedio sobre Montevideo, y lo siti6 en el mismo Cerrito. Tendi6 su línea desde el Pastoreo de Pereira hasta el camino de la Cuchilla Grande e hizo cundir el pánico en el campo sitiador. Puesto en comunicación

con la plaza, pidió al Gobierno el envío de tropas de infantería a fin de apoyar con ellas el ataque general que se proponía llevar contra el ejército sitiador en combinación con la guarnición de Montevideo, para tomar a aquél entre dos fuegos. El momento era decisivo para el General Oribe: o capitulaba o levantaba el asedio embarcando sus tropas en la escuadra argentina.

Montevideo se sintió salvado. Bajo esta impresión los sitiados llevaron un ataque a fondo contra la línea de asedio; el propio General Paz se puso al frente de las tropas, arrolló a las fuerzas sitiadoras y despejó el terreno más allá del Cristo. Infelizmente esta operación no fué complementada con el envío de tropas de infantería al ejército del General Rivera que las reclamaba insistentemente. El Gobierno de la Defensa no creyó prudente desprenderse de ellas, y el caudillo, que las esperaba ansiosamente para emprender el ataque decisivo, vió frustrado su plan.

Entretanto, el General Oribe, advirtiendo la magnitud del peligro en que se hallaba su ejército, había acudido al General Rosas para imponerle de su difícil situación. El Gobernador de Buenos Aires se dirigió al Gobernador de Entre Ríos, General Urquiza, y le requirió que, al frente del ejército de la Provincia, cruzase el río Uruguay y marchase en auxilio del ejército de vanguardia de la Confederación Argentina, comprometido frente a Montevideo.

El 10 de julio, el jefe entrerriano, al frente de 4.000 soldados bien montados y pertrechados, cruzó el río Uruguay y penetró en el territorio nacional. Un nuevo lugarteniente del tirano de Buenos Aires traía al país, con una fuerza militar incontrastable, el tremendo sistema de Don Juan Manuel que ya había experimentado el país desde la batalla de Arroyo Grande y que iba a dar nuevos y dolorosos frutos.

Al tener noticia el General Rivera de la presencia del jefe entrerriano en el territorio nacional se vió obligado a abandonar, con dolor, su plan de ataque a las fuerzas del Cerrito que debía haber coronado una campaña brillante y victoriosa, y sólo pensó en prepararse para rechazar al se-

gundo ejército invasor y abrir la nueva campaña. Se había desprendido ya de las divisiones de los coroneles Flores y Estivao, que marcharon en persecución del General Núñez. Inútiles fueron las incursiones de éste para lograr ganado y caballadas. El Coronel Venancio Flores lo atacó en la Horqueta del Rosario y, unido luego a los Coroneles Estivao y Centurión, lo cargó y dispersó persiguiéndolo cinco leguas y arrebatándole las caballadas y muchas armas. Su habilidad de jinete salvó al General Núñez de caer prisionero. Rehecho al día siguiente se dirigía a reunirse con la división de Mercedes para atacar al Coronel Flores cuando, en la sierra de Malabrigo, se encontró con la división del General Medina que lo cargó, lo derrotó y lo persiguió más de ocho leguas quitándole sus cargueros de municiones. El general derrotado logró refugiarse con sólo dos hombres, en el ejército del General Urquiza que acababa de cruzar el río Uruguay.

El General Rivera se vió obligado a levantar su campo del pastoreo de Pereira, frente a Montevideo, y se dirigió al interior de país con el objeto de repeler la invasión del nuevo ejército argentino.

El ejército sitiador, libre del cerco que, por retaguardia, le había puesto el caudillo, experimentó inmenso alivio y reanudó las operaciones sobre la plaza.

\*  
\* \*

El ejército entrerriano que acababa de invadir el país era tanto o más temible que aquel con que había luchado el General Rivera en la primera campaña que acababa de ser malograda por la nueva invasión. Numeroso, disciplinado, aguerrido, traía un tren de guerra poderoso, con sus regimientos de fieros lanceros, sus infantes bien pertrechados, sus piezas de artillería servidas por expertos tiradores, sus bien provistos medios de movilidad, y, sobre todo, el espíritu de cuerpo que lo animaba. Traía a su frente a un poderoso caudillo que tenía cuentas pendientes con el General Rivera, pues éste, en la campaña inicial de 1842, le había infligido

una tremenda derrota en su propio territorio, en Gualeguay, obligándole a lanzarse al agua con sus lanceros.

El General Urquiza aparecía en el escenario de la lucha como un lugarteniente de Rosas, pero él invocaba, sobre todo, su título de Gobernador y Capitán General de la Provincia de Entre Ríos, obraba con absoluta independencia y se jactaba de que limpiaría la República de salvajes unitarios. Traía al frente de sus divisiones y de sus regimientos jefes de reputación, probados en rudas campañas, y sus tropas eran casi en su totalidad formadas por contingentes entrerrianos.

Frente al nuevo enemigo era preciso recomenzar la guerra de recursos, a fin de debilitarlo y poder luego librar la batalla campal que decidiría de la campaña. Otra vez recurrió el caudillo a su táctica favorita de dispersar sus divisiones, de presentarse hoy al sur y mañana al norte del río Negro, de caer de sorpresa sobre las guardias y destacamentos, de arrebatar por arte de magia al enemigo bastimentos y ganados, de amagar el ataque y retirarse del campo de batalla, de hacerse perseguir sin tregua con el fin de aniquilar las caballadas enemigas, de fatigar al invasor en inútiles marchas y contramarchas, de quebrar la moral de sus tropas malogrando sus movimientos y tendiéndole peligrosas celedas. Las semanas, los meses que transcurrían eran sus aliados. “El tiempo y yo contra dos”, decía el caudillo al tener noticia de que el General Urquiza sentíase impotente para alcanzarlo y obligarlo a librar batalla, que sus caballadas se fatigaban, que su orgulloso tren de guerra sufría con las largas intemperies, que los soldados empezaban a experimentar hambre y frío, que los vestuarios se destruían, que las armas se deslustraban, que los cañones permanecían mudos.

Adolfo Saldías, que tan duramente juzgó al caudillo, no puede menos que reconocer la eficacia de su táctica: “Rivera, dice, conocedor del terreno, hacía marchar y contramarchar a Urquiza, con el objeto de arruinarle las caballadas y caer sobre él en un momento propicio”.

La primera medida que adoptó el General Rivera fué sustraer los convoyes de familias del alcance del invasor.

Los hizo marchar hacia la frontera del Brasil, y los recostó sobre la línea, en sitios estratégicos, defendidos por accidentes naturales del terreno y bajo el amparo de las divisiones que los custodiaban. El se dirigió al centro del país, mientras sus divisiones y destacamentos se esparcían nuevamente sobre el territorio. El General Aguiar marchó sobre Vera; los coroneles Flores y Estivao batieron al Coronel Crispín Velázquez y le arrebataron las caballadas que había logrado reunir el General Urquiza; el General Medina atacó al General Díaz en Mercedes y luego se dirigió sobre el Carmelo y Dolores; el Coronel Santander atacó al Salto, ocupado por fuerzas entrerrianas y, en seguida, cayó sobre Paysandú, que estaba defendida por el Comandante Lucas Píriz; el Coronel Báez, luego de ocupar Tacuarembó, se acantonó sobre el río Arapey, a la espera de una división correntina para atacar nuevamente al Salto; allí se le reunió el Coronel Santander, y allí y en Cuareim chocaron con las fuerzas del Coronel Lucas Moreno y obligaron a éste a retirarse en derrota; dos días después la división correntina que había invadido la Provincia de Entre Ríos cruzó el Uruguay para hostilizar al General Urquiza; reunidas todas las fuerzas atacaron y ocuparon el Salto. Como el Coronel Moreno, rehecho, venía en protección de aquella plaza, las fuerzas que la ocupaban se adelantaron hasta Puntas del Ceibal, donde el General correntino Ramírez Chico, al frente de mil hombres, chocó contra el Coronel Moreno. La lucha fué sangrienta; sucediéronse las cargas a lanza y, por el fin, el General Ramírez se retiró en derrota y se refugió en el Salto, sin poder impedir que parte de sus tropas se arrojaran a las aguas del río Uruguay.

La división del Coronel Venancio Flores, que operaba en Minas, se encontró en Barriga Negra con las fuerzas del General Servando Gómez; los regimientos cruzaron sus lanzas en repetidas cargas y las caballerías de Flores no pudieron resistir el tremendo empuje de las del famoso lancero enemigo. Perseguidas por los escuadrones de éste tres leguas, las sombras de la noche pusieron fin a la batalla; pero, en medio de ellas, el jefe derrotado logró rehacer sus regimien-

tos, cargó inesperadamente al enemigo, y luego de un combate homérico, iluminado por los fogonazos de las tercerolas, lo arrolló, lo dispersó y lo persiguió largo trecho entre las fragosidades del terreno.

El General Urquiza había emprendido, entretanto, la persecución del ejército del General Rivera sin lograr darle alcance. Recién en noviembre pudo ponerse en contacto con la vanguardia. Al querer ésta cruzar el río Negro por el paso de Navarro, cayó sobre ella y la dispersó. El General Rivera, con el grueso de sus fuerzas, cargó entonces al ejército entrerriano; pero perseverando en su táctica, se retiró en seguida, cruzó sin dificultad el río Negro, y se dirigió hacia el Durazno seguido por el General Urquiza. La persecución fué implacable. Mas, el General oriental, bien montado, llegó en marchas aceleradas al río Santa Lucía, desde donde amagó atacar al ejército del Cerrito, y obligó a las fuerzas del General Oribe que operaban sobre aquel río a replegarse al cuartel general y dejar libre el campo. El caudillo entrerriano adelantó en veloces jornadas, flanqueó las fuerzas del General Rivera y las interceptó en su marcha hacia Montevideo. El General oriental, dueño del campo, para evitar el choque, se corrió hacia San José, donde concentró su ejército y cruzó luego velozmente hasta Minas y Maldonado en momentos en que el General Servando Gómez acababa de arrojar sobre la frontera del Chuy a las divisiones de los Coronel Fortunato Silva y Esteban Estivao, las cuales se internaron en territorio brasileño, de donde, no habiendo sido desarmadas, pudieron regresar al territorio nacional protegidas por el General Rivera que llegó con sus fuerzas hasta la línea, luego de derrotar al General Servando Gómez en Palmares de Castillos.

El 8 de enero de 1844, las divisiones de los Coroneles Silva y Estibao desfilaron frente al ejército formado en línea de parada en la margen del arroyo de India Muerta, paraje que iba a ser funesto para el caudillo. Ese mismo día el General Rivera le escribió al Ministro de la Guerra: “Estaban logrados así los objetos que me propuse al moverme de las inmediaciones de la capital: había destruído la fuerza de

Sarvando Gómez y salvado las que mandaba el Coronel Silva que en este día se ha incorporado al ejército lleno de satisfacción”.

Contramarchó en seguida el caudillo y dió descanso a sus tropas en las fragosidades de la sierra del Aiguá, donde las reorganizó. Sumaban entonces 4.000 hombres. Con ellos se dirigió al río Yí, pero el General Urquiza le salió al paso en las barras del arroyo Milán y le obligó a retroceder y guarecerse en el rincón de la Mariscalá, mientras el jefe entrerriano quedaba en Mansavillagra.

Entretanto la división del Coronel Silva atacaba el pueblo de San Carlos y la del Coronel Freire sitiaba a Maldonado. El General Ignacio Oribe reunió sus fuerzas con las de los Coroneles Montoro y Melgar, logró montar 1.800 hombres, y con ellos se dirigió a despejar el departamento de Maldonado.

\*  
\* \*

Al iniciarse el año 1844 el General Rivera, que había permanecido en el valle del Aiguá, adelantó con parte de su ejército hasta los cerros de Minas. Una rápida marcha en que cubrió cuarenta leguas puso al General Urquiza al flanco del acantonamiento enemigo. El caudillo oriental, con su acostumbrada pericia, se dirigió velozmente hacia el río Yí y lo cruzó por el Paso del Rey, perseguido por fuerzas entrerrianas, las cuales arrollaron la vanguardia en la sierra de Malbajar. El caudillo, que sólo tenía 1.700 hombres, tendió su línea de batalla protegida por el arroyo del Sauce, afluente del Malbajar, frente a la del enemigo, que era superior a 3.000 hombres y se sostuvo hasta caer la noche del 24 de enero en que el grueso del ejército oriental llevó una carga a fondo a la línea entrerriana, logrando romperla. Las lanzas se cruzaron en medio de la oscuridad. Luego de cruento combate ambos ejércitos abandonaron el campo.

El General Rivera, al disponer la retirada, ordenó que las fuerzas dispersas se reuniesen en los Tres Cerros, sobre

el río Tacuarembó, hacia donde se dirigió con el resto de su diezmado ejército.

La campaña parecía comprometida. Las fuerzas invasoras, superiores en número, en armamentos y en recursos dominaban gran parte del territorio; pero el General Oriental, con sus escuadrones de hombres desnudos y mal armados, abrumados por el sufrimiento y las privaciones, se hizo superior a la desgracia. Nuevamente remontó los regimientos, reorganizó las divisiones y puso en juego el poderoso influjo personal que ejercía sobre sus soldados. En un rasgo de audacia ordenó al Coronel don Venancio Flores, que operaba con su división en el departamento de Colonia, que se reuniera a la del Coronel Fortunato Silva, que se hallaba en Maldonado, y que, unidas ambas divisiones, se dirigieran a Montevideo arreando ganado para abastecer la plaza. Se movieron estas fuerzas, lograron reunirse y levantando mil discientas lanzas chocaron en Cagancha con la división del General Ignacio Oribe que les arrebató parte del ganado, y, sobre el río Santa Lucía, con el Coronel Montoro que, con su infantería, sostuvo la carga que le llevaron; pero volviendo a cargar lograron poner en dispersión parte de la columna federal. El Coronel Flores, con su tropa casi intacta, las caballadas y el ganado salvados, repitió la hazaña realizada meses antes por el Coronel Silva. En una marcha vertiginosa se dirigió hacia Montevideo, y horas después del combate ascendía la falda del Cerro a la vista del ejército sitiador, batiéndose bizarramente contra la división enviada por el General Oribe, al mando del General Núñez, a detener su marcha victoriosa, y ponía sus soldados, las caballadas y el ganado al amparo de la artillería de la fortaleza.

El General Urquiza no había seguido al General Rivera en su marcha hacia el norte; optó por concentrar sus divisiones al sur del río Negro a fin de iniciar luego la persecución formal del caudillo. Este logró rehacerse cerca de la frontera. Su ejército llegó a contar dos mil cuatrocientas lanzas y abundantes medios de movilidad. Además, sus divisiones volantes seguían recorriendo el territorio. Fiado en su estrella avanzó hacia el río Negro, ocupó los pasos estraté-



gicos y se dispuso a hostilizar al General Urquiza, mientras el Coronel Báez se preparaba a atacar nuevamente al Salto y Paysandú. El Coronel Silva, desprendido de la división del Coronel Flores, otra vez invadió la zona de Minas y Maldonado y destruyó, en Sauce Solo, las fuerzas del Coronel Manuel Melgar, siendo luego alcanzado en el Aiguá por el Coronel Servando Gómez, que lo batió con sus lanceros.

El paso de Navarro, sobre el río Negro, vió nuevamente atravesar sus aguas al ejército del General Rivera en momentos en que los Generales Urquiza y Servando Gómez se preparaban a atacarlo. Mediante una de sus audaces maniobras, realizada con singular pericia, logró flanquear la derecha de la división del General Gómez, pasó velozmente a su retaguardia y se dirigió hacia el sur llegando en sus marchas hasta la margen del río Santa Lucía. Tras él voló el General Urquiza, pero el jefe oriental, aprovechando las sombras de la noche, contramarchó hacia el Durazno mientras enviaba fuerzas al este y al oeste en busca de caballadas y recursos. Siguió su marcha hacia el norte, repasó el río Negro, y apareció súbitamente en Paysandú amagando a los dos puertos del litoral, uno de los cuales, el Salto, defendido por el General Díaz, fué tomado por su jefe divisionario el Coronel Báez. Con esta arriesgada operación, el General Rivera obtuvo dos piezas de artillería de a 6, armas, municiones y equipos militares que le eran indispensables, amén de caballadas de refresco.

Dueño del norte del país dominado por sus divisiones, libre de la persecución del General Urquiza que permanecía inmobilizado en el sur, el caudillo se consagró a dar instrucción a los cuerpos de infantes y artilleros que creó para utilizar el material de guerra conquistado.

A fines de julio el General Urquiza se movió con su ejército sobre el Durazno e hizo pasar algunas fuerzas al norte del río Negro. El General Rivera movió también su ejército, ahora de las tres armas, en dirección a Melo, que estaba fortificada y defendida por el Comandante Dionisio Coronel, y atacó a la población. Durante cuatro días llevó repetidos asaltos al centro amurallado de la ciudad apoyado

por tiradores y dos piezas de artillería. El 21 de agosto, en momentos en que intimaba la rendición a la plaza sitiada, llegó la noticia de que se aproximaba el ejército del General Urquiza. El caudillo levantó el sitio y se dirigió con el grueso del ejército hacia las asperezas de Aceguá. Un arriesgado movimiento lo aproximó al paso de Tres Arboles, sobre el río Negro, y cruzó otra vez el curso de éste al frente de 1.700 hombres, burlando nuevamente al General Urquiza. Se vengó éste apoderándose de un convoy de más de cuatrocientas carretas que el caudillo había situado sobre el paso de Polanco, y en que iban más de diez mil ancianos, mujeres y niños y destruyendo la custodia militar compuesta de 500 jinetes.

El General Rivera volvió a repasar el río Negro por Masangano, distribuyó sus divisiones, y, a fines de noviembre, se estableció con una fuerte escolta en territorio brasileño, sobre la frontera, cerca de Bagé, bajo la protección del barón de Caxías, Gobernador del Estado de Río Grande, que le facilitó armas y equipos.

El 6 de diciembre pasó nuevamente al territorio nacional. Volvía al frente de dos mil doscientos hombres bien equipados y montados y con ellos avanzó hacia las proximidades del río Tacuarembó. Le acompañaban los Coroneles Blanco y Costa. Traía con el ejército un convoy de carretas que situó en la margen oriental del Tacuarembó Grande, el cual fué confiado a la custodia de las fuerzas de los Coroneles Silva y Luna. La división de Báez se le reunió poco después y pudo entonces revistar tres mil hombres. El ejército oriental renacía de las cenizas como el Fénix. Derrotado y disperso, la voz del caudillo lo convocaba de nuevo y otra vez resurgía con la misma pujanza y la misma fe que en la hora de la victoria.

Los primeros meses del año 1845 los empleó el General Rivera en incursionar con sus divisiones y preparar la batalla en que se proponía destruir al ejército del General Urquiza para correr en seguida sobre la vanguardia del ejército del General Oribe que sitiaba a Montevideo, obligarlo a espitular y terminar así la campaña. Los requerimientos del Gobierno de la plaza para que librara cuanto antes la bata-

lla llegaban con gran retraso al caudillo. En diciembre había recibido una carta del Presidente D. Joaquín Suárez fechada el 29 de octubre, en la cual, bajo la impresión producida por los sucesos que dieron lugar a la caída del Ministro de la Guerra General Pacheco y Obes y la agitación que ésta produjo en la plaza, le decía: “Venga Vd. o mande por el Cerro una división, que con ella se levantará el asedio y triunfaremos, para después cargar sobre Urquiza y hacerle pedazos. Ya es muy necesario acabar la guerra”. El 12 de noviembre volvió a escribirle D. Joaquín Suárez para imponerle de los cambios producidos en el gobierno, y agregaba al día siguiente: “Ayer formé el ejército en la calle principal, del Mercado a la Plaza Cagancha; proclamé a cada batallón por separado, vitoríé a la República, a nuestras leyes, y a los bravos defensores; todos ellos contestaron con entusiasmo y vitororearon al ejército en campaña y a su benemérito General; creo que hemos adelantado en la confianza de la tranquilidad pública, que la inspira en la población”... “es preciso que Vd. se aproxime para apurar las operaciones de guerra con esta plaza y dar a este enemigo un golpe que le haga retirar; sin eso no se triunfará y el tiempo pasa y moriremos de consunción si no de miseria; todo tiene término”.

El plan del General Rivera no coincidía en esos momentos, como se advierte, con los requerimientos del Gobierno de la plaza. El ejército que operaba en campaña no podía aproximarse a Montevideo sin comprometer su posición y exponerse a ser cogido entre los fuegos de las fuerzas sitiadoras y los del ejército del General Urquiza que lo perseguía implacablemente. El caudillo acertaba al proponerse batir primero al General Urquiza y atacar luego la línea del General Oribe. En aquellos días realizaba una serie de movimientos que tenían por objeto buscar el momento y el sitio para dar la batalla decisiva que aseguraría el éxito de ese plan. Pasó y repasó el río Negro, obtuvo algunas armas, municiones y vestuarios que recibió del Brasil, sus divisiones y su vanguardia hostilizaron al enemigo con varia fortuna, atacó nuevamente a la villa de Melo, aunque sin resultado, perdiendo en

la acción al Comandante Cabral, y, al finalizar el mes de marzo, ocupó el valle del Aiguá, dispuesto ya a librar la batalla campal, para lo cual extendió sus guardias hasta Minas y Maldonado, mientras el General Urquiza maniobraba en las proximidades, apoyado el ejército entrerriano por las divisiones de los Generales Ignacio Oribe y Servando Gómez.

La acción campal que el General Rivera había eludido con su hábil táctica durante veinte meses, era ya inevitable e inminente. El caudillo reunió a sus jefes en junta de guerra y en ésta se decidió dar la batalla. La primera medida fué alejar del ejército de operaciones y poner a buen recaudo el convoy de familias, el cual fué situado en la Angostura, cerca de la frontera del Chuy. Destacó en seguida una columna de mil hombres con la misión de hostilizar al ejército entrerriano que se había parapetado en el cerro de Arequita; pero éste avanzaba ya en masa en busca del General Rivera. La fuerza expedicionaria chocó con el enemigo en el valle de Fuentes, donde los infantes orientales, apoyados por la caballería, rechazaron y arrollaron la vanguardia entrerriana. Lograda esta ventaja, la columna victoriosa se replegó hacia el grueso del ejército. El 21 de marzo el General Rivera con todas sus fuerzas estaba sobre el arroyo Aiguá. Lo cruzó, al caer la tarde, con su ejército, marchó toda la noche azotado por la lluvia, y al siguiente día llegó a la margen del arroyo Alférez y lo vadeó, al mismo tiempo que el General Urquiza, que venía en su seguimiento, atravesaba el Aiguá.

\*  
\* \*

El caudillo oriental buscaba campo propicio donde librar la batalla y creyó hallarlo en el Higuerón, situado en el estero que forma la horqueta de los arroyos India Muerta y Sarandí de la Paloma, sitio que en el año 1816 le había sido funesto, cuando sus fuerzas fueron allí derrotadas por los invasores portugueses. Eligió aquel terreno bajo y húmedo porque conocía la localidad palmo a palmo y creía, sin

duda, que las caballerías del General Urquiza, que no lo conocían, hallarían dificultades para maniobrar entre los anegados sangradores del estero y frente al profundo zanjón que lo cruzaba y que constituía una excelente obra de defensa natural.

El paisaje era árido y melancólico. La llanura se tendía hasta el horizonte, gris y monótona, salpicada de pequeñas lagunas y macizos de espadañas y paja brava, y limitada por las alturas de Averías. Una que otra palmera solitaria, avanzadas del próximo palmar de San Luis, levantaban sus esbeltos troncos y sus verdes cabelleras sobre la planicie.

Acantonado en el terreno elegido, la noche del 26 de marzo, sintiendo la proximidad del enemigo, el General oriental envió contra él una gruesa descubierta que se apoderó de parte de sus caballadas y volvió con ellas al campo donde el caudillo organizaba ya su línea de batalla. Resolvió dar la espalda al arroyo India Muerta y formó el ala derecha y parte del centro con las divisiones al mando de los Coroneles Blanco, Freire, Cuadra y Costa. El ala izquierda se tendió en forma oblicua formada por las divisiones de los Coroneles Silva y Luna. La división del Coronel Báez quedó de reserva. En el centro, cubierto por el zanjón, ordenó montar la culebrina de a 8 servida por un piquete de artilleros y flanqueada, a derecha e izquierda, por una compañía de tiradores al mando del Coronel Lorenzo Flores. Al frente de los regimientos estaban los Comandantes Viñas, Santander, Quintana, Aguilar, Centurión, Camacho, Viera y otros jefes.

El General Rivera recorrió la línea y contó poco más de tres mil hombres, bien montados, pero escasamente armados y casi desnudos. Los contingentes de caballería blandían lanzas, muchas de ellas improvisadas, o esgrimían viejos sables; algunos escuadrones disponían de escasas tercerolas. Solamente un pequeño batallón de infantes levantaba apenas cincuenta fusiles con bayoneta; a ellos se agregaba la pieza de bronce de a 8 con su carguero de municiones. Estos soldados habían afrontado los crueles inviernos de 1843 y 1844 cubiertos con restos de uniformes y girones de ponchos; abri-

gados los más con cueros de novillos hendidos al centro a guisa de capa y miserables jergas a manera de *chiripá*. Con igual estoicismo habían sufrido el hambre, la sed, las interminables marchas nocturnas y las fatigosas jornadas bajo el tórrido sol de verano. Ateridos y hambrientos habían cruzado los campos inundados o se habían lanzado a las rápidas corrientes de los ríos salidos de madre. Así habían guerreado durante veintiséis meses, héroes de treinta y dos combates, sin desmayar jamás, porque sabían que estaba allí el General a quien había que seguir en la buena y en la mala fortuna y por quien había que morir si ello era necesario. Iba a sonar en aquellos momentos la hora de la batalla decisiva.

Ante ellos avanzaba el ejército entrerriano, bien montado, bien armado y equipado, adicto a su caudillo y poseído también del espíritu de cuerpo. Eran cuatro mil veteranos sometidos a ruda disciplina y fogueados en recios combates. Sus temibles regimientos de lanceros se completaban con batallones de infantería montada. Un fuerte piquete de artilleros servía tres piezas de campaña con avantrenes y carros de municiones bien provistos.

Los jefes divisionarios eran los Coroneles Undinarían, Díaz, Palavecino y Barreto. Los regimientos eran mandados por los coroneles Granada, Quesada, Benítez, Domínguez y González. Al frente de los escuadrones flanqueadores estaban los Comandantes Muñoz, Hermida, Peñarol, Pérez, Zipitría y Olid. Todos eran jefes veteranos y algunos habían hecho las grandes campañas continentales.

Cuando el ejército entrerriano bajó de las alturas de Averías y descubrió las columnas del General Rivera, el General Urquiza dispuso su línea de batalla. Destinó a la derecha la primera división entrerriana, al mando del Coronel Undinarían, una compañía de tiradores, un escuadrón de dragones y varios lanceros; al centro una compañía de infantes, los volteadores entrerrianos y las tres piezas de artillería con su dotación de artilleros al mando del Mayor Francia. A la izquierda fué destinada la tercera división entrerriana junto con una compañía de infantes, un escuadrón

de lanceros y las fuerzas flanqueadoras. Fuertes reservas de caballería fueron destinadas a formar a retaguardia.

Antes de salir el sol del día 27 se escopetearon las guerrillas desprendidas de ambos ejércitos; las fuerzas orientales obligaron a replegarse a las fuerzas entrerrianas. El ejército del General Urquiza avanzó entonces en masa y estableció la línea de batalla frente al enemigo. Los regimientos se lanzaron a salvar los sangradores y el pantanoso zanjón: la infantería oriental y su única pieza de artillería diezmó los primeros escuadrones atacantes. El General Urquiza envió en protección sus batallones de infantería y, al amparo de los fuegos de ésta, las divisiones salvaron el peligroso obstáculo. La línea entrerriana avanzó en masa y se tendió frente a la línea oriental desbordándola.

Eran las siete de la mañana. El pálido sol de otoño acababa de aparecer en el horizonte cuando sonaron los clarines y batieron los tambores anunciando la carga. Los primeros regimientos que el General Urquiza envió al ataque fueron rechazados dos veces por las fuerzas orientales. El General Rivera ordenó entonces que el ala derecha y parte del centro se lanzaran sobre el enemigo. Las divisiones de los Coroneles Freire, Blanco, Cuadra y Costa bajaron las lanzas y, al toque de carga, se precipitaron como un alud sobre la línea entrerriana, arrollándolo todo a su paso y quebrando el ala izquierda del ejército argentino. El caudillo oriental, que observaba la carga, creyó en aquel momento ganada la batalla.

Mientras sus regimientos sembraban la muerte en la izquierda del enemigo, ordenó que las fuerzas que ocupaban en el campo una línea oblicua diesen frente y cargasen sobre la derecha entrerriana. Las divisiones de los coroneles Silva y Luna al hacer el movimiento de conversión se envolvieron y desorganizaron, perdiendo la línea de formación. El General Urquiza, que vió la confusión producida en la izquierda oriental, mandó sobre ella una vigorosa carga a fondo. Los regimientos, confundidos y desorganizados, volvieron grupas sin esperar el choque, y en su dispersión y huida cayeron sobre las reservas mandadas por el Coronel Báez, que fueron también envueltas, lanceadas y dispersadas sin que

podieran hacer uso de sus armas. Inútiles fueron los esfuerzos del Coronel Luna, que mantenía sus infantes en formación y a pie firme, disparando sus tercerolas, y la presencia del General Rivera que, dirigiéndose a gran galope a la izquierda, logró rehacer algunos escuadrones y los lanzó al combate. El ala izquierda oriental quedó destruída por el enemigo. Entretanto en el ala izquierda entrerriana los regimientos orientales triunfaban y, en sus cargas, los lanceros llegaban hasta la retaguardia del enemigo y la lanceaban por la espalda. El General Urquiza movió entonces sus poderosas reservas y él mismo se lanzó al frente de su escolta a restablecer el combate. Dos horas se luchó sin tregua hasta que, diezmadas las fuerzas orientales por la acción de la infantería enemiga, el General Rivera y el resto de sus fuerzas cedieron el campo al caudillo entrerriano, dejando mil cadáveres en la llanura y sobre la barranca del arroyo India Muerta y seiscientos prisioneros en manos del enemigo.

Antes de retirarse el caudillo oriental del campo de batalla ordenó a los Coroneles Silva, Báez, Luna, Santander y otros que se dirigieran con los restos de las fuerzas de su mando hacia la Angostura, donde se hallaba el convoy de familias custodiado por la división del General Medina y que, reunidos a ésta, y con aquel convoy, cruzaran la frontera del Chuy y se pusieran bajo la protección de las autoridades brasileñas. Otros jefes, entre ellos Brígido Silveyra, quedaron encargados de mantener en la campaña la guerra de recursos a fin de preparar el regreso del General. El, al frente de trescientos hombres, se dirigió hacia el río Cebollatí en demanda de la frontera del Brasil. Lo acompañaban los Coroneles Blanco, Mendoza, Centurión, Espinosa, Camacho y Vidal, los Comandantes Aguilar, Caraballo, Caballero, Paunero, Fraga y Ortega y numerosos oficiales. A corta distancia del campo de la acción los fugitivos se detuvieron para carnear y descansar sin ser molestados.

El General victorioso había quedado exhausto y sin medios de movilidad, al extremo que no pudo perseguir a los escuadrones derrotados. Recién al día siguiente de la batalla consiguió montar la división del Coronel Urdinarrain y la en-



vió en persecución de los dispersos. El jefe divisionario se dirigió hacia Castillos. Cuando llegó a la Angostura, ya las fuerzas orientales y el convoy de familias habían cruzado la frontera del Chuy y se hallaban en territorio brasileño. El jefe entrerriano penetró en el Brasil y se permitió intimar al comandante imperial la entrega de las armas, las carretas y los caballos de los fugitivos, pretensión que fué severamente rechazada.

Entretanto, el General Urquiza manchaba su victoria con una tremenda hecatombe. "Pocas veces, dice Antonio Díaz, se registrará en los fastos luctuosos de las guerras de los pueblos un hecho revestido de más bárbaros procedimientos. El General ensangrentó su victoria de una manera tan repugnante que su mismo triunfo llenó de luto el corazón de los orientales de todos los partidos". Y agrega más adelante: "Al día siguiente de la batalla de India Muerta, Urquiza hizo formar en cuadro a los prisioneros que quedaban y mandó que los degollasen. El quiso darse el gusto de presenciar la operación que se hizo al toque de música".

Los trágicos esteros de India Muerta absorbieron la sangre de los 600 prisioneros inermes sacrificados mientras las músicas militares llenaban con sus sonos los ámbitos del desolado paisaje.



Mientras los ecos marciales apagaban los gemidos de las víctimas de la saña del General vencedor, el caudillo derrotado, seguido del grupo de jefes y oficiales y de una pequeña escolta, se dirigía hacia el norte en demanda de la frontera del Brasil. Cruzó el río Cebollatí, atravesó desiertos campos y llegó a la margen derecha del río Yaguarón.

El Comandante General del departamento de Cerro Largo, Dionisio Coronel, sintió su presencia y emprendió la persecución del General vencido. Iba a cobrarse el doble ataque a la villa de Melo que le había arrancado los más tremendos y bárbaros dictérios. Derrotado y fugitivo estaba casi en sus

manos el “incendiario Pardejón”, a quien sólo quedaba de sus “inmundos y ennegrecidos reales” este desventurado grupo de proscriptos. Lo alcanzó con sus fuerzas en la madrugada del 6 de abril, en momentos en que el caudillo iba a cruzar el río por el paso de las Piedras. Lo atacó, dispersó parte de su escolta, le arrebató armas y caballos y obligó al General a tirarse a las aguas del río, casi desnudo, a fin de no caer en manos de sus perseguidores. El fugitivo cruzó a nado la corriente, alcanzó la opuesta orilla y se acogió a la protección de la guardia brasileña que se hallaba acampada en la margen izquierda.

Desconocido en el primer momento por el oficial que mandaba el destacamento, que pretendió tratarlo como si fuese un malhechor perseguido, el caudillo se dió a conocer con estas viriles palabras:

—“Soy el General Rivera y si usted no respeta mi jerarquía me lanzaré nuevamente al río para morir a manos de mis compatriotas”.

El oficial brasileño, sorprendido por estas palabras, prestó protección y asistencia al General y a sus compañeros y los condujo a Yaguarón. El 10 de abril, el jefe vencido escribió al barón de Caxías, gobernador de la provincia de Río Grande, una carta para darle cuenta del contraste que habían sufrido sus armas a causa de “un revés de los que no son extraños en la carrera de las armas”, y de la emigración de los restos de su ejército por la frontera del Chuy y otros puntos para ponerse bajo la protección del gobierno de S. M. el Emperador, y diputó a don Vicente Alvarez para recibir las órdenes que al respecto dictase el jefe brasileño. Contestó éste el 19, desde el Palacio de Gobierno de Porto Alegre, para deplorar la derrota, y le anunció el envío del Coronel Olivera Villasboas, que llevaba instrucciones para tomar las providencias necesarias. Le aseguraba el barón que, “sin faltar a los deberes de la hospitalidad compatibles con la generosidad de la provincia”, sabría “mantener la neutralidad debida en tales casos”. Poco después el Gobierno Imperial, no obstante la internación decretada contra el caudillo de acuerdo con las prácticas internacionales, y las medidas de

extrañamiento que contra él adoptó el Gobierno de Montevideo, lo acogía benévolamente en Río de Janeiro, y el General emprendía con los ministros del Emperador, y con el propio Emperador, negociaciones encaminadas a lograr la liberación de Montevideo y la destrucción del poder del General Rosas, mientras sus parciales en la ciudad sitiada y en campaña se agitaban para obtener su regreso al país a fin de que se pudiese nuevamente al frente del ejército nacional.



Si la retirada del General Rivera hacia el norte después de la derrota de India Muerta fué dramática, más lo fué la emigración de las familias que vivían bajo el amparo de su ejército y que, formando un largo convoy de carretas se dirigieron hacia el Chuy bajo la protección de las fuerzas del General Medina y los Coroneles Silva, Báez, Luna y Santander. El 28 de marzo, a mediodía, llegó el convoy a la frontera y se detuvo a veinte cuadras del paso del río. Al día siguiente por la mañana cruzó las aguas del Chuy que se hallaban hinchadas a consecuencia de la lluvia caída los días anteriores.

La Providencia quiso que un testigo presencial conservase para la posteridad el relato de este dramático episodio. José Gabriel Palomeque, joven entonces de veintitrés años que, inflamado por el sentimiento de libertad, procuraba en los días que precedieron a la batalla de India Muerta incorporarse al ejército del General Rivera, se hallaba en el paso del Chuy cuando llegaron los dispersos de la batalla y el convoy de familias. Fresca todavía la impresión que le produjo el patético cuadro lo describió en una extensa carta íntima que alcanza a veces trágico acento. “Ciento cincuenta carretas puestas en línea, dice, una tras otra, formaban la primera parte del convoy; venían picadas por viejos, niños y hasta mujeres, a pie y a caballo; al lado de cada una mar-

chaban los animales vacunos y caballares que les pertenecían, pero todos flaquísimos porque Rivera, al separarse de él, les sacó cuantos caballos buenos, y hasta regulares, tenían. Las carretas eran verdaderas arcas de Noé; llenas por dentro de ropa y trastos; las familias agrupadas contra el techo, sin poder moverse, mientras que fuera y por debajo se veían colgados asadores, ollas, sartenes, leña''.

Este cuadro que, durante las guerras que desde la independencia azotaron al país tuvo muchas veces por escenario la campaña, vió ensombrecidas sus tintas al llegar el segundo contingente de familias, apenas traspuesto el cauce del río la última carreta. "Más de dos mil viejos, mujeres y niños, dice Palomeque en estilo verdaderamente homérico, casi en cueros, descarnados y hambrientos, que componían la segunda parte, llegaron al río..., aquí, una mujer montada en un caballo flaco y escuálido, llevaba un niño delante y dos en aneas, y otro atado a la cola con los utensilios de su hogar. Allí, una muchachita de nueve a diez años, descalza y en camisa, marchando a pie, conduciendo de la brida el caballo en que iba la madre o la abuela enferma, y otro con sus hermanitos; allá, un viejo arreando un animal en que iban agrupadas cuatro criaturas; acá otro que apenas podía moverse, acompañado de un hijo mozo que lo llevaba del brazo, con un chiquito a la espalda y el atado de ropa en la cabeza; y más allá otra, con un pequeñuelo de pecho, seguida de tres o cuatro más asidos por sus rotos vestidos. Toda esta multitud mezclada y confundidos los de a pie con los de a caballo, se precipitó al paso, envuelta en el tropel de los animales que lo pasaban al mismo tiempo. El río estaba crecido; los viejos y las mujeres lo pasaron con el agua por la cintura y las criaturas, con las cabecitas de fuera, en los brazos de sus madres''.

El sol de otoño, que había brillado toda la mañana y entibiado la atmósfera, se ocultó cuando las familias comenzaron a cruzar las aguas del río. "El cielo, dice el cronista, como si no estuviera cansado de tanto infortunio, quiso aumentarlo, y una tormenta deshecha de truenos, de agua, de

viento y frío acompañó el pasaje del convoy. Aquellos desdichados, al salir del río, ensopados y ateridos, tenían que marchar por barriales inmensos, salpicados y cubiertos de lodo, cayéndose en unas partes y hundiéndose en otras, eran un verdadero objeto de compasión”.

Detrás de las familias cruzaron los dispersos de India Muerta: novecientos hombres a cuyo frente iba el Coronel Báez. Avanzaban en columna, de cuatro en fondo. Dice el cronista que casi todos eran indios, “muchachos en cueros, sin más vestido que un pedazo de poncho viejo, agujereado; el que tenía lanza no tenía sable, y el que tenía sable no tenía lanza; armas de fuego rarísimas y municiones ninguna”. A retaguardia, hosco y taciturno, cabalgaba el General Medina rodeado de algunos jefes y oficiales.

Narra el corresponsal diversos incidentes que revelan el espíritu que poseía a todos aquellos desventurados. Varias familias del convoy se negaron a pasar la frontera; les hicieron presente el riesgo que corrían, pues iban a ser víctimas de los enemigos. “Lo sabemos, respondieron, pero preferimos la muerte a la emigración”. Una mujer se arrojó al suelo, con sus hijos, gritando: “Quiero que me maten los blancos, quiero morir en mi tierra”. Un oficial, no pudiendo sufrir la idea de emigrar salió de las filas diciendo: “Yo nací oriental y quiero morir peleando por mi patria antes de abandonarla. Soldados: el que sea patriota sígame”. Y al momento más de treinta jinetes lo siguieron”. Nadie quiso desprenderse de las armas con que habían combatido y en las que cifraban todavía sus esperanzas. “Cuando los brasileños quisieron desarmarlos, unos las ocultaron, otros las rompieron y muchos se volvieron con ellas por no entregarlas. Uno se paró gritando: “Qué, ¿no somos todavía bastante desgraciados? No basta tener que dejar nuestra tierra sino que quieren todavía sacarnos las armas? Nadie me quitará las mías: me las dió la patria para defenderla y moriré con ellas en la mano”. Y regresó con otros al país a pesar de que el enemigo estaba ya en la frontera.

Estos rasgos revelan cómo el infortunio y el sufrimien-

to no lograban ahogar el patriotismo ni doblegar el espíritu de aquel pueblo ni de aquellos soldados. Fue necesario que la guardia brasileña ofreciera devolver las armas a quienes quisieran regresar al territorio oriental para que le fueran entregadas.

Bajo la lluvia que caía inclemente y anegaba los campos y las sendas prosiguió la marcha de la caravana. Los proscritos se despidieron de la patria al ver dibujarse por última vez en el horizonte, sobre el fondo nebuloso, los cerros de San Miguel. El convoy acampó en una vasta llanura desnuda de árboles y casas, cubierta de agua, sin más seres vivientes que los que habían llegado la noche anterior. “Sobre aquel campo lleno de lodazales y regado de lágrimas, dice Palomeque, sin leña ni combustible con que hacer fuego, mojados, ateridos de frío, esperaban la orden de marchar. Hacía dos días que no comían, y sus semblantes demacrados y marchitos manifestaban, con muda pero patética elocuencia, las necesidades que sufrían. Cuanto alcanzaba la vista en una extensión de dos leguas estaba cubierto de familias y de animales paciando a la ventura”.

La pluma del joven patricio, que escribía sobre la carona del recado, frente al desolado cuadro, movida por la emoción y la congoja, agrega todavía: “Por todas partes se veía a un tiempo la actividad y el descanso; mientras unos, ya sentados, ya en pie, se apiñaban para darse calor, o se envolvían en las jergas de sus caballos, otros, impacientes, se ponían en camino esperando hallar víveres y leña”. Además de contemplar el dramático cuadro que ofrecía aquella muchedumbre, el emocionado observador volvía los ojos hacia el desolado paisaje y lo pintaba con vigorosas pinceladas y patéticos colores. “El aspecto de aquella llanura dilatada y sombría, en que apenas el silencio de la naturaleza era interrumpido por el triste susurro, podría decirse, de nuestra lenta marcha; aquella escena de movimiento pero sin vida; aquella muchedumbre de miserables fugitivos; aquella niebla glacial y aquellas garúas heladas; todo este conjunto realzado por la perspectiva monótona y uniforme de las cordilleras de arena blanca del albardón que se ex-

tendía a nuestra derecha, me recordó la funesta retirada de los franceses en la Rusia. En efecto: India Muerta era nuestro Moscú, y la emigración nuestra retirada”.

Con razón el General Rivera que, desde la frontera del Yaguarón, dominaba con los ojos del espíritu el terrible panorama de aquel desastre, escribió como lacónico pero elocuente comentario estas melancólicas palabras: “¡Cosas de llorar!”





## Alejandro Dumas, Rosas y Montevideo (1)

Los hombres de mi generación nos formamos oyendo hablar desde la niñez de la Nueva Troya. El libro de Dumas había dejado honda huella en el espíritu de nuestros abuelos y de nuestros padres y, en las veladas del hogar, se le citaba a menudo y se repetían sus dramáticas anécdotas. Cuando, en una de las muchas furtivas incursiones a la biblioteca paterna, el pequeño libro cayó en nuestras manos, devoramos sus páginas profundamente turbados y conmovidos hasta las lágrimas. Aquella lectura, repetida con renovado deleite, no la olvidamos jamás. Tan honda huella dejó en nuestra mente y en nuestra sensibilidad que, acaso, todavía sentimos su influencia y nos dejamos embriagar por las prístina emoción cuando recordamos cosas y sucesidos de la Guerra Grande o escribimos sobre ellos. ¡Cuántas veces la literatura de la Nueva Troya, mezclada con recuerdos de relatos oídos en el hogar, ha bajado a la punta de la pluma y nos hemos entregado al turbión romántico en que se confunden y mezclan las invocaciones a los héroes grecorromanos, los paralelos épicos, las antítesis barrocas, las frases lapidarias, las patéticas anécdotas, los movimientos desordenados de la sensibilidad y de la imaginación y las estoicas doctrinas de los defensores de la libertad! Todo ello era el complemento de la tradición doméstica, la estilización de lo que habíamos escuchado de labios de nuestros mayores: nueve años de heroísmo, de sacrificio, de abne-

---

(1) Prólogo del libro que, con este título, publicó el Profesor Jacques Duprey.

gación, de peligros en que vida y hacienda se entregaron sin tasa para defender la pequeña ciudad asediada. Los jóvenes abandonaron sus estudios y sus labores para tomar las armas; los viejos requirieron los enmohecidos sables y carabinas de las luchas de la independencia; las mujeres y los niños se consagraron a coser ponchos y uniformes para los soldados y a hacer hilas y vendas para los heridos; los extranjeros se agruparon en legiones; las murallas se levantaron como por ensalmo; los antiguos cañones coloniales fueron desenterrados de las esquinas de las calles y montados en improvisadas cureñas; las familias se desprendieron de sus vajillas y de sus joyas para acuñar moneda; las escuelas se convirtieron en hospitales de sangre; los combates y las batallas se empeñaron, como en la ciudad troyana, al pie de los muros, mientras de lo alto de ellos las mujeres y los niños miraban luchar a los héroes y elevaban al cielo sus plegarias propiciatorias.

La Nueva Troya fué, pues, para nosotros, más que un panfleto a una obra de historia, un pequeño evangelio literario, y hemos de reconocer la influencia que ejerció sobre la concepción espiritual que de la Guerra Grande adquirimos, influencia que invadió también la esfera estética, puesto que el libro nos hizo sentir con mayor intensidad y adivinar los personajes y los episodios del gran drama histórico que tuvo por teatro el Río de la Plata, a partir del año 1843, y que se prolongó hasta el año 1851. Agreguemos que, de tales personajes, lo que admiramos, sobre todo, fué el carácter, y de los episodios, lo que nos subyugó fué aquello que se refería al valor, a la dignidad, al honor, al espíritu de sacrificio, al estoicismo para aceptar el sufrimiento y sobrellevar el infortunio. Nos acostumbramos así a admirar a aquellos hombres y mujeres que no temían a la muerte ni al dolor; los unos se batían serenamente y morían pronunciando palabras dignas de inscribirse en los monumentos; las otras veían caer a los padres, a los esposos, a los hijos, a los hermanos y se bebían las lágrimas sin lanzar una queja. Pálidas y enlutadas recorrerían los hospitales de sangre, y como lo dijo doña Cipriana Herrera de Muñoz al oír tronar los cañones sitiadores, no temblaban por la suerte de sus hijos sino por la suerte de la Patria.

El diorama literario comprendía por igual la ciudad sitiada y el campo sitiador: el Montevideo romántico de las enrejadas ventanas, de los blancos miradores, de los patios floridos, de los faroles de aceite, y el campo sitiador con el cuartel general, las quintas de las familias del patriciado blanco, el Cardal, la villa Restauración con su sociedad prócer; los consejos de gobierno del Fuerte presidido por aquel anciano enteco y austero que cuando se le interrogaba sobre las sumas entregadas al servicio de la patria contestaba que él no llevaba cuentas a su madre, y los consejos del Cerrito presididos por aquel otro hombre pálido y de ojos azules, de maneras señoriles y de palabra pausada y fría, a quien se amaba y se odiaba con la misma fuerza. No había familia de Montevideo que no tuviese deudos en el Cerrito ni familia del Cerrito que no los tuviese en la ciudad asediada. Montevideo había visto llegar a las familias que huían del invasor; pero una tarde había asistido con pena a la emigración de otras familias que partían para el campo sitiador. Los que se iban furtivamente habían contado con la ayuda y la complicidad de los propios sitiados. Las novias suspiraban por los novios ausentes y se dió a menudo el caso de audaces visitas furtivas al amparo de la sombra de la noche. El amor burlaba guardias y escuchas y, a veces, las niñas de la ciudad lucían rojos claveles federales de las quintas del Cerrito, y las del campo sitiador ramos de azules miosotis cogidos en los arriates de los patios de Montevideo. Cuando se pactó el armisticio de 1848 las familias de Montevideo y del Cerrito se confundieron en los campos enemigos. Hemos oído de labios de nuestros mayores la descripción de las escenas del armisticio y las de la terminación del sitio. Las familias salieron en carruajes y carretas a confundirse en interminables abrazos con los parientes y amigos del campo sitiador.

Una maravillosa mañana de sol, recorriendo con Enrique Larreta la cumbre del Cerrito en busca de recuerdos y reliquias, como lo había hecho en otra ocasión con Ricardo Rojas, evocamos, frente a la ciudad y al paisaje, las escenas del armisticio que habíamos oído describir y de las cuales habían sido también protagonistas los antecesores del ilustre

escritor argentino. Reconstruimos así, imaginativamente, el Cuartel General; las quintas próceres; el camino del Cardal, de la villa Restauración y del Buceo; el del Miguelete, el Reducto y el Paso del Molino, todos bordeados de pitas y sombreados de árboles; la ciudad amurallada a lo lejos. El Cerrito se pobló de militares, de paisanos, de mujeres, de niños que invadían el Cuartel General, los cuerpos de guardia y los acantonamientos; y por los lejanos caminos vimos imaginativamente avanzar convoyes de carrajes y carretas, alegres cabalgatas, bulliciosa muchedumbre que venía de la ciudad y que llegaba hasta la colina convertida en campo de paz y de amor, y donde los hombres, las mujeres y los niños se abrazaban lanzando exclamaciones y gritos de júbilo.

\*  
\* \*

La Nueva Troya fué, pues, para nosotros, y con más razón para nuestros padres y abuelos, una influencia literaria tan esencial como los "Consuelos" de Echeverría, como el "Canto a la Libertad" de Juan Carlos Gómez, como el "Apóstrofe a Rosas" y los "Cantos del Peregrino" de Mármol.

En su coloreada prosa, en la sensibilidad de sus páginas, en su estilo, en su lenguaje, en su técnica literaria advertimos una nueva manera de hacernos ver y sentir las cosas objetivas y de hacernos amar más a las figuras que ya amábamos. Acaso, por primera vez, sentimos el encanto de la pequeña ciudad salida casi de la crisálida colonial y el prestigio pintoresco de su historia, y con ello vimos que los hombres se engrandecían y adquirían proporciones y carácter legendarios. Tan honda fué esta influencia, que desde entonces la Guerra Grande alcanzó el prestigio del romance y lo sigue manteniendo a pesar de que la Nueva Troya es hoy casi ignorada por las nuevas generaciones.

Este olvido es injusto; cualesquiera sean los defectos y deficiencias del libro en el orden literario, la Nueva Troya es una de las obras que más contribuyó a afirmar el movimiento romántico en nuestra ciudad y que imprimió a éste

una orientación más propia y peculiar. Sus elementos son típicamente nuestros y ellos se hallan de tal manera embelecidos y estilizados que inútiles resultaron los esfuerzos que se hicieron para destruir el hechizo del pequeño libro. Ese hechizo fué un filtro que embriagó a dos generaciones y cuyos efectos persisten todavía, aún cuando se desconozca su origen.

En el orden histórico también la Nueva Troya ejerció una influencia que no ha sido destruída. No ha de recomendarse el libro como texto de información ni como obra didáctica; pero en el plano de la sugestión, de la evocación literaria, de la generalización del paisaje histórico no es posible negar que este pequeño libro creó una especie de escenografía, de una fuerza pintoresca y expresiva sin ejemplo, que no ha podido ser borrada de los grandes telones, como no han podido ser tampoco destruídos los personajes, los caracteres, los episodios, las escenas, las anécdotas que se desprendieron de sus páginas y echaron a andar como realidades por el mundo.



No es raro, pues, que esta obra, que es fundamental para el estudio de un momento esencial del proceso literario del Uruguay y, especialmente, para el estudio de la sensibilidad en la segunda mitad del siglo XIX, a pesar de haber estado totalmente olvidada durante largos años, sea puesta ahora nuevamente en valor y que los editores se lancen a la aventura de reimprimirla. Hacen bien los críticos en inclinarse sobre las amarillentas páginas de la Nueva Troya; y cuando el crítico es un hombre de la jerarquía intelectual y de la singular preparación del Profesor Jacques Duprey, hay que felicitarse de que el libro haya logrado tal comentarista. Precisamente, examinando un libro de este autor que tiene cierto parentesco con la Nueva Troya, al menos porque se refiere al mismo escenario y a la misma época, decíamos que sus páginas estaban destinadas a apasionar a quienes aspiran a

que la historia escrita en estos países de América vaya cobrando el acento literario que tiene la de los países europeos. Y agregábamos que para que ello sea así es conveniente que los elementos de nuestra historia sean animados por la mentalidad y la sensibilidad de los escritores europeos, quienes, por su cultura y disciplina, le agregan el color y el sentimiento vital de que suelen prescindir quienes cultivan aquí el género histórico.

No parece sino que estas palabras fueran dirigidas a la Nueva Troya, puesto que en este libro se realizó ya el milagro que el Profesor Duprey reprodujo en su bellísima obra titulada “Un hijo de Napoleón en el Plata”, libro en que la figura del Conde Walewski se proyecta nítidamente sobre el fondo de la historia de la Guerra Grande. Necesariamente tenía que tropezar este escritor con la Nueva Troya y hacer, como lo ha hecho, el juicio crítico del libro.

Nadie está más preparado que él para hacerlo. El profundo estudio que ha realizado sobre los orígenes y desarrollo de la Guerra Grande; la investigación personal que emprendió en los archivos de Francia, Inglaterra, Montevideo y Buenos Aires, y especialmente en ciertos legajos inexplorados del *Quai d'Orsay* y del *Foreign Office*, le han dado posición magistral. Sus ocios los ha consagrado al estudio de la historia del Río de la Plata y a trabajos de crítica literaria y artística, en todo lo cual ha acendrado su personalidad de escritor y ha creado un estilo de acento muy personal, en el que la prosa francesa, de suyo tan diáfana, tan clara y tan hecha al orden, suele experimentar la influencia de la sensibilidad del autor, un poco exaltada, y la inclinación del mismo a la perífrasis y al *humour*, que no es precisamente virtud francesa. Nada de esto quita belleza y dignidad al estilo del Profesor Duprey; al contrario, le presta originalidad que es virtud literaria de altos quilates.

\*

\* \*

El nuevo libro del Profesor Duprey comprende un ex-

tenso estudio histórico, crítico y bibliográfico de la obra de Alejandro Dumas, "*Montevideo ou une nouvelle Troie*" y de las otras obras del mismo escritor que se relacionan con ella: un periódico literario y político "*Le Mois*", la novela corta "*Une aventure d'amour*" y una traducción libre de las "Memorias" de Garibaldi, obras en parte desconocidas hasta el día. Está profusamente ilustrado con preciosas láminas de alto valor histórico.

Al final del libro, el autor hace una emuneración muy prolija y caracterizada de las diversas ediciones de la obra de Dumas: las dos de 1850, en francés, impresas en París; la traducción italiana de 1850, hecha en Génova; las españolas, hechas el mismo año por el "Comercio del Plata" y la Imprenta Uruguaya de Montevideo, y la segunda traducción española hecha por el doctor Carlos Muñoz Anaya, editada en 1893 en esta ciudad. Total: seis ediciones, hoy completamente agotadas y algunas de ellas casi desconocidas, a las que hay que agregar la que acaba de hacer el editor Claudio García de la versión del señor Edmundo Bianchi, precedida de un estudio crítico del señor Ariosto D. González.

El análisis crítico de Jacques Duprey tiene altísimo interés literario e histórico. Al estudiar el procedimiento usado por Dumas, dice el crítico que los personajes del libro se presentan mediante "anécdotas dialogadas que no carecen de fuerza dramática... Son personajes hermosos, caballerescos, con su puntillo de honra a flor de piel... Dumas usa y abusa de las comparaciones históricas... La historia no le sirve solamente de "clavo para colgar sus cuadros", según una de sus célebres fórmulas, sino de verdadero almacén de imágenes, de máquina de fabricar comparaciones". Si hay en esto una reserva crítica en lo que se refiere a la composición literaria, hay un reconocimiento y un evidente elogio de lo que vale el libro en el orden de lo pintoresco, de lo sensible y de lo animado, y ello constituye la justificación de lo que decíamos al principio respecto a la influencia que él ejerció sobre el panorama literario de la Guerra Grande. En apoyo de esta afirmación, agrega el crítico al referirse a la impresión que hizo el libro cuando llegó en 1850 a Montevideo: "Los paí-



ses del Plata se "mosqueterizaron", como había ocurrido algunos años antes en Francia". No se puede pedir mayor elogio que éste. Y para probar su aserto agrega el comentarista que Montevideo, con 22.000 habitantes, agotó dos ediciones de "La Nueva Troya" en francés y en español, además de los ejemplares vendidos de las ediciones de París y Génova.

En el resto del Río de la Plata la popularidad del autor francés tuvo otras características. El diario del General Oribe, "El Defensor de la Independencia Americana", que se editaba en el Cerrito, publicó una extensa refutación que ha sido atribuída a la pluma del General don Antonio Díaz, en la cual, no obstante el tono panfletario y la violencia del lenguaje, se encuentran interesantes referencias a los sucesos históricos del Río de la Plata. Los periódicos de Rosas injuriaron en todos los tonos al escritor francés. La prensa federal lo definió con estas palabras: "el mulato Dumas vendido a Pacheco y Obes".

Esta injuria, fuera de toda realidad, puesto que Pacheco y Obes jamás tuvo recursos suficientes para comprar la pluma del escritor francés, lleva, sin embargo, a meditar sobre la colaboración que cupo en el libro al ilustre general oriental. Sabido es que éste se vinculó por lazos de estrecha amistad a Alejandro Dumas. Espíritus tan generosos, tan abiertos a las grandes aventuras y tan dados a la admiración de los personajes históricos, tenían que atraerse mutuamente. Esta atracción fué tan extraordinaria en lo que se refiere a Dumas, que éste regaló a Pacheco el precioso retrato al pastel que se custodia en el Museo Histórico de Montevideo. El héroe oriental conquistó, pues, al escritor francés por el camino del corazón, y es posible también que por la vía de lo pintoresco que tan fascinadora atracción ejercía sobre Dumas.

Pacheco y Obes era realmente una figura digna de interesar a aquella imaginación que había creado y movido a los mosqueteros y a tantos otros personajes que todavía andan por el mundo. El propio Profesor Duprey no ha podido sustraerse a la fuerza de atracción del personaje y ha trazado de él este pintoresco retrato: "Pequeño pero de gran empaque, con su barba rubia y su tornasolado uniforme azul con



botones de oro de joven general de cuarenta años; ojos afiebrados, todo su cuerpo ardiendo en una llama sagrada y un mal implacable que lo llevará, joven todavía, algunos años después; desinteresado y generoso hasta la prodigalidad; capaz de improvisar, aún en francés, arengas elocuentes, protestas furibundas, pero conversador atrayente en la intimidad; nutrido su espíritu de la cultura romántica más desmelenada; duelista y poeta, especie de Cyrano capaz de redondear versos galantes para sus bellas damas o romances elegíacos a la luna antes de caer cara al adversario, la réplica fustigante en el labio o la espada en el puño; impulsivo, irreflexivo, autoritario y susceptible, con una inteligencia muy viva y penetrante. . . ”

Al interés del personaje se agregaba el interés del teatro de sus luchas. Montevideo, en aquella época, concentró la atención de Francia y de Inglaterra. Importantes divisiones de las flotas de ambos países, ilustres almirantes, eminentes diplomáticos, entre ellos un hijo de Napoleón I, Ministro luego de Napoleón III, fueron enviados al Plata. Las cancillerías y los parlamentos de las dos naciones se aplicaron al estudio de los asuntos de Montevideo. Las prensas de París y Londres sudaron tinta en interminables controversias; los escritores y los oradores más ilustres hicieron el proceso o la apología de los hombres de la Defensa. Thiers, Guizot, Michelet, Lamartine no desdeñaron hablar de ellos. La Corte de Assises de París, a requerimiento del propio Pacheco y Obes, tuvo que condenar a M. Bertin, redactor del “*Journal des Débats*” y a M. Alexander Thomas, redactor de la *Revue des Deux Mondes*” por el delito de abuso de escribir; el general oriental fué el hombre del día y también el hombre a la moda, pues existe una tradición, según la cual, fueron lanzados en aquellos días al mercado unos grandes abanicos a los que se bautizó con el nombre “pachecos”, en razón de que el héroe oriental los prodigó como regalo entre sus amigos.

¿Qué diablo de país era aquél que no dejaba dormir tranquilos ni a los reyes, ni a los jefes de gobierno, ni a los almirantes, ni a los políticos, ni a los periodistas, ni siquiera a las bellas de París? Los propios detractores de Montevideo,

M. Chaix d'Est Ange y M. Nogent Saint Laurent, al pretender en la Corte de Assises ridiculizar a Montevideo y a sus hombres, lo que lograron fué novelar y dar interés pintoresco y heroico a aquella pequeña ciudad de ultramar que hacía largos años resistía el sitio más famoso que se había conocido después del legendario de Troya.

¿Qué más que todo esto para despertar el interés y exaltar la imaginación de Dumas e inclinar su sensibilidad, ya conquistada por la amistad de Pacheco, a mirar con simpatía y afecto la causa de Montevideo? El libro fué mentalmente concebido; solamente faltaba la información, la documentación, y para eso estaba allí el general oriental. La colaboración surgió espontánea, y fué tan amplia y completa que el propio Dumas, cuando más tarde tradujo las Memorias de Garibaldi, sintió escrúpulos literarios, y al transcribir en ellas las páginas de "La nueva Troya", confesó que éstas las había escrito bajo el dictado de Pacheco y Obes.

El Profesor Duprey admite esta colaboración en su extensión máxima, pues al referirse al libro habla de "*sus autores*", y aún califica a aquél de "*libro Dumas-Pacheco*". La calificación es feliz. "*Montevideo o una nueva Troya*", es un libro que, con todas las deficiencias que proceden del carácter circunstancial del mismo y del apresuramiento con que fué escrito, es digno de la imaginación pintoresca y de la pluma de Alejandro Dumas. Se leen sus páginas con el mismo interés que despiertan las de sus novelas o de sus memorias. Se hallan en ellas el mismo movimiento dramático, el mismo sabor romántico, el mismo sentido de la evocación y el mismo soplo de vida que se advierte aún en los manequés históricos que el autor se complace en hacer desfilar a través de los capítulos de sus libros. Pero está también en él Pacheco y Obes, con sus inquietas pasiones, con su exaltada sensibilidad, con su portentosa inspiración, con su sentido poético y oratorio, con sus frases fulgurantes, con sus movidas arengas, con sus terribles requisitorias, con su inflexible concepto del honor y su sed de heroísmo y de gloria.

Solamente resta preguntar si este libro, en que tantas cosas se hallan, guarda también en sus páginas la verdad histórica. Bien nos libraríamos de ofrecerlo, — ya lo hemos dicho — como manual de historia o fuente única de información. Si es este un libro de historia, lo es a la manera romántica, como pueden serlo las “*Memorias de Ultratumba*” de Chateaubriand, o “*Los Girondinos*” de Lamartine. Se ha de extraer de él, no la estricta realidad y verdad de los hechos, pues se correría peligro de que se nos desvanecieran como fantasmas, pero sí el sentimiento general de una época, sus modos de pensamiento y de sensibilidad, el carácter de sus personajes y esa como supervisión de la vida y de la historia, que si no nos da como resultado la conquista de la verdad del detalle, nos da sí la de esa otra verdad general del conjunto que, más que a los hechos materiales, se refiere a los fenómenos del espíritu que son los que en realidad rigen la vida del hombre y de las sociedades.

El Profesor Duprey ha conquistado con su obra de investigador, de crítico y de escritor posición magistral entre los historiadores del Río de la Plata. Con este hermoso estudio presta ahora un nuevo e invaluable servicio a la historia de Montevideo y a la cultura del Uruguay.



# La Hermandad Platense

SEÑOR Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina,  
Señores Ministros de Estado,  
Señores Embajadores y Ministros,  
Señoras y Señores:

El Instituto Cultural Uruguayo-Argentino abre hoy sus puertas para recibir en su seno a uno de los hombres públicos más eminentes de la Nación Argentina, que es, a la vez, representante insigne de la cultura de América.

Sed bien venido señor Cantilo a esta casa, ante la cual tenéis tantos títulos que ostentar, y para la cual sois huésped predilecto. Os recibimos con espartana simplicidad, pero con todo el señorío que exige vuestra jerarquía, vuestra prestancia intelectual, y vuestras ejecutorias.

Habéis llegado nuevamente a nuestro país, y esta vez con la más alta investidura, en momentos en que culmina vuestra vida pública, y en que vuestra personalidad desborda el escenario universal. Sabemos lo que significan vuestro nombre y vuestra obra en la historia de los últimos lustros de la vida internacional de América y Europa. Conocemos vuestros triunfos, que si son vuestros, lo son también de vuestra patria. En el desempeño de las misiones que habéis presidido ante los gobiernos de ambos mundos, ante la Sociedad de las Naciones, ante los congresos y conferencias internacionales, y en la dirección de la Cancillería que hoy tenéis a vuestro cargo, vuestro pensamiento y vuestra palabra han contribuido a hacer más grande, más respetada y más universal la Nación de que sois hijo preclaro. Y sobre todo, señor, han contribuido a hacer del Derecho, de la Justicia y de la Paz, que son entidades

que no tienen patria, los principios angulares en que se asienta la sociedad internacional. En esa acción habéis puesto, además del talento diplomático, de la ciencia jurídica, y del celo y pulcritud con que habéis construído vuestra obra de internacionalista, el sentido de cordialidad y simpatía, sin el cual, hasta el éxito y la victoria se empequeñecen y se hacen odiosos a los hombres y a los pueblos.

Habéis dicho alguna vez que la diplomacia es más bien un arte que una ciencia. Southey pensó lo mismo de la política, y es Macaulay quien dice que no se equivocó el gran poeta inglés. Si la política es un arte, con cuánta más razón no lo será la diplomacia, especialmente cuando se la concibe tal como la habéis concebido vos, nó como el conocimiento exacto y razonado de ciertas cosas determinadas, sino como el conjunto de conocimientos generales, y, sobre todo, como el equilibrio de la inteligencia, del carácter y de la educación puestos al servicio de la sociedad.

He ahí una definición digna de un humanista del Renacimiento. En las reglas rígidas del derecho, en los textos jurídicos, en las pragmáticas legales, aún en los mismos tratados que obligan a las naciones, hay una zona de libertad, que es necesario descubrir, donde la inteligencia humana, la cultura, la sensibilidad y el yo subjetivo del hombre pueden lograr, con el apoyo de la moral y de la justicia, grandes soluciones que constituyen verdaderas conquistas para la civilización.

Vuestra presencia en esta casa es una afirmación. Lo es, señor, antes que nada, de vuestro carácter de hombre de letras, de vuestros pergaminos de escritor y periodista; de vuestros lauros de poeta, de historiador y de sociólogo; de vuestra inquietud intelectual; del dictado de artista que agregáis a vuestros títulos de internacionalista y hombre de Estado. Sabemos que en vuestra agitada vida habéis reservado siempre un sitio para el ensueño, y que os habéis dejado atormentar por ese delicioso dolor de la creación estética, sin la intervención del cual la belleza que llevamos en potencia no puede adquirir forma sensible ni revelarse a los demás hombres.

Sabemos que sois un humanista, un curioso de las cosas sutiles del espíritu, que tenéis constantemente puestos los

ojos en el panorama del hombre, de la vida y de la sociedad. Y cuando os vemos llegar hasta esta casa, pensamos que no nos hemos equivocado al fundar este instituto que está abierto a todas esas cosas un poco abstractas de la cultura, y en el que hemos de procurar que los hombres que sienten la inquietud y la responsabilidad de la hora presente hallen clima propicio, en los países del Plata, para consagrarse a ellas, y sublimar así, en el crisol de las bellas formas y de las grandes verdades, los impulsos que vienen de aquella sombría zona del espíritu en que Calibán suele torturar al genio alado que presidió el aula de Próspero.

Vuestra presencia entre nosotros significa también la reanudación de una tradición que nos es muy cara.

Recordamos que hace más de un siglo llegó a Montevideo, fugitivo, perseguido por el infortunio, un joven apenas salido de la adolescencia, que ya había luchado en su patria por la libertad y por la gloria. Traía el alma traspasada por el dolor y la frente ensombrecida por el espectáculo de la tragedia. Aquí halló donde reclinar la fatigada cabeza, y manos amigas que enjugaran sus ardorosas sienes; aquí halló libertad; aquí halló amor; aquí fundó su hogar; aquí unió su destino a los de una joven oriental que agregaba a la belleza, la fortaleza de alma que fué don de su estirpe; aquí vió nacer a sus hijos; aquí hizo oír sus más bellos cantos de poeta y sus más encendidos acentos de escritor; aquí recogió la pluma que cayó de la mano inerte de Florencio Varela y que Valentín Alsina había heredado; aquí llenó con su prosa coloreada e intrépida las columnas del "Comercio del Plata"; aquí hizo de su casa el centro de la tertulia intelectual de la ciudad. Acaso nunca se vieron reunidas en el Río de la Plata más luminosas frentes; Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, Varela, Cané, Paz, Domínguez, Lamas, Pacheco, Vázquez, Muñoz, Herrera y Obes, constelación única en el ciclo romántico de América.

Ese joven, llevaba vuestro mismo nombre, señor. Era vuestro abuelo.

Por eso, cuando vinistéis hace algunos años con la investidura de Embajador de la República Argentina a represen-

tar a la gran Nación hermana en el país que fué refugio y cuna de vuestros mayores, vuestras credenciales diplomáticas nos sonaron, más a carta de familia que a solemne documento de cancillería. Había una verdad en ello y ninguna ocasión más propicia que ésta para discurrir sobre esa verdad.

En las antiguas esferas y viejos mapas, herencia del pasado, en que los hombres de mi generación estudiamos geografía, los países de esta zona del Continente estaban designados con esta denominación general y un poco vaga: La Plata. Era aquél un error de geografía política; pero era una verdad de geografía espiritual. Los globos y los viejos mapas parlantes confundían erróneamente al Uruguay y la Argentina en una común denominación geográfica; pero, sin concebirlo ni proponérselo, afirmaban con esta denominación común la existencia de una unidad sociológica, de una unidad espiritual, de una familia histórica que había levantado sus casas solares en las dos márgenes del Río de la Plata y se había aposentado en ellas.

La historia, que es una de las formas de la supervivencia del hombre, nos afirma esa verdad.

A pesar del *diferendo* colonial que turbó a veces la paz aldeana de las dos ciudades plantenses; a pesar de las distintas peculiaridades que en una y otra banda tuvo el movimiento emancipatorio; a pesar de las disputas domésticas; a pesar de la guerra, cuyos ecos fueron ahogados por el pampero y el ruido de las olas del patrio río, Buenos Aires y Montevideo, en el orden espiritual, formaron y forman una sola familia, por que proceden de la misma simiente y porque las frondosas ramas del árbol genealógico común se han confundido, y siguen confundiendo a través del tiempo, en el misterioso abrazo que crea la vida.

Zabala, Gobernador de Buenos Aires, fundó la ciudad de Montevideo y de Buenos Aires vinieron las primeras familias pobladoras de nuestra península. Desde aquel día, hace ya más de dos siglos, no ha cesado el flujo y reflujo de montevideanos y bonaerenses, de argentinos y orientales. Aquí se organizó y de aquí partió la expedición que reconquistó a Buenos Aires, presa de las tropas británicas; de Buenos Aires



vinieron a la Banda Oriental los primeros mensajes de independencia; allí fué Artigas a pedir a la Junta de Mayo recursos con que iniciar la campaña libertadora; Buenos Aires le dió tropas y le envió generales, y nosotros enviamos allá a Nicolás de Herrera, a Lucas Obes, a Larrañaga, a Blanco, para integrar gobiernos y congresos. De Buenos Aires vino la Cruzada de los 33 con Lavalleja, y el ejército republicano que triunfó en Ituzaingó; y a Buenos Aires fué Rivera a impetrar justicia de Rivadavia y ayuda de Dorrego. En Buenos Aires hallaron los emigrados de nuestras guerras civiles asilo y consuelo para el infortunio, y en Montevideo lo hallaron también los proscritos de la tiranía y de las revoluciones. Y en todo este ir y venir a través del río, el amor, siempre en acecho, enlazó, como en el caso de vuestros abuelos, señor, las vidas y los destinos, y creó la patria común, el hogar sin fronteras platenses, donde argentinos y uruguayos mantienen y defienden la hermandad histórica de los dos pueblos.

La tradición, que es una forma también de supervivencia de las modalidades del carácter y de la sensibilidad de los pueblos, nos advierte que nuestras dos capitales están llenas de recuerdos comunes. Cuando se recorren las calles de Montevideo y la imaginación se siente propicia al ensueño, nos salen al paso, en todas partes, vestigios o huellas de aquella preclara emigración argentina, cuyo camino señaló Juan Cruz Varela, y a la que un día nuestra ciudad ha de erigir un monumento para saldar así deudas del corazón. Ya no existe la vieja casa de la calle del Portón, próxima a la librería de Hernández y a la redacción de "El Nacional", donde habitó Don José María Cantilo; pero puede reconocerse todavía el solar de la calle Misiones, donde se levantaba la casa de los Varela, en cuya puerta fué asesinado Don Florencio una trágica noche de marzo de 1848; ya ha desaparecido la casa del General Don Enrique Martínez, sobre la plaza, donde vivió el General San Martín en su breve pasaje por esta ciudad en 1829; pero aún está en pie la casa del General Rivera en la calle Rincón, donde vivió el General Lavalle, y donde manos femeninas le entregaron el estandarte de la trágica cru-

zada de 1840. Ya no existe la antigua posada en que vivieron Alberdi y Sarmiento; pero aún se mantiene ruinoso el caserón del Colegio de los Escolapios, en la calle Buenos Aires, donde vivió y murió el Dr. Agüero, y donde Daniel Bello, el héroe de la "Amalia" de Mármol, mantuvo la dramática entrevista con el viejo tribuno y con Don Florencio Varela. Aquí y allá nos salen al encuentro los recuerdos y las sombras de los proscriptos; en la calle Maciel, frente a la Caridad, existe la pequeña casa en que vivió el Dr. Cané y donde nació su hijo Miguel; más allá, está la casa de Don Valentín Alsina, la de Don Vicente Fidel López, donde Lucio Vicente vino al mundo, la del General Rondeau, la de Don Martín Rodríguez. Y si salvamos el viejo recinto, tropezamos aún con la casa del General Vedia, donde se casó el entonces Capitán de artillería, Don Bartolomé Mitre, y más al naciente, en la calle Yaguarón, sobre la línea de fortificaciones del Sitio Grande, la casa del General Paz, refugio de muchos emigrados argentinos, donde durmieron sobre la tarima de madera, comieron el pan negro de la tropa y escribieron sus poemas y sus panfletos, Mármol, Echeverría y Rivera Indarte.

Todas las figuras de aquella emigración han quedado vinculadas a la historia de la ciudad; las vemos moverse sobre el fondo de la tradición doméstica; las hemos sentido vivir en los relatos de nuestros mayores; dejaron huella en nuestras casas; en el afecto de nuestros abuelos y de nuestros padres; en el anecdotario íntimo; en los álbumes de retratos de familia; son casi nuestros viejos amigos.

Sabemos cuales fueron las estrecheces que sufrió Echeverría durante el Sitio; sabemos que Mármol tuvo que pedir prestado el frac a uno de sus amigos para ir a recibir el premio en el certamen literario de 1841; conocemos las pintorescas aventuras de Rivera Indarte en sus días de miseria; Mitre nos narró los últimos días del General Rondeau y describió la solemne escena de su muerte; aún alcanzamos a quienes vieron al Dr. Agüero en los días en que la enfermedad lo mantenía largas horas inmóvil sumido en imponente silencio; todos hemos ido a descifrar alguna vez en las viejas losas del Cementerio nombres ilustres borrados por el tiem-

po; todos, por fin, repetimos de memoria los versos de Domínguez, de Mármol y de Cantilo.

Era este el Montevideo de los emigrados argentinos, la ciudad de los tiempos de la capa y la esclavina, de las rejas floridas y de los faroles de aceite; la misma que conocieron: Alberdi cuando volvió a hallar aquí a los dandis de la vieja calle del Cabildo corridos por la tiranía; Echeverría cuando encontró otra vez reunidos a los jóvenes del Salón Literario y de la Asociación de Mayo; Sarmiento cuando quedó arrojado ante el espectáculo que ofrecía la ciudad con sus casas enjalbegadas, en cuyas azoteas y miradores las señoritas, peinadas a la moda Luis Felipe y ostentando vistosos vestidos claros a la crinolina, leían novelas o cuchicheaban acerca de lo que pasaba en la calle sin preocuparse de los disparos de los cañones del ejército sitiador.

Y si traspuestos los aledaños de la plaza fuerte convertidos hoy en densos barrios urbanos, llegamos a la Unión, al Cerrito, al Miguelete, y al Paso del Molino, sede del patriado consular del campo sitiador, donde habitaron los Oribe, los Berro, los Giró, los Acevedo, los Lasala, los Villademoros, los Antuña, los Viana, los Maza, los Juanicó, las viejas quintas, los ruinosos portones, el rumor de los árboles centenarios, nos recuerdan los nombres de los próceres federales que también vinieron a luchar junto a los muros de Montevideo y unieron su destino al de las viejas familias orientales.

Yo no conozco la topografía histórica tradicional de Buenos Aires, como conozco la de mi ciudad; pero estoy seguro de que ella debe estar llena también del recuerdo de las emigraciones orientales: la de 1832 y 38, la de 1855 y del 58, la de 1865 y 70, las más próximas que llevaron allí a la generación del Quebracho y a los revolucionarios de nuestro siglo. Las primeras arrastraron hasta vuestras playas a Lavalleja y sus amigos, y al Presidente Oribe, desposeído del poder, con todos sus Ministros y Generales; las segundas llevaron a los conservadores, con Juan Carlos Gómez a la cabeza; otras constituyeron el ostracismo de todo un partido, la del Quebracho fué una expatriación en masa de los hombres más ilustres de la época.

¡Cuántos recuerdos deben haber dejado tras de sí esos hombres en la ciudad hermana! Evoquemos una humilde casa de la calle Talcahuano, detrás del viejo Parque, donde, tarde a tarde, se reunían los emigrados orientales de 1858 con las figuras más ilustres del patriciado porteño para soñar con un porvenir en que se confundía el destino de las dos patrias hermanas. Por vuestras calles han de pasearse todavía las sombras ilustres de los proscriptos. ¡Y qué proscriptos! Juan Carlos Gómez dejó en la vida porteña recuerdo indeleble. “Lo veíamos pasar, dice Miguel Cané, con su figura elegante y distinguida, su fisonomía acentuada, su bella cabellera que quedaba sobre su frente como el pabellón de su juventud constante, su pie de patricio la cómoda soltura de sus maneras, y lo seguíamos en la calle, en los paseos, en el teatro, con los ojos ávidos con que mirábamos al general Mitre en 1860 y a Sarmiento desde que nacimos”.

Andrés Lamas, desde el salón de su casa de la calle Piedad, ejerció, sin desearlo ni buscarlo, verdadero magisterio sobre las dos sociedades del Plata. Se le recuerda todavía, en medio de la grave tertulia de políticos y hombres de letras, las figuras más en boga del Buenos Aires de 1870. Estaban allí los hombres de las generaciones que se iban con la tristeza de haber realizado poco, y los de las generaciones que llegaban con la impaciencia y la ambición de realizarlo todo.

Julio Herrera y Obes, en el melancólico ocaso de su vida, renovó la actitud romántica de Juan Carlos Gómez y vivió en Buenos Aires con la mirada y el corazón puestos en Montevideo. Y ¡cuántos otros nombres ilustres!: los Ramírez, Agustín de Vedia, Tomé, Acevedo, Díaz, Palomeque, Zorrilla que allí terminó su Tabaré, Quiroga que allí conquistó gloria literaria, Julio Herrera y Reissig que fué funcionario del correo argentino y pagó con versos inmortales la generosa hospitalidad.

He aquí lo que nos enseña la historia y la tradición. y he aquí como no mentían del todo las viejas esferas y las románticas cartas geográficas cuando, con sus apagados colores y sus arcaicos signos, confundían las dos naciones hermanas del Plata en una vaga denominación común.

Señores:

Las tradiciones y recuerdos que acabo de evocar con el objeto de hacer amable a nuestro ilustre huésped su visita a esta casa significan para nosotros, los hombres del Río de la Plata, un precioso legado. Somos responsables de él ante el porvenir, y debemos defenderlo celosamente, sobre todo en esta hora de incertidumbre universal, en que por momentos vemos que la soberanía del espíritu cede su puesto a esas muchas otras soberanías que actualmente se disputan al hombre. Esta urna de recuerdos, que es fuente inmarcesible de inspiraciones, puede ser para nosotros, orientales y argentinos, algo como lo que León Bérard quiere que sea el humanismo para las sociedades fatigadas de Europa: “el estímulo espiritual”; el estímulo espiritual contra la razón de Estado, contra el fanatismo, el oro, el placer de la violencia y de la fuerza; contra la guerra; contra todos los enemigos que tienen cercada a la sociedad contemporánea y ante los cuales levantamos nosotros, como escudos: el Derecho, la Justicia, la Libertad, y el Amor.

CONTESTACION DEL MINISTRO DE RELACIONES  
EXTERIORES ARGENTINO DOCTOR JOSE MARIA  
CANTILLO.

Señor Ministro de Relaciones Exteriores,  
Señores Ministros de Estado,  
Señores Embajadores y Ministros,  
Señores Miembros del Instituto,  
Señoras, señores:

Pocas veces un orador del Plata ha podido hablar, como acabáis de hacerlo, señor, con tan justo y hondo sentido de nuestro pasado común. Por un instante, al calor de vuestra palabra y de vuestros recuerdos, hemos visto borrarse las fronteras entre vuestra patria y la mía, animadas tantas veces por la misma vida, las mismas luchas, los mismos hombres. La confusión geográfica que, en momento dado, nos hizo aparecer bajo un mismo nombre, respondía sin duda a la confusión, ya

más real, de nuestra vida social. Es así que mi nombre, tan generosamente evocado por vuestras palabras, siendo un nombre argentino lo es también uruguayo. El álbum de familia es uno solo para argentinos y uruguayos. El nieto de aquel hombre que llegó aquí para aplacar su sed de libertad y de paz, habla ahora como representante argentino, con la emoción de ese pasado romántico tan lleno de dolores y consuelos. Nunca, como ahora, me han parecido más ciertas las palabras aquellas de Sáenz Peña, que tanto me gusta repetir entre vosotros: somos, en efecto, dos soberanías asentadas sobre una misma sociabilidad.

Vive un gran recuerdo común en nuestras dos capitales, que se contemplan, se siguen y se confunden a veces sobre las márgenes opuestas de un mismo río. En la agitación cosmopolita de Buenos Aires, ese recuerdo es el rasgo de nuestra nacionalidad, arranca de nuestras raíces más hondas. Es, entre argentinos y uruguayos, lo íntimo y lo incommovible, porque es la tradición.

Al amparo de una misma sociabilidad, que era y es también el cuadro de una sensibilidad común, nuestros abuelos cruzaron muchas veces el río manso que nos une y nos comunica, para buscar indistintamente en una u otra orilla la seguridad y la paz. Nos hemos prestado mutuamente, con el descanso y el olvido, la garantía del derecho y la seguridad de la ley. Aquella reunión de 1889, que hoy venimos a conmemorar, correspondería bien a la tradición y al carácter de nuestras relaciones. Sobre todas las pasiones políticas, sobre las luchas fratricidas, sobre el odio y la inquietud, para uruguayos y argentinos esperaba siempre, en Buenos Aires y en Montevideo, la ley y la justicia. Celosos de esa tradición, que es honor de nuestra cultura, quisimos darle forma más perfecta con los acuerdos de 1889, como lo hará sin duda la Reunión actual para incorporarles, después de medio siglo, los nuevos elementos reclamados por la evolución y el progreso del mundo.

Esta gran tradición espiritual es el patrimonio confiado, señor Presidente, al trabajo vigilante de vuestro Instituto. La hospitalidad que hoy me dispensáis, el marco que habéis dado a este acto, el sentido mismo y el estilo de vuestro mag-

nífico discurso, dicen del éxito de vuestra empresa y la señalan como una nueva perspectiva feliz en la relación de nuestros pueblos. Por lo que a mí concierne, agradezco y acepto vuestras palabras generosas, solamente por lo que suponen para el país que represento. Vibra en él la misma tradición cordial, la misma efusión amistosa con que hoy me recibís. Unos y otros, aquí y allá, sabemos del signo afectuoso que llama y que espera. Hoy, somos nosotros los que llegamos al amparo de vuestra hospitalidad generosa, pero, a su turno, ya espera mi país vuestra visita y ya están abiertos los brazos argentinos para celebrar una vez más, sobre nuestro suelo, la fiesta permanente de nuestra amistad.





# El héroe esencial

UNA ley histórica inexorable parece haber presidido el destino de casi todos los libertadores de América. El olvido, el destierro o el patíbulo fueron el galardón que la justicia contemporánea otorgó a muchos de los héroes que crearon las nacionalidades del Continente. El hado implacable los persiguió, a veces, más allá de la tumba. Hijos de la Revolución, la Revolución los devoró, como Saturno a sus hijos, para que se cumpliera una vez más el patético símil de Vergniaud. La justicia póstuma los ha convertido en gloriosas sombras; pero, todavía, cuando se evocan sus manes, adelanta del fondo de la Historia hacia nosotros una dramática procesión y, entre el humo de la pólvora, y el tremolar de las banderas, y el ruido de los arneses de guerra, y el redoblar de los tambores, y el sonar de los clarines vemos desfilar a los héroes, como en los cantos de Ossian, y advertimos sus pálidos rostros, ceñidas las sienes por el laurel inmarcesible, pero oscurecida la frente por el dolor y abiertas y sangrantes las heridas.

El General San Martín, el libertador del Sud, murió en el silencioso ostracismo de Boulogne-sur-mer. El Gran Capitán que dialogó con los cóndores y las montañas, que, envuelto en su capote de campaña, al frente de sus ejércitos, cruzó las cordilleras y salvó los abismos como lo hizo aquel hombrecillo del sombrero de hule y del redingote gris que ennegueció a dos siglos con los resplandores de su gloria; el hombre a quien medio Continente debe la libertad vivió en el destierro más de un cuarto de siglo, rodeado de silencio y olvido, y se extinguió en un callado hotel de un barrio gris y apartado de la brumosa ciudad del viejo Artois.

Si no en el mismo día, sí en el mismo año, Artigas, el

fundador de la democracia oriental y el protector de los pueblos libres, que fué grande y espartano como Washington, murió en total olvido y pobreza en el Paraguay, después de haber labrado durante treinta años la tierra generosa que endulzó su destierro y que recibió sus mortales despojos. Bolívar, el libertador del Norte, el héroe para cuya gloria el Continente parecía pequeño murió, también traicionado y olvidado, en el ostracismo de su melancólico refugio de Santa Marta, donde su frente, que parecía tallada para ceñir una corona, la ciñó, al fin, pero fué la corona del martirio. O'Higgins, el héroe chileno, el Bayardo de las grandes batallas de la independencia, el austero magistrado de la organización de la república trasandina se extinguió silenciosamente en la proscripción, labrando la tierra de su pequeño fundo limeño, estoico y sereno como un general de la antigüedad. Fructuoso Rivera, el heredero de Artigas, el héroe de las Misiones, la figura magnánima del drama histórico del Uruguay, luego de agonizar de nostalgia, desterrado y cautivo en la fortaleza de Santa Cruz de Río de Janeiro, murió en medio de la soledad del desierto, en los confines de la República, besando la tierra patria que acababa de hollar después de más de cinco largos años de ostracismo.

Y aún hubo casos más trágicos. Sucre, el héroe ejemplar de Ayacucho, al regresar a su patria cargado de gloria, después de haber rubricado la libertad del Continente y la soberanía de Bolivia, cayó en plena montaña en aleve emboscada; Carrera murió en el patíbulo de Mendoza manchado ya por la sangre de sus hermanos; Iturbide, el fundador de la independencia mejicana, una de las figuras más bellas e intrépidas de la Revolución de América, realizada su obra, subió también serenamente al caldoso que había enrojecido ya la sangre de Hidalgo y de Morelos. ¡Dramáticos círculos de gloria, de sangre y dolor que envuelven la epopeya sagrada de la independencia! Así pagó América la libertad que le dieron sus héroes.

La justicia póstuma se ha encargado de enmendar esos tremendos yerros. Sobre la saña y el olvido de los pasados tiempos se levantó el himno de gratitud de las nuevas gene-

raciones. La gloria de los héroes voló de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Los historiadores consagraron sus nombres; los poetas cantaron sus hazañas; los artistas tallaron en mármol y fundieron en bronce sus estatuas. América se pobló de monumentos y a las imágenes plásticas de los próceres erigidas en los campos de batalla, en las ciudades, en todas partes, se agregaron las imágenes subjetivas impresas en el corazón de los niños, de los jóvenes y de los viejos por la acción del hogar, de la escuela, del liceo, de la Universidad, docencia universal que ya nada ni nadie puede detener.



En el largo ocaso del Capitán de los Andes, iniciado el día en que, después de la dramática entrevista de los dos Libertadores en Guayaquil, abandonó aquél el Protectorado del Perú para afrontar estoicamente el olvido y la ingratitud de sus contemporáneos, Montevideo le tendió cordialmente los brazos y lo recibió en su seno, como lo hizo luego con Rivadavia y con todos los proscritos de la tiranía que llegaron a sus playas en busca de asilo.

Fué en los primeros meses del año 1829, en una hora crítica para las dos naciones del Plata. Los Orientales acababan de conquistar la independencia después de casi veinte años de incesante batallar; pero todavía flameaba en Montevideo la bandera del Imperio del Brasil. La Nación Argentina sentíase conmovida por una crisis esencial; estaba aún fresca la sangre de Dorrego y se oía ya el terrible grito de venganza que venía del desierto. El banquillo de Navarro iba a abrir el drama de la tiranía.

Regresaba el General San Martín de Europa, un poco como el hijo pródigo, a “concluir sus días en el retiro de la vida privada”, como lo escribió al General Díaz Vélez. La obra de la independencia de América estaba terminada y nada se oponía a que el Gran Capitán buscara en la patria el refugio y la paz del hogar. Se había embarcado en Falmouth

el 21 de noviembre de 1828, a bordo del velero inglés “Chichester”, con destino a Buenos Aires. Venía acompañado un joven criado llamado Eusebio Soto, y ocultaba su identidad bajo el nombre de José Matorras, que era el que figuraba en su pasaporte y en el registro del buque. Este se detuvo apenas unas horas en Montevideo, el 5 de febrero de 1829. Aquí se enteró el General San Martín del fusilamiento del General Dorrego y de la agitación que reinaba en su patria. El mismo día el barco en que navegaba se hizo a la vela para Buenos Aires; pero San Martín había tomado ya una resolución irrevocable.

Olazábal y Alvarez Condareo lo visitaron a bordo del “Chichester” apenas éste fondeó en la rada. “A cincuenta varas de la ballenera, escribe Olazábal en sus memorias, apareció recostado en la borda el General San Martín, con la vista fija hacia nosotros. ¡No es posible explicar las emociones de mi corazón al poner el pie en la cubierta del paquete! Basta decir que cuando el General exclamó: ¡Hijo! y me estrechó en sus brazos, mis ojos se llenaron de copiosas lágrimas!... No fué él insensible a esta demostración de mi hondo y respetuoso amor, pues también sus ojos se arrasaron en lágrimas”. Describe en seguida al héroe: es el San Martín del retrato al óleo hecho en Bruselas en 1827, pero, en lugar del rutilante uniforme, viste un levitón de sarasa y calza pantuflas. San Martín dijo a Olazábal: “Yo supe en Río Janeiro la revolución encabezada por Lavalle; en Montevideo, el fusilamiento del Gobernador Dorrego. Entonces me decidí a venir hasta balizas, permanecer en el paquete, y por nada desembarcar”. El General pronunció estas palabras con la viril melancolía con que sobrellevó el ostracismo, mientras su mirada se posaba en la ciudad lejana.

El 6 de febrero solicitó desde a bordo pasaporte para Montevideo y se despidió del Ministro General Díaz Vélez enviéndole estas palabras: “No perteneciendo ni debiendo pertenecer a ninguno de los partidos en cuestión, he resuelto, para conseguir este objeto, pasar a Montevideo, desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto restablecimiento de la concordia”.

El viernes 13 de febrero llegó a la rada de Montevideo el velero que conducía al General San Martín. La víspera había sido aniversario de la batalla de Chacabuco; pero, ¿quién se acordaba en 1829 de Chacabuco? La fecha gloriosa no alcanzó, acaso, al proscrito, navegando sobre las aguas del Plata, en busca de incierto asilo?

San Martín, desde la borda, vió aparecer nuevamente entre la niebla otoñal la pequeña ciudad oriental tendida sobre la península. Estaba todavía ocupada por las tropas imperiales brasileñas que permanecieron hasta el 1.º de mayo, en cumplimiento de la Convención de paz de 1828 que reconoció la independencia de la República. El General tomó tierra y se hospedó en la fonda de la Plaza Mayor, instalada en un recio caserón español que ocupaba el solar donde hoy se levanta el edificio del Club Uruguay. Fácil le fué recorrer de extremo a extremo la ciudad de 1829, cuyos rasgos principales se conservan en las litografías de D'Hastrel y Lauvergne, y familiarizarse con sus calles rectas y estrechas, sus plazas, sus monumentos, sus casas bajas y de alegres fachadas. La Iglesia Matriz con su amable silueta; el noble y severo Cabildo colonial; el convento de San Francisco con su plazuela y su roja tapia de ladrillos; el Fuerte de Gobierno con sus vestustas y primitivas construcciones; el recinto con su Ciudadela, sus murallas foseadas y baluartes; la puerta de la ciudad abierta sobre el Camino Real que se internaba en la ondulada campiña. Desde la ventana de la posada que daba sobre la plaza Matriz pudo ver, a lo lejos, tendido sobre la campiña de extramuros, el blanco caserío de la Aguada que, en aquellos días, servía de sede al gobierno oriental y de cuartel general a sus ejércitos. Flameaba allí la bandera nacional y allí había muchos amigos y compañeros de armas del héroe. Ya no estaba Artigas, que había saludado con las salvas de sus cañones la victoria de Chacabuco, y a quien había vuelto angustiado la mirada en un momento en que peligró la libertad del Río de la Plata y de América; pero el Gobernador del Estado era el General Rondeau, que acababa de ser elegido por la Constituyente; su Ministro de la Guerra era el Coronel Eugenio Garzón, oficial de las cam-

pañías de Chile y el Perú y sus amigos, Lavalleja y Rivera. eran los jefes superiores del ejército, en cuyos cuadros había antiguos oficiales del Alto Perú y de los Andes.

Cuando se supo en la Aguada la llegada del General San Martín a Montevideo, el Gobernador envió a uno de sus edecanes a darle la bienvenida; el Ministro Garzón pasó a saludarlo en su alojamiento y designó al oficial De la Fuente para que lo acompañara como ayudante; Lavalleja bajó a la ciudad a visitarlo; Rivera envió a saludarlo a su ayudante, el Coronel Pozzolo, y le escribió desde el cuartel general de Santa Lucía para ofrecerle sus servicios y exhortarlo a permanecer en el país; el doctor Ellaurí, que hubo de ser su secretario en la campaña de Chile, le ofreció su casa; don Gabriel Antonio Pereyra le brindó también la suya y puso a su disposición la quinta del Saladero, su coche y sus criados, militares y civiles visitaron y obsequiaron al viajero.

San Martín, con la dignidad y sencillez de su carácter, correspondió a la acogida de sus viejos y nuevos amigos. Despartió largamente con Rondeau, Garzón y Lavalleja; visitó a todos sus santiguos oficiales; escribió una extensa carta al General Rivera que se hallaba en campaña; se interesó por los detalles de la organización del nuevo Estado; asistió a diversos actos oficiales, y con sus conmlitones presidió las pequeñas maniobras celebradas el 2 de marzo en la Aguada con motivo de la nueva organización dada al ejército por el Coronel Garzón.

Las atenciones sociales requirieron también a San Martín. Doña Antonia Agell de Hocquart dió una fiesta en su honor y en ella le fué ofrecida por tres damas una corona. Fué una pequeña reminiscencia de las fiestas de Guayaquil. Eugenio Garzón, que es de quien procede el relato, contó a Plácido Abad que, estando esa noche su padre, el Coronel Garzón, muy rendido a los pies de una dama, San Martín le dijo al pasar: “¡Cuidado, mi joven coronel, con un segundo Sipe-Sipe!” “Siempre es agradable, mi general, ser vencido por una mujer,” replicó Garzón.



La permanencia de Sar. Martín en Montevideo no llena solamente una página anecdótica de la historia del Capitán de los Andes. Fueron para él, aquéllos, días de crisis moral; pero de esta crisis salvó intacta la unidad de su carácter, de sus principios y de su vida. El pudo abrir entonces un nuevo capítulo en su historia pública y otra vez verse dueño del poder y del mando, como en Santiago, y como en Lima. Mas, héroe inmune, no vaciló en la hora suprema. Su alejamiento de Buenos Aires había señalado una ruta inalterable. Allí le habían ya deslizado al oído tentadoras palabras. El, que había venido en busca de paz y sosiego, rechazó las sugerencias y regresó a Montevideo. Aquí le asediaron las cartas de sus amigos y de sus propios adversarios. En medio de la guerra a muerte que acababa de empeñarse con la tragedia de Navarro, todos los ojos se volvían a él, a quien la Providencia parecía haber conducido a la patria para dominar la terrible crisis anárquica. El propio Lavalle volvió también los ojos hacia su antiguo General. Desde Saladillo le escribió el 4 de abril, para acreditar ante él a sus emisarios, el coronel Trolé y Juan Antonio Gelly y Obes. Las conferencias de Montevideo fueron estériles. “El objeto de Lavalle — escribió San Martín a O’Higgins, el 13 de abril — es que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires, y transase con las demás provincias, a fin de garantizar, por mi parte y la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 1.º de diciembre”. La proposición era tentadora. San Martín estaba olvidado y oscurecido. Además, el porvenir era incierto: le acechaba la pobreza; la pensión del Perú llegaba de tarde en tarde; la liquidación de sus antiguos créditos no llegó nunca. Pero el héroe rechazó la proposición de Lavalle y, en la carta que le dirigió el 14 de abril, escribió estas palabras ejemplares: “En la situación en que usted se halla, una sola víctima que pueda economizar a su país le servirá de un consuelo inalterable”. A O’Higgins le habían escrito ya, días antes: “Partiendo del principio de ser absolutamente necesario el que desaparezca uno de los partidos de unitarios y federales, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública, ¿será posible que sea yo el escogido

para ser el verdugo de mis conciudadanos, y ¿cual otro Sila cubra mi patria de proseripciones? No, amigo mío, mil veces preferí envolverme en los males que amenazan a este suelo que ser el ejecutor de tamaños horrores”

A través de más de un siglo se ve al grande hombre, silencioso e impassible, dueño de sus pasiones y de sus apetitos, liquidadas sus cuentas con la historia y casi con la vida. En sus acciones, en sus gestos, en sus palabras se advierte aquella fría y solemne serenidad de quien ha tomado una resolución irrevocable. Es el mismo hombre de 1817 en Mendoza, de 1820 en Santiago, de 1823 en Lima. Nada torcerá su rumbo; nadie lo detendrá. A Glazábal que lo mira con los ojos arrasados en lágrimas le dice estas palabras dignas de grabarse en el mármol o en el bronce: “Mi sable jamás se desenvainará en guerras civiles”. Al General Rivera que quiere retenerlo, le envía un adiós melancólico, y le repite que sacrifica el consuelo de vivir en la patria al deber de no mezclarse en las luchas fratricidas, y, al hacerlo, vaticina el advenimiento de la tiranía como solución de la guerra de facciones. A sus antiguos camaradas, los generales Juan Ramón Balcarce y Enrique Martínez, que llegan proscritos a Montevideo y lo incitan a no abandonar el país, les da un último abrazo y les recuerda los días de gloria en que luchaban juntos por la libertad de América.

Uno de los últimos días de abril de 1829 el General San Martín se embarcó en el paquete inglés que esa misma tarde se hizo a la vela. Fué una sombra del gran Capitán la que se proyectó un instante sobre las calles de Montevideo y paseó melancólicamente el Camino Real que, del Portón de San Pedro, conducía hasta la Aguada. Sus amigos, sus compañeros de armas, sus subalternos de las campañas continentales, los que habiendo conocido su glorioso nombre y sus hazañas conocieron al hombre, cuando le vieron partir para no tornar jamás a los patrios lares debieron experimentar un inexpresable sentimiento, mezcla de congoja y protesta. Aquel melancólico viajero que rechazaba en Montevideo la púrpura que le ofrecían sus amigos y adversarios era el mismo hombre que, luego de consolidar la independencia de su patria, y libertar a



Chile y al Perú, y llevar sus legiones victoriosas hasta Quito y Guayaquil, en la plenitud del poder y de la gloria, cuando la Providencia parecía destinarlo a consumir la independencia total del Continente, se desprendió estoicamente de las insignias del mando, se desciñó la espada invencible, se envolvió en su capa de proscrito y, confiando a la noche su angustia y sus secretos, se deslizó como una sombra a través de las tres naciones por él libertadas que le dejaron partir en silencio para no volver más.

Tenía otra grande misión que cumplir: se lo exigía la Historia y se lo exigía la unidad de su carácter. El héroe debía legar a América el ejemplo de su estoico sacrificio. Por eso partió de Montevideo hacia lo desconocido, llevando impresa en la frente la incertidumbre de su destino, sin saber a qué mesa se sentaría mañana, ni en qué almohada reclinaría la fatigada cabeza.



# Don José de Buschental

## I

### EL GRAN SEÑOR

FUÉ un curioso personaje don José de Buschental: gran señor, diletante, político, un si es no es diplomático; con vinculaciones en Madrid, en Saint James, en las Tullerías, en San Cristobal; gran camarada de Lord Palmerston; gran Cruz y diputado a Cortes en España; privado del emperador del Brasil; ciudadano universal con carta en ambos continentes; banquero un poco trashumante; fué todo eso, y, además, hombre de empresa y de fuerte garra.

Aquí se le conoció de cerca el año 49, cuando ya había tenido larga historia en la corte imperial como hacendista de gabinete y fautor de opulentos negociados que le valieron una quiebra ruidosa, rescatada luego desde Europa al treinta por ciento. Había pasado ya por las cortes europeas como un rutilante Nabab, acompañado de su consorte, la hija del Barón de Sorocaba, la bellísima Mariquita Buschental, a quien la crónica escandalosa del Imperio atribuye origen augusto. Ciudadano español bajo el reinado de Isabel II, la reina le dió con su diploma de diputado la gran Cruz de Carlos III. Su talento de financista y su imaginación pródiga en recursos para colocar empréstitos, le habían hecho don preciso de gobiernos y gabinetes, y los banqueros y políticos del Brasil, España, Portugal, Francia e Inglaterra lo mimaban y lo colmaban de dones. Vinculado a la generación romántica española; íntimo de Olózaga, Escosura y Salamanca; Narvaez le había expulsado de España, y fué durante el destierro, en París, cuando el mercado del Río de la Plata se presentó a su imaginación romancesca como un remoto El Dorado. Allí co-

noció al agente diplomático del Uruguay, doctor Ellauri, y con éste contrató un empréstito para la República, un poco fabuloso al fin, luego de inclinar el espíritu de Lord Palmerston a mirar con benevolencia las cosas del Uruguay y dar la voz de orden a los banqueros ingleses.

En Enero de 1849 la “Antoinette” condujo a Buschental a Montevideo en procura de la ratificación del empréstito. La ciudad, agotada por seis años de asedio y abandonada a sus propias fuerzas, parecía próxima a sucumbir bajo los cañones de Rosas y la acción de la diplomacia de las potencias interventoras. “La alarma es inmensa y la postración mayor”, escribía con profundo desaliento el ministro de Relaciones Exteriores de la Defensa, don Manuel Herrera y Obes, a don Andrés Lamas, representante diplomático de la República ante el Emperador, urgiendo la obtención de recursos para sostener la guerra.

Con Buschental llegó a Montevideo una racha de esperanza: el empréstito podía ser la salvación de la República. “Usted no puede tener idea de la impresión que la noticia causó; fué admirable”; decía el mismo Herrera y Obes a Lamas refiriéndose a aquel empréstito, que él juzgaba sin embargo fantástico. La causa de Montevideo se sentía salvada; pero Buschental traía también en sus maletas secretas credenciales diplomáticas y con su colega, el Barón de Mauá, iniciaron aquella política financiera del “torniquete”, poderoso y decisivo auxiliar de la sutil diplomacia de San Cristóbal, que poco a poco había de obligar a la República a suscribir los tratados del 51.

Buschental regresó en seguida al Janeiro; pero volvió más tarde acompañado esta vez de su esposa, la más hermosa mujer que nos haya enviado el trópico. La graciosa ciudad había conquistado la imaginación de aquel gran señor aventurero, que quiso completar sus principescas residencias de la montaña suiza, de la Côte d’Azur y de los fantásticos cerros tropicales, con un pequeño alcázar platense.

Entonces afincó don José en Montevideo y creó su señorial mansión del Miguelete, un breve condado de setenta hectáreas, donde construyó un delicioso “manoir” de estilo renacimiento, sobre la loma, y una granja suiza, sobre el río, y

los rodeó de maravillosos jardines, parques y bosques. Buschental hizo de aquella posesión un retiro encantado. El Miguelete fué canalizado y sobre el cauce se tendieron pequeños puentes de arquería; se construyeron lagos artificiales y hermosas piscinas con juegos de agua donde se reprodujeron exóticos peces traídos del trópico, de la India y del lejano Japón; los parques se poblaron de las más raras especies de árboles de las cinco partes del mundo; los invernaderos, húmedos y cálidos, se llenaron de plantas tropicales y flores fabulosas: grandes cactus velludos de membranosos miembros en cuyos extremos florecían fantásticas orquídeas, begonias de afelpadas e irisadas hojas, calaguatas y helechos gigantes, familias desconocidas de Madagascar, del Indostán, de Borneo, de Malaca, de los más remotos países. En el patio de la granja, especie de plaza de armas cerrada por altas verjas de hierro, las fantasía exótica de Buschental creó un pequeño jardín zoológico con fieras menores: alegres y revoltosos simios, osos hormigueros de largos hocicos, aves de plumajes multicolores, cobras y pitones de las selvas del Brasil.

Las grises mansardas del "manoir" y los rojos techos de la granja en pocos años se envolvieron en la fronda de los bosques y de las alamedas. Las gentes sencillas se detenían en aquella época detrás de las forjadas rejas del portón principal, flanqueado por pilares sobre los cuales reposaban estatuas esculpidas en mármol, para admirar las riquezas acumuladas por aquel gran señor que a veces recorría el parque precedido de criados y *grooms* que conducían perros atraillados, y otras trasponía el portón en el gran landó con sopandas y lacayo galoneado, o guiando desde el alto asiento de su faetón, la doble yunta atalajada a la Daumont.

## II

### CABEZA A PAJAROS

Buschental hizo de su quinta del Miguelete un refugio de artista y una mansión de magnate. Su esposa, aquella hermosísima Mariquita Buschental cuyo ocaso melancólico y

solitario contrasta con el brillo de su largo reinado, pudo trasplantar al Río de la Plata los saraos, festines, conciertos, cabalgatas y partidas de caza con que entretuvo sus ocios la elegante sociedad de diplomáticos, políticos, banqueros, periodistas y hombres de mundo que Buschenthal reunió siempre en sus salones. Reina y señora de la belleza, de la fortuna y del buen tono, pudo allí recordar su rutilante pasaje por las cortes de Europa, y su aparición deslumbradora en los salones de la condesa de Montijo, en Madrid, cuando el palacio de la Plaza del Angel era centro de la aristocracia de la sangre y del talento madrileños; el triunfo de su belleza en Londres, en París, en la corte imperial de Río de Janeiro, donde las más linajudas damas le rindieron vasallaje. Sus caprichos de princesa, sus locas imaginaciones, sus deliciosas quimeras, sus galanteos y fantasías pudieron ser renovados a orillas del Miguelete, en el fantástico alcázar platense, como realización de su alegre y audaz divisa.

Aquella divisa había sido proclamada por Mariquita la noche en que por primera vez apareció en el salón de la de Montijo. Su resplandeciente belleza había hecho palidecer de ira a la condesa de Tebas, futura emperatriz de Francia, y a la duquesa de Alba, las más hermosas mujeres de la corte de Madrid. Vestía en esa ocasión un regio traje oriental recamado de joyas; del extremo de los pequeños rizos que rodeaban su cabeza pendían, como una animada aureola, minúsculos colibríes de brillantes colores; y ante la corte de adoradores que le rendían pleito homenaje y admiraban aquel fantástico tocado, había dicho alegremente: “Es mi divisa: “cabeza a pájaros”.

“Cabeza a pájaros”, esa fué la divisa de Mariquita y un poco también la de Buschenthal. Las arcas del banquero desafiaron la prodigalidad de lujo, de opulencia y de imaginación de su consorte; pero en Buschenthal había además una fuerte cabeza de hombre de negocios. Junto al gran señor, vigilaba el banquero y el empresario. La belleza de los parques del “Buen Retiro” no le impidió levantar junto a ellos un gran molino mecánico para moler trigo, y pidió entonces por primera vez en el país, a la máquina de vapor, la fuerza que no habían podido arrebatarse a los aires en cantidad su-

ficiente las aspas de los molinos de viento. Estableció, además, una cabaña para criar animales de "pedigree" y trajo los primeros ejemplares de la raza Durham, con lo que abrió nuevos horizontes a la ganadería nacional. Más tarde, en 1862, soñó en dotar a la ciudad de un gran hotel de tipo europeo, y en breves meses hizo trazar los planos en Londres y construyó el severo y elegante edificio del Hotel Oriental que hoy todavía resiste la comparación con la opulencia barroca de los modernos hoteles.

Compró luego seis suertes de estancia en el Rincón de Solsona, en la barra del río Santa Lucía y San José, las cercó con alambre, cosa desconocida hasta entonces en el país, y fundó en esas tierras la estancia "La Trinidad". Levantó hermosas construcciones, plantó grandes bosques, pobló las praderas de ganado de sangre, e hizo de aquella posesión un establecimiento modelo. Para llegar cómodamente a él, construyó una balsa a vapor sobre el río Santa Lucía, y propuso al Cuerpo Legislativo la canalización de los dos grandes ríos y la construcción de un ferrocarril de Santa Lucía a Nueva Palmira. Planteó enseguida otro establecimiento análogo en Paysandú, al que llamó "San Javier", y otro en Soriano, pobló sus praderas con ovejas merinas y ganado mayor Durham. Adquirió por fin un vapor, al que dió el mismo nombre de su establecimiento, y con él navegó el río Uruguay.

Entre tanto, el general Urquiza había cultivado su amistad, y cuando estalló la guerra contra la provincia de Buenos Aires, le hizo su agente político y financiero. Conquistó la confianza de los doctores Derqui y Vélez Sarsfield, y no resultó estéril el cuarto a espadas que echó en la política platense. Cuando se restableció la paz, se asoció al Ingeniero Wiltroat, que en aquella época proyectaba el trazado del ferrocarril trasandino. A pesar de su edad y de sus achaques, quiso estudiar personalmente el país y el trazado, y para ello atravesó la pampa, cruzó la cordillera a lomo de mula por Uspallata y Juncal, y llegó hasta la capital de Chile. Regresó luego a Montevideo; pero, reveses de fortuna y pesares domésticos lo alejaron del Río de la Plata.

III

LA ULTIMA VISITA

Huésped de paso en sus últimos años, el "Buen Retiro" permaneció callado y solitario durante mucho tiempo. En 1870, ya viejo y cansado, Buschental llegó hasta allí; por última vez el landó que lo conducía se detuvo ante las puertas de su palacio. El gran señor quería despedirse de sus tierras platenses, de los maravillosos parques y jardines que él hizo brotar de la campiña primitiva. El tiempo transcurrido había patinado los muros del silencioso "manoir". Los árboles, ya añosos, prodigaban su sombra al anciano. Debajo de ellos, por las largas alamedas, los solitarios parques y las perdidas sendas, discurrió Buschental por última vez para evocar dulces y melancólicos recuerdos y acallar con ellos dolorosos pensamientos. Un poco encorvado ya, el rostro cuidadosamen rasurado, la plateada cabellera cubierta por el sombrero de copa de anchas alas, el cuello envuelto por el negro corbatín, la levita ceñida al talle, las manos calzadas con guantes grises de piel de Suecia, la diestra empuñando el junco con puño de márfil, conservaba intacta la noble distinción que le hacía asemejarse a los grandes señores ingleses que pintó Raeburn.

Poco después de partir, ese mismo año 1870, llegó la noticia de que Buschental había muerto en Londres. Con la ausencia y la muerte, la señorial posesión se arruinó; los parques desaparecían, el palacio y la granja se desplomaban, los invernáculos se destruían, los puentecillos se derrumbaban, el embarcadero, quebrantados los tramos de la escalera de piedra, se hundía en las aguas muertas.

El Estado salvó, al fin, la señorial mansión y la transformó en el riente paseo público que hoy se llama el Prado, acaso el más hermoso parque de la América del Sur. En él ha quedado el recuerdo de su antiguo dueño; el gran señor aparece hoy en la imaginación de los viejos que le conocieron y en la de los jóvenes que conservan la tradición paterna, como



un Nabab llegado del trópico, con algo de Nemrod y más de Simbad el Marino, que con su varita mágica hizo brotar de la tierra estéril: palacios, castillos, fábricas, granjas, lagos, parques, jardines, bosques y pobló éstos de maravillosas flores y fabulosos animales.

En su antiguo señorío, convertido hoy en paseo público, tiene su pequeño monumento. La cabeza de bronce de Buschental emerge de un macizo de flores, sostenida por un breve pedestal de piedra, rodeada de robles, laureles, pinos y sicomoros que le prestan abrigo. Falta allí la imagen de Mariquita, la hermosa castellana, cuya sombra parece discurrir por las sendas enarenadas del que fué un día su encantado alcázar.



# La Academia (1)

**E**L espaldarazo que en nombre del Poder Ejecutivo de la Nación, acabáis de dar a la Academia Nacional de Letras, señor Ministro de Instrucción Pública, con esa señorial dignidad y esa sobria elocuencia de que sabéis revestir vuestra palabra cuando la empleáis en estos altos menesteres del gobierno y de la cultura, y, también, en lo que se refiere a mi humilde persona, con ese vuelo de fantasía, y, permitidme decirlo, con ese engañoso optimismo capaz de convertir en realidades lo que son simples fantasmas de la imaginación, autoriza ya a la Academia a incorporarse y, ante el ilustre auditorio congregado en este palacio a la usanza de aquellos lejanos tiempos de los cuales el andante caballero dijo: “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados”, coger la peñola, —que no otras son las armas que hemos velado—, y abrir el primer capítulo de la historia de sus futuras empresas.

Y, en presencia del Jefe del Estado, a quien tenemos que agradecer que, interrumpiendo sus arduos trabajos de administración y gobierno, que pueden compararse hoy con los trabajos de Hércules, haya venido aquí a honrar esta ceremonia con su presencia y a decirnos, con su actitud ejemplar, que fuerza es conceder a las sutiles cosas del espíritu lo que a veces no dan las cosas sensibles del mundo y de la vida; en presencia también de los altos dignatarios; de los embajadores que han llegado de cercanas y lejanas tierras; de las damas que todo lo acrisolan y embellecen; de los hombres de letras y de los artistas; de los austeros magistrados;

---

(1) Discurso inaugural de la Academia Nacional de Letras pronunciado el 29 de octubre de 1943.

de los hombres de espada que acaso meditan en estos momentos el discurso de las armas y de las letras en que el ingenioso hidalgo no dejó a éstas muy bien paradas; de los funcionarios, los banqueros, los comerciantes, los ricos hombres y los hombres de pro; ante este ilustre concurso, digo, podemos ya proclamar públicamente, al son de atabales y trompetas, el mote que ilustrará el blasón de la Academia: *Vetera servat fovet nova*.

*Vetera servat fovet nova*. Conserva las cosas antiguas y promueve las nuevas. Esta divisa, cuya paternidad corresponde a nuestro ilustre colega Monseñor Barbieri, quien la ha concebido en ese latín del siglo de Augusto en que la lengua rotunda y lapidaria hecha para dictar al mundo leyes y sentencias alcanzó la elegancia, la gracia y la eufonía del verso de Virgilio, de Horacio y de Ovidio, y la majestad y la pompa de la prosa de Cicerón, de Tito Livio y de Salustio, esta divisa, contiene un concepto que se apoya, como el arquitecabo en la estructura arquitectónica, en dos verbos latinos que tienen la fuerza de la columna dórica: *Servo*, que quiere decir conservar, guardar, salvar, libertar, estar en guardia; y *foveo*, que quiere decir fomentar, mantener, proteger, amparar.

¿Qué vamos a conservar, a salvar, a defender con la guardia activa y vigilante? Lo dice también el mote con la energía del sustantivo adjetivado: *Vetera*, las cosas antiguas. ¿Qué vamos a fomentar, a proteger, a amparar, a promover? También lo proclama sustantivamente la divisa: las cosas nuevas. Mas estas cosas antiguas que la Academia se propone conservar y las nuevas que desea fomentar o promover son cosas que, aunque interesan a lo contingente, interesan especialmente al espíritu; son cosas que tienen relación directa con la cultura, con el idioma, con las ciencias humanas, con las bellas letras; son cosas útiles, pero son, sobre todo, cosas bellas, que es decir también cosas buenas, cosas de verdad, puesto que la belleza, como lo dice Santo Tomás, es el esplendor de la verdad.

*Vetera servat*. Conservar las cosas antiguas. La antigüedad nos legó una rica herencia: ruinas, mármoles sagrados, piedras venerables, obras de arte, monumentos mutilados pe-

ro maravillosos como las pirámides de los Faraones, como los bajorrelieves caldeos, como los bárbaros alabastros asirios, como los frisos persas, como el Partenón de Atenas, como la Venus de Milo, como los sarcófagos etruscos, como los templos y palacios romanos, como las pinturas y mosaicos de las catacumbas cristianas; pero nos legó, sobre todo, una cosa que no perece ni perecerá, porque es la urna de la civilización. Esa cosa es la lengua, es ese permanente milagro mediante el cual el hombre expresa su pensamiento y sus sentimientos y escribe, a veces sin proponérselo, la historia del planeta y del género humano. El hombre que habla, el hombre que escribe lo hace aparentemente para llenar una necesidad inmediata; pero, en el orden superior que rige la naturaleza humana hay un oculto designio, que no siempre se logra penetrar; y a veces ese hombre que habla o escribe lo hace de manera inspirada, y crea así la forma definitiva de la elocución, la forma bella, que es lo que da al idioma la fuerza de permanencia y el carácter monumental. No fueron los retóricos, no fueron los gramáticos los que modelaron las lenguas y les imprimieron la dignidad y la grandeza que les han infundido vida sempiterna, aun cuando a algunas de ellas solemos llamarlas lenguas muertas. Los creadores de las lenguas fueron los hombres inspirados, los hombres en cuyas frentes resplandecía el numen: poetas, oradores, filósofos, historiadores, quienes hicieron de las lenguas romances o del habla vulgar que surgió espontáneamente en labios del pueblo, ese instrumento maravilloso capaz de expresar en forma sensible la belleza ideal, y de hacer participar de su presencia soberana a todos los hombres. Los retóricos y los gramáticos fueron los artífices que dieron carácter de reglas a las formas de dicción creadas por los artistas, e hicieron de ellas un arte, y base de una filosofía. Tal fué la obra de los gramáticos de Atenas, de Roma y de Alejandría; y eso es lo que hacen aún los gramáticos modernos al apoyarse en las autoridades del idioma.

Esta contemplación y defensa de las cosas antiguas, de las cosas útiles, de las cosas bellas, de las cosas buenas, de las cosas verdaderas, no nos ha de mantener suspensos del *animae silente*, el alma de los muertos, de que habla Propercio,

el poeta de las Elegías. Ella nos será propicia; pero nosotros volvemos también el rostro a la vida y a la realidad histórica de la hora presente, y pedimos a ambas lo que ellas pueden y deben darnos.

Por eso nuestra divisa dice también: *fovet nova*, fomenta o promueve las cosas nuevas. Estas cosas nuevas que hemos de fomentar, promover o amparar son aquellas cosas que, en el terreno del idioma y de las artes, surgen de la evolución y transformación del hombre y de la sociedad; emanan del presente que estamos viviendo y piden nombre que aun no tienen al salir de esta gigantesca fragua de la vida contemporánea en que el metal de la historia se bate al rojo blanco sobre el yunque y adquiere en él las más inesperadas formas.

Mas, estas cosas nuevas hemos de adoptarlas con prudencia. Horacio, en el Arte Poético, dió ya el sabio consejo de la templanza y moderación en el uso de voces y expresiones nuevas; pero sostuvo que es lícito y lo será siempre inventar palabras que estén como selladas con el cuño del uso corriente: "Así como los árboles, dice el poeta latino, que mudan la hoja, al declinar el año, cayéndosele la primera, así también perecen con el tiempo las palabras antiguas, y otras nuevamente inventadas, a la manera de los jóvenes, florecen y están en su vigor y lozanía".

Quintiliano propuso esta ingeniosa regla para el uso del neologismo y del arcaísmo: Entre las palabras nuevas escójanse las más antiguas, y entre las antiguas las más nuevas. Podemos así enriquecer con nuevas palabras vivas el idioma; pero, es tan rico el nuestro que podemos, a la vez, seguir el ejemplo de Salustio, a quien Gelio llamó *novatur verborum Sallustius*, renovador de palabras antiguas, y transformar lo antiguo en nuevo mediante el *novatur ager* de Cicerón, el campo nuevamente arado en el que brotan lozanas las nuevas simientes.

Hemos hablado de las cosas útiles; pero, puesto que estamos en una Academia, líbrenos Dios del utilitarismo pragmático de Bentham y aun opongamos reparos a la doctrina filosófica de Lord Bacon que Macaulay definía con estas dos palabras: utilidad y progreso; mas, no olvidemos que los cultores de las ciencias puras del espíritu cayeron en peligro-

sos extravíos, y que cayó en ellos, sobre todo, el filósofo que dictó su doctrina en el Jardín de Academo y dió nombre a los institutos como este que nos congrega.

La filosofía antigua reputaba como indigno de su función esencial, que era casi religiosa, el ponerse al servicio de las necesidades materiales de los hombres y de la vida práctica. Esta concepción de la sabiduría nacida en el Peripato, en el Pórtico y en el Jardín de Academo se extendió por todas las escuelas, penetró más tarde la escolástica y solamente se debilitó cuando, empeñada la lucha entre el humanismo y la filosofía, los filósofos y los artistas del Renacimiento volvieron los ojos a la naturaleza.

La repugnancia de la realidad y de la utilidad no tuvo límites en la filosofía antigua. Platón desdeñaba el alfabeto por cuanto decía que la escritura aleja a la inteligencia y la memoria de la aplicación intensa de las facultades soberanas del hombre; aceptaba el conocimiento de los números solamente porque el estudio de sus propiedades lleva a la contemplación de la verdad pura y sustrae al mundo material; pero no recomendaba la aritmética a sus discípulos como disciplina de aplicación práctica, y mucho menos comercial; las matemáticas eran para él solamente medio de que el hombre penetrara "la verdad absoluta, esencial y eterna". Es Plutarco quien nos cuenta que este desdén del filósofo por la aplicación útil de la ciencia llegaba a tales extremos, que despreciaba, como cosa degradante, las invenciones de los geómetras, a las cuales Séneca consideró como cosas de viles esclavos. Sócrates reputaba la astronomía como medio de elevar el alma humana a la contemplación de lo absoluto; pero la utilidad que de ella saca el hombre para el conocimiento, por medio del movimiento de los astros, de la medida del tiempo y de las estaciones, le parecía cosa baladí e indigna de filósofos. En la República de Platón la Medicina sólo es tolerada para curar indisposiciones pasajeras de los hombres bien constituidos; pero, dice el filósofo, que los que no se hallan en este caso mejor será dejarlos morir sin remedios, pues los considera inútiles para las funciones del Estado. La legislación la admite, en el Diálogo sobre las leyes, como simple escuela de moral. En el Gorgias pone, en labios de Sócrates, terribles cosas di-

rigidas contra la política y los políticos, y como Callicles, pretendiera hacer la defensa de Temístocles, de Cimón y de Pericles, exclama: “Todos eran unos aduladores...” “Han llenado la ciudad, de puertos, muelles, muros, contribuciones y otras bajas cosas, en lugar de templanza y justicia”.

Ni la Retórica ni el buen decir salvaron a este afán de evadirse de la realidad humana para alcanzar las más altas cumbres de la especulación y de los más insondables espacios del absoluto. El mismo Platón, en el diálogo sobre la Retórica, dejó mal parados a los oradores, y, no obstante la defensa que de ellos hicieron Gorgias y Polo, por labios de Sócrates los comparó con los cocineros que aderezan los manjares para satisfacer el paladar, y dijo de ellos que eran simples políticos, que lo que procuraban era adular a la muchedumbre para satisfacer su ambición. Y eso que Platón y Sócrates fueron oradores y retores, porque, ¿cuál más noble, sutil y elocuente orador hubo que el hijo de Aristón de quien se dice que las abejas del Himeto iban a libar en sus labios cuando de ellos brotaba el purísimo verbo; ni cuál retor más hondo y cordial que Sócrates, quien aún después de bebida la cieuta siguió hablando a sus discípulos con tan elevado y clarísimo lenguaje que las cláusulas no parecían sino los tañidos de una campana de cristal que anunciaba la muerte del filósofo?

Es verdad que Platón fué implacable en sus juicios y lo fué más en sus sentencias. En aquéllos solía prodigar la ironía, cuando no la sátira, y hasta la sangrienta burla; pero ello se refería generalmente a cosas abstractas; en cambio, en sus rescriptos no se detuvo ni ante la persona, ni ante el derecho ni ante la libertad. En su República abundan las proscripciones y los proscriptos: el arte fué desterrado de ella como cosa de sensibilidad y de pasión, aunque Aristóteles le devolvió su libertad y soberanía. Los poetas estaban condenados a ser coronados de mirto y laurel, y luego, a ser expulsados de la ciudad. Una ciudad sin poetas es como un bosque sin pájaros, y lo grave es que esta proscripción de los hijos de Apolo fuera decretada por uno de ellos, acaso el más excelso de su época.

No hemos de perdernos nosotros en estas sutilezas y ergetismos y hemos, por el contrario, de afrontar la realidad,



y usar sabiamente de la utilidad, y creer en el esfuerzo humano y en el progreso; pero, al procurar todo esto, no cesaremos de tender el arco del espíritu hacia las cosas bellas, esto es, hacia el bien y la verdad.

\*  
\* \*

Todo esto lo hemos de hacer, sobre todo, en cuanto ello se refiere a nuestro idioma y a nuestro acervo de cultura. España conquistó el Nuevo Mundo para la civilización cristiana, y, al hacerlo, le hizo el magnífico presente de la unidad continental de la lengua, de la religión y de la raza. Esas tres unidades fueron las verdaderas armas de la conquista. La unidad de la lengua, sobre todo, fué arma mortal contra la pluralidad de las lenguas indígenas. Y esa unidad de que nos dotó la nación descubridora, conquistadora y colonizadora fué el arma que, a su vez, esgrimió América contra la Madre Patria, cuando llegó la hora histórica de la emancipación. Esta unidad de lengua es una fuerza histórica, una fuerza social, una fuerza política, una fuerza humana que agrupa ahora a las naciones del Nuevo Mundo en apretado haz, junto a las potencias que defienden la civilización cristiana y la cultura atacadas por las fuerzas regresivas que, en esta tragedia que no soñó el numen esquiliano, pretenden destruir los principios morales y jurídicos que forman la base del orden doméstico, del orden civil, del orden religioso, del orden nacional y del orden internacional.

Por eso no hay que pensar en la América española en crear idiomas nacionales diferenciados, sino en defender la unidad y pureza de la lengua, sin perjuicio de enriquecerla con aquellos elementos idiomáticos que sean expresión de las peculiaridades del Continente o de los pueblos que lo forman.

Esta lengua castellana de que nos dotó la Providencia tiene, por otra parte, insignes ejecutorias. Desprendida de la lengua madre latina; tosca y dura en labios del pueblo y de los primeros trovadores; erudita y ennoblecida por los poetas y prosistas de los siglos XIV y XV, cuando España se lanzó a la conquista del mar tenebroso y de las misterio-

sas tierras de occidente, la lengua estaba ya formada, y aun cuando Erasmo proclamaba todavía la universalidad del latín, el idioma castellano se extendía por todo el orbe conocido y pronto alcanzaría su plenitud y esplendor.

Se aparejaban las carabelas de los descubridores cuando Antonio de Nebrija compuso el Arte de Gramática, con el que quiso dotar a los héroes castellanos de “una lengua definitiva”, a fin de poder imponer con ella las leyes del vencedor “a los pueblos bárbaros o naciones de peregrinas lenguas” que España iba a agregar a sus dominios.

La lengua castellana penetró y se extendió por las vírgenes tierras de América en los días en que España alcanzaba el apogeo de su poder y de su grandeza. Era la época de las Austrias grandes, de Carlos V y de Felipe II; de San Ignacio de Loyola y de don Gonzalo de Córdoba, de Santa Teresa de Jesús y del Duque de Alba; del Cardenal Cisneros y de don Juan de Austria; de los grandes reyes, de los grandes santos, de los grandes guerreros, de los grandes navegantes, de los grandes inquisidores, de los grandes místicos y teólogos. Era la época en que un monarca mandó acuñar moneda y la troqueló con un sol rodeado de esta divisa: “Lo iluminará todo”. Y así fué; el sol no se puso entonces en los dominios del imperio español.

Aquella España de las carabelas y de los galeones, de la flota invencible y del gran Capitán, de los conquistadores y de los adelantados, de las legiones de soldados y de frailes misioneros, de las escuelas y universidades, de la escolástica sutil y de las humanidades, es una España angular que parece tallada en piedra. Arrogante y fiera, mística y devota, recia y ceñuda, sensual y andariega, cruel y rapaz a ratos, a ratos mansa, pródiga y manirrota, todo ello lo infundió en la lengua rotunda, sonora y armoniosa que alcanzó la grandilocuencia lírica de Herrera, el esplendor de la prosa de Cervantes y Quevedo, la ingeniosa gracia y facilidad del verso de Lope de Vega, el deslumbramiento de la obra dramática de Tirso, de Alarcón, de Rojas, de Moreto, de Calderón de la Barca, la majestuosa pompa del estilo de Fray Luis de Granada y del Padre Mariana, el lustre de que la dotó la pléyade que dió vida al renacimiento de las letras y las artes

con que los últimos Austrias cubrieron, como con un manto de púrpura y oro, las claudicaciones de la dinastía y la decadencia del imperio.

Así penetró la lengua castellana en América; con ella, que es arma incruenta que subyuga y domina sin herir, se realizó la conquista, y se sentaron las ciudades y los pueblos a la sombra de las montañas o a la orilla de los mares, de los ríos y de los bosques; ella nos trajo la civilización en las capitulaciones de los reyes con los conquistadores, en las Bulas evangelizadoras, en la voz de los misioneros, en los primitivos fueros, en el monumento jurídico de las leyes de Indias, en el espíritu de las viejas universidades del reino que agitó a los humanistas que, en las celdas de los conventos del Nuevo Mundo, escribieron tratados de teología y de derecho indiano junto con la crónica del descubrimiento y la conquista; en la inspiración épica que animó las octavas reales de "La Araucania" de Ercilla; en la patética elocuencia de los Las Casas, los Javieres y los Guzmanes; en el ardor de aquellos hombres vestidos de hierro que recorrieron y regaron con su sangre la virgen tierra de América, en los que había algo del alma del Cid Campeador y de Don Quijote de la Mancha.

Nos tocó a nosotros mayor lote en el reparto de dones de la lengua y de la cultura. A la gran tradición del siglo de oro que se difundió por todos los ámbitos de las Indias se agregó el influjo de aquel otro sabroso renacimiento que originó en España la instalación de la dinastía borbónica y que coincidió con el nacimiento de nuestra ciudad.

La creación de la Real Academia Española, que fué iniciativa de Fernández Pacheco, el Marqués de Villena, precedió en breves años a la fundación de Montevideo, y el mismo año de ésta, 1726, comenzó la docta corporación a publicar el Diccionario de Autoridades, y poco después, dió a luz el Diccionario y la Gramática de la lengua. Mientras nuestra ciudad crecía y se hacía núbil, España restauraba su decaído genio nacional, y se remozaba al influjo de "la fineza francesa y la vivacidad italiana" que, al decir de Federico II, llevó de Parma Isabel de Farnesic, la esposa de Felipe V, y el sentimiento de inquieto humanismo que importó también de Italia el Cardenal Alberoni. Luzán documentó aquel mo-

mento histórico de la lengua y de las letras españolas en su Arte Poética, remedo feliz del de Boileau, y ello se prolongó con el ingenio de Moratín, la deliciosa inspiración de Meléndez Valdéz, la donosa prosa del Padre Feijóo y del Padre Isla y el majestuoso acento de la elocuencia de Jovellanos. A todo ello se agregó aún la agitación espiritual producida por el remozamiento de doctrinas escolásticas olvidadas que, luego de conmover el alma española, se apoderó de la política y del derecho y se concretó en definiciones jurídicas, administrativas y económicas que dieron origen a una nueva concepción de la sociedad civil y del gobierno político.

Tal fué el tesoro que nos entregó la Madre Patria con la ejecutoria de nuestro nacimiento como ciudad, que es decir nación según la definición romana, *civitas*, tesoro que nosotros debemos conservar y celar ahincadamente, para que la lengua no sufra en su limpieza, no vacile en su fijeza, no disminuya en su lustre; para que se acreciente su esplendor y se acreciente también el esplendor de las bellas letras hispano-americana, y, especialmente, el de las bellas letras nacionales, y aún logren todos los habitantes de nuestro territorio la jerarquía del *Lingua sciens* de Tácito, el que sabe o posee la lengua.

Este es el instituto que dió a la Academia Nacional de Letras el Decreto-ley concebido por el Presidente de la República, General Baldomir, y su Ministro de Instrucción Pública, doctor Cyro Giambruno, en un acto de gobierno realmente inspirado que alcanzará consagración histórica y que ha sido ampliamente reconocido y ratificado por el Presidente de la República, doctor Amézaga, que ahora nos honra con su presencia, y el Ministro de Instrucción Pública, doctor Folle Juanicó, que acaba de declarar oficialmente instalada la Academia, luego de suscribir ambos el Decreto que establece el estatuto de la corporación.

Declara aquel memorable documento que el idioma es el mayor tesoro que nos legó España y advierte que, siendo un órgano en perpetua transformación, debe ser vigilado en su proceso evolutivo y sustraído a la acción de los factores propios y foráneos que lo envilecen, sin perjuicio de adoptar y disciplinar aquellos elementos que proceden de las modali-

des propias de los países americanos y que constituyen formas de enriquecimiento idiomático; y agrega que el idioma es un instrumento de vinculación con la madre patria y de solidaridad entre 18 naciones que lo hablan, y reconoce, por fin, la necesidad de crear un instituto público que ejerza el rectorado de la cultura literaria del país, así en lo que se refiere a su sentido espiritual y social como a su instrumento de expresión.

El estatuto de la Academia ratificó esos conceptos y les dió mayor fuerza objetiva, pues determinó que es función de la Academia velar por el correcto empleo del idioma, desautorizar los elementos espurios que conspiran contra la esencia castiza, la unidad, el claro lustre y nobleza de la lengua, sin perjuicio de patrocinar el uso de las voces y giros regionales capaces de enriquecer el caudal común. Fijó también como función propia procurar el decoro de la labor literaria y el estímulo y difusión de la misma, para lo cual prescribe el estrechamiento de relaciones con la Real Academia Española y con los institutos similares americanos.

Función ardua se confía a la Academia Nacional de Letras: celar la pureza y regir la evolución y enriquecimiento de la lengua; ejercer el rectorado de las bellas letras. Hemos hablado ya de lo primero; solamente agregaremos que esa labor, para que resulte eficaz, se debe realizar en forma coordinada con la Real Academia Española y las academias americanas, cuya amistad y cuya frecuentación nos proponemos cultivar. Digamos de lo segundo que el rectorado de las bellas letras se debe referir especialmente al sentido espiritual, social e histórico de la literatura, a su decoro, al estímulo y difusión de la cultura nacional, como lo prescribe el estatuto.

Función ardua, repetimos, en estos tiempos en que las bellas letras experimentan la influencia de la revolución que ha conmovido todas las formas del arte en los últimos años y ha introducido en ellas la anarquía, y, más que la libertad, el libertinaje; mas no se debe desconocer que se está produciendo un movimiento universal de rectificación que parece orientarse hacia el módulo y hacia nuevas disciplinas, y que los escritores y poetas, los artistas, luego de haber roto todo vínculo con el pasado y agotado los ácidos y mordientes de

las escuelas de decadencia, buscan ahora, en el remozamiento de las formas clásicas, más serenos caminos.

Dentro de un amplio sentido de libertad, de comprensión y de tolerancia, la Academia debe velar por la dignidad de las letras nacionales; procurar poner en valor, mediante el examen crítico, nuestro rico patrimonio de cultura; estimular la labor literaria de las generaciones actuales; prevenir a los poetas y escritores noveles contra los excesos de optimismo que suelen crear conceptos negativos respecto a los valores del pasado y demasiado afirmativos respecto a los valores del presente; recordarles que en el reino de las letras, como en el reino de la naturaleza no existe la generación espontánea; que todo tiene su origen, su antecedente y su sucesión, y que todo ello forma un cuerpo histórico del que sería locura querer emanciparse.

Cada época, cada escuela, cada escritor o poeta puede y debe agregar al acervo universal del arte su mensaje personal, "el nuevo estremeamiento" de que habla Gautier; pero jamás hombre alguno ha podido ni puede desprenderse de la tradición, sin caer en el absurdo de declararse hijo de nadie, *proles sine matre creata*.



Por mucho que se crea y se confíe en el presente y en la propia individualidad, es siempre útil aguzar el oído y escuchar las voces que vienen del pasado: y lo es más en este presente que estamos viviendo, tan intrépido, tan exclusivo, tan pagado de sí mismo, tan convencido de su independencia histórica y de su autonomía en el espacio y el tiempo.

Recuerdo que fué el Conde de Mun a quien le tocó recibir en la Academia Francesa al poeta Henri de Regnier. ¡Qué abismo entre uno y otro! Qué contraste entre aquella austera figura que parecía haber dejado un instante uno de los pedestales que decoran el recinto del Instituto de Francia, y la del poeta voluptuoso y pagano, cuyos versos, melancólicamente sensuales, y cuyos cuentos y novelas eran en aquel momento expresión genuina de modernidad literaria, hijos del

presente, no obstante las hondas raíces que, en realidad, los unía al humanismo clásico. El Conde de Mun asumió una actitud muy ingeniosa y muy francesa en aquella ocasión. Para cumplimentar al poeta pagano moderno, él, hombre de fe inquebrantable e hijo de la tradición, le dijo que, un poco aturdido por tanta voluptuosidad y desnudez como hallaba en la obra del recipiendario, no podía menos de sentir el encanto sutil y armonioso que de ella se desprendía, y de embriagarse con la languidez de sus primaveras venecianas, la mollicie de sus otoños de Italia y la opresión de sus estíos de oriente; confesó que él también había llevado el fardo de la tristeza sin objeto, y absorbido, con la niebla de la tarde y la sombra de la noche, la infinita melancolía de la vida. Colmó de elogios al poeta cuya obra total había leído intrépidamente, sin detenerse ni aún en las más escabrosas encrucijadas, para lo cual se escudó en su calidad de capitán de coraceros, y, no obstante esto, ciñó a su frente la corona de mirto y de laurel; pero, en seguida, dió una lección magistral para condenar elegantemente el epicureísmo poético de la generación literaria que Regnier venía a representar en la Academia, generación a la que Renán, ya en el ocaso de la vida, quiso también coronar, pero no con el laurel de la gloria que era demasiado pesado para sus sienes, sino con flores descoloridas y marchitas recogidas en el jardín ruinoso del templo de Eros.

Regnier, en la plenitud, era el presente, era el genuino representante de una escuela literaria y de una manera personal del pensamiento, la imaginación y la sensibilidad que en aquellos momentos excluía naturalmente las otras maneras. El Conde de Mun, viejo y fatigado ya por sus largas luchas y separado por insondables océanos de la isla encantada a que se había acogido el poeta, era, aparentemente, el pasado; pero, ¡qué pasado! un pasado que no excluía el presente ni desconocía el porvenir.

¿Qué es hoy el presente un poco *demodé* de Regnier? Tal vez es ya el pasado para la generación actual.

Por eso, no hay que embriagarse demasiado con este presente ni con ningún presente, por muy hermoso y grande que sea o parezca ser. Porque, ¿qué es, al fin y al cabo, el pre-



sente en la sucesión infinita del tiempo? El de hoy será el pasado de mañana, como el de ayer es el pasado de hoy. Con lo que debemos embriagarnos no es con el presente, sino con lo que éste tiene de permanente, de universal; con lo que no pasa porque es de todos los tiempos. Este generoso vino está en todos los presentes: en el de ayer, en el de hoy y en el de mañana; lo está en el libro de los libros, en el que se confunden las voces inspiradas de los profetas y de los evangelistas; lo está en la Iliada de Homero y en la Comedia del poeta florentino; en la Eneida de Virgilio y en el teatro de Shakespeare; en los poemas de la antigüedad oriental y en el mundo goetheano; en las canciones de los trovadores provenzales y en las estancias de Byron; en el Paraíso Perdido de Milton y en el verso plutónico de Hugo; en los majestuosos alejandrinos del gran siglo francés y en la deslumbrante prosa de Rousseau y de Chateaubriand; en la insurrección romántica y en las enfermizas flores de Baudelaire, de Verlaine y de los poetas malditos. Mas, lo está, sobre todo, para nosotros, en los romances castellanos, en las alegorías de Gonzalo de Berceo, en las donosas sátiras del Arcipreste de Eita, en el humanismo de Villena y en los deliciosos poemas del Marqués de Santillana, en las coplas elegíacas de Manrique y de Juan de Mena, en la rotunda prosa de Lope de Ayala y Hernando del Pulgar, en la esplendorosa constelación de ingenios de la edad de oro, en el segundo renacimiento español, en los grandes nombres del siglo XIX y de éste que corremos, en las páginas inmortales que ya ha escrito el Nuevo Mundo, en las que nuestro país con sus poetas y sus prosistas ha agregado al esplendor de las letras castellanas, y lo está, por fin, en el gran libro que es tesoro del idioma, escuela de buen decir, academia de gracia y donaire, fuente de inagotable filosofía, alegría de los tristes, agua de los sedientos, reposo de los cansados, maestro de los grandes y de los pequeños, y en el que Don Miguel de Cervantes Saavedra escribió la historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, y con ella la historia de nuestra raza y de nuestra lengua.



Señores:

Cualesquiera sean las reservas que se hagan contra estas corporaciones, el hecho es que ellas prevalecen como órganos representativos de la cultura literaria de los pueblos. El Uruguay tiene ya su Academia Nacional de Letras, y el primer pensamiento de ésta al quedar instalada y consagrada oficialmente, es enviar un mensaje de fraternidad a la Academia madre y a todas las academias y corporaciones literarias de América que comparten, junto con el fervoroso humanismo, los principios de solidaridad continental que deben hacer del Nuevo Mundo una sola y grande familia.

Y yo no puedo terminar sin poner de relieve el ejemplo que da nuestro país, en esta hora en que los problemas exteriores e interiores apremian a sus gobernantes y angustian al pueblo, al congregarse a sus hombres representativos en este recinto para dialogar, como en el Agora ateniense, sobre cosas abstractas de la cultura, y pedir a la Belleza y al Arte lo que éstos no niegan jamás: elevación de la inteligencia, pureza del sentimiento, alimento del alma, energía moral para afrontar, con más humano espíritu, las luchas que debemos librar en el inmenso escenario de la vida y del mundo.



# La muerte de Don Quijote

**E**L médico que llamaron los amigos de Don Quijote de la Mancha al considerar que el enfermo caballero no “dejaba sus tristezas”, y llegado parecía “su fin y acabamiento”, le tomó el pulso, el cual no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por nó, el enfermo atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro.

Oyó el paciente el dictamen del físico “con ánimo sosegado” y rogó luego “que le dejaran solo, porque quería dormir”, y, cuando todos se salieron de la estancia, durmió seis horas, que parecieron ser, para él, récipe de salud moral y, sobre todo, término de su peregrina locura.

Cuando despertó ya no era el andante caballero. Habíanse desvanecido, como tramoya de teatro, las quimeras que llenaron su cerebro, y él mismo había abandonado el disfraz de Don Quijote para volver a ser de nuevo don Alonso Quijano el Bueno, siquiera por los tres días que aun permaneció el cuitado en este mundo. ¡Pobre don Alonso, que sólo volvió a serlo para anunciar su recobrada cordura, confesarse, dictar su testamento, abominar de los libros de caballería y morir tan sencillamente después de las azarosas hazañas y aventuras del héroe que, el escribano que dió testimonio de su última voluntad y asistió a su agonía “dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote”.

¿De qué murió, pues, Don Quijote de la Mancha? Quien lo lanzó al mundo escribió que, “ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura”. El físico dijo “que melancolías y desabrimientos lo acabaron”.

Su escudero Sancho Panza conjuró a su señor, en el lecho de agonía, a que no se dejase morir. “No se muera Vuesa Merced, señor mío, le dijo, sino tome mi consejo, y viva muchos años porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía”.

¡Calenturas, melancolías, desabrimientos! ¿Pudo esto concluir con quien los había afrontado, desafiado y vencido tantas veces en su continuo y duro batallar? ¡Calenturas! ¿No las experimentó, en innumerables ocasiones, como remate de sus malaventuradas empresas el valeroso caballero? ¿No fueron la natural consecuencia de los palos que con el astil de su propia lanza le propinó, cobardemente, aprovechando la caída de Rocinante, el mozo de mulas en la frustrada aventura de los mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia; de la descomunal batalla con los gigantes que las malas artes del sabio encantador Frestón convirtió en molinos de viento; de los estacazos con que, aprovechándose de su superioridad numérica, molieron al inerme caballero caído los desalmados yangüeses, como epílogo de una inocente aventura equívoca entre Rocinante y una manada de hacas galicianas; de las puñadas que el bárbaro arriero, en medio de la oscuridad de la noche, dió al lisiado paladín en la venta que la afiebrada imaginación de Don Quijote convirtió en castillo roquero; de las pedradas y golpes con que Ginés de Pasamonte y los demás galeotes de la cadena pagaron a su libertador el haberlos salvado de sus grillos?

¡Melancolías! Pero, ¿no las tuvo, y hondas, sin que se quebrantaran su ánimo ni su energía en aquellos días en que, a la manera de Amadís de Gaula cuando, con el nombre de Beltenebros se retiró a hacer penitencia a la Peña Pobre para llorar desdenes de su señora Oriana, lo hizo él también en las asperezas de Sierra Morena y, sin más vestido que carnes y pañales, discurrió entre riscos y breñas, dando zapatetas en el aire y calabazadas por los peñascos, repitiendo estas confidencias que son la verdadera oda de la melancolía: “este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán a la continua las hojas destes montaraces árboles, en

testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padce. ¡Oh, vosotros, quien quiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis la morada: oíd las quejas deste desdichado amante, a quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traído a lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura!...” Y dió fin a sus angustiadas quejas con esta invocación y amoroso reclamo: “¡Oh, Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura: así el cielo te la dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que a mi fe se le debe!”

¡Cuán honda melancolía no cogió también a Don Quijote cuando el ingenio de Sancho Panza logró encantar a la señora de sus pensamientos, y convirtió a Dulcinea del Toboso en aquella labradora carirredonda y chata, que olía a ajo, lo que le hizo exclamar: “Yo nací para ejemplo de deslichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asienten las flechas de la mala fortuna” y caer en tan honda tristeza, que el propio Sancho tuvo que decirle: “Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias”. Y ¡cómo se le exacerbó esta tristeza cuando, al bajar a la cueva de Montesinos, luego de haber visto al desdichado caballero Durandarte tendido sobre su túmulo, dando hondos suspiros y diciendo tristes endechas, aunque vació el pecho de corazón, pues que se lo había arrancado para entregárselo a Belerma, que discurría con la entraña del paladín en las manos, topó con la propia Dulcinea, que vagaba, también hechizada, por aquel misterioso país, con las quinientas encantadas criaturas que mantenía allí el sabio encantador Merlín!

¡Desabrimientos! No fué otro el pan de cada día del desventurado caballero, no obstante la gloria de sus hazañas. ¡No lo fueron, acaso, sus redoblados reveses, las malas pasadas que le jugaron magos y hechiceros, y aun aquéllas en que tomaron parte torpes y groseros malandrines, y sus mismos parientes y amigos, como la del auto de fe en que fueron vícti-

mas sus amados libros de caballería, y la del encantamiento del propio Don Quijote cuando regresó a su aldea, enjaulado, flaco y amarillo, tendido sobre un montón de heno y conducido en un carro de bueyes, “a dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corren”, como él lo confió a su escudero? Y, ¿qué mayores desabrimientos, por fin, que la rebelión de Sancho Panza cuando el escudero, para defenderse de los azotes que pretendía darle su amo con el objeto de apresurar el desencantamiento de Dulcinea, “dió con él en el suelo boca arriba mediante una zancadilla; púsole la rodilla derecha sobre el pecho”, le cogió las manos y obtuvo, mediante sus villanas fuerzas, la promesa de que su amo, so pena de morir, no le azotaría; y, sobre todo, aquel otro que sufrió y resistió Don Quijote al ser vencido en la playa de Barcelona por el caballero de la Blanca Luna, que no era sino el Bachiller Sansón Carrasco, y sentir sobre la visera de su casco la punta de la lanza de su adversario, que sólo pudo arrancarle esta viril queja y esta estoica súplica: “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado el honor?”

Castigo mayor que la muerte impuso el vencedor a Don Quijote, que fué obligarle a retirarse por un año a su casa y abandonar, hasta que él se lo mandare, el ejercicio de la andante caballería. Este fué el más tremendo sacrificio que pudo hacer el loco caballero, y el más duro y mortal de los desabrimientos, al punto que, poco fué para él la humillante aventura cerdosa en que se vio, con su escudero y cabalgaduras, atropellado y pisado por una piara de cerdos, pues en esta ocasión, al requerirle Sancho la ya inactiva espada a fin de vengar la afrenta matando media docena de aquellos animales, le dijo: “Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que a un caballero andante vencido le coman adivas, le piquen avispas, y le hollowen puercos”. Porque, ¿cuál otro castigo, cuál otro sacrificio pudo ser mayor para Don Quijote que aquel de privarlo del ejercicio de la andante caballería que, de tal manera le dominaba y enajenaba, que nada existía ya para él como no

fueran sus quimeras e imaginaciones? Y, sin embargo, no solamente no le acabó el desabrimiento, sino que aceptó estoiicamente el castigo y el sacrificio, y aun fué ello motivo de que su grandeza de animo, su magnánimo corazón, su inquebrantable fe, su noble e inagotable fantasía dulcificaran aquel a modo de destierro con nuevas y bellas imaginaciones.

Porque, luego de aquellos seis días que pasó Don Quijote en el lecho, “marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación con el desdichado suceso de su vencimiento” hasta exclamar en su angustia: “antes me conviene usar la rueca que la espada”, partió de Barcelona, acompañado de Sancho, él caballero sin armas, su escudero a pie, conduciendo de la brida al rucio cargado con los arreos caballerescos de su amo y señor, y si al pasar por el sitio del combate en que fué vencido, mirando la ingrata arena, dijo con elegiaco acento: “Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas: aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse”, habiendo hecho camino adelante, al llegar al paraje donde ya habían tropezado con un grupo de pastores y pastoras que querían renovar e imitar allí la pastoril Arcadia, fué ello bastante para que la fantasía del caballero hallara motivo de exaltación y para que sus pesares encontraran sosegado y dulce remanso.

—“¿Qué te parece, eh Sancho, —dijo entonces volviéndose a su escudero—, que nos convirtiésemos en pastores, si quiera el tiempo que tengo de estar recogido? Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoril ejercicio son necesarias; y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, ale-

gría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos". Y luego de soñar con que integrarían la feliz Arcadia el bachiller Sansón Carrasco, a quien llamarían el pastor Sansonino o el pastor Carrasquino; el barbero maese Nicolás, a quien llamarían el pastor Niculoso; el licenciado Pero Pérez, el cura, a quien llamarían el pastor Curiambro, y con las pastoras, de quienes sería señora y reina la desencantada Dulcinea del Toboso, concluyó con estas palabras que tienen la serenidad, el encanto y la gracia virgiliana con que el pastor Títilo consuela, en la égloga primera, al desterrado Melibeo: "¡válame Dios y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar a nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tambores, y qué de sonajas y qué de rabeles!"



¡Calenturas, melancolías, desabrimientos! No fueron éstos los que concluyeron a Don Quijote de la Mancha. Murió el caballero de enfermedad esencial: lo mató la realidad, tremendo mal, verdadera pasión de ánimo que, acaso también, más que la hidropesía, fué lo que dió término y acabamiento a la melancólica vida de Cervantes, el padre y creador del señor de la Mancha.

El largo sopor que borró del cerebro de Don Quijote la divina locura le asestó también el golpe de muerte. Pronunció entonces el caballero su mortal sentencia. Replicando a sus amigos, que pretendían detenerlo en el mundo con el señuelo de su loca caballería, les dijo estas palabras que fueron su *De Profundis*: "Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; yo fuí loco y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno".

¡Podía el buen Alonso Quijano, el mísero hidalguelo que había vivido entre los fantasmas quijotiles, recobrada la razón, reanudar la vida gris y sin más horizonte que los muros de su casona, las tapias de su corral, las callejas de su aldea



y la árida llanura manchega? ¿Podía el que, cubierto de hierro, había corrido el mundo, de aventura en aventura, de castillo en castillo, sentándose a la mesa de duques y señores y llenado la tierra con el eco de sus hazañas, resignarse a vestir nuevamente su ropilla de pardo vellorí, su sayo de velarte y sus calzas de velludo; a comer olla por la mañana, salpicón por la noche, lantejas los viernes y el palomín de añadidura los domingos? Y, ¿podía, sobre todo, avenirse a vivir otra vez en la ociosidad y en la oscura condición de que le había sacado su demencia?

El sueño le devolvió la cordura, mas ay, no le dió los medios de resistir la congoja que le produjo la comparación de la realidad circundante que contempló desde su mísero lecho, con aquel fabuloso mundo de la caballería en que había vivido enajenado y embelesado, vestido de todas las armas, embrasada la rodela, empuñada la lanza, apercebida la espada, caballero andante, *milites aurati*, el pensamiento puesto en Dios y su dama, presto siempre a desfacer entuertos, a defender al débil, a enderezar sinrazones, a cobrar agravios, a amparar doncellas, a proteger viudas y huérfanos, a luchar por el honor, por la justicia, por el bien, por la gloria, ya fuere con los hombres o con encantadores y hechiceros o con gigantes y endriagos.

Verdad es que sobraron discretas razones al caballero para aceptar la milagrosa curación de su locura: desde luego las de orden religioso que le hicieron bendecir a Dios y agradecer su misericordia por haberle devuelto el juicio, y pedir confesor; luego las que le llevaron, a manera de ejemplo, a abominar de los libros de caballería; en seguida las que le inclinaron a regocijarse porque, recobrada la razón, ya no dejaría renombre de loco; después las de orden utilitario que le hicieron testar y disponer a su guisa de su flaca hacienda, con lo cual sus legatarios, no obstante sus lágrimas y suspiros, se sintieron consolados, pues, como lo dice Cervantes, que fué un tremendo e implacable hurgador del corazón humano, desde entonces “comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto”.

Mas, en el fondo de su alma, Don Quijote, no obstante las juiciosas reflexiones que le dictó la recobrada razón, no pudo olvidar aquello que dijo a la sobrina y a los amigos cuando, antes de la tercera salida, lo creyeron curado: “Caballero andante he de morir”. Y al verse desposeído de la dorada espuela y de la gloriosa cimera, cumplidos sus humanos deberes, cayó en aquel desmayo que le tendió “de largo a largo en la cama” y que se repitió hasta que la piadosa mano de la muerte terminó con él.

\*

\* \*

Don Quijote de la Mancha murió, pues, de pasión de ánimo al ver desplomarse la máquina de ensueño, la fábrica de hechicería, la tramoya de magia que había creado su enferma imaginación y que él, secretamente, no se resignaba a perder. Comprendió, sin embargo, que nada de eso cabía en la realidad ni en edad “tan detestable” como en la que había comenzado a ejercer el oficio de caballero andante.

Y es aquí donde empieza el símbolo, el oculto significado de su muerte y el misterio de su resurrección. Ya había dicho él, en uno de sus sabrosos discursos, que los caballeros que en su tiempo se usaban, antes les crujían los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se vestían, que la malla con que se armaban. “Ya no hay caballero, clamó entonces, que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo y armado de todas las armas, desde los pies a la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procura descabezar, como dicen el sueño, como lo hacían los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña; y allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo o ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se

embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en broncees. Mas, ahora, concluye, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas; que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros”.

¡Cuán honda verdad ocultan estas reflexiones que, a manera de loco delirio, puso Cervantes en boca de Don Quijote! Bien se dice que los locos suelen decir verdad. Y si Don Quijote lo fué, y es, de ellos, el *héroe* a la manera de Carlyle, recordemos que el escritor inglés dice que, si examinamos como corresponde a estos héroes, podemos penetrar hasta la misma esencia de la historia del mundo.

¿No está, acaso, oculta la esencia de la España del Quijote en esas palabras del Ingenioso Hidalgo? ¿No es ésta una página de historia esencial en que se anuncia la decadencia que caía sobre el imperio concluído el reinado de Carlos V y del segundo Felipe? ¿No se advertía ya, no obstante los resplandores del florecimiento de las letras y de las artes y el fastuoso lujo de la Corte, que el sol de los Austrias comenzaba a declinar? Felipe III, embriagado por la molicie y las suntuosas fiestas de palacio, entregado a manos de validos rapaces y sin conciencia, era incapaz de evitar las exacciones y latrocinios de ministros y favoritos, la corrupción administrativa, el desenfrenado tráfico de los cargos de estado, el relajamiento de las costumbres, la despoblación del reino agravada por la expulsión de los moriscos, la decadencia de la industria, la miseria del pueblo aumentada por las torpes invenciones monetarias, las desgraciadas empresas militares en el mar y en la tierra, el abatimiento del espíritu caballeresco y de aventura que había movido hasta entonces, desde los caudillos hasta el más humilde soldado de los gloriosos tercios españoles.

Sin duda por ello, inflamado el ánimo de Don Quijote ante el recuerdo de los grandes paladines que vivieron en la realidad, y para los cuales el rey Don Alfonso el Sabio hizo escribir aquel título del Libro de las Siete Partidas que trata “De los Caballeros, e de las cosas que les conviene facer”, que tan sabrosas y peregrinas pragmáticas contiene, cayó en aque-

lla magnífica y absurda evocación de fabulosos caballeros andantes, capaces cualquiera de ellos de poner a raya al turco que en aquellos días amenazaba a la armada del rey. “Si no, exclamó Don Quijote, dígaseme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que Don Belianis? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián, quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia, quién más bravo que Rodamonte, quién más prudente que el rey Sobrino, quién más atrevido que Reinaldos y más cortés que Rugero, de quien descenden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su cosmografía?”

Dice Baltasar Gracián en “El Discreto”, que es “sagaz anatomía mirar las cosas por dentro”. Si hemos de seguir el consejo de este autor que, empleando sus mismas palabras, no es “uno de estos que por hablar culto, habló a oscuras”, fuerza es ver que esta arenga de Don Quijote tiene mucho de alegoría y de símbolo. Cervantes fué, sin duda, cómplice del Ingenioso Hidalgo, y por labios de éste habló el valiente soldado del tercio de don Miguel de Moncada que combatió como un héroe en Lepanto en la galera de Juan Andrés Doria, e hizo luego las expediciones de Levante, Navarino y Túnez en las galeras de Marco Antonio Colonna; el cautivo caballero de Argel que conspiró contra el rey Azán; el guerrero del tercio de Lope de Figueroa que luchó en Portugal en las huestes del duque de Alba, e hizo las dos expediciones a las islas Terceras con don Alvaro de Bazán; el caballero que, después de sus campañas, heridas, prisiones y pesares no logró favor ni fortuna, acaso porque, como dice Fernán Pérez de Guzmán del marqués de Villena, el hombre que miraba los astros, “sabía mucho en el cielo e poco en la tierra”. Y me viene el recuerdo de Villena, porque a él se asemeja Don Quijote en la pérdida de sus libros de caballería, pues si a él se los quemó el cura y el barbero, al príncipe de Aragón le mandó quemar los suyos, su primo, el rey Don Juan.

Mas, dejemos a Cervantes y volvamos a Don Quijote y a sus alegorías. Esos caballeros que hacían cruzir los damascos y los brocados de sus ricos trajes y no los arneses de guerra, ¿no eran los ociosos y ávidos cortesanos del duque de Lerma, de don Rodrigo Calderón y del conde de Villalonga, los validos de Felipe III que saqueaban el reino y abominaban de la pasada grandeza? Esos otros que dormían a cielo descubierto, apoyados en la lanza, ¿no eran los caudillos de la Reconquista, los conquistadores de Flandes, de Italia, de Francia; los que llevaron los pendones castellanos por todos los campos de Europa, los que montaron los galeones de la Armada Invenible y las galeras de Lepanto? Ese pequeño bajel sin remos, sin mástil y sin jarcias, ¿no simboliza las carabelas de los descubridores que se internaron en el océano tenebroso para dar un nuevo mundo a la corona de España? Y, por fin, esa galería de andantes caballeros que Don Quijote arrancó de los libros que ardieron en el corral de su casona, ¿no tienen también otros nombres en la realidad de la historia? ¿No está allí la flor de la caballería, el héroe español, ya ciña corona real o se toque con casco de hijodalgo y empuñe la Colada o la Tizona; ya sea caudillo o aventurero; ya vista el hábito de los maestros de Santiago o Calatrava u ostente las armas de los condestables de Castilla; ya levante la insignia de los Almirantes y adelantados del reino o el pendón de los comuneros; ya se llame Pelayo o Berenguer, Alfonso VI o Rui Díaz de Vivar, Jaime el Conquistador o Don Alvaro de Luna, Fernando e Isabel o Don Gonzalo de Córdoba, Carlos V o Juan de Padilla, Felipe II o don Juan de Austria, Alvaro de Bazán o Hernán Cortés, Fadrique de Toledo o Francisco Pizarro?

Se ha dicho que la imaginación es el órgano de lo divino, y que “el hombre, aunque basado en apariencia sobre el estrecho dominio de lo Visible, se prolonga en las infinitas profundidades de lo Invisible, invisible, de que su vida es, además, verdadera expresión objetiva”. ¡Cuántas cosas invisibles rodean a los hombres y a los pueblos sin que los sentidos las adviertan, como no sea aquel sobrenatural sentido interior que nos revela su existencia y aun nos permite ponernos en comunicación y dialogar con lo que suponemos sombras y son rea-

lidades! En esa infinita profundidad de lo invisible es donde se condensa la potencia espiritual que hace grandes a los pueblos y les permite superar las más tremendas crisis de la historia.

De esas profundidades de lo invisible despiertan, al conjuro de Don Quijote de la Mancha, los heroicos recuerdos y las esencias históricas de España que parecen dormir en las antiguas ciudades amuralladas y las aspilleradas torres de los castillos feudales, en las viejas catedrales y colegiatas, en los venerables sillares de los monumentos románicos, góticos y platerescos, en los palacios musárabes y mudéjares, en los entablamentos de Juan de Herrera y Juan de Toledo, en las pinturas y tapices que penden de los muros de los reales alcázares, en los cuadros del Greco, de Velázquez, de Pantoja de la Cruz y de Valdez Leal, en las esculturas del Berruguete y de Montañés, en los miniados códices del medioevo, en las antiguas leyes del reino, en los fueros y privilegios de las ciudades, en las primitivas crónicas y los infolios escolásticos, en las capitulaciones de los descubrimientos, en los romanceros, cantigas, coplas y poemas de los juglares y poetas.

Todas estas realidades y esencias es lo que echaba de menos Don Quijote a través del disfraz de sus alegorías y de sus fabulosos caballeros. Poseído de esta grandiosa visión cerró los ojos, y cayó en aquel largo sopor que le devolvió la razón para quitarle en seguida la vida mortal.

Mas, el caballero de la Mancha, en lo que tiene de esencial, de racial, de castizo y de épico, sólo murió en apariencia. A la muerte, que llegó serenamente a la humilde alcoba de Alonso Quijano el Bueno y enfrió sus mortales despojos, sucedió la resurrección de Don Quijote, resurrección de que él mismo había hablado, poco después de ser vencido, cuando, platicando a campo abierto, en medio de la oscuridad de la noche con su fatigado escudero, le dijo: "Duerme tú, Sancho, que naciste para dormir, que yo nací para vejar", y lanzó en seguida, a la soledad, aquellas tristes, cuasi endechas reales, en las que, luego de confesar que va corriendo a la muerte, llevado del mal de amor, dice el caballero:

Así el vivir me mata,  
Que la muerte me torna a dar la vida.  
;Oh condición no oída,  
La que conmigo muerte y vida trata!

La muerte tornó a dar la vida a Don Quijote, y desde entonces discurre por las subterráneas galerías y los invisibles caminos de España, por donde anda también todo aquello grande y permanente de que él es alegoría y símbolo. Mientras tales sombras frecuenten los caminos de la historia, la raza, el idioma, la cultura, la vida del espíritu, la ambición del ideal, el culto del honor, la libertad, el derecho, la justicia podrán sufrir eclipses y quebrantos; pero volverán luego a imponer su soberano imperio.

Don Quijote vive y vela en el reino de lo invisible. En el airón de su yelmo resplandece la llama del ideal, de su armadura esplende el fulgor del espíritu y de su espada la fuerza de la justicia. Esa es la inmortalidad que ha alcanzado el andante caballero, para gloria de España, de su fe, de su lengua, de sus letras, de Cervantes y de la humana stirpe.





# La tristeza del Buscón

## I

### “EL BUSCON”

LA historia de la vida del Buscón es un libro regocijado y travieso. Lo escribió don Francisco de Quevedo y Villegas para divertir a los tristes y para consolar sus propios pesares después de su destierro en Torre de Juan Abad. Los caballeros de su tiempo rieron con él a mandíbula batiente; corrieron por el mundo sus aventuras y chistes, eclipsando las del Lazarillo de Tormes, y hasta las damas comentaron, recatadamente, los lances de Pablos y sus compañeros de picardía y miseria. Los bellacos y palurdos también rieron con “El Buscón”, y en su época no se leyó cosa más graciosa y divertida. Desde entonces se ha seguido leyendo y aun cuando ya no se halla tanta gracia en los episodios de la vida de aquel que fué “ejemplo de vagabundos”, y más que de tacaños, espejo de desgraciados, quien dé en hojear el libro no dejará de leerlo y reír con él. “El Buscón” es excelente remedio para hipocondríacos y gente malhumorada.

Sin embargo, en el “Buscón” hay profunda tristeza. Todo aquel regocijo, alegría y risa tiene por causa cosas lamentables: miserias, hambres, afrentas, golpes, burlas, sudores, sujecidades, llagas, enfermedades, dolores de la carne y del alma.

Pablos, el protagonista de la divertida pero dolorosa historia, era hijo de un barbero bebedor, ladrón y presidiario, que, luego de azotes y hierros, murió a mano del verdugo. Su madre, Aldonza Saturno de Rebollo, no fué cosa mejor: bruja, tercera en amores, manceba de lance, acusada de hechicería ante la Inquisición de Toledo, ardió en las parrillas sin

que el mundo perdiera algo con ella. De tal palo, tal astilla. Entre golpes, vergüenzas, hambres y ruindades pasó su infancia Pablillos, afrentado por todos, y más por sus padres, hasta que, harto de miserias, huyó de su casa y, con la ayuda de un amigo, entró como criado en el pupilaje del licenciado Cabra, que fué como salir de las llamas para caer en las brasas.

Aun cuando son muchos y divertidos los lances de su infancia que narra Pablos, e inimitable el ingenio con que los narra, hay en todos ellos un fondo de asco y tristeza. El lector ríe del donaire con que están descritas aquellas escenas de chanza y risa, pero es preciso no olvidar que Pablillos es un pobre niño que sufre en el hogar y fuera de él. No habría escrito el niño, que conoció la inocencia y el sentimiento del honor, lo que luego escribió el hombre de sus padres y de sí mismo. Y de que fué inocente y digno no hay duda. Cuando uno de sus compañeros de escuela, a vuelta de indirectas que él no entendía del todo, y que por ello, aunque humillado, toleraba con disimulo, le habló injuriosamente de su madre, Pablillos reaccionó noblemente y, cogiendo una piedra, golpeó con ella al insultador. Corrió luego al seno materno en busca de consuelo, y en vez de ello, oyó de sus propios labios la vergonzosa condición de su madre.

“Yo con esto quedé como muerto —exclama—, determinado de coger lo que pudiese en breves días, y salirme de casa de mi padre”. Y remata su pensamiento con esta a modo de queja: “tanto pudo conmigo la vergüenza”.

De allí en adelante ya no conoció la vergüenza, él que hasta entonces “siempre tuvo altos pensamientos”, como ingenuamente lo dice. La poca que le quedaba la perdió en casa del licenciado Cabra, donde, al cabo de torturadoras hambres, casi termina sus días. Este mal famélico es motivo de las más agudas y traviesas chanzas, salpicadas con las hipócritas sentencias de Cabra, quien, ante la escudilla de caldo flaco y sin adornos, solía decir:

“Cierto que no hay tal como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula”, o “todo es salud y otro tanto ingenio”.

Otra vez, ante un nabo que había de ser repartido entre todos, exclamó:

“¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale; coman que me huelgo de verlos comer”.

Y ante unos mendrugos y migajas que, por milagro, quedaron en la mesa, agregó todavía:

“Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo”.

Pabillos abandonó aquella casa del hambre con un su amigo, y luego de curados del ansia canina que padecieron, ya hartos de holganza y mesa, --y creo que fueron estos tres meses los de mayor felicidad del niño--, partieron ambos para Alcalá de Henares a estudiar. Iba el Buscón como criado de su compañero Don Diego, y en la primera venta que toparon, que era la de Vivero, dieron con un ventero ladrón, dos rufianes, dos estudiantes, un clérigo de pega y unas mujerzuelas, todos los cuales engañaron y saquearon a su señor y luego se burlaron de ambos. Pero, al fin, allí el Buscón halló no poco regocijo en las picardías que los vergantes de la venta hicieron a un viejo avaro que durmió con ellos aquella noche, y otras cosas que pasaron, que lo que es en Alcalá, el patio de estudiantes donde se alojaron se convirtió para Pablos en verdadero infierno. Llovieron golpes y burlas sobre el nevicio, y hasta los criados lo afrentaron de la más vil manera que, no por ser de risa, deja de mover a pena. Con razón exclama Pabillos:

“Yo no hacía a solas sino considerar cómo casi era lo más lo que había pasado en Alcalá en un día, que todo lo que me sucedió con Cabras”.

## II

### EL GRAN TACAÑO

Aquel bautismo de estudiante decidió de la vocación de Pablos. Desde entonces gozó de paz con sus compañeros, pero se hizo bellaco, ladrón, embustero y pícaro redomado, que todo eso y mucho más lo fué, y ello le valió el apodo de Gran Tacaño con que luego lo bautizaron editores y librereros sin escrúpulos. Por entonces se extendió la fama del Buscón. Nadie le aventajó en engañar y robar al ama; en fingirse men-

digo y leproso; en desvalijar las boticas; en burlar las justicias; en hacerse el muerto y en mil picardías más. En Alcalá recibió la noticia de la muerte de su padre a mano de verdugo, que lo fué un su tío, y con ello partió de aquella ciudad, donde la vida no había sido del todo mala para él, y donde dejó el triste recuerdo de sus picardías y trampas. Cogió, en Segovia, su pequeña herencia, y con ella se encaminó a Madrid, e hizo, en viaje, amistad con don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán, quien luego fué en la villa y corte su introductor y maestro en nuevas bellasquerías y cosas mayores.

El discurso que don Toribio le espetó mientras cabalgaban hacia la corte, haciendo los dos uso del mismo borrico, es cuanto puede leerse de trapacería, miseria y alquitarados ardidés para no morir de hambre, ya que no es comer vivir de migajas y royendo huesos. Le pintó así el famélico hidalgo, con negros colores, la vida que les esperaba en Madrid; la industria y mentiras que habrían de poner en juego para comer; las humillaciones que habrían de sufrir; las vergüenzas y fríos que habrían de entrar por los agujeros y remiendos de sus mal llamadas ropas y las buenas y malas artes que habrían de emplear para vivir engañados y engañando a los demás.

Gustóle, con todo, al Buscón, que ya estaba hecho a estas cosas, el discurso del hidalgo, y pidióle lo introdujese en la cofradía de los bribones de la Corte; y hecho el trato, una mañana se apearon frente a la covacha de los amigos de don Toribio, que fuera mejor sitio de aquelarre que vivienda de cristianos, y ni aun de moros. Lo que vio allí Pablos, y ve el lector, es prez de miseria y vergüenza: hombres famélicos vestidos de harapos, comidos de parásitos, llagados de lepra, que se reunían al cabo del día para comunicarse, mutuamente, los robos, estafas y engaños de todo género de que vivían, y para repartirse el mísero botín.

Cuando se imagina esta corte de cojos, mancos, tuertos y lisiados, que sólo lo eran por arte de trapacería, cubiertos con reliquias de antiguas capas y apoyados en muletas y cayados, se cree estar examinando una carpeta de dibujos de Hogarth o Caillot.

Aprendió allí Pablos lo que aun le restaba por aprender, y comenzó su tacaña vida en Madrid, en el cuartel de San Luis, que le fué señalado para sus trapisondas. Y allí las hizo de todo calibre, hasta que, con todo el "colegio buscón", cayó en la cárcel, donde fueron remachados a todos dos pares de grillos y servidos sendos golpes. Salió Pablos de la cárcel con fianza de cohecho, y tentó vivir solo, en posada, dándosele de caballero, y allí tuvo una frustrada aventura amorosa que acabó con golpes, cardenales y nueva cárcel. Libertóse nuevamente Pablillos, y esta vez, engolosinado con lo de caballería, se dió maña para vestirse, alquilar cabalgadura, relacionarse con señores y damas de distinción, y aun enamoró a una de éstas, y hubo de casarse con ella, con lo que habría saído de su purgatorio, cuando, ya en trance de esponsales, descubierto en su ruin condición, recibió tantos golpes y estacazos que lo dejaron por muerto.

Salvólo y curólo una vieja patrona, algo hechicera, por lo que cayó en manos de corchetes, y salió de la casa, con muletas y sin más ropa que lo encapillado, pues todo lo tuvo que vender. Se puso de mendigo; medró con la nueva profesión y, cuando pudo, huyó de la corte y tomó el camino de Toledo. Dió en viaje con una compañía de farsantes y se agregó a ella, y se hizo cómico, y algo autor y poeta, y hasta un poco rico. Abandonó la farándula, y luego de ciertas aventuras monjiles partió hacia Sevilla, donde fueron tales sus vilezas, que hubo de buscar asilo en la iglesia mayor para no dar en manos de la justicia. De allí salió, al fin, en mala compañía, determinado a pasar a las Indias, aunque no en servicio de su majestad, precisamente, y con esto acaba el libro y la historia del Buscón.

Como se ve, aunque todo él es cosa de risa, también lo es de tristeza, puesto que el autor buscó y encontró sus elementos de comicidad en las mayores miserias humanas. Hay quien dice que con ello se propuso Quevedo un alto fin. Sostiene Fernández Guerra, en el discurso preliminar que puso a la edición Rivadeneira, que en este libro "resalta un objeto político de aplicación inmediata y domina y se desprende un pensamiento filosófico y una lección provechosa a la humanidad: la de que, viciado el corazón en la niñez con

fatales ejemplos, ni los estudios ni el desarrollo de un ingenio despejado alcanzan luego a enderezar sus torcidos y bastardeados instintos”.

Quevedo puso, efectivamente, al finalizar su libro, esta moraleja: “Nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres”.

La verdad es que son muy pocas palabras para tanta moral, cuando se han escrito tantas sin moral, o por lo menos con olvido de ella, y sin otro objeto que mover a risa y hacer derroche de donaire y buen decir. Siempre se achacó a la novela picaresca el defecto de prodigar los discursos morales y quebrar a menudo, con ellos, el hilo del relato y el desarrollo de las aventuras. “El Buscón” salvó a la regla, y los críticos han visto en ello una virtud literaria. Será y es así; pero lo difícil de hallar en el libro es la virtud moral, aun cuando lo quieran los críticos. Cuando Quevedo escribió “El Buscón” solamente pensó en divertir y divertirse, y es probable que ni siquiera parase mientes, como lo paramos nosotros, en que, mientras estallaba su risa retozona, los por-dioseros, galeotes y miserables de su cuento lloraban silenciosamente de hambre, frío y desamparo.

# El Conde de Floridablanca

## I

CUANDO el rey Carlos III de España sintió que le llegaba la última hora llamó junto al lecho a su hijo Carlos, príncipe de Asturias, y con ánimo entero le exhortó a que, al ceñirse la corona que él le entregaba después de largo reinado, conservase al frente del Real Consejo de Castilla al conde de Floridablanca. El príncipe heredero, ya cuarentón, hecho a sencillas costumbres, incapaz por su escasa inteligencia y carácter apocado de tomar sobre sí la dirección del reino, vió en la recomendación de su augusto padre el cielo abierto, y apenas dió éste el último suspiro, y él empuñó el cetro, se apresuró a llamar a la real cámara a Floridablanca y le hizo entrega del gobierno de las Españas. Así pagó el rey los prolongados y leales servicios de su ministro, y así pasó del servicio de uno a otro Carlos aquel hombre eminente que se llamó don José Moñino, el más completo, sin duda, de los políticos españoles de la segunda mitad del siglo XVIII, y para quien no hay desmedro cuando se le compara con los grandes estadistas a lo Chatham, a lo Fox y a lo Pitt, tal fué la capacidad de su inteligencia y la diversidad de sus aptitudes, y tal la influencia que ejerció dentro y fuera de España mientras duró su gobierno.

Este no fué tan prolongado como el de William Pitt en Inglaterra que duró diecinueve años; pero en los quince que tuvo a su cargo los destinos del reino, puesto que Carlos III, al igual de su sucesor hicieron en él confianza plena, pueden señalarse, como en el gobierno de aquél, dos períodos: uno de poderío y grandeza que hubo de culminar en las frustradas Cortes de 1789; otro de decadencia e infortunio que ter-

minó con el cese de la privanza, el destierro, el proceso y la cárcel a que se vió arrojado el que fué poderoso presidente de Castilla.

Le tocó vivir a Moñino en una época de renovación, propicia al florecimiento de las individualidades poderosas, y así fué que sus coetáneos, sus colaboradores en el gobierno de España, y sus adversarios, fueron Grimaldi y Esquilache, Aranda y Campomanes, Roda y Jovellanos, y aun quien, es preciso reconocerlo, no desmereció, ni como rey ni como hombre, en el concierto de inteligencias y caracteres que promovió aquella época de singular brillo y poderío para España.

Nació don José Moñino en Murcia en 1728, diez años después de venir al mundo el conde de Aranda, su protector y amigo primero, su apasionado y cruel enemigo después. Le alcanzó, pues, la plenitud de aquel renacimiento borbónico que, a pesar de sus eclipses y caídas, fué brillante y conmovió profundamente el alma española, y con el alma de la nación, la sustancia intelectual y espiritual por ésta atesorada. Arte, ciencia, filosofía, todo fué sacudido por esta vigorosa reacción. La política y el derecho experimentaron también una honda transformación que se concretó en nuevas disciplinas jurídicas, administrativas y económicas, en una nueva concepción del gobierno político y de la sociedad civil, y en el remozamiento de doctrinas que, desgraciadamente, muchas veces fueron mal interpretadas, con perjuicio del orden político y sobre todo eclesiástico. Estos elementos de reacción hicieron crisis durante el largo reinado de Carlos III y la iniciación del de Carlos IV, y a no haberse precipitado en Francia la crisis económica y social que culminó con el estallido de 1789, España, tal vez, habría dado al mundo, al finalizar el siglo XVIII, el extraordinario espectáculo de una monarquía absoluta que, espontáneamente, se transforma en monarquía constitucional, y de una sociedad aristocrática que, también espontáneamente, se convierte en democracia apta para el gobierno representativo. No habría sido necesario en tal caso la revolución francesa y la declaración de los derechos del hombre para que el mundo latino se creyese redimido; la revolución hispanoamericana se habría demorado, y en caso de haberse producido, habría tenido un significa-



do muy distinto del que tuvo, puesto que la propia España se habría adelantado a emancipar al pueblo de la servidumbre autocrática y a estatuir sus derechos soberanos.

Moñino anduvo mezclado y complicado en este largo, accidentado y, a veces, oscuro proceso que se desarrolló en la España de los dos Carlos, y así como participó de todo lo bueno y grande que entonces se hizo, fué también de los que más gravemente erraron cuando de cometer yerros se trató.

Su origen modesto no le llamaba a grandes destinos, pues fué hijo de un oscuro notario murciano, cuyo protocolo hubo de heredar, y en cuya oficina pasó algunos años, haciendo copias y testimonios y acompañando a su amo y señor a diligencias del oficio; pero su inteligencia sólida y equilibrada, su capacidad de trabajo, los muchos conocimientos que atesoró, y el don de gobierno de que le dotó la Providencia le llevaron a donde jamás osó soñar el joven pasante de la escribanía de provincia. A fin de hallarse en condiciones de continuar el oficio paterno y darle, si ello era posible, mayor lustre, pasó a estudiar jurisprudencia a la universidad de Salamanca, y concluidos que fueron sus estudios de derecho, tales condiciones reveló en el manejo de los textos legales y de los cánones y en la interpretación y aplicación de los mismos, que, habiendo el marqués de Esquilache leído algunos de sus informes jurídicos, le llamó a la Corte y le hizo de buenas a primeras fiscal del Consejo de Castilla, con lo que comenzó su carrera pública.

Llegó Moñino a Madrid en el momento más propicio para dar aplicación y movimiento a las ideas que había bebido en autores heterodoxos y que profesaba con aquella serena y amable, pero inflexible energía, que fué su modalidad característica. Se habían desatado sobre el reino vientos de liberalismo y reforma y andaba ya muy adelantada la vasta conspiración que los ministros de Carlos III organizaron contra la Compañía de Jesús, formidable fuerza conservadora y de orden que suponían incompatible con la nueva concepción del Estado y de la sociedad política, verdadera revolución que se incubaba en el propio solio del absolutismo borbónico.

Las ideas de Moñino hallaron fácil extensión y desarrollo en la intimidad de los ministros de la Corona. Monárquico

integral, buscaba, sin embargo, en las antiguas tradiciones del reino, en las abolidas comunas, en los estamentos y en las Cortes los elementos de una nueva concepción de gobierno que se acercaba bastante al régimen representativo de Inglaterra. Soñaba con una reforma esencial: una especie de revolución democrática; pero de arriba hacia abajo, por vía de evolución gradual. El rey debía permanecer intangible, pero iría ennobleciendo y elevando hasta su solio a aquellos súbditos dignos de ello, por humilde que fuera su cuna, y con esta nueva aristocracia de la inteligencia y de la virtud, la monarquía formaría el consejo del reino, que serviría de control al Parlamento. Para dar mayor fuerza y poder al Rey y al Estado, aspiraba también a una reforma esencial del derecho eclesiástico, de cuño regalista, fundada en un mayor desarrollo del Patronato, y que haría a la Iglesia tributaria de la Corona. En esto apuntaba hasta la posibilidad del cisma y la formación de una Iglesia constitucional tal como la que luego creó la Revolución francesa. Así se lo hizo entender al menos a Clemente XIV cuando, en nombre de su soberano, le exigió la extinción de la Compañía de Jesús.

Este hombre y esta ideología vinieron de perlas a los ministros de Carlos III, quienes no vacilaron en agregar a su plaza de fiscal del Consejo de Castilla, que desempeñaba con singular dedicación y celo, la de asesor entre cortinas del Consejo Extraordinario y de las Cámaras de Justicia y Conciencia que fueron creadas para juzgar a los eclesiásticos desaforados después del motín de Madrid y de provincias. Estos tribunales, por su origen y sus procedimientos, tienen analogía con la Cámara estrellada y los tribunales prebostales de Inglaterra de la época de Carlos I. Recibían denuncias anónimas, abrían pesquisas secretas, llegaban al sagrado de la conciencia y rodeaban todos sus actos de sigilo y misterio. Los procesos que ellos incoaron y sustanciaron no fueron otra cosa que la preparación de la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios del rey de España y de la extinción de la misma.

Los enciclopedistas españoles hallaron en Moñino un sa-gaz intérprete y comentador de sus doctrinas de gobierno;

pero Moñino hizo más aun; atinó a concretar y extender esa doctrina fundándola en principios del antiguo derecho civil y eclesiástico español y en textos pontificios, dándole un barniz ortodoxo que desorientó a unos y engañó a otros. Logró así insinuar y hacer prevalecer en el ánimo de una gran parte del alto clero español, y, hasta en el seno de la corte romana, la necesidad de crear nuevas disciplinas jurídicas para regir las relaciones entre la Iglesia y el Estado, paso previo a la reforma esencial de la organización política y social acariciada en secreto por los ministros de Carlos III.

La fuerza realmente organizada con que tropezaron los consejeros de Carlos III fué la misma con que tropezó el enciclopedismo en el resto de Europa: la Compañía de Jesús, defensora celosa e inflexible del derecho eclesiástico histórico y del poder del Pontífice romano. Esta formidable fuerza espiritual, moral, intelectual, social y, aun política que atoraba la Compañía de Jesús fué invencible en el terreno de la discusión y de las ideas, y lo era más en el de la acción práctica, puesto que el instituto de San Ignacio era dueño de la enseñanza común y superior, dirigía la conciencia de grandes y humildes, de señores y vasallos, y, naturalmente, predominaba en la vida espiritual de todas las clases de la sociedad. La destrucción de la Compañía fué decretada en secreto y los conjurados se prepararon a dar y dieron el primer golpe de maza contra aquélla. Este fué la pragmática de expulsión de 1766.

Cuando se produjo la expulsión, Moñino, que había sido de los más adictos e inteligentes colaboradores del Conde de Aranda en el largo y difícil proceso, fué también de aquéllos que cercaron al monarca para evitar cualquier momento de debilidad.

El Pontífice Clemente XIII protestó contra la Pragmática sanción de 1766, amonestó paternalmente a Carlos y le requirió como soberano católico e hijo fiel de la Iglesia; pero el rey, sostenido por sus consejeros, se mantuvo inflexible. El Papa lanzó entonces el Breve titulado "Monitorio contra Parma", en el cual la Iglesia, a fin de detener el avance de los Borbones coaligados contra Roma, definió con precisión sus derechos.

Este documento pontificio revolucionó las Cortes; los Borbones lo mandaron recoger *manu militari*; Francia ocupó Avignon, y Nápoles hizo lo mismo con las plazas de Benavente y Pontecorvo; Carlos III, por su parte, reprodujo la pragmática de 1762 sobre el *exequatur*, en la cual ya se habían expuesto doctrinas netamente regalistas contrarias al derecho eclesiástico consuetudinario y se había sostenido, como facultad inalienable de la autoridad civil, el otorgamiento o negación del *placet* a las Bulas, Breves y letras pontificias destinadas a surtir efectos dentro del país. No satisfecho con ello, el gobierno español hizo preparar y lanzó contra la curia romana un ariete formidable. Fué éste el “Juicio imparcial sobre las letras en forma de Breve que ha publicado la curia romana, en que se intenta derogar ciertos edictos del Serenísimo señor Infante duque de Parma, y disputarle la soberanía temporal con este pretextó”. Este documento fué obra de Moñino y Campomanes y en él sostuvo aquél extensamente sus ideas sobre la necesidad política, administrativa y social de establecer la sujeción de la potestad religiosa a la autoridad civil. Los cuatro soberanos Borbones se unieron en seguida para pedir a Clemente XIII la revocación del “Monitorio” y la extinción total de la Compañía de Jesús. Resistió el Pontífice, y murió sin ceder, amargado con la idea de la difícil herencia que dejaba a su sucesor.

El sacro colegio, luego de azorosas luchas entre los cardenales *zelanti* que sostenían la integridad de los derechos de la Iglesia y los “de las Coronas” que obedecían a la influencia borbónica, eligió al cardenal Garganelli quien ascendió al pontificado con el nombre de Clemente XIV. Fué a este desdichado Pontífice a quien le cupo el dolor de apurar el vaso de cicuta. Desde los primeros días de su gobierno se vió cercado por los soberanos y conminado a decretar la extinción de la Compañía. El Santo Padre se defendió con vagas promesas y dilaciones; y entonces Carlos III envió a Roma a don José Moñino con la orden terminante de arrancar al Papa el Breve de extinción.

## II

Dicen que cuando le anunciaron a Clemente XIV que el rey Carlos de España había resuelto sustituir a su embajador en Roma, Azpurro, por don José Moñino, exclamó ante sus familiares: “¡Dios se lo pague al rey católico!” Tenía razón el pontífice en temer las consecuencias de aquella embajada. Sabía con quien iba a habérselas, pues estaba informado al dedillo de las ideas y del carácter de Moñino, y, sobre todo, de la participación que éste había tenido en el proceso de expulsión de la Compañía de Jesús del imperio español. Azpurro era un hijo fiel de la Iglesia y había sujetado su misión diplomática a la sumisión debida al Santo Padre. El nuevo embajador era un espíritu emancipado, un “enciclopedista” como entonces se decía, y ya sabía el jefe de la Iglesia lo irreductible que resultaban estos “hijos del siglo”.

El embajador, además de las letras reales, llevó a Roma secretas instrucciones de la corte de Francia para apoyar la acción de esta verdadera coalición borbónica contra la Compañía de Jesús. España, Francia, Portugal y los reinos italianos iban a rivalizar en su encono contra el Instituto hasta arrancar al Papa el Breve de extinción.

Desde la primera audiencia que Clemente XIV concedió al embajador español comenzó el terrible e implacable asedio que éste se propuso poner a la curia romana y que puso y llevó hasta el fin con singular perseverancia. Defendióse con habilidad y paciencia Su Santidad y, para vencer a Moñino, apeló a cuantos recursos dan la virtud, el carácter y la inteligencia. Fué ésta una lucha diplomática en que ambos contendientes rivalizaron en la defensa de sus puntos de vista. La perseverancia del embajador se estrelló contra la paciencia de Su Santidad, y la benevolencia de éste contra la inflexibilidad de aquél. Llevaba Moñino la mejor parte en esta singular batalla, pues estaba respaldado por la fuerza de los reinos coaligados y esgrimía a la vez un arma terrible: la amenaza del cisma eclesiástico español. El Pontífice no tenía en aquel trance otros recursos que la asistencia divina,

la fuerza abstracta del derecho y la espiritual que emanaba de su investidura.

La lucha fué larga y accidentada; tuvo momentos de violencia en que pareció inminente la ruptura de relaciones, y treguas que pudieron hacer suponer que el Pontífice había vencido. En ellas Moñino fué admitido a la intimidad del Papa y aún gozó del honor de jugar con él al ajedrez y de mantener largas conversaciones sobre letras profanas a que era muy dado Clemente; mas, el embajador no cejaba en su empeño y no perdía oportunidad de apremiar al Santo Padre para que expidiese el ansiado Breve. En cierta ocasión, agotados los argumentos abstractos, tuvo la osadía de ofrecer al Santo Padre la devolución de Avignon y Benevento como precio del ambicionado rescripto. El Pontífice despidió al embajador español con estas severas palabras: “El Papa gobierna las almas; no trafica con sus resoluciones”.

Entretanto había transcurrido más de cuatro meses sin que la gestión de Moñino adelantase. Desalentado el embajador obtuvo que Carlos III renovase directamente el pedido de extinción. Vino el real requerimiento, en forma de carta, en cuyas entrelíneas se leían inquietantes amenazas. Defendióse todavía el Pontífice con dilaciones y evasivas hasta que, llegado a sus fines el año 1772, vencido en sus últimos reductos, llamó al embajador y le dijo sigilosamente que escribiese a su monarca que estaba resuelto a dictar el Breve de extinción, y que había encomendado a monseñor Zelada que conviniese con el mismo Moñino los términos del temido decreto.

Fué esto como entregar al propio embajador la redacción del documento, pues Zelada y él eran uña y carne. Moñino, desde su llegada a la corte pontificia, había logrado captarse la confianza de la servidumbre de Su Santidad, y, entre los prelados domésticos, ninguno le era más adicto que Zelada. Es así como fué Moñino el verdadero redactor del Breve *Dominus ac Redemptor Noster* que declaró extinguida la Compañía de Jesús. El Santo Padre lo firmó el 21 de julio de 1773 después de ser conocido el texto por las cortes católicas, sin que éstas hiciesen objeción alguna.

Comenzaba precisamente aquel día, en Roma, como en toda la cristianidad, el novenario de San Ignacio de Loyola, fundador del Instituto. El Santo Padre, al oír por la mañana tañer las campanas, dijo a sus familiares: "No tocan por los santos; ¡esas campanas tocan por los muertos!" Luego, cuando tomó la pluma para estampar su firma en el Breve se le oyó murmurar: "¡Esta supresión es mi sentencia de muerte!" Y paseándose agitadamente por la cámara pontificia exclamaba: *¡Compulsis feci, compulsis feci!*

El embajador recogió los laureles de su victoria diplomática; Carlos III, en premio a sus servicios, le sustrajo al estado llano y le otorgó el título de Conde de Floridablanca que él ambicionaba, y más tarde, cuando cayó Grimaldi, colmó sus aspiraciones llamándolo al ministerio de Estado.

### III

La entrada de Floridablanca al Consejo de Castilla señala la iniciación de una política de engrandecimiento nacional y de expansión exterior del espíritu español que había estado naturalmente reprimido por la influencia de los ministros extranjeros, a lo Esquilache y Grimaldi, que durante muchos años dirigieron los destinos de la monarquía. En lo interior halló el reino todavía conmovido por la agitación religiosa y por el reciente desastre de O'Reilly en Argel, y trabajado por las facciones de "aragoneses" y "golillas" que abrían guerra hasta en las gradas del trono. En lo exterior halló la coalición borbónica y el pacto de familia casi destruidos; Portugal, azuzado por Inglaterra y movido por la inquieta ambición del marqués de Pombal, invadía la soberanía española en Indias y creaba una situación de guerra entre ambas coronas; Francia se mostraba esquiva con su aliada; la licenciosa corte de Nápoles no pensaba más que en divertirse y en escandalizar al mundo.

Floridablanca emprendió su obra de gobierno con la misma perseverancia y firmeza con que había desempeñado su famosa embajada. Innumerables fueron las reformas a que se entregó en el orden nacional, y ellas abarcaron todos los ramos de la administración, especialmente la instrucción pú-



blica y la cultura general, la justicia, el derecho, el régimen eclesiástico, la industria y el comercio, las finanzas, la acción municipal, las vías de comunicación, la administración colonial, el ejército y la armada. La reforma de la Compañía de Filipinas, la fundación del Banco de San Carlos y los decretos de libertad de comercio en Indias, son obras que pertenecen a su gobierno, si bien en ellas, como en algunas de las otras, el conde aprovechó elementos preparados por sus antecesores y tuvo la colaboración de hombres eminentes como Campomanes, Jovellanos y Roda. En toda esta obra de gobierno se advierte el propósito de allegar los medios para plantear una reforma esencial del régimen político, social y económico de España y de preparar la reconquista de la perdida influencia y grandeza de la época de los grandes Austrias.

En el orden internacional fué más acentuada esta tendencia. Floridablanca tuvo dos aspiraciones que estimularon su dinamismo: el abatimiento del poderío marítimo de Inglaterra, con la natural reconquista de Gibraltar, y el restablecimiento de la unidad política ibérica mediante la refundición de las soberanías portuguesa y española bajo el cetro de los reyes de España. Aprovechó la muerte del rey José de Portugal y la caída de Pombal para atraerse a la corte de Lisboa y obtuvo, más con habilidad que con esfuerzo, un avenimiento pacífico que dejó burlada a Inglaterra y se concretó en el tratado de San Ildefonso de 1777. Si bien con él sacrificó el ministro la gloria militar del general don Pedro de Ceballos que acababa de abatir el poder de Portugal en el Río de la Plata y abandonar otras conquistas en Indias, resolvió, en cambio, el litigio secular que mantenían las dos coronas acerca de los límites de sus posesiones coloniales, y, sobre todo, preparó el tratado de alianza de 1778, nuevo pacto de familia por el cual España y Portugal declararon que, a los fines de la alianza ofensiva sellada, se consideraban como naciones pertenecientes a un mismo soberano. Era éste el primer paso para la constitución de la unidad ibérica con que soñaba el ministro.

España se halló desde entonces cortejada por todas las naciones de Europa, incluso Inglaterra, la cual se vió obli-



gada, frente a la insurrección norteamericana, a prevenir las veleidades españolas en favor de los insurrectos. Floridablanca desconcertó en este caso a la hábil diplomacia inglesa. Mientras declaraba que España consideraba perjudicial a sus intereses coloniales la independencia reclamada por los americanos del Norte y realizaba gestiones mediadoras ante Francia, aliada de los insurrectos, preparó secretamente la guerra y celebró con esta última potencia un pacto destinado a destruir el poderío inglés, en el cual entraba hasta la posibilidad de un ataque de las flotas aliadas a la isla y un desembarco en las proximidades de Londres, cuyo plan fué ideado por el conde de Aranda. Entretanto la sutil diplomacia de Floridablanca se captó la buena voluntad de casi todas las cortes de Europa y hasta logró sellar la paz con el sultán de Marruecos.

Cuando estalló la guerra, España apareció poderosa, con su flota y su ejército dispuestos a atacar al enemigo. Esta expedición naval que se iba a lanzar sobre las Islas Británicas casi desprevenidas para la guerra, es solamente comparable a la de la Armada Invencible; pero, como a la Armada Invencible, la suerte le fué adversa y buena parte de aquellos navíos fueron presa de los ingleses o hallaron sepultura en el fondo del mar, mientras los preludios de la guerra colonial ponían también a prueba la entereza de Floridablanca. Persistió éste, no obstante los reveses de los aliados, en abatir a Inglaterra; obtuvo, después de hábiles gestiones diplomáticas, el aislamiento de la terrible potencia, mediante el pacto de neutralidad armada, y pudo ofrecer a su soberano el laurel de la reconquista de Menorca, marchitado, sin embargo, por el largo y espectacular sitio de Gibraltar que terminó con el incendio de la gigantesca pirotecnia aliada, fabulosa y pintoresca aventura en que intervino, más que la técnica militar, la imaginación y la fantasía de los ministros de la corona. A pesar de este descalabro, la paz que selló luego el ministro con Inglaterra fué honrosa. “ Todo el mundo ha hecho justicia a V. M. — dice Floridablanca en su famoso Memorial dirigido a Carlos IV, — confesando que de más de dos siglos a esta parte no se ha concluido un tratado de paz tan ventajoso a la España. La reintegración de

Menorca, la de las dos Floridas, la de toda la gran costa de Honduras y Campeche, son objetos tan grandes y de tales consecuencias que a nadie se pueden ocultar”. Y concluía proclamando todavía como conquista obtenida por la nación española con este tratado, la libertad de comercio.

Decepcionado el ministro de la política de expansión militar, aguzó sus recursos diplomáticos, y mediante ellos, obtuvo la paz con los Estados infieles y afirmó la amistad de España con las naciones cristianas, previniendo nuevas guerras que amenazaron a Inglaterra y a Francia. Entretanto obtuvo nuevas alianzas de familia que hicieron más estrecha la unión de España y Portugal, al extremo de que, al declinar el reinado de Carlos III, se pudo creer que la refundición de las dos soberanías en una era inminente.

No faltaron a Floridablanca en esta época de poderío sinsabores y amarguras. Hacia los últimos años de aquel reinado se sistematizó la oposición que contra su política abrió su antiguo protector y amigo, el conde de Aranda, quien llegó a sentir violentos celos ante el influjo adquirido por el Presidente de Castilla. Mediaron intrigas, calumnias, libelos, sátiras y panfletos contra el ministro y sus reformas, especialmente aquellas de sabor democrático que se dirigían a herir los privilegios de la aristocracia. Floridablanca se vió precisado a hacer al rey una larga exposición o memorial de su obra de gobierno, con lo que ganaron el autor y la historia, pues en este notable documento quedó relacionada la actividad del ministro e historiada la época acaso más interesante del reinado de Carlos III. Con este memorial creyó del caso Floridablanca presentar su dimisión al rey. “Sírvasse V. M. atender a mis ruegos —decía el conde—, y dejarme en honesto retiro. Si en él puede V. M. emplearme en algunos trabajos propios de mi profesión y experiencia allí podré hacerlo con más tranquilidad, más tiempo y menos peligro de errar. Pero, Señor, líbreme V. M. de la inquietud continua de los negocios, de pensar y proponer personas para empleos, dignidades, gracias y honores; de la frecuente ocasión de equivocarse el concepto de ésta y otras cosas, y del peligro de acabar de perder la salud y la vida en la confusión y atropellamiento que me rodea. Hágalo V. M. —termi-

naba—, por quien es, por los servicios que le he hecho, por el amor que le he tenido y tendré hasta el último instante”.

La vida le faltó a Carlos para estudiar el memorial de su ministro, pues apenas dos meses después de haber puesto en él su firma Floridablanca terminó el rey sus días, pero le sobró corazón para retenerlo a su lado y recomendar, en el último trance, a su hijo y sucesor, que mantuviese en su cargo al Presidente de Castilla.

#### IV

Las dos ideas directrices que dan singular grandeza al primer período de gobierno de Floridablanca, esto es, la reforma política y social del reino sobre la base de instituciones constitucionales y la reconstrucción de la unidad ibérica, naufragaron en el segundo período de gobierno en que sirvió a Carlos IV.

Proclamado el nuevo rey, fué, sin embargo, la primera preocupación del ministro dar forma a lo ya acordado con su antiguo señor, esto es, convocar, a la antigua usanza de Castilla, los tres brazos del reino. Hacía muchos años que no se reunían Cortes y puede decirse, con un historiador español, que en los reinados que precedieron a Carlos IV esta institución, que en otros tiempos tuvo singular importancia, estaba virtualmente muerta. Floridablanca resucitó, pues, las Cortes de Castilla y siempre será ésto para él blason de gloria.

Reuniéronse aquéllas en la iglesia de los Jerónimos de Madrid, bajo la presidencia de Campomanes, y comenzaron por reconocer y jurar a Fernando como príncipe heredero de España. Logróse en seguida, sin esfuerzo alguno, que, previo juramento de guardar secreto, las Cortes pidiesen al rey la abolición de la ley sálica y el restablecimiento del antiguo orden de sucesión al trono, por el cual las mujeres tienen derecho a ocuparlo en caso de falta de sucesión directa masculina, con lo cual se aseguró el medio de obtener la unión de España y Portugal, llegado el caso de que el heredero del trono no tuviese hijos varones. Diéronse en seguida las Cortes a la obra de la reforma social y económica y

dictaron diversas leyes que limitaron los privilegios de la aristocracia y abolieron odiosos monopolios que se oponían al desarrollo de la industria y del comercio. En esta obra se hallaban empeñadas cuando fueron bruscamente disueltas sin que se atinara la causa.

La causa procedía del exterior. La reunión de las Cortes coincidió con el estallido de la Revolución francesa de 1789, y con los excesos a que este acontecimiento dió lugar. Aquella violenta reacción de la sociedad francesa aterró a Floridablanca y le sugirió la pavorosa idea de que una convulsión semejante podía sacudir a España y que en ello iba envuelta su responsabilidad, puesto que él había procurado imprimir a la dirección del Estado, desde los tiempos de Carlos III, orientación democrática. Además, aquellos acontecimientos cogían al ministro ya franqueados los sesenta años, cuando las energías comienzan a debilitarse y las ideas tienden a simplificarse y a arrojar de sí todo aquello que constituya una novedad o un cambio esencial.

Frente a la crisis francesa cuyos ecos se sentían en toda Europa, la ideología de Floridablanca sufrió una transformación súbita. El Presidente de Castilla abjuró de su programa reformista y se convirtió en defensor del antiguo régimen, y especialmente de la monarquía y de la persona real. Clausuró las Cortes, detuvo el plan de reformas, abrió guerra contra los revolucionarios franceses y no cesó en esto ni ante el peligro de comprometer a la nación en graves conflictos.

Todo ello fué causa de la caída del ministro. El 18 de junio de 1790, al penetrar en las habitaciones del infante don Antonio, un supuesto agente de los revolucionarios franceses le asestó dos puñaladas en la espalda. El victimario, un médico francés, pereció en el patíbulo sin revelar los motivos del atentado. Floridablanca salió con vida del terrible trance y aún pudo suponerse que, lejos de mermar su poderío, este episodio lo acentuaba. El rey rechazó la dimisión que hizo de su cargo y, personalmente, le ciñó el Toisón de Oro. Aquella fué, sin embargo, la última prueba de la real prianza.

Los grandes ministros españoles experimentaron muchas veces el rigor de los caprichos reales. El conde de la Ensenada, en pleno apogeo de su poder, se vió desposeído y proscripito. Cierta día despachó con Fernando VI hasta pasada la media noche y luego se retiró a su palacio. A la una, un oficial del rey, acompañado de escolta, golpeó a su puerta, le apresó en nombre de S. M. y le condujo cautivo al alcázar de Granada. Al conde de Floridablanca le ocurrió algo más triste aun. Cuando más temido era el Presidente de Castilla recibió orden del rey de partir sin tardanza para su provincia. Salió de la corte en seguida, con lo encapillado, y sin más fortuna que veinte onzas de oro que, ya con el pie en el estribo, le prestó su mayordomo.

En sus tierras le persiguieron nuevos infortunios. Su sucesor, el conde de Aranda, le mandó encerrar en la fortaleza de Pamplona y ordenó se le abriese proceso por malversación de fondos. Aranda fué implacable con el antiguo Presidente de Castilla, sobre el cual cayeron baldón tras baldón. Manuel Godoy, ya en la privanza, no obstante el odio que la Reina María Luisa abrigaba contra Floridablanca y haber sido uno de sus más encarnizados opositores, puso fin a su desventura y le devolvió libertad y honor. El conde volvió a su ciudad y se retiró a un monasterio, donde consagró los años de la ancianidad a la meditación y a confiar al papel sus cuitas, sus melancólicos pensamientos y las reflexiones que le sugirió su experiencia, que no otra riqueza pudo atesorar en su azarosa vida.

La invasión napoleónica y el levantamiento del pueblo español le sacaron, ya en los umbrales de la muerte, de su retiro. Cuando se constituyó la Junta de Murcia fueron requeridos sus servicios para que la dirigiese; la Junta Central de Sevilla le nombró luego su presidente. Con tan alta dignidad terminó sus días en 1808 el gran ministro de los dos últimos Carlos, mientras los reyes estaban cautivos y los ejércitos de Napoleón hollaban la tierra española.

España, no obstante la situación en que la habían colocado los sucesos, rindió justicia póstuma a Floridablanca. Fué sepultado con honores de infante en el panteón real,

debajo de la urna que conserva los restos del rey Fernando. Carlos IV, desposeído de su reino y cautivo, le lloró desde tierra extraña y deploró, aunque tarde, no haber sabido evitar que la desventura y el baldón fueran el premio de los servicios que prestó a España y a la dinastía el leal ministro.

## La "ciudad" colonial

UN ilustre historiador francés, dotado de viva imaginación histórica y de verdadero sentido de adivinación, creó la "ciudad antigua", la ciudad griega en la que el *abstractum* religioso actuó como el hado de la tragedia esquiliana. Otro escritor, patente éste, poseedor de verdadero sentido sociológico, siguiendo las huellas de Fustel de Coulanges, descubrió el panorama de la "ciudad indiana" con sus instituciones políticas, religiosas, jurídicas, sociales y económicas. Si este autor hubiera agregado a la perfecta técnica, al riguroso método de investigación y a la preocupación humanística con que escribió su libro algo de aquella inquieta ansiedad con que Taine interrogaba a la *entelequia*, sumergiéndose para ello en el fondo moral de las cosas, las ruinas de la ciudad ideal por él desenterrada le habrían revelado, además de su significado y carácter histórico, ese misterioso espíritu que hay en todas las ruinas, elemento subjetivo que es fuerza descubrir, y que, una vez descubierto, ayuda a comprender, sentir y amar más profundamente la verdad.

Estas revelaciones son fruto más de la inspiración que de la ciencia, y en ellas, el historiador participa del don que el filósofo antiguo acordaba a los poetas de penetrar el pasado y vaticinar el porvenir. La historia recobra en tales casos su noble jerarquía artística y se aleja de aquel limitado concepto que pretende convertirla en ciencia muerta, en museo de cosas inanimadas, en archivo de documentos inexpressivos, en frío catálogo, en aquel cementerio de cifras y nombres de que habla Renán con espanto, o en la *caput mortum*, como llama Menéndez y Pelayo a esa concepción negativa de un género eminentemente literario y poético.

La historia es una ciencia viva, y es, a la vez, un arte de elevada jerarquía que confina con la poesía, y aún se nu-

tre de ésta. “Cosa inefable y divina” la llamó Carlyle, y eso que éste no era un preceptista ni repetía, al hacer esta confidencia, una fórmula retórica. Lo inefable y divino era precisamente lo que el original escritor inglés había derramado en sus carillas cuando escribió sus peregrinas historias.

El método, la investigación, las disciplinas críticas, la hermeneútica y todas las ciencias auxiliares son los elementos técnicos de la historia; pero el elemento indispensable para la creación de la obra es la versión literaria, la composición estética, la expresión por medio de la forma y la animación de la forma por medio de la sensibilidad. Es el maestro español quien dice que la forma es el espíritu y el alma misma de la historia, mediante la cual la materia bruta de los hechos y la selva confusa de los documentos y de las indagaciones se convierten en un ser real, ordenado y vivo. Y es tan necesario el elemento subjetivo en la composición histórica, que Menéndez y Pelayo atribuyó las mayores bellezas de las grandes obras clásicas a la intervención de la pasión del autor. Dice, con mucha verdad, que la vida humana es un drama, y que el historiador aspira a reproducirla. “Puede ser crítico, puede ser erudito mientras reúne los materiales de la historia y pesa los testimonios, e interroga los documentos; pero, llegado el momento de escribirla, no es más que artista, y no tanto quiere dar lecciones, aunque lo anuncie en fastuosos proemios, como reproducir forma y colores, y aún más que estos accidentes externos o pintorescos de la vida, la vida moral que palpita en el fondo”.

He aquí formulado magistralmente lo que podría ser llamado “jerarquía histórica”, en la cual tienen cabida, cada una con su verdadera función y significado, todas aquellas actividades del entendimiento, de la imaginación y de la sensibilidad que intervienen en la creación de la obra histórica. Líbreme Dios, pues, de desconocer la importancia y valor de la labor de los investigadores que, en bibliotecas, archivos, ruinas y monumentos, y a veces en el mismo ambiente histórico buscan y acopian los elementos objetivos indispensables para la obra; de los técnicos que clasifican, ordenan, compulsan, asocian, examinan, descifran y describen estos elementos; de los cronistas que nos dan la versión personal de lo



que han visto, oído o sentido; de los memorialistas que dan forma espontánea a sus confidencias íntimas; de los publicistas que realizan la magna obra de síntesis y organización literaria y crean la verdadera bibliografía histórica. Pero, además de todo esto, y sobre todo ello, está el artista, el hombre inspirado que utiliza los materiales acopiados por los otros y que con ellos, y con aquel don de adivinación a que ya me he referido, crea la obra de arte, obra perdurable que desafía al tiempo porque es obra de verdad y también de belleza.

Los arquitectos, especialmente, tienen que sentir este concepto. Yo sé perfectamente cuál es el valor y la eficacia de la técnica en la realización de la obra arquitectónica. Sin el auxilio de la escuadra y el compás, sin la geometría, sin el plano, nada puede hacerse; pero si el plano no logra cumplidamente la tercera dimensión, si no se anima con ingenio y gracia en el espacio, si no adquiere volumen y se convierte en cosa plástica, expresiva y bella, el arquitecto no dejará de ser técnico, pero no será artista, que es lo que antes que otra cosa debe ser el arquitecto.

Es por estos misteriosos caminos tan difíciles y tan ásperos por donde se debe llegar hasta las puertas de la “ciudad colonial”, penetrar en ella e interrogar su espíritu.

\*

\* \*

La ciudad colonial tuvo su clima subjetivo, determinado por las circunstancias históricas: la raza, la lengua, la religión, la mentalidad, la sensibilidad y la cultura del conquistador y del colono, las peculiaridades del hombre aborígen, la tradición indígena y la actitud que observaron los primitivos pueblos americanos frente al conquistador. Tuvo también su panorama objetivo urbano, muy peculiar, determinado por la naturaleza del país, las circunstancias ambientales, las capitulaciones celebradas entre el rey y los descubridores, las ordenanzas de la corona y las leyes de Indias que prescribieron menudamente la forma de orientar y defender la ciudad, el trazado y características de las calles, el sitio, dimensiones y disposición de las plazas, la distribución de

las iglesias, monasterios y casas reales y de ciudad, el repartimiento de solares a los pobladores, el señalamiento de ejido y términos y muchas otras modalidades que constituyen un verdadero código de incipiente urbanismo que puede ser ofrecido como estímulo a la curiosidad e inquietud de los arquitectos y artistas que están creando la ciudad moderna. La ciudad fué, pues, un complejo subjetivo doblado de una concepción de paisaje urbano nacida del objeto de la fundación y de las necesidades de la vida comunal: defensa militar, culto religioso, actividad política, administrativa y social, acción municipal, actividad económica.

El paisaje urbano, previsto por las leyes de Indias, fué el producto de la naturaleza de la fundación, de las circunstancias ambientales y de las necesidades de la ciudad; el elemento que predominó en él fué algo así como la transmutación formal de las instituciones que España arrancó de su tradición social y jurídica y la trasplantó a las Indias para integrar con ella su concepto de gobierno colonial. El recinto amurallado y foseado, las puertas de ciudad y sus obras de defensa, las fortalezas y casas reales fueron la expresión objetiva del poder temporal, de la autoridad del rey, señor del imperio; los templos y monasterios fueron el símbolo del poder espiritual, de la autoridad de la Iglesia, aliada natural de la Corona en la evangelización y civilización del Nuevo Mundo; el ayuntamiento o Cabildo fué la expresión genuina del derecho comunal, la afirmación objetiva de su existencia ideal jurídica.

La ciudad nació y creció al amparo de estas fuerzas e instituciones, y adaptó a ellas su desarrollo. La fortaleza requirió espacios abiertos para la vigilancia estratégica de la ciudad y surgieron las explanadas o campos de Marte y los ejidos fijados por el alcance del tiro de cañón; el virrey o gobernador requirieron mansión para ellos, sus funcionarios y oficinas, y surgieron los palacios, casas fuertes y sitios reales; el templo y el cabildo, erigidos frente a frente, como entidades que también se complementaban, requirieron espacios abiertos para la congregación de los fieles, las procesiones religiosas y las reuniones cívicas y surgió, delante de ellos, la Plaza Mayor, que tuvo un especial significado en

la historia de la ciudad; los monasterios y capillas exigieron también claustros exteriores y aparecieron las quietas y silenciosas plazuelas; la ciudad necesitó un paraje donde realizar el abastecimiento de la población y apareció el mercado o feria, a cielo descubierto o debajo de los portales y recobas; los vecinos buscaron sitios de esparcimientos y recreo, sea palenque de torneo, sea plaza de toros, y se crearon espacios especiales para ello. Así quedó integrado el escenario físico de la ciudad colonial, abrazada por su recinto fortificado, con sus enjastadas puertas, sus bermejos tejados, sus casas de piedra o enjalbegados muros de ladrillo, sus torres, cúpulas, campanarios, espadañas y mojinetes.

Con ser semejante el origen y el objeto de la fundación de las ciudades españolas en América, el clima moral que reinó en ellas, aunque uniforme, ofreció diversos matices, en razón de que, unas fueron sede de los representantes del Rey y asiento de las medias cortes virreinales, con su aparato de obispados y prelacías, universidades y seminarios, reales audiencias, ministerios y consulados; otras fueron plazas de guerra y asiento de soldados, casernas, arsenales y maestranzas; otras fueron sede de explotación de las riquezas de la tierra y asiento de encomenleros, mitayos, aventureros y mercaderes. Esta decoración y la agregación humana a que ella dió motivo determinaron el carácter fastuoso y la vida regalada y liviana, fácil a la intriga, de las capitales virreinales pobladas de iglesias, conventos, palacios y casas hidalgas; el aspecto adusto y severo de las plazas fuertes erizadas de murallas, baluartes y cañones; la vida áspera y dura de las ciudades mineras o dedicadas a la explotación de la tierra bajo el bárbaro régimen de la encomienda y la mita.

El aspecto físico de la ciudad difirió también como consecuencia del paisaje, la topografía y la tradición indígena del país. La ciudad se levantó en la montaña o en la llanura, en el altiplano o en el valle, en la ribera del mar o de los ríos, en la orilla del bosque o en el corazón del bosque mismo. Al hacerlo aprovechó los materiales que le brindó la comarca: la piedra de las cordilleras sirvió para levantar fortalezas, templos, monasterios y palacios; la arcilla de las pampas para fabricar con ellas panes de adobe, ladrillos, tejas y

solerías, las maderas de los bosques para hacer horcones, dinteles, ensamblajes y ataujías; la paja y los juncos de los bañados y los cueros de los animales salvajes, para cubrir techos y paramentos de los humildes caseríos. A veces encontró todo eso en la ciudad indígena y entonces la arrasó para construir con las piedras seculares, sagradas piedras, los nuevos templos y los nuevos palacios.

Dió así la "ciudad" de la tierra americana como una planta o un árbol que en ella hunde sus raíces y de ella extrae los jugos vitales. Nada le negó el Nuevo Mundo. Le dió el producto de su entraña y hasta le entregó, con los sillares de los templos aztecas y los ciclópeos muros de los palacios y fortalezas del altiplano andino, donde reinaron los hijos del Sol, la tradición y el alma de los imperios destruídos y de las razas y pueblos subyugados. Todo ello sirvió de asiento a la ciudad colonial edificada por el conquistador español.



Todas las ciudades cabeza fundadas por España en América, con excepción de San Felipe de Montevideo, iniciaron su vida orgánica en el siglo XVI. Méjico y Quito son metrópolis de ascendencia indígena cuyos orígenes se pierden en el misterio de la noche precolombina, pero cuya vida cristiana comienza en los primeros años de la Conquista; Lima, la ciudad de los Reyes, es de 1535, el mismo año de la primera fundación de Buenos Aires por el Adelantado don Pedro de Mendoza; la Asunción del Paraguay es de 1536; Bogotá de 1538; Santiago de Chile de 1541; La Paz de 1548; Caracas de 1567, la segunda fundación de Buenos Aires, hecha por Garay, es de 1580.

Este maravilloso florecimiento de ciudades españolas en tierra de Indias corresponde a la época de máxima grandeza de la nación descubridora, conquistadora y colonizadora. Es, como hemos dicho alguna vez, el siglo de Carlos V y Felipe II, los Austrias grandes; de San Ignacio de Loyola y de don Gonzalo de Córdoba; de Santa Teresa de Jesús y del Duque de Alba; del Cardenal Cisneros y de don Juan de Austria;

de los grandes reyes, de los grandes santos, de los grandes guerreros, de los grandes místicos y teólogos, de los grandes conquistadores. Es la época en que un monarca mandó acuñar moneda y la troqueló con un sol rodeado de esta divisa: "Lo iluminará todo". El sol no se puso entonces en los dominios del imperio español.

Aquella España de las carabelas y de los galeones, de la flota invencible y del gran Capitán, de los conquistadores y de los adelantados, de las legiones de soldados y de frailes misioneros, de las escuelas y universidades, de la escolástica sutil y de las humanidades, es una España angular que parece tallada en piedra. Arrogante y fiera; mística y devota; recia y ceñuda; sensual, ascética y andariega; cruel y rapaz a ratos; a ratos mansa, pródiga y manirrota, de todo ello ha quedado esencia y espíritu en las catedrales y monasterios de la época escurialense; en los enjestrados frontones de Juan de Herrera y Juan de Toledo; en las esculturas del Berruguete; en los lienzos que el Tiziano y Antonio Moro pintaron para Carlos V y Felipe II; en la grandilocuencia lírica de Herrera; en la prosa de Cervantes y Quevedo; en la teología escolástica; en el Renacimiento de las artes y de las letras con que los últimos Austrias cubrieron, como con un manto de púrpura y oro, las claudicaciones de la dinastía y la decadencia del imperio.

El alma castellana alcanzó en aquel siglo la plenitud de sus potencias espirituales; jamás obtuvieron mayor grado de desarrollo, ni antes ni después, las aptitudes dinámicas de la raza. España conquistó el mundo con la Cruz, con la espada, con el espíritu, con la ciencia, con las artes, con la lengua que es arma que subyuga y domina sin herir.

El conquistador trajo a Indias, en aquella época, con el sentimiento de arrogancia, de caballería, de aventura, de intriga y de ambición, que fué lote de sus andanzas, el recio espíritu del siglo XVI, y este espíritu quedó impreso en las ciudades que fundó en nombre del Rey, inoculado en el medio social, en las instituciones religiosas, políticas y administrativas que creó; en las ideas, sentimientos y costumbres que impuso; en las multitudes coloniales que fueron producto de la ciudad; en la misma ciudad física.

Así nació “la ciudad indiana”, semi-feudal y semi-burguesa, ceñida detrás de sus fosos y ampalizadas, dominada por los bastiones de la fortaleza y las torres de las iglesias y monasterios, agrupadas las casas infanzonas en la Plaza Mayor, alineado el caserío de adobe y tejado techo, todo simple pero de noble sabor castizo; todo reglado por la campana del templo, el toque militar, y el alerta de los atalayas.

El formidable dinamismo espiritual del siglo XVI puso un sello de violenta pasión en el ambiente de la ciudad, y esa pasión, si se encaminó hacia las altas y memorables acciones que llenan la historia de la Conquista, muchas veces se dejó arrebatado por la ambición, el odio y el crimen. La crónica de la ciudad indiana está llena de admirables páginas de heroísmo, virtud, santidad y sabiduría. Resplandecen en ella las aptitudes morales e intelectuales de esta raza capaz de los más altos hechos, de las más gloriosas hazañas, de las más perdurables obras; el alma del Cid Campeador y de Don Quijote de la Mancha parece que animara a estos hombres vestidos de hierro que recorren las tierras vírgenes de América, ya se llamen Corteses, Balboas, Pizarros, Almagros, Valdivias, Solises; el ardor de los grandes inquisidores parece que mueve a estos frailes y misioneros y apóstoles que van tras ellos, ya se llamen Las Casas, Javieres o Guzmanes; el amor de Teresa de Avila enciende las almas de estas mujeres, ya sean las Rosas limeñas, las vírgenes de Quito o las profesas de Santiago; el espíritu de las viejas universidades del Reino parece que inspira a los humanistas que en las celdas de los conventos escriben tratados de teología y de derecho indiano o trazan, con ingenuo y vigoroso color, la miniada crónica de la conquista.

Mas, a menudo, esta crónica se torna roja y ardiente como la sangre y la pasión. El Inca Garcilaso, en los Comentarios Reales, junto a los altos hechos de los conquistadores, relata las más negras historias de asonadas, motines, asesinatos y sacrilegios de que fueron teatro las ciudades del siglo XVI. En Lima, en el Cuzco, en la Paz, en todas partes, después de las revueltas de los Pizarros, el puñal da cuenta de virreyes y oídores, de generales y magnates, de prelados e inquisidores. Nadie tiene allí la vida segura. Cuando la co-

ta de malla, que todos llevan puesta, defiende el pecho y la espalda, las puntas de los estoques buscan el cuello o las sienes de las víctimas. Otras veces se echa mano del veneno que mata como el rayo o seca como la fiebre. Las familias se dividen en bandos y facciones y traban combates singulares que hacen correr arroyos de sangre. La pampa de San Clemente, cerca de la villa imperial de Potosí, queda teñida de rojo después de las bárbaras batallas y torneos que se libran entre las facciones de los Montejos y los Vascos Godines. En Santiago de Chile los Lisperguer, la familia trágica, y los Ximénez de Mendoza se batan hasta dentro de las iglesias, y, sobre estos charcos de sangre, viene al mundo la Quintrala, la terrible Lucrecia Borgia del coloniaje. En la Asunción, los Gobernadores perecen en el cadalso o mueren asaeteados; al Gobernador Cáceres, que llenó con sus crímenes, robos y deslealtades los anales del Paraguay, le apresan en la iglesia, mientras oye misa arrodillado, le remachan dos barras de grillos y le encadenan a un bárbaro cepo, donde permanece largo tiempo. El obispo Cárdenas acaudilla más tarde a sus súbditos, los lanza contra los gobernadores, libra batallas, y cuando se ve vencido, acude a la Iglesia, se reviste de sus insignias episcopales y espera al enemigo escudado con la sagrada forma. Y mientras los grandes realizan memorables empresas y conquistan nuevas tierras para la Corona, y echan las bases de las futuras nacionalidades, y se acechan y matan, se siente en toda las Indias el ronco estertor de los mitayos, que trabajan bajo el bárbaro látigo de los encomenderos.

Tal es la época, tal es la "ciudad indiana"; así se vive en ella en el siglo XVI: la cota de malla puesta, el estoque apercebido, el testamento hecho, saldadas las cuentas de conciencia, porque, a veces, hasta se niega la confesión.

La ciudad del siglo XVI es hija del absolutismo cesáreo; fué plaza de guerra, nido de conquistadores, de valerosos guerreros, de nobles segundones, de grandes señores trashumanantes, de rudos soldados. Su propio aspecto así lo acreditó. Sus fortalezas, templos, palacios y casonas formaron en el andar de los años un cuerpo de arquitectura que logró la jerarquía de estilo. Netamente escorialense en sus orígenes, evolucionado luego por la acción del medio ambiente y la



influencia de las épocas, creó las magníficas fábricas del barroco colonial mejicano y peruano que, en su proporción y grandeza, en su sentido de invención, en su riqueza decorativa revelan la exaltación de la fuerza espiritual de la ciudad y la polaridad social de la misma. Prosperó en ella, con el sombrío ardor religioso de la conquista, el fanatismo autocrático, el sentimiento de sumisión y vasallaje al señor, el supersticioso respeto a los privilegios y diferencias sociales, la desenfrenada ambición de mando y riquezas. Y cuando la ambición o la rapacidad creó en la ciudad varios señores rivales estalló la guerra de bandos y facciones, y el garrote y la horca dieron cuenta de caudillos rebeldes y sirvieron para encumbrar tiranos. Se explican así, sociológicamente, por vía de tradición y de herencia, los eclipses y desviaciones que, en muchos países de la América española experimentó el principio democrático republicano durante el proceso de la independencia, y la tiranía que, en algunos de ellos, fué secuela de la Revolución.

\*

\* \*

Del conjunto de ciudades fundadas en América por España, hay una que escapa al clima general y que constituye también una excepción en el panorama urbano objetivo de las plazas coloniales. Es esta la ciudad de San Felipe de Montevideo, la última ciudad cabeza que la Corona fundó en el Continente, y cuya existencia se debe, más que a los requerimientos del rey español para que fuese fundada, y al empeño que en ello demostró el ilustre fundador, al ardimiento y celo que puso el conquistador portugués en poseer el solar del Río de la Plata.

Esta ciudad se estableció en una zona del Continente que, si bien en el orden del tiempo tuvo la primacía del descubrimiento, fué desdeñada por el conquistador español, el cual pasó indiferente por su litoral durante dos siglos casi sin rozarlo, arrastrado por la aventura mediterránea que le ofrecía el miraje del oro guardado en los flancos de la cordillera, detrás de los misteriosos bosques de las tierras calientes. Este



país, perfectamente definido en sus modalidades geográficas y étnicas, estaba separado de las tierras que formaron la antigua provincia del Paraguay y Río de la Plata, “el gigante de las Indias”, como lo llama con razón el Padre Guevara, por el fabuloso caudal de aguas de aquel río y del Uruguay que determinan dos sistemas y dos climas, con su formación geológica, su orografía y su hidrografía distintas, y su flora y fauna peculiares. Lo estaba también del patrimonio colonial portugués por caracteres físicos y étnicos inconfundibles. Poblaban este país tribus belicosas y bravías, étnicamente autótonomas, que constituían también una “ciudad”, ciudad primitiva y bárbara, con su religión, sus tradiciones, su misteriosa historia, su legislación rudimentaria, sus costumbres peculiares, sus caracteres propios, hasta su lengua original cuyo recuerdo se ha perdido para siempre. La destrucción de la ciudad charrúa dió lugar a una guerra sangrienta que se prolongó a través de tres siglos, durante los cuales la agrupación indígena se fué descomponiendo hasta desaparecer totalmente sin dejar otro rastro sobre la tierra como no sean sus túmulos y paraderos, la tradición de su indomable resistencia a la invasión del hombre blanco y el recuerdo de su misterioso origen y de su melancólico destino.

Montevideo nació en el primer tercio del siglo XVIII; había pasado ya la ola de gloria y sangre de la conquista, y la terrible fuerza expansiva del siglo XVI se había retraído. Después de la grandeza máxima el Imperio había visto que sus glorias se obscurecían y que la decadencia caía sobre sus ámbitos. El sol de los Austrias se había ocultado; el patrimonio legado por Carlos V había sido desgarrado por las guerras de sucesión; se habían limitado las fronteras del reino y el alma española parecía exhausta y presa de mortal lasitud.

Felizmente coincidió la fundación de la ciudad con aquel movimiento de renovación espiritual que se produjo en el reino con el advenimiento de los Borbones y que aventó la visión tétrica de la España claudicante de Carlos II, el rey hechizado. Con Felipe V llegó a España un soplo de vida ardiente. La nueva dinastía renovó el ciclo heroico; se reconquistaron reinos y se hizo la guerra con fortuna. Al mismo tiempo la sociedad se sintió poseída de nuevas energías. Sobre la

decadencia de las artes se inició tímidamente una restauración del gusto, que luego se afirmó francamente. Los artistas barrocos que habían caído en la decadencia churriguirresca se sintieron subyugados por la sobriedad y la gracia francesas, y, bajo su influencia, los pesados frontones y los himafrontes rutilantes comenzaron a transformarse en deliciosas fantasías que renovaron la época plateresca con sus frágiles y ligeras decoraciones, y que, poco a poco, fueron desprendiéndose de frisos, cornisas y archivoltas para devolver a éstos las proporciones y las líneas puras de los estilos clásicos. Ya no presidía este renacimiento la austera imaginación de Juan de Toledo, sino la gracia ligera de Jean Goujeon y Perrault. De Francia llegaron los discípulos de Landry, de Rigaud, de Lebrum, de Puget para poblar los palacios con lienzos y estatuas de un gusto un poco galante y licencioso. El Tiépolo trajo de Italia la suave molicie veneciana. España se llenó entonces de obras que no tenían la solidez ni la grandeza de la época velazquina, pero que estimulaban la imaginación de la raza y la predisponía a nuevas empresas. Al mismo tiempo el Rey fundaba la Academia de San Fernando y los poetas italianos y franceses, al pasar por el tamiz del alma española, daban origen a nuevas formas que fueron codificadas luego por Luzán en su poética.

La corte se renovó también. Los señores duros y sombríos y las damas graves y recatadas que pintaron Pantoja de la Cruz y Sánchez Coello se tornaron en ingeniosos cortesanos y en figuras graciosas y amables. El carácter, las maneras, la sociabilidad, el traje, la conversación se transformaron como por arte de magia. Isabel de Farnesio, la esposa de Felipe V, trajo de Parma, al decir de Federico II, "la fineza francesa y la vivacidad italiana". El cardenal Alberoni importó también el sentimiento de suntuosidad y el espíritu de intriga de los pequeños reinos de Italia. El alma española despertó tocada por tantos estímulos y recobró nuevamente sus atributos angulares.

El fundador de la ciudad, don Bruno Zabala, fue representante genuino de este momento de recomposición espiritual y de este sentido de renovación y renacimiento. Había nacido en 1682, apenas unos meses antes de que viese la luz en

Versalles el duque de Anjou, quien luego fué su señor y rey con el nombre de Felipe V de España. El siglo de oro le pisaba los talones; Velázquez había muerto hacía veinte años; Murillo acababa de poner sobre el lienzo su última pincelada; Calderón de la Barca vivía aún. La decadencia que llena el tránsito de un siglo a otro le encontró haciendo la guerra en Flandes, batiéndose en Namur, asediando con los ejércitos de la Liga a Villareal y a Lérida, donde perdió un brazo. Cuando llegó a la corte ya se afirmaba el renacimiento provocado por la nueva dinastía. Con ese espíritu, que era también espíritu de recomposición, de disciplina, de orden y de trabajo, partió el insigne Mariscal para servir la gobernación de Indias, y ese espíritu fué el que imprimió a la fundación de la ciudad de Montevideo.

Así nació ésta, simple y armoniosa, hija de su época, producto de la paz, del orden y del trabajo, blanca como una ciudad árabe, trepada en una península feraz cubierta de verdes praderas, cuyas rápidas vertientes caían al Sur y al Norte sobre el abierto río como mar y sobre la ensenada o bahía salpicada de playas de arena y cerrada por el cono verde del Cerro.

Si los fundadores de las ciudades del siglo XVI fueron hombres vestidos de hierro, los que fundaron, poblaron y organizaron a Montevideo fueron funcionarios de peluca rizada y casaca de seda, labriegos, mecaderos y menestrales, familias canarias y gallegas, cristianos viejos de sangre limpia y solar conocido. Estos hombres no llegaron a la ciudad a conquistar tierras ni a atesorar oro y riquezas; vinieron a levantar su solar, a cuidar de su casa y de su hacienda, a vivir simple y cristianamente. En esta ciudad no había minas, ni especierías, ni mitayos, ni encomiendas; tampoco había virreyes rapaces, ni poderosos validos, ni omnipotentes barraganas, ni oidores corrompidos, ni fiscales prevaricadores, ni bárbaros encomenderos. No hubo tampoco aquí vida heroica. Las gestas domésticas de la ciudad surgieron de las luchas que originó la defensa contra la ambición del portugués y contra las incursiones del indio y el pirata; de la brega contra el ganado orejano y el perro cimarrón; de la altiva pero respetuosa defensa de los derechos comunales cuando éstos

fueron amenazados por los avances de los comandantes militares. Aquí no hubo tampoco guerras de facción; ni títulos de Castilla; ni grandes señores; ni bandos de familia; ni parcialidades; ni siquiera se tiene la seguridad de que haya sido alzado el rollo en la plaza mayor. Aquí no hubo más que una laboriosa población, humilde, pobre y devota, que se entregó al trabajo, confiada en el porvenir, que supo regar con su sudor la tierra fértil preñada de naturales tesoros, y sujetar a vasallaje la inmensa riqueza pecuaria que, como *res nullius*, poblaba la desierta campaña. Todo fué en esta riente población recién nacida simple y transparente como la luz de su incomparable cielo, como las aguas de su maravillosa ensenada, como el eglógico paisaje de sus suaves colinas.

Tal fué la ciudad del siglo XVIII, tales sus pobladores; así se vivió en ella: la mano en el rosario, en le esteva del arado, en la brida del caballo, en la vara de medir, en la vara de justicia, en el mosquete en los días en que el indio merodeaba por las praderas vecinas.

La ciudad del siglo XVIII fué hija de una época de renovación espiritual. Desde los primeros años primó en ella el sentimiento que iguala en el derecho a todas las clases sociales; el régimen foral incipiente que le dió el fundador respondió a ese sentimiento, cuyo desarrollo y evolución originaron el nacimiento del espíritu democrático de la ciudad ejercitado en las actividades del gobierno comunal, en la administración del Cabildo, que, si fué justicia y Regimiento, como lo dice su ejecutoria, fué también República, esto es *res pública*, cosa de todos, principio genuino de verdadera democracia.



Durante los primeros años la fisonomía de la ciudad ofreció el aspecto de una agregación humana de labradores, pastores y mercaderes erigida bajo la protección de las fortalezas reales. Oprimida por las murallas comenzó a expandirse y fué conquistando las praderas, los bosques, los ríos y las cuchillas sometidos hasta entonces al dominio de las tribus salvajes, y fundando, aquí y allá, nuevos núcleos de civiliza-

ción cristiana. La ciudad se multiplicó en el hasta entonces desierto territorio e imprimió su señorío a toda la comarca; surgió con ello una nueva muchedumbre, la muchedumbre rural con su personaje genérico: el gaucho. Estimulados por la libertad del campo, florecieron con mayor brío en esta muchedumbre los caracteres de la ciudad.

La vida se deslizó serena y simple, sin sobresaltos, sujeta a un régimen casi patriarcal. No hubo en la ciudad, dueña ya de todo el territorio, ni preocupaciones esenciales, ni inquietudes de orden alguno. Estas aparecieron con el bienestar económico, con la cultura, con los primeros incidentes promovidos con motivo de la intromisión de la autoridad militar y política en asuntos de fuero comunal, con las incursiones de piratas y aventureros, con los conflictos suscitados por la autoridad virreinal y por las corporaciones de Buenos Aires sobre cuestiones de jurisdicción, rivalidades de puertos e intereses económicos.

Las cortinas de mural'a, que se hicieron más ceñidas y se poblaron de cubos y bastiones, no fueron capaces de ahogar la pasión democrática de los pobladores, ni el espíritu de libertad que estos imprimieron a su gobierno comunal, ni el concepto igualitario que les poseyó, ni el sentimiento de autonomía que fué constante aspiración de la ciudad. Tampoco pudieron impedir que, por las troneras y por los parapetos de la engolada muralla, penetrara aquella agitación espiritual, salida del remozamiento de doctrinas escolásticas olvidadas, que, luego de conmover el alma de la nación española en la segunda mitad del siglo XVIII, se apoderó de la política y del derecho, se concretó en nuevas disciplinas jurídicas, administrativas y económicas y desembocó en una nueva concepción de la sociedad civil y del gobierno político.

El proceso de la creación de la conciencia jurídica de la ciudad se precipitó ante esos estímulos. La economía de la población adquirió fisonomía propia, se desarrolló rápidamente y buscó la autonomía mediante el régimen de navíos de registro; la erección del puerto, ya adquirida su hegemonía, en surgidero; la resistencia tenaz contra la fuerza de absorción de la capital virreinal y, por fin, la libertad de comercio. Las instituciones coloniales evolucionaron también

hacia tipos de estructura jurídica peculiares, con funciones también peculiares. Se creó una legislación local que fué producto del ambiente. La Iglesia no logró autoridad de orden, pero sí, y amplísima, de jurisdicción; el clero se nacionalizó y el culto adquirió características locales; las órdenes religiosas se incorporaron a la "ciudad" y los conventos se transformaron en centro del espíritu democrático, en agentes de autonomía y de resistencia a la invasión de la autoridad de Buenos Aires; el Comandante Militar se convirtió en gobernador civil; el Cabildo en pequeño parlamento, y, a la vez, en gobierno político y administrativo; los simples oficiales en Ministros de la Real Hacienda, las corporaciones privadas en Juntas, Consulados y Cuerpos Deliberantes.

Este fervor democrático de consolidación social y económica, de reforma, de autonomía, se pronunció en los Cabildos abiertos, asambleas y agrupaciones gremiales y dió lugar a reacciones típicas de emancipación popular.

El paisaje físico de la ciudad se modificó también. El labrador y el pastor se convirtieron en señores, y ya no les bastó la humilde vivienda, y surgió entonces la casa patriótica, amplia y simple, pero noblemente trazada; la ciudad encontró pequeño y pobre el templo primitivo y levantó la Iglesia Mayor, con proporciones de Catedral, como cuadraba a la ciudad cabeza; el espíritu comunal, estimulado por los conflictos y rivalidades con la metrópolis vecina, inspiró la construcción de la Casa del Cabildo, la Casa de la Ciudad, debajo de cuyas bóvedas hallaron asilo los fueros populares agraviados y nació el sentimiento nacional de la "ciudad".

Estas modestas fábricas arquitectónicas levantadas por la población de Montevideo en aquella hora histórica son la expresión genuina del espíritu espartano de la ciudad. Nada tienen que ver con los suntuosos monumentos barrocos e indo-españoles del resto de América. Son edificios de noble proporción, que hablan con sus líneas simples y armoniosas un elocuente y castizo lenguaje.

Por una singular coincidencia, la Iglesia Matriz y el Cabildo, cuyas masas se levantan todavía frente a frente en la plaza Constitución, reclaman en estos momentos el interés de gobernantes, arquitectos y artistas. La Iglesia Matriz es-

tá ya en vías de restauración; el venerable monumento está poniendo al descubierto su entraña de ladrillo secular. La patriótica inquietud de uno de nuestros más ilustres hombres de Estado, el Ministro de Relaciones Exteriores, Ingeniero don José Serrato, ha dado origen a la creación de una Comisión designada por el Poder Ejecutivo, formada por eminentes arquitectos e historiadores, que sin título alguno tengo yo el honor de presidir, que ha tomado a su cargo la obra de establecer el historial del Cabildo y proyectar su restauración arquitectónica, teniendo en cuenta para ello el objeto a que se destina.

Ambos monumentos constituyen el símbolo de la ciudad, la ejecutoria de sus más caras tradiciones y el último legado estético que España hizo a sus antiguas colonias de América. Cuando el arquitecto español trazó los planos de la Iglesia Matriz y el Cabildo estaba en su plenitud aquel sabroso período de la Restauración iniciado por los académicos de San Fernando al mediar el siglo XVIII. El neoclasicismo incoloro e inexpresivo que fué producto de la reacción contra el desorden y extravagancias de la época churrigueresca había hallado fuerza y vida en la olvidada tradición del quinientos; las fábricas amplias y grises de aquel primer renacimiento español, que llenaron con su castizo ingenio Juan de Toledo y Juan de Herrera, había recobrado nuevamente su imperio.

Nada es más profundamente castizo y nada expresa mejor el carácter y el espíritu de la última ciudad creada por la España en Indias que la Iglesia Matriz de Montevideo, templo de nobles proporciones, de líneas simples y armoniosas, cuya composición exterior, clara y expresiva, acusada por el clásico frontón y por las elegantes torres, se completa con el partido interior, en el que nobles establamientos dóricos sostienen el cañón de bóveda de la nave central y los arcos torales en que se apoya el anillo de la serena cúpula. Todo es allí claro, simple y expresivo, como lo es la población que vivió a la sombra de sus muros.

También es profundamente español el Cabildo con su fábrica adusta y un poco árida comentada por la piedra de sillaría que decora el basamento, corre por los entrepaños,



sube por las jambas y dinteles, traza en plena cumbre el arco del pórtico, trepa por las sólidas columnas de orden toscano que sostienen el balcón volado central, asciende por las columnas jónicas del frontón superior y se tiende serenamente a lo largo del cornisamento y del ático.

Cuando se levantaron las fábricas del templo y del Cabildo sobre las azoteas y tejados de la ciudad, ésta se agazapaba todavía detrás de la cintura de murallas, bastiones, cubos y casamatas erizados de cañones. Al oriente, como centinela avanzado, la oscura masa de la Ciudadela asestaba sus cañones hacia el mar, hacia el campo y hacia la ciudad para prevenirse contra el enemigo exterior y también contra las sediciones domésticas. La vida militar reglaba las costumbres de la población civil. Las puertas de la ciudad se cerraban al sonar el disparo de cañón, y al toque de queda la población callaba obediente al clarín. Sin embargo, en medio del trajín militar, entre ruidos de armas, movimientos de maestranzas y voces de mando el templo y la casa del pueblo se alzaron en medio del recinto amurallado, frente a las bocas de fuego de la Ciudadela, cuando se escuchaban ya los primeros vagidos de la Revolución.

Si bajo las bóvedas de la Matriz se acendró la fuerza espiritual de la ciudad que iba a reclamar su soberanía, bajo las bóvedas del Cabildo se incubó, con la democracia política y las instituciones populares, nuestra vida parlamentaria. Sede del ayuntamiento colonial, asiento luego del ayuntamiento patricio de 1815 y 1816 que fué una de las piedras angulares del Gobierno de Artigas, y de los cabildos cisplatinos tan mal comprendidos en su significación histórica y social, hogar, por fin, durante noventa años, del Poder Legislativo, sus sillares de piedra han sido testigos de la gestación de nuestra Independencia y del proceso de nuestra vida nacional.

A la sombra de los dos monumentos tutelares, en la plaza pública, el pueblo de Montevideo eligió los diputados que fueron a integrar la primera Junta de Gobierno propio de 1808, y desde entonces, todos los acontecimientos de nuestra historia urbana se han desarrollado frente a ellos. Las últimas juras reales, las asonadas que precedieron a la caída de



la plaza en 1814; los desfiles de las multitudes artiguistas de 1815 y 1816; las fastuosas ceremonias del régimen portugués y brasileño; la entrada triunfal de los ejércitos patriotas de 1829; la jura de la Constitución de 1830, las sediciones y tumultos de nuestra inquieta vida doméstica y las grandes explosiones del sentimiento nacional; todo ha pasado frente a la Matriz y el Cabildo, cuyos muros son páginas parlantes de la historia de la ciudad.

Para que se cumpliese la ley histórica de la emancipación, las ciudades coloniales españolas de América se insurreccionaron, crearon juntas como en la Península, organizaron ejércitos y se lanzaron a la empresa heroica. Algunas de ellas ni siquiera tuvieron que combatir, pues la Revolución adoptó allí forma pacífica y parlamentaria o fué un simple tránsito sin gloria militar.

Montevideo fué también una excepción en el cuadro de la Revolución. Dominada la ciudad física por los defensores del Rey, que hicieron de ella el último baluarte español en el Río de la Plata, la ciudad moral, la ciudad humana, convertida en muchedumbre errante, peregrinó por el país y tuvo que sostener una triple guerra contra España, Portugal y Buenos Aires. Expugnada y conquistada nuevamente la ciudad, le fué negada su soberanía, y se decretó su destrucción.

Fué entonces, en momentos en que los principios de gobierno propio tambaleaban en varias ciudades de América, en que en el Río de la Plata se soñaba con príncipes, dinastías y Cartas Magnas flordelisadas, y en que para realizar esos sueños se fraguaba una verdadera conspiración continental, fué entonces cuando la ciudad oriental, hija legítima de la ciudad colonial, abandonó otra vez el antiguo recinto y, luego de señalar a sus hermanas el camino del porvenir y de desangrarse en una lucha gigantesca, se inmoló, holocausto sin ejemplo en la historia de América, de cuyo fuego purificador brotaron, como en los mitos antiguos, la Libertad, la Democracia y la República.



# La Emperatriz de las Indias

QUIENES pasan por Lisboa olvidan a menudo visitar el Panteón de los Reyes, donde, más dichosos que los de otros pueblos, duermen serenamente su último sueño los monarcas e infantes de la dinastía portuguesa.

Se halla el panteón real en el *Mosteiro de São Vicente*, junto a la iglesia barroca de *São Vicente de Fora*, —tan grata a la casa de Braganza—, en cuyas suntuosas naves, revestidas de riquísimos mármoles, se conservan ilustres reliquias de la pasada grandeza junto a recuerdos del perdido imperio colonial. Las ofrendas de los reyes vuelven la imaginación a la época del máximo poderío de la nación conquistadora. Los policromados mascarones de proa, las ruedas de timón, las cofas de masteleros, los trozos de galeones, labrado todo en maravillosas maderas cogidas en las selvas del Brasil, en el litoral africano y en las islas bañadas por las aguas del mar Indico, hacen soñar, sin quererlo, en las aventuras de Don Enrique el Navegante, de Gil Eanes, de Nuño Tristán, de Bartolomé Díaz, de Vasco de Gama, de Alvarez Cabral, intrépida teoría de exploradores y aventureros lanzados en sus bajeles a través del mar tenebroso; perdidos unos en el misterio del litoral africano, entre las hirvientes aguas del cabo Bojador y los ciclones del cabo de las Tormentas, náufragos otros a espaldas del Dragón y de la Castellana Paria, que caen al Aquilón y miran al Austro, como con delicioso y pintoresco lenguaje escribe Pero Mártir de Anglería, poseídos todos de la ilusión de tropezar con la fabulosa Cipango y los fantásticos reinos de Catay que creó la imaginación de Marco Polo.

Una pequeña puerta de dintel abocinado abierta en el ancho muro de la nave derecha de la iglesia, conduce al

claustro del convento agustino frontero, cuyos abovedados tránsitos están alicatados con preciosos azulejos de la mejor época pombalina. La revolución convirtió el viejo monasterio en liceo, y en lugar de los trajes talares de los monjes, pululan allí las negras capas románticas de los estudiantes portugueses. En el fondo del último tránsito, junto al ábside de la iglesia, se halla el panteón real que ha sido religiosamente respetado por la República. La puerta se abre sobre un austero pórtico, techado de bóveda de medio punto, que conduce a la cámara sepulcral construída al nivel del piso exterior. Es una amplia y larga nave abovedada, huérfana de toda decoración, iluminada por altas vidrieras laterales que toman la luz directa del día, y por las cuales se asoma el sol de la mañana. Sobre plataformas de mampostería, construídas junto a los muros laterales y en el centro de la nave, descansan los féretros, las cajas y los cofres que encierran los reales despojos. En el ábside hay un pequeño altar, desnudo como los muros. El tiempo destruye allí, lentamente, los mortales despojos de los reyes e infantes de Portugal, sin que lo impidan los ataúdes de plomo o hierro, con riquísimos ensamblajes, tapizados de suntuosas estofas, o guarnecidos de oro, plata y bronce. Las armas de la casa de Braganza, las figuras heráldicas de los linajes reales de toda Europa, los austeros símbolos religiosos, las inscripciones que proclaman el nombre y los hechos de reyes y de príncipes ornamentan aquellas cajas, cuyos huéspedes son ya solamente polvo, trágicas o melancólicas sombras que se deslizan, silenciosamente, por los caminos de la historia.

Allí se halla la caja de ébano que encierra los despojos de la serenísima señora Doña Carlota Joaquina de Borbón, infanta de España, esposa del príncipe Don Juan de Braganza regente y rey de Portugal, quien duerme en su féretro de caoba y bronce junto a su real consorte.

En medio de tanta grandeza desaparecida y olvidada, en la nave sepulcral en que flota ese indefinible olor que suele sentirse en las salas de los museos y en las iglesias abandonadas, producto del aire confinado, de la humedad, del alcanfor, de la cera quemada, del incienso frío, junto a las

cajas que guardan los deleznales despojos de Doña Carlota Joaquina y de su augusto esposo, fácil es evocar y reconstruir la peregrina historia de la Emperatriz de las Indias.



El año 1808 fué infausto para los príncipes. Napoleón Bonaparte los dispersó a los cuatro vientos o, más previsor con algunos de ellos, como en el caso de Carlos IV y Fernando VII de España, los condenó a cautividad y los puso a buen recaudo. A todo se atrevió el conquistador de Europa; el mismo Pontífice sufrió el doloroso cautiverio de Fontainebleau y Avignon. Trabajo tuvo luego la Santa Alianza para restaurar tronos caídos, volver a su solio reyes proscritos y príncipes fugitivos, y restablecer las antiguas fronteras de imperios y reinos.

En aquellos borrascosos tiempos los príncipes podían dedicarse, y se dedicaban, en el destierro, a conspirar contra el usurpador con el fin de recuperar los perdidos estados. Nada tienen, pues, de extraordinario las alianzas y empresas tentadas contra Napoleón por los monarcas de Europa. Lo realmente extraordinario y singular es que uno de esos vástagos reales, heredera ella misma de un imperio invadido y mutilado por Bonaparte, no sintiera satisfecha su ambición con la reconquista de su reino, y, en la proscripción y la desgracia, soñara con constituir un nuevo imperio continental, más grande y poderoso que el fundado por Napoleón en Europa. Tal fué la empresa a que se consagró con singular energía Doña Carlota Joaquina de Borbón, infanta de España, esposa del príncipe regente de Portugal, Don Juan de Braganza, cuando la corte portuguesa se lanzó fugitiva, a través del Océano, en busca del refugio de Río de Janeiro, huyendo de los ejércitos franceses que golpeaban las puertas de Lisboa.

De esta princesa han propalado panfletistas, cronistas e historiadores anécdotas de todo género, picantes unas, cómicas otras, inexactas muchas de ellas. Además, se la ha juzgado mujer ignorante y de escaso espíritu, dada a la intriga

vulgar y a ligeras aventuras, y poseída de enfermiza y torpe ambición. La historia parece que se inclina a condenar, no solamente a la esposa de Juan de Braganza, sino también a la reina de Portugal y a la emperatriz indiana que germinaba en esta extraña mujer. Cuarenta años de actividad política, de constante y ágil diplomacia, de audaces y a veces geniales planes, de intrigas y aventuras de toda especie quedarían así oscurecidos, y solamente lo que fué complejo subjetivo, simple producto de la educación, del temperamento, del medio ambiente y de exaltadas pasiones darían la clave psicológica de este bravo carácter, de esta aguda inteligencia y de esta inquieta y azarosa vida.

Carlota Joaquina de Borbón nació en la Corte de Madrid el año de gracia de 1775, del tálamo de Carlos IV, entonces príncipe de Asturias, y María Luisa de Parma. Pobre herencia mental y espiritual pudo transmitir a su hija aquel príncipe débil y tímido, de quien, como persona, solamente ha anotado la historia su terrible e incansable afición a la caza y su fabuloso candor. Respecto a la crédula inocencia de este príncipe cuenta lord Holland, en sus "Foreing reminiscences", que, en cierta ocasión, Carlos, entonces príncipe de Asturias, sostenía ante varios grandes del reino, con tanto calor la doctrina de que las hembras de sangre real solamente podían sentir inclinación hacia sus iguales, que su padre, el rey, le reprendió con estas palabras: "Carlos, Carlos, qué tonto eres".

María Luisa era mujer de más brío psicológico. Hija de Felipe, duque de Parma, y nieta de Isabel de Farnesio, trajo al tálamo de su primo, Carlos, junto con su sangre ardiente, el espíritu de ambición e intriga de las pequeñas cortes italianas, y cierta romancesca inclinación que parece haber sido atributo de las princesas de su linaje, en quienes se reconoce el carácter y el temperamento de aquellas apasionadas mujeres, tan admirablemente descritas por Stendhal, que llenan la crónica anecdótica del Renacimiento, mujeres que, en el extravío ponían el mismo ardor y amoroso empeñamiento que habrían puesto en una pasión noble y legítima.

La sangre italiana de la nieta de Isabel remozó la ago-

tada simiente borbónica, y la dinastía, cuyas claudicaciones psicológicas parecían anunciar el mismo doloroso desenlace de la extinguida casa de Austria, retoñó, briosamente, en la numerosa prole a que dió vida el tálamo de María Luisa. Pero en ninguno de los hijos de Carlos predominó, como en Carlota Joaquina, la sangre de sus abuelas italianas. Infanta de España, fué, no obstante, por el carácter, la imaginación, la sensibilidad, las inclinaciones, y hasta por el sabor novelesco que imprimió a su vida, una verdadera princesa italiana. Su bisabuela, Isabel, renació en esta astuta y ambiciosa mujer que, en épocas de decadencia para las estirpes reales, se entregó, con singular y empeinado ardor, a la ejecución de sus planes de conquista y grandeza, sin que la detuvieran las dificultades de su posición, de sus vinculaciones y de su sexo, ni mucho menos los azares y peligros de sus malaventuradas empresas. La aguda diplomacia, bien italiana por cierto, el engaño, la ficción, el golpe de mano, el amor, el infortunio, nada faltó en la vida de esta inquieta mujer a cuyo genio y audacia casi debe la América española la constitución de una monarquía continental timbrada por las armas unidas de España y Portugal.

La infanta Carlota Joaquina se casó en 1785, cuando apenas contaba doce años, con Juan de Portugal, hijo segundo del difunto rey Don Pedro y de la reina doña María. Carlota era, pues, una niña cuando abandonó la corte de Madrid, donde había alcanzado, todavía, los últimos lampos del reinado de su abuelo, Carlos III. Su espíritu, hábilmente cultivado por su ayo, el padre Scío, el ilustre traductor de la Biblia, se había abierto cuando declinaba aquel inquieto e impaciente humanismo que, al mediar el siglo XVIII, hizo presa de la sociedad española y conmovió las letras, las artes, la filosofía, el derecho, la política y la misma ciencia de gobierno. Habían cesado ya las controversias de teólogos, economistas y hombres de Estado y se había cerrado el cielo guerrero. Aquel brillante reinado concluía bajo el sedante influjo del ministro Floridablanca, quien se empeñaba en poner junto a las armas de España la oliva de la paz y el verde laurel de la gloria de sus poetas. En las largas veladas de la Corte, entristecidas por la melancolía del anciano rey,

que se sentía morir, apenas si se pensaba ya en animar las partidas de tresillo y *landsquenet* con los conciertos de Boucherini y la lectura de los madrigales y fábulas de Meléndez Valdés, Iriarte y Samaniego.

La alegría, al huir de las reales cámaras, se había refugiado en los salones de la princesa de Asturias, madre de Carlota Joaquina, donde asomaban ya la galantería y la licencia que María Luisa y la duquesa de Alba introdujeron en la corte y la aristocracia españolas, muy agitadas en aquellos tiempos por la apostasía de Luis, el hermano del rey, y su unión con la condesa de Torres Levas. En este ambiente se inició la inquieta adolescencia de la infanta.

Aun cuando Doña Carlota Joaquina no era bella, no careció de cierto interés y de aquella forma de coquetería en que su madre fué maestra consumada, al decir de Harres, el conde Malmesburg. Era excesivamente delgada; los años no consiguieron modelar sus formas y conservó siempre cierto aire hombruno que fué, sin embargo, muy del gusto de sir Sidney Smith. La cabeza de Carlota Joaquina no carecía de imperio y altivez. El rostro, iluminado por los ojos oscuros, grandes y ardientes como los de María Luisa, habría sido agraciado, pero la nariz borbónica, demasiado acentuada, destruía el dibujo un poco irónico y la expresión maliciosa de los labios. Así se la siente a través del retrato que de ella pintó Goya, en plena pubertad, inquieta ante la revelación del sexo, exaltada por su imaginación romancesca y su brioso temperamento. Y así aparece, también, en el retrato que de ella se conserva de la época de la emigración, bien distinto, por cierto, de la truculenta caricatura que trazó la duquesa de Abrantes y que repitió Savine sin escrúpulo alguno.

\*  
\* \*

Carlota Joaquina llegó a la Corte de Doña María I en aquella época, tan bien descrita por lord Bekford, en sus "Cartas de Portugal", en que la alegría y las intrincadas amorosas, de gusto versallesco, que sucedieron a la caída del régimen pombalino, no se detenían ante la crisis médica de



la melancólica reina. La vieja aristocracia portuguesa, que durante largos años había gemido en las cárceles y el destierro a que la arrojó el odio plebeyo del marqués de Pombal, devuelta a la Corte, y restituida a sus privilegios y fueros, olvidaba los dolorosos días del cautiverio y de la expatriación en las alegres fiestas de Queluz y Coimbra, y en los brillantes salones de los palacios de Lisboa.

Primaba entonces el gusto un poco licencioso de la escuela arcádica que preluvió Caldas, y que cobró vida en la cautividad de Chella, bajo la influencia de Leonor de Almeida, la futura marquesa de Alorna, musa de la Arcadia lusitana. Nació esta escuela liviana del propio despotismo de Pombal que, al cegar las grandes fuentes de la inspiración poética, solamente toleró la existencia de aquellas dulces odas, madrigales y letrillas en que se exalta el amor y que la propia musa cantaba en los pasatiempos literarios de Chella. Libertado del cautiverio, el gusto arcádico conquistó los salones de Lisboa, donde Leonor de Almeida, recobrada su jerarquía, reinaba sin disputa. Florecieron entonces la poesía, la conversación, la gracia y el ingenio que todo lo cubrieron, hasta la recia reacción que se venía preparando detrás de las primeras sombras que empezaban a oscurecer el cerebro de la reina Doña María.

Carlota Joaquina vió declinar esta época eglógica, en que príncipes, duques y grandes del reino renovaban los tiempos pastoriles de la Arcadia feliz. Pronto aquella luminosa decoración de magia se desvaneció ante la manía melancólica que atacó a la reina. A la alegría y la risa sucedieron días de silencio y duelo para la Corte. La enlutada majestad se dió a discurrir como una sombra por los reales alcázares. El palacio de Queluz, extinguidas las luces de los festines, solamente sintió entonces turbado el silencio de sus noches por los lúgubres delirios de la reina loca, que recorría, sonámbula, los oscuros tránsitos, persiguiendo al fantasma de su esposo, el infante Don Pedro, a quien veía, en su alucinación, huir por los abovedados claustros.

Junto con la razón de la reina y el fantasma de su esposo, huía también la libertad portuguesa, y volvía a reinar el terror de los tiempos del marqués de Pombal. La reacción

absolutista cobró terribles caracteres en Portugal. La persecución contra las ideas revolucionarias, importadas por los emigrados franceses, se llevó a extremos que serían ridículos sino fueran trágicos. Lisboa tuvo, entonces, su Fouquier Tinville en el famoso y bárbaro jefe de policía, don Diego Ig-gacio de Pina Manique, ante quien todas las puertas se abrían y todos los secretos se develaban. Ni los ministros de la reina, ni los magnates de la corte, ni las grandes damas del reino, ni los dignatarios de la Iglesia escapaban a la vigilancia del implacable y cruel espión. Sin embargo, el pueblo portugués, agitado por los ecos de la revolución francesa, buscaba instintivamente *as pilas e os cocares da libertade*, contra los que era impotente Manique. La enciclopedia se introducía en libros y manuscritos de que eran portadores misteriosos emisarios franceses; Le Clos, el secretario de Felipe Igualdad, traía personalmente el texto de la declaración de los derechos del hombre; las logias se propagaban y hasta el fabuloso Cagliostro osaba asomarse a los palacios de Queluz y Coimbra bajo el disfraz de conde de Stephens.

Tal fué el drama a que asistió Doña Carlota Joaquina desde los reales palacios de Lisboa: luz, alegría, paisajes de Arcadia, tamboriles, pífanos, músicas deliciosas, amorosos madrigales en el primer acto; oscuros y silenciosos salones, soledad turbada por la sombra de la reina loca y por las tá-eitas pisadas del espión Manique en aquel segundo acto que, tan trágicamente había de terminar en 1807.

\*  
\* \*

Doña Carlota Joaquina, inteligente, imaginativa, audaz y terriblemente ambiciosa, encontró en Juan de Portugal, su esposo, un príncipe tímido, irresoluto, de carácter dulce, de inteligencia escasa y poco cultivada, que admitió, sin protesta, la superioridad intelectual de su esposa, y se dejó, mansamente, envolver por la onda voluptuosa que emanaba de la juventud, poco agraciada, pero ardiente de la infanta.

La crónica escandalosa de la de Abrantes pinta, grotescamente, a este buen príncipe, que fué digno de mejor pincel

y de mejores destinos. En realidad, don Juan de Portugal trajo a la vida, en su naturaleza, el germen de penosos desequilibrios. El morbo que atacó la razón de su madre, también hizo, periódicamente, presa de él, y le provocó agudos episodios de melancolía, misticismo y terror. Salía de estas crisis con el espíritu apocado y cada vez más dispuesto a aceptar el yugo de su esposa.

Cuadró la decoración galante a los amores de los jóvenes príncipes; y aquellos primeros tiempos de sus desposorios, pasados en mágicos y encantadores jardines, sirvieron a Carlota para remachar los hierros, disfrazados con flores, que habían de mantener cautivo el espíritu de su consorte.

La princesa, no obstante su carácter, se habría avenido a la situación de segundón de corte que correspondía a su esposo; pero un suceso inesperado abrió vastos horizontes a su ambición. A poco de llegar Carlota a Lisboa falleció el príncipe don José, heredero del trono de Portugal, y, en consecuencia, Juan fué proclamado heredero de la corona. La princesa se vió así, de la noche a la mañana, convertida en futura reina. Para ceñir la corona solamente faltaba que desapareciera la reina doña María, y si bien la vida de ésta se prolongó más de lo que pudo preverse, la melancolía que la había cogido a la muerte de su esposo se acentuó de tal manera, que, hacia 1792, la soberana se vió obligada a encargar al príncipe heredero del despacho de la corona, y, en 1798, caída en completa demencia, necesario fué confiar, oficialmente, a don Juan, la regencia del reino.

Doña Carlota se vió así, en pocos años, elevada de la jerarquía de infanta de España a la de consorte del Príncipe heredero, esposa del Regente, y futura reina de Portugal. Puede suponerse de lo que se sintió capaz, en tales circunstancias, esta mujer inteligente y ambiciosa, dueña de la voluntad de su augusto esposo. Toda su actividad se dirigió desde ese momento a preparar y apresurar el advenimiento del Regente al trono de Portugal. Poseída del irresistible deseo de ceñir la real diadema, la princesa buscó validos, partidarios y prosélitos, y fué tal su impaciencia, que los viejos cortesanos, los antiguos ministros y consejeros de la corona, encargados de velar por los derechos de doña María, se agruparon para poner

valla a la ambición de la esposa del Regente. La Corte de Portugal se dividió entonces en dos bandos que abrieron, uno contra el otro, guerra sin cuartel.

El príncipe, ganado por validos y consejeros, comenzó a desprenderse suavemente de los brazos de su consorte. Advirtió la princesa que una misteriosa fuerza sustraía al Regente a su imperio. Sus enemigos habían ganado su espíritu, le habían prevenido contra ella y le habían llenado de sobresalto y temor. El príncipe, emancipado del antiguo encantamiento, se refugiaba junto a sus validos y oponía, entre él y Carlota, el aura popular que empezaba a acariciarlo. La princesa puso en juego todos sus recursos. La seducción, el consejo, la violencia se estrellaron contra la serena mauséumbre del príncipe. Fué aquella una lucha larga y dolorosa para ambos combatientes; injurias, grotescos pugilatos reales se sucedieron con breves intervalos de calma. Todas estas miserias de alcoba pasaron más allá de las antecámaras reales, cruzaron los corredores del palacio y salieron a la plaza pública, donde señores y vasallos repetían, entre guiños y risas ahogadas, los bizarros ternos españoles con que la augusta señora salpicaba sus requisitorias al Regente.

Hacia el año 1806 las crisis histéricas de don Juan se hicieron más frecuentes e intensas: la neurosis avanzaba en tal forma que se llegó a temer que perdiera la razón, como su madre. La aversión contra su esposa, estimulada por validos y privados, se sistematizó y adquirió caracteres agudos. Luego de borrascosas escenas concluyó por abandonar el tálamo que había dado ya a Portugal nueve infantes, prueba de la intimidad conyugal en que hasta entonces vivieron los príncipes.

Doña Carlota Joaquina no era mujer para permanecer inactiva. Cuando comprendió que no podría reconquistar a su esposo, pensó en sustituirlo en el gobierno. Reunió para ello a los grandes señores del reino que le eran adictos, organizó su pequeña corte y exigió a su real consorte participación en el Consejo. Rechazada violentamente en sus pretensiones, recurrió a la protección de su padre, Carlos IV, y se dió a conspirar contra el Regente.

El embajador Noronha, el conde de Sabujal, el marqués de Ponte Lima y otros grandes señores alejados del príncipe,

encabezaron el movimiento que tendía a declarar la incapacidad del Regente, encerrarlo en un castillo y entregar el gobierno a la princesa. La conjuración hubo de prosperar; pero, Francisco Lobato, un oscuro criado de la furriera del príncipe, convertido en favorito y dueño de la voluntad del Regente, delató a los conjurados y el movimiento se malogró. El Consejo reprimió violentamente la conspiración. La princesa fué confinada en el palacio de Queluz; cárceles y destierros cayeron sobre los conjurados. El Regente, aterrado, abandonó la residencia real y se encerró en el monasterio de Mafra, donde se entregó a sus imaginaciones y delirios.

Entretanto la Corte que organizó Doña Carlota en su encierro de Queluz resplandecía como si allí estuviera el trono. La princesa, rodeada de amigos y parciales, desafiaba audazmente a los ministros de la corona y manejaba los hilos de la diplomacia exterior e interior del reino. Fué en tales circunstancias cuando el zarpazo napoleónico cayó sobre la corte portuguesa, dominada entonces por Inglaterra, y el ejército francés llegó a las puertas de Lisboa en busca de la familia real.

Cuando el General Junot, al frente de su ejército, marchó sobre Lisboa, la Corte solamente pensó en huir. Se apresuraron flotas y galeones y la aristocracia portuguesa se preparó para marchar detrás de la familia real en busca del refugio que ofrecían a los proscriptos las tierras de Indias.

La partida de Lisboa, más que partida fué una huida, un sálvese quien pueda. Tesoros, joyas, montañas de muebles y objetos suntuarios fueron precipitadamente embarcados en centenares de buques que llenaban la ría. La flota, impaciente, esperaba a la familia real. Cuando fué embarcada la reina madre, como si la partida, que para doña María debía ser eterna, encendiera un lampo de luz en el cerebro de la infortunada mujer, ya en la ribera, prorrumpió en sollozos, que luego se convirtieron en lúgubres alaridos que conmovieron a la multitud. Fué necesario tomar a la reina en brazos y conducirla a la galera real. “Su alteza, el príncipe Regente, dice el conde de Toreno, traspasado de dolor, salió del palacio de Ayuda, conmovido, trémulo y bañado en lágrimas su demudado rostro; el pueblo, colmándole de bendiciones, le acompañaba en su justa y profunda aflicción. La princesa, su esposa, e ntinúa.

quien en los preparativos del viaje mostró aquel carácter y varonil energía que en otras ocasiones menos plausibles ha mostrado en lo sucesivo, iba en un coche con sus tiernos hijos, y dió orden para pasarlos a bordo y tomó otras convenientes disposiciones con presencia de ánimo admirable.”

La flota levó anclas, y aun se veían en el horizonte las fugitivas velas del real convoy, cuando el general Junot relevaba con los soldados franceses las guardias lusitanas y enarbolaba la bandera napoleónica en los palacios de Lisboa.

\*

\* \*

Cuando la infanta Doña Carlota Joaquina de Borbón tendió la vista sobre el paisaje americano y vió los fantásticos morros cubiertos de lujuriosa vegetación, y la ardiente gama del cielo del Brasil, y escuchó los cantos turbadores de las aves del trópico, y aspiró el perfume hipnótico que exhalan los bosques y brota de la tierra caliente soñó que todas aquellas exóticas bellezas se convertían en maravillosa diadema y que con ella ceñía sus sienes. ¿No era ella, acaso, hembra de sangre real, cuasi reina desposeída de su trono, la predestinada a ceñir la corona de estas tierras vírgenes que dormían tendidas en sus desiertos y arropadas en sus bosques? Fué entonces cuando surgió en su imaginación la formidable quimera que debía convertir a esta princesa fugitiva en emperatriz de las Indias.

Las noticias llegadas de la península estimularon su ensueño. Toda ella había sido invadida por Bonaparte; el rey y la familia real española estaban cautivos; el imperio colonial de las Indias se hallaba vacante. ¿Por qué ella, la única infanta de España que había escapado al golpe de mano, no podría asumir la representación de la dinastía y recoger la caída corona? Todos los ojos se volvían ansiosamente hacia ella. El mismo Conde de Floridablanca, Presidente de la Junta Central de Sevilla, la llamaba al solio de sus padres. Las coronas de España y de Portugal y la resplandeciente diadema de los imperios coloniales de las dos naciones conquistadoras se ofrecían a su inquieta ambición.

La emigración la había reconciliado, aparentemente, con su esposo; los ministros y validos, azareados por la fuga, vaci-

laban, sin definir su actitud; sir Sidney Smith, que con la escuadra de Inglaterra había hecho escolta al convoy de la corte fugitiva, tomaba abiertamente el partido de la infanta. Todo parecía anunciar que había llegado su hora. Le faltaba un hombre, y lo halló también.

No fué éste ni un ministro, ni un magnate, ni un grande del reino. Fué un simple criado, un valido vergonzante, un modesto tinterillo convertido en consejero y secretario de la augusta señora. La historia ha conservado su nombre y él ha dejado en sus escritos algo de su carácter. Se llamaba José Presas, y fué una verdadera ave de presa. Era oriundo de Cataluña y había nacido en hogar plebeyo; un tío, avecinado en Buenos Aires, le prestó protección, le hizo mancebo de farmacia, y, luego, le envió a estudiar a Charcas, donde se licenció en ciencias profanas. Presas poseyó todas las virtudes y vicios que adornan a estos sujetos que sirven de lacayos y don preciso a los grandes de la tierra. Inteligente, astuto, dócil, prudente, discreto, complaciente, humilde, fiel en la hora de la fortuna, se convirtió luego, cuando la adversidad abatió a su ama, en miserable delator, solapado y pérfido, fácil al emluste y a la calumnia. A él deben los panfletistas y la crónica escandalosa de la Corte portuguesa sus más sucios y pintorescos materiales. Pero a él debió también la princesa, en primer término, los medios de dar forma literaria a sus fantásticos planes.

Presas ha narrado, un poco novelescamente en las “Memorias de la Princesa del Brasil”, el desarrollo de esta vasta intriga. La investigación y la crítica histórica moderna han rectificado muchas de las afirmaciones del secretario y ministro universal, y han completado el conocimiento del complicado proceso. De todo ello se sabe a ciencia cierta que la princesa obtuvo el consentimiento y el apoyo de su esposo y su Consejo de Estado para deducir sus derechos a la regencia de España y sus colonias, en ausencia de la familia real española, cautiva de Napoleón, y que, en cierto momento, hasta obtuvo autorización para pasar a Buenos Aires con el objeto de asumir el gobierno del imperio español. En virtud de ello, la infanta lanzó su célebre manifiesto de 19 de agosto de 1808, “dirigido a los fieles vasallos de Su Majestad Católica, el rey de las Es-



pañas e Indias'', en el cual anunció su propósito de defender el real patrimonio español, y, como representante legítima de la dinastía, hallarse dispuesta a ocupar el trono vacante. La diplomacia inglesa, inquieta ante las proyecciones de aquel plan político que pretendía reunir bajo el cetro de Doña Carlota Joaquina los dos vastos imperios de España y Portugal, medió en el asunto y obtuvo que el Regente retirara el consentimiento y apoyo que había acordado a la infanta, pero ésta, que había tomado el gusto a la aventura, decidió correrla por su cuenta, sin el Regente, y contra el Regente y el embajador de Inglaterra, si ello era necesario.

La romanesca imaginación de la infanta halló amplio campo en los misteriosos episodios de esta vasta conjuración continental, cuyos secretos hilos movió la princesa desde las reales cámaras del palacio de Río Janeiro o desde la residencia de Santa Cruz. Virreyes, reales audiencias, capitanes generales, gobernadores, cabildos, tribunales, obispos, capítulos, priores de órdenes religiosas, desde México a Buenos Aires, y desde Montevideo a Lima, recibieron los reales pliegos destinados a encender ambiciones y mover voluntades. Su privado Presas trabajó ahincadamente, y es preciso reconocer que con talento, aderezando cartas, proclamas y manifiestos encaminados todos a ganar prosélitos a la infanta y a su plan de ceñirse la corona del imperio. El almirante de la flota inglesa, sir Sidney Smith, puso sus barcos y sus oficiales al servicio de la princesa. Los correos de gabinete de doña Carlota iban y venían de la corte portuguesa a Buenos Aires y las demás ciudades de América, conducidos por las naves de Inglaterra; los oficiales de la armada inglesa servían de emisarios y agentes secretos de la intriga. Todo aquello se hacía a espaldas del embajador inglés, lord Strangford, quien, con el conde de Linares, Ministro del Regente, tenían en constante jaque a la princesa.

En Buenos Aires, en Montevideo, en el Perú, en España mismo, en todas partes, los reales pliegos conquistaron voluntades y partidarios. En el Río de la Plata la aventura llevó trazas de prosperar y convertir a Buenos Aires primero, y a Montevideo después, en capital del soñado imperio.

La conjuración carlotista llegó aquí en momento crítico,



cuando el fermento revolucionario, sin hallar aún fórmula concreta, llenaba de inquietud e impaciencia a todos los hombres que ejercían alguna función pública, que investían alguna dignidad o tenían alguna representación dentro de la sociedad colonial.

La princesa halló su más ardiente prosélito en don Manuel Belgrano. Este joven patricio había adquirido la convicción de que España estaba definitivamente perdida y, desde entonces, soñó con el establecimiento en los países del Río de la Plata de una monarquía constitucional y de una nueva dinastía. El manifiesto de la infanta dió forma concreta a este plan ideal, y desde que él llegó a manos de Belgrano, con pliegos y sobrescrito de la augusta señora, trató, como lo dice en su autobiografía, “de buscar los auspicios de la Infanta Carlota y de formar partido a su favor”. La astuta princesa no se equivocó al elegirlo su agente en Buenos Aires. Acaso veía en él a un futuro ministro de la corona indiaua, a la manera de Aranda, o mejor de Jovellanos.

Belgrano se dió a la tarea de buscar prosélitos para la infanta, y los halló, y de calidad. La propia princesa la ayudó en el trance; llovieron del Janeiro pliegos con armas reales. Vinieron con ellos halagüeñas sugerencias y tentadoras promesas. Castelli, Vieytes, los hermanos Passo, Pueyrredón, Nicolás Rodríguez Peña fueron vulnerables a los tiros de la infanta y a los razonamientos de Belgrano. El almirante inglés, sir Sidney Smith, aun a trueque de disgustar con ello al embajador lord Strangford, puso también en la balanza el peso de su influencia, y aun se dispuso a presentarse frente a Buenos Aires montando la capitana de su flota como regia escolta de la infanta.

Hubo, además, otra influencia secreta, oculta bajo el sayal de un humilde fraile franciscano, el padre Chambe, que hoy aparece como la “eminencia gris” de aquel momento histórico. Fué éste el director espiritual de Belgrano y su consejero áulico. A la hora de vísperas el joven revolucionario cruzaba furtivamente el claustro del convento y penetraba en la celda del prior. De manos de su paternidad recibía los pliegos de la princesa, a la vez que el fraile le deslizaba al oído los nombres de los nuevos iniciados.

Entretanto, la conjuración carlotista se propagaba tierra adentro. Impresos y manuscritos infestaron el virreinato, y el propio Belgrano dió a luz un diálogo de circunstancias que alcanzó gran boga, en el que se anunciaba la coronación de la infanta y su ascensión al trono de España y de las Américas.

La impaciencia de los conjurados reclamaba la presencia inmediata de la princesa en Buenos Aires. La infanta se debatía bravamente en la Corte contra su real consorte, quien, envuelto en las redes diplomáticas de lord Strangford, y bloqueado por su Ministro, el conde de Linares, y sus favoritos y validos, ora se inclinaba a ayudar a la princesa, ora le negaba bruscamente todo concurso y apoyo.

Fueron aquellos días de terrible actividad y de ahincado trabajo para la infanta. Encerrada en su gabinete, al que no tenía acceso más que su secretario y ministro universal, se dió a la abrumadora tarea de escribir y copiar manifiestos, proclamas, comunicaciones, cartas y billetes, con su caligrafía pulida, de rasgos firmes y elegantes, que contrasta por cierto con la letra de otras princesas que no han merecido, como ésta, el fabuloso epíteto de analfabeta. Su espíritu flexible y ágil, a la vez que mantenía la actividad y unidad de acción en la diplomacia continental que desplegaba su pequeña cancillería, y se defendía contra las acechanzas del embajador inglés y de los familiares del Regente, hallaba, todavía, tiempo y humor para cultivar y obligar la amistad de sus parciales, y aun para dar esparcimiento a su agudo ingenio, en epigramas y sátiras, como aquellas que valieron a su mortal enemigo, el conde de Linares, los apodos de doctor Mescolanza y doctor Torbellino.

La conjuración de 1806 contra su esposo había demostrado que la infanta era capaz del golpe de mano. Lo confirmó la aventura de la fragata "La Prueba", episodio novelesco que define el carácter de la princesa. Fué aquél un momento decisivo para su ambición, exacerbada por la resistencia opuesta a sus proyectos de regencia continental. A raíz de una borrascosa escena, en la que su augusto esposo retiró definitivamente la autorización que anteriormente le había otorgado para trasladarse al Río de la Plata, un valido le llevó la noticia de que la fragata española "La Prueba" acababa de echar anclas en el puerto, y que a su bordo venía un lucido estado mayor de dignatarios y oficiales.

Doña Carlota Joaquina tuvo una inspiración súbita. Puesto que don Juan no le permitía embarcarse, lo haría a viva fuerza. Se haría reconocer por la oficialidad de "La Prueba" como regente de España, y, con los cañones de la nave se abriría paso entre la escuadra y los fuertes, y se dirigiría al Río de la Plata para convocar cortes y recoger la corona de su hermano Fernando. Se pondría, como en 1806, frente a frente a su esposo y a sus validos, y se burlaría, a la vez, del embajador de Inglaterra. La infanta sintió que en aquellos días las fronteras de su quimérico imperio se extenderían más allá del océano para abarcar la península ibérica con las dos coronas de España y Portugal.

La fragata "La Prueba" venía al mando del brigadier de la real armada don Joaquín Somoza Monsurión. Procedía de Falmouth, y en la Coruña había embarcado al teniente general don Pascual Ruiz Huidobro, quien traía, con su secreto diploma de virrey del Río de la Plata, pliegos de la Suprema Corte del reino de Galicia para el príncipe regente de Portugal. Venían también en la nave los brigadieres Orduña y Arce, los coroneles Quintana y Francisco Javier de Viana, el teniente coronel Martín de Lasala y otros jefes y oficiales que luego figuraron en la Revolución de 1810.

La princesa comenzó por halagar la vanidad y ambición de Ruiz Huidobro y captarse su adhesión, y por intermedio del mismo logró que el comandante de la fragata concurreniera a las reales habitaciones. La infanta retuvo al brigadier Somoza toda la velada y le trató con encantadora intimidad. Requerido por la augusta señora, volvió la noche siguiente, y esta vez la entrevista adquirió caracteres de melodrama. "Entré en el palacio, narra el mismo Somoza, avisaron a la señora infanta, y uno de sus camareros me condujo, no como creía, al salón de la noche anterior, y sí, por el contrario, me introdujo por una puerta excusada, pasé varios tránsitos, subí y bajé algunas escaleras ocultas, y al fin me entró en un cuarto retirado, en que hallé a Su Alteza la señora infanta con sólo su secretario. Después de los cumplimientos que exige la política, mandó a éste me dijese el objeto para que era llamado, cuyo señor me habló en los términos siguientes: "Esta señora infanta tiene tantos derechos a la corona de España, que a falta del señor don Fer-

nando Séptimo y señores infantes detenidos en Francia, de necesidad debe recaer aquélla en Su Alteza. El señor Florida-blanca, en un manifiesto que hizo y para en nuestro poder, lo publica así. Los alborotos de Buenos Aires y Montevideo, causados por Elío, exigen un pronto remedio, y al afecto tenemos correspondencia con Liniers; la fragata debe permanecer aquí; pintarse, hacer víveres y aguada. Los trasportes se desembarcarán, y lo mismo el general por no convenir que pase a Montevideo un sujeto de quien con bastante fundamento se desconfía; y por lo mismo trata Su Alteza de enviarlo a España sin perder instante en una fragata inglesa que para el efecto está pronta. Espera esta señora que vuestra señoría, como sus oficiales y demás individuos de su buque servirán con el mismo celo que hasta aquí bajo sus inmediatas órdenes, no obedeciendo para lo sucesivo otras que las suyas, aun en el caso de que el señor príncipe regente mande lo contrario, y que vuestra señoría y todos los españoles deben contar con su agradecimiento y remuneración, añadiéndome que pidiese para mí y para todos cuanto se nos ofreciese, con la seguridad de que todo estaba concedido y por último que de no allanarme a las proposiciones que se me habían hecho, tenía Su Alteza medios seguros para hacerse obedecer”.

Quedó pasmado y boquiabierto el brigadier, sobre todo, cuando, como candorosamente declara, “el dicho secretario, concluída la conferencia, lo tomó de la mano, y sin saber de donde ni por donde, lo condujo a la salida del palacio”. “En efecto, agrega, me hallé en la calle y empecé a dudar si era soñado lo que me había sucedido o si mi juicio se había trastornado”. El azorado marino sólo atinó a dirigirse a su barco, convocar junta de oficiales y exponer en ella cuanto le había ocurrido. Se acordó en esa junta, que al principio actuó a espaldas de Ruiz Huidobro, desconocer las órdenes de la infanta, denunciar los hechos al Regente, llevar anclas al primer viento favorable y abandonar el Janeiro, aun a viva fuerza, si ello era necesario. “La Prueba” desplegó sus velas, y se hizo a la mar, y la princesa, que esperaba presentarse, a su bordo, frente a Buenos Aires, para ser coronada, vió disiparse con la nave fugitiva una nueva esperanza.

Imposibilitada la infanta de pasar a la sede de su soñado imperio, seguía, sin embargo, atentamente, desde su semi cautiverio, el desarrollo de la intriga. Las cartas y papeles que llegaban de Buenos Aires la inquietaban. Aquellos vasallos del Río de la Plata, doctores, humanistas y teólogos, tenían veleidades políticas e ideas que no se avenían con su plan autocrático. El establecimiento de la Junta de gobierno de 1808 en Montevideo; la asonada del 1.º de enero de 1809 en Buenos Aires; todas las manifestaciones de la prerrevolución no escaparon a la sagacidad de la princesa. Cuando unos no advertían el peligro y otros procuraban engañarse, la infanta escribía desde Santa Cruz, refiriéndose a los papeles de Montevideo y Buenos Aires: “hay bonitas cosas en ellos” y “siempre denotan un espíritu de partido, con buena capa; . . . la cosa, bien meditada, lleva otras vistas, y muy siniestras; y el tiempo las descubrirá”, y concluía: “bajo de esta buena capa han de querer hacerse independientes”.

Las sospechas de la Infanta harta causa tenían. En el Janeiro, un poco al margen de la corte de la infanta que le había cobrado ojeriza, se movía la enigmática figura de doctor don Saturnino Rodríguez Peña, quien, desde tiempo atrás, aparecía planes de independencia, a la sombra de la diplomacia inglesa. Prófugo del Río de la Plata desde que se vió complicado en la fuga del general Berresford, con causa abierta en Buenos Aires como reo de alta traición, en relación epistolar con Miranda, protegido del embajador lord Strangford, a sueldo de Inglaterra, se hallaba emigrado en Río de Janeiro y entregado a sus planes desde antes de arribar a esta ciudad la corte portuguesa. La actitud de la infanta abrió nuevo cauce a su inquieta imaginación. Abrazó el proyecto de coronación de la princesa, pero lo aderezó a su sabor, con el fin de prevenir toda tentativa de gobierno absoluto, en lo que seguramente habría coincidido con Belgrano que soñaba en aquella época con cortes y estamentos. Aun cuando tomó el partido de Doña Carlota, ello fué aparente, pues su plan secreto consistía en aceptar la regencia de la infanta en “los términos que fueran compatibles con la dignidad de la una y libertad de los otros”, y previniendo que debía afianzarse “y sostener como un indudable principio que toda autoridad es del pueblo y que éste solo pue-

de delegarla''. Caro que estas doctrinas políticas jamás habrían tenido acceso al solio de la serenísima señora, y fueron ellas causa de que Rodríguez Peña cayera en desgracia, y se le acusara, secretamente, de demagogo, y fautor de herejía contra el dogma mayestático.

Para difundir y hacer prevalecer sus principios en Buenos Aires eligió Rodríguez Peña como emisario, a un amigo eventual que luego resultó un curioso personaje. Fué éste el súbdito inglés don Diego Paroissien, herbolario y geólogo, inquieto viajero que había recorrido medio planeta y que luego fué cirujano del Ejército de los Andes, compañero y amigo de San Martín, y a quien recuerda la historia, en el campo de batalla de Maipo, escribiendo, sobre la caja de un tambor, con las manos ensangrentadas, el parte de la victoria.

Paroissien tenía en 1808 veinticuatro años; era sujeto de aventura y apuesto galán. Doña Gertrudis Amores, esposa del doctor Rodríguez Peña, escribía de él, festivamente, a una de sus amigas de Buenos Aires "no tiene más defecto que ser muy amoroso con las mozas", y agregaba: "cuídemelo mucho, enséñele a rezar y hágalo católico que es muy hereje".

Rodríguez Peña disfrazó a su emisario de mercader y le confió un pequeño cargamento de paquetería y abarrote para negociarlo en Buenos Aires; pero en el doble fondo de la gaveta de su papelería de viaje colocó, junto con las instrucciones secretas a que debía sujetar su misión política, abultados pliegos para su hermano Nicolás, para Castelli, para el doctor Vieytes y otros, y expresivas presentaciones para el almirante Smith y el coronel Bork. Paroissien, según las instrucciones, debía ponerse de acuerdo con don Nicolás y buscar por todos los medios la adhesión de Liniers, Alzaga y Sobremonte y de los jefes militares al plan de organización de una monarquía constitucional en el Río de la Plata, en el que se prevenía la coronación de la princesa.

El emisario se embarcó en la fragata inglesa "María". Aquella nave conducía, ostensiblemente, pliegos de la serenísima infanta, y el buen inglés no sospechó que aquellos pliegos, que iban a cargo de un oficial español, eran la delación del plan constitucional de Rodríguez Peña y la orden de prender a Paroissien y sus cómplices. La infanta, que había advertido

a tiempo las veleidades revolucionarias de Rodríguez Peña, lo había hecho espiar, le había dado de baja entre sus súbditos, y, advertida de la misión de Paroissien, quiso dar el golpe de gracia al faccioso, sin advertir que con ello destruía su propio proyecto. La fragata tuvo que entrar de arribada en Montevideo y fué así como el coronel Elío, gobernador de la plaza, se las vió con el conspirador y su copioso archivo secreto.

Este imprudente descubrimiento puso en evidencia a la infanta, y en peligro a muchas gentes, y hubo de producir graves desavenencias entre las autoridades españolas del Río de la Plata, la corte de Portugal y los agentes de Inglaterra. Virreyes, oidores, gobernadores, fiscales, escribanos, abogados y corchetes se dieron a la obra de extender autos, vistas, escritos y diligencias y entretanto, don Diego permaneció, a buen recaudo, en las prisiones de la ciudad de Montevideo, mientras Elío se atribuyó jurisdicción sobre el conspirador, y luego, cuando el virrey y la real audiencia se abocaron la causa, en un sombrío y húmedo calabozo de la fortaleza de Buenos Aires, en donde de tal manera manaba el agua que el cautivo tuvo que colgar la cama de las vigas del techo para evitar que llegara hasta ella. La revolución de 1810 sacó al bravo inglés de su mazmorra y lo devolvió a sus azarosas aventuras.

Entretanto la infanta había enviado a Buenos Aires, con la misión de arrancar la mala hierba constitucional, conquistar nuevos adeptos y preparar su llegada, a uno de sus privados, don Felipe Contucci, hombre de corte, y, sobre todo, hombre de mundo, dotado de raro don de seducción, un si es no es aventurero, y en quien retoñaba la fina diplomacia de los estados italianos. Las artes de Contucci conquistaron a Belgrano. Aquellos dos hombres de modales señoriles se entendieron; acaso en esta afinidad espiritual influyó el común origen.

Belgrano presentó a Contucci a sus amigos y lo introdujo en el antiguo círculo de conspiradores platenses, ya a esta altura desmedrado y dividido por la intriga, la rivalidad y el temor. La seductora dialéctica de Contucci galvanizó el fracasado plan de coronación de la infanta. Los jefes militares fueron atraídos, pero faltaba el coronel don Cornelio de Saavedra, jefe del cuerpo de patricios, y sin Saavedra nada podía hacerse entonces en Buenos Aires, como lo dice el general Mitre.



La infanta había remitido al jefe de patricios dos pliegos con armas regias, escritos de su mano. Belgrano era el depositario de estos documentos. De acuerdo con Contucci decidió entregárselos, y a la vez le pidió su adhesión al plan de coronación de la princesa. Saavedra, aunque acogió favorablemente la idea, le contestó, con la reserva y la prudencia que eran en él habituales, que lo pensaría, y que a la oración del día siguiente le daría su contestación.

La contestación de Saavedra fué una junta de comandantes que se celebró, a media noche, en casa de Pueyrredón. En ella los jefe conjurados, a pesar de la actitud resuelta de Saavedra, no se atrevieron a pronunciarse decididamente. No faltó luego un traidor que delatara el movimiento al Virrey. Las represiones se produjeron en seguida; Pueyrredón fué encarcelado; pero, protegido por sus amigos, huyó de la fortaleza y se embarcó secretamente para Río de Janeiro, donde fué a postrarse a los pies de la infanta y poner en sus regias manos la última requisitoria de sus vasallos del Plata para que se trasladase a Buenos Aires a ceñir la corona.

Dice Mitre que si la infanta se hubiese presentado en aquellos días en Buenos Aires, todos los jefes militares, con Saavedra a la cabeza, habrían proclamado su gobierno. Pero ¡ay!, Doña Carlota yacía confinada en su palacio, estrechamente vigilada por los agentes del ministro del Regente el conde de Linares y del embajador de Inglaterra lord Strangford.

\*  
\* \*

La revolución de mayo de 1810 puso la nota heroica, que aun faltaba, en el fantástico proyecto de la princesa. Producido el movimiento armado en el Río de la Plata obtuvo de su esposo tropas y autorización para pasar a Montevideo a dominar desde allí a los facciosos. Contucci partió nuevamente, como embajador, para anunciar el arribo de la infanta; pero el Cabildo de Montevideo se mostró desdeñoso y desconfiado. La princesa, entretanto, envió al gobernador Elío, armas, pólvora y barcos; imitando, luego, el histórico gesto de la reina Isabel, aunque en menos recomendable empresa, se desprendió de



sus joyas personales y las remitió al Cabildo de Montevideo para que fueran vendidas, y para que, con su producto, se atendiera a los gastos de la guerra; tras las joyas, y demostrando con ello verdadero genio político, envió una imprenta para que los súbditos de la monarquía neutralizaran la propaganda sediciosa de la "Gaceta de Buenos Aires". Ella se dispuso, por fin, a conquistar la corona y decorar su imperio con el prestigio de la epopeya militar.

El trono indiano se ofreció entonces a su imaginación orlado de gloriosos laureles y tapizado con los estandartes de sus legiones victoriosas. La infanta no tenía flota ni ejércitos; pero a todo se atrevió la augusta señora. Ya no estaba allí sir Sidney Smith para prestarle los barcos de Inglaterra, pero el general don Diego de Souza, su privado y cómplice en la conjuración de 1806 contra el príncipe, se hallaba al frente del ejército de observación tendido sobre la frontera oriental. Su adalid en el Alto Perú sería el mariscal de campo don José Manuel de Goyeneche, capitán general y presidente de la Audiencia de Cuzco, reconquistador del altiplano andino, héroe de veinticinco combates y más tarde conde de Huaqui y grande de España. Don Diego de Souza, al frente del ejército portugués, debía ocupar la provincia Oriental y llevar el pendón de la infanta hasta Montevideo. Goyeneche atravesaría el Desaguadero, se despeñaría desde el altiplano y, abandonando los volcanes y las heladas cimas, quebrada de Humahuaca abajo, cruzaría los bosques, los esteros y la pampa para llegar con su ejército a Buenos Aires y levantar allí, con los trofeos de sus victorias, el dosel de la infanta.

Desde el Alto Perú hasta el Plata los pueblos aclamarían a la emperatriz de las Indias, y vendrían luego a Buenos Aires, a rendir vasallaje a la soberana, los demás pueblos de América: el Perú, con sus opulentas ciudades y sus ásperas comarcas, donde algún día Manco Capac y Mama Oello volverán a salir de las aguas del lago sagrado para reconstruir los templos y los palacios del imperio destruido; Chile, con sus agrias montañas y sus feraces valles, donde vagan los cautivos de Tahuantinsuyos, cautivos ahora del hombre blanco; Quito, encaramada en su vertiginosa meseta, donde truenan los volcanes y apenas se asoman las nubes del valle; las tierras de Norte, la Nueva

Granada, Venezuela, el Istmo, México, el poderoso México, poblado de maravillosas ruinas, de extraordinarios mitos, de misteriosos vestigios dejados por las civilizaciones muertas.

Ella fundaría la capital del formidable imperio, la Meza hacia donde se dirigiría la caravana indiana conduciendo, en sus recuas y cargueros, las piedras preciosas, el oro y la plata de las minas inagotables; las especierías de las tierras calientes; la goma, la coca y la quinina de los bosques vírgenes; los cueros y las pieles de las fieras salvajes; los brillantes plumajes de las aves del trópico; las esencias de las misteriosas plantas de la selva amazónica; la fabulosa cosecha de los valles y de las llanuras inmensas como océanos tendidas al austro y al bóreas; los misteriosos animales de los lagos andinos y de la montaña inexplorada; el fobuloso Fénix eternamente renaciente, el fantástico Carbunco con el deslumbrador rubí de su ojo frontal; los gigantescos "cocuyos" que iluminan la tiniebla de los bosques, las monstruosas especies perdidas para siempre en el mito del Nahuel Huapí y de las soledades de la pampa antártica. Por la cornisa de la montaña, por las sendas de los bosques, por los caminos de la llanura, a través de abismos, de desiertos, de ríos y de pantanos marcharían las recuas camino de la capital del imperio indiano, gigantesco mercado, fantástico granero, deslumbrador bazar, fabulosa metrópoli que oscurecería con su opulencia a las misteriosas ciudades del oro y del marfil.

Pero, ¡ay!, todo no pasó de un sueño, de una quimera que tomó forma en la imaginación de la princesa y se proyectó sobre el encendido poniente de los abrasados crepúsculos de su capital indiana como fantástico espejismo que la realidad desvaneció en seguida. Don Diego de Souza, ya en tierra oriental, tuvo que retroceder con su ejército, sorprendido por el armisticio de octubre de 1811, y Goyeneche, triunfante en el Desaguadero y Huaquí, presto ya a hacer el descenso triunfal, fué detenido e inmovilizado en la montaña, mientras la revolución aventaba en Buenos Aires a los últimos fieles de la frustrada emperatriz.



Si 1808 fué año infausto para los príncipes, en cambio, 1815 y los subsiguientes compensaron con creces las abdicaciones, caídas y destierros provocados por Bonaparte; y tan propicia se mostró la fortuna con algunos de ellos, que se dió el caso de que rechazaran con esquivéz cetros y coronas. Por su parte, la Santa Alianza se dió a restaurar dinastías proscrip-tas y tronos derribados, y, por otra, las nuevas naciones que empezaban a diseñarse en América se entregaron a la conquista de reyes e infantes capaces de sostener la corona de los imperios ultramarinos. Con tanto ardor se llevó esta “caza al príncipe” que la novelesca embajada formada por Sarra-tea, Rivadavia y Belgrano, que peregrinó de corte en corte en busca de un rey para el Río de la Plata, cogida en las redes del conde Cabarrus, dió en la extraordinaria aventura de robar, para conducirlo, secretamente, a su fantástica ínsula, al infante Don Francisco de Paula, hermano de Doña Car-lota Joaquina, e hijo nominal de Carlos IV, aquél a quien los Cortes de Cádiz excluyeron del real patrimonio, acaso por el “indecente parecido”, que, al decir de lady Holland, tenía con Godoy. Claro que nadie aprovechó de esta pintoresca aven-tura, como no fuera el famoso conde, que viajó por Europa con los dineros de las Provincias Unidas, pues ni el infante fué raptado, ni “hubo lugar a ello” como candorosamente confiesa Belgrano en su memorial dirigido al Director supre-mo de Buenos Aires. El conde resultó un simple personaje de opereta, capaz de concebir novelescos planes para raptar príncipes, de viajar misteriosamente, como un nuevo Caglios-tro, de enredar a Carlos IV, a María Luisa y a Godoy en el melancólico crepúsculo de su grandeza, pero incapaz de hallar un rey dispuesto a hacerse coronar en América.

En esta “caza al príncipe” la princesa Doña Carlota Joa-quina fué injustamente olvidada. Infantes españoles, portu-gueses, ingleses, franceses, italianos y hasta procedentes de la fabulosa dinastía incaica, fueron tenazmente buscados para ceñirles la corona que la hija de Carlos IV debió ceñir en 1808. La emperatriz de las Indias, recluída en su melancó-

lico retiro. se vió desdeñada por sus antiguos súbditos, admiradores y parciales. Allí la halló la corona de Portugal, que la muerte de Doña María I colocó sobre las sienes del Regente. Pero, ¿qué era aquella corona desmedrada y caduca, que ella ni siquiera llegó a ceñir, ni a gozar, junto a la diadema imperial indiana con que había soñado? ¿Qué era aquel pequeño reino mutilado y rebelde frente al gigantesco imperio de Iberia y de las Indias?

Abatida por los ministros del reino, reclusa en su palacio, en 1820 salió de su retiro para combatir la revolución constitucional y defender el principio de la monarquía absoluta. Repudió la sumisión de su esposo Don Juan VI a las Cortes, y se embarcó de regreso a Portugal, en busca de partidarios para organizar la reacción. Desconoció públicamente a las Cortes reunidas en Lisboa, y éstas la desposeyeron de sus derechos. Levantó entonces, como bandera reaccionaria, el nombre de su hijo Don Miguel, que era su hechura, y lo opuso al de su esposo el rey. Buscó y halló prosélitos y soldados, y se lanzó bravamente a la guerra civil.

Fué vencida; su propio esposo, restituído a su reino, ordenó que la princesa fuese confinada, por segunda vez, y esta vez, en un convento. Desde su celda mantuvo el fuego sagrado del absolutismo. Cuando, en 1828, su hijo favorito obtuvo la regencia, pudo creerse que la reina recuperaría su antiguo poder.

No fué así. Doña Carlota Joaquina había hecho ya su tiempo. Estaba vieja y enferma, y se sentía morir. Además, el Regente se mostró desdeñoso con su madre. La muerte llegó pronto a epilogar silenciosamente esta agitada vida.

¿Qué queda hoy de la reina de Portugal y de la frustrada emperatriz de las Indias? El recuerdo de su ambición y de sus intrigas, el sabor romancesco de su vida y el puñado de polvo que yace en la regia caja del Panteón Real de Lisboa. Sin embargo, había algo más que eso en esta extraordinaria mujer con quien la fortuna no fué pródiga, y a quien la historia no ha juzgado todavía definitivamente.

# Don Baltasar de Arandia

**D. B**ALTASAR de Arandia fué un buen señor que vivió y padeció en la segunda mitad del siglo XVIII. De dudosa hidalguía, hermano de un gobernador de la casi ignota provincia de Zambales, sobrino por Cuevas de un capitán general de Manila, con escasas letras, y más escasa fortuna, vino a Indias en busca de la suerte, y, sólo topó con estrecheces, amarguras y tribulaciones. Dos veces pareció sonreírle el éxito: en sus mocedades primero, allá en 1760, cuando se juró en Buenos Aires al rey y señor don Carlos III; la segunda en la madurez, en aquellos cinco meses en que logró empuñar la vara de corregidor interino de Chichas.

Cuando la jura, acaso por su bella presencia, acaso por razón de más peso, el cabildo de Buenos Aires le honró con su delegación para planear, en compañía de varios vecinos de pro, los resonantes y pintorescos festivales realizados en honor del nuevo monarca. Sonó entonces para D. Baltasar la hora de codearse con dignidades, magnates y funcionarios y echar su cuarto a espadas en la suntuosa pompa indiana. Pero, ¡ay! se extinguieron los ecos de la jura, y el joven diputado vió amontonarse los meses y los años, sin que volviera a sacarlo de su humilde ganapán función pública alguna.

Lo de Chichas fué más doloroso. El visitador Escobedo le obtuvo del virrey Guirior el título de corregidor de Chichas en aquella mala hora en que estallaba el pleito jurisdiccional entre el virreinato de Buenos Aires, recién creado, y la antigua y opulenta sede del Perú. Cinco fugaces meses sirvió el cargo el desdichado Arandia, negado por unos, ensalzado por otros, burlado por todos, y cuando su medio título obtuvo la ratificación del virrey Ceballos, solamente logró gozarlo breves días, pues el próximo correo le trajo el rescripto de deposición inmediata.

Volvió entonces Arandía a sus lares, donde la brava esposa y los ocho retoños se debatían contra la fortuna esquivada. Y se perdió en seguida en las sombras de la noche colonial, de las que pasó a las eternas, allá por uno de los primeros años del siglo XIX.

Tal es el personaje que Carlos Correa Luna descubrió en el maremágnum de la administración de Indias en el siglo XVIII, y trasplantó a un precioso libro, modelo de investigación histórica y ejecutoria de noble literatura. Otros han historiado la vida de virreyes, oidores, generales, próceres insignes del régimen colonial; este paciente investigador se consagró, en cambio, a estudiar la psicología, vida, costumbres y accidentes de un modesto vecino del virreinato, que, si no ofrece el interés heroico o suntuario de los grandes magnates españoles, puede, no obstante, tomarse como arquetipo de aquel género, muy extendido, de modestos segundones que pasaban a Indias en procura de horizontes que, a menudo, les negaba, en la madre patria, la estrecha e injusta legislación de la época.

Es así que este libro, más que como “antecedentes y desventuras de un corregidor en 1778”, título que su autor le dió, puede considerarse como la historia de un modesto hidalgo lanzado a la aventura de Indias, aventura que en el siglo XVIII, como en la época actual, sigue siendo la quimera y el sueño dorado de las gentes sin fortuna, en ciudades y aldeas españolas.

Arandía constituye así, además de una individualidad con aspectos bien interesantes, por cierto, una especie de personaje genérico, que acaso Taine habría clasificado entre los “personajes reinantes”, a haberse aplicado al estudio de la historia social de América en el siglo XVIII.

\*  
\* \*

Dos aspectos principales ofrece el libro de Correa Luna: el meramente pintoresco y evocativo, verdadera obra de creación literaria, visión de lo que se ha visto y sentido internamente con intensidad; y el histórico y crítico, verdadera obra de in-

vestigación y de análisis. El primero, afecta especialmente al arte de escribir y puede ser gustado por los que conciben la obra histórica, no como mera exposición curialesca de hechos, comentados luego en estilo forense, sino como obra esencialmente literaria, con todos los prestigios y las galas del pensamiento y de la forma reservados por el preconcepto corriente para la producción intelectual exclusivamente imaginativa.

La historia ha sido a menudo considerada, en estos países del Plata, como género literario inferior, abierto a la incursión de toda clase de gentes. Si para el cultivo de la poesía, la novela o el teatro, se han exigido o se exigen aptitudes esencialmente artísticas, no sucede lo mismo con este desdeñado género, condenado, las más de las veces, a mal servir necesidades didácticas. Sin embargo, en los últimos años, la consagración de un grupo de escritores de talento a los estudios históricos, ha restablecido el rango artístico del género. A ese grupo perteneció el autor del libro que comentamos, libro que está lleno de bellezas literarias, de páginas anecdóticas o meramente pintorescas, cuyo lenguaje y estilo, a veces, nos vuelve, a fuerza de ingenio, flexibilidad y gracia, a los buenos tiempos del siglo de oro, tan a menudo olvidado ¡ay! por los que escribimos en este nuestro maltratado idioma. Es así que deben señalarse en esta obra ciertas singularidades de forma, tramos de nobles lecturas clásicas, que prestan al lenguaje, además de cierta suntuosidad pintoresca, un delicioso sabor erudito y arcaico.

La aptitud descriptiva que en alto grado posee este escritor, nos permite conocer “de visu” los preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires, compartir las angustias de los capitulares de 1760, roídos por la mala fiebre de la miseria municipal, asistir a los legendarios festivales, y lo que es más que eso, ver moverse caracteres, agitarse pasiones y sentimientos y transformarse en individualidades bien definidas, nombres más o menos resonantes que vagan como sombras en la historia colonial y que la tradición ha perpetuado sin darles forma humana. El alcalde Rodríguez de Vida, el famoso magnate don Jerónimo de Matorras, los hermanos Escalada y otros personajes de mayor o menor cuantía, cobran así forma, color, vida y movimiento

Todos los ambientes indianos son accesibles a la pluma de este autor. Si interesantes son las descripciones del panorama urbano de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII, precioso es el viaje que nos hace emprender, bajo la égida de Concolocorvo, a través de valles y montañas, camino de Potosí, primero, del lejano partido de Chichas, después, donde el desventurado Arandia, ambicioso de gloria y poder, había de ir a beber el vaso de cicuta que puso en sus labios sedientos la bellaquería y la audacia del corregidor García Prado y de sus cómplices Patzi y Velazco, y la cábala y la intriga de los favoritos de virreyes y oidores.

No es menos curiosa e interesante la glosa que el ágil y galano escritor hace de la ampulosa e infantil literatura administrativa de la época, tan rica en alegorías, sinécdoques, metonimias, metáforas y demás lindezas del estilo culterano, transplantado a Indias por clérigos, alguaciles, escribanos y demás gente de pluma de su majestad.

Nos es dado gozar así, a la vez que de la pintura barroca de los espantables lienzos que hizo pintar Matorras para las fiestas de la aclamación, de este otro aspecto del barroquismo español diseminado en actas, providencias, bandos, acuerdos y demás documentos de que tan pródigo fué el régimen colonial.

\*

\* \*

Para trazar la historia de su personaje, el autor estudió profundamente la época en que aquél se movió, y el estudio de esa época, especialmente el de los aspectos que más se relacionan con las actividades de don Baltasar, le inspiró páginas de singular valor, ya se las considere desde el punto de vista literario, como queda dicho, ya desde el punto de vista histórico y crítico. Instituciones, costumbres, acontecimientos, aspectos de la vida urbana y rural, hombres y paisajes, fueron hondamente penetrados e intensamente sentidos por el ático escritor al seguir a su héroe a través de más de cuarenta años de vida colonial.

Esta labor de investigación nunca será bastante alabada. Para dar fe de la honestidad histórica con que ha procedido, y de la escrupulosa minuciosidad que lo ha guiado, basta con-



siderar la frondosa bibliografía citada en notas y texto, y la enorme suma de referencias documentarias, pródigamente esparcidas en las páginas del libro.

La bibliografía histórica de América, clásica y moderna, fué agotada por este paciente investigador, a quien es preciso reconocer una ponderación de criterio singular para apreciar el juicio ajeno, y una sutilísima sagacidad para formular la oportuna inducción, o llegar a la reconstrucción de la verdad histórica mediante la correlación de datos dispersos u olvidados.

Pero es precisamente en materia tan ardua y compleja donde surgen la objeción y la controversia. Es así que, luego de admirar los certeros juicios que a este autor merecen hombres e instituciones del régimen colonial, de deleitarnos con el capítulo tan lleno de interés social y anecdótico que consagra a la casa de los Escalada, y de ilustrarnos con sus eruditos estudios sobre los corregidores y el repartimiento y sus clásicas descripciones de las rivalidades, embrollos y querellas de los dignatarios y magistrados del Alto Perú, se opone el reparo a ciertos juicios, si bien accidentales, puesto que no se refieren al tema principal del libro y pueden, por lo tanto, ser excluidos, sin que sufra la economía de éste, no por eso menos importantes desde el punto de vista general de la historia colonial.

Dos de ellos me interesan especialmente. Es el uno el que en repetidas ocasiones formula acerca de la actuación de la Compañía de Jesús en el Río de la Plata, y el otro, simple consecuencia de éste, es el que le merece la personalidad del virrey Ceballos, prócer que aparece en el libro de Correa Luna como un neurópata, atacado del delirio místico, mezcla de inquisidor y de dux veneciano.

Si la ojeriza que este autor revela contra los jesuitas obedece al prejuicio con que juzga a la Compañía el espíritu del siglo, inútil es controvertir al respecto; pero si esa ojeriza se apoya en la convicción adquirida en el estudio de los documentos que se relacionan con la expulsión de la Compañía de los dominios de España en América, el caso es distinto, y como él constituye un interesante problema de historia americana, no bien puntualizado todavía, al menos en su aspecto fundamental, vale la pena esbozarlo siquiera.

No es ésta la ocasión ni el sitio de hacer la historia de la Compañía de Jesús en América y de formular el balance de su fuerte y vigorosa acción sobre la incipiente sociedad americana. Recordemos, no obstante, siquiera la extraordinaria tentativa de organización social indígena de los pueblos de las Misiones, no repetida en la historia, como notorio título reivindicatorio de la orientación de actividades de la Compañía. Pero, para concretar más el caso, señalemos en este mismo libro diversos pasajes que revelan que la fuerza moral del instituto fué cosa bien distinta de ese espíritu de rapacidad, ignorancia e intriga que le atribuyen los historiadores adversos a la Compañía.

“Sin discusión, dice Correa Luna, nada había que intelectualmente superara a los jesuitas en el Río de la Plata”. Si esto es así, deplorable fué que tal fuerza intelectual se viera violentamente desplazada de una sociedad en formación, en los precisos momentos en que era más necesaria. Pero hay algo más todavía. “Dueños de la voluntad de la familia, agrega al referirse a la expulsión, casi no se contaba una de figuración que no repudiara el famoso decreto”. Quiere decir, pues, que además de una fuerza intelectual, el instituto constituía una fuerza social y doméstica, a cuyo imperio se avenía la sociedad de la época, desde que repudió en masa la expulsión.

Pero lo que no dice Correa Luna, y conviene decir, es que la Compañía constituía, además, una formidable fuerza moral, consagrada en todos los momentos a la vigilancia de la disciplina eclesiástica y a la custodia de la pureza y unidad de doctrina. Es precisamente cuando se llega al examen de este punto que se toca fondo en el problema.

Los cargos dirigidos contra los jesuitas expulsados del Río de la Plata se apoyan en el testimonio de los funcionarios reales, encargados de la ejecución del decreto de Carlos III, y muy especialmente, en el de prelados y sacerdotes seculares, cuyo carácter eclesiástico se invoca para hacer más formidable la fuerza del argumento. Si el testimonio de los funcionarios civiles, se dice, puede ser tachado de parcial, no sucede lo mismo con el de los propios ministros de la Iglesia.

La Compañía de Jesús celó en América los intereses del reino, pero por sobre eso, celó los supremos intereses de la Igle-

sia, no siempre respetados, no obstante la íntima unión del sacerdocio y del Imperio. El regalismo hacía, en el siglo XVIII, estragos en el imperio español, especialmente en Indias. Mitras y prebendas, no siempre bien distribuídas por el favor real, creaban obispos y eclesiásticos inficionados en las doctrinas de Solórzano, tributarios del rey antes que del pontífice. Frente a estos productos, no siempre excelentes, y a veces malos, del regalismo español, se hallaba la Compañía de Jesús, defensora invariable de los derechos de la Iglesia, cuya rigidez de doctrina, naturalmente, estaba en oposición con el espíritu de cortesanía y de tolerancia de los dependientes del favor real. El archivo de Indias de Sevilla está lleno de las representaciones hechas ante el rey por eclesiásticos, aspirantes a mitras, canonjías y prebendas, entre los cuales, el consejo de su majestad elegía a aquellos que mejor sirvieran los intereses políticos del reino, aun a costa, muchas veces, de los supremos intereses morales de la Iglesia.

Se explica así que desde mucho antes de la expulsión existiera en el Río de la Plata una facción contraria a los jesuítas, facción de la que a menudo formaron parte obispos y prebendados. Porque conviene advertir que si diferencias tuvieron los padres de la Compañía con gobernadores y funcionarios civiles, mayores, tal vez, fueron las que los separaron de prebendados y capítulos. Buena prueba de este aserto son los graves conflictos que el célebre obispo del Paraguay, Cárdenas, promovió contra los jesuítas en 1649, episodio digno de las crónicas de las repúblicas italianas.

¿Qué de extrañar es, después de lo apuntado, que iniciada por Carlos III la persecución contra la Compañía, y expulsada ésta, el rey encontrara en obispos y prebendados, ya prevenidos contra el instituto, la aprobación y el aplauso para el atentado que alejaba el severo contralor mantenido por los jesuitas sobre el desmedido ejercicio de las regalías reales?



El excelentísimo señor D. Pedro de Ceballos Cortés y Calderón, primer virrey del Río de la Plata, fué un noble caballero y un insigne soldado. De ello dan fe la prez de su casa

solar, la privanza de que invariablemente gozó en la Corte, sus altos hechos de armas y sus largos y dilatados servicios a la religión y al rey. ¿Qué más para adquirir en plena decadencia del imperio español, roto el molde de los grandes capitanes, relieves de héroe de romance?

Notorias y resonantes son sus campañas militares en el Río de la Plata, y no hay para qué insistir sobre lo que ya ha sido loado en prosa y verso. Además, este general fué hombre de gabinete. Había estudiado a fondo, no solamente el arte de la guerra sino también la diplomacia, de lo que dió buena prueba durante su breve misión ante la corte de Parma, aquella singular y romancesca corte tan admirablemente descrita por Stendhal. En ella bebió, acaso, el sentimiento romántico que le hizo enclaustrarse en su solitaria mansión de Buenos Aires, y que inspiró la última aventura sentimental, de que quiso sacar partido, muerto ya Ceballos, el ofendido hermano de la amante del virrey. El virrey no tenía garra de déspota; lo dicen a las claras sus dos templados gobiernos y la gestión virtual sobre libertad de comercio que promovió en 1777, que si no fué inspiración personal de Ceballos, como se ha dicho, por obra propia pasa y pasará, mientras no se aduzca prueba en contrario.

Esta individualidad consagrada por la biografía clásica y de la cual se encontrará un trasunto siempre semejante en los libros y manuales de historia, ha sido, sin embargo, transformada por Correa Luna en un personaje soberbio, sombrío, rapaz, cruel y vengativo, especie de bárbaro señor feudal para quien no había más ley que la propia voluntad y la de la Compañía de Jesús.

Esto último, simple exageración de los tiempos, no constituye, una vez colocado en sus verdaderos términos, un estigma para la memoria del virrey Ceballos, porque ¿ha de inferirse cargo para el gobernante, del hecho de que este insigne prócer mantuviera cordiales y aun filiales relaciones con los padres de la Compañía, sus antiguos maestros y directores morales? Por el contrario, motivo de honra es la adhesión de Ceballos al instituto, no solamente en la época en que éste ejercía libremente su ministerio, sino en los penosos años de la expulsión, precisamente cuando el virrey tocaba aún los efectos

de las violentas providencias del gobernador Bucarelli contra los jesuítas. No era perspectiva de favor real, bajo el reinado de Carlos III, la adhesión a la Compañía de Jesús. Reconocamos, pues, siquiera esta virtud de independencia y valor moral en el virrey de 1777, aun bajo la sombría y casi lúgubre catadura con que la pintoresca pluma de Correa ha evocado la imagen del insigne soldado.

Más grave sería para la biografía de Ceballos la imputación de peculado, si no fuera que ella, además de constituir uno de los síntomas de la general descomposición administrativa de la época, imputable a casi todos los funcionarios del rey, no se basara en afirmaciones de personas interesadas tales como los Basavilbaso y el brigadier Hilson, enemigos notorios de Ceballos.

Especialmente el testimonio de don Domingo Basavilbaso es recusable. Este magnate de Buenos Aires fué de los más ardorosos enemigos políticos de Ceballos desde la época de su primer gobierno, como lo fué, e implacable, de la Compañía, al extremo de darse el gusto, en 1767, de figurar entre los que prendieron a los jesuítas de Belén. Su hijo D. Manuel participó de las exaltadas ideas paternas, y en la aventura de 1767, acompañó también al secretario de Bucarelli en la providencia de arresto de los padres destinados al destierro.

La declaración que prestó D. Domingo en la información secreta mandada levantar por el rey, en 1767, contra Ceballos, y en la cual se contienen los cargos más graves formulados contra el gobernante, y que son, junto con los de la representación del brigadier Hilson los que forman el fundamento del juicio de Correa Luna sobre el prócer, pierde gran parte de su fuerza, cuando el propio autor del libro que comento advierte que D. Manuel de “Basavilbaso se distinguió en todo menos en la corrección administrativa”, puesto que esto hace suponer que algún traspiés del hijo, reprimido por Ceballos, pudo encender la inquina paterna de D. Domingo. Y aun disminuye la fuerza del testimonio cuando el mismo autor nos informa que a D. Domingo (caso que calló, sin duda por no conocerlo, el doctor Cárcano en la interesante biografía que trazó del antiguo administrador de correos), Ceballos le mandó instruir un “expediente sobre el producto del ramo de

guerra”, del que resultó culpable, pero sin mayores ulterioridades. Lo que constituye el mejor elogio de la generosidad de Ceballos, puesto que teniendo en tal circunstancia en sus manos el castigo de su antiguo e implacable detractor, prefirió perdonar, como lo hizo.

No pagaban, por cierto, con la misma moneda los Basavilbaso, como se infiere de aquella carta de D. Manuel, en que, refiriéndose a los jesuitas y a la “pandilla ceballista”, exclama con reconcentrado furor: “Las espantosas raíces de la semilla que han dejado estos malditos no se exterminarán sino por la muerte de estos fanáticos”.

Menos valor aun tienen otros testimonios tales como el del canónigo Maziel, cortesano de Ceballos en 1777 y cantor de su gloria militar, así como el del obispo de Buenos Aires, D. Manuel Antonio de Latorre, en cuya desafección a Ceballos despunta la violenta inquina, de cuño regalista, contra la Compañía.

Manténgase, pues, la integridad de la figura histórica del primer virrey, a quien el propio Correa Luna considera como “el impulso vivificante, la bocanada de aire fresco en la cerrada covacha colonial”, y que, si no fué “la última llamada”, fué una de las “llamaradas de la grandeza española”, no extinguida todavía, para honor y gloria de la raza.

# El obispo de la Revolución

**F. I.** L.M.D. señor doctor don Benito de Lué y Riega, último obispo de Buenos Aires en la época colonial, como todos o casi todos los personajes del antiguo régimen ha sido mirado con poco interés por los historiadores de la Revolución. Se le recuerda apenas, a través de las Memorias de don Cornelio de Saavedra, atravesando la plaza de Buenos Aires con sus vestiduras episcopales, en medio de la sedición del 1.º de enero de 1809, para llegar a la fortaleza ocupada por Liniers y los patricios, y hacer paz entre el virrey y los alzaguistas del Cabildo. Y se le recuerda, sobre todo, por su actitud en el Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, cuando, frente a la hostilidad de los patriotas, exclamó duramente que, “mientras existiese en España un pedazo de tierra mandado por españoles, ese pedazo de tierra debía mandar a las Américas; y que mientras existiese un solo español en las Américas, ese español debía mandar a los americanos”. Estas palabras han sido causa, generalmente, de que se mire con poca simpatía al prelado realista, cuando debieran haber servido para atraer la atención sobre este recio carácter regenerado, sobre todo, cuando, al advertir que Castelli y Passo se preparaban a contestar su severa admonición, el obispo los detuvo con gesto autoritario y les dijo: “A mí no se me ha llamado a este lugar para sostener disputas, sino para que diga y manifieste libremente mis opiniones, y así lo he hecho”.

Este prelado fué una figura original, llena de rasgos personales. Careció, sin duda, del ingenio, el vasto saber y el don de simpatía de su antecesor, el obispo Azamor y Ramírez. Fué éste, además de teólogo profundo y maestro en ambas derechas, un verdadero humanista, erudito en letras clásicas.

sicas y modernas, y dotado de notables aptitudes literarias que le permitieron manejar con destreza y elegancia el latín y el castellano, y dieron a su elocuencia y a su conversación privada personal encanto. El carácter del obispo Lué fué bien distinto; desdeñó las letras profanas y prefirió ser buen teólogo y mejor canonista. Halló en estas disciplinas elementos que satisfacían a su carácter férreo y a su mentalidad dominada por ideas simples, pero inconvertibles, respecto a la autoridad eclesiástica y a la autoridad real. La defensa de la Iglesia y del Imperio fué su divisa, y la imposición de la disciplina eclesiástica su constante preocupación. Por ello rompió lanzas contra canónigos y prebendados; contra usurpadores y revolucionarios. Hubo en este obispo ~~una~~ manera de gran inquisidor y, a haberse agitado en época y medio más propicios al predominio de sus ideas y carácter, habría llenado la crónica del gobierno de su diócesis con páginas tan movidas y pintorescas como las que recuerdan las aventuras del obispo Cárdenas en el Paraguay.

En 1810 los tiempos no estaban para excomuniones en masa, entredichos, ni sediciones místico-indígenas, que de haberlo estado, el obispo Lué habría hecho arder entonces todo el virreinato. Aun sin estarlo, a haber habido en el gobierno de Buenos Aires, en lugar del tímido Cisneros, un hombre de temple, —Elío, por ejemplo—, los dos rígidos servidores del trono y del altar habrían puesto en jaque a los rebeldes de Mayo. Ya que no Elío, Alzaga pudo ser su hombre, y a haberse convenido el duro asturiano y el intrépido viscaíno, Buenos Aires habría emulado a Montevideo en la defensa de los derechos del rey.

\*

\* \*

En la "Cronología para servir a la historia eclesiástica de esta parte de América de los S. S. obispos del Alto Perú, Paraguay y Río de la Plata, según los manuscritos del canónigo doctor Bartolomé Muñoz, capellán castrense de los ejércitos de la patria al mando del general don José Ron-



deau, publicados y anotados por don Julio Migoya García'', se hallan informes bastante precisos sobre la biografía de este prelado que gobernó la iglesia de Buenos Aires de 1803 a 1812, esto es, en el período que comprende la preparación y estallido de la Revolución de Mayo. La investigación posterior en los archivos del Río de la Plata ha proporcionado nuevos e interesantes elementos para la reconstrucción de la vida y obra de este servidor de la Iglesia y de rey.

Nació don Benito el 17 de marzo de 1753, en Lastres, principado de Asturias, y fueron sus padres don José y doña Josefa Riega, cristianos viejos, gente sencilla pero hidalga y de solar conocido. Su talento y sus letras le conquistaron, muy joven, un sitio en el coro de la catedral de Lugo, de cuyo capítulo fué deán. El 28 de abril de 1802, y en esto se ha visto la mano de Godoy, fué promovido a la silla episcopal de Buenos Aires, vacante desde el fallecimiento del ilustre obispo Azamor y Ramírez, de santa y feliz memoria. Se puso en viaje para su lejana diócesis, y después de detenerse algunos días en Montevideo, llegó a su iglesia el 22 de abril de 1803, y, ese mismo día, por la mañana, tomó posesión del obispado. Pocos días después se dirigió a Córdoba, en donde, el 6 de junio, fué consagrado por el obispo Moscoso. Restituído a su diócesis, procedió a consagrar la iglesia catedral de Buenos Aires, que su antecesor, el obispo Azamor, había solamente bendecido, e inició en seguida la visita pastoral de su dilatada diócesis, en la que empleó todo el año 1804.

El año 1808 repitió su visita pastoral y esta vez se detuvo más de lo acostumbrado en la ciudad de Montevideo y pueblos de la gobernación.

Esta visita está llena de pintorescos episodios que confirman la originalidad del carácter del obispo y revelan que, a través de la investidura episcopal, solía asomar a menudo el asturiano recio y socarrón que en él había. La presencia del prelado inquietó a autoridades y súbditos. En todas partes obligó a los curas y feligreses que le sirvieran y le costearan viajes, vehículos, cabalgaduras y escoltas para él y todo su séquito. Viajó en forma desusada, cubriendo rápidamente largas distancias, con perjuicio de postas y postillones.

Aquel viaje del señor obispo trajo revueltas a las autoridades civiles. El síndico procurador de la ciudad de Montevideo don Bernardo Suárez se creyó en el caso de elevar a la ilustre Junta de gobierno de la misma ciudad, el 7 de febrero de 1809, una representación en la que hizo extensamente la historia de los agravios inferidos por el prelado a su grey de la Banda Oriental. Esta representación es verdaderamente sabrosa, y cuando se la lee, se cree, a veces, recorrer un capítulo del "Quijote". Hay, sin embargo, que tomarla con beneficio de inventario, pues ella fué presentada por uno los miembros a la famosa junta de gobierno de 1808 que había sido abominada por el obispo.

"Se sabe, dice el síndico procurador refiriéndose a la visita pastoral del obispo, que antes de salir de su capital despidió toda la familia de su casa que no se acomodó a seguirle en el viaje, porque la consideró inútil y muy gravosa a su renta. Yo nunca censuraré esta economía, principalmente en un año de tanta escasez, porque al fin, cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo y arreglar su casa según le acomode. Pero, si el señor obispo tuvo tanto miramiento para los gastos que podía ocasionarle la corta familia que dejase en su capital, ¿cómo no la tuvo a favor de los curas y feligreses cuando les hacía mantener la larga familia que llevaba? ¿Cómo no les ponía tasa y moderaba los gastos excesivos? ¿Por qué exigía que lo recibiesen y trataran con esplendidez?" Iba así, según el síndico, su señoría ilustrísima, "proveyéndose de capilla en capilla, no sólo de lo necesario para su alimento y regalo, sino también de las muchas cabalgaduras que demandaban sus marchas violentas, y de los mozos que las conducían, ahorrando enteramente su renta que no baja un año con otro de veinticinco mil pesos, la cual sale del sudor de aquellos mismos a quienes venía a visitar, no para consolarlos sino para llenarlos de amargura y desconsuelo, sujetándolos a una nueva contribución". "Es de advertir, agrega en otra parte, que en aquel viaje dejaron muertos o cansados siete caballos de los cincuenta y tantos que sacaron de la capilla, lo que para el señor obispo era muy indiferente porque no eran suyos ni le costaban un maravedí".

“Pero no hay que extrañar, agrega, que el señor obispo mirase con indiferencia tan grande a los brutos, cuando trataba con igual indiferencia, o por mejor decir, con igual dureza a los hombres”. Y en apoyo de esta afirmación, refiere el siguiente divertido episodio digno por cierto de figurar en una novela picaresca: “El mismo día que salió de la capilla, cuando ya sentado en su coche y todos prontos para partir, dijo la gente que lo conducía:

—“Señor, el tiempo va a llover”, replicó:

—“No importa, caminemos”.

Y dirigiéndose al padre Perdriel, religioso dominicano que le acompañaba en el coche, le dijo:

—“Fray Julián, a bien que nosotros no nos mojamos”.

Esta palabras tan impropias de las entrañas paternas de un obispo, dice el síndico, se las pusieron tan malas a los que a pesar suyo le acompañaban, que adonde quiera que llegaban las referían echando pestes contra el prelado.

Cuando el obispo llegó a Montevideo, después de la recepción solemne en el templo, se organizó un besamano en la casa que le había sido preparada para alojamiento. El prelado, revestido con sus insignias, tomó asiento en el trono con dosel y allí recibió a las corporaciones que pasaron a presentarle sus saludos.

Primero entraron los jefes y oficiales de la guarnición con el mariscal de campo, Texada, a la cabeza. El obispo los mantuvo de pie y los despidió con poca cortesía. Al clero lo recibió bruscamente con estas palabras:

—“Supongo que vuestras señorías están todos prontos para el examen”, y los despidió en seguida.

Le fué anunciado luego que el Cabildo en cuerpo se hallaba en el patio y deseaba presentarle sus homenajes, y el obispo, dirigiéndose a su familiar, le preguntó con sorna:

—“¿Sabe V. R. si el Cabildo viene en abstracto o en concreto?”.

Con todo ello, el obispo se dió a la obra de su apostolado y comenzó a confirmar desde el día siguiente de su llegada. Pocos días después consagró solemnemente la Iglesia Matriz e inició en ella sus predicaciones. Uno de sus sermones dió

motivo a un chistoso incidente. Decía el señor obispo que en la iglesia debían estar los hombres separados de las mujeres, y para apoyar sus tesis citó este sanchesco refrán: “Entre santa y santo murallas de cal y canto”. Al oír esto, una mujer del pueblo que se hallaba cerca de Su Señoría ilustrísima, replicó prontamente en voz alta: “Y entre el obispo y las mujeres, murallas de alfileres”, lo que produjo gran escándalo en el concurso.

Estos y muchos otros episodios e incidentes narra el síndico procurador, Suárez, quien, luego de decir que el obispo “en todas partes dejó mucho que hablar y maldecir”, agrega que “cuando partió de Montevideo sus habitantes y hasta las matronas más devotas, dieron gracias a Dios de que el prelado se hubiese ausentado”.

La representación del síndico concluye proponiendo a la ilustre Junta de gobierno que pida a su majestad que se prohíba en lo sucesivo a los obispos hacer visitas pastorales a costa de los curas y pueblos; que se remueva del obispado al señor Lué, que se segregue la Banda Oriental de la diócesis de Buenos Aires y se erija en Montevideo una nueva silla episcopal.

\*

\* \*

Los juicios vertidos por el síndico de Montevideo acerca del obispo de Buenos Aires, que en mucha parte son fruto de la pasión política y de la animadversión que la Junta de gobierno de 1808 sentía por el prelado que la había deshonrado y repudiado, están contradecidos por muchos testimonios de valer. El virrey Liniers, en una comunicación dirigida el 21 de enero de 1809 al secretario de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia, don Benito Ramón de Hermida, que en testimonio se conserva en el archivo de la curia de Buenos Aires, hizo la calurosa apología del prelado, a quien proclamó como “uno de los obispos más edificantes y más patriotas de la América”, y agregó “que ninguno de los vasallos del rey es más acreedor por su desempeño, celo

y patriotismo a la real gracia". En este documento, Liniers pide como premio a las virtudes, talentos y servicios del obispo que se erija, como ya lo había pedido el virrey Sobremonte, la silla de Buenos Aires en arzobispado, declarándose por sus sufragáneas las diócesis de Córdoba, Salta y Paraguay, y que el primer arzobispo de Buenos Aires sea condecorado con la Gran Cruz de Carlos III.

Contiene este documento datos muy interesantes sobre los servicios prestados por el obispo Lué en el orden religioso y político; testimonia su celo y delicadeza en hacer observar la regla de los concilios y disciplina eclesiástica y previene que ello le ha atraído la enemistad de algunos de los canónigos del Capítulo y miembros del clero regular y secular. Recuerda la energía y tacto que reveló cuando las invasiones inglesas, y cómo se captó el respeto de los usurpadores, poniendo a cubierto su iglesia de la profanación del enemigo; igualmente recuerda los donativos que hizo después de la Reconquista para preparar la defensa de Buenos Aires. En esa ocasión exaltó el patriotismo del pueblo, animándolo a la defensa por medio de exhortaciones; personalmente bendijo las banderas de los tercios, concurrió a la revista general de tropas que hizo el virrey, y celebró una misa campal al frente del ejército. Se refiere luego Liniers a la participación del obispo en los sucesos del 1.º de enero de 1809, rectificándolo con ello la versión de que el prelado apoyó el movimiento de Alzaga y sus parciales. Dice el virrey que ese día el obispo "expuso su vida y su decoro con total abandono de su persona, mezclándose entre los conspiradores, de los que uno tuvo la sacrílega osadía de amenazarle con acción de pegarle un golpe". Este juicio de Liniers está abonado también por el del brigadier Molina y por otros testimonios semejantes que proceden de representantes de los dos bandos en lucha.

\*  
\* \*

La Revolución fué para el obispo Lué una catástrofe inexplicable. Ni su mentalidad, ni su concepto de la autori-

dad real, ni su fidelidad al rey, ni su absolutismo integral pudieron alcanzar jamás el significado esencial de aquella destrucción del orden histórico, de aquella alteración sacrílega de valores que sumió al recio asturiano en tremendo estupor que luego se convirtió en mortal congoja.

Sin embargo, más feliz que el virrey Cisneros y los oidores de la Real Audiencia; más feliz que otros prelados españoles de América, arrojados todos ellos al destierro, el obispo de Buenos Aires pudo permanecer en medio del turbión revolucionario que no cesaba de girar frente a su palacio en donde vivió confinado, dos años, y donde murió, en 1812, sin comprender el espectáculo extraordinario que se desarrollaba más allá de los muros de su mansión.

El 21 de marzo de 1812 asistió a un “convite” que le fué ofrecido por algunos amigos fieles, con el pretexto de celebrar el día de su patrono. Al retirarse a sus habitaciones se sintió enfermo y se recogió en seguida. Cuando al otro día fueron a despertarle, le hallaron muerto en el lecho. El cadáver fué revestido con los ornamentos episcopales y expuesto a la veneración del pueblo en la iglesia catedral, donde se celebraron suntuosos funerales antes de inhumar el cuerpo en el panteón de los obispos.

Don Benito Lué y Riega fué el último prelado español que gobernó la diócesis de Buenos Aires. La silla episcopal permaneció vacante muchos años, hasta que, en 1832, Su Santidad Gregorio XVI designó al doctor don Mariano Medrano y Cabrera para suceder en el gobierno de la iglesia argentina al ilustre obispo asturiano.

# El antiguo régimen

LOS historiadores románticos que trazaron al día siguiente de la independencia de América la crónica de la Revolución crearon un vocabulario que tomó carta de ciudadanía en la bibliografía del Continente y ha seguido siendo utilizado hasta por muchos de los técnicos que, en los últimos años, al hacer la revisión de los anales históricos, han aplicado al examen de los hechos y de los hombres el más riguroso método científico. Con tal vocabulario crearon también los cronistas de la Revolución americana modos de ver el panorama, verdaderas limitaciones del campo visual histórico que no han sido tampoco corregidas por los historiadores actuales. En aquel vocabulario hay dos palabras que llenan los textos y libros de historia, más que con su significado gramatical con su alcance espiritual. Estas palabras son: patriota y realista. Patriota es el revolucionario que combatió por la independencia de América; realista es el súbdito del rey de España que defendió contra la Revolución los derechos de la nación conquistadora y colonizadora. En esta acepción artificial y falsa está también incluido el ditirambo espiritual para el patriota, héroe siempre digno de gloria, y el vituperio para el realista, defensor de una causa odiosa. No se admite ordinariamente que el español, al defender los derechos de la madre patria sobre las tierras por él descubiertas y colonizadas, fué tan patriota y digno de gloria como el americano que pugnó por la independencia ni que éste mereció, a veces, vituperio.

La limitación del campo visual histórico aparece en cuanto se produce el tránsito de la época tranquila de la colonia al período tormentoso de la Revolución. Iniciada ésta, el cono de luz de la investigación se ensaya casi exclusivamente en el campo revolucionario; el campo español queda en tinie-

blas, como si en él se hubiese detenido la vida. Mientras aparecen los caudillos, los generales y los ejércitos de la Revolución, y se dan batallas, y se obtienen victorias, y se instalan gobiernos, y se crean constituciones, y surgen las nacionalidades, los caudillos y generales del rey se convierten en sombras, las ciudades leales a España sólo son consideradas de muros afuera y las instituciones coloniales, allí donde permanecen, son apenas advertidas; de este modo, cuando termina el drama, nadie se acuerda de lo que fué de los próceres españoles ni de la epopeya de que fueron teatro las ciudades ni del valor y significado del orden jurídico colonial, y sólo se acierta a escribir el glorioso romancero de los libertadores y a ensalzar las nuevas soberanías y los nuevos códigos políticos. Así se ha creado la historia heroica del continente, historia unilateral, historia patriótica, historia que, con serlo a medias, ha llenado, sin embargo, una misión esencial, pues ha contribuído a formar la conciencia de las nuevas nacionalidades y ha alimentado el sentimiento tradicional de las sociedades hispano americanas.

Mas, terminado el trabajo de consolidación de las nacionalidades, fuerza es hacer una revisión prolija del drama revolucionario y rectificar los conceptos y el modo de ver histórico a fin de abarcar el panorama entero. Ya ha comenzado a hacerse ésto, y, a medida que más se haga, irá surgiendo una nueva historia, la historia de los patriotas y héroes del antiguo régimen, melancólicos héroes éstos, dignos casi todos ellos del piadoso recuerdo, cuando no de la admiración y de la estatua, y con ella, la historia de las instituciones coloniales, ejemplares muchas de ellas.

\*

• •

En lo que se refiere al Río de la Plata fué un terrible naufragio aquel que sucedió a la caída del virreynato. Prelados, virreyes, oidores, mariscales, funcionarios de capa y espada, la prez de la nobleza administrativa y militar del antiguo régimen se vió de improviso asaltada por la borrasca, envuelta en ella, y, casi todos los que no perecieron en la prueba, fueron arrojados, ya sin oropel y sin honores, a playas de destierro y miseria.



Si la cruenta historia de los que murieron en el cadalso sobrecoge por su dramaticidad, esta otra página, prosaica pero heroica, de los que salvaron a la tragedia, obliga a la reverencia y al respeto.

Historiadores y cronistas han poetizado el melancólico destierro de la nobleza de Francia después de 1789. Hubo allí, sin duda, más aparatosidad, más grandeza, más ingenio latino, tal vez; la miseria no fué tan cruda, ni la desnudez tan fea. Además, el ejército de Condé y el campamento de Coblenza dieron cierto barniz heroico a los proscritos. La caída del fastuoso virreynato y la emigración sin rumbo y sin objeto que fué su secuela no tienen tanta grandeza, pero ofrecen picante interés literario y anedótico y hay en ellas sabor de honda e irreparable tristeza.

Poco de ésto ha salido a luz en crónicas e historias públicas. El régimen caído en 1810 tuvo pudor de su desgracia y ocultó cuidadosamente sus sinsabores. Solamente las memorias y la correspondencia íntima han conservado, y, a veces, ¡con qué cruel plasticidad!, el recuerdo de los episodios que formaron la dolorosa etapa.

\*  
\* \*

Antes de contemplar el melancólico desfile de los próceres coloniales aventados por la Revolución es conveniente a nuestro objeto referirnos, siquiera sea sumariamente, a los componentes de la Junta de Mayo de 1810, corporación histórica ésta que fué la expresión genuina de las aspiraciones de autonomía, independencia y gobierno propio que, desde los primeros años del pasado siglo agitaban a los pueblos del Río de la Plata. Su obra fué el producto de un complejo subjetivo que venía elaborándose en la "ciudad colonial" desde muchos años atrás. El mármol y el bronce no serán nunca bastante a pregonar su gloria y la palabra humana cantará perpetuamente loores a la insigne corporación. Mas, junto a esa realidad histórica hay otra realidad que procede del carácter de los hombres que la integraron, de las pasiones de los mismos y de la forma en que reaccionaron frente a los adversarios.

Los ardorosos tribunos que en los cabildos abiertos y asonadas que precedieron y sucedieron a la designación de los juntistas dieron prueba de mayor audacia e intrepidez y que mayor desprecio hicieron de la autoridad de los funcionarios civiles y eclesiásticos del antiguo régimen tomaron asiento en la Junta. Estaba allí el Dr. Castelli, hombre de corazón helado y de sombría y enérgica voluntad, personaje que se halla mezclado en casi todas las tragedias de la Revolución. Su mirada afiebrada y su rostro atormentado revelan la raza proterva a que pertenecía. A no haber fallecido en 1811, quién sabe qué hecatombes habría agregado a las de Cruz Alta y Potosí. No obstante su temprana muerte, comparte la triste fama del Dr. Monteagudo, el ejecutor implacable de los prisioneros españoles sublevados en San Luis, el siniestro numen que dos veces tiñó con la sangre de los hermanos Carrera el patíbulo de Mendoza, el misterioso logiarlo instigador del sacrificio del guerrillero chileno Manuel Rodríguez en la áspera quebrada de Tiltit, y el Fouquet Tinville de Lima, donde él sucumbió una noche bajo el puñal misterioso de un desconocido.

El Secretario de la Junta no iba en zaga a su colega Castelli. El Doctor Moreno era hombre de grandes virtudes privadas y cívicas; tenía talento y cultura superiores a los de sus contemporáneos, pero había en su alma un secreto mal que se manifestaba en crisis de misantropía y pesimismo, y, según lo afirma Don Vicente Fidel López, que le oyó decir a su padre, “en insomnios terribles, en medio de los que veía el tumulto de sus enemigos acechándolo con puñales unas veces y otras encarcelándolo para arrastrarle a la horca”. Estas visiones exaltaban su imaginación y perturbaban su sensibilidad, inclinándolo a la mística terrorista que él creó con las reminiscencias de sus panegiristas. Así fué llevado, aunque sustrayéndose a la intervención personal, a los bárbaros extremos que han quedado estampados en los decretos de la Junta, de cuya tremenda responsabilidad no puede eximirlo la historia. La muerte le arrebató en 1811 prematuramente como a Castelli. Estos fueron los hombres que predominaron en el seno de la Junta de Mayo.

Estaba ésta integrada por dos mercaderes españoles, Don Domingo Matheu y Don Juan Larrea, personaje incoloro el

primero, hombre de rara moralidad el segundo como se verá en seguida; por el Presbítero Alberti, cura de la parroquia de San Nicolás, cuyo espíritu evangélico no predominó en las deliberaciones; por Don Manuel Belgrano, cuya bondad de corazón y rectitud de conciencia quedaron ahogados en estos amargos trances por su timidez ingénita; por el Coronel de Milicias Don Miguel de Azcuénaga y por la figura consular del Presidente, Coronel de Patricios Don Cornelio de Saavedra, quien creyéndose en aquellos momentos llamado a augustos destinos no tuvo la serenidad espiritual necesaria para refrenar a Castelli y Moreno.

Tal era la composición de la Junta de Mayo, suprema autoridad de la Revolución surgida de un movimiento espontáneo del pueblo en que intervinieron objetivamente, en primer término, las milicias criollas, el pueblo armado y ejercitado desde la época de las invasiones inglesas y esa clase social que se halla siempre dispuesta a apoyar las reacciones contra la autoridad y que lo mismo se le encuentra debajo de los arcos de la Recoba de Buenos Aires en 1810, como en el *Pont Neuf* o en los jardines del *Palais Royal* de París en 1789.

\*

\* \*

El Virrey de Buenos Aires y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, Teniente General de la flota de Su Majestad, veterano de las campañas navales del siglo XVIII, Caballero de la orden de Carlos III no fué de lo menos maltratados por la tormenta revolucionaria. Viejo, sordo y mal avenido con su media corte platense, desde que en ella puso el pie en los últimos días del año 1808 sufrió desdenes, humillaciones y afrentas y hasta vió discutida su autoridad sin que llegara nunca a consolidarla, y, después de la efímera presidencia de la primera Junta de Mayo que no duró ¡ay! veinticuatro horas, se vió desposeído de su rutilante autoridad y arrumbado en un rincón del Real Fuerte primero, en una casa de barrio después, donde le alcanzaron todavía los gritos y bur-las de la plebe, y, por fin, el vaso de cicuta que la Junta de

Mayo puso en sus labios cuando dictó e hizo ejecutar sigilamente al rescripto de proscripción.

Tan dura como la de Don Baltasar y aún más dura para algunos de ellos fué la suerte que corrieron los togados de la Real Audiencia: el oidor decano Don Francisco Tomás de Anzoátegui, el sub decano Don Manuel Sebastián de Velazco, el oidor Don Manuel José de Reyes, el fiscal de lo civil Don Manuel Genaro de Villota y el fiscal de lo criminal Don Antonio Caspe y Rodríguez, compañeros de infortunio del desventurado virrey en esta malhadada aventura.

El 22 de junio de 1810, al caer la noche, el virrey desposeído y los cinco togados de la audiencia, vestidos de etiqueta, como que habían sido invitados por la Junta a solemne reunión oficial que debía ser celebrada en el Real Fuerte, fueron introducidos en la fortaleza con los honores de estilo. El virrey vestía el uniforme de teniente general de marina y llevaba cruzada la banda sobre el pecho, donde ostentaba la placa de la orden de Carlos III y las cruces militares conquistadas en sus campañas. Los oidores vestían las galas de besamano. Cuando penetraron en el salón, éste se hallaba casi en tinieblas. No habían sido encendidas las luminarias ni los candelabros. Los muebles historiados tapizados de damasco granate se adivinaban apenas y los espejos de las consolas y cornucopias reflejaban el vago resplandor de las cinco llamas de un velón de aceite que ardía sobre la mesa llena de pliegos, detrás de la cual estaba el Dr. Castelli, de pie, hosco y meditabundo. Junto a él, el Sargento Mayor de Húsares Don Juan Ramón González Baicaree permanecía en actitud expectante. Llegados los próceres, el joven terrorista leyó sin preámbulos la sentencia de proscripción y anunció a los desventurados reos que aquélla sería ejecutada de inmediato. Inútiles fueron las protestas y súplicas del virrey y de los oidores; inútil también que se previniera al inexorable junta el mal estado de salud del virrey, la enfermedad que aquejaba al oidor Reyes, y las heridas que aun sufría el fiscal Caspe a causa de haber recibido un *paliza berutina* como eran llamados con cruel travesura los golpes que el populacho, acaudillado por el exaltado Comandante Beruti, propincha a los que se mostraban esquivos con la Junta.

Este atentado tenía pintorescos antecedentes. Fué su causa determinante el hecho de que el malhadado fiscal, al prestar juramento ante la Junta en representación de la Real Audiencia, lo hizo escarbándose los dientes con un palito, con lo que, según aquélla afirmó en documento público fechado al día siguiente del destierro, quiso demostrar su desprecio a las nuevas autoridades. En cuanto al oidor Reyes, había tenido la osadía, según lo hizo notar también la Junta, de presentarse a cumplimentarla en forma semejante a la usada por Caspe, pero, y así se estampó en autos, “a falta de palito con que escarbarse los dientes lo verificó con las uñas, procurando aumentar el desprecio de la Junta con una acción tan indecente y extraña en hombres de aquel rango”.

Sin mediar otras explicaciones ni atender reclamos, el Sargento Mayor Balcarce condujo a los cautivos hasta el patio de la fortaleza donde esperaba un carruaje con escolta militar, les hizo subir a él, montó a caballo y se colocó, con la espada desenvainada, junto a la portezuela del coche, sitio que ya no abandonó un instante, y ordenó que el convoy partiera hacia el embarcadero sin permitir que los reos avisaran a sus familias ni llevaran otra cosa que lo encapillado. Así salvó el triste cortejo el portón del Fuerte y cruzó la plaza, y así llegó al embarcadero donde una ballenera que había sido dispuesta recibió a los desterrados y los condujo, en medio de la fría noche de junio, sobre las agitadas aguas del río hasta el cúter inglés “Dardo”, cuyo capitán, Marck Byfield, los recibió a su bordo.

Este capitán inglés había celebrado con la Junta de Buenos Aires un curioso contrato. No pudiendo salvar de otro modo un contrabando que le había sido apresado por la Aduana ni trocar solamente mercaderías por mercaderías, aceptó trocar tabaco rapé que tenía a su bordo, más cien mil pesos de géneros, todo lo cual introduciría sin pagar derecho alguno, por los prisioneros y otros cien mil pesos de productos del país que sacaría de Buenos Aires también libre de derecho. El agente de este original contrato fué el propio consignatario del cúter, Don Juan Larrea, quien siendo como era miembro de la Junta de Mayo, no tuvo reparo en realizar el negocio, hacerse depositario del contrabando que tenía apresado la

Aduana y que fué liberado, y aún en cobrar, más tarde, el premio del negociado. En lo que se refiere a los desterrados, el contrato obligaba al capitán del “Dardo” a recibirlos a bordo y a hacerse a la vela sin detenerse un momento, con especial recomendación de no tocar en Montevideo, Maldonado ni en ningún puerto español de América, ponerse fuera del alcance de todo navío y hacer proa hasta la Gran Canaria donde los proscriptos serían entregados al gobierno de la isla. La Junta completó el plan con la prohibición de que, mientras se alejaba el “Dardo”, no se hiciese a la mar navío alguno.

El propio Cisneros en su Memoria, y el oidor Villota en carta que escribió a los suyos, dejaron descripta la vía crucis que para Don Baltasar y los togados fué aquella travesía realizada en un pequeño barquichuelo cargado de sebo, que sólo tenía doce hombres de tripulación y ninguna comodidad para pasajeros y que durante setenta y cuatro días dió tumbos en el Atlántico, soportando las inclemencias del invierno en el hemisferio sur, y los ardores ecuatoriales una vez que el pequeño buque entró en las calmas de los trópicos. El virrey y los oidores más ancianos fueron mal alojados, sin comodidad ni decoro, donde se pudo, bajo techo, pero Villota y Anzoátegui no hallaron refugio contra la intemperie, durmieron a cielo raso sobre bancos de madera, ateridos de frío y mojados por los golpes de mar, y obligados a no desnudarse durante la navegación, pues sólo tenían una sola frazada con qué cubrirse. Todos padecieron hambre y sed. No gozaron otro almuerzo durante la travesía que habichuelas o arroz con jamón o charque, algunas “pasas rellovidas”, y, cuando faltaron éstas, una cucharada de azúcar. A ésto se agregaron los males del espíritu agobiado por la ausencia, la carencia de noticias de los seres queridos y la incertidumbre del porvenir.

Las autoridades de la Gran Canaria recibieron con consideración a los proscriptos y pudieron así éstos, ya repuestos en su jerarquía y honores, pasar a la península donde, desgraciadamente no encontraron ni rey ni Corte ante los cuales acudir para templar el infortunio. Así fueron aventados el virrey y los oidores de la Real Audiencia por la tempestad revolucionaria.

Mucho más terrible fué el destino que la reacción terrorista procuró al Conde de Buenos Aires, Don Santiago Liniers y Bremond, antiguo Virrey del Río de la Plata, jefe de la flota de Su Majestad, Caballero de la Orden de San Juan, defensor y reconquistador de la Capital virreynal atacada y ocupada por las tropas británicas, caudillo amado del pueblo porteño e incorruptible vasallo del rey.

Da nada le valió tanta gloria, tanto sacrificio y tanta hidalguía. Habiéndose pronunciado en Córdoba, donde se hallaba en 1810, contra el movimiento de Mayo, al que tachó de “obra de iniquidad” y de “execrable revuelta”, y de cuyos autores dijo que eran para él frailes fanáticos que abusaban de su ministerio para seducir a los hombres sencillos, y abogados cuyo único estudio era el embrollar las verdades más claras, y que fundaban su mayor gloria, al abrigo de sus sofismas, en confundir el buen derecho y hacer prevalecer la iniquidad. Hizo alarde de su fe realista y de su fidelidad inquebrantable al rey, cuyos sentimientos, dijo, no desmentiría “con el dogal al cuello, ni con la cuchilla sobre la garganta”. Creyó, sin duda, el conde de Buenos Aires que, en aquellas circunstancias, se repetiría su triunfo de 1806, más vió con amargura que el ejército que pretendió organizar para combatir a los juntistas se desvanecía como si estuviera formado de fantasmas. Ni Santa Fé ni San Juan ni Mendoza ni Tucumán ni Salta ni el Paraguay ni el Alto Perú respondieron a los requerimientos de Liniers para defender los derechos del rey, y el caudillo se encontró solo con el Gobernador de Córdoba, Concha, el Obispo Orellana, el Coronel Allende, el Contador mayor Moreno y el tesorero Rodríguez, algunos oficiales y milicias y tal cual pieza de artillería, en momentos en que se aproximaba a Córdoba el ejército de la Junta al mando del General Ocampo, que traía como legado o vicario de la Junta, al vocal Vieytes con instrucciones secretas que le ordenaban el fusilamiento inmediato de Liniers. Este y sus compañeros, con sus escasas fuerzas tomaron el camino del Perú, pero, escopeteados por las partidas exploradoras, se dispersaron.

Urgido por los reiterados oficios de la Junta, Ocampo dispendió al mayor Balcarce para cortar la retirada a los



fugitivos. Una partida de Balcarce al mando del teniente José María Urién, “el monstruoso capitán Urién”, como le llama Don Vicente Fidel López, quien, para que no se le confunda con su respetable tío Don José Diego, le nombra Pepe Urién, lo que demuestra su ninguna respetabilidad, sorprendió a Liniers el 5 de agosto en el partido de Piedritas, de noche, mientras dormía en un rancho. Quiso defenderse el héroe, pero no pudo hacerlo; el captor manchó su hazaña atándolo codo con codo, con tanta violencia que “le reventó la sangre por la yemas de los dedos”. El caudillo dijo refiriéndose al bárbaro cordel, “lo apreciaré siempre como una señal gloriosa de mi fidelidad a la nación española”.

El Gobernador Concha, el Obispo Orellana, el Coronel Allende y los demás funcionarios fueron también capturados. Llevados los prisioneros al Cuartel General de Córdoba, el legado de la Junta reveló al General en Jefe la orden de fusilamiento de los seis reos. Conocida esta noticia, toda Córdoba se alzó contra ella y el legado sólo cejó ante tanto pedido y convino en enviar los prisioneros a la Capital. Enterrada la Junta de esta novedad dispuso y así se hizo que el Dr. Castelli partiera en el acto al encuentro de los cautivos y los hiciera arcabucear donde los hallara. Acompañaban a Castelli en esta triste misión el Dr. Nicolás Rodríguez Peña y el Coronel Don Diego French, además de numerosa escolta de oficiales y soldados.

Los prisioneros habían partido de Córdoba custodiados por el mismo Urién y se dirigían a Buenos Aires soportando duras afrentas. El 24 de agosto cruzaba el conuco el monte de los Papagayos cuando, a dos leguas de la Posta del Tigre y cerca de Cruz Alta, se recibió un propio con la orden de detener la marcha. Dos días después llegó el Dr. Castelli con su séquito al campamento y ordenó que el Obispo Orellana fuese alejado del ejército. Inmediatamente convocó a los demás prisioneros y, frente a la tropa, les anunció que por orden de la Junta serían fusilados dos horas después, tiempo del que podían disponer para testar y recibir los auxilios religiosos. Ante las protestas de Liniers, Castelli se limitó a decir: “La Junta manda que sean arcabuceados en el acto y aquí no hay persona con facultad bastante para impedirlo”.



Frente a la inevitable tragedia los prisioneros recobraron su serena dignidad y se prepararon a afrontar la muerte. El Presbítero oriental Fray Lázaro Gadea, capellán del Ejército Libertador, recibió la confesión de Liniers y sus compañeros y escribió las últimas disposiciones que algunos de ellos le dictaron. Los verdugos ataron los brazos a los reos a la espalda con cordeles. Liniers, en estas dramáticas circunstancias, ofreció el cordel con que lo había ceñido Urién y pronunció estas estoicas palabras que ha recogido la historia: “que el que empezó mi ignominia la concluya”. Llevados los prisioneros a un claro del bosque, fueron colocados en orden jerárquico y allí se cumplió la bárbara sentencia. Un historiador afirma que el Coronel French tuvo el triste privilegio de dar el tiro de gracia al héroe de la Reconquista, versión que ha sido contestada.

El Padre Gadea agregó al pie del testamento del General Concha esta trágica nota: “En este día veintiseis de agosto, a las siete y media de la mañana, fueron pasados por las armas todos los Reos. Ruego a Dios por sus almas. (R. I. P. Amén)”. El confesor de los reos guardó los documentos en una carpeta a la que puso este sobrescrito: “Conste que como Capellán del Ejército Libertador en campaña, he recogido de los reos Liniers y Concha la memoria y última voluntad de éstos, que me entregaron en artículo mortis, después de confesar, para remitir a sus familias. Por tanto, y no siendo posible ésto, por las circunstancias del país, lo encierro en una carpeta dentro de ésta. Y para constancia lo firmo. Cruz Alta. Campamento en marcha. Lázaro Gadea. Presbítero”.



Si el Virrey de los tristes destinos pereció en el patíbulo de Cruz Alta con aquel sereno valor de que siempre dió ejemplo, su antecesor el Virrey Marqués de Sobremonte, General de la Armada de Su Majestad, aunque parece que poco dado a heroicas andanzas, pudo eludir a tiempo la tormenta, pues en noviembre de 1809, cuando ardía ya el fuego de la pre-revolución, se embarcó sigilosamente en Buenos Aires en el ber-

gantín “Belén” y se sustrajo así al drama de Mayo. En España le cogieron otros sinsabores relacionados con su rara actitud en las invasiones inglesas. Debía dar cuenta del abandono que hizo de la Capital del virreynato cuando se presentó frente a ella la flota británica y de la inexplicable retirada que emprendió con sus tropas en momentos en que las fuerzas de Montevideo se trababan en lucha con los invasores casi a las puertas de la ciudad.

Mientras el virrey se debatía ante tribunales y consejos de guerra buscando el medio de rehacer su honor militar y su fortuna, su consorte y sus hijas, refugiadas en Río de Janeiro, sufrían estrecheces sin cuento, a pesar de la fidelidad y adhesión con que las asistía Don Antonio Garfias, antiguo secretario del marqués. Entre estas tribulaciones la desventurada Marquesa, a quien devoraba la tisis, halló la muerte, y de sus últimos momentos trazó Garfias el melancólico cuadro en una carta que escribió a Don Francisco Juanicó: “La carta que me incluye usted para la marquesa, dice, la recibí algunos días después que el Señor dispuso de ella. Su muerte fué el 21 del pasado, a las seis y media de la mañana, y la falta de sacerdote a aquella hora, me produjo la pena, a más de la pérdida, de tener que auxiliarla hasta que dió el último aliento. Murió llena de la mayor conformidad y resignación, después de haber recibido todos los auxilios espirituales. Considere Vd. la amargura en que se hallarán sus dos desgraciadas hijas que, a más de perder una madre tan recomendable, que tanto las amaba, han tenido que abandonar su casa y toda la ropa y muebles que había en ella, quedando solamente con lo encapillado, porque murió tísica y usó hasta su fallecimiento de toda la ropa de sus hijas”. Y luego agrega que las niñas piden a Juanicó, que era su gestor en el patrimonio de Montevideo, “que haga cuantos esfuerzos pendan de su arbitrio para facilitar algún dinero”. Yo no tengo que recomendar a Vd. este negocio, termina Garfias, pues sé el interés y empeño que Vd. tiene por servir y complacer a esta desgraciada familia”. Por el mismo Garfias sabemos que las huérfanas se embarcaron de gracia, un mes después, en el bergantín portugués “Lusitano” que las condujo a España.



El antiguo gobernador de Montevideo Don Paseual Ruiz Huidobro, teniente General de la Real Armada, Caballero de las Ordenes de Santiago y Calatrava, iniciador y alma de la reconquista de Buenos Aires ocupada por las armas inglesas, cuyos servicios en las flotas de Su Majestad databan de 1769, que había combatido desde entonces en las campañas de América y de Europa, que desde principios del siglo era jefe de escuadra, que resistió heroicamente el asalto llevado por los ingleses a Montevideo y cayó, con la plaza, prisionero del General Auchmuty, quién lo envió a Inglaterra, donde permaneció cautivo hasta la paz de 1808, siguió distinto camino. De ello dió ya indicio cuando ese mismo año recibió de la Suprema Junta de Galicia los pliegos de Virrey del Río de la Plata y cuando en la ciudad de Río de Janeiro, a bordo de la fragata "La Prueba", casi cedió a la tentación de aceptar los requerimientos de la Princesa Doña Carlota para llevarla a Buenos Aires y levantar allí su trono. El secretario de la Infanta hizo a su señora un retrato del general que más parece el de un afeminado cortesano que el de un veterano del mar, pues le presentó como "marino muy acicalado" y afirmó que cuando lo visitó en Montevideo, estando allí de Gobernador, "su cuerpo exhalaba más olores que una perfumería, cosa bien impropia de un verdadero militar y sólo tolerable en las mujeres". Enemistado con el Gobernador Elío, apoyó al Virrey Liniers, se complicó en los sucesos pre-revolucionarios, tomó partido por la Junta de Mayo y poco después la Revolución le envió como legado a Chile, pero no pudo llegar a su destino pues la muerte le sorprendió en Mendoza en 1813.



Al Mariscal de Campo Don Gaspar de Vigodet, Capitán General y último defensor del rey en el Río de la Plata, le tocó un mal lote, aun cuando más tarde le sonrió la fortuna.

Encerrado en Montevideo con los últimos restos del ejército español, resistió heroicamente el asedio, el hambre y las pesetas, y cuando ya no le quedó ni flota, ni hombres con que formar un batallón, ni artilleros con que servir las baterías, ni pólvora con que cargar los cañones, ni alimentos con que proveer a sus tropas ni a la población, abrió negociaciones con el enemigo y suscribió la capitulación de 1814 mediante la cual fué entregado el último baluarte de la dominación española en el Río de la Plata bajo garantía de respetarse la vida, el honor y la libertad de los vencidos y la integridad del pabellón. Vigodet salió de Montevideo con su ejército, a banderas desplegadas, con todos los honores de la guerra, al frente de su diezmado ejército, al cual presentaron armas las tropas victoriosas, pero, apenas el General vencedor Don Carlos de Alvear relevó las guardias españolas y cubrió las baterías de la plaza, izó en la ciudadela la bandera de Buenos Aires, desconoció el armisticio, cercó el “caserío de los negros” en el Paso del Molino, donde se había refugiado el ejército español mientras se aprestaban las naves en que debía regresar a España, se apoderó del Mariscal, lo declaró prisionero de guerra y remontó sus escuadrones con los soldados españoles. Inútiles fueron las protestas del Mariscal; se le desposeyó de su espada y se le confinó en la Ciudadela hasta que fué embarcado en un buque inglés con destino a Río de Janeiro. Allí denunció públicamente el desconocimiento hecho por el General Alvear de la palabra empeñada y del pacto suscripto y protestó contra la afrenta personal de que había sido objeto.

Las Cortes de Río de Janeiro y Madrid fueron propicias al valeroso mariscal; el rey de España recompensó los servicios del último Capitán General de las Provincias Unidas del Río de la Plata y le confió la difícil misión, en compañía del Cardenal Arzobispo de Toledo, de ajustar los esponsales de las Infantas de Braganza Doña María Isabel y Doña Francisca de Asís con el propio rey y el infante Don Carlos.

Menos afortunados que Vigodet fueron los Brigadieres Soria, del Pozo, Lecoq y Orduña, quienes permanecieron en Montevideo desposeídos de grados y honores, olvidados, convertidos en modestos vecinos de la ciudad y viviendo de re-

cuerdos y de marchitas esperanzas, hasta que lesegó la muerte sin que el nuevo régimen, que jamás llegaron a comprender, los hubiera sacado de la oscuridad.

Y siquiera estos vivieron, aunque en la pobreza, sin temor y sin sobresaltos, como que peor fué el lote que tocó a Don Antonio Garfias, magnate de la pequeña Corte de Buenos Aires, secretario y consejero del Virreinato, privado y brazo derecho del Marqués de Sobremonte, secretario y ministro del Mariscal Vigodet en Montevideo, desposeído de la noche a la mañana de honores, dignidades y prebendas y arrojado a la incierta proscripción. Refugiado en Río de Janeiro después del armisticio de 1814, sufrió en carne propia las torturas del régimen caído: los sueldos y subvenciones que no llegan, las joyas sacrificadas a la usura, los vestidos que se marchitan y descoloran, los zapatos que amenazan ruina, el hambre que alarga los rostros, la miseria que cierra las puertas y cancela las amistades.

El año 17, perdidas ya las últimas esperanzas de restauración del virreinato, decidió embarcarse con destino a España. “Estoy, amigo mío, resuelto, escribió a Don Francisco Juanicó, prócer de Montevideo y paño de lágrimas de los funcionarios reales desposeídos, a hacer mi viaje a España, a pesar de mi estado indigentísimo. A esta resolución me ha movido: 1.º no poder sufrir este temperamento; 2.º la imposibilidad de pasar a mi país y a ése por motivos que Vd. no ignora; 3.º la fundada esperanza que llevo de que el rey recompense mi suma lealtad y antiguos desinteresados servicios; 4.º la seguridad, según me escribe mi agente, de que se renueve la real orden que se libró a mi familia el año de 13, para que se me paguen todos mis sueldos vencidos hasta el año 4, de los fondos de la tesorería de Lima, a razón de tres mil pesos al año, nombrando desde Madrid un apoderado de confianza residente en aquella capital que se encargue de la recaudación y remesa de estos créditos; 5.º la generosa oferta de nuestro encargado de facilitarme pasaje de balde, y la de nuestro Larramendi de socorrerme en Madrid con un peso diario, mientras consigo medios de sostenerme, sin necesidad de aquél auxilio; y 6.º la seguridad con que cuento un cuarto y plato de comida en Madrid, en las casas de mis íntimas ami-

gas las señoras de Acevedo, y de la madre de Garibay, que me ha hecho esta oferta en varias de sus cartas, y la del Marqués de Sobremonte, cuyas hijas principalmente, estoy cierto partirán un pan que tengan conmigo." Más adelante agrega estas palabras que debieron poner en conflicto su orgullo de hidalgo de vieja cepa: "Para los costos de mi rancho desde Lisboa a Madrid, y hacerme un fraque y demás ropa muy precisa (pues estoy poco menos que desnudo), haré uso de la generosa oferta de usted y de nuestro amigo Don Juan Ventura Vidal, si llego a encontrar una persona que quiera darme los doscientos pesos de que usted me habla, librándolos contra ustedes".

Quince días después Garfias agrega nuevos datos acerca de su indigencia: "Por mediación de nuestro encargado ha dispuesto Su Majestad Fidelísima que el Capitán del bergantín "Lusitano" me lleve de gracia. En dicho buque va también, como dije a usted, la familia de la finada marquesa. No he tenido ni tengo, amigo mío, valor —agrega— para hablar al señor Barros ni a Lizaur, por los doscientos pesos que usted y el amigo Don Juan Ventura, se sirvieron ofrecerme en clase de nuevo suplemento. En este concepto, espero de la bondad de ambos libren a mi favor la misma cantidad contra algún comerciante de Cádiz, o de cualquier otro punto de España, advirtiendo que mi residencia es Madrid, y que darán noticia donde vivo, las señoras de Acevedo, o el marqués de Sobremonte, o don Francisco Garibay, agente de negocios de Indias. Como me consta el particular interés que usted se ha tomado y toma en aliviar mi triste situación y que no puede ignorar la necesidad que tendré de este recurso en Madrid, excuso hacer a usted más instancias en el particular".

¿Llegó el anciano hidalgo a la Corte de España? ¿Premió el rey sus servicios y su lealtad a la monarquía? ¿Volvió nuevamente a discurrir bajo los artonados de palacio y a platicar con príncipes y magnates? Esa es la interrogación que la historia anecdótica de las antiguas colonias formula respecto de muchos preladados, virreyes, gobernadores, dignatarios y ministros, que la ola de la democracia sudamericana devolvió a las playas de Europa y cuyos nombres se perdieron en la vorágine de las revoluciones de la Península.



Don Martín de Alzaga, figura representativa de la sociedad civil colonial, mercader y señor orgulloso de su rancio linaje y de su condición de español, prototipo del *rico home*, alma recia y templada que jamás transó con el nuevo régimen, corrió el más dramático destino. La Revolución tenía con él graves cuentas pendientes. Él había sido el inexorable Alcalde de 1795 que dió tormento en Buenos Aires a los complicados en la conspiración llamada "de los franceses" y en esa ocasión se procuró el bárbaro placer de presenciar el suplicio. Él había sido la cabeza visible de la resistencia a los revolucionarios que antes de Mayo pretendieron coronar a la Princesa Carlota en Buenos Aires; él y Elío fueron los caudillos que combatieron a Liniers y fué el caudillo civil de la asonada del 1.º de enero de 1809 contra el virrey reconquistador. Después de instalada la Junta revolucionaria no dejó de conspirar y de soñar con la restauración virreynal. Estos sueños le llevaron al cadalso. Antes de mediar 1812, el fiero peninsular tenía organizada una vasta conspiración en la que participaban numerosos españoles de Buenos Aires y Montevideo, fuerzas militares de la Capital, la flota del rey y el ejército portugués que ocupaba la Banda Oriental.

Delatada la conspiración en el momento en que iba a estallar en Buenos Aires, el gobierno revolucionario compuesto por los triunviros Chiclana, Pueyrredón y Rivadavia procedió inexorablemente. Instaló cinco tribunales de salud pública en los cuarteles de la ciudad, hizo levantar horea en la plaza de la Victoria, abrió registro de delaciones y entregó los conjurados a los jueces, uno por uno, a medida que iban siendo denunciados. El procedimiento era breve y sumario y la pena sin remisión. Comprobada la intervención de los acusados en la conspiración, por confesión propia o prueba testimonial, se les condenaba a ser arcabuceados en el acto y los cadáveres eran suspendidos de la horea.

El terror cayó sobre Buenos Aires; la antigua sociedad colonial se vió amenazada en sus más venerables cabezas; los

más esclarecidos padres de familia de la rancia cepa española se hallaron frente al sangriento patíbulo. Cuarenta días duraron las ejecuciones y durante ellos los cadáveres de los ajusticiados pendieron de la horca en el corazón de la Capital. Cuarenta y un reos acusados de traición a la patria subieron al cadalso sin que pudieran salvarlos el carácter sacerdotal, la posición social, la fortuna o los antiguos servicios prestados a la ciudad.

El jefe y director de la conspiración Don Martín de Alzaga, que a la sazón tenía más de sesenta años y era padre de catorce hijos, se sustrajo misteriosamente durante varios días a sus verdugos. Oculto en seguro lugar, emprendió luego una dramática odisea nocturna. Huésped de varios hogares amigos donde, para esquivar a sus perseguidores, se presentaba de improviso en busca de asilo, cuenta un historiador que cierta noche penetró insólitamente en la capilla de Santa Lucía donde dos sacerdotes rezaban el oficio. El prófugo colocó sobre una mesa dos pistolas y un puñal que llevaba ocultos debajo de la capa y dándose a conocer dijo que pasaría la noche a fin de burlar a sus perseguidores. De madrugada pidió a uno de los clérigos le oyera en confesión, y hecho ésto se refugió en el Hospicio, donde su principal cómplice, Fray José de las Animas, le procuró escondite. Pasó de allí a otros refugios hasta que su presencia en casa de Doña Rosa Rivero fué delatada. Sorprendido al rayar la madrugada, los esbirros le condujeron ante el Tribunal, el cual le juzgó sumariamente y le mandó fusilar en el acto. Antes de medio día el cadáver del antiguo Alcalde de Buenos Aires pendía de la horca de la plaza Victoria.

Así concluyó este intrépido defensor del rey, a quién Don Vicente Fidel López llamó el último representante encoquetado que tuvieron en Buenos Aires los tres siglos del régimen colonial.





Hay una recia y melancólica figura que es la que cierra esta galería; para que aparezca sobre el fondo oscuro de la tela hay que sacudir el polvo que el tiempo, las pasiones y la injusticia de los hombres echaron sobre ella, y avivar el indeciso dibujo y los apagados colores como cuando se tiende barniz sobre un óleo antiguo.

Fué todo un gentilhomme Don Javier Elío de Jaureguizar y Olondriz, último Virrey y Capitán General del Río de la Plata. Se ha hablado de su genio díscolo, de su carácter atrabiliario, de su implacable severidad, de su bárbaro absolutismo; pero todo ello estaba más en la época y en los sucesos que en el hombre. Por sobre eso, el último Virrey fué un noble caballero, un valiente soldado y un ejemplo de fiera y altiva lealtad a su rey y señor.

Los historiadores de la Revolución no pudieron canonizar, por cierto, a este bravo defensor del trono y del altar, ya que Elío, a haberlo podido, habría hecho arder todo el Río de la Plata cuando apareció allí la semilla de la rebelión. Mas, fuerza es reconocer que el rudo vascongado, que dijo de sí mismo “nacé militar y me crié entre ellos”, luego de batallar con lustre en las guerras de Europa, hizo proezas en estas tierras, donde guerreó contra los ingleses, recibió de éstos la ciudad de Montevideo, sirvió su gobernación, desconoció la autoridad del virrey Liniers y, ungido caudillo del pueblo, permitió la creación de la primera junta popular de gobierno establecida en el Río de la Plata. Restituído a España, regresó con la áurea investidura de virrey cuando ya la Revolución atravesaba el río y golpeaba la puerta de Montevideo. No se arredró por ello. Intimó a la Junta de Buenos Aires el reconocimiento de su autoridad, y habiéndole sido negado, declaró mediante bando, en nombre del Rey y de la Nación, rebeldes y revolucionarios a los miembros de la Junta y traidores a todos los que la protegiesen con armas o útiles de guerra. Bloqueó en seguida los puertos, destruyó la flota revolucionaria y, con perjuicio de la Infanta Carlota, se ganó la diplomacia inglesa, obligó a Buenos Aires a pedir cuartel y pactó el armisticio. Se aprestaba a reconstruir la unidad del imperio colonial en el Plata, cuando le

llamó la Regencia de España, donde, convertido en campeón del absolutismo y ejecutor de la reacción contra la Carta de 1812, luego de verse acariciado por la gloria militar, la privanza regia y las grandezas de la tierra, halló como epílogo del drama de su inquieta vida el cautiverio y el cadalso.

Había en este trágico personaje madera de héroe medioeval. Ardía en su corazón el fuego de encontradas pasiones, pero, por sobre todo ello, primaba su amor a la Religión, su fidelidad al rey y su rígido concepto del honor y del deber militar. Al Mariscal Vigodet, que en Montevideo pretendió discutir una orden del virrey, le dijo duramente: “No conozco ni más razón ni más regla que obedecer”. A alguien que le señalaba el peligro de la insurrección de la campaña oriental lo interrumpió bruscamente con estas palabras: “Media docena de mis bigotudos bastan para arrollar a cuarenta o cincuenta de ellos”. A los comisionados de la Junta de Buenos Aires que lo eran el Deán Funes, el Dr. José Julián Pérez de Echeluz y el Secretario Dr. Passo que se hallaban a bordo de un barco inglés en la rada exterior de Montevideo sufriendo los embates de una terrible tempestad, les prohibió desembarcar y les hizo decir: “Si no tienen mejores disposiciones han perdido su viaje”. Y anotó en sus memorias sarcónicamente: “Volviéronse sus señorías hartos de vomitar, pues un buen tiempo duro y sus poco marineras tripas, no podían dejar de producir estos efectos”.

No obstante las imputaciones de sus enemigos, muchas de las cuales no están comprobadas, presumió de humano y generoso. Habló siempre con cariño de Montevideo que era la patria de tres de sus hijos, y jamás olvidó a sus “amados montevidéanos”. En 1811 propuso a la Junta de Buenos Aires el canje de prisioneros y como la Junta se desentendió, hizo llamar a su presencia al oficial revolucionario de mayor graduación, le anunció que quedaba con sus compañeros en libertad, y, sin exigirles juramento alguno, les hizo conducir en un buque a Buenos Aires. En sus memorias, escritas en la cárcel de Valencia, consigna que dió libertad a un hermano de Artigas hecho prisionero en acción de guerra. Cuando

Artigas llegó frente a Montevideo, después de la victoria de Las Piedras, convino con el jefe oriental el primer canje de prisioneros realizado en la guerra de la independencia.

Sometido en Valencia a la corte marcial, acusado de alta traición y crimen de lesa nación en razón de haber promulgado como Gobernador y Capitán General de Valencia el real decreto de 4 de mayo de 1814 que abrogó el régimen constitucional, fué absuelto, pero él rechazó la libertad y declaró que permanecería en la prisión mientras no fuera satisfecho su honor ultrajado. Cuando Fernando VII llegó a Valencia, el adusto general hincó la rodilla ante el monarca y puso en las manos del soberano el bastón de mando, y como el rey se lo devolviera en seguida, el gobernador, como los antiguos señores feudales, pidió justicia contra los ultrajes inferidos al ejército y a sus generales.

Privado de la libertad en los últimos años de su vida llenó las horas de la prisión narrando altivamente sus cuitas como los cristianos caballeros cautivos del infiel. “Empiezo a escribir —dice— al principio del tercer año de mi encierro sin comunicación, y más de uno, en el calabozo oscuro de un torreón, en el que por su espesura jamás entra el sol; húmedo, frío y que espanta al que lo vé”. Y cuando la implacable corte marcial le condenó a la pena de muerte en garrote vil, como reo de alta traición y lesa nación, por haber sido coautor de la promulgación del decreto de 4 de mayo, el bravo caballero, al rayar el día 4 de julio de 1822 se acercó al patíbulo, firme el corazón y tranquila la conciencia. “Marchó —dice Fray Juan Parrado— intrépido en medio de las filas, saludando a la tropa con la misma dulzura que siempre acostumbraba, y lejos de inmutarse con la vista del horrendo e injusto patíbulo, él mismo con sus manos, se desnudó el brillante uniforme y todos sus grandes distintivos, para después vestirse la túnica que acostumbran tener en semejantes casos los viles malhechores”.

Escuchó leer la sentencia capital de rodillas, recogidas las manos sobre el pecho, y sus labios en tal ocasión pronunciaron estas sencillas palabras: “Cincuenta y seis años tengo de edad; cuarenta he servido a la patria; he procurado des-

empeñar bien los cargos que me ha conferido; diez años estoy en esta ciudad haciendo oficios de padre; he deseado el bien de todos; y pediré siempre a Dios y a María Santísima de los Desamparados, por Valencia y por todos los valencianos”. De pie junto al instrumento de muerte, paseó la vista por el “campo de la libertad” de Valencia donde se efectuó el terrible suplicio y se despidió del mundo y de los hombres con esta breve oración digna del leal vasallo y del cristiano caballero: “Muero inocente y ruego a Dios que perdone a mis enemigos como yo los perdono. Que sea mi sangre la última vertida en esta tierra de España, que algún día reconocerá la pureza de mis intenciones, repitiendo el grito que expresa mi último voto: ¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión!”

Así murió el último virrey.

\*

\* \*

Como una vez que cesa la tormenta y las encrespadas olas se aquietan las aguas se cierran indiferentes sobre los despojos del naufragio y éstos quedan sepultados en el misterio del mar, cuando la Revolución realizó su obra la sociedad americana recobró la calma y olvidó a las víctimas de la caída del antiguo régimen. La historia exaltó con justicia a los héroes y mártires de la Revolución y consagró para ellos el dictado de “patriotas”; mas, apenas pronunció los nombres de los vencidos; cuando lo hizo, fué para acompañarlos del dictado de “realistas”, signo de vituperio.

Hay que rectificar gramatical y espiritualmente estos vocablos; hacerlo es tributar culto cívico a los gloriosos hijos de la Revolución sin olvidar el honor, la lealtad y el heroísmo de los defensores de la Madre Patria.

# La Catedral de Montevideo y su restauración (1)

**H**E aquí un hecho que ha permanecido casi al margen de la crítica, no obstante su trascendencia estética y social y el interés que ofrece la Catedral de Montevideo para apreciar el proceso del desarrollo histórico de la ciudad. Terminada en su parte esencial esta obra, el Arquitecto D. Rafael Rúa-

---

(1) Montevideo, mayo 7 de 1952.

Sr. Raúl Montero Bustamante.

Mi distinguido amigo:

Acabo de leer con verdadero interés su valioso artículo de la "Revista Nacional" sobre "la Restauración de la Catedral de Montevideo" en el que Ud. ha sabido unir a la perfección y claridad de estilo, característica de sus escritos, esa verificación nada común sobre temas de arquitectura en quienes no practican esta disciplina artística, revelada sin embargo en Ud. siempre al tratarlo, entre otras razones, sin duda, por la de haber sabido poner constantemente en su cultivo tanto fervor.

Su exposición, a la vez convincente alegato en su segunda parte, me da oportunidad para echar mi cuarto a espadas y, en respuesta a su amable envío, decirle a Ud. algo más de lo prometido en los términos de un acuse recibo de agradecimiento.

Vaya en excusa de ello la referencia que Ud. ha tenido a bien hacer de mi modesta opinión, emitida hace más de treinta años, incluyendo dentro de la escuela neo-clásica de Ventura Rodríguez, a nuestra obra capital de arte religioso.

Empezaré por manifestar a Ud. mi acuerdo completo con sus apreciaciones tan fundadas respecto a la influencia preponderante de José del Pozo y Marquy en la construcción de la Matriz y como autor más probable del proyecto ejecutado, si es que no llegó a serlo también, cosa no tan fácil de poder soste-

no ha hecho una interesante exposición acerca de los estudios y trabajos realizados bajo su dirección, y ha publicado ese documento ilustrándolo con hermosos grabados.

En esta exposición el distinguido técnico se refiere al hecho que originó la restauración de la fachada del monumen-

---

nerse, del primitivo, atribuido al brigadier portugués José Custodio de Sáa y Faría. En el curso de esta exposición aparecen los fundamentos de mi modesto aporte a su tesis, no solo al interpretar y amplificar los suyos con razonamientos complementarios sino también al traer a debate otros dentro de un punto de vista diferente, en la esperanza sirva todo ello para consolidar, si cabe, su autorizada opinión en este tema.

No es posible que a fuerza de repetir la atribución de Estrada a Sáa y Faría deducida de los párrafos de la carta de Pérez Castellano, nos cerremos para siempre a aceptar otras pruebas, dignas de considerar seriamente, en pro de la opinión tradicional a favor de Del Pozo. Sin negar a la primera su valor documental atenuemos por lo menos su grado de credibilidad para entrar con la mente libre en la exégesis y obtener así en recompensa, algún día, la verdad histórica integral.

Ante todo debo decir, como base de mi argumentación de orden primordialmente estético, que en toda obra de arte existe una apariencia a ser captada por los sentidos a fin de apreciarla primero y poder luego clasificarla dentro de una época, en una escuela o atribuírla a un autor determinado: desde luego después de prolijo examen. Y así esta deducción tiene fuerza probatoria, no obstante pudiese aparecer al paciente investigador apreciación aventurada. La búsqueda en los archivos, por otra parte, tarde o temprano trae la confirmación de tales asertos basados en la cuidadosa observación. Y aún pecando de inmodestia, voy a traer un ejemplo a cuento en el que me tocó ser actor.

En abril de 1940, visitando por primera vez la magnífica iglesia de Santa Catalina en la reducción jesuítica de la provincia de Córdoba (R. A.) expuse mi discrepancia categórica con la opinión de dos destacados colegas argentinos que la atribuían a Prímoli y a Blanqui, los fecundos autores de tantas obras del siglo XVIII, y entre otras la Catedral de Córdoba y la Iglesia de Alta Gracia, por no mencionar más que las principales en esa región. Afirmé, con profunda convicción que me daba la apariencia de la fachada debidamente observada, que era un ejem-

to; al estudio que realizó *in situ* y en el taller, para lo cual requirió la opinión de otros arquitectos y de eminentes historiadores; consigna las conclusiones de carácter técnico e histórico a que llegó en el curso de ese estudio y expone el proceso del desarrollo y realización de la obra.

---

plar muy selecto de barroco alemán. Así me lo hacía ver su semejanza con las obras erigidas en los Estados católicos del Imperio germánico hacia el 1700 y, sobre todo, su cotejo con la modalidad de la arquitectura de Fischer von Erlag, de Hildebrandt, de Prandtauer que algunos meses antes había tenido que analizar en mis clases de la Facultad.

Poco tiempo después en el prólogo de "Documentos de Arte Argentino" (Cuaderno IX, Estancia Jesuítica de Santa Catalina) redactado por el arquitecto Mario J. Buschiazzo, encuentro mi fundada hipótesis confirmada por tan competente colega. Presumida ya por él en su artículo de la revista "Estudios sobre la Iglesia de San Ignacio de Buenos Aires" (junio de 1938) atribuyéndola a Hermanos Coadjutores alemanes de la Compañía, ésto quita toda importancia a mi aparente descubrimiento, no obstante no ser conocida por mí su valiosa opinión.

Pero tan acertado dictamen, y ésto es lo que me interesa hacer resaltar, es igualmente resultado de la observación directa y estudio comparativo de las características que anota tan experto investigador. En esta ocasión, sin embargo, el arquitecto Buschiazzo tuvo la satisfacción de ver confirmada su tesis por el hallazgo, hecho también por él y transcrito en su prólogo (citas de Casado y Peramás), del nombre del autor: Hermano Antonio Arts o Aarls nacido en alta Baviera. No me resigno a callar que esta región es limítrofe a Austria, centro entonces del Imperio de los Habsburgo, donde el arquitecto jesuita tuvo ocasión de conocer y estudiar, sin duda, las obras de los maestros vieneses antes nombrados, entre ellas la célebre abadía de Melk y que estudiadas en la cátedra, me habían servido para hacer tan decidida afirmación ante colegas, ateniéndose a repetir lo creído hasta poco tiempo antes respecto a la génesis de la iglesia cordobesa.

Eludo otros ejemplos que harían interminable esta exposición, a pesar de poder servir para lograr se aprecie en su verdadero valor este medio de investigación, fase principal de mi alegato a favor de la atribución de la Catedral, sostenida por Ud. siempre, a Del Pozo, como se verá en el desarrollo ulterior

El hecho que dió origen a que se plantease y se ejecutase la restauración de la fachada de la Catedral fué el desprendimiento y caída de una de las volutas del capitel de la

---

dei tema, fundado, principal aunque no exclusivamente, en tal concepto.

Bástame dejar constancia de la aplicación del mismo método por autoridades en la materia tales como los arquitectos argentinos Martín Noël y Angel Guido. Fueron ellos los primeros en sacar con toda valentía conclusiones, al parecer apriorísticas, que abrieron la ruta a sus seguidores, estableciendo analogías entre lo vernáculo y lo de la Metrópolis Ibérica, ordenando las clasificaciones iniciales y llegando a resultados que la crítica erudita y los trabajos de seminario, por ellos mismos organizados en sus cátedras, corroboraron en multitud de casos.

Es el método lógico por lo demás, seguido entre arquitectos y aplicado entre nosotros por Juan Giuria nuestro destacado maestro de Historia de Arquitectura de tan reconocida competencia demostrada en sus numerosas publicaciones. Dicho sea sin que ésto implique desconocer el valor y estudio de otros procedimientos de investigación como el de la búsqueda y estudio de los documentos comprobatorios, escritos o gráficos, en archivos y en bibliotecas, la que ha de tener siempre como norte, para su acierto y eficacia, en lo que dice referencia a estos tópicos, el conocimiento de las bellas artes y sus características a través de la historia.

Con este preámbulo de longitud desusada, en la que he puesto a prueba su benevolencia para conmigo, termino anunciándole para dentro de unos días el desarrollo de una tesis ya esbozada concorde con la de Ud a favor de la atribución de la Catedral a Del Pozo, acompañada de los fundamentos aducidos como la prueba dentro del punto de vista de la técnica estética, pero también, y espero ésto será halagüeño para Ud., con los propios datos consignados en su valioso estudio, si bien analizados en otros aspectos, y agregando a ellos alguno nuevo para el logro de una más arraigada convicción frente a la atribución a otros técnicos, (aparte de Saa y Faria, a quien solamente podría atribuirse el primer proyecto de inicial realización atendidos siempre a la cita de Estrada) a los que sólo cupo una misión de contralor o de consejo en razón de los importantes cargos que asumieron en la administración del Real Patrimonio.

Lo saluda con su mayor aprecio su siempre afmo. y S. S.

ELZEARIO BOIX.



columna central izquierda del grupo que sostiene el motivo principal del pórtico, hecho que ocurrió la mañana del 8 de mayo de 1941. Requeridos los servicios profesionales del Arquitecto Ruano con el objeto de que fuese reparado el desperfecto, el examen que hizo este técnico del paramento exterior del templo le llevó a la conclusión de que su estado constituía un peligro para los viandantes y exigía una inmediata consolidación general de los revoques. Aceptada esta solución, y profundizado que fué el examen y estudio de la fachada, surgieron problemas inesperados, unos de carácter puramente técnico, otros de carácter artístico e histórico. Procedían estos problemas, como veremos más adelante, de la constatación del hecho de que el monumento fué comenzado a construir sobre un plano que, cuando ya estaba levantada parte de la fábrica, fué sustituido por otro. Esta sustitución de planos obligó a picar perfiles, resaltos y cornisas que estaban ya determinados en el rústico de ladrillo y rectificar proporciones, pues el nuevo partido de fachada modificó la economía general del primitivo proyecto y, sobre todo, el concepto arquitectónico a que éste obedecía. Esta reforma de fachada debe haber alcanzado también al interior de templo, pues de otra manera no se explicaría la unidad de concepción que existe en el monumento. Tampoco se dió cabal terminación en aquella época al segundo partido de fachada, como no se logró dar fin a las obras del interior de la fábrica. Los muros quedaron sin revocar, pero se terminaron en el rústico de ladrillo los volúmenes y perfiles de las pilastras, columnas, capiteles y entablamentos, así como los elementos ornamentales.

\*  
\* \*

La fachada de la Iglesia Matriz en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX la conocemos por la copiosa iconografía formada por dibujos, grabados y otras piezas gráficas, entre las cuales se halla una lámina publicada en 1840 en el periódico "El Talismán", que es, acaso, la más fehaciente, pues

parece que el dibujante utilizó para grabar la piedra litográfica el daguerrotipo que el Abate Comte tomó en la mañana del 29 de febrero de 1840, desde la Sala de Representantes, es decir, el Cabildo, en presencia de miembros de los Poderes del Estado, entre los que se hallaba el Dr. D. Teodoro Miguel Vilardebó, que escribió el relato del hecho y, al referirse a la prueba obtenida, consignó que el operador “ofreció a la admiración de los circunstantes una hermosísima lámina que representaba el frontispicio de nuestra iglesia principal, en la cual desgraciadamente por la demasiada proximidad en que estaba colocado el aparato, las reducidas dimensiones de la lámina, sobre todo, por la elevación de las torres, aparecieron éstas como truncas en su cúspide; proyectándose en el fondo del cuadro, y allá a lo lejos, el ancho y caudaloso Río de la Plata, formando horizonte, y muy distinta la fragata francesa “Atalante”, contrastando singularmente sus diminutas proporciones con la majestuosa mole del templo”. Y agrega todavía estas palabras que despiertan la curiosidad del investigador y el deseo de examinar el original del daguerrotipo que, infelizmente, se llevó al Abate Comte: “No es posible que ningún artista por hábil que fuese, sacase una copia más exacta de aquel monumento, aunque consagrarse a esta tarea mucho tiempo y trabajo. Pero a primera vista no hubiera sido fácil penetrarse de lo portentoso del cuadro; la admiración subió de punto, cuando se examinó con una lente de aumento, y se vieron detalles y particularidades que habían escapado a la simple vista, y que parecía imposible pudiesen hallarse en una estampa tan pequeña, porque cuanto mejor es el vidrio de aumento que se emplea para observar esta clase de cuadros, más pormenores, más circunstancias accidentales se descubren”.

En esta lámina, como en las demás que se conocen, aparece la fachada de la Iglesia Matriz sin revocar, formada por dos órdenes arquitectónicos clásicos, superpuestos, de los que forman parte los dos cuerpos inferiores de las torres. Estos órdenes abarcan el ancho total de la fábrica y sobre ellos avanza el motivo central del pórtico, formado por dos pares de columnas monumentales de orden jónico que sostienen el arco

rebajado y segmentado que corona la fachada. Este motivo central sobrepasa en altura los dos órdenes, pues la cornisa inferior del mismo articula con la del orden superior de la fachada y el arco se proyecta sobre el ático o pretil en que termina el cuerpo de la fábrica. El pórtico tiene la misma disposición actual.

La terminación de la fachada del templo sólo se realizó ya salvada la primera mitad del siglo XIX, cuando fué confiada la obra de revocar aquélla al Arquitecto italiano Bernardo Poncini. Este notable técnico estudió el monumento y formuló un proyecto en que, conservando la economía general de la fachada ejecutada en rústico, en lo que se refiere a la proporción de las masas y la disposición de los elementos, introdujo un nuevo partido monumental y un discreto sentido decorativo con que quiso dar mayor riqueza al hermoso templo.

Para lograr este partido el Arquitecto Poncini eliminó los dos órdenes arquitectónicos superpuestos, aunque conservó una cornisa para recordarlos, independizó los cuerpos inferiores de las torres y estableció un solo orden monumental de estilo corintio, que cubría el ancho de las tres naves del templo, determinado por dos pilastras estriadas laterales, adosadas al paramento, junto a la línea interior de los cuerpos inferiores de las torres, y que, con el doble juego de columnas del motivo central del pórtico, sostenían el entablamento monumental, adherido éste, con escaso relieve, al paramento general, y aparentemente destacado el todo, del plano de las torres.

Este proyecto fué aceptado y se llevó a ejecución bajo la dirección del técnico italiano, que lo hizo con verdadera maestría. Logró éste, como resultado, un partido monumental de innegable majestad y grandeza, enriquecido con elementos decorativos tales como el bajorrelieve del motivo central del pórtico, la graciosa greca del friso, los motivos escultóricos del reloj y de la abertura aparente simétrica indicada en la torre de la derecha, el comentario ornamental de la vidriera circular del centro y de los triángulos de la arquería del pórtico, la moldura con que mantuvo en el paramento el recuer-

do de los dos órdenes superpuestos del proyecto anterior, las chambranas de las aberturas frontales y los sillares aparentes, en relieve, que determinaban los ángulos de los cuerpos inferiores de las torres.

En el año 1905, inmediatamente después de la celebración del centenario de la consagración de la Iglesia Matriz, con el objeto de reparar las injurias que los años transcurridos habían inferido a la fachada del monumento, fué confiada al Arquitecto Antonio Llambias de Olivar, profesional de singular cultura y de tradición netamente hispánica, la obra de rehacer el revoque de la misma. Este técnico, dentro de los limitados recursos que se pusieron a su disposición, estudió la obra que debía realizar y resolvió mantener en su integridad la fachada de Poncini, respetándola en todos sus detalles, sin más modificación que la supresión de dos aberturas aparentes que el arquitecto italiano había trazado en el segundo cuerpo de las torres. La obra de revoque de la fachada fué realizada dentro de este concepto y, tal como la concluyó el Arquitecto Llambias de Olivar, se mantuvo hasta que se ejecutó la reforma de fachada que acaba de terminar el Arquitecto Ruano, que ha sido fruto, como hemos dicho, del prolijo y meditado estudio realizado por este notable técnico, con la cooperación o asesoramiento a que nos hemos referido.

La fachada terminada por Poncini, así como los demás miembros del templo, han sido objeto, durante el largo lapso de tiempo, que va de 1859 a 1949 del elogio de muchos viajeros que reputaron la Iglesia Matriz de Montevideo como uno de los más bellos templos del Continente, sino por su magnitud y opulencia, sí por la pureza de sus líneas y la armonía de sus proporciones.

No obstante, la obra del Arquitecto Poncini determinó en la estructura de la fachada del templo defectos puestos de manifiesto por el Arquitecto Ruano, originados por la necesidad en que se halló el técnico italiano de crear, sobre el rústico primitivo, falsos planos destinados a recibir las modificaciones del nuevo partido monumental. Estos defectos, con el correr del tiempo, se tradujeron en peligros señalados por el actual restaurador. Las pilastras monumentales, construídas por el Arquitecto Poncini para sustituir los dos órdenes

superpuestos de la antigua fachada, lo fueron a cambio de la falta de plomo total en los muros a que aparecían adosadas, hecho que motivó cuatro salientes de distintas dimensiones en el recorrido vertical, como lo comprobó el técnico nombrado. Además, esas pilastras, y las bases que las sostenían, no fueron cimentadas sino adheridas simplemente al paramento. Verdad es que el material empleado por el Arquitecto Poncini fué excelente, y que a él agregó un original sistema de armadura interior de hierro formado por escarpas, garfios y planchuelas, con que logró la adhesión a los muros de los nuevos perfiles, cornisas y pilastras, sistema que empleó también para convertir en capiteles corintios los primitivos capiteles jónicos de las columnas del pórtico, que fueron labrados en piedra extraída del Cerro, según lo afirmó D. Dámaso A. Larrañaga. Pero la acción de los elementos naturales, en el correr del tiempo, destruyó la solidez del material empleado y causó su ruina.

El Arquitecto Ruano se planteó primero el problema de si debía ajustar su obra de restauración a lo que de sí ofrecía exteriormente la fachada que la tradición de casi un siglo había consagrado; pero, las reservas de orden técnico eran tan graves, y de tal manera se impusieron cuando se realizaron diversas exploraciones en los paramentos para determinar la razón de los defectos constructivos, que fué necesario reconocer y aceptar la necesidad de rectificar la obra del Arquitecto Poncini.

Tales exploraciones llevaron más lejos el problema. Debajo de los revoques, falsos paramentos y perfiles apareció, como ya hemos dicho, el rústico verdadero, y en él, el trazado y ejecución de una fachada distinta de la conocida que, por razones que el arquitecto y los asesores desconocen, fué modificada cuando la construcción de la fábrica del templo estaba ya muy adelantada.

Se procedió, pues, a desprender los revoques y falsos perfiles de la fachada, incluso los sobrepuestos de cornisas y capiteles, todo lo cual amenazaba ruina, y aparecieron entonces, picados en el rústico de ladrillo, los elementos del primitivo partido de fachada. cuyos planos, que son los ori-

ginarios de la Iglesia Matriz, no han sido hallados hasta el presente.

Consistía este primer proyecto, que fué comenzado a ejecutar y luego rectificado esencialmente picando las cornisas y perfiles, en un gran tímpano avanzado que cubría el ancho de las tres naves del templo, cuya cornisa inferior y los demás elementos del entablamento debían apoyarse, según lo presume el Arquitecto Ruano, en dobles columnas de orden dórico que formaban el partido inferior de la fachada. El tímpano se desarrollaba sobre un partido superior, formado por un amplio paramento, cruzado a ambos lados, oblicuamente, en forma de rampa, por la cornisa del tímpano, y coronado por un cornisamento en forma de ático o pretil que articulaba el cuerpo de la iglesia con las torres, y se apoyaba en las pilastras que determinaban los ángulos interior y exterior de éstas. El tímpano avanzaba, en un segundo plano, sobre el paramento del cuerpo superior de las torres, y era interrumpido, en el centro, por el motivo principal del pórtico, cuyas líneas generales parece que correspondían a las que han prevalecido hasta el presente y que formaba un tercer plano monumental avanzado.

Esta fachada primitiva está documentada, no solamente por las huellas del tímpano que aparecieron en el rústico de ladrillo puesto al descubierto por el Arquitecto Ruano, sino, también, por una lámina trazada por Fernando Branvila, dibujante de la expedición Malespina la cual, según el Padre Guillermo Furlong S. J., reproduce la "Vista de la ciudad de Montevideo desde la Aguada" y cuyo original, informa el mismo autor, se encuentra en el Depósito Hidrográfico de Madrid, donde lo halló el Sr. Alejo González Garaño que obtuvo de ella varias fotografías. Lo curioso es que esta lámina corresponde al año 1794, época en que los muros de la Iglesia Matriz afloraban apenas del suelo y, sin embargo, aparece en ella el templo terminado y en todo el esplendor de su arquitectura, lo que hace suponer al Padre Furlong que el autor de la lámina tomó de los planos primitivos originales este detalle de su dibujo para completar su composición ideal.

Volviendo a la obra del Arquitecto Ruano digamos que éste, luego de meditado estudio, rechazó, con muy buen sentido, el pensamiento de restablecer el primitivo partido de fachada que acusaba el rústico del monumento, que se advertía en la lámina de Branvila, y desechó también la solución de restablecer el segundo partido de fachada, que fué el construído y terminado en rústico.

El primer partido, tuvo sólo principio de realización y como lo reconoce el Arquitecto Ruano fué “dejado de lado completamente”. No llegó naturalmente a identificarse con la tradición de la ciudad. Estaba constituido, a estar a la reconstrucción ideal del Arquitecto Ruano, por los elementos a que ya nos hemos referido, de los cuales eran motivos fundamentales el gran tímpano que gravitaba sobre los tres arcos del pórtico que cubría todo el ancho de las tres naves del templo, y apoyaba sus extremos en dos pares de pilastras, y el pórtico monumental avanzado que interrumpía el desarrollo de aquél. Esta reconstrucción ideal omite naturalmente todo motivo ornamental; pero si este proyecto de fachada fuera naturalmente como se ha afirmado, de origen portugués, no faltarían en él seguramente elementos de la profusa flora arquitectónica lusitana. La austeridad y nobleza que el Arquitecto Ruano ha impreso a esta reconstrucción ideal no logra, sin embargo, borrar la sensación de encogimiento que da el cuerpo de la fábrica sobre el cual se proyecta el motivo monumental del pórtico.

En cuanto al segundo partido, no habiendo sido revocada la fachada, tampoco pudo la población apreciar sus detalles, y sí sólo la proporción de las masas y la pureza de las líneas, todo lo cual fué respetado por el Arquitecto Poncini al establecer su fachada.

Abandonado, pues, lo que puede llamarse proyecto primitivo, y desechada también la idea de restablecer el segundo partido de fachada, el Arquitecto Ruano optó por atenerse al partido monumental del Arquitecto Poncini, pero, corrigiendo los defectos técnicos y constructivos y restableciendo o suprimiendo elementos arquitectónicos que el técnico italiano había sustituido o agregado. El restaurador hizo des-



aparecer los falsos planos del paramento; las pilastras laterales de orden corintio del partido monumental fueron definidas en el plano que correspondía y convertidas en elementos de orden jónico, eliminando el estriado y coronándolas con capiteles de ese orden; las columnas del frontón monumental, que eran también de orden corintio, fueron desposeídas del estriado y se restablecieron en ellas los capiteles jónicos primitivos. La parte ornamental de la fachada fué también sometida a severa simplificación. El restaurador eliminó los sillares aparentes en resalte que decoraban los dos cuerpos inferiores de las torres, y tenían, sin duda, por objeto, encuadrar y dar mayor realce al partido monumental, la greca del entablamento, el ornato de la cornisa inferior, los comentarios ornamentales de las aberturas y los motivos escultóricos que hacían custodia al reloj y a la abertura aparente, simétrica, que hay en la otra torre. Las estatuas que coronaban el ático fueron sustituidas, dándoles mayor grandiosidad y movimiento, y se acordó mayor valor a los ángeles orantes que coronan los extremos del partido central, a fin de dar a éste más definida articulación con las torres y compensar la disminución de altura introducida por el arquitecto Ruano en el ático o pretil, con el objeto de destacar más el frontón curvo y lograr mayor visibilidad para la cúpula. Además el restaurador puso al descubierto los sillares de piedra martellinada que forman los basamentos de las columnas y pilastras.

Toda esta obra ha sido inspirada en un meditado concepto arquitectónico y ha obedecido a una definida orientación. El restaurador ha procurado respetar los elementos esenciales del monumento, dentro del más severo estilo neoclásico español, acusando el sentido austero y frío de éste, y rechazando todas aquellas sugerencias de origen barroco que el arquitecto italiano introdujo en la fachada y que, no obstante su falta de casticismo, varias generaciones identificaron con el bellísimo templo.

Naturalmente el Arquitecto Ruano luchó, especialmente en la ejecución de los perfiles de las cornisas y resaltes, con la rigidez de las líneas geométricas en que sólo intervie-



nen el compás y la escuadra, dándose así, una vez más, el hecho que se produce en las restauraciones modernas, esto es, que los medios mecánicos eliminan en su parte más expresiva, la artesanía, que transformaba la mano del obrero en el mejor instrumento de ejecución.

Sin que esto implique una crítica de la obra de restauración del Arquitecto Ruano, nos atrevemos a consignar que la restauración de un monumento arquitectónico secular no puede ni debe dejar de tomar en cuenta y conservar aquellos elementos que no existieron en la concepción primitiva, pero que agregaron las épocas posteriores a esa concepción, siempre que esos elementos sean, además, expresión respetable de esas épocas, o de un momento histórico, o de una manera o concepto personal, y hayan sido consagrados por la tradición. Poblado está el mundo de ejemplos de esa naturaleza. Muchas catedrales son historia viva de los siglos que han pasado sobre ellas y que en sus piedras han dejado huella indeleble. Este concepto fué religiosamente respetado por Violet le Duc, el gran restaurador francés, que, no obstante su pasión por el estilo ojival, defendió y mantuvo, cuando eran respetables, los elementos que el renacimiento y las escuelas de arquitectura de él derivadas, agregaron a las venerables fábricas góticas.

Las restauraciones estrictas ponen muchas veces en conflicto el sentimiento tradicional; quienes conocimos la Catedral desde la infancia, con los elementos que a ella agregó Poncini, nos habíamos habituado a mirar éstos con afecto, como cosa propia, y, por lo tanto, fuerza es que ahora los echemos de menos. No ha de pasar esto con las nuevas generaciones, pues se habituarán a la austera restauración que acaba de ser concluída y, sobre todo, tendrán sobre nosotros el privilegio de contemplar el templo tocado ya por la pátina del tiempo y desposeído de la rigidez que da a sus aristas el revoque recién impuesto y sometido a la acción mecánica del molde.

Mas, estas razones de orden subjetivo nada tienen que ver con la trascendencia de la restauración de la Catedral. La ciudad tendrá que agradecer al Arquitecto Ruano la con-

ciencia profesional, el arte, la sabiduría y el talento con que ha realizado su difícil obra. No se debe olvidar tampoco la intrepidez con que ha procedido porque, como él lo confiesa, fué grande su inquietud y mayor su responsabilidad al “tocar” una obra arquitectónica, singular en nuestra ciudad, la más consubstanciada con Montevideo. Graves y difíciles han sido los problemas resueltos, y grave también la responsabilidad que su solución arrojaba sobre la conciencia técnica del profesional y sobre la conciencia cívica del hombre que hace culto de las tradiciones de su ciudad.



Quedan, sin embargo, frente al hecho de la restauración de la fachada de la Catedral, algunas incógnitas de carácter histórico por resolver, aunque en parte principal se han dado por resueltas. ¿Quién fué el técnico que proyectó los primitivos planos de la Iglesia Matriz de Montevideo? ¿Dónde están esos planos? ¿Por qué no se ejecutó el proyecto dentro de los elementos que han sido descubiertos debajo del revoque de la Catedral y que se reproducen en el llamado dibujo de Branvila? ¿Quién fué el autor de la reforma del primitivo proyecto?

Durante muchos años todo se ignoró respecto a los planos de la Catedral de Montevideo y se repitieron acerca de su origen las más peregrinas versiones, que no es ahora del caso consignar, como tampoco hay por qué referirse a atribuciones puramente deductivas o antojadizas.

La primera versión apoyada en testimonios documentales fué la que hizo conocer el Presbítero Dr. D. Lorenzo A. Pons, Historiógrafo de la Arquidiócesis de Montevideo, en la bella oración que pronunció desde la cátedra de la Basílica Metropolitana el día 24 de octubre de 1904 con motivo de la solemnidad religiosa con que fué celebrado el centenario de la consagración de la Iglesia Matriz por el Obispo de Buenos Aires Illmo. Sr. D. Benito Lué y Riega, el mismo día del año 1804. Afirmó el Dr. Pons en aquella solemne oca-

sión, que el autor de los planos del templo fué el Ingeniero Extraordinario de los Reales Ejércitos D. José del Pozo, a quien el Cura Vicario de Montevideo D. Juan José Ortiz confió la misión de trazar “el Plano, Prospecto y Perfil de la nueva Iglesia”.

En un artículo publicado el año 1909 en la “Revista Histórica de la Universidad”, (tomo II, pág. 453) quien esto escribe repitió la versión del Presbítero Pons, y dió el verdadero nombre del técnico, que es D. José del Pozo y Marquy, que luego fué Brigadier de los Reales Ejércitos, y agregó el dato del cargo que entonces ejercía en Montevideo, que era el de Jefe del Detall, y se refirió también a su patria y origen.

Algunos años después, el historiador Dardo Estrada publicó en la edición de “Diario del Plata” de Montevideo de 16 de julio de 1915, un artículo titulado “Los planos de la Catedral de Montevideo”, en el cual hizo mención de la carta dirigida por el Prebítero D. José Manuel Pérez Castellano, el año 1787, a su antiguo maestro jesuíta de latinidad que residía en Italia, en que, al referirse a la vieja Iglesia Matriz, que se arruinó poco después, le decía:

“Ha tres años que un Brigadier de Ingenieros portugués que está en el servicio de España, y lo está por ser muy hábil, levantó un plano de una hermosa Iglesia de tres naves para la Matriz; se remitió al Excmo. Sr. Marqués de Loreto, Virrey actual y a la Junta de Real Hacienda para su aprobación, y se espera con ansia para empezar la Iglesia que hace notable falta, porque la que hay no es capaz de admitir la sexta parte del pueblo, ni de resistir más al tiempo que la tiene muy cansada”. Agregaba el Sr. Estrada que en aquella época no existía en Buenos Aires otro Brigadier portugués al servicio de España, como no fuera el de Ingenieros José Custodio de Saa y Faría, de quien dió algunas precisiones biográficas, especialmente de carácter militar. En lo que se refiere a la técnica arquitectónica solamente invocó su intervención en las reformas de la Catedral de Buenos Aires y la opinión vertida en un expediente administrativo sobre la construcción de la Casa de Tabacos, en el cual se dice, con referencia a Saa

y Faría, que “le asiste la mayor inteligencia en toda clase de edificios”. El Sr. Estrada no llegó a afirmar definitivamente que el Brigadier de Saa y Faría fuese el autor de los planos de la Iglesia Matriz.

El Padre Guillermo Furlong Cárdiff, S. J., en un erudito y extenso estudio titulado “La Catedral de Montevideo (1724-1930)” publicado en la Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología” (tomo VI, pág. 5) Montevideo, 1932, al considerar la incógnita del autor de los planos de la Catedral, luego de mencionar las atribuciones a que nos hemos referido, reeditó la referencia del Presbítero Pérez Castellano, señalada por el Sr. Estrada, y aun cuando no llegó a afirmar tampoco que el Brigadier de Saa y Faría fuera el autor de los planos, se inclinó a aceptar su paternidad, aunque con reservas, y sin rechazar en absoluto la posible paternidad de D. José del Pozo y Marquy, a quien reconoció parte principal en las obras de la Iglesia Matriz.

Esta es la ocasión de consignar que el Padre Furlong, que es un sagaz y erudito investigador, al referirse a la atribución hecha por el Dr. Pons y por quien esto escribe, no obstante su perspicacia en el estudio de documentos y textos, no advirtió que el error de un cajista había transformado, en el artículo a que hemos hecho referencia, la fecha 1785 en 1775 y, sobre ese error, fundamentó y desarrolló una rectificación que le llevó a decir que, de aceptarse esa fecha, evidentemente equivocada, del Pozo habría proyectado los planos de la Catedral cuando sólo tenía 23 años, y en época muy anterior a su presencia y a la del Presbítero Ortiz en Montevideo. Los errores de imprenta, que son tan comunes, se vuelven contra el Padre Furlong en su reciente libro “Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica”, que trata precisamente de esta misma materia, pues sin hacer caudal del error contenido en la página 143, y salvado por el autor en la fe de erratas, según el cual la Iglesia de Soriano, que es del siglo XVIII, sería del siglo XVII, llama, en cambio, la atención que en él estampe que la Iglesia Matriz se empezó a construir en 1798 (pág. 247), siendo así que la piedra fundamental fué colocada en 1790; que la famosa lámina de Branvila fué dibujada en 1784 (pág. 248),

es decir antes de ser trazados los planos de la Matriz; que la Iglesia de Maldonado se comenzó a construir “en la postrera década del siglo XVII” (pág. 253) y lo reitera en la misma página en que, sin embargo, dice que se comenzó a construir en 1796; que la Iglesia del Convento de San Bernardino de Sena de la Orden Seráfica se demolió para levantar en el solar “el Banco de Comercio”, siendo así que lo que se edificó en ese solar fué la Bolsa de Comercio; errores, sin duda, todos ellos, de imprenta, que nuestra buena voluntad salva, aunque no llega a salvar otro, que es el de ubicar la primera capilla levantada por los Padres Jesuítas en Montevideo, que la sitúa en la esquina de las calles Piedras y Zabala, es decir en el convento franciscano, o sea en la manzana que ocupa hoy el Banco de la República, siendo así que lo estaba en la calle Piedras entre Misiones y Zabala, según lo demuestran los antiguos planos de la ciudad.

En la reciente obra del Padre Furlong a que nos hemos referido, el eminente historiógrafo atribuye definitivamente los planos de la Catedral al Ingeniero portugués D. Custodio de Saa y Faría, y elimina hasta la colaboración en esa obra del Brigadier español D. José del Pozo y Marquy.

Hecha esta breve digresión, tomemos ahora en cuenta la pregunta que en el notable estudio sobre la Iglesia Matriz de Montevideo formula el Padre Furlong con estas palabras: “¿de dónde, pues, sacaría el Presbítero Pons el dato de haber sido del Pozo el autor de los planos?”. Nosotros estamos en condiciones de contestar esa pregunta con toda precisión, puesto que tuvimos participación directa en la atribución que hizo el Dr. Pons de los planos de la Catedral al Brigadier del Pozo. A principios de este siglo, hace pues casi cincuenta años, el nombrado sacerdote se hallaba empeñado en la empresa de reunir materiales para escribir la historia eclesiástica del Uruguay, fueran ellos elementos bibliográficos o documentales, a cuyo fin realizaba serios trabajos de investigación en los archivos de Montevideo y Buenos Aires. Manteníamos en aquella época cordialísima amistad con el Dr. Pons, quien más de una vez honró nuestra mesa, utilizó los libros de nuestra biblioteca y conversó extensamente con nosotros sobre pun-

tos relacionados con la obra que venía realizando. En un viaje que hizo el Dr. Pons a Buenos Aires con fines de investigación, dió, en el Archivo de la Nación Argentina, con el expediente formado con motivo de la construcción de la Iglesia Matriz de Montevideo, que ha sido después examinado por varios historiadores, entre éstos, el Padre Furlong, y en el cual, según apuntes autógrafos que poseemos del Dr. Pons, éste interpretó una frase del Ingeniero del Pozo, existente en ese expediente, en estos términos: "la Iglesia por él proyectada para Matriz de la Plaza de Montevideo." (1)

---

(1) He aquí el texto del apunte autógrafo del Prebitero Dr. D. Lorenzo A. Pons, que conservamos entre nuestros papeles: "De los documentos que vimos en los Archivos de Buenos Aires extractamos lo siguiente: "Expediente sobre Reedificación de la Iga. Matriz de Montevideo". Luego de referirse al expediente promovido en 1786 por el Cura Don Juan José Ortiz sobre "la ruina que amenazaba la torre de la Iglesia Matriz Vieja" y a las diligencias a que esto dió lugar, dice: "Al mismo Gobernador le decía el Cura de Montevideo: "que conociendo necesaria la reedificación de la Iga. Matriz de esta sobredicha ciudad, por hallarse la actual en peligro de arruinarse, como lo han expuestos los Ingenieros que por orden de V. S. pasaron al reconocimiento de ella, he hecho dibujar el Plano, Proyecto y Perfil para poner en ejecución esta obra..." Y más adelante agrega: "Para cumplir algunos de los requisitos que se habían omitido anteriormente el Ingeniero Don José Pozo, que residía en esta ciudad, hizo un cálculo prudencial del costo que pudiera tener la Iglesia por él proyectada para Matriz de la Plaza de Montevideo haciendo subir la suma total a pesos 69148". Pero hace notar, agregan los apuntes, que: "Este cálculo no está considerado como manifiesta el plano del Proyecto, y sí en la inteligencia de construir las Bóvedas sencillas, o Tabicadas, en cuyo supuesto deben disminuir los gruesos de las Paredes y Pilastras, pues estas no tienen el peso ni empuje que las propuestas"... "Montevideo 25 de Noviembre de 1785. - José Pozo". Agregan todavía los apuntes entre muchos otros detalles, lo siguiente: "Este Ingeniero es el mismo Don José Pozo y Marques, Teniente de Infantería, e ingeniero extraordinario del Detalle de la Plaza de Montevideo, que informó acerca del estado de la Iglesia Matriz vieja, diciendo: etc. etc.". Al pie de estos apuntes el Dr. Pons puso como referencia lo siguiente: "Archivo Nacional de Buenos Aires. - Legajo 19 - Expediente 493".

El Dr. Pons nos comunicó con alborozo esto que él suponía un descubrimiento que rectificaba la referencia del Prebistero D. José Manuel Pérez Castellano, que él y nosotros conocíamos en aquella época, como se desprende de otro apunte autógrafo del Dr. Pons que se halla en nuestro poder. (1) Coincidió este hecho con otro suceso en que también tuvimos participación directa y que contribuyó a formar nuestra convicción respecto al autor de los planos de la Iglesia Matriz. En aquella época desempeñábamos el cargo de Secretario del Museo y Biblioteca Pedagógicos de Montevideo, cuyo Director era Don Alberto Gómez Ruano, hombre de ciencia que, a la sazón, se hallaba empeñado en la obra de reconstruir plásticamente la Ciudadela de Montevideo y otros monumentos de arquitectura militar, civil y religiosa de la época colonial. El Sr. Gómez Ruano tenía vínculos de familia y antigua amistad con la venerable matrona Doña Pascuala Camusso de Lecocq, que habitaba entonces en su casa señorial de la calle Treinta y Tres, cuyo salón frecuentaba. Esa circunstancia le permitió imponerse de que aquella dama conservaba el archivo de planos y la biblioteca de su padre político Don Bernardo Lecocq, y obtener para el Museo y Biblioteca Pedagógicos el riquísimo archivo y los libros de ciencia y arte militar del ilustre Brigadier, todo lo cual fué trasladado, con nuestra intervención, pues también teníamos vínculos de amistad con personas de la familia de aquella dama, a la institución nombrada, para su examen y custodia.

El detenido examen que realizamos con el Sr. Gómez Ruano de ese material nos deparó singulares sorpresas. En la riquísima colección de planos, cuyo número de piezas no podemos precisar después de tantos años como han corrido desde entonces, encontramos interesantísimas piezas relacionadas con la construcción de la Ciudadela, el Cubo del Sud, las Bóvedas, la Batería de Santa Bárbara, el Fuerte de San José,

---

(1) El apunte autógrafo del Dr. Pons que poseemos reproduce el párrafo de la carta del Dr. Pérez Castellano con esta referencia al pie: "Cajón de sastre. Papeles del Prebistero Pérez Castellano. Biblioteca Nacional".



la fortaleza del Cerro y demás obras de fortificación de la plaza, el Fuerte de Gobierno, el Cuartel de Ingenieros, la Iglesia y Convento de los Padres Franciscanos, etc. etc. A estos materiales se agregaban todavía diversos planos de la ciudad y numerosísimos detalles de fachadas, plantas, cortes, perfiles, etc. Este riquísimo material, que comprendía también piezas relacionadas con la historia de la ciudad anterior a la presencia en ella del Brigadier Lecocq, estaba suscrito por los Ingenieros Cardoso, del Pozo y Marquy y el propio Lecocq, y por otros que no podemos ahora precisar, siendo las piezas suscriptas por Lecocq y del Pozo, numerosísimas, y sin duda las más interesantes de la colección. Entre los planos firmados por del Pozo o trazados por éste, cuya identificación era evidente por el carácter o estilo de ejecución, la forma de acotación y la inconfundible caligrafía del Brigadier, hallamos el plano del corte del costado sud de la Iglesia Matriz, hallazgo que, de inmediato, hicimos conocer al Dr. Pons, pues confirmaba la versión que él nos había transmitido sobre la paternidad de los planos del templo, que él hizo pública en la solemne ocasión a que nos hemos referido.

En cuanto a la colección de planos del archivo Lecocq debemos decir que, habiendo renunciado a principios del año 1907, el cargo de Secretario del Museo Pedagógico, desde entonces, sólo por excepción, en visitas hechas al Sr. Gómez Ruano, tuvimos ocasión de examinar algunas de las piezas que se relacionaban con las obras de reconstrucción en que estaba empeñado este hombre de ciencia. Cuando el Sr. Gómez Ruano fundó el Museo Histórico Municipal trasladó a éste, conjuntamente con algunos de los modelos plásticos, parte del archivo de planos del Brigadier Lecocq, lo que dió motivo a que el Padre Furlong encontrara en ese establecimiento el plano que publica en su estudio. Creemos que otra parte de los planos fué remitida a la Biblioteca Nacional.

La existencia, pues, de los planos de la Iglesia Matriz en el archivo de Don Juan Ramón Gómez, tío del Sr. Gómez Ruano, a que hace referencia el P. Furlong, es una simple fantasía. Los planos proceden del archivo del Brigadier Lecocq, el cual, no obstante su riqueza, cuando fué incorporado a las colecciones del Museo Pedagógico, era solamente resto



de un cuerpo de documentos mucho mayor, que el siglo transcurrido había destruido o dispersado, en parte principal.

La comprobación de lo que acabamos de aseverar respecto al archivo y biblioteca del Brigadier Lecocq puede hacerse recurriendo al archivo del Museo y Biblioteca Pedagógicos donde deben hallarse los documentos comprobatorios del ingreso de ese material al establecimiento.

En presencia de cuanto queda expuesto, el problema relativo a los planos de la Catedral de Montevideo debe, en nuestro concepto, plantearse así:

a) Existió un proyecto primitivo que comenzó a ejecutarse, pero que al llegar a cierta altura fué “dejado de lado completamente”, como dice el Arquitecto Ruano. De este proyecto quedan las huellas que el mismo Arquitecto encontró en el rústico al desprender los falsos paramentos y picar el revoque de la fachada, y la estampa de Brāuvila, anterior a la construcción de la fábrica, en que aparece un suntuoso templo coronado por estatuas colosales, que casi tienen tanto valor plástico como la cúpula y las torres, y cuyas vagas líneas han sido interpretadas por el Arquitecto Ruano, en consonancia con las huellas halladas en el rústico. Este es el proyecto que, por su suntuosidad y proporciones, podría atribuirse a de Saa y Faría, de acuerdo con la referencia del Presbítero Pérez Castellano.

b) Este primitivo proyecto fué sustituido por un segundo partido de fachada que eliminó el tímpano monumental, estableció dos órdenes clásicos superpuestos como fondo del pórtico monumental, articuló la cornisa de éste con la del orden superior y lo coronó con un ático o pretil y dió su verdadera proporción a las torres, en relación con el cuerpo del templo. Este partido quedó construido solamente en el rústico y lo conocemos por los dibujos y láminas que constituyen la iconografía de la Iglesia Matriz hasta el año 1857. Este plano de fachada, que es el que ha predominado hasta ahora en sus grandes líneas, fué obra de del Pozo o Lecocq, o de ambos, o acaso del Arquitecto Tomás Toribio, pero siempre con la intervención de del Pozo, como lo comprueba el plano del corte del costado sud de la Iglesia Matriz procedente del archivo Lecocq.

c) Este segundo partido de fachada, que es el que ha subsistido en lo fundamental, fué modificado en 1859 al ser revocado el templo por el Arquitecto italiano Poncini, que substituyó los dos órdenes superpuestos por un solo partido monumental, de orden corintio, encuadrado por los dos cuerpos inferiores de las torres y determinado por las dos grandes pilastras laterales que señalan, con escasa diferencia, el ancho del templo, y cuyo entablamento corre en la misma línea que el del frontón curvo central y articula con éste, a cuyo fin modificó también el orden jónico de las columnas apareadas del mismo, adaptándolas al de las pilastras. El arquitecto italiano enriqueció, además, la fachada, con sobrios motivos ornamentales, a fin de darle unidad orgánica dentro del nuevo orden adoptado.

Esta es la fachada que han conocido varias generaciones y que se ha identificado con la tradición de la ciudad.

d) El Arquitecto Ruano, aunque manteniendo la economía general de la fachada de Poncini, si no ha creado, ha definido un cuarto partido de fachada, que tiene verdaderos valores técnicos y obedece, en el orden arquitectónico, a un concepto distinto del que inspiró a aquel Arquitecto. En primer lugar corrigió los defectos técnicos y anomalías que Poncini incorporó a los paramentos, perfiles y cornisas para realizar, sin rectificaciones constructivas fundamentales de la fábrica, y sin gastos excesivos, el partido monumental de orden corintio. Rectificó los planos del paramento, desprendió hábilmente el partido monumental del plano de las torres, substituyó el orden corintio por el jónico, eliminó toda la ornamentación, con exclusión del motivo escultórico del frontón, cuyo tema modificó y cuyo claroscuro acusó, y de las estatuas que coronan el templo, a las que dió mayor proporción y grandiosidad expresiva, y las estableció sobre amplios zócalos, corrigiendo un error de Poncini, pues se apoyan ahora ópticamente sobre las pilastras y columnas apareadas, menos la central, que descansa lógicamente sobre la clave del arco del frontón.

Pero si mantuvo las líneas generales y la estructura de la fachada, le imprimió, en cambio, un carácter distinto del que tenía la de Poncini, a fin de volver al del primitivo pro-

yecto. La austeridad del orden jónico, la aridez de los lisos paramentos, la carencia absoluta de todo motivo ornamental, como no sean los elementos arquitectónicos indispensables en el orden constructivo, han dado a la nueva fachada la frialdad y la rigidez geométrica que, sin duda, ha procurado el Arquitecto Ruano para colocarse dentro del austero y árido espíritu de la escuela neoclásica española a que pertenece el monumento, así en su fachada como en su estructura interior.



Frente a los eminentes técnicos e historiadores que han intervenido en la dilucidación de estos problemas, carecemos nosotros de autoridad para formular conclusiones, pero, ante los elementos que hemos enumerado, ante el respetable testimonio del Presbítero Pérez Castellano, ante las dudas que asaltaron al Padre Furlong, no obstante su convicción posterior, y ante los elementos de juicio que surgen de los trabajos realizados por el Arquitecto Ruano, es preciso reconocer que no es justo atribuir al Ingeniero portugués de Saa Faria los planos definitivos de la Catedral, sin perjuicio de aceptar que este técnico formuló los planos primitivos, que sólo tuvieron un principio de ejecución y que fueron luego rectificadas esencialmente.

Esta es la verdad histórica. La Catedral de Montevideo es un monumento típicamente español, y es, además, producto característico de la época a que pertenece. El Arquitecto Elzeario Boix, que es maestro en la materia, frente a este aspecto del problema, ha llegado a atribuir los planos de la Catedral al insigne maestro de la Restauración neo-clásica Ventura Rodríguez, o a alguno de sus discípulos, de tal manera es evidente el sabor castizo de nuestro bello templo. Además, es éste clara expresión del momento histórico arquitectónico a que pertenecen todos los monumentos que la época del coloniaje legó a Montevideo. ¿Es posible que un arquitecto portugués, por eminente que fuera, pudiera haberse compenetrado de tal manera del espíritu de la arquitectura española de fines del siglo XVIII, que tiene hondas raíces

castizas, hasta lograr sustraerse a sus propias y típicas tradiciones para crear ese dechado de proporción, de armonía, de austera sobriedad que es la Catedral de Montevideo? ¿Es posible que el presunto autor de la Iglesia jesuítica portuguesa de la Santa Cruz de Río de Janeiro, que define en sus masas y en su ornamentación una escuela y un gusto de neto cuño lusitano, repetido en el proyecto de Iglesia Catedral para Buenos Aires, que nada tiene que ver con la tradición española, haya podido realizar el milagro de trazar los planos de fachada, y aun agregaremos, los no menos simples y bellos del interior del templo, en donde no se halla un solo detalle que recuerde la suntuosa tradición arquitectónica lusitana y mucho menos luso-brasileña?

Se ha hecho el elogio de la personalidad del Arquitecto y de su obra; pero no conocíamos otra de Saa y Faría que aquella a que nos hemos referido, que es el polo opuesto de la Iglesia de Montevideo por su concepción, por el gusto que en ella preside y por el predominio que hay en la misma del espíritu barroco portugués. Ahora el Padre Furlong, en la reciente obra a que nos hemos referido, hace conocer el plano de fachada proyectado por Saa y Faría para la Catedral de Buenos Aires, en que nuevamente aparecen los elementos de arquitectura jesuítica, con la complicada ornamentación portuguesa que desnaturaliza la pureza de las líneas clásicas; a este proyecto, agrega el mismo autor los planos de la proyectada Iglesia para la villa de Canelones, en los que asoma el mismo carácter, aunque algo más atenuado, e identifica como de Saa y Faría un proyecto para la Iglesia de Maldonado correspondiente al año 1796, cuya copia conocemos, en que la austeridad con que ha sido tratado el cuerpo de fachada del templo se ve interrumpida por la coronación del tímpano y el partido de las torres que reposan sobre grandes modillones en forma de gola invertida, que les quitan estabilidad, pues parece que el cuerpo superior gravita sobre el vacío.

No hemos de insistir en señalar la diferencia esencial que existe entre la arquitectura española de la segunda mitad del siglo XVIII y la portuguesa de la misma época. Pero, en el mismo libro del Padre Furlong encontramos esta interesante observación de Miguel Rubín de Celis, hombre de cul-

tura y talento, como lo dice el autor, que tuvo algo que ver con la Arquitectura y que, al pasar, en 1782, por Montevideo y por la Colonia del Sacramento, escribió, refiriéndose al distinto carácter de la ciudad española y la ciudad portuguesa, que “su planta y fábricas manifiestan al más torpe ser muy distintas las dos Naciones a quienes pertenecen”, palabras estas con que juzgaba, sobre todo, la diferencia del sentido arquitectónico que presidía las construcciones de las dos ciudades.

\*  
\* \*

Simplificando el aspecto del problema que especialmente nos interesa y en el que tienen oportuna aplicación las palabras que acabamos de transcribir, digamos que, frente al Brigadier portugués de Saa y Faría están los dos Brigadieres españoles Lecocq y del Pozo, ambos Ingenieros, ambos hombres de gran cultura y formación técnica, como lo revela el archivo de planos a que nos hemos referido, y la biblioteca del primero de ellos que, sin duda, fué frecuentada por del Pozo. Estos dos técnicos, a pesar de la diferencia de edad, fueron amigos, colegas, y trabajaron en colaboración. Aun a trueque de exagerar, pero en la convicción de que hay en esto un fondo de verdad, estos dos técnicos, a los que es preciso incorporar al Arquitecto Tomás Toribio, autor de los planos del Cabildo, crearon en Montevideo una modesta pero clara y típica escuela castiza de arquitectura religiosa, civil y militar al intervenir en casi todas las obras públicas, así fuera para construirlas o para concluirlas, repararlas o mejorarlas. Sin que nos sea posible discriminar en todos los casos la intervención de los dos primeros, por no tener el archivo a mano ni hallarnos en condiciones de hacer una investigación de esta naturaleza, es preciso recordar, frente a toda la obra arquitectónica colonial de la América hispánica, y aun luso hispánica que ha sido objeto de notables estudios por parte del Arquitecto Juan Giuria, que Montevideo ofrece un conjunto modesto, pero típico, de construcciones que corresponden a la época en que se trazaron los planos de la Iglesia Matriz. Comprenden esas construcciones, además de

obras de fortificación militar que han merecido elogiosos juicios técnicos, la portada de la Ciudadela, labrada en piedra, cuya armoniosas y castizas líneas hacen de ella una obra de arte, el Cabildo de Montevideo, obra del Arquitecto Toribio, el nuevo Fuerte de Gobierno, del cual sólo quedó construido un cuerpo cuya semejanza con el Cabildo es evidente y, junto con ese cuerpo, el proyecto que vimos en el archivo de Lecocq, que cubría con el mismo partido arquitectónico el perímetro de la actual plaza Zabala, con una portada, muy semejante en sus líneas y proporciones, a la de la Ciudadela, el proyecto de nueva Iglesia y Convento para la Orden de San Francisco, cuyos planos también formaban parte de aquel archivo y cuyos fundamentos y subsuelo abovedado fueron destruidos al abrirse los cimientos del edificio del Banco de la República, y la fortaleza del Cerro. Todas estas obras, a las que hay que agregar o anteponer la Iglesia Matriz, fueron objeto de los estudios, cuando no de la creación de estos técnicos, que trabajaron intensamente en ellas, como lo revelan los innumerables planos y detalles, algunos de los cuales obran también en el Archivo de Indias de Sevilla, y que nos legaron así un noble y típico caudal y una tradición castiza que es necesario defender y conservar.

Para que se advierta que no improvisamos en esta delicada materia, véase lo que decíamos hace ya muchos años en nuestro estudio titulado "La "ciudad" colonial", respecto a la Iglesia Matriz y el Cabildo:

"Estas modestas fábricas arquitectónicas, levantadas por la población de Montevideo en aquella hora histórica, son la expresión genuina del espíritu espartano de la ciudad. Nada tienen que ver con los suntuosos monumentos barrocos e indoeuropeos del resto de América. Son edificios de noble proporción, que hablan con sus líneas simples y armoniosas un elocuente y castizo lenguaje.

"La Iglesia Matriz y el Cabildo constituyen el símbolo de la ciudad, la ejecutoria de sus más caras tradiciones y el último legado estético que España hizo a sus antiguas colonias de América. Cuando el arquitecto español trazó los planos de la Iglesia Matriz y el Cabildo estaba en su plenitud aquel sabroso período de la Restauración, iniciado por los aca-

démicos de San Fernando al mediar el siglo XVIII. El neoclasicismo incoloro e inexpressivo, que fué producto de la reacción contra el desorden y extravagancias de la época churrigueresca, había hallado fuerza y vida en la olvidada tradición del quinientos; las fábricas amplias y grises de aquel primer renacimiento español, que llenaron con su castizo ingenio Juan de Toledo y Juan de Herrera, habían recobrado nuevamente su imperio.

“Nada es más profundamente castizo y nada expresa mejor el carácter y el espíritu de la última ciudad fundada por España en Indias que la Iglesia Matriz de Montevideo, templo de nobles proporciones, de líneas simples y armoniosas, cuya composición exterior clara y expresiva, acusada por el clásico frontón y por las elegantes torres, se completa con el partido interior, en el que nobles entablamentos dóricos sostienen el cañón de bóveda de la nave central y los arcos laterales en que se apoya el anillo de la serena cúpula. Todo es allí claro, simple y expresivo como lo es la población que vivió a la sombra de sus muros.

“También es profundamente español el Cabildo, con su fábrica adusta y un poco árida, comentada por la piedra de sillería que decora el basamento, corre por los entrepaños, sube por las jambas y dinteles, traza en plena cimbra el arco del pórtico, trepa por las sólidas columnas de orden toscano que sostienen el balcón volado central, asciende por las columnas jónicas del frontón superior y se tiende serenamente a lo largo del cornisamento y del ático.

“Cuando se levantaron las fábricas del templo y del Cabildo sobre las azoteas y tejados de la ciudad, ésta se agazapaba todavía detrás de la cintura de murallas, bastiones, cubos y casamatas erizados de cañones. Al oriente, como centinela avanzado, la oscura masa de la Ciudadela asestaba sus cañones hacia el mar, hacia el campo y hacia la ciudad para prevenirse contra el enemigo exterior y también contra las sediciones domésticas. La vida militar reglaba las costumbres de la población civil. Las puertas de la ciudad se cerraban al sonar el disparo de cañón, y al toque de queda la población callaba obediente al clarín. Sin embargo, en medio del trajín militar, entre ruidos de armas, movimientos de maes-



tranza y voces de mando, el templo y la casa del pueblo se alzaron en medio del recinto amurallado, frente a las bocas de fuego de la Ciudadela, cuando ya se escuchaban los primeros vagidos de la Revolución.

“Si bajo las bóvedas de la Matriz se acendró la fuerza espiritual de la ciudad que iba a reclamar su soberanía, bajo las bóvedas del Cabildo se incubó, con la democracia política y las instituciones populares, nuestra vida parlamentaria. Sede del ayuntamiento colonial, asiento luego del ayuntamiento patricio de 1815 y 1816, que fué una de las piedras angulares del gobierno de Artigas, y de los cabildos hispanos, tan mal comprendidos en su significación histórica y social; hogar, por fin, durante noventa años, del Poder Legislativo, sus sillares de piedra fueron testigos de la gestación de nuestra Independencia y del proceso de nuestra vida nacional.

“A la sombra de los dos monumentos tutelares, en la plaza pública, el pueblo de Montevideo eligió los diputados que fueron a integrar la primera junta de Gobierno propio de 1808, y desde entonces, todos los acontecimientos de nuestra historia urbana se han desarrollado frente a ellos. Las últimas juras reales, las asonadas que precedieron a la caída de la plaza en 1814; los desfiles de las multitudes patriotas de 1815 y 1816; las fastuosas ceremonias del régimen portugués y brasileño; la entrada triunfal de los ejércitos patriotas de 1829; la jura de la Constitución de 1830; las sediciones y tumultos de nuestra inquieta vida doméstica y las grandes explosiones del sentimiento nacional; todo ha pasado frente a la Matriz y el Cabildo, cuyos muros son páginas parlantes de la historia de la ciudad”.

Todos estos recuerdos históricos y todas estas tradiciones, brevemente sintetizados en las páginas transcritas, parece que recubren como con una pátina la vieja Matriz de Montevideo. Y ellos, tanto como el valor estético intrínseco de la obra arquitectónica, dan al venerable monumento su serena y augusta belleza.



# "América la bien llamada" y Américo Vespucio

LA obra recientemente aparecida en Buenos Aires con el título *América la bien llamada* es uno de los más notables esfuerzos editoriales procedentes de las prensas del Río de la Plata. Se trata de dos volúmenes en folio mayor, ricamente impresos y ornados con numerosas reproducciones de retratos, estampas, documentos, mapas, etc. El primero de ellos lleva el subtítulo: I *La conquista de Occidente*; el segundo lleva este otro: II *Bajo la Cruz del Sur*.

El autor de este libro es Roberto Levillier, Embajador que fué de la República Argentina en nuestro país y gran amigo del Uruguay. El eminente escritor ha honrado ya la bibliografía americana con numerosas obras que abarcan distintos géneros literarios. En el orden de la investigación, además de libros de tesis personal, como lo es éste, y de crítica histórica, ha enriquecido el acervo documental del Continente con cuarenta y cuatro gruesos volúmenes que corresponden a la "*Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino*". Culmina ahora su labor con esta obra, realmente monumental, en que, a la investigación histórica y geográfica, al examen crítico de documentos, textos y hechos, y a la interpretación personalísima de los mismos agrega el interés literario que ofrece su prosa, pues este autor es un humanista que usa por igual de los recursos de su vasta erudición, del conocimiento que tiene del idioma, de la donosura con que lo maneja y de la sobria gracia y belleza de su estilo, que se adapta, con la misma sabia maestría, a las exigencias de las páginas expositivas, narrativas, des-

criptivas o analíticas, como a aquellas que tienen viso de crítica o de controversia.

Es, pues, este libro un ejemplo de la jerarquía que alcanza la Historia cuando esta disciplina es cultivada por un erudito que pone al servicio de su capacitación el dominio del instrumento literario. La Historia deja de ser así una simple exposición y fría glosa de documentos despojada de todo sentido humano y, recobrado su verdadero carácter de género literario, cumple, además de la función estética que le corresponde, la alta misión social y moral que se le atribuyó desde que, en la antigüedad, aparecieron los primeros historiadores, que fueren tanto poetas, es decir, artistas, como historiadores. La Historia, además de ciencia,— y en este plano confina con la filosofía y la sociología— es verdadero arte, “cosa inefable y divina” como la llamaba Carlyle. Así la concibe el autor del libro que comentamos.

\*  
\* \*

Sin referirnos, por ahora, a la parte esencial del libro de Levillier, interroguemos si hay algo más bello que sacar de la penumbra de la historia al hombre que se llamó Américo Vespucio, a quien se le conoce, por lo general, como navegante, cosmógrafo, discutido descubridor, Piloto Mayor del Reino, impostor y usurpador de la gloria que debió corresponder a Colón de dar su nombre al Nuevo Mundo, para mostrarlo en el esplendor del Renacimiento sobre el fondo maravilloso de la Florencia del cuatrocientos. Aparece así Vespucio, vástago de familia hidalga, conviviendo con Filippo Lippi, con Botticelli, con Perugino, con Carpaccio, con Leonardo, con Pinturriccio; frecuentando los estudios de Mantegna, de Corelli, de Benvenuto Gozzoli; conversando con Toscanelli y Pico de la Mirándola; escuchando los apóstrofes de Savonarola; viviendo la vida intensa y apasionada de aquella sociedad presidida por Lorenzo el Magnífico, que tan admirablemente evocó Taine. Así aparece también en la intimidad de sus cartas, que están llenas de lo que había en él de hombre de su tiempo, las cuales felizmente se con-

servan en la Biblioteca Ricardi, junto con reliquias del Dante y de Petrarca y manuscritos de Bocaccio, de Benvenuto Cellini y de Maquiavelo.

En la carta, tantas veces citada y tan poco leída, dirigida por Vespuccio a Lorenzo di Pier Francesco de Medicis, que no es el gran Lorenzo, fechada en Sevilla el 18 de julio de 1500, en que el navegante narra su discutido viaje de 1499, dice al 'magnífico señor', refiriéndose a la extensión de la epístola: "si soy algún tanto prolijo, póngase a leerla cuando cuente con mayor tiempo libre, o como fruta después de levantada la mesa", con lo que él, viajero hecho a las borrascas y a las penurias de las expediciones marítimas hacia lo desconocido, concedía al magnate lo que el sibaritismo de la época le daba. Al describir las maravillas que había visto en las tierras del *Mundus Novus* ofrecía otros estímulos a la imaginación de quien fué tipo genérico de aquellos señores que vivían embriagados con el color y la fantasía de sus pintores y poetas favoritos: "botamos la barca y con 16 hombres fuimos a tierra, y la hallamos tan llena de árboles, que era cosa maravillosa, no solamente ellos, sino el verdor que no pierden las hojas y el olor suave que ellas exhalaban, pues son todos aromáticos, dando tanto gusto al olfato, que hallábamos gran recreación en ello". Y luego completaba la descripción con esta nota que no hubieran desdiseñado Benezzo Gozzoli o el Corvelli para los fondos de sus cuadros: "vimos una gran cantidad de pájaros de diversa forma y colores, y tantos papagallos y de tan diversa clase que era una maravilla; algunos rojos como grana, otros verdes y colorados, y amarillos, y otros todos verdes, y otros negros y encarnados; y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles era cosa tan suave y de tanta melodía, que permanecíamos detenidos por su dulzura". Y resume así la impresión que dejó en él el primer contacto con la virgen naturaleza de las tierras descubiertas: "Los árboles ofrecen tanta belleza y tanta suavidad que creíamos que nos hallábamos en el Paraíso terrestre."

La misma embriaguez que le produjo la virgen tierra que, sin él soñarlo, llevaría su nombre, experimentó al con-

templar el infinito paisaje estelar del hemisferio sur. A medida que se despedía de las conocidas estrellas del septentrión iba saludando los nuevos mundos celestes que aparecían en el horizonte austral y subían trazando sus arcos en la esfera llenándola de deslumbradoras gemas. “El cielo está ornado de bellísimos signos y figuras”, dice al recordar su arrobamiento ante las nuevas constelaciones, en la carta a Lorenzo di Pier Francesco de Medicis de 1503. “He notado en él cerca de veinte estrellas de tanta claridad como ninguna de las que habíamos visto”. Y agrega: “vi en aquel cielo tres “Canopos”, dos muy claros y el otro oscuro.” Luego anota que vió un “Canopo” blanco, y después “seis estrellas bellísimas y clarísimas... y, con éstas, un “Canopo” oscuro de gran magnitud, todas en la vía láctea.” Sigue el curso y el movimiento de los astros, mide su circunferencia y su diámetro y traza las figuras de las nuevas constelaciones.

Levillier, que ha tenido la curiosidad de buscar esas estrellas en pleno océano y en la latitud señalada por el navegante, identifica las primeras: son la resplandeciente Sirio, la maravillosa Canopo, la brillante Achernar en el extremo de la constelación Erídano; presume que las diez y seis estrellas que en la figura de Vespucio la escoltaban son los ocho Canes mayores de Sirio y las ocho Léporis que brillan al sur de Orión. En cuanto a la segunda figura, se adivina de inmediato en ella la constelación tutelar de nuestro hemisferio: la Cruz del Sur y las rutilantes estrellas Alfa y Omega del Centauro.

Al descubrir Vespucio la luminosa Cruz que jamás habían visto los hombres europeos hasta que penetraron en la región tropical, vienen a su memoria, y los stampa en la carta, los versos del primer canto de “El Purgatorio” del Dante, en que el florentino, con el misterioso don de adivinación que poseen los poetas, al volverse hacia el polo austral vaticina la existencia de las cuatro estrellas:

Io mi volsi a man destra, e posi nente  
All' altro polo, e vide quattro stelle  
Non viste mai, four que a la prime gente...

Los versos del Dante han de volver de nuevo a su memoria cuando, al escribir a Soderini, el Gonfalonero de Florencia, en 1504, y referirse a los innumerables pueblos que vió en las tierras del *Mundus Novus*, recuerda que ha leído en algún autor que éstas y las tierras del “mar océano” estaban deshabitadas. “De esta opinión, dice, fué Dante, nuestro poeta, en el XXVI capítulo del *Infierno*, donde finge la muerte de Ulises.” He verificado la cita y es exacta. Dante pone en labios del hijo de Laertes, cuando éste arenga a sus compañeros para emprender el viaje a través del océano desconocido, más allá de las columnas de Hércules, hacia el occidente del “mar tenebroso”, estas palabras:

Non vogliarli negar l'esperienza,  
Dirètro al Sol, del mondo senza gente.

El recuerdo de Petrarca le asalta también al considerar las armas de los habitantes del Nuevo Mundo: “todas sus armas y defensas, anota, son, como dice el Petrarca, *commessi al vento*, pues son arcos, saetas y dardos y piedras, y ellos no llevan defensa en el cuerpo, pues van desnudos como nacieron.”

Sus citas comprenden también a los autores de la antigüedad. Se refiere a opiniones sustentadas por Aristóteles en su libro *Meteoros* respecto al arco iris lunar, el arco iris “blanco”, como él le llama, lo que dió lugar a Humboldt a tachar de embrollada la descripción que del fenómeno hace el navegante; cita reiteradamente a Plinio y recuerda también el comentario de Landino sobre el libro IV de la Eneida.

\*

\* \*

¿No es éste el hombre del Renacimiento, y especialmente el florentino, hombre de vivísima sensibilidad y de sensaciones refinadas que se embriagaba con el color, con los versos de los poetas, con la música, con el perfume de las flores, con el esplendor de la naturaleza, y que llevaba algo de todo

esto a sus palacios, a sus telas y tapices, a sus suntuosos vestidos, a su propia sensualidad y a sus fuertes pasiones? Vespucio sabía mirar el cielo y dialogar con las estrellas; sabía mirar el mar y sondar sus misterios; sabía mirar el bosque e interpretar el lenguaje de los árboles y de las aves; sabía leer a los poetas y repetir sus estrofas; conocía, por fin, a los reyes, a los príncipes y a los magnates y sabía cual era el lenguaje que había que emplear con ellos.

Aprendió este arte en su ciudad natal, donde estuvo en contacto con grandes señores. Lo perfeccionó en la corte de Francia, adonde acompañó como secretario a su tío, el embajador Guidantonio. Si él se había formado en la tradición de Florencia, en cuyos palacios, semejantes a almenados castillos, se mantenía el culto de las familias rivales: Buondelmonti y los Uberti, los Donati y los Cerchi, los Pazzi y los Medicis, y en las losas de cuyas cañes estaba aún fresca la sangre con que las empaparon los encuentros de los bandos rivales y la oscura conjuración de los Pazzi, de la que eran aún reliquias las cuerdas que pendían de las aspilleras del palacio de la Señoría con que fueron colgados el arzobispo Salviatti y los cabecillas de los conjurados, la corte francesa le hizo conocer cosas que excedían, tal vez, la crueldad de los tiranos italianos, a quien Paul de Saint-Víctor llama "los artistas del tormento." Reinaba allí Luis XI, aquel rey "vestido de triceta de lana y tocado con un birrete grasiento", avaro consigo mismo, pero pródigo del oro que empleaba en su obra de dominación política, que ejercía el arte de la crueldad con la burla y la risa en los labios, que hacía del verdugo su confidente y su compañero, que llamaba a las cadenas "sus hijitas" y a la horca "su comadre", que encerraba en jaulas de hierro a sus prisioneros, que jugaba con las cabezas que hacía cortar y adornaba éstas con vistosas caperuzas para exponerlas en las plazas y mercados. Todo esto le permitió, luego, a Vespucio, afrontar los bárbaros episodios de sus viajes, hasta aquel en que uno de sus compañeros fué muerto en su presencia, partido su cuerpo en trozos y éstos asados y devorados por los salvajes.

Otras y muchas cosas aprendió Vespucio en su ciudad

natal, en aquella deslumbrante época en que los florentinos se sentían, como dice Taine, “orgullosos de su buen gusto, de sus versos, de sus academias, de su lengua”. Fruto de esto fué el pequeño tratado de Filosofía que escribió, sus trabajos de Cosmografía, los escritos sobre sus viajes y, acaso, otros trabajos que se han perdido, y que él repetidamente advierte en sus cartas, se proponía realizar al regreso de sus viajes, en los años de reposo que le concediera el Cielo.

Vespucio, aunque no pudo sospechar la magnitud de su fama póstuma, amaba sin embargo la gloria y soñaba con sobrevirse en sus obras, y así lo consignó en sus cartas y confidencias:

En la carta que escribió a Lorenzo Pier de Medicis de 1502, desde Lisboa, le dice que ha recogido en una obrita las cosas más notables que le han ocurrido en el viaje, con el objeto de ocuparse de ello cuando tenga reposo, “para dejar de mí, después de la muerte alguna fama”.

Refiriéndose a su libro dice: “en él referiría la mayor parte de las cosas que he visto y lo más claramente que lo permita mi escaso talento, libro que no he publicado todavía porque tengo mal gusto para mis cosas propias, que no encuentro ningún sabor a lo que escribo, a pesar de que mucha gente me estimula a que las publique”. En otro fragmento de carta sin destinatario que puede corresponder a 1502 o 1503, estampa estas palabras: “Con todo tengo esperanza en la divina bondad, si Dios me da todavía tres años de vida, de escribir alguna cosa, por la que mi memoria, con la ayuda de algún docto, viva algún tiempo después de muerto”, verdadera profecía ésta, pues la espontánea ayuda de Waldseemuller perpetuó su nombre a través de los siglos.

Refiriéndose a un último viaje que no logró realizar, no obstante disponer ya de dos carabelas armadas y provistas de víveres, decía: “En tanto que vaya al levante, viajando por el medio día, navegaré por el ostro y, cuando haya llegado, haré muchas cosas en alabanza y gloria de Dios, para utilidad de la patria, para perpetuar la memoria de mi nombre y, principalmente, para la honra y consuelo de mi vejez que casi ya ha llegado.”

Pensó escribir por fin un libro titulado, *Mis cuatro jornadas*, que eran sus cuatro viajes, en el cual se proponía describir “las cosas más admirables y dignas de notarse, y refiriendo cada cosa de por sí, particular y minuciosamente, cuyo libro no he publicado todavía, agrega, porque necesito revisarlo y confrontarlo”.

La cultura de Vespucio fué muy superior a la mediana de la época. En la carta a Pier Soderini Gonfalonero de Florencia, fechada el 4 de setiembre de 1504, le recuerda que, de jóvenes, habían oído las lecciones de gramática del Padre de San Marcos fray Giorgio Antonio Vespucci. Agrega que si hubiera seguido los consejos y doctrina de éste sería, “como dice el Petrarca, otro hombre del que soy”.

Sin embargo, además de lo que surge de sus propios escritos, los testimonios de terceros sobre los conocimientos de Vespucio son numerosos y proceden de verdaderas autoridades. “El almirante Don Cristóbal Colón, dice Navarrete, escribió desde Sevilla, con fecha 5 de febrero de 1505, a su hijo don Diego, que residía en la corte, diciéndole que Américo iba allá llamado sobre cosas de navegación, que le llevaba una carta, que siempre tuvo deseo de complacerle, que era muy hombre de bien y desgraciado, no habiéndole aprovechado sus trabajos”.

Eduardo Charton consigna que, “en una reunión de pilotos convocados por el rey Fernando, en setiembre de 1512, para resolver una cuestión relativa a ciertas pretensiones del rey de Portugal, Sebastián Gaboto, miembro de este consejo, funda su parecer sobre la autoridad de Américo Vespucio, que, según dice, es un hombre muy experto en la determinación de latitudes.”

A esto se deben agregar los elogios que hace de él Ramusio, como navegante, y su función de Piloto Mayor de Indias, en cuyo título se le facultaba para instruir y examinar a los pilotos, corregir y arreglar las cartas de navegación y ajustar y determinar el uso de astrolabios y cuadrantes.

Y aún se ha de tener en cuenta su testimonio personal en lo que se refiere al arte de navegar, más que en aquella parte objetiva que se relaciona con el gobierno de los navíos,



que poco le interesó, pues rara vez en sus escritos se refiere a los movimientos y aparejos de las naos, como lo hace constantemente Colón en su diario, a lo que aquel arte tenía de común con la cosmografía, que era la ciencia favorita del florentino. En la versión de la relación del viaje a las costas del Brasil de 1501-1502 que inserta Charton dice: “La violencia de la tempestad, los accidentes y la ignorancia del piloto habían alargado nuestro viaje, y habíamos llegado a un sitio tal que, sin los conocimientos que tenía yo en cosmografía, el descuido de nuestro piloto habría causado seguramente nuestra muerte; pues nadie allí podía decir, más allá de cincuenta leguas, en qué lugar nos hallábamos. Las naves erraban al acaso, sin dirección, y se habrían perdido si, para mi salvación y de mis compañeros, no hubiese yo hecho uso de los instrumentos astrológicos, el astrolabio y el cuadrante. Y esta fué ocasión para mí de mucha gloria; pues desde aquel día tuve entre ellos esa consideración que las buenas gentes profesan por lo común a los hombres instruídos; yo les enseñé a navegar, y de tal modo, que reconocieron que los pilotos ordinarios, ignorantes en cosmografía, no sabían nada comparados conmigo”.

Preciso es recordar que la navegación oceánica en aquella época estaba aún en la infancia. Solamente se navegaba a lo largo de las costas; los pilotos más cultos lo único que sabían era determinar la latitud, mediante el uso del astrolabio y el cuadrante, instrumentos con los que calculaban, con diferencias poco apreciables, la altura meridiana del sol o, en la noche, la altura del polo sobre el horizonte, fijando así la situación en un meridiano conocido; pero no sabían determinar la longitud, pues carecían del cronómetro para apreciar la hora sideral. Por eso los primeros navegantes que se internaron en el océano hacia occidente, mantenían el rumbo a lo largo del litoral africano, dentro de la misma coordenada o meridiano hasta alcanzar el cabo Verde, que era el límite del trópico, debajo del cual todavía se dudaba que fuera posible la vida, y luego ponían proa, al azar, hacia el poniente, hasta dar con la tierra, sin más medio para medir la distancia que la estima arbitraria del tiempo de navega-

ción y el imperfecto uso de la corredera. De ahí los grandes errores en que incurrieron los navegantes en sus diarios de viaje, que se traladaban luego a las primeras cartas, errores que alcanzaban a la latitud, pero que se acentuaban, en forma absoluta en la longitud atribuída a las tierras descubiertas.

Los conocimientos de cosmografía que poseyó Vespuccio le permitieron apreciar con mayor rigor científico las rutas de navegación y, como se ha visto, le dieron verdadera preeminencia entre los navegantes de la época, y le conquistaron prestigio entre la gente de mar, que era naturalmente supersticiosa, y que participaba del sentimiento de temeroso respeto que inspiraba la ciencia, que confinaba todavía con la magia y lo sobrenatural, a lo que no escapaban los hombres cultos que formaban parte de las expediciones, como se advierte en los diarios de viaje, crónicas y mapas de los mismos que están llenos de elementos fabulosos.

A partir de la época de Don Enrique el Navegante, cuando Gil Eanes, en 1434, dobló el cabo Bojador en el grado 26 y se aventuró resueltamente en las aguas del litoral africano en el temido "mar hirviente" que caía al trópico hasta el Río de Duro, las expediciones portuguesas, avanzando hacia el sur, doblaron el cabo Buena Esperanza y abrieron el camino de las Indias. Destruyeron así la fábula repetida desde la antigüedad, a la que Tolomeo dió forma, de que el sol describía cada veinticuatro horas un círculo perfecto alrededor de la tierra a lo largo del zodíaco, que se extendía paralelamente a la zona tórrida, quemando y destruyendo con sus rayos, en esa zona, todo signo de vida, por lo cual, como lo creía Plinio, en la proximidad de la franja tropical la naturaleza degeneraba y daba origen a que aparecieran criaturas monstruosas a las que la imaginación de otros autores llamaron basiliscos y gorgonas. Esas fábulas subsistieron mucho tiempo entre los navegantes, que siempre fueron dados a la superstición, y en no pocas ocasiones obstaculizaron y hasta destruyeron el desarrollo de las expediciones.

¿Cómo se lanzó Vespuccio a sus aventuras oceánicas? La sociedad en cuyo seno nació, en que los burgueses se convertían en señores y los mercaderes en príncipes, le permitió a él despojarse de las insignias de la embajada florentina para

hacerse mercader, y casi banquero, e irse luego a Sevilla, a traficar por cuenta de su compatriota Juan Berardi. Mas, llevó allí su temperamento, su cultura, su sensibilidad, su espíritu de aventura y su curiosidad siempre alerta.

¿Cuál otra cosa que el temperamento curioso y ávido de emociones del florentino, exaltado por el recuerdo de las lecturas de los maravillosos viajes de Marco Polo, de Rabruiquis y de Carpino, y por el contacto y las conversaciones que, por razones de sus negocios mercantiles relacionados con el avituallamiento de flotas y expediciones marítimas, mantuvo con los primeros descubridores de las tierras halladas detrás del “mar tenebroso”, pudo arrastrar a Vespucio, que prosperaba en los negocios comerciales emprendidos por su compatriota Juan Berardi, en Sevilla, “uno de los mayores balcones para aficionarse a los viajes de ultramar”, negocios en que intervenía como factor principal, a abandonar su destino y lanzarse, confiado solamente en su astrolabio y su cuadrante, a las aventuras de los remotos viajes, de donde no siempre se regresaba? Lo revela así la carta a Lorenzo Pier de Medicis fechada en Cabo Verde en 1501. Embarcado ya en la aventura transoceánica, acababa de encontrar allí dos naves del rey de Portugal, que formaban parte de la flota de trece navíos que hicieron la expedición de 1499 a las Indias Orientales y llegó al reino de Calcuta, que regresaban, después de dos años de aventuras. Los relatos de los navegantes lo exaltaron, y nada de ellos olvidó al trasmitírseles al “magnífico señor”. Sobre todo, se siente que la pluma del florentino se deleita al evocar las misteriosas tierras de Oriente, los mercados y bazares del oro, de las piedras preciosas, de las perlas y del marfil, por donde cruzaban las caravanas de elefantes que conducían las suntuosas telas, los tapices, las alcatifas, las piezas de porcelana y de laca; los cargueros de perfumes: el sándalo, el benjuí, el aloe, la mirra, el cinamono, la algalia, el ámbar; los productos, inquietantes: el opio, el estoraque, el alcanfor; las ricas especierías: la canela, el azafrán, la nuez moscada, el clavo, el jengibre.

He aquí, pues, al hombre cuyo retrato pintó Ghirlandaio, el artista que amaba llevar las figuras de los caballeros y damas de su tiempo a los muros de los palacios, templos y

conventos que decoraba. “*Furono le sue prime pitture en Ognissanti, dice el Vasari en la Vita di Domenico Ghirlandajo, pittore fiorentino, la capella de’Vespucci, dov’è un Cristo morto ed alcuni santi, e sopra un arco una Misericordia nella quale é il ritrato di Amerigo Vespucci cre fece le navigazioni dell’Indie*”.

\*  
\* \*

Por este hombre, cuya biografía han llenado de equívocos y, acaso de calumnias, los cronistas e historiadores, se ha apasionado el autor del libro que nos ha sugerido estas páginas. Llegó a él por camino tangencial, como consecuencia de una investigación acerca del origen de los precisos conocimientos geográficos que del *Mundus Novus* tenían, ya en 1534, los descubridores y conquistadores; pero, luego lo sedujo y atrajo su carácter y su singular situación en la historia del descubrimiento de América y, especialmente, la preeminencia que le dió el azar al ser bautizado el Nuevo Continente. Estudió al hombre, y luego estudió su biografía, su cultura y su posición en las expediciones de la época del descubrimiento, la relación de sus viajes, las imputaciones que le han sido formuladas, las versiones respecto a la dudosa autenticidad de documentos; examinó los códices, cartas y mapas originales del pleito histórico; cotejó las cartas de Vespucio con la cartografía histórica; interpretó los errores, confusiones y oscuridades de muchas de estas piezas; creyó haber encontrado la solución de un problema histórico y, provisto del más completo y rico arsenal de pruebas, escribió estos dos notables volúmenes. En el primero de ellos, que, como hemos dicho, lleva el subtítulo “La conquista de Occidente”, con singular erudición y riquísimo acopio de información documental y gráfica, narra y estudia las expediciones de los navegantes portugueses a la costa atlántica africana, en la que estableció Portugal su dominio, y el descubrimiento de Colón,— a quien tributa el más caluroso homenaje,— que abrió a España las puertas del Nuevo Mundo.

En este proceso trascendental para la civilización, aparece ya Vespuccio como formando parte de una expedición española realizada el año 1497, cuyo jefe no se conoce, pero se sospecha sea Pinzón, o Solís, a quien se inclina el autor. Aun cuando su papel en esta aventura era subalterno, dejó de ella una relación en la que dice que la expedición arribó a un país que “juzgaron ser tierra firme.” Esta tierra firme se supone que fué el istmo. Luego los exploradores recorrieron el litoral hacia el norte, bordeando el golfo de Méjico, la península de la Florida y la costa norte, hasta Chesapeake. Este viaje de Vespuccio ha sido contestado y ha dado lugar a controversias y a que el navegante sea acusado de impostor.

El segundo viaje lo hizo también el florentino bajo la bandera de España, en la expedición que organizó Alonso de Ojeda el año 1499. Partieron las tres o cuatro carabelas que formaron esta expedición del puerto de Cádiz el 16 de mayo del año citado. Iba también en ella Juan de la Cosa, y éste, como Vespuccio, no llevaban representación ostensible alguna como no fuera su calidad de cosmógrafos. Navegaron hacia occidente, recalaron en las Islas del Cabo Verde, y luego dirigieron el rumbo hacia suroeste, sobre el trópico, separándose a los 5.<sup>o</sup> de latitud norte la nave capitana que hizo rumbo al poniente, mientras la carabela en que navegaba Vespuccio mantuvo el rumbo suroeste, salvó el trópico, atravesó la temida línea ecuatorial y, luego de cuarenta y cuatro días de navegación, sus tripulantes descubrieron tierra firme, a la altura del cabo de San Roque, a los 5.<sup>o</sup> grados de latitud sur; descendieron aun, a lo largo de la costa, hasta el grado 8 donde dieron con el cabo San Agustín descubriendo así la parte extrema oriental del Brasil, volvieron proa al norte y, luego de recorrer toda la costa de la tierra firme hasta el golfo de Paria, se reunieron en este punto con las naves de Ojeda. Vespuccio es claro y preciso en su relación respecto al punto de la tierra firme a que arribó la carabela: “está situada, dice, en la zona tórrida y fuera de la línea equinoccial, del lado sur, sobre la cual el polo meridional se eleva a una altura de 5 grados, fuera de todo clima”.

El navegante que, en el viaje anterior, había recorrido el litoral de América que comprende desde el grado 10 de latitud norte, en el istmo, hasta la bahía de Chesapeake, a los 38 grados, en este segundo periplo dice haber recorrido el litoral desde el grado 8 de latitud sur hasta el golfo de Paria. Habría recorrido así la costa septentrional del Brasil un año antes de que llegara a ella Alvarez Cabral. Agreguemos que este viaje de Vespuccio ha sido contestado también, pero que está comprobado, por testimonios irrefutables del propio Ojeda y de sus compañeros, aunque estos testimonios no alcanzan a los detalles geográficos del itinerario.

Los otros dos viajes de Vespuccio fueron hechos bajo la bandera del rey Don Manuel de Portugal. Este monarca llamó a su corte a Vespucio, inducido, sin duda, por la fama que habían dado al navegante y cosmógrafo las relaciones impresas de sus viajes anteriores. Fué esta circunstancia la que permitió al ilustre florentino, según lo afirma Levillier, completar el conocimiento de casi todo el litoral del Nuevo Mundo, esta vez en la región meridional, pues lo había recorrido desde el cabo San Antonio, a los 5.º de latitud sur, hasta los 50.º, hasta la costa patagónica, o sea frente a las islas Malvinas. Habría logrado así el navegante, conducido por un curioso azar, navegar a lo largo de los dos continentes que habían de llevar su nombre, hollar su suelo, conocer su naturaleza, sus grandes ríos, bosques y montes, su fauna y su flora; apreciar sus riquezas; observar a sus habitantes y sus costumbres, establecer las primitivas toponimias y lograr la convicción de que se hallaba frente a un nuevo mundo, el cuarto mundo que no habían logrado imaginar los hombres de su época. Y habría logrado, sin sospecharlo, dar su nombre a ese nuevo mundo.

Este descubrimiento, que corresponde al controvertido viaje de Vespuccio de 1501-1502, cuyo minucioso análisis hace el autor en el tomo segundo, ofreciendo a la vez copiosas pruebas históricas que ha reunido, de orden histórico y geográfico, éstas últimas en forma impresionantemente objetiva, constituiría la rectificación de uno de los capítulos más importantes de la historia de los descubrimientos que interesan por igual

a la historia universal y a la historia primitiva del Brasil y el Río de la Plata. Vespucio sería, según esta interpretación quien, antes que Alvarez Cabral, recorrió el litoral brasileño; quien 14 años antes que Solís y 18 años que Magallanes descubrió y recorrió el litoral del Río de la Plata y pasó frente al lugar que es hoy asiento de la ciudad de Montevideo; también sería quien, 18 años antes que Magallanes recorrió el litoral argentino hasta la costa patagónica, frente a las islas Malvinas; quien estableció en la crónica y en las cartas, aunque con sensibles errores de distancias, de latitudes y de longitudes, la toponimia que recogieron luego, con mayor precisión, los cosmógrafos, después de realizadas las nuevas y definitivas expediciones.

Pertenería, pues, a Vespucio, un capítulo fundamental de la historia del Brasil, del Uruguay y de la Argentina, como primer descubridor, cosmógrafo, geógrafo y cronista de sus tierras litorales. En lo que se refiere a la historia de nuestro país, Vespuccio sería el descubridor, como decíamos, del Río de la Plata, que los primeros cartógrafos llamaron río Jordán, río de Solís y río Santa María, antes de lograr su nombre actual, y como descubridor de nuestro Cerro, que el llamó *Pinachullo Detentio*, que el autor supone quiere decir “Pináculo ante el cual se detuvieron las carabelas” y que después del viaje de Magallanes, los cartógrafos llamaron Monte-vide, luego Monte Ovidio, Monte Seredo y Monte de San Pedro, hasta que tomó su nombre actual. Otros han traducido el primitivo nombre: “Pináculo de la tentación” y no ha faltado quien vea en él el signo del presunto jefe de la expedición, el navegante portugués Gonçalo Coelho.

De ser exacta esta interpretación, podría darse a Vespucio el título de descubridor, aun cuando se ignora cuál fué la función o representación estable que tuvo en este discutido periplo hecho bajo las banderas del rey de Portugal, y del cual se ignora, como hechos dicho, quien fué el jefe expedicionario, aun cuando se ha repetido que fué Gonçalo Coelho. Pinheiro Chagas, que no obstante observar que Vespucio ha sido injustamente maltratado, le llama “cosmógrafo fanfarrón”, dice que en esa expedición tenía el cargo



de Piloto. Sin embargo, como lo afirma el mismo Vespucio y varios historiadores, el florentino tomó el mando y el rumbo de las carabelas desde el 25.<sup>o</sup> 35', frente a las costas del Brasil, y lo mantuvo precisamente en el período de tiempo en que la expedición reconoció dicha costa, la del río de la Plata, al que bautizó con el nombre de Jordán, y cuando recaló en las aguas sobre las cuales se refleja hoy la ciudad de Montevideo, cuyo cerro denominó con el nombre de *Pinachullo Detentio*, y cuando recorrió luego la costa meridional argentina hasta el paralelo 50.

Las dudas y disputas que ha suscitado la real existencia de esta expedición podrían justificarse porque ella pertenece a la serie de "expediciones clandestinas" organizadas por la corona portuguesa, de que habla Pinheiro Chagas al referirse al libro de Santarem, "*Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Americ Vespuce et ses voyages*", en que tanto se fustiga al ilustre florentino, lo que le inclina a considerar verosímil el viaje en que Vespucio encontró, yendo hacia el occidente, a Pedro Alvarez que volvía de las Indias.

El segundo volumen titulado "Bajo la Cruz del Sur", comprende la prueba histórico-geográfica y el estudio analítico del viaje de 1501-1502, ya hecho en términos generales en el primer volumen. Y es en este segundo volumen, donde se da a ese viaje la extensión y trascendencia que tuvo, pues en él el navegante florentino habría recorrido, como hemos dicho todo el litoral de la América meridional, desde el norte hasta el grado 50 de latitud sud, reconociendo así la vasta costa que corresponde hoy al Brasil, al Uruguay y la República Argentina, trazando las primeras cartas de esa región de la costa americana y escribiendo los relatos de tan trascendental viaje, que es la ejecutoria en que, unida a la de haber recorrido en 1497 la costa de la América septentrional, permite a Levillier apoyar el título de la obra: *América la bien llamada*; aunque quien se encargó de llamarla así no fué Vespucio ni jamás soñó en ello.

\*

\* \*



Mucho se ha escrito y discutido sobre la injusticia de que el Nuevo Mundo descubierto por Colón no lleve el nombre del gran navegante genovés y sí el del navegante florentino. Se ha sostenido que debió llamarse Colombia y no América; pero lo cierto es que ni el propio Colón, ni los reyes de España, ni los historiadores, ni siquiera los poetas, que son quienes suelen resolver estos problemas, se preocuparon de bautizar el nuevo continente. Lo bautizó el azar, al dirigir la mano de Ilacomilo, sabio, profesor y librero de Saint-Die (Diey), según lo dice Charton, que parece que se llamaba Martín Waldseemuller, que era natural de Friburgo en el Brisgau y protegido de Renato II en Lorena. Este personaje, en 1507, trazó el llamado gran planisferio, cuya parte superior timbró con las efigies de Tolomeo junto al mapa esférico de Europa, Africa y Asia, y de Américo Vespucio, cuyos trabajos admiraba, junto al mapa esférico de la parte del *Novus Mundus* recorrido y descrito por el navegante florentino.

Este planisferio en que Waldseemuller consagró el nombre de América fué seguido de un pequeño tratado de geografía, aparecido en Estrasburgo en 1509, en que, por consejo del mismo cosmógrafo lorenés, se dió el nombre de América al Nuevo Mundo. Tal es el punto de partida de las cartas posteriores que repitieron y consagraron definitivamente ese nombre con mengua, tal vez, del de Colón, pero sin intervención de Vespucio en este hecho, y contra el cual se han producido los reclamos de la posteridad y las acusaciones contra el navegante florentino. Pero el hecho histórico parece ser que Vespucio para nada intervino, no obstante su sed de inmortalidad y de gloria, en el bautismo de América y, acaso, no llegó a sospecharlo, pues, cuando murió, en 1512 en Sevilla, el planisferio de Waldseemuller apenas tenía cinco años de trazado y el *Mundus Novus* o *Terra incógnita*, como se le llamaba en las cartas, no había hallado aún su nombre definitivo.

Aunque algunos de los viajes de Vespucio han sido puestos en tela de juicio, la investigación histórica y geográfica hecha por Levillier lo conduce a la conclusión de que los

cuatro viajes corresponden a la realidad y que todos ellos conciertan con la cartografía primitiva y las primitivas crónicas de los descubrimientos al occidente del “mar tenebroso” y también, aunque con los naturales errores y confusiones a que daban lugar los instrumentos de la época, con la cosmografía histórica, especialmente en la parte estelar.

Concluyamos diciendo que el autor de “América la bien llamada” declara en el hermoso prólogo de su libro que este no es un estudio consagrado a Vespuccio, sino que es “el último capítulo de un conjunto evocativo destinado a restituir a la Argentina trozos incompletos e ignorados de su siglo XVI”. Vincula Levillier esa obra con sus anteriores libros relacionados con la gesta mediterránea de los conquistadores y fundadores que fué complemento de los descubrimientos marítimos de fines del siglo XV y comienzos del XVI, a lo que él llama “la diáfana unidad de la conquista”. Vespuccio, agrega, recibe por primera vez “su debido sitio” de precursor de la historia del Río de la Plata.

Podrán contestarse las pruebas de este estudio histórico-geográfico, y la tesis que en él se sustenta, y será muy útil que así suceda, pero no podrá desconocerse la inteligencia, la erudición, la habilidad, la precisión, la buena fe con que este alegato ha sido formulado, y mucho menos la dignidad literaria que a él ha impreso el eminente autor

# Una lectura de Horacio

## I

JOUVERT dice que la tarde de la vida trae consigo su lámpara. Las lecturas que se hacen a la luz de esa lámpara de que habla el amigo de Chateaubriand ofrecen interés especial: tienen carácter de revisión y son también algo así como una despedida. Con ellas fijamos el juicio definitivo sobre los autores y les damos el adiós, porque, a medida que se avanza en el camino del tiempo, disminuyen las probabilidades de que los leamos nuevamente. La revisión crítica que acompaña esas lecturas resulta más provechosa cuando se resume, siquiera sea en rápidas notas o apuntes. De este ejercicio proceden estas páginas, que no poseen ninguna trascendencia ni tienen otra virtud que la de la brevedad, aun cuando con esto se afronta el peligro contra el cual previene Horacio al decir "Si quiero ser breve, puedo llegar a ser oscuro". *Brevis esse laboro, Obscurus fío*, concepto que repitió Pascal, al decir que demasiada brevedad oscurece el discurso.

Estos apuntes son, precisamente, el fruto de una lectura de Horacio. Corresponde hacer constar honradamente que esta lectura ha sido hecha con el texto latino, pero frente a las traducciones francesa y castellana, utilizando para esto, tanto como los tres volúmenes de la clásica colección Guillaume Budé, el antiguo Horacio Español con argumentos, epítomes y notas del P. Campos, aumentado, en la edición de 1828, con la traducción de la epístola a los Pisones hecha por el P. Míguez de San Fernando, libro éste con el cual nuestro maestro de latín, vetusto dómene que parecía escapado de un capítulo de Quevedo, amenizaba las áridas lecciones

de gramática en que, más que nuestras aptitudes de raciocinio, ponía en tortura nuestra memoria. A tanta distancia de aquellas pobres humanidades, sin ese auxilio, no habría sido posible saborear la poesía horaciana, porque sin él, sólo pueden saborearla aquéllos que, además de tener el completo conocimiento de la lengua latina y de la complicada sintaxis del poeta, poseen el dominio del panorama histórico y geográfico de la antigüedad, de la mitología greco-romana y de los usos y costumbres de la refinada sociedad de la época de Augusto.

Horacio es un poeta erudito, que salpica sus estrofas de nombres, alusiones, perífrases y vocablos, muchos de los cuales corresponden a cosas que ya no existen, que obligarían a recurrir constantemente a los diccionarios y *thesauros* antiguos, si no fuera por el trabajo realmente benedictino que se impusieron sus traductores y comentadores, a quienes se debe el enmarañado bosque de erudición que ha crecido junto al sereno paisaje de los versos horacianos, bosque más frondoso e intrincado, por cierto que el que rodeaba el dominio rural del poeta en la Sabina.

¿Quién, por ejemplo, sin previo estudio de la geografía e historia antiguas, y sin estar avezado a las perífrasis y formas elípticas de Horacio, entendería cabalmente este pasaje, tomado al azar, de la oda *Maecenas atavis*, que tradujo Acuña de Figueroa con otras varias piezas de Horacio y que, vertido literalmente, dice así: “A aquél, si encerró en su traje cuanto se barre de las eras Líbicas gustando de hender con el escardillo los campos de sus padres, jamás le disuadirás con la suerte de Atalo, a fin de que pavoroso marinero corte con el leño Ciprio el mar Mirto. El mercader, temiendo el Africo que lucha con las Iearias olas, alaba la quietud”... ?

Los eruditos nos enseñan, sin embargo, que los campos de Libia eran fertilísimos en la producción de trigo; que Atalo era un riquísimo rey de Pérgamo; que las maderas de Chipre eran excelentes para la construcción de navíos, en lo que fueron también hábiles los ciprios; que el mar Mirto es una figura, mediante la cual, el poeta toma la especie por el género, esto es, las procelosas aguas que rodean la pequeña

isla del archipiélago así llamada, por el mar universal; que el Africo o ábrego es el viento que sopla en el invierno, a la hora del ocaso, del tercer cuadrante; que Icaria es el *icarium mare*, a que se refiere también Plinio, que toma el nombre de una pequeña isla del mar Egeo que se llama Nicaria, todo lo cual tiene relación con el mito de Icaro.

Si solamente en una brevísima estancia tropieza el profano lector con tantas interrogantes, puede suponerse el esfuerzo que representaría, a no mediar la labor de los comentaristas y anotadores, descifrar estos pequeños enigmas de erudición que, cuando tienen el carácter de alusiones a hechos, personas o cosas ya olvidadas, se tornan indescifrables. A esto se agrega todavía el constante desfile de la multitud mitológica: dioses mayores y menores, deidades subalternas, semi-dioses y héroes que, como en toda la poesía griega y latina, pueblan y desbordan los versos de Horacio. Y aun hay que tener en cuenta la difícil sintaxis horaciana, problema que se halla resuelto en las buenas traducciones, aunque ha de observarse que las dificultades que este aspecto ofrece deben ser muy serias cuando los traductores interpretan, muy a menudo, de distinta manera, aun en casos muy simples, el texto latino. Para comprobar la variedad que ofrece la interpretación de la poesía horaciana, basta comparar las distintas versiones españolas y anotar las diferencias que hay entre unas y otras. He aquí un ejemplo, tomado al azar, y de los más sencillos, por cierto, que se refiere, no ya al problema sintáctico, sino al sentido literal del texto. Lupercio Leonardo de Argensola tradujo la oda VII del libro III que empieza: *Quid fles Asteriae?*, y escribió:

Asteria, ¿por qué lloras?

Su hermano Bartolomé, también tradujo en liras la misma oda, y dijo:

¿Por qué Asteria, te aflijas?

Fray Luis de León, también en liras, tradujo el texto y dijo así:

¿Por qué te das tormento  
Asteria...

Mi Horacio Español, coincidiendo con Lupercio, pero más literal dice:

¿Por qué lloras, Asteria...

Aun las frases más conocidas de Horacio han sido distintamente interpretadas. El tan repetido *Odi profanum vulgus, et arceo...*, con que empieza la oda I del libro III, dedicada a Asenio Polión, la traduce el Horacio Español literalmente:

Odio y excluyo al profano vulgo...

Víctor Pérez Petit que, en su juventud, tradujo y comentó al poeta latino, dice:

¡Odio hacia lo vulgar! Gentes profanas  
Lejos de mí...

Oswaldo Magnasco, el ávido orador argentino, que también tradujo las Odas, dice:

A la turba profana yo detesto  
Y lejos de ella me mantengo cauto

El tan manoseado *Non omnis moriar* de la oda XXX del libro III, dedicada a Melpomene, lo traduce así el Horacio Español:

No moriré todo.

Magnasco traduce de esta manera:

Del todo

No he de morirme.

La famosa frase *Quandoque dormitat Homerus*, de la epístola a los Pisones que, con el mismo sentido, la repite en la oda X libro II dedicada a Licino: *Quondam cithara custem suscitad musam — Neque semper arcum — Tendit Apollo*, la traduce así Fray Luis:

Que Apolo ya su musa  
Despierta, y ya del arco y flechas usa.

El Horacio Español dice:

Algunas veces Apolo despierta con la cítara a la callada  
musa; —Ni siempre flecha su arco...

Pérez Petit traduce:

También la Musa inspirará al dios Febo  
Para que cante, que no siempre apresta  
Y tiende el arco de furores bélicos.

Magnasco dice:

¿En perenne tensión su arco temible?  
No, que a veces despierta con su lira  
El coro mudo de las Musas tristes.

Estos ejemplos bastan para comprobar la libertad con  
que se traduce al poeta latino.

## II

Hay, pues, que agradecer a los eruditos comentaristas y anotadores, y a los traductores que procuran el sentido literal del texto latino la posibilidad que ofrecen a los profanos de leer a Horacio frente a aquel texto, a la traducción y a la clave de aquellos pasajes, frases o palabras cuyo sentido es difícil penetrar sin ese auxilio. Se puede así gozar la poesía horaciana en todo su sabor: la vivacidad y movimiento que le imprimen los juegos sintácticos; las peculiaridades analógicas: el empleo constante del caso vocativo, de la interrogación y la admiración, del uso del verbo en presente y futuro de indicativo y en modo imperativo; todo lo cual, unido al color que logra el poeta con el empleo del vocabulario geográfico e histórico, y la intervención de la anécdota mitológica, sin menoscabar el carácter lírico de las composiciones, les presta cierto acento dramático, que mantiene

despierto el interés del lector. Si no el elemento subjetivo, del que no es muy pródigo el poeta, la confianza objetiva, en que abunda, contribuye a que el curioso pueda aproximarse también a la intimidad del hombre, que tan unido está a su obra literaria.

La poesía horaciana es elegante, ingeniosa, sensual, desprecupada, irónica, a ratos moral y filosófica, a ratos libertina y licenciosa, al extremo de que fuerza es tapizar parte de ella de hojas de parra, como dice un escritor francés, cosa que, por otra parte, ocurre con casi todos los poetas latinos profanos, pues no pudieron sustraerse a aquellas "sombras nefandas" que Menéndez y Pelayo deseaba borrar del cielo de la poesía antigua. El poeta hizo culto, en las pequeñas y, a veces, también en las grandes piezas, de la vida muelle y ociosa y de la mesa abundante en manjares y vinos generosos; de los ungüentos y perfumes; del buen humor y la alegría; de la amistad y del amor sensual; de las costumbres regaladas y livianas. El discípulo de Epicuro no desdeñó, tampoco, tomar de la escuela cínica, por lo menos la costumbre de burlarse de sus propias debilidades. No tuvo empacho, por ejemplo, de hablar repetidamente, en sus poesías, de la batalla de Filipos, que fué para él de tristes recuerdos, y aun de referirse en la oda VII del libro II, dedicada a Pompeyo Varo, a cuyo lado estuvo en aquella batalla, a su más que rápida fuga del campo del combate, en el cual abandonó cobardemente el escudo; y aun agregar la chanza, al decir que, en el apurado lance, lo auxilió en su pavor el dios Mercurio, que lo arrebató de entre los enemigos envuelto en una nube, a la manera de los héroes homéricos.

Mas, en este poeta epicúreo y sensual había también un moralista y un filósofo que se complacía en combatir los vicios de su siglo y la debilidades de la sociedad en que le tocó vivir. Es así que, en tanto exaltaba la vida alegre y libertina, el vino, los placeres, y entonaba las canciones báquicas, y recordaba la brevedad de la vida y la seguridad de la muerte, e invitaba a Sestio a gozar de los deleites sensuales (Lib. I, oda IV), y hacía lo mismo con Leuconoe, (Lib. I, oda XI), y se lo repetía a Póstumo (Lib. II, oda XVI), y abandonaba a Vario la misión de describir las gue-



rras de Agripa para cantar él solamente al amor humano y a la mesa (Lib. I, oda VI), e instaba a Torcuato a apurar los placeres porque luego vendría fatalmente la muerte (Lib. IV, oda VII), e invitaba a sus amigos a banquetes y libaciones, y les ofrecía perfumes y ungüentos, y gozaba del ocio voluptuoso, y huía de los pensamientos melancólicos, y sólo parecía vivir para tan pasajeros e inferiores objetos, de pronto, su espíritu se elevaba, el canto báquico se extinguía en sus labios, se borraba de ellos la sonrisa de Sático, su frente se ennoblecía, asaltada por graves y altos pensamientos, y aparecían entonces en él, el moralista y el filósofo.

El poeta, transfigurado, clama en este punto contra los vicios de su siglo y el afán de riquezas que eran la causa de la corrupción de las costumbres (Lib. III, oda XXIV); denuncia que el menosprecio de la religión y el culto del vicio eran el origen de las desgracias que afligían a Roma (Lib. III, oda IV); abomina del oro que todo lo conquista y es fuente de todos los males (Lib. III, oda XVI); proclama que la serenidad de alma sólo se logra venciendo las pasiones y nó con riquezas y honores (Lib. II, oda XVI); aconseja que la juventud sea educada en la frugalidad, y que se le acostumbre a las fatigas marciales, y se le haga admirar y amar el valor, y saber morir por la patria; predica la dignidad y la lealtad (Lib. III, oda II); afirma que el hombre justo nada debe temer, *justum et tenacem* (Lib. III, oda III); recuerda que la muerte no distingue entre pobres y ricos, humildes y poderosos (Lib. III, oda I); satiriza la avaricia y la usura por boca del avaro Alfio que, hipócritamente hace el elogio de la vida ajena a los negocios, *Beatus ille, qui procul negotiis...*, y hasta llega a recoger a los *idus* el dinero que tenía colocado a intereses usurarios, sin perjuicio de que, a las calendas, vencido por la avaricia, vuelva a prestarlo a más alto interés (Lib. del Epodón, oda III); reclama el buen uso de la riqueza (Lib. II, oda II); abomina de los gastos superfluos de que era pródigo su siglo (Lib. II, oda XV); dice que la felicidad consiste en la serenidad ante las cosas adversas y prósperas y en los inocentes placeres (Lib. II, oda III); lo repite en la oda a Lavinio en que habla de la preciosa medianía (Lib. II, oda X);

vive contento con su pobreza: *Non ebur, neque aureum — Mea renidet in domo lacunar...* (Lib. II, oda XVIII).

He aquí al moralista y al filósofo que se completan con el ciudadano que ama a su patria, a su ciudad, a su heredad; que proclama que Roma es la soberana del mundo; que reverencia a sus dioses y a sus héroes; que exalta, aunque con cortesano exceso, como lo hizo también Virgilio, las virtudes y las glorias de César Augusto; que rinde culto a la amistad en su amigo y protector Mecenas; que ama la vida campestre y los sencillos goces que procura la contemplación de la naturaleza, sin dejar de soñar con la vida de Roma; que sólo pide al dios mayor, salud, juicio y que le conceda siempre tañer la cítara (Lib. I, oda II); que cree en la poesía, sin la cual, según el poeta, la virtud perece; que aspira a que su gloria poética se extienda por todos los ámbitos de la tierra y no reclama más monumento para que ella sobreviva que sus versos, (Lib. II, oda XX) *aere perennius*, con lo que se cumplirá su ardiente deseo: *non omnis moriar*, (Lib. III, oda XXX).

### III

Cuando se lee a Horacio no es posible dejar de hacer algunas reflexiones sobre la famosa epístola dirigida a los Pisones que, generalmente se conoce con el nombre, no completamente apropiado, de Arte Poética, porque, si bien esta epístola contiene numerosos preceptos y reglas relacionados con la obra literaria, no pretendió Horacio al escribirla, formular un tratado de retórica. Ni el plan de la obra, ni la elevación del estilo y de los conceptos, ni las sentencias que la embellecen, ni el sentido de libertad e invención que campean en este que, generalmente, es considerado como código poético, se hallan generalmente en las obras didácticas, pero ni aun en los poemas didascálicos.

Quienes escriben para el público, ya sea en prosa o verso, aun cuando impriman a la obra que realicen el mayor espíritu de modernidad y libertad, nada pierden con recordar esta famosa epístola. Los consejos, más que precep-

tos, que se hallan en ella, tienen la perennidad de las cosas que se apoyan en la razón y el buen sentido, —aunque esto, desgraciadamente, no es una recomendación en esta época anárquica en que vivimos— y tienen, además, el valor de que proceden de un poeta en quien concurrieron la sabiduría y el buen gusto, que nada tuvo de dómine ni de pedante, que sintió un cordial sentimiento de simpatía hacia sus semejantes, y para quien los preceptos solamente existían cuando el que hacía uso de ellos era capaz de envolverlos con el manto de la belleza.

En esto era tan exigente que, aun cuando toleraba la medianía en otras facultades, —por ejemplo, aceptaba la existencia de un juriseconsulto o de un retor mediocres,— no concebía la existencia de medianos poetas. En esta facultad no podían haber términos medios: se era o no se era poeta. “Ni los dioses ni los hombres concedieron jamás que los poetas fueran medianos”.

mediocribus esse poëti

Non homines, non Dī, non concessere columnæ.

La poesía era para el amigo de Mecenas cosa augusta. No debía apartarse del supremo grado de perfección, así en en la forma como en el contenido. Y para esto, daba al mayor de los Pisones el sabio consejo de que, si alguna vez llegaba a componer una obra, luego de someterla al juicio de los doctos, la reservara, durante nueve años, con el objeto de pulirla constantemente. Y coronaba el sabio consejo que, en otros términos muy conocidos, fué repetido diez y seis siglos después por Boileau, con esta epifonema que a todos los que hemos pecado literariamente nos alcanza: “La palabra dicha no puede ser recogida”.

...nescit vox missa reverti.

Para exaltar la poesía y la sagrada función del poeta, recuerda Horacio que Orfeo dominaba con sus cantos a los salvajes y a las fieras, y que Acción con los suyos, movía y transportaba los peñascos.

Verdad es que el verso fué desde la remota antigüedad

divino idioma, voz de sabiduría y belleza, lenguaje que, en labios de Homero y Tirteo, movió el ánimo de los guerreros; que, como intérpretes de los dioses, usaron los oráculos; que escucharon los generales victoriosos y los vencedores de las justas y los juegos y que sirvió de medio de expresión a los grandes y pequeños sentimientos del hombre. Mas, Horacio no participó de la afirmación que hace Platón, en el diálogo de Gorgias o de la Retórica, que ésta “para nada es buena”, ni del concepto que expone por boca de Sócrates, en el diálogo de Ion o de la Poesía, cuando dice que “no es mediante el arte, sino por el entusiasmo y la inspiración que los buenos poetas épicos componen sus bellos poemas, y que lo mismo sucede con los poetas líricos”. El sentido de la realidad y el elegante escepticismo del poeta latino, unidos a su temperamento finamente sensual, no le permitían creer en éxtasis, en lo que más tarde fué arrobamientos, arrebatos y mágicas posesiones, ni en el transporte de Platón ni en el furor poético de Lucano. El oponía su claro y realista concepto romano a la fantasía platónica de que “los poetas, semejantes a los corifantes que no danzan sino cuando están fuera de sí mismos, no componen sus preciosas odas cuando están con la sangre fría, sino que, desde el momento que toman el tono de la armonía y el ritmo, entran en furor, y se ven arrebatados por un entusiasmo igual al de las bacantes, que en sus movimientos y embriaguez sacan de los ríos leche y miel y cesan de sacarlas en el momento que cesa su delirio”.

Si algún furor o algún delirio experimentó Horacio al componer sus odas, puede haber sido el causado por los vapores del rubio Falerno o el Cecubo o el Formiano que pedía a Mecenas llevara a sus comidas campestres, para sustituir el mal añejo Sabino que guardaba en su tinaja griega (Lib. I, oda XX); o por la acción de los ricos manjares, o de los capitosos perfumes y ungüentos a que era tan aficionado, o por los refinados placeres con que alternaba sus largas horas de serena meditación frente a la naturaleza; pero si él sentía aquello que dice Platón de los poetas líricos que, como las abejas, “vuelan aquí y allá por los jardines y vergeles y extraen y recogen de las fuentes de miel los versos que nos cantan”, no podía creer en que los poetas son

seres poseídos y privados del sentido por los dioses para convertirse en intérpretes de los mismos y como profetas, vaticinar y decir cosas que ellos mismos no entienden.

Qué lejos está de todos esos conceptos el que Horacio tenía de sí mismo y de los demás poetas, y, sobre todo, qué distinta es esta misteriosa función que Platón atribuye a los poetas, de la que Horacio ejerció por sí mismo, dueño siempre de su pensamiento y de su estro. El no fué un poseído por misteriosas deidades que hablaron por su boca a los hombres; pero el poeta latino legó a las edades literarias con su obra, un monumento de perenne belleza y una permanente lección de sabiduría y buen sentido.

#### IV

Esa lección nos enseña que, para cultivar con éxito el género poético, es necesario tener ingenio, y sublime ingenio; que al poeta, más que arrobamientos, se le ha de exigir estudio y ahincado ejercicio; que se le debe prevenir contra el delirio o locura, cuando no es otra cosa que la enfermiza soberbia y envanecimiento que arrastraron al poeta siciliano Empedocles a arrojar al cráter del Etna para demostrar que era inmortal como los dioses, cosa que el desventurado poeta no demostró, como no sea esto el haberse abrasado en el abismo de fuego, cual le ocurrió a Plinio el viejo. Pone, además, en guardia a los poetas, contra la adulación, pues ésta es capaz de hacer falsos poetas hasta de los tontos, cosa que repitió siglos después Baltasar Gracián, aunque refiriéndola a los ricos: “dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños; comunica la plata su argentado sonido a las palabras, de modo que son aplaudidas las necesidades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas”.

Poseído del concepto de que el ingenio literario debe ser complementado con el estudio y el ejercicio, Horacio estableció los que han sido llamados preceptos, sin que lo moviera el propósito de que el numen poético fuera aherrojado con las pragmáticas de un código inflexible. Demasiado conocida es la preceptiva horaciana para que sea necesario expo-

nerla aquí; pero conviene recordar que estas amables y humanas reglas, que no tienen la severidad, ni el espíritu satírico y a veces agresivo de las que, diez y seis siglos más tarde, formuló Boileau, se refieren, entre muchas otras cosas, a la estructura métrica, a la especie de verso que conviene a los distintos temas y géneros, al carácter, estilo y acento que se ha de imprimir a las obras de cada uno de estos géneros, al plan, desarrollo y unidad de la obra, etc.

Recordemos, siquiera, que el poeta creía en la virtualidad de la forma, en la pureza del verso. En esto era maestro eximio, y como lo era, fijó claros y precisos preceptos para el uso de la forma métrica que, naturalmente son abominados por los poetas actuales. ¿Qué les importa, por ejemplo, a éstos, la explicación que da Horacio sobre el pie métrico y sus combinaciones, a fin de que, mediante el uso del yambo y el espóndeo, el verso yámbico adquiera mayor pausa y gravedad, si en materia de arte métrica, de tal manera se han alterado las normas que, ante tales abusos, vienen a la memoria los pareados de la sabrosa y sangrienta sátira de Pedro López de Ayala contra “las malas artes de los mercaderes” en la cual, entre otras cosas dice:

Las varas e las medidas Dios sabe cuales serán;  
Una mostrarán luenga e con otra medirán;...

Nada de inflexible ni severo hay en estos preceptos. No sólo no rechaza la inventiva poética sino que la reclama; más, pide que la licencia no caiga en el extravío. *Vanae species*. En los preceptos horacianos reboza el sentimiento cordial del poeta que jamás arrugó el ceño y que, en este caso, puso el acento amistoso de la epístola en los consejos que dió a los hijos de Lucio Pisón.

## V

Los consejos de Horacio sobre el lenguaje también son excelentes y no han perdido actualidad, y aun actualidad académica. Este, por ejemplo, es inobjetable: “El principio y

la fuente para escribir bien, es tener juicio” *Scribendi recte sapere est et principium et fons*. A lo que agrega que hay que conocer el idioma y su mecanismo, y también sus secretos. Advierte que se debe ser parco y no mirado en la unión de unas palabras con otras. Y para que se vea que no era un retor, tocado de conservadorismo, y que no le asustaban las novedades, y tampoco las invenciones en materia idiomática, he aquí lo que dice: “Habrás hablado muy bien y con elegancia, si de la diestra e ingeniosa disposición de dos vocablos obtuvieras un enlace nuevo”. Estas palabras no se referían solamente a la combinación sintáctica, ni al efecto eufónico que podía lograr el poeta, mediante el hábil uso de la cesura en la formación de los versos, sino, también, a la invención de voces nuevas, pues a renglón seguido dice que, si es preciso expresar la idea de cosas hasta entonces ocultas con signos nuevos, es lícito inventar vocablos que no hubieran oído los antiguos; más, aconseja que se use de esta libertad con moderación, y advierte que si las nuevas palabras derivan del griego, y son latinizadas mediante inflexiones lógicas, quedarían acreditadas, como ocurrió con los vocablos helénicos que introdujeron mucho antes de Cecilio Estacio y Plauto, y, en la época del poeta, Virgilio, Vario y el mismo Horacio.

Por eso exclama, como podría hacerlo un escritor de nuestros días frente al código demasiado severo del idioma: “¿Por qué hay quienes me señalen por el hecho de que aumento el idioma con algunas voces?” Y agrega esta sentencia que no puede ser rechazada por ningún filólogo moderno: “Fué lícito, y lo será siempre, inventar una palabra que esté como sellada con el cuño del uso corriente”, que es, como dice luego el poeta con singular audacia: “el árbitro, el juez y la norma del lenguaje”.

En lo que se refiere a éste son muy interesantes y tienen permanente actualidad las reflexiones que hace el poeta latino, valiéndose de una bella figura, sobre las palabras antiguas que desaparecen porque hicieron su tiempo, y los vocablos nuevos que arraigan y florecen lozanamente porque obedecen a nuevas necesidades de la sociedad. Y de tal ma-

nera vincula el lenguaje a la perennidad de la obra literaria, que exclama: “Las obras de los mortales perecerán cuanto menos durable sea la hermosura y gracia de las palabras:”

Mortalia facta peribunt  
Nedum sermonum stet honos et gratia vivax

Este llamado código literario, que se ha titulado *Arte Poético*, fué escrito cuando la lengua latina, luego de lograr su perfecto pulimento y grandeza, había llegado a su plenitud. El siglo de Augusto, de cuya cultura literaria fueron la más alta expresión la elocuencia y la poesía, había visto aquella magnífica constelación de poetas, oradores, escritores, retores, filósofos y juristas que lograron hacer un maravilloso instrumento de expresión de la lengua primitiva que utilizó aquel pueblo de conquistadores y legistas, que escribió su historia en las inscripciones de los arcos de triunfo y de los monumentos.

Cuando Horacio escribía su obra poética, Roma había conocido ya la soberana elocuencia de Cicerón y leía la prosa ceñida de Salustio, las grandes páginas históricas de César y Tito Livio y las estancias de Lucrecio, Catulo, Virgilio, Propertio, Tibulo, Ovidio, que llevaron la lengua latina a su mayor esplendor.

El llamado código poético de Horacio llegó, pues, a su tiempo, como llegó en “el gran siglo”, el de Boileau. Este, si no alcanzó el sentido de comprensión y tolerancia del de Horacio, no es, tampoco, tan duro e inflexible como lo pretendieron los románticos de 1830. Ni todo en él es preceptiva, normas y reglas. Lo que exige el amigo de Racine, en primer término, de los poetas, no es retórica, ni pragmáticas. Antes que esto pide el don, que sólo conceden el cielo y el signo celeste bajo el cual nace el poeta. Sin esto, son inútiles las normas y las reglas. Febo será siempre sordo y Pegaso esquivo. Cuando existe el don, aunque fiel al sentido de orden y disciplina, que fueron normas del “gran siglo”, Boileau se inclina a tolerar la licencia y llega hasta proclamar el “bello desorden” como elemento necesario de la obra poética. Por lo demás, su propósito al escribir su arte poético fué repetir la magnífica lección de Horacio:



Vous offrir ces leçons que ma muse au Parnase  
Rapporte, jeune encore, du commerce d'Horace.

No es el caso de postular la total restauración horaciana, pero sí de hacerlo, como lo hizo Menéndez y Pelayo en su tiempo, restauración, no en el espíritu, ni mucho menos en la temática, lo que sería un despropósito, pero sí en los accidentes formales. Clamaba entonces el crítico español por el regreso a “aquella sobriedad maravillosa, aquella rapidez de idea y concisión de frase, aquella tersura y nitidez en los accidentes, aquella calma y serenidad soberanas”. No fué entonces la lírica por tales caminos; al contrario, en lugar de sobriedad, conocimos la torrencial verbosidad o la falsa ampulosidad; en lugar de rapidez de ideación y concisión de frase, la difusión del pensamiento, que es lentitud y vaguedad idiomática; en vez de tersura y nitidez, las nuevas formas sintácticas nos ofrecieron el lenguaje alquitarado y oscuro, y la calma y serenidad soberanas se convirtieron en tormentosos estados espirituales. Pero, de esa misma revolución que sucedió al alegato de Menéndez y Pelayo surgió luego la justificación del pensamiento del humanista, y si no tuvimos un neoclasicismo, como él lo deseaba, pronto se logró un sentido clásico del que fueron representantes los propios jefes de las escuelas modernistas, sentido clásico que cada vez se hace más perceptible, aún entre aquellos a quienes jamás se les ha ocurrido abrir el *Arte Poética* de Horacio.

Las revoluciones pasan; la obra de los hombres universales permanece. Horacio lo sabía y por eso desafiaba a los siglos con sus versos:

Exegi monumentum aere perennius.

1950.



# San Francisco en la Divina Comedia

## I

EN el canto XXXI del Paraíso, el Poeta, después de haber ascendido con Beatriz al Empíreo, y haberse arrobado ante la visión sobrenatural del reino de Dios, que le fué concedida cuando adquirió aquella nueva vista, tan poderosa.

*che nulla luce è tanto mera,  
che li occhi miei non si fosser difesi,*

se vuelve hacia su guía para interrogarla y halla en su lugar a Bernardo, quien, ante su asombro, le dice que Beatriz ha ido a ocupar su sitio en el Empíreo y le ha enviado a él para que le acompañe y ayude a llevar a feliz término el viaje.

Es Bernardo, pues, quien, en el canto XXXII, explica al Poeta el cuadro que se presenta ante sus ojos: la "rosa celestial", en lo alto de la cual resplandece la Luz eterna, en cuyo más elevado círculo está el trono de la Reina del Cielo, y en cuyos pétalos moran los bienaventurados, la santa milicia, sobre la cual vuelan, como enjambre de abejas, los ángeles que,

*Le facce tutte avean di fiamma viva,  
e l'ali d'oro, e l'altro tanto bianco,  
che nulla neve a quel termine arriva.*

En la sala del Gran Consejo del Palacio Ducal de Venecia, el Tintoretto, inspirado por la lectura del poeta flo-

rentino, pintó una inmensa decoración mural que reproduce los círculos del Paraíso, en cuyo centro aparece la Virgen en el acto de la Coronación. El boceto de esta composición se halla en la gran galería del Museo del Louvre y una dúplica en el Museo del Prado de Madrid. Es una ardiente gema de color, prodigio de audacia aérea y movimiento, preciosa rosa mística de la pintura, cuya contemplación, luego de leer los tercetos de la Divina Comedia, produce verdadero arrobó.

En la versión dantesca, Bernardo muestra al Poeta la gloria de la Virgen María, y luego le describe el maravilloso reino. Eva está a los pies de María; debajo están Raquel, y Beatriz que sonríe desde lejos a Dante y vuelve sus ojos hacia “la eterna fuente”; luego están Sara, Rebeca, Judith y Ruth. Todas las santas mujeres del Antiguo Testamento ocupan la gradería, en columna, separando y uniendo, a la vez, a los santos de la antigua y de la nueva ley. En esta parte de la rosa celestial está el trono del Bautista y debajo le él, próximo a la Virgen, y antes de la muchedumbre de santos que llenan las celestiales graderías, está el trono de Francisco.

Así encontró Dante en el Paraíso al Santo de Asís, y si bien, como él mismo lo dice en otro pasaje del libro inmortal,

Presso e lontano, lí, né pon né leva:  
ché dove Dio senza mezzo governa,  
la legge natural nulla rileva,

claro es el propósito del Poeta, al nombrar al Santo y señalarle tan privilegiado sitio en el Empíreo, destacar el grado de suprema bienaventuranza de que goza.

Ya el Poeta había cantado en alabanza del Santo. Cuando Beatriz, en el canto XI, lo condujo al cuarto cielo, el Sol, Dante vió allí a los “espíritus vivos y triunfantes” de los doctores de la Iglesia, quienes formaban una resplandeciente corona que fulgía y cantaba como no es posible describirlo.

e'l canto di quei lumi era di quelle:  
chi non s'impenna si che là su voli,  
dal muto aspetti quindi le novelle,

Una de aquellas luces dijo al Poeta quiénes eran los que formaban la celestial corona. La luz parlante era Santo Tomás de Aquino, y éste tenía a su lado a su hermano y maestro, Alberto de Colonia; le seguían el benedictino Graciano, y Pedro Lombardo, el maestro de las sentencias, y Salomé, y San Dionisio Areopagita, y Paulo Orosio, y Boecio, e Isidoro arzobispo, y Beda, y Ricardo, y Sigieri. Todos estos espíritus luminosos se detuvieron, al fin, y a la voz del de Aquino habló al Poeta para narrarle la vida de Francisco, el Pobre de Dios.

El doctor angélico entona entonces la más dulce y encendida alegoría. En Perugia, dice el texto dantesco,

nacque al mondo un Sole,  
come fa questo tal volta di Gange.

Quien hable de ese lugar

non dica Ascesi, ché direbbe corto,  
ma Oriente, se proprio dir vole.

Sigue Tomás diciendo que aquel Sol no se hallaba aún muy lejos del orto cuando comenzó a hacer sentir a la tierra el consuelo de su gran virtud, y se inclinó hacia su Dama Pobreza, aquella a quien

come a la morte,  
la porta del piacer nessun diserra.

Y a ella se unió, amándola más y más cada día. Sigue el Santo narrando, ya sin acudir a la alegoría, la vida del *poverello*. Bernardo de Quintavalle, Egidio y Silvestre se descalzan para seguir al Santo, y la humilde familia franciscana, ceñido ya el cordón simbólico, parte a recibir la aprobación de Inocencio el tercero. Se enciende el amor de Bernardo ante la admirable vida de Francisco, la cual

meglio in gloria del ciel si canterebbe.

Lo pinta, sediento de martirio, predicando, en presencia de Soldán, la doctrina del Crucificado; lo evoca, luego, sobre el monte de Alvernia, recibiendo en sus miembros los estigmas santificantes, "*l'ultimo sigillo*", y lo ve, por fin, morir abrazado a su esposa la Pobreza, aquélla a quien *Jacopoe* cantó con infantil afecto

Povertade poverina  
Ma del cielo cittadina.

La vida de Francisco resplandece en los tercetos, y como si la evocación del Santo encendiera el numen del poeta, el canto cobra algo del fulgor que lanzaba la llama viva que habló al florentino.

Dante se arroba al nombrar a Francisco como se arrobó el Giotto al pintar la vida del santo en los frescos de la iglesia de Asís y en aquel maravilloso retablo de la "galería de siete metros" del Museo del Louvre, en el que Francisco aparece, en el monte de Alvernia, en el momento místico en que recibe las estigmatizaciones como mágicos rayos que brotan de las manos y pies del Salvador, y en cuya parte inferior hay tres deliciosas miniaturas esuadradas, finísimas de color, que reproducen místicos episodios de la historia del patriarca de Asís.

El poeta y el pintor representan la plenitud de aquel primer renacimiento que anunció y promovió el Santo. En la Divina Comedia y en los frescos del Giotto se refunden y engrandecen todos los elementos de aquel movimiento del espíritu que es como el anuncio y revelación de los siglos que han de venir. "Desde San Francisco, dice Emilia Pardo Bazán, todo se transforma, todo se renueva, todo sufre una crisis preparadora de otros tiempos que ya despuntan". Estos tiempos se nutrieron con el espíritu de aquel que fué "todo seráfico en su ardor"; del "Alférez maravilloso de nuestro Señor Jesucristo", como lo llamó la Reina Isabel. Las artes, las ciencias, las letras se sienten, entonces, animadas de un soplo de juventud y renovación. El Giotto rompe el rígido canon bizantino y vuelve los ojos a la naturaleza para copiarla y transportarla al lienzo; la catedral gótica

levanta sus pináculos y cresterías y, apoyándose en sus botareles, abre los entrepaños de sus muros y los cubre de maravillosas vidrieras de colores; la filosofía escolástica se remozca; las ciencias matemáticas y naturales se orientan hacia la observación directa experimental; la poesía arroja el báculo de la erudición latina y halla formas nuevas en labios de poetas que expresan, en lengua vulgar, los sentimientos y las ideas de que se sienten henchidos.

Toda esta prodigiosa agitación espiritual e intelectual procede de Francisco y, en mucha parte, en él se inspira. Los pintores del primer Renacimiento italiano cubren los muros de las iglesias con escenas de la vida del Santo; la orden franciscana transforma el estilo basilical románico de transición en el estilo ojival perfecto; Duns Escoto, San Buenaventura y Rogerio Bacon sientan los fundamentos de la filosofía, la mística, la estética y la ciencia franciscanas; los poetas, conducidos por el sentimiento simple y natural del Santo que amó a la naturaleza, cantan la vida maravillosa del "Pobre de Dios", y, luego del florecimiento de aquellos pequeños romances, transportes y éxtasis místicos, hijos de las "floreillas", se produce, por fin, el prodigio de que habla Carlyle: "diez siglos que habían permanecido mudos, rompen a hablar por la boca del Dante".

No es extraño, pues, que los ojos del Poeta buscaran, amorosamente, y encontrasen, en las primeras gradas del Em-píreo, al Santo de Asís, y que la vida maravillosa de aquel que fué

tutto serafico in ardore.

fuera tema del místico diálogo que el poeta sostuvo, en el cuarto cielo, con el espíritu radiante y melodioso del doctor angélico.





# Evocaciones en Milán

## DOS RENACIMIENTOS

Es maravilloso discurrir por el claustro del Convento de *Santa María Delle Grazie*, de Milán, sintiendo murmurar la fuente del quieto jardín, oyendo piar los gorriones que bajan de los tejados a beber el agua cristalina, observando los grupos de turistas que desfilan conducidos por guías que salmodian sus discursos en todas las lenguas del mundo, y soñando con otras sombras que hollaron aquellas losas y discurrieron por aquellos tránsitos.

Desde el zócalo de piedra que cierra los portales se ve, dibujada sobre el cielo purísimo, la maravillosa cúpula de Bramante que corona la iglesia frontera. El apagado carmín del ladrillo se funde con el cándido azul de la atmósfera, y esta fusión de tonos forma como un halo violáceo al monumento. La luz que lo envuelve acusa la multitud de cornisas, resaltes, columnillas, arcos y aberturas que pueblan la prodigiosa fábrica. Es aquél un admirable juego de perspectiva y de geometría, de intersección de masas y de armonía de líneas en el que se mezclan la grandiosidad y la elegancia, la austeridad y la gracia, la variedad y la sencillez, la severidad de la escuadra y el compás y el sentimiento de invención y de libertad, el imperativo del módulo y el sentido de lo pintoresco, la solidez de los macizos inferiores y la ligereza aérea de los anillos superpuestos, verdaderos festones de ladrillo y piedra.

Todo es allí novedad e imprevisto; pero también lógica y equilibrio. Las formas geométricas se agrupan, con soberana armonía, en el cuerpo inferior que sirve de asiento a la

cúpula; en las capillas absidiales que se desprenden de la masa arquitectónica, o mejor, penetran en ella por intersección como en las construcciones bizantinas; en los tambores poligonales de ladrillo comentados por series de aberturas, adinteladas en el orden inferior, circulares en el superior, donde una graciosa arquería, en forma de pórtico aéreo, sirve de visera y tamiz a los vitrales.

Es aquella la plenitud del Renacimiento del mundo latino, del espíritu del mediodía hecho de orden, claridad y gracia. Cuando se llega allí viniendo del mundo gótico germano se experimenta una embriaguez de luz, de concisión, de serenidad y de alegría. Se tiene la sensación de que se ha atravesado una selva interminable y que se vuelve a ver el azul y la verde campiña. Apenas se cruzan los Alpes y se cae en los valles, los lagos y la llanura lombarda, el cielo se despeja; sale el sol y aparecen las torres cuadrangulares de las iglesias románicas con sus campanarios abiertos y sus arcos gemelos. Todo es simple y transparente: la línea recta horizontal, los partidos adintelados combinados con arcos en plena cimbra, los paramentos ornados con pilastras en resalto, los entrepaños lisos, las columnatas arquitrabadas, la decoración ligera e ingeniosa. Todo esto ha predominado sobre el estilo ojival, se ha adherido a él y ha cubierto, como la hiedra, las iglesias góticas y los pardos muros de las antiguas fortalezas y castillos feudales, cuyas barbacanas, aspilleras, cortinas y torres almenadas aparecen sólo como cosa de decoración y romanticismo. El estilo gótico, llevado de Francia a Italia al finalizar el siglo XII, influyó más sobre la escultura y la pintura que sobre la arquitectura. Venturi observa que allí guardó más la medida que en Francia y que se manifestó más bien en la fantástica riqueza de la decoración que en la osatura arquitectónica. Así se explican las dos mil trescientas estatuas y las ciento treinta y ocho flechas del Duomo de Milán. El Renacimiento fué en Italia, pues, más que la resurrección, el remozamiento de la tradición clásica latina, debilitada en los siglos de las invasiones y en los predominios del estilo ojival, pero conservada en los monumentos literarios y plásticos, aunque desnaturaliza-

da, muchas veces, por la interpretación y el comentario medievales.

En general, este fué el carácter del Renacimiento en todo el Mediodía de Europa. Bajo la acción de la agitación espiritual que se inició en el siglo XIII y tuvo su culminación en los siglos XVII a XVIII, la literatura creó y pulió las lenguas romances, estableció el decoro del lenguaje, la jerarquía del estilo, la lógica del pensamiento, el reino de la retórica que es algo así como el módulo del arte literario de la edad de oro. La pintura y la escultura formaron las grandes escuelas jamás superadas, con la ciencia de la composición vinciana y rafaelesca, la suntuosidad de color de las escuelas de Venecia y de Madrid, la gracia virgiliana de la escuela francesa, la plenitud genial de Donatello y de Miguel Angel. La arquitectura creó las fábricas en que se advierte el sentimiento de la solidez unido al de la ligereza. La ascensión vertical del gótico, cuyas agujas y pináculos parecen disolverse en el cielo, se convirtió en cosa también aérea, pero adherida a la tierra y diferenciada, por el predominio de la línea horizontal, de la atmósfera que la envuelve. Un sentimiento de vida, de juventud, de alegría, de plenitud presidió este florecimiento de las artes en el antiguo mundo romano.

El Renacimiento germánico no utilizó, sino por excepción, la línea horizontal; no usó el dintel ni el arco en plena cimbra. Perseveró en el gótico; siguió construyendo la Catedral de Colonia, el domo de Francfurt, las iglesias de Colonia y Friburgo, los grandes piñones triangulares de los palacios civiles; restauró los castillos y casas fuertes y enriqueció los muros almenados y las torres y puertas de las ciudades con lacerías y molduras de nueva invención ojival talladas en la rojiza piedra renana. El cincel se hizo más ágil y suelto, las líneas más complicadas, los planos más movidos, pero la arquitectura se mantuvo engastada, triste, recogida, mística y guerrera a la vez. Los interiores permanecieron sombríos y los exteriores oscuros. Mientras el Mediodía restauraba los claros signos romanos, el mundo germánico seguía usando los cabalísticos signos góticos; mientras allá se cubrían

los muros con las graciosas y alegres fantasías renacentistas, un poco paganas en su exuberante fuerza de juventud, aquí se desnudaban los muros o se les adosaban losas sepulcrales y se pintaban sobre ellas fantasmales figuras de caballeros vestidos de hierro.

Todo esto concertaba con los foscos cielos del norte, con los cárdenos nublados, con la atmósfera gris, con la luz lívida que parece hecha para filtrar a través de los vitrales y rosetones donde aparecen, extáticas, sombrías figuras de apóstoles y santos gigantescos, e iluminar los frescos de colores atormentados, los tétricos retablos, los nichos y doseletes donde duermen misteriosas figuras o aparecen, en dolorosas actitudes, polieromadas imágenes talladas en piedra o madera. En las iglesias germánicas del Renacimiento se adivina la exaltada pasión y la inquietud de la Reforma, el misticismo militante y agresivo de Lutero, el humanismo melancólico de Melanchton, todo eso que ha quedado también impreso en las lúgubres “danzas macabras” de los pintores anónimos y en el sentimiento trágico de los cuadros de Alberto Durero y Holbein. Cuando, más tarde, el espíritu germánico quiso desarrugar el ceño, sólo encontró, como expresión de su alegría interior, el desorden de masas y las convulsivas líneas del estilo *rococó* y el sentimiento versallesco que Federico el Grande llevó a *Sans Souci*.

## II

### EL DUCADO DE MILAN

Mientras se admira la sabia geometría de la maravillosa cúpula de *Santa María delle Grazie* se puede pensar: Brunelleschi abrió el camino; pero el Bramante lo continuó y llegó hasta el fin, que es la plenitud del Renacimiento; Luciano de Laurana y Alberti fueron quienes desarrollaron su ingenio, su sensibilidad y su gracia. Cuando él vino a Milán, en 1472, llamado por Francesco Sforza, traía la visión de sus rientes construcciones de ladrillo rojo. La magnificencia

del Duque de Milán le permitió levantar la cúpula y la fachada de la Iglesia y construir el claustro, mientras trazaba la fachada y la capilla octogonal de San Ambrosio y la antenave de San Sático.

¡Qué época! Las inquietas repúblicas italianas, perdida la antigua libertad, eran presa de tiranos domésticos crueles y rapaces, pero amigos del arte, de la ciencia y del placer. “Cada ciudad tenía un tirano y cada tirano era un Mecenas”, dice un escritor. ¡Lujos, placer, guerra, rapiña! El amor se epilogaba con sangre y la sangre se restañaba con amor. En el refectorio de Santa María, frente a la Cena, hay una enorme composición mural de un pintor contemporáneo de Leonardo que representa la entrada de Ludovico Sforza en Milán. Agrio de color y enfático de composición es el polo opuesto del austero fresco vinciano; pero, sin embargo, la belleza y el lujo de las mujeres, la riqueza de los trajes masculinos y de los arreos de las cabalgaduras, el oro de los vasos y vajillas que llenan el suelo, la suntuosidad de las telas de las tiendas, el sabor oriental o mejor asiático de la escena revelan cuál fué la opulencia de la Corte de los Duques de Milán en los días en que el Bramante levantó la cúpula de la Iglesia y trazó la arquería del claustro, mientras Leonardo pintaba o soñaba frente al muro del refectorio.

La historia del Ducado de los Sforza, como la de todas las cortes y repúblicas italianas, es pintoresca y dramática. Recuerda, a veces, las composiciones suntuosas del Veronés, y otras, los trágicos frescos de Orcagna y Signorelli.

Francisco, el primer Duque, fué un condotiero, camarada de Colleone, que vendía su mesnada mercenaria, ya a uno ya a otro señor, hasta que, por cuenta propia, entró a saco en Milán, aventó la fugaz república ambrosiana y fundó su dinastía. Trajo con él a su mujer, Blanca Visconti, que, con los señoríos de Cremona y Pontromoli fué también botín de las guerras y revueltas realizadas bajo las banderas de Filippo, Duque de Milán, o bajo los gonfalones de Venecia y Florencia. Se instaló como un monarca oriental; la ciudad del Adriático había despertado en él el sentimiento

de lo pintoresco, y la ciudad del Arno el amor a las cosas bellas. Había aprendido a ser magnífico junto a su amigo, Cosme de Médicis, cuya bolsa estuvo siempre abierta para él, y había adquirido el gusto de rodearse de sabios y artistas. Las fiestas deslumbrantes de Venecia habían excitado su fantasía. Quería que su ínsula milanesa oscureciese a las repúblicas y cortes rivales. Llamó a Milán a artistas, humanistas y sabios; pobló la ciudad de iglesias y residencias principescas; restauró las murallas y los torreones; hizo del castillo una ciudadela inexpugnable y un palacio encantado.

Su hijo, Galeazzo María, que le sucedió a su muerte, heredó el espíritu de magnificencia de su padre; se rodeó de pompa y esplendor; vivió entre saraos y festines; las fiestas duraban semanas enteras y el pueblo presenció los torneos y cabalgatas más grandiosos y pintorescos que pudo concebir la imaginación de aquellos hombres sensibles al color, a la forma y a la música. Cruel y libertino, castigó sin piedad y ejerció el derecho de pernada. Llenó de oprobio a las principales familias milanesas e inventó los más atroces suplicios para someter a ellos a sus propios amigos. Sismondi dice que el de enterrar vivas a sus víctimas no era el más cruel. Desterró a su madre, Blanca Visconti, y no contento con esto la mandó asesinar. Se convirtió en el azote de sus súbditos, pero las dagas de Olgiatti y sus compañeros le acecharon. Una mañana de diciembre de 1476, al entrar en la Iglesia de San Esteban, rodeado por los embajadores de Ferrara y Mantua, los tres conjurados le apuñalearon y le tendieron muerto sobre las lozas del templo. Juan Galeazzo Sforza, hijo de Galeazzo María era un niño que tenía apenas nueve años, pero su madre, una Saboya, tomó la regencia del Ducado. Luis Sforza, el famoso Ludovico el Moro, que había sido desterrado por su hermano, regresó a Milán, se amparó de la voluntad de su cuñada, decapitó al favorito Cecco, tomó la regencia y casó al joven Duque con Isabel de Aragón. Las fiestas nupciales y las que le siguieron oscurecieron las más radiosas fantasías de los Médicis y de la corte de Roma. La imaginación de arquitectos, escultores, pintores, músicos y poetas convirtió a Milán, durante muchos días, en una ciudad

de ensueño. Leonardo de Vinci, que había sido enviado por Lorenzo de Médicis para ofrecer a Ludovico su ciencia y su arte, organizó estas fiestas. Cuenta Vasari que, en una de ellas, el propio Leonardo se presentó tañendo una lira de plata cincelada, obra de su imaginación y de su mano, cuyo sonido llenó de admiración al auditorio.

Juan Galeazzo ostentaba la corona ducal, pero Ludovico era el dueño de Milán. Por fin encerró a los Duques en el Castillo de Pavía, se apoderó del gobierno, y, para evitar conjuraciones, hizo dar veneno a Juan Galeazzo y se sentó en el trono con su esposa, Beatriz de Este. Su reino fué deslumbrante pero efímero. Arrojado de Milán por el Rey de Francia, recuperó su ciudad por breve tiempo. Abandonado por sus tropas mercenarias, traicionado por sus amigos fué hecho cautivo y encerrado en el castillo de Loches, donde agonizó durante diez días.

¡Vasto y terrible fresco este que reproduce la historia de los Sforza! ¡Pero hermoso también! Mientras los señores hacen la guerra y se dedican a la rapiña, al crimen y al amor hay en Milán una constelación de sabios, matemáticos, filósofos y artistas que trabajan para los Duques y la ciudad. En la Biblioteca Ambrosiana ha quedado la magnífica floración humanística de aquella legión de pensadores que escribían en los palacios y conventos en tanto se levantaban las fábricas de las iglesias, monasterios y fortalezas, y los escultores y pintores tallaban el mármol y la piedra y llenaban los templos con magníficas composiciones murales.

La escuela Lombarda, desprendida de la de Padua, alcanzó entonces su mayor brillo. Fundada en 1450 por Vincenzo Foppa, enriquecida por la influencia del Borgoñone y Antonello de Messina, afirmada por la acción del Bramante, agrupó, luego, una generación de artistas de la que fué centro Leonardo, cuando Ludovico el Moro le llamó a su lado. Solario, Boltraffio, Sodoma, Luini, Bramantino, Gaudencio Ferrari le formaron escolta y dieron brillo a la corte de los Sforza.

Por los tránsitos de Santa María paseó su melancólica figura el hombre misterioso a quien muchos miraban con es-

panto. Cuando Dante atravesaba las calles de Florencia la gente se volvía para decir: “Ese es el hombre que estuvo en el Infierno”. De este otro decían sus contemporáneos que poseía el secreto de la vida, sabía transmutar en oro los metales y era capaz de volar como las aves. ¡Pobre Leonardo! Ni dió con el elixir de la larga vida, ni con la piedra filosofal, ni su pájaro mecánico pudo desplegar las alas. Pero pintó el fresco que el tiempo y la incuria casi han destruído. ¡Cuánto le costó terminarlo! Fué una larga y angustiosa lucha. Sobre todo, una figura permaneció durante largos años con el rostro velado mientras en el alma del pintor iba, lentísimamente, apareciendo la visión inmortal que se advierte ya apenas en el muro del refectorio. Para admirar este ideal de suprema belleza hay que ir, como fué Maurice Barrés, a inclinarse ante la cabeza de Jesús que ha quedado eternizada en el cartón de la Galería Brera.

Cuando cae la sombra sobre el monasterio los tránsitos deben llenarse de fantasmas. De los antiguos frescos casi borrados, de los marcos de los cuadros, de los doseletes de mármol, de los nichos de piedra deben desprenderse caballeros, damas, mitrados, frailes como se les ve en las danzas macabras del *Spreuerbrücker* de Lucerna: Filippo Visconti, el primer Sforza, el cruel Galeazzo, Ludovico el Moro, Beatriz de Este, con sus séquitos deslumbrantes, convertidos hoy en polvo y nada. ¡Cuánta grandeza, cuánta pasión, cuánto crimen, cuánta invención y genio! El Bramante, desprendido del séquito, recorrerá los claustros y discurrirá bajo las bóvedas que él construyó, mientras Leonardo arrastrará su figura melancólica y doliente y se inclinará para descifrar los signos cabalísticos y las inscripciones herméticas de las losas sepulcrales. ¿Dónde está su obra? ¿Qué fué de sus sueños? En vano buscará la gigantesca estatua de Alejandro Sforza que los arqueros de Luis XII destruyeron con sus saetas. Apenas si reconocerá el profanado Cenáculo bajo la irreverente restauración, los descompuestos barnices y el cuarteado revoque.

La caravana de fantasmas emprenderá el camino hacia el castillo sforzesco; se encenderán las ventanas del palacio y



se sentirá el ruido de las armaduras, el choque de las copas de oro y plata y el rumor de los antiguos festines. Verdadera danza de la muerte. Resurrección de un mundo desaparecido que, a la hora de los espíritus recobra un instante la forma espectral, para volver, luego, al seno de las sombras y a la justicia de Dios.

### III

#### EN LA BASILICA AMBROSIANA

Cuando se desciende por la vía *S. Vittore*, que desemboca en la plaza de San Ambrosio, aparecen las torres cuadrangulares de la histórica basílica que, hace muchos siglos, se levantan sobre los techos de la ciudad de Milán, y, hacia el fondo, la cúpula octogonal que recuerda las graciosas construcciones del Bramante, especialmente la cúpula de la Iglesia de *Santa María delle Grazie*. Al llegar a la plaza, sombreada por los árboles que la limitan, surge, detrás del espacio abierto, la masa de ladrillo desnudo festonada de labrados sillares que, cuando los hiere el sol, adquieren el tono del oro viejo.

La vasta fábrica es como una gigantesca urna en la que se conservan arquitecturas, reliquias y recuerdos que proceden de las distintas épocas que se han sucedido desde los primeros siglos cristianos hasta nuestros días: mausoleos y sarcófagos romanos, restos de la primitiva iglesia fundada por el santo en el siglo IV, mosaicos de la V centuria, trozos de las diversas restauraciones realizadas a contar del siglo VIII, partidos arquitectónicos romántico-bizantinos, elementos de la época de transición al estilo ojival, huellas de los dos renacimientos, frescos del Luini, del Borgoñone y del Tiépolo, pinturas de Gaudencio Ferrari, joyas de los Visconti y de los Sforza, el gonfalon de Milán en cuyo campo se ve la imagen de San Ambrosio revestido con las insignias episcopales, empuñando el báculo, esgrimiendo las disciplinas, triunfador de la soberbia imperial y del cisma arriano que yacen en el suelo simbolizados por dos guerreros romanos vencidos.

Estas primitivas iglesias cristianas, de las que son tipos San Ambrosio de Milán y San Clemente de Roma, fueron erigidas sobre las antiguas basílicas civiles. Al levantarse los nuevos templos los arquitectos conservaron los atrios cuadrangulares porticados que servían a los negociantes de la ciudad para congregarse y dirimir sus pleitos.

Se accede al sagrado recinto por el vetusto pórtico, cuyo alero de teja proyecta ondulada sombra sobre el rojo paramento de ladrillo en el cual se abren cuatro arcos en plena cimbra. Traspuesto el abovedado dintel se penetra en el amplio atrio rectangular, rodeado de arquería, que parece defender el cuerpo del templo.

Cuando se recorren los enlosados tránsitos del vasto atrio, en cuyas bóvedas aparecen y se cruzan, en decorados resaltos, los nervios de los arcos que se apoyan en haces de robustas columnas, la grandeza y severidad del ambiente penetra el espíritu. La luz del cielo lombardo dora las piedras seculares, da tono ambarino a los mármoles, enardece el apagado carmín de los ladrillos y presta vigoroso claroscuro a los restos de arquitecturas empotrados en los muros: columnas, capiteles, mausoleos, urnas, piedras sepulcrales, trozos de frescos y arcaicas inscripciones. Desde los capiteles de las columnas que sostienen el pórtico ofrece sus prodigios la estilizada flora y acecha la fantástica fauna en que los talladores de piedra del siglo XII, con ingenuo pero fuerte sentimiento, mezclaron la mitología con la tradición cristiana y le agregaron el sentido supersticioso y mágico del medioevo.

Es aquella una plaza sagrada. En el fondo surge la fachada de la basílica flanqueada por sus dos torres cuadrangulares.

La de la derecha, recia y maciza, parece más que campanario atalaya de castillo roquero. Fué levantada en el siglo XIII y conserva el primitivo empaque medioeval. Sus pequeñas saetas revelan que fué aquélla tanto como campanario torre de defensa contra las sediciones de la ciudad. La otra torre es del siglo XII; su proporción y el sentido inventivo que introdujo el arquitecto en su propia decoración anuncian ya el primer renacimiento.

La asimétrica altura y el distinto carácter de ambas torres agregan una nota pintoresca a la austera fachada románica

de la basílica. El orden superior terminado en forma triangular, sin otro comentario en la piedra como no lo sea la cornisa sostenida por pequeñas arquerías oblicuas de resalto, está constituido por un arco central, acompañado, a uno y otro lado, por dos arcos descendentes, cuyas aberturas forman una gran *logia* aérea defendida por simples barandas de hierro. El orden inferior corresponde al claustro frontal del atrio porticado, que aticula así con la iglesia. Bóvedas de crucería, cuyas nervaduras están noble y sobriamente esculpidas, cubren esta parte del atrio. Junto a la puerta de acceso al templo se halla, adosado al muro, el bello sarcófago de Diciembre, tallado en mármol, sostenido por cuatro elegantes columnas de orden compuesto que reposan sobre un zócalo de piedra.

La puerta de acceso está flanqueada por dos haces de columnas y pilastras, algunas de las cuales conservan restos de decoraciones de carácter primitivo en que se adivinan figuras de santos bajo simulados doseles. Los fondos de oro, el rojo y el azul que mordieron la piedra subsisten en la desconchada materia. La puerta de madera fué ricamente esculpida por maestros del Renacimiento y en ella, como en las jambas y en el dintel, que son también de madera, se emplearon preciosos trozos de la primitiva ornamentación de la época de San Ambrosio. Se ven en los paneles curiosas anécdotas de la vida del santo, algunas de las cuales tienen la ternura y la poesía de aquélla, según la cual, cuando Ambrosio era niño y dormía en la cuna, un enjambre de abejas se posó junto a él. Las abejas entraban y salían de la boca del infante y luego se dirigían al firmamento, lo cual anunció ya la soberana elocuencia de la palabra del santo obispo. Los postigos interiores son de bronce, noblemente cincelados por el artista anónimo del medioevo que creó los ricos paneles formados por lacerías que encuadran, en forma simbólica, la corona de espinas, la cruz griega, los racimos de vid, la rosa mística y la paloma eucarística.

Pertenece esta iglesia al más noble estilo basilical lombardo en que el artista, sin desdeñar ninguno de los elementos del estilo románico bizantino, dió a éste nueva fuerza y más simple austeridad. Lo que es suntuosidad, invención y refinamiento en otros monumentos románicos es aquí sentimiento místico

y recogimiento monacal. La simple decoración comenta y da mayor expresión a las líneas y las masas arquitectónicas, pero sin agregarles engañosos efectos de óptica que las desnaturalizan o hacen de ellas lo que en realidad no son. Todo se ha obtenido con el cincel que esculpió la piedra, con la hachuela que trabajó el ladrillo o con las líneas geométricas que desarrollan sus motivos sobre coloreados fondos. La escultura romana del sarcófago que se halla debajo del púlpito, la arquería románico-bizantina que lo sostiene, los mosaicos que ornán el ábside, las simples y austeras cornisas que comentan los arquivoltas, los grandes paramentos lisos en que sólo se advierte el prestigio de la piedra y la artesanía que animó con vigorosa intención el rústico del ladrillo son los elementos que dan grandiosidad y fuerza al monumento.

Forman la basílica interior tres naves que apoyan sus bóvedas en haces de robustas columnas, en cuyos ricos capiteles románicos impostan los nervios de los arcos en plena cimbra, cuyos resaltes decorados, se interceptan en plicromadas crucerías. La nave central remata en un gran ábside circular, rodeado por la rica sillería del coro, en medio del cual se levanta el baldaquino con el altar mayor debajo del gran lucernario octogonal que derrama la luz que penetra por las polieromadas vidrieras. Dos órdenes de arcos formeros superpuestos limitan lateralmente la nave central y determinan en la parte baja las dos naves menores y, en la alta, series de tribunas que caen sobre aquéllas. El arco domina la fábrica con la fuerza expresiva de su línea enriquecida por los nervios en resalto y por la decoración de las archivoltas. Todo es reposo, serenidad y fuerza; todo da la impresión de permanencia y de que los siglos han pasado y seguirán pasando sin conmover la armoniosa solidez del monumento. Es aquel el triunfo de la geometría, del dominio del compás y de la escuadra; pero del dominio inspirado, que pone en el trazado y en la correspondencia de las líneas la vibración de la vida. Desde cualquier punto de vista que se contemple el interior del monumento la pureza del arco domina el conjunto y las líneas y las masas que se cruzan e interceptan aumentan la honda perspectiva que parece alejar al observador de las oscuras capillas, de las altas tri-

unas, del elevado coro, de la enrejada arquería que, debajo de éste, defiende la misteriosa cripta en que descansan las cenizas de San Ambrosio, el fundador, de San Gervasio y de San Protasio.

Esta iglesia fué levantada por el Santo Obispo en la cuarta centuria, pero, desde entonces hasta nuestra época todos los siglos han dejado en el monumento la huella de su paso. Preciosos mosaicos del siglo V representan a San Ambrosio, a San Víctor, a San Félix; los del ábside, que forman una vasta alegoría mística, son de época posterior; el púlpito es del año 1000; debajo de él hay un sarcófago romano de mármol en que el sabio cincel del artista esculpió una teoría de figuras que lo circundan; el baldaquino es del siglo XIII, pero las columnas que sostienen el dosel, de estilo románico-bizantino, son de la época del fundador a las que el siglo IX les agregó los ricos capiteles que las coronan. El altar mayor está revestido de oro y en el precioso metal, Volvino, en el ochocientos, repujó, en ingenuos pero expresivos paneles de oro, escenas de la vida de Jesús y la historia del santo. El Borgoñone cubrió un trozo de muro con una gran composición pintada al fresco que representa la disputa de los doctores con Jesús. No tiene la fuerza de los frescos del Palacio Brera, pero el maestro lombardo puso en la escena su sabia manera de componer, la variedad y nobleza de expresiones, su vigoroso realismo y su riqueza de color. El Luini pintó, también al fresco, un dramático camino de la Cruz, y Gaudencio Ferrari un descendimiento. En la sacristía hay un fresco del Tiépolo, elegante y hermosa perspectiva aérea que representa la apoteosis de San Bernardo.

Contrasta con la adusta masa de la basílica y con el severo atrio románico el pórtico bramantesco de la Canónica, que se halla frontero al templo. La luz entra a torrentes en el alegre claustro, cuyos arcos levemente rebajados, apoyados en esbeltas columnas de orden corintio, dan a la construcción algo de aéreo y diáfano. El sol reverba en los tránsitos, amplios y claros, cuya bóveda está interrumpida por los lunetos formados por las aberturas exteriores de la nave lateral del templo.

El recogimiento que se apodera del alma al ponerse en con-

tacto con las cosas y los recuerdos de los siglos medioevales sugiere ideas melancólicas relacionadas con la muerte; pero, en este ambiente de pleno Renacimiento esas ideas se transforman en impulsos de expansión y alegría. La arquitectura conserva su fuerza, su expresión y su belleza, y a ello la imaginación bramantesca ha agregado un sentimiento de juventud, de invención, de claridad, de elegancia, de amor y de vida. El radiante sol de Lombardía ha hecho madurar, como la mies en la espiga, estas piedras y estos rústicos de ladrillos con que el artista del seiscientos agregó una corona de gracia y de joven belleza a la austera basílica ambrosiana en que perdura el ascético espíritu del santo.

Nada hay que exprese mejor el carácter de Ambrosio como el mosaico de la basílica fausta que reproduce su imagen con infantil realismo. La cabeza, levemente inclinada hacia un lado con suave y dulce movimiento, la actitud llena de serena unción, la mano en que luce el anillo pastoral que parece proteger el ciborio que se adivina debajo de la túnica, símbolo de la fe de Nicea, hablan claro lenguaje. Quien mira con intensidad el ingenuo mosaico del siglo V no puede menos de reconocer al justo y prudente prefecto de la Roma imperial atraído a la fe cristiana y elevado a la dignidad episcopal por la inspirada proposición de un niño. Su sabiduría, su caridad, su ardiente fe que conquistó para la Iglesia a San Agustín y logró abatir, por la fuerza de la piedad y de la elocuencia, la herejía arriana y la soberbia de los emperadores, se adivinan en la imagen que creó el artista primitivo. En el Museo de Viena existe una suntuosa composición de Rubens, en la que aparece Ambrosio, revestido con las insignias episcopales, en el momento en que, con la cruz en la mano, detiene al emperador Teodosio, quien, con tres personajes, sube las gradas de la catedral de Milán para prender al Arzobispo. Van Dyck repitió la dramática escena en el cuadro que se conserva en la Galería Nacional de Londres; pero estas composiciones, con ser muy hermosas, como lo son las esculturas de Pedro de Mena, de Dietrich y de Permoser que reproducen la imagen del santo, no expresan con tan sencilla elocuencia como el mosaico bizantino, el carácter, a la vez tierno e inflexible del Prelado que detuvo

a! Emperador y logró su conversión, más que con el heroico gesto, con aquellas severas y paternales palabras: «Tú has imitado a David en su crimen; imítale en la penitencia».

El nombre y la gloria de Ambrosio se perpetúan tanto como en sus tratados en la venerable basílica que él edificó y que sigue desafiando los siglos desde el quieto y callado barrio de Milán donde levanta sus torres.

Milán, 1930





## Una escultura de Leonardo

UN día de 1816 llegaron a Cieza de Murcia, por la carretera de Madrid, que pasa por la antigua calle de Mesones, tres viajeros desconocidos. Eran extranjeros y no llevaban pasaporte. Los tiempos no eran para viajar sin pasaporte. Fernando el Deseado, después del largo cautiverio a que lo sometió Bonaparte, acababa de ser restaurado en su trono, pero aun estaba vivo el odio a los "franchutes", y con esta palabra el pueblo español, en aquella época, solía confundir a todos los extranjeros. Los desconocidos fueron llevados a las Casas Consistoriales y detenidos en la cárcel mientras llegaban sus papeles de Madrid. El alcaide de la prisión se hizo depositario del equipaje de los viajeros y de su minucioso registro. Aparecieron los papeles y se puso en claro la identidad de los desconocidos, y fué el caso de darles libertad y permitirles seguir viaje. Pero, al devolverles el equipaje, el alcaide de la cárcel les rogó le vendieran un pequeño Cristo de talla que llevaban y que había despertado su piedad. Se resistieron vivamente los viajeros, y agotados por el alcaide, que era murciano y testarudo, los recursos de persuasión, se apoderó *manu militari* del objeto deseado, entregando, en cambio, a los forasteros, veinte duros, cantidad muy superior al valor material de la imagen. Tuvieron que rendirse, quieras que no, los viajeros, al capricho del alcaide; montaron en sus mulas y se perdieron en la carretera que cruza los quebrados aledaños de Cieza. El devoto murciano se salió con la suya y el pequeño Cristo fué colocado a la cabecera del lecho patriarcal de la casona de Cieza.

Allí permaneció la imagen durante largos años y cuando el alcaide, ya anciano y achacoso, echó el último suspiro, en el

supremo trance, volvió los ojos, contrito, al Santo Cristo. La parva herencia del murciano pasó a sus hijos; pero la casa sclariega permaneció intacta con sus muebles y objetos, y la imagen quedó como reliquia del culto familiar. La segunda estirpe dió al traste con el hogar paterno; los nietos se repartieron los muebles y el Cristo de talla le tocó en suerte a uno de ellos, hembra ésta que, con su esposo, mozo de la tierra también, corrió poco después la aventura de América. Así llegó a Montevideo, hacia el año 1910, el Cristo que el alcaide de la prisión de Cieza adquirió de los desconocidos viajeros un día del año 1816.



Jamás soñó el alcaide, ni lo soñaron sus descendientes, que aquella pieza tuviera otro valor que el que le asignaba la piedad de la gente sencilla y devota, hasta que un día, ya en Montevideo, un artista vió, por azar, la imagen, y sorprendido por el hallazgo, indicó la conveniencia de que la escultura fuera examinada por personas expertas. El pequeño Cristo fué llevado y traído, sometido a repetidos estudios y peritajes y de todo ello se vino en cuenta de que se trataba de una joya de la más pura escuela del Renacimiento italiano, y hasta pudo establecerse que pertenecía al tránsito del siglo XV al XVI. El examen óptico y radiográfico reveló luego la existencia de innumerables signos e inscripciones en distintas partes de la imagen, y el estudio de los mismos llevó a quienes lo realizaron, a aventurar la hipótesis de que la escultura era obra original de Leonardo de Vinci, cuyo nombre, monograma de su academia de Florencia, y signos característicos, fueron revelados por la lente. La hipótesis bien valía un viaje a Europa, máxime cuando no hacía muchos años habían aparecido en Montevideo los cartones de la decoración del palacio Massini de Nápoles, originales de Rafael, que hoy posee el Louvre. La escultura fué sigilosamente llevada a Francia y sometida al estudio de eruditos y expertos.

George Tonnellier tuvo a su cargo el estudio de la preciosa

joya. Este eminente escultor fué el restaurador, en Francia, de ese admirable arte de grabar y esculpir la piedra fina que floreció en la antigüedad y que en la época del Renacimiento alcanzó gran boga en Italia y Francia. Tonnellier fundió el arte estatuario con la glíptica, y desde 1880 produjo obras admirables que lo consagraron como un verdadero renovador de las grandes tradiciones clásicas. Sus camafeos y estatuillas de jaspe, cristal de roca, calcedonia y ágata se hallan en todos los museos y colecciones de Europa. En el Salón de París de 1813 obtuvo la medalla de honor; declaración *hors concours*, fué miembro del comité y del jurado del Salón de los artistas franceses. Tonnellier es, además, una autoridad técnica a la que han recurrido los museos de Europa para someter a dictamen el estudio de obras escultóricas de difícil atribución. Este maestro estudió durante varios meses al pequeño Cristo y llegó a estas conclusiones que suscribió en un solemne documento fechado en París el 22 de junio de 1923: “Después de haber estudiado largamente un Cristo de pequeña dimensión esculpido en madera y de haberme rodeado de todos los documentos que tienen relación con los trabajos de la época del Renacimiento francés de 1500 a 1519, certifico reconocer la factura auténtica del maestro Leonardo de Vinci y afirmó haber levantado (*relevé*) los signos referentes a la firma de Leonardo de Vinci”.

Agrega en seguida M. Tonnellier haber “reconocido rigurosamente” cuatro signos grabados en la imagen que corresponden a Leonardo de Vinci, y cuyo dibujo, ampliado, incluye en el documento. El primero de ellos, hallado en un dedo roto de la escultura está formado por las iniciales del maestro y el signo de su academia. El segundo, situado sobre la cadera izquierda, es una inscripción en la que se lee distintamente la palabra “Vinci”; el tercero, sin duda el más importante, hallado en la parte del paño que pende a lo largo del muslo izquierdo, es la firma del escultor y dice con todas sus letras “L. Vinci”. Hay, por fin, un cuarto signo sobre el mismo paño que cubre la cadera derecha, y, debajo de él, una inscripción que dice: “A. M. N. Lyssa”

A pesar del sigilo con que se realizó el estudio de la imagen en París, el resultado a que arribó M. Tonnellier fué conocido

por algunas personas y la noticia llegó a divulgarse entre los expertos y anticuarios. El Museo del Louvre se interesó por adquirir la escultura y los anticuarios franceses se la disputaron. La identificación de la imagen creó a sus dueños una difícil situación, pues es sabido que la legislación francesa prohíbe la extracción del territorio nacional de obras artísticas de la índole del Cristo. Necesario fué afrontar los peligros de una extracción clandestina, favorecida, por otra parte, por el diminuto volumen de la obra. La imagen retornó a sus lares americanos donde había sido para sus dueños, hasta entonces, solamente objeto de piedad y devoción y una reliquia doméstica vinculada al recuerdo de la casa solariega de Cieza.

\*  
\* \*

Aun sin mediar las categóricas y solemnes afirmaciones de Tonnellier hechas en un documento público y el riguroso relevamiento y examen de los signos e inscripciones de Leonardo, la sola contemplación de la escultura predispone el ánimo a aceptar la excepcional alcurnia que le atribuyen los peritos. Se trata de una pequeña imagen de talía policromada, ejecutada en madera densa, que en su mayor extensión mide veinte centímetros y cuyo estado de conservación es bueno. El tiempo y los hombres han respetado la obra primitiva y nada hay en ella que no pertenezca a la mano del escultor que hace más de cuatrocientos años la ejecutó. El estofado, las pinturas, los barnices, aparecen patinados, pero intactos, salvo en algunos sitios donde la madera ha quedado al descubierto, sin duda bajo la acción del roce de los labios que, durante siglos, han besado la imagen. El Crucificado aparece sujeto a la cruz por cuatro clavos, siguiendo en ello la tradición de San Ireneo, que es la verdadera tradición de la Iglesia, alterada después del siglo XIII, pero restaurada por varios artistas del Renacimiento, entre ellos Velázquez y Rubens. La figura, como en casi todos los crucifijos renacentistas, no presenta más vestidura que el paño que envuelve la región lumbar, uno de cuyos extremos forma un lazo en la parte anterior. El otro extremo pende a

lo largo del muslo izquierdo. Un cordel trenzado sujeta el paño y ciñe las caderas de la estatuilla. La cabeza, coronada de espinas, se inclina levemente sobre el hombro derecho. El cuerpo, ya laxo, pende de los brazos que forman entre sí un ángulo cuyo vértice es el cuello. Las piernas dobladas están sostenidas por los clavos que horadan los pies.

Lo primero que sorprende y conmueve al contemplar esta escultura es la honda expresión que le infundió el artista. El dolor físico, el sufrimiento moral, la angustia de la agonía, el desamparo de la muerte, la laxitud del cuerpo y del alma, pero, sobre todo, la grandeza, la majestad y la suprema belleza del sacrificio del Hijo de Dios fueron aprisionados por el escultor en la inanimada madera que, bajo sus manos, tomó perdurable forma. El subyugante realismo con que fué realizada la obra hace más honda y viva la impresión que produce. La profunda humanidad de la figura contrasta con el sentimiento extrahumano que la anima. Admírase luego la insuperable maestría con que ha sido tallada. La materia, densa y dura, herida por el instrumento del escultor, adquirió la blandura, la suavidad y casi la transparencia de la cera. En esta obra está viva y palpitante la noble escuela del Verocchio, pero sutilizada por el discípulo, que le dió más hondura y complejidad. La precisión y elegancia del dibujo, la fuerza y expresión del movimiento, la insuperable blandura del modelado, la verdad anatómica llevada hasta el más diminuto detalle, en manos de Leonardo, se convierten en una maravillosa fuente de belleza. El arte humano no puede ir más allá. El Renacimiento culmina con el poderoso genio florentino. Sus obras podrán ser igualadas, pero no serán superadas jamás.

\*

\* \*

Toda inducción respecto a la autenticidad de esta obra de arte es extremadamente difícil, dada la forma fragmentaria en que la obra del maestro florentino ha llegado hasta nosotros. Leonardo, más que de la incuria de las edades que lo sucedieron, fué víctima de la diversidad de sus facultades geniales.

Cuando, a través de la tradición, de los vestigios y de la poca obra que ha salvado íntegramente a la destrucción de los siglos se considera la capacidad de aquel hombre excepcional, se piensa en lo que habría sido Leonardo consagrado a una sola actividad artística o científica. Si Rafael, muerto antes de los cuarenta años, realizó una obra pictórica gigantesca, ¿que no habría hecho Leonardo que vivió casi setenta años y conservó hasta el fin de sus días sus facultades y su capacidad de trabajo? Pero él, o los tiempos en que vivió, o los señores a quienes sirvió, le impusieron esa extraordinaria diversificación de trabajo de la que brotaron cuadros, pinturas murales, grabados, estatuas, libros y tratados, monumentos, iglesias, canales, puentes, diques, máquinas de guerra y hasta máquinas para hender los aires. Cuando se piensa en estos Mecenas que de tal manera estrujaron el cerebro de aquel maravilloso artista se justifica plenamente el melancólico pero dorado cautiverio que Felipe IV impuso a Velázquez en el Palacio Real, al cual la humanidad debe lo mejor de la vasta obra del discípulo de Pacheco.

La obra pictórica de Leonardo se ha perdido en buena parte y en otra ha sido bastardeada por torpes restauraciones. Felizmente, queda intacta la Gioconda del Louvre cuya enigmática sonrisa sigue desafiando los siglos. La Cena del Convento de Santa María de Milán hoy se conoce, más que por la obra original casi destruída, por las copias y reproducciones y por la cabeza de Jesús que conserva el Museo Brera.

La obra escultórica del maestro florentino está casi toda ella perdida. La estatua gigantesca de Francisco Sforza, que modeló cuando estaba al servicio de Ludovico el Moro, fué totalmente destruída. Las pequeñas esculturas en que parece fué pródiga su mano, sobre todo en los últimos años de su vida cuando se refugió en Francia y se confinó en el castillo de Cloux, se han perdido, o, como en el caso del pequeño Cristo de Cieza, permanecen sin ser identificadas. Vasari, que tantas informaciones recogió sobre las pinturas de Leonardo, es poco explícito cuando habla de sus esculturas. Adolfo Venturi, el crítico que con mayor profundidad ha estudiado al artista como escultor, afirmó, desde las columnas del «Times» de Londres, que la única obra escultórica que hasta el presen-

te puede considerarse como auténtica de Leonardo es la «Madonna de Segna». Agregó que las demás atribuciones son dudosas, incluso el bajo relieve «La discordia», generalmente aceptado como auténtico. Según Venturi, en la «Madonna de Segna» se advierte el estilo de Verocchio, pero pronto se identifica la mano y el sentimiento pictórico de Leonardo, que dan carácter diferencial a la obra.

El Cristo de Cieza, cuya breve historia he narrado, reproduce todas las características que Venturi halló en la «Madonna de Segna», incluso la huella del buril manejado con la mano siniestra, como lo hizo Leonardo desde que la parálisis inutilizó su mano derecha. Pero, a las peculiaridades de orden técnico, agrega tal fuerza de expresión, un sentimiento tan vivo e inefable, es tan pura la soberana belleza que el artista influyó a este trozo de madera divinizado, que basta poner en él los ojos para comprender que solamente una mano movida por una inspiración genial pudo tallarla.

Leonardo, en la famosa carta que dirigió a Ludovico el Moro, escrita en los días en que la corte de los Sforza oscurecía con su brillo a todas las otras cortes de Europa, escribió estas palabras que revelan la conciencia de su soberano genio: «Yo soy capaz de hacer lo que hace cualquier otro hombre, cualquiera que él sea». Y pudo agregar, tal vez: «Y lo que yo hago no volverá a hacerlo hombre alguno». Y eso que los hombres con quienes Leonardo tropezó en la vida se llamaron Miguel Ángel, Rafael, Verocchio y Donatello.





# Comentarios sobre Boileau

## I

### EL PRECEPTISTA Y EL POETA

**A**HORRA se lee poco o Boileau. No obstante, se le sigue citando de segunda mano, y aun se suele asociar su nombre al de Malherbe cuando se habla de las tradiciones clásicas francesas. Las citas de Boileau se reducen, por lo general, al tan manoseado alejandrino

Polissez-le sans cesse et le repolissez,

que sigue siendo un consejo sabio y prudente, o a aquel hemistiquio siempre de actualidad

Soyez simple avec art.

Estos son recuerdos del curso de humanidades o de inquietudes eruditas. En cuanto a la obra de Boileau pocos son los que afrontan la lectura de las densas páginas de poesía que contienen las Sátiras, las Epístolas y el Arte Poético: menos son aún los que se aventuran a leer "*Le lutrin*", los epigramas, las odas y las páginas de pulida y elegante prosa francesa con que dió forma a sus reflexiones críticas y morales.

Este desdén es injusto; Boileau es un escritor que puede ser presentado como modelo de la época en que el orden, la armonía, la medida y el decoro elevaron el lenguaje a su mayor perfección y crearon un arte escrupuloso y pulido que siempre será admirado, aunque haya dejado de interesar a los artistas. El poeta no vale menos. La lectura de los versos de Boileau, aun de los de la peor época, nos pone en comunica-

ción con el “más sensato, el más lógico y el más correcto de los poetas”, al decir de Sainte-Beuve. Y con esto, si queda hecho el cumplido elogio del poeta, queda también explicada la causa del desdén que por él siente nuestra época. Nada hay más contrario al sentimiento poético de los días que corremos que la sensatez, la lógica y la corrección. Los poetas se han echado hace tiempo a la espalda semejantes antiguallas y las han sustituido con la extravagancia, la contradicción y el más terrible desenfreno de la imaginación, la sensibilidad, y, lo que es más grave, de la forma. Y por cierto que con ello han alcanzado un éxito desconcertante. ¿Cómo exigir que, en pleno libertinaje poético, haya una voz que se levante para repetir las fórmulas del código que hace ya más de un siglo era reputado como instrumento de tiranía literaria y cuyas cláusulas fueron abolidas en nombre de la libertad?

Y, sin embargo, todo esto es exagerado. Eoileau, por lo general, es un preceptista amable y tolerante, y antes que nada, comprensivo. Nada más ajeno a su espíritu que la incompreensión y la intolerancia cuando se trata de escritores o poetas que realmente tenían talento. En estos casos llegaba a tolerar aún a aquellos que dejaban de ser clásicos, y adviértase que esto ocurría en el “gran siglo”, cuando el normalismo y la mesura eran báculos indispensables para el ejercicio de las letras. El poeta sabía perfectamente que el desorden literario suele ser bello, como así lo estampó al referirse a la oda:

Chez elle un beau désordre est un effet de l'art.

El no concebía al poeta, y en general al artista, como un simple artífice dueño de los secretos de la preceptiva. Las reglas para él eran medio, pero no fin. El don personal estaba por sobre toda regla y normalismo. Es así que su *Arte Poético* se inicia declarando que es inútil que un autor sueñe en realizar obra de belleza

S'il ne sent point du ciel l'influence secrète,  
Si son astre en naissant ne l'a formé poète.

Inútiles son en tal caso la preceptiva y las reglas, todo eso tan abominado por los poetas contemporáneos. Boileau lo declara con esa espiritualidad, esa fuerza inventiva, esa plasticidad de imagen, y, sobre todo, con ese pintoresco buen sentido que es uno de sus rasgos más personales, y que, a veces, sugiere la idea de un Sancho Panza poeta, doctor en humanidades,

Pour lui Phébus est sourd, et Pégase est rétif.

Pero agreguemos que si muchos rasgos de su espíritu lo aproximan al escudero inmortal, generalmente su ingenio raya a mayor altura. La elevación, si no es virtud constante en el poeta, no le es ni desconocida ni mucho menos inaccesible. A menudo llega a ella, y lo hace con majestuoso continente, como los más grandes poetas de su siglo.

A quienes no toleraba Boileau y para quienes reservaba los dardos de su ironía, cuando no de su desprecio, era a aquéllos que, con reglas o sin ellas, resultaban malos escritores y detestables poetas. Esta “*minúscula gens*” era más numerosa de lo que se supone en el “gran siglo”. Los que hoy son grandes nombres literarios tuvieron que tolerar y sufrir el contacto, y, a veces, el predominio de tales personajes. M. Amar, en su “Noticia sobre Boileau” que precede a la edición de 1843, dice que en aquella época “Chapelain era todavía el oráculo de la literatura; la Academia llevaba luto por Voiture, y Cottin era una especie de autoridad”.

## II

### LOS MALOS POETAS Y LA ANECDOTA

Boileau fué de los pocos que se rebelaron contra la ignominiosa tiranía de los malos poetas que infestaron la corte de Francia. Y para éstos no tuvo piedad. En el “*Discours au roi*”, al referirse a los cortesanos que cantaron al Rey Sol, dirige esta certera y envenenada flecha a Pierre de Peletier, pésimo poeta de la época:

Qui, je sais qu'entre ceuxqui t'adressent leurs veilles,  
Parmi les Pelletiers on compte des Corneilles.

Este desventurado Pelletier tuvo, sin embargo, el candor de incorporar a una recopilación de sus malos versos la Sátira II de Boileau, creyendo ver un elogio en una cita semejante a ésta.

A George de Scuderi, poeta y autor dramático de parecida calaña, le dice cosas lamentables, y concluye deplorando que tales escritos hallen

Un marchand pour les vendre, et des sots pour les lire.

Jean Chapelain, autor de una tentativa de poema heroico titulado "*La pucelle*", que gozó de gran boga en su época, se inmortalizó en los alejandrinos de Boileau, quien lo pone en solfa con extraordinaria gracia.

La Pucelle est encore une œuvre bien galante,  
Et je ne sais pourquoi je bâille en la lisant,

exclama con aparente candor. En la Sátira IV vuelve a recordar a Chapelain, pero esta vez es para hacer una despiadada crítica de su obra poética. En una nota puesta a la Sátira VII agrega que todos los versos de "*La pucelle*" parecen haber sido escritos a despecho de Minerva.

Perrin, Bonnecourse, Quinault, Pradon, la Serre, Colleret, Titreville, Coras, todos malos poetas de la época, desfilan en la Sátira VII azotados por el látigo de Boileau. A Saint Amand, autor del "Moisés salvado", le dedica en el Arte Poético varios sonoros y contundentes alejandrinos para enrostrarle su insolencia y audacia; a Scarron, sin importarle un ardite su amistad con madame Maintenon, le ridiculiza su "Gatomaquia", y para mayor ignominia asocia su nombre al de Assouci, "*pitoyable auteur qui a composé l'Ovide en belle humeur*", como lo dice en una de sus notas.

Los epigramas son aún más implacables. Amenazado de una lectura de Desmarest, le dice a su amigo Racine que se vengará leyéndole el "Clovis", poema del mismo autor,

“*ennuyeux à la mort*”, según el poeta. Al abate Cotin lo acusa de que para desacreditar su estilo le atribuye sus malos versos. Al desventurado Chapelain le escribe una cuarteta burlesca, a la manera de “*La pucelle*” para ponerla al final del poema. Y así con los demás autores mediocres de su tiempo. Toda la obra de Boileau está llena de picantes alusiones, de terribles burlas, de verdaderos sarcasmos no siempre justos, pero seguramente sinceros.

Podría deducirse de todo esto que Boileau tuvo el alma fría y vengativa y el corazón lleno de rencorosos sentimientos. Nada de eso. El poeta era hombre de sentimientos simples y generosos, y, a pesar de su espíritu satírico, fué capaz de ternura, como lo prueba la fraternal amistad que profesó a Racine, afecto que desborda en la correspondencia que con aquél mantuvo desde su triste refugio de Auteuil. Hay que creer a madame de Sevigné cuando dice que el poeta solamente era cruel en verso.

Pero aun en verso no siempre es cruel. Cuando trata de los poetas verdaderamente grandes, ¡con cuánto entusiasmo, con cuánta espontaneidad los elogia y los aplaude! El nombre de Corneille viene constantemente a su pluma rodeado de los más elevados epítetos; cuando nombra a Molière, y lo hace muchas veces, es para inclinarse ante su genio y aun para proclamarlo el poeta más grande de su tiempo; a Racine le otorga una aureola de admiración y ternura; Malherbe, Voiture, la Fontaine, son nombres que pronuncia con profundo respeto. En cuanto a los grandes poetas de la antigüedad, que fueron objeto de acerbos juicios de parte de Perrault, ¡con qué indignado acento y con cuánta elocuencia hace su defensa!

Los mismos escritores y poetas que sufrieron constantemente el azote de sus sátiras, cuando escribieron algo digno de elogio, lo obtuvieron, y cumplido, del poeta. A Perrault, a quien tanto fustigó en sus epigramas y en la Sátira X, concluyó por elogiarle honradamente lo mucho bueno que hay en sus “*Diálogos*” y en otras de sus obras. A Scudery le aplaudió algunos, es verdad que muy pocos, de sus versos. Y esto lo hizo con la misma espontaneidad y el mismo acento de convicción con que los combatía. Boileau ponía esa espon-

taneidad y esa severa honradez en todos sus juicios. Hasta el rey experimentó en carne propia los efectos de la sinceridad del poeta. Cierta día que Luis XIV le pidió opinión sobre unos versos que acababa de escribir le dijo: “Señor, nada es imposible para vuestra majestad; habéis querido hacer malos versos y lo habéis conseguido admirablemente”.

La obra poética de Boileau es un animado anecdotario de su época. Tipos, preocupaciones, costumbres, hábitos sociales, referencias truculentas o simplemente burlescas surgen a cada paso en sus epístolas, en sus sátiras, en sus odas, en sus epigramas, en sus tratados, todo mezclado y confundido con las reflexiones filosóficas y morales a que es tan dado. En esta parte de la obra hay mucho que espigar.

Lambert, el suegro de Lulli, músico famoso como su yerno, tenía el mal hábito de comprometerse a todo y jamás cumplir. La legendaria despreocupación de Lambert ha quedado inmortalizada en la Sátira III, en la cual el autor describe aquella famosa comida en que debió gozarse de la presencia de Molière y del músico.

Molière avec Tartufe y doit jouer son rôle;  
Et Lambert, qui plus est, m'a donné sa parole.  
C'est tout dire, en un mot, et vous le connaissez.  
Quoi! Lambert? - Oui, Lambert. A demain. - C'est assez.

En esta misma sátira el poeta acusa alegremente de envenenador a Mignot, famoso confitero de la rue de la Harpe, que tuvo su fama y fué “*chef de cuisine*” del rey y escudero de boca de la reina. Mignot sintióse herido en su honor profesional y demandó al poeta, pero los jueces rechazaron la demanda, diciendo que la pretendida injuria era una simple burla de la que el injuriado debía reír el primero. Mignot, para vengarse, hizo imprimir una sátira del abate Cottin contra Boileau y la difundió entre sus clientes, envolviendo en ellas las pastas de su confitería, las cuales alcanzaron desde entonces prodigiosa boga.

En la Sátira VIII, al hablar del poder del oro, escribe este verso:

L'or même a Pellison donne un teint de beauté.

Este Pellison era un personaje de quien un cronista dice que abusaba del derecho que tienen los hombres a ser feos. Y así por el estilo, toda la obra de Boileau está llena de datos, referencias y divertidas anécdotas.

Vauvenargues dijo, y no se equivocó, que Boileau estaba destinado a iluminar todo un siglo. Del siglo de Luis XIV al nuestro han transcurrido ya más de doscientos años y, sin embargo, la luz del poeta, aunque oscurecida por otras de mayor fulgor, no se ha apagado del todo, y es posible que nunca se apague. Acaso, como lo observa un crítico moderno, destruido el dogmatismo formal del poeta, ha quedado lo que, en realidad, había de grande y permanente en su obra, esto es, ese sentimiento de orden, de armonía, de proporción, de suprema perfección que él contribuyó a introducir en el lenguaje literario, y que aun subsiste para gloria de la lengua y de las letras francesas.





# Las paradojas de Juan Jacobo

## I

### EL PENITENTE DE LAS "CONFESIONES"

LAS "memorias" o "confesiones" hay que manejarlas siempre con cautela. La verdad se halla en ellas, muy a menudo, mezclada a la ficción, y el lector está constantemente en peligro de ser sorprendido en su buena fe. Lo malo es que, muchas veces, es imposible desprender una cosa de la otra, de tal manera están confundidas, y, fuerza es aceptar el testimonio del penitente, sobre todo, cuando han desaparecido ya los que fueron testigos de su vida o cuando se trata de aquellas cosas que, por realizarse en la intimidad de la conciencia, no admiten testigos. ¿Quién puede aceptar, sin cuidadoso examen, muchas de las páginas de las "Memorias de ultratumba"? Así los sucesos que describe Chateaubriand como los juicios que formula hay que controlarlos severamente, pues mucho de ello fué escrito para ser leído en las teatrales veladas del salón de la *Abbaye-aux-Bois*, debajo del dosel erigido en honor del patriarca del Romanticismo, y en presencia de los contertulios de Madame Recanier. ¿Acaso el admirable artista dijo siempre la verdad? ¿Es qué René se vió siempre a sí mismo y vió a los demás como realmente eran? Las Memorias de Saint Simon han gozado fama de veraces; pero, ¿todo cuanto dice el ilustre escritor será realmente la expresión de la verdad? ¿Es que aún el texto de aquéllas será, en todas sus partes, el que escribió el agudo pintor de la corte de Luis XIV? Preciso es no olvidar que las Memorias de Madame d'Epinay fueron pérfidamente aderezadas a su gusto por Grimm y d'Alembert sobre el original de la musa de *L'Hermitage*.

Al leer, precisamente, las “Confesiones” de Juan Jacobo, el amigo de Madame d’Epinay y el huésped de *L’Hermitage*, llama la atención aquella página en que el penitente declara que sus confidencias las escribe de memoria y ya viejo y que, cuando sus recuerdos aparecen imperfectos o imprecisos, llena las lagunas con detalles que él imagina en sustitución de aquellos recuerdos; que así le ocurre embellecer, con ornamentos ilusorios, muchos de los episodios de su vida, especialmente los que se refieren a los días en que le sonrió la dicha, y que escribe sobre las cosas olvidadas como le parece que ellas deben haber sido o como ellas, tal vez, fueron. La imaginación del penitente prestó así a la verdad, según confesión propia, “encantos extraños”, lo que quiere decir que esta verdad de Juan Jacobo es una verdad a medias, una verdad estilizada, y, en ocasiones, probablemente, no es una verdad.

Así se explican los errores, anacronismos, inexactitudes y contradicciones con que se tropieza, a cada paso, en las “Confesiones”, y ello lleva también a considerar, con mayor desconfianza, aquellas confidencias de orden psicológico que se refieren a la intimidad moral e intelectual del sujeto.

Por ejemplo, es difícil dar crédito a la repetida afirmación que hace Juan Jacobo de que contantemente luchó con grandes dificultades para concebir, organizar y coordinar las ideas, y, sobre todo, para expresarlas, ya fuera en forma oral o en forma gráfica.

Quien conozca menudamente el repertorio bibliográfico de Rousseau, y conozca, además, la vida accidentada y varia del escritor no llegará a comprender cómo este hombre que, en un arrebató de soberbia lírica, exclamó: “yo dispongo como amo de la naturaleza entera”, pudo experimentar dificultad, siquiera fuese transitoriamente, para pensar, escribir y hablar. Cuando se viaja espiritualmente a través del siglo XVIII no se tropieza con otra figura como no sea la del melancólico ginebrino, ni se oye otra voz como no sea la de él. Los hombres de aquel siglo la oyeron hasta ensordecen, y, hoy todavía, aunque apagada por los años y la distancia, se la suele escuchar si se afina el oído para percibir las voces del pasado.

Este es el hombre que se queja amargamente de la imperfección de su entendimiento y de los terribles esfuerzos que se veía obligado a hacer para pensar, escribir y hablar.

Las “Confesiones” no pueden ni deben ser utilizadas sin tener a la vista toda la obra del autor, y, especialmente, los preciosos diálogos que él tituló: “*Rousseau, juge de Jean Jacques*”, en los cuales trazó, de mano maestra, ya en el ocaso de la vida, la semblanza moral del hombre, del escritor y del filósofo. En estos diálogos el autor escribe también, menuda y extensamente, sobre su organización mental, e insiste en afirmar que ella le hizo vivir, constantemente, así lo dice, “pensando poco y soñando mucho”.

No hay duda de que soñó mucho; Sainte-Beuve, quién, aunque no lo reconozca, es su discípulo sentimental, dijo, con razón, que fué él quién descubrió el ensueño, “ese nuevo encanto que se había abandonado como una singularidad a La Fontaine y que él introdujo decididamente en una literatura hasta allí galante y positiva”. No hay más que penetrar las páginas de sus libros para sentirse poseído por el hechizo de esa vida artificial, pero profundamente intensa, que él fué capaz de crear alrededor de los seres y las cosas, y para sentirse también embriagado con ese filtro que él arrebató a la naturaleza para derramarlo sobre sus ficciones y fantasías. Juan Jacobo fué, además, un enfermo de la sensibilidad, verdadero hombre de decadencia en esto. Toda su obra está como saturada de esta mórbida sensibilidad dispuesta a exaltarse ante cualquier circunstancia. Hume, que fué su amigo y le conoció a fondo, resume su juicio sobre él con esta conclusión: “Solamente sintió durante toda su vida”. En este juicio sólo sobra una palabra: solamente. Pocos hombres han soñado y sentido y han hecho soñar y sentir como él; pero este hombre, además de soñar y sentir, pensó, construyó sistemas y realizó una obra de innegable valor subjetivo y objetivo. Con ser, pues, excepcional su poder de ensueño, y serlo también su sensibilidad y su aptitud para sustraerse a la realidad ambiente y planear en el mundo de la fantasía, no se puede negar la fuerza excepcional de su pensamiento y la eficiencia de sus funciones de relación. Ya que no su admirable defensa de los “Diálogos”, que revela en el autor la

existencia de un agudo sentido jurídico y de un poder dialéctico sin ejemplo, recientes descubrimientos demuestran que en este soñador había también un hombre práctico que nada tiene que ver con el legendario Saint-Preux, y, en cambio, se aproxima mucho al tipo corriente en la inmoral burguesía de la época que, cuando peligraban las comodidades y los hábitos egoístas, encontraba arreglo fácil hasta en las situaciones que más comprometen la dignidad del hombre. ¡Cuánta tristeza y miseria hay en los papeles íntimos de Madame Warrens, que hace poco fueron descubiertos, y en los recuerdos que pueblan “Les Charmettes”, ese templo de las románticas peregrinaciones a Chambéry!

## II

### LAS INCAPACIDADES DE ROUSSEAU

Las páginas que Rousseau consagró a describir su pretendida dificultad para pensar son, con todo, de honda introspección psicológica. Dice el penitente de las “Confesiones” que hay en él, junto a un temperamento ardiente y de pasiones vivas e impetuosas, un entendimiento perezoso y una gran lentitud en el nacimiento de las ideas, las cuales, jamás se le presentan claras y definidas desde el primer momento. “Se diría que mi corazón y mi entendimiento no pertenecen al mismo individuo”, exclama. En suma, Rousseau afirma que hay en él un predominio absoluto de la sensibilidad sobre todas las funciones del entendimiento, y que, este predominio es tan acentuado, que llega a perjudicar, seriamente, el proceso de la ideación. “Yo siento todo y no veo nada. Me siento transportado; pero estúpido”. “Lo sorprendente, agrega, es que tengo, sin embargo, tacto bastante seguro, penetración, aún fineza, siempre que se me dé tiempo para ello; hago excelentes “impromptus”, despacio; pero, en el instante, jamás he hecho ni dicho nada que valga la pena”.

Nada más pintoresco que la figura de que se vale en las “Confesiones” para expresar la forma en que las ideas se

concretaban y coordinaban en su entendimiento cuando se proponía escribir o hablar. Dice que ellas se organizan primero en su cabeza con increíble lentitud; circulan sordamente; fermentan hasta conmoverlo, darle fiebre y palpitaciones; y en medio de esta emoción no ve nada, netamente, ni podría escribir una sola palabra; “es necesario esperar”. Y aquí viene la figura. “¿No habéis visto alguna vez la ópera en Italia? En los cambios de escena reina sobre esos grandes teatros un desorden desagradable que dura bastante tiempo; todas las decoraciones están mezcladas; se ve en todas partes una confusión que da pena; parece que todo se va a desplomar. Sin embargo, poco a poco, todo se arregla, nada falta, y nos sentimos sorprendidos al ver suceder a este largo tumulto un espectáculo maravilloso. Pues esta maniobra es, más o menos, la que se realiza en mi cerebro cuando quiero escribir”.

“Mis manuscritos, agrega en los “Diálogos”, llenos de tachas, de borrones, indescifrables, comprueban el esfuerzo que me han costado. No hay uno que no me haya sido necesario transcribir cuatro o cinco veces antes de darlo a la imprenta”. Esta dificultad para escribir alcanza también al género epistolar del cual jamás, según él, pudo tomar el tono, y cuyo ejercicio le causaba suplicio.

Esta pretendida incapacidad para pensar rápidamente y para escribir le hizo odiar, también, siempre según él, la conversación. Dice que en un círculo de personas o en presencia de un simple interlocutor se sentía intimidado. La turbación agravaba su incapacidad de entendimiento, al extremo de privarlo del “talento de la conversación”, aptitud tan apreciada en su siglo. “Es bastante que sea necesario que yo hable, afirma, para que, infaliblemente, diga una tontería”. Y agrega con cómico mal humor: “Lo que hay de fatal en esto es que, en lugar de saber callar cuando nada tengo que decir, sin duda para pagar cuanto antes mi deuda, experimento el furor de querer hablar... Queriendo vencer u ocultar mi ineptitud, rara vez dejo de mostrarla”.

Este hombre que se queja de dificultad para pensar es el que con su pensamiento conmovió a su siglo y preparó la revolución que hizo presa de la sociedad primero, de las almas

después, para prolongarse casi hasta nuestros días. Este hombre que se queja de dificultad para escribir fué quien llenó millares y millares de páginas con su estilo denso y desordenado pero terriblemente plástico; quien, al decir de Sainte-Beuve, es el escritor que hizo progresar más la lengua francesa, o el que, al menos, le hizo experimentar la más grande revolución producida después de Pascal. Este hombre que se queja de su ineptitud para cultivar el género epistolar es Saint-Preux, el desmelenado, torrentoso y multiforme corresponsal de la "*Heloise*", el que se carteo con todos los personajes de su época y cuya correspondencia llena ya veinte volúmenes sin que haya sido publicada toda ella. Este hombre, por fin, que se queja de falta de ingenio para conversar es Juan Jacobo, el fascinante Juan Jacobo, el amigo y protegido de Madame Warren y de Madame d'Epinau, el hombre de *Les Charmettes* y de *L'Hermitage*, el amigo de Voltaire, de Diderot, de Grimm, de Hume, de Saint-Lambert; el "solitario" que pasó por los salones del siglo XVIII despertando la curiosidad, la admiración y el odio de la gente.

No ha habido muchos hombres que hayan pensado, escrito y hablado tanto como él; la filosofía, la religión, la política, la sociología, la economía, la administración, la educación, la literatura en todos sus géneros, las artes en todas sus ramas se hallan tratadas en sus libros y escritos. ¿Sobre que sector de conocimientos, sobre qué esfera de la literatura y del arte no planeó este espíritu universal? Amiel, otro que se queja también de dificultad para escribir, dice en su "Diario Intimo": "Rousseau es predecesor en todo: creó el viaje a pie antes de Töppfer; el ensueño antes de René; la botánica literaria antes de Jorge Sand; el culto de la naturaleza antes de Bernardino de Saint-Pierre; la teoría democrática antes de la Revolución de 1789; la discusión política y la discusión teológica antes de Mirabeau y de Renán; la pedagogía antes de Pestalozzi; la pintura de los Alpes antes de Saussure; ha puesto de moda la música y despertado el gusto de las confesiones; ha hecho un nuevo estilo francés". Y agregamos nosotros: como si el lenguaje oral y escrito fuera poco para él, usó también el lenguaje musical, y para ello inventó una nueva notación y creó una técnica personal, y

se adelantó a “la música del porvenir” al lograr en sus óperas la perfecta correspondencia fonética entre la letra y la música. El hombre que realizó esta obra gigantesca y de quien se dicen todas estas cosas, confiesa haber sufrido incapacidad de entendimiento y exclama en sus Memorias con amargura: “*N’étant pas un sot, j’ai cependant souvent passé pour l’être, meme chez les gens en état de bien juger*”.

### III

#### LO CONTRADICTORIO

Esta página de la autobiografía de Juan Jacobo, como muchas otras, no corresponde, seguramente, a la realidad. En esto, como en todo, el escritor da muestra de su ambición desordenada y de su orgullo; porque de haber gozado de mayor potencia creadora de la que gozó, ¿a dónde habría llegado su genio? ¿Qué cosas habría realizado? ¿Qué palabras habría escuchado el mundo? ¿Qué ideas y concepciones habría entregado a la controversia de los hombres? Es preciso no olvidar, y es él mismo quien nos lo recuerda, que “su mala cabeza” no lograba someterse a las cosas reales y necesitaba de las cosas imaginarias para crear. “Si quiero pintar la primavera, dice, es necesario que sea invierno; si quiero describir un hermoso paisaje es necesario que me halle cercado de muros; y he dicho cien veces que, si alguna vez me llevan a la Bastilla, haré, entonces, el cuadro de la libertad”.

En estas palabras está todo Juan Jacobo y ellas revelan el origen psicológico de su gusto por la paradoja. Así se explica que él que no quería que las miserias de su vida fuesen objeto de diversión para nadie, confió, sin embargo, al público, hasta sus más secretas intimidades. En las “Confesiones”, en los “Diálogos”, en las novelas, en los ensayos y tratados, en la correspondencia, en las notas, apuntes y aclaraciones, en todo cuanto escribió se advierte su necesidad de confidencia, su perpétuo estado de confesión que no se detenía ni ante las mayores locuras y absurdos pues con ello creía lograr, sin duda, su ambición de ser el pintor de la naturaleza

y el historiador del corazón humano. Así se explica que él que conoció el amor, la amistad, la fortuna, la gloria; él que fué mimado y adulado por grandes y pequeños haya hecho de su vida una epopeya de dolor y desventura y se haya exhibido, ante sus contemporáneos y ante la posteridad, como perpetua víctima de la injusticia y de las pasiones de los hombres. Así se explica que este hijo legítimo y predilecto de un siglo escéptico y ateo, de quién Diderot dijo que se vió siempre “*ballotté de l’athéisme au baptême des cloches*”, arremetiese contra la filosofía enciclopedista y se abroquelara en el espiritualismo, y aún en el cristianismo, para defenderse del ateísmo de Diderot, del sensualismo de Condillac, Tracy y Cavanys, del escepticismo de d’Alembert, de la incredulidad de Holbach, del materialismo, en fin, despreocupado y libertino de Voltaire. Así se explica que este enciclopedista y tráfuga de la Enciclopedia conservase una sensibilidad religiosa capaz de exaltaciones que lo llevaron, por sucesivos episodios, a veces un poco convulsivos, del protestantismo al catolicismo, con largos interregnos de duda esencial en que profesó una especie de pragmatismo humanitario que él pretendió hermanar con el cristianismo primitivo.

La vida religiosa de Juan Jacobo es un conjunto de paradojas. Lo llevaron a la Bastilla y no fué precisamente el cuadro de la libertad el que allí trazó como lo había anunciado. Se entregó más bien a reflexiones filosóficas, cuasi religiosas por no decir místicas. Pierre Maurice Masson estudió las crisis religiosas de este espíritu contradictorio que se desarrollaron dentro de un concepto egocéntrico. “En el Paraíso de Juan Jacobo, dice, Dios mismo desaparecería directamente para dejar solo a Juan Jacobo”. Es un original creyente éste que la da contra la filosofía incrédula de su época, pero usa de sus argumentos para atacar los milagros; que declara que los Evangelios no han podido salir de manos humanas, pero que duda de la Revelación; que teme al Infierno y creyéndose en peligro de muerte hace profesión de fe escrita; que abjura en 1745 la religión católica que había abrazado en 1728. ¿Qué había en el fondo de este espíritu? Jules Lemaitre llega a la conclusión de que su “acento” es más bien católico que protestante. Masson le reconoce un catoli-



cismo “*d'accoutumence*”. Del balance de sus negaciones y afirmaciones, de sus dudas y contradicciones surge una vaga religión sentimental, cosa de sensibilidad y de ensueño, dulce arrobamiento místico, pero falto de disciplina y carente de entendimiento y de dogmática. Con todo, no se puede menos de mirar con simpatía a este filósofo que, colocado en medio de un siglo incrédulo y libertino que confundió la religión y la filosofía con las matemáticas y las ciencias naturales, que negó y se burló de la moral, confesó siempre su fe en Dios, aconsejó la perseverancia y proclamó, con la virtualidad de la religión cristiana, el triunfo del espíritu sobre la materia.

Hay dos Juan Jacobo: uno, el verdadero, que habitó la tierra, ciudadano de Ginebra, vecino de París, huésped de *les Charmettes* y *l'Hermitage*, viajero ante el Eterno, pensador y escritor extraordinario que llenó su siglo con su obra, y cuya influencia permaneció y permanece más allá de la muerte y del tiempo. Sainte-Beuve dijo que los hombres de su generación, antes de ser los hijos muy indignos del noble René, son, con mayor seguridad, los nietos del burgués Rousseau. El linaje no se ha extinguido aún y sus descendientes espirituales siguen siendo numerosa legión. El otro Juan Jacobo fué un ser incomprensible y absurdo, perseguido de Dios y de los hombres, protagonista de los más bizarros dramas, habitante de otro mundo, fruto de la frenética imaginación y de la exaltada sensibilidad del penitente de las “*Confesiones*”, que, no obstante ser un ente de razón, una creación quimérica, ha dejado también sobre la tierra una larga y triste descendencia.



# Comentarios sobre Walter Scott

## I

### EL "BORDER MINSTREL"

CUANDO se leen las novelas de Walter Scott no parece sino que vemos al autor rodeado de sus libros de historia, de sus diccionarios, de sus enciclopedias, de sus cuadernos de apuntes donde todo está cuidadosa y minuciosamente clasificado. Allí ha copiado, con paciente ardor, baladas y viejas canciones, poesías y textos latinos, descripciones geográficas, relatos tomados de miniados códices, de amarillentas memorias, de desvanecidas informaciones, de apolillados infolios hallados en los archivos de las parroquias y de los antiguos condados ingleses. Pero hay aún más; junto a la sala de trabajo del novelista y, acaso, en la misma sala, hay una curiosa colección de objetos: patinosos cuadros, retratos de guerreros y nobles damas, amarillentos grabados, antiguos mapas y globos terráneos, cofres historiados, apagados tapices, armaduras, panoplias, reliquias de arquitectura gótica: labrados capiteles, fragmentos de archivoltas o de calados triforios, trozos de vitrales, restos de sillerías de coro, verdadero almacén de antigüedades en que todo se halla también cuidadosamente catalogado, con sus rótulos escritos en clara y pulcra letra. Hay algo más todavía. La habitación en que escribe el novelista es una majestuosa sala de apuntada bóveda, cuyos muros están cubiertos de viejas y ricas maderas ensambladas sobre las cuales cuelgan tapicerías que representan escenas caballerescas, y en cuya pared principal se alza una alta chimenea gótica en que arden grandes troncos de encina. Desde las ventanas de esta sala, y aún desde la misma mesa de trabajo, se ven los muros del castillo: apiñonados mojinetes que

ocultan grises techos de pizarra, un almenado torreón, pasajes aspilleros, caminos de ronda y el parque señorial, trazado sobre aquel maravilloso paisaje del *Border*, con sus verdes y empinadas colinas, con sus frondosos bosques, con sus espejadas lagunas, con su murmurante río, con sus románticas cascadillas, con sus lejanas montañas. Admirable ambiente para soñar y retroceder en el tiempo y en el espacio hacia épocas que, si no fueron mejores que las actuales, las ha revestido la historia de la poesía que se halla en el silencio y la soledad de los arruinados castillos y abadías y de los viejos cementerios escoceses.

Sobre la mesa señorial están las cuartillas que el autor debe llenar ordenada y metódicamente. Junto a ellas se halla el plan o el esquema del proyectado libro. Al autor no le preocupa la extensión ni la complicación de la fábula, la multiplicación de los personajes, la sucesión incontable de las escenas. Todo se construirá concienzudamente, y se desarrollará sin apremio. No ha de ser sacrificada ninguna descripción por accidental que sea, ni uno solo de los antecedentes de los personajes por insignificante que parezca, ni los rasgos más nimios de sus caracteres, ni un diálogo trivial, ni siquiera una nota o una aclaración sobre el origen histórico de los sucedidos, ni una referencia erudita a las tradiciones o consejas que allí se evocan. El novelista, por lo general, no tiene prisa en terminar su novela; tampoco se preocupa de que el numen o la inspiración lo visiten. Todo ello vendrá si viene, — y confesemos que muchas veces viene —, pero si no, es lo mismo, la pluma correrá ágilmente sobre las cuartillas, sin más interrupciones que las necesarias para que el escritor consulte sus diccionarios, sus enciclopedias, sus cuadernos de apuntes, su almacén de antigüedades.

Así, pues, ha de comenzar el novelista por pintar un gran telón de fondo, en el que nada ha de ahorrarnos. Para eso está allí el admirable paisaje del *Border*, *the land of Scott*, el país del Tweed y del Teviot, el verde valle donde se levanta el castillo de Abbotsford con sus bosquecillos, sus colinas y sus sendas; con sus murmurantes corrientes de agua; a un paso de la melancólica abadía de Melrose y de su antiguo cementerio, y apenas a una hora del país de Edimburgo, la ciu-

dad romántica de las viejas casas pardas que parecen castillos, del Holyrood poblado de sagrados recuerdos de la época de los Estuardos. Y como la fantasía del autor es vivaz y despierta, solamente basta imaginarlo para que aparezca el misterioso paisaje de las tierras altas, la *highland* con sus montañas, sus torrentes, sus valles, sus lagos y cascadas, sus selvas y sus campiñas, o los panoramas de Inglaterra, la *greenland*, poblada, también toda ella, como la vieja Escocia, de lagos, cascadas, bosques, castillos, abadías y leyendas.

Además, el autor tiene allí su inagotable *atrezzo*. Si ha de pintarnos un castillo feudal, un palacio, una antigua abadía, un burgo rural, ya le tenemos detrás de los cristales de su ventana o frente a sus grabados que han de darle la visión romántica del paisaje; pero esto no es bastante; el descubrirá en su museo trozos de tallada piedra que le ayudarán a describir los torreones aspilleros, las barbacas, el puente levadizo, la torre del homenaje, el salón de la guardia, los pasadizos secretos, los salones, las alcobas, las naves ojivales, los claustros; le veremos allí recoger del suelo un yelmo, y una cota, y una loriga, y un cincelado peto, y una lanza de torneo, y un recamado escudo, y una ballesta, y un arcabuz, y una cruz abacial, y examinarlo todo con la atención con que un naturalista mira sus ejemplares zoológicos. Todo ello pasará en seguida a las cuartillas, animado por la imaginación del novelista que ha creado ya la visión del castillo, o de la abadía, o del palacio, o del burgo, con sus habitantes, sus servidores y su paisaje. Allí situará sus personajes vestidos con su pintoresca indumentaria, y construirá las escenas, y los diálogos, y la acción, y, cada vez que sea necesario, nos ilustrará, menudamente, sobre linajes, biografías, caracteres y hechos históricos, y nos describirá batallas y combates, torneos y juicios de Dios, aventuras y hazañas caballerescas, ceremonias litúrgicas, y, a menudo, nos remitirá a las eruditas notas del apéndice, donde hallaremos citas y textos antiguos, a veces en latín, que abonan la exactitud del cuadro novelesco.

Si en lugar del paisaje físico y moral histórico se propone pintar escenas, caracteres y episodios de la vida contemporánea urbana o campesina, entonces, el novelista abandonará las artesonadas salas de Abbotsford; tomará la diligencia

y recorrerá los caminos, las aldeas y las grandes y pequeñas ciudades; se lanzará a las calles, penetrará, como luego lo hizo Dickens, en las posadas, en las tabernas, en las boticas, en las casas y en los zaquizamíes; todo lo observará con morosa curiosidad y, de aquí y de allá extraerá preciosos croquis de fondos urbanos o rurales, curiosos personajes, muchos de ellos genéricos, como los campesinos, cuya alma escudriñará con interés de psicólogo, o excéntricos que le darán motivo para hacer derroche de ingenio y buen humor, y también de *humour*, pues este incitante elemento no puede faltar en un novelista inglés. Pero también en estas novelas contemporáneas, al hacernos conocer los caracteres y costumbres, no desperdiciará ocasión para referirse al aspecto tradicional y buscar, así, la relación entre las épocas, los hombres y los sucesos.

Terminada la obra revisará concienzudamente sus capítulos y se complacerá en exornarlos con vistosos acápites: estrofas de antiguas baladas escocesas y canciones de la Edad Media, versos latinos, estancias de poetas ingleses. Todo esto corresponde admirablemente al texto, y es como el anuncio y compendio de lo que en él se contiene. A veces resulta ingenuo y demasiado simple, como en el caso de la introducción de "El Pirata", o en algunos capítulos de "El Anticuuario", pero otras veces resulta patético, como en el caso del capítulo XXII de "El Abad", en que se describe la dramática escena de la abdicación de María Estuardo, a cuyo frente el novelista puso los versos de Ricardo II:

I this heavy weight from off my head,  
And this unwieldy sceptre from my hand;  
With mine own tears I wash away my balm,  
Whit mine own hand I give away my crown,  
With mine own tongue deny my sacred state,  
With mine own breath release all duteous oaths.

## II

### NOVELA E HISTORIA

¡Admirable escritor y admirable procedimiento! El posee todas las armas del lenguaje y del estilo: un lenguaje digno,

lleno de decoro y elevación, capaz del énfasis y del enterneamiento; de la grandeza épica y de la jovialidad humorística. Un estilo personal e inconfundible que alcanza la majestad clásica, sin apartarse de la sencillez aun en los pasajes heroicos.

Su propósito no es solamente deleitar; como buen hijo de su pueblo quiere, también, enseñar y edificar. Su docencia es profundamente humana. Porque además de ser siempre interesante cuanto enseña, lo hace con un sentimiento tan personal e íntimo, en forma tan honrada y gráfica, y tan viva y animada que, con razón, un escritor contemporáneo que está muy lejos de él, pero que tiene hoy muchos lectores dice, refiriéndose a las escenas de una de estas novelas históricas, que “para quien las haya leído cuando niño o mozo, han quedado para siempre como más íntimamente verdaderas que la verdad histórica, pues en algunos raros y benditos casos, la hermosa leyenda triunfa sobre la realidad”. “¡Cómo hemos amado todas estas escenas, continúa, en nuestra calidad de seres humanos, jóvenes y apasionados, cómo las hemos grabado gráficamente en nuestro ánimo, cómo las ha rodeado de compasión nuestra alma!”

Siempre ha sido un mal procedimiento estudiar historia en las novelas. Sería un terrible error hacerlo, por ejemplo, en las de Alejandro Dumas, quien, si no en el temperamento, sí en el procedimiento se parece al novelista inglés. También Dumas tiene sus enciclopedias, su galería de maniqués y su almacén de antigüedades; pero ¿cómo detener aquella desenfrenada fantasía, fruto sin duda de la sangre tropical, que prefirió siempre la ficción, lo que él imaginaba, a la realidad histórica? El novelista inglés, en cambio, tuvo respeto por cuanto había bebido en la tradición y en la historia. Allí donde una crónica, o un códice, o un antiguo pergamino, o un viejo papel, o un autor respetable afirmaban un hecho, él se sentía incapaz de alterar su esencia y lo repetía con ejemplar honradez. Por eso en sus libros se puede, si no estudiar la historia de Escocia o Inglaterra, por lo menos sentirla, y tener de ella y de sus tradiciones una visión general que es muy útil, por cierto, para quienes no hallan tiempo de penetrar las severas páginas de los autores clásicos ni tienen pre-

paración para ello. Es un historiador de tanta autoridad y de tanta pulcritud como Macaulay quien, luego de narrar la anécdota de un aprendiz que ejecutó la más bella de las vidrieras de la catedral de Lincoln con las hojas de vidrio que desechaba su maestro, y éste, al verla se mató de desesperación, dice que Walter Scott utilizó también los fragmentos de verdades que despreciaron los historiadores y realizó con ellos una obra que, considerada bajo el aspecto histórico solamente no cede a la mejor historia.

En realidad esta historia que, acaso, es la verdadera, y al menos la que tiene, sin disputa, jerarquía de género literario, es también la que prevalece, porque, como lo dice otro autor, cuando una leyenda "llega a estar por completo creada penetra profunda e indisolublemente en la sangre de un país". "A cada generación, agrega, es narrada y testificada de nuevo; lo mismo que un árbol inmarcesible da de sí nuevas flores en cada año. Pobres y abandonados, al lado de esta verdad más alta, yacen los papeleros documentos de los hechos, pues lo que una vez fué creado con belleza defiende su derecho con su belleza propia".

Pero no ha de decirse que Walter Scott fué solamente historiador, o cronista, o mero tradicionalista. No. Nada de esto. El novelista inglés fué, además, artista; fué creador y fué renovador de un género literario. Fué artista un poco pródigo y desmesurado en su obra, realizada a la manera de los grandes decoradores murales. Fué creador en cuanto nadie antes que él hizo la historia novelada y pocos la han hecho después como él. Renovó, además, el género novelístico, y lo renovó con verdadero genio personal.

Recuérdese lo que era la novela inglesa anterior a él. Taine ha dicho que de las honradas manos de Goldsmith la novela había caído en las manos gazmoñas de Miss Burney. Pero tanto la hija del sabio doctor Burney, como el autor de "El Vicario de Wakefield", como Sterne, como Richardson, Fielding y Smollet, con toda su poesía, su sentimentalismo, sus licencias y sus originalidades fueron autores burgueses que compusieron sus novelas tomando de la vida real contemporánea sus elementos y aderezándolos con disquisiciones que denuncian un propósito moral más que épico. La imaginación



novelesca no pasó de la descripción de episodios realistas de la vida cotidiana, ejemplares unos, escabrosos otros, bellos a menudo, pero carentes todos del gran acento poético, del color romántico que Walter Scott pidió a la tradición caballeresca y a la historia para renovar el género. Los personajes novelescos habían aparecido entonces vestidos con las ropas burguesas, moviéndose en las casas y en las calles de las ciudades o en los *cottages* y *farms* del campo, imbuídos de las ideas y sentimientos corrientes, agitados por las pasioncillas y preocupaciones de aquella sociedad que, luego de la atormentada historia de los siglos anteriores, se había sujetado severamente a normas de religión, de moral, de orden y de buen sentido. El amor y la pasión conmovían a estos personajes; pero, generalmente, la fábula tomaba candoroso color idílico.

Walter Scott echó por tierra la prosa de este mundo novelesco; idealizó los interiores burgueses y los personajes de carne y hueso que andaban por las calles; aventó el realismo crudo y el sentimentalismo cursi; transformó las ideas, sentimientos y pasiones que los animaban, y, como un mago que, en la escena, ordena con su varita que la tramoya realice la obra fáustica, resucitó las viejas ciudades y el paisaje del tiempo feudal, los burgos, los castillos, las abadías, los monasterios. Sobre esta escenografía gótica tendió un velo de poesía y misterio y convocó al viejo mundo desaparecido. Reyes, príncipes, barones, señores, guerreros se levantaron de los mausoleos de las catedrales y de las musgosas losas de los viejos cementerios; los castillos volvieron a alzar sus orgullosas torres; las abadías sus agujas y pináculos; los palacios abrieron sus pórticos; sonaron en las selvas las trompas de caza y los gritos de guerra; se vieron desfilar reinas y grandes damas, obispos y abades, mercaderes y trovadores, guerreros y "out laws", clérigos y soldados, ciudadanos y campesinos. A las preocupaciones burguesas sucedieron los sentimientos que arrebatan a los pueblos y los llevan a la guerra, a la gloria, al crimen y a la muerte. Se vieron partir cruzados que iban a la conquista del Santo Sepulcro, y pasar reyes y señores que defendían su corona y su feudo; se libraron terribles batallas; se vieron levantar cadalsos de los cuales

corría sin cesar la sangre; se vió a los caballeros jugar la vida, en torneos abiertos, por su fe y por su dama; se asistió a las sombrías guerras de religión; se vió como se desplomaban las bóvedas de las catedrales góticas y como se entregaban al fuego y al saqueo las abadías y los castillos. Pero por sobre todo esto pasaba un soplo de poesía e idealismo que había tomado ya forma articulada en las baladas caballerescas del propio autor y de algunos de sus contemporáneos.

Así resucitó, vestido de inmarcesible belleza, el mundo feudal; así volvió a la vida la caballería, "*the old chivalery*", remozada y depurada de los absurdos de los novelones de la Edad Media. Ya no aparecía allí Palmerín de Inglaterra, ni Amadís de Gaula, ni el Caballero de la Ardiente Espada, ni Tirante el Blanco, ni el Caballero del Febo; no aparecía tampoco el gigante Morgante, ni los encantamientos, ni los hechizados caballeros, ni los filtros milagrosos; pero estaban allí Roberto Bruce, el misterioso "*out law*", el rey caballero que conquistó su reino con la espada, luego de magníficas aventuras; el misterioso Caballero Negro, que no fué otro que Ricardo Corazón de León; el Caballero Desheredado, debajo de cuya celada apareció el rostro de Ivanhoe; Roberto Burnst, el caballero que puso su capa sobre el barro para que pasara sobre ella, sin manchar sus chinelas, Elizabeth, la reina virgen; Douglas, el ardiente enamorado de María Stuardo que, burlando las guardias del castillo de Lochleven, libertó a la soberana, fugaz libertad que se perdió en seguida en el campo de batalla de Longside, y tantos personajes, y sucesos, y escenas que han vivido en la memoria y en la imaginación de varias generaciones y siguen viviendo aún.

Cuando el novelista volvió los ojos a la sociedad contemporánea tomó de ella, no la versión literal, sino aquello que hundía sus raíces en la tradición, o tenía carácter, o entrañaba interés pintoresco. Pintó la alta sociedad, y la sociedad media, y las clases humildes y las fijó en sus páginas, con sus rasgos castizos, las cosas genéricas, los personajes que ofrecían valor documental o sabor humorístico; pero todo ello en forma tan típica, tan profundamente autónoma, que nadie confundiría una de estas novelas con las novelas de otro autor.

El amor interviene también en las novelas de Walter

Scott, y con el amor el idilio; pero, ¡qué idilio! ¡Qué distantes estamos aquí de los amores burgueses, cándidos o tempestuosos de sus antecesores! Estos idilios están impregnados de idealidad y de heroísmo, de perseverancia, de fuerza moral, de sentimiento caballeresco, sobre todo. Interviene en ellos, a menudo, el imperativo de patria y religión, de lealtad al monarca o al señor, y siempre el concepto del deber, el espíritu de abnegación y una como voluptuosidad de sacrificio. Son castos, aun en medio de la tempestad de las pasiones y de la violencia del crimen; suelen rodearse de misterio, y, a veces, interviene en ellos la asistencia de un poder que se diría sobrenatural, pues no se explica sino en tales condiciones esas cándidas e inmaculadas figuras cuya veste no se mancha jamás al cruzar sobre los charcos de sangre y los abismos de pasión de la época. Cómo ha conquistado el corazón de varias generaciones la pálida figura de Lucía de Lamermoor, víctima inocente de su amor a Edgardo Ravensvold; la deliciosa Edith Bellenden, la amada de Henry Morton en "*Old Mortality*"; la paciente Rosa de Bradardin que triunfa sobre el inconstante Waverley; la intrépida y bella Catalina Seymour, maravillosa figura hecha de gracia y misterio, que rinde a Roland Graeme, el paje de María de Escocia; la altiva Lady Rowena, la conquista más preciada de Invanhoe; la dulce Ellen Graeme, la novia raptada del castillo de Netherby; la hermosa Ellen Douglas, la dama del lago, la amante de Malcom Graeme; Isabel Wardour, la romántica novia de Lovel, convertido luego en Lord Glenallan; y aun otras figuras cuyo destino fué más melancólico; la judía Rebecca, Eufemia Deans, la hija del sombrío puritano de "*The heart of Midlothian*". ¡Cuánta abnegación, cuánto sacrificio, cuánta devoción hay en estas mujeres! Como lo hay en Douglas, y en Graeme, y en Rob Roy, y en Robín Hood, y en Dochiwar, y en Roberto Bruce y en Malcom Graeme y en tantos otros.

El misterio alimenta muchas veces el interés de estos héroes. Ya son reyes y caballeros disfrazados de peregrinos o de "*out laws*", ya son providenciales mensajeros que aparecen y desaparecen como por ensalmo, siempre en el momento oportuno y decisivo. ¡Y qué hidalgos sentimientos mueven las acciones y hazañas de estos personajes! El Caballero Negro, des-

pués de la conquista del Castillo de Torquilstom, no pide otro botín que la entrega de su enemigo, Sir Maurice de Bracy, a quien ha vencido en combate singular y que ha caído prisionero, y cuando se lo entregan, le dice: “De Bracy, estás en libertad, parte”. En “Marmion” el joven Lord de Escocia, Lochiwar, se presenta en el castillo de Netherby el día de la boda de Ellen Graeme, cuya mano le ha sido negada por sus padres, y, en presencia de los invitados, la toma en brazos, la coloca a la grupa de su caballo y huye con ella. Sir Walter Raleigh conquista el favor de la reina Elizabeth, que lo hace su favorito, echando su capa sobre el fango para que pase sobre ella la altiva reina, y cuando la soberana quiere recompensar su acción, no pide más premio que seguir ostentando sobre el hombro la capa embarrada que han pisado los augustos pies de la hija de Enrique VIII. La bella judía Rebecca, condenada a la hoguera acusada de hechicería, apela al juicio de Dios y pide un campeón. El maestro de los templarios convoca al torneo y se presenta en el campo Ivanhoe, quien vence al caballero templario Sir Brian de Bois-Gilbert que muere en el lance, proclamándose así la inocencia de la sarracena.

Y ya es Catalina Seymour disfrazada de paje como Kaled, la heroína del “Lara” de Byron, o Lady Rowena que conquista la corona del amor y de la belleza, o la sombría figura de la Madre María que mantiene el fuego sagrado de la vieja religión, o la dama del lago que conquista al fin el corazón de Graeme. Ya es sir William de Deloraine que cabalga a través de los valles del Tweed y del Loney, y llega a la Abadía de Melrose, y saluda a los espectros de la antigua caballería que duermen para siempre bajo las losas, y pide a los monjes el libro de magia guardado en el sarcófago del gran Wizard, reclamado por Lady de Branksome; ya es el último trovador que, en el patio del castillo de Branaedin, canta la postrera balada en que evoca la “*old chivalery*” que se ha ido; ya es Robin Hood que salva a su rey; ya son los caballeros cristianos que luchan con los valerosos caballeros sarracenos y rivalizan con ellos en valor e hidalguía; ya es Roberto Bruce, el buen rey Roberto que, con sus aventuras, renueva la andante caballería.

Pero en todo esto ¡qué veraz, qué pulcro, qué cuidadoso se mostró! Sus juicios y apreciaciones están llenos de dignidad y buen sentido, y no ha de verse en ellos ni al señor feudal, ni al aristócrata, ni al *tory* que había en el fondo de su alma. Solamente suele perder un poco la compostura cuando está en conflicto la religión. Entonces surge el anglicano para hablar, con desdén, de las “supersticiones de Roma”, y las “idolatrías del papismo”, y algunas otras cosas por el estilo; pero todo esto lo hace sin sombría pasión, con honrada sencillez, porque así se lo enseñaron y así lo cree y lo siente. No hay en él odio ni rencor. Tal se muestra frente a los grandes conflictos históricos. María Estuardo se engrandece en sus manos, y en cambio, ¡cómo se empequeñecen sus carceleros y verdugos! En las guerras de religión que asolaron a Inglaterra y Escocia, los reyes, los caudillos, los caballeros, los prelados y los monjes que se mantuvieron fieles a Roma no siempre llevan la peor parte; el novelista que exaltó a los cruzados que acompañaron a Ricardo Corazón de León, no dejó de hacerlo tampoco con los señores que, en el Holyrrod de Edimburgo y en los castillos y fortalezas de Escocia, defendieron la antigua religión.

Logró así crear un concepto universal para juzgar y elogiar las grandes virtudes del pueblo y de los señores escoceses, en el que se comprenden las facciones y los bandos; los jefes y los caudillos; los poderosos y los miserables. Pero también fué severo con los crímenes, con los vicios, con las crueldades y rapiñas, así se refugiaran ellas en las gradas del trono o bajo los techos de las cabañas.

Esta severidad no fué ni militante ni cruel. El fondo humano y magnánimo que había en su corazón le impidió ser implacable. Hasta para miserables como Bothwell, como Ruthven, como Lindesay, como Dal Getty, como Maurice de Bracy tuvo palabras de tolerancia.

Si le interesaron las grandes facetas humanas que son producto de los altos sentimientos y virtudes o de los bajos vicios y crímenes, y las describió de mano maestra, también le interesaron esas otras pequeñas modalidades que son propias del carácter y lo definen desde un punto de vista más modesto, y, a veces, más divertido. Nos referimos a esos ras-

gos diferenciales de los pueblos y de las sociedades, que él supo pintar, sobre todo en los paisajes de Escocia, también de mano maestra: la alegría ruidosa, la astucia, la paciencia, el orden, el amor a la tradición, a las baladas caballerescas, a las antiguas leyendas, sin que falten en ello las curiosas excentricidades y pequeñas manías, como las de aquel singular doctor Luke Lundin, mezcla de médico y alquimista, almacén de disparatadas metáforas y de frases latinas, o aquel peluquero que todo en la historia y en la vida lo refería a las pelucas, o aquel Mister Oldbuck, el excéntrico anticuario, pariente del Dr. Lundin, sino en las trapacerías, sí en la manía de usar latinajos vengan o no a cuenta.

### III

#### EL POETA

Se le ha desdeñado bastante como poeta; pero no hay razón en esto. Byron, que no sabía prodigar elogios, aunque en su famosa sátira contra los poetas ingleses y los críticos escoceses de la “Revista de Edimburgo” dijo de él cosas muy divertidas y también muy crueles concluyó por hacerle este singular elogio en el que el gran poeta inglés reconoce la verdadera gloria del cantor del *Border*: “Tierra de Escocia, siéntete orgullosa de ser cantada por tu bardo y que tus sufragios sean su primera y su más dulce recompensa. Pero no es solamente por ti que su nombre debe ser inmortalizado; él es digno de llenar todo un mundo con su gloria y de ser conocido todavía cuando acaso, un día, Albion ya no exista. El es digno de referir en el porvenir lo que fué Inglaterra, y de eternizar su renombre, aun después que su patria decaiga del rango que ella ocupa entre las naciones”.

Luego le llamó el Ariosto de Inglaterra. Además, en la dedicatoria de “El Corsario” a Thomas Moore, dice: “Hasta aquí, Scott es el único, entre los poetas modernos, que ha sabido triunfar completamente de la facilidad desesperante

del verso octosílabo y no es éste el menor de los trunfos de este fecundo y poderoso genio”. Y en una nota agrega todavía refiriéndose al poeta: “El me excusará si olvido la palabra *señor*; no se dice señor César”.

El mismo Byron, en una de las más bellas estrofas de “Childe-Harold”, en la que describe el campamento de los albaneses en Tajesla, magnífico cuadro que tiene la suntuosidad de Rubens o del Veronés y que pudo inspirar a Delacroix una de sus más hermosas composiciones, dice que esta escena es sólo comparable con la del Castillo de Branaedin en “El canto del último trovador”. No pararon ahí los elogios. La estrofa LVII del canto XI del “Don Juan” empieza con estas palabras: “Sir Walter reinaba antes que yo...”

Ese reinado fué largo y jamás pudo ser disputado por los poetas que emularon a aquél a quien Demogeot llamó el cantor nacional de Escocia, el cantor de la Edad Media y el último de los trovadores, y Wordsworth el “*Border Minstrel*”. El único que pudo sucederlo fué el propio Byron, cuyo soberano acento poético abrió un nuevo capítulo, ¡y qué capítulo!, de la lírica inglesa. “El cantor de Marmion y de la Dama del Lago, dice Villemain, tan popular hasta entonces, comprendiendo que no le era dado luchar contra aquella nueva y rica poesía, se redujo a la novela, para gloria suya y placer de sus lectores”.

Este poeta pertenece a la raza de los grandes. No ha de comparársele con Shakespeare, como lo hizo lord Jeffrey, pues todas las comparaciones son peligrosas, pero se ha de reconocer en él un gran poeta, así en sus novelas y en sus cuentos, en los que naturalmente tiene caídas inevitables que son producto más de su excesivo buen sentido y amor al orden que de su falta de inspiración, como en sus baladas y poemas, en los que despliega su genio poético. “La dama del lago”, “El último trovador” y “Marmion” son páginas de poesía que han quedado incorporadas a la antología universal y que se leen siempre con emoción. A esta emoción, que es pura y profunda, se agrega, también lo que esas piezas significan como resurrección pintoresca y animada de un mundo desaparecido, como cosa viva y palpitante que se mantiene

entre tantas ruinas sin alma dejadas por la literatura, sobre las cuales Walter Scott levantó, con el mismo ardor con que construyó el castillo de Abbotsford, el más admirable castillo de su obra literaria, cuyas torres, barbacanas y murallas resisten y resistirán la injuria del tiempo.

Londres, agosto de 1936.



# Encuentro con Lord Macaulay

## I

### EN LA ABADIA DE WESTMINSTER

UNA tarde del invierno europeo de 1930, quien esto escribe se sentó a reposar un instante en un banco de la nave sud del crucero de la Abadía de Westminster, en aquella parte llamada *the poet's corner*, "el rincón de los poetas", donde Addison encontró que hay poetas que no tienen monumento y monumentos de los cuales están ausentes los poetas. La niebla exterior había invadido las naves del templo y dificultaba la lectura de las lápidas sepulcrales donde se halla escrita la historia de Inglaterra. A pocos pasos se levantaba, precisamente, la estatua de Addison, esculpida por Westmacott, erigida en honor de aquel a quien no se atina a reverenciar con mayor admiración y respeto, si como hombre de Estado, humano y generoso, o como poeta y escritor, maestro en ese género literario peculiar, muy inglés, que se llama "ensayo". Su biógrafo y crítico, Lord Macaulay, que tan bellas páginas dedicó al redactor del *Tatler* y del *Spectator*, al poeta y al autor satírico que fustigó, sin herir, las costumbres de su tiempo, y al honrado *whig*, Secretario de Estado de Jorge I, estaba allí, a la sombra de la estatua de su modelo. Su busto, esculpido en mármol por Burnard, se reconocía junto al de Thackeray, cuya novela *Lovel* fué el último libro sobre el cual posó la mirada el ilustre ensayista.

En la media luz de aquel rincón de la Abadía parecían andar sombras ilustres, que han tomado forma en el mármol o que hablan el solemne lenguaje de las lápidas. A pocos metros estaba el mausoleo de Godofredo Chaucer, y, más aquí, el memorial de Shakespeare, y, detrás de éste, los de

Ben Jonson, y Milton, y Dryden, y Spencer, y Butler, y Thompson, y Burns, y Coleridge, y Southey, y Tenyson, y tantos otros. Parecía que de cada lápida se desprendían, en forma musical, las inmortales estrofas, y que subían, como espirales de incienso, rodeando los haces de columnas, hasta llegar a las arcadas, triforios y vidrieras, para perderse en las bóvedas ojivales, cuyos nervios de piedra se adivinaban apenas en la penumbra. La Abadía cobraba vida y no parecía sino que las estatuas de mármol se iban a levantar de los mausoleos, sobre los que yacen tendidas, o a abandonar los doseletes en que permanecen inmóviles.

Dominado por la emoción religiosa me arrodillé, y, al dirigir mis ojos al pavimento, vi que mis pies hollaban una losa sepulcral. Me incliné sobre ella y leí la inscripción grabada en la desnuda piedra: “Tomás Babington, Lord Macaulay — nacido en Rothby Temple, Condado de Leicester — el 25 de octubre de 1800 — Muerto en Holly Lodge, Camden Hill, — el 28 de diciembre de 1859. — Su cuerpo yace en paz — más su nombre vive eternamente”.

Estaba, pues, hollando, sin saberlo, la tumba del biógrafo de Addison, de Dryden, de Bacon, de Temple, de Burleigh, de Hampden, de los dos Walpole, de Chatham, del segundo Pitt, de Hasting, de Holland, de todos aquellos cuyas imágenes o cuyos nombres estaban allí. Allí estaban, también, las cenizas de éstos, junto a las de los personajes que formaron el mundo literario que él evocó y volvió a la vida en sus incomparables ensayos. Allí se hallaba reunido en la sombra de la muerte el Club que presidió el doctor Johnson. No faltaban ni Garrick, el actor; ni Joshua Reynold, el pintor; ni Burke, ni Goldsmith, ni Nugent, ni Gibbon, ni Langton, ni Beauclerk. Allí estaban, por fin, todas las grandezas de Saint James, de White Hall y de Westminster: los reyes y los ministros, los lores y los miembros del parlamento, los grandes señores y los filósofos, los magistrados y los poetas, los generales y los sabios; grandiosa muchedumbre desaparecida que duerme en los sarcófagos que pueblan las naves y capillas de la Abadía, pero que vive en las inmortales páginas en que Macaulay trazó la historia de Inglaterra.

Yacen, pues, allí, en el solemne silencio de la Abadía, de-

bajo de las gastadas losas, las cenizas de aquel escritor famoso, de aquel hombre público eminente, de aquel hombre sencillo, que sirvió, como pocos, a su patria, y a la cultura universal. Se cumplió así el deseo que expresó al enterarse de la muerte de su viejo amigo, Jeffrey: “¡Dios me conceda morir así! Cargado de años, cargado de honores, con las facultades lúcidas, rodeado de afectos calurosos hasta el fin, llorado por el público y por muchos amigos particulares de valer”.

Si no le sobraron los años, pues no había cumplido los sesenta cuando murió, todo lo demás lo obtuvo con usura, al menos dentro del concepto que se había formado de la vida, y del grado de sus ambiciones, que él colmó sin grande esfuerzo. Porque no siendo ni un grande de la tierra, ni un cortesano poderoso, y sí, solamente, un escritor ilustre, un orador incomparable, un servidor honrado de la nación y un defensor de los derechos y libertades de su pueblo, y de las libertades y derechos humanos, tal como en su época y en su país se concebían, ¿qué testimonios de consideración, de respeto, de admiración no recibió en vida? ¿Qué honores no se le rindieron, ni qué homenajes no se le tributaron?

Gladstone, en la jugosa semblanza que de él trazó para la “*Quarterly Review*”, dice que, si se exceptúa a Pitt y a Lord Byron, quizá no ha habido nadie en Inglaterra, en el curso de más de un siglo, que haya gozado, a los treinta y dos años, de la fama de Macaulay. Nadie le disputaba ya la supremacía en las letras inglesas ni en los debates del Parlamento. Su fama literaria la había asentado, definitivamente, con sus colaboraciones publicadas en la “*Revista de Edimburgo*”, y su prestancia política con los discursos pronunciados en la Cámara de los Comunes en defensa de las libertades y de la dignidad del hombre, con lo que honró a su país y al partido *whig* a que pertenecía.

Dice uno de sus biógrafos que “jamás en los salones de Londres se oyó conversación más brillante y deslumbradora que la suya”. Tomás Moore, en sus Memorias, repetidamente se refiere al admirable arte de conversar y a la memoria que poseía. Una dama ilustre consigna que era muy interesante oírle, con su infinito caudal de anécdotas y conocimientos. Se sentaba ya a la mesa de la reina; solía ser huésped

del castillo de Windsor; todos los salones se lo disputaban; se codeaba con los grandes, aunque es verdad que él prefería a todo ello, su modesta casa, su mesa cordial, el cariño de sus hermanas y de sus sobrinos, el calor de su biblioteca, la intimidad de sus libros y de sus papeles, su vida sencilla y austera. A ello se agregó el culto que de su persona se hizo en los círculos sociales de Londres, al extremo de que, el mismo Gladstone insiste en que jamás, ni antes ni después, se prodigaron consideraciones iguales a “un hombre cuyos títulos se cifraban en su valer personal y no en su ascendencia, su rango y su fortuna”. Cuando le llegó el cargo de Consejero en la India, y la cartera de Ministro de su Majestad, y el título de Par de Inglaterra con que le condecoró la reina Victoria, por mano de Lord Palmerston, no cesaba de crecer su prestigio y su gloria literaria.

La fortuna, esa deidad ciega e invisible, le fué propicia. De ella obtuvo, con creces, cuanto necesitó, y más de lo que ambicionaba para alejar las preocupaciones de dinero y lograr la vida fácil. Había cumplido apenas treinta y ocho años cuando fué designado miembro del Consejo Supremo de la India, cargo muy disputado por su jerarquía y por el elevado sueldo con que estaba rentado “Puedo prometerme volver a Inglaterra, a los treinta y nueve o cuarenta años, escribiendo con una fortuna de treinta mil libras. Eso para mí sería la riqueza. Nunca desee más”. Ello le permitió también conocer aquellos lejanos países y redactar su Código Penal Indio, monumento de legislación que, si revela sus profundos conocimientos del derecho criminal inglés, demuestra la forma personal como el autor penetró el alma de las naciones indias y la psicología de las agrupaciones humanas que la forman. Su permanencia en la India le sugirió también dos de sus mejores ensayos, en los que estudió a dos grandes administradores de aquellos países: Lord Clive y Hastings.

Digamos ya que su modesta ambición de riquezas no obedeció a razones egoístas. El, que había luchado en sus primeros tiempos con dificultades, al extremo de tener que vender la medalla de oro de Cambridge para subvenir a sus necesidades, que había tenido que limitar el trabajo puramente intelectual e interrumpir a menudo sus colaboraciones en la

“Revista de Edimburgo” para entregarse a tareas mejor remuneradas, pero menos gratas a su espíritu, halló en aquel brillante destino el medio de asegurar la subsistencia de su familia y de procurarse los recursos para consagrar, totalmente, su tiempo al estudio y al cultivo de las letras. “No codicié el dinero, dijo en una de sus confidencias epistolares, ni me quita el sueño la falta de él. Pero, aunque de día en día ansió menos la riqueza, de día en día veo más claramente cuán necesaria es una posición desahogada para un hombre que desea ser grande o útil”. Más tarde, cuando el editor de la Historia de Inglaterra le anunció la entrega de veinte mil libras esterlinas, anotó en su diario: “Yo me hubiera creído rico con la sexta parte de la renta que voy a tener”.

Hasta la muerte se mostró con él piadosa. “Es raro lo insensible que me he vuelto al temor de la muerte; y eso que gozo mucho de la vida” escribió hacia 1850. Verdad es que sus goces eran puros: la amistad de los hombres y de los libros, la familia, el hogar, la meditación, la conversación. Sin embargo, cuando advirtió que se aproximaba la muerte, anotó en su diario: “Casi desearía que lo que ha de ser sucediera inmediatamente... Esta despedida prolongada, este lento paladeo de la hiel y el vinagre es terrible”. El corazón le apremiaba: “Parece como si hubiese envejecido veinte años desde el último jueves; como si estuviese vencido de viejo”. “Estoy preparado y nunca lo estaré más”, anotó el 19 de diciembre. El 23, todavía, agregó algunas impresiones, las últimas. El 25 escribió un billete a un amigo: “Antes de ayer tuve un desmayo y me quedé completamente insensible. Hubiera deseado seguir así porque si la muerte no fuese más...” El 28 dictó una carta y puso en ella su última firma. Estaba en la biblioteca rodeado de sus papeles y de sus libros. En las primeras horas de la noche se levantó del sillón, donde leía la novela *Lovel* de Thackeray, para recostarse en el sofá; pero volvió a sentarse y expiró en seguida sin pronunciar palabra.

## II

### EL HOMBRE, EL ESCRITOR Y LA CULTURA

El mereció todo esto y mucho más. Considerado como hombre, fué un digno ejemplar de la especie. Su natural era noble y generoso, y su carácter suave, aunque firme, pues jamás le faltó la entereza y la energía necesarias para defender sus principios e ideas, resolver los problemas de conducta, fustigar el mal y juzgar los sucesos y los hombres.

Amaba la vida simple y sencilla, pero ponía en ello dignidad, y esa distinción natural que emanaba de su espíritu cultivado y sensible a la belleza. Le gustaba la vida en familia, la tertulia del hogar, el círculo de los amigos, la conversación.

Tenía una sensibilidad muy viva, y le interesaba el aspecto estético y pintoresco de las cosas. Procuraba objetivar las sensaciones que experimentaba al ponerse en contacto espiritual con el pasado histórico, y ello fué origen de las admirables descripciones literarias que llenan sus libros. No le interesaban, en cambio, las ciencias especulativas. Detestaba las matemáticas. “¡Quién tuviera palabras, exclamaba, para expresar cuánto abomino esa ciencia!”

El amor parece que no golpeó a su puerta, privándole así de los goces de la vida conyugal. Se consoló de ello amando tiernamente a sus hermanas y a sus sobrinos. Estos afectos domésticos fueron las grandes alegrías de su corazón, y le ofrecieron, también, el dolor más agudo de su vida. Cuando falleció su hermana Margarita se hallaba él en Calcuta, y fué tal su pena, que casi enloqueció. Concentró todo su afecto en su otra hermana, Lady Trevelyan, que había sido su confidente y consejera, y en los hijos de ésta, que endulzaron su vida y disfrutaron de los tesoros de ternura que había en su corazón. Las cartas que escribió a su hermana son modelo de gracia, de ingenio, de sensibilidad y de ternura, mezclado todo ello al sabio buen sentido, que fué virtud de ambos hermanos. Uno de sus críticos, al referirse a sus Memorias, dice que no hay nada más conmovedor ni más maravilloso en ellas,

que el grande, el incommensurable caudal de esa fuente de afectos.

Jamás amó la grandeza, ni aún cuando le hicieron ministro y Par del reino. Soñaba entonces, no con la majestad de Saint James y de Westminster, sino con ser "*honorary fellow*" de su vieja universidad de Cambridge, para "volver a ver, desde sus ventanas, la pradera del Colegio, dormir al murmullo de la fuente, almorzar en el refectorio, comer en el estrado de la gran sala, entre los retratos de Bacon y de Newton, vagar a la luz de la luna por el claustro de Neville, discutir, so pretexto de metafísica, tesis filosóficas más interesantes que sólidas".

Aun cuando en toda su obra hay un sentido religioso esencial, y aun cuando reverenció en ella, casi siempre, los principios cristianos, se ha dicho que ello fué más a título de filosofía que de verdadera religión. Gladstone le hace el cargo de no haber sido fiel a la tradición religiosa inglesa, y se funda, para ello, en algunas opiniones y juicios que el gran escritor incluyó en su ensayo sobre Milton. Son éstas, realmente, páginas inquietantes, especialmente las que se refieren a la poligamia; pero, se debe recordar que el estudio sobre Milton, que dió celebridad fulminante a su autor, fué escrito cuando éste no había cumplido aún 24 años, y que, en la madurez, rectificó tales juicios, pues en el discurso que pronunció en el Parlamento sobre la situación de la Iglesia de Inglaterra en Irlanda, dijo: "Yo tengo a la poligamia por una de las prácticas más perniciosas que existen en el mundo". Su obra está llena de afirmaciones y alusiones que contradicen aquellos juicios; y los ataques de que en ella se hace objeto, a menudo, al *papismo*, parecen proceder, más que de las ideas liberales del *whig*, del espíritu de libre examen del protestante, y tener, por objeto principal, justificar la revolución y exaltar la religión reformada. El concepto general que informa su Historia de Inglaterra tiene también sentido religioso. En ella lanza un *bill of attainder* contra los Estuardos, sus Ministros, consejeros y privados, sin apelación posible ante la historia; pero lo hace, sobre todo, porque ve en ellos la encarnación de la reacción religiosa secular, y el peligro de su restauración en el trono y en el alma del pueblo.

En ella hace también la apología de Guillermo III y de María, por su gobierno prudente y sabio; pero la hace, sobre todo, por considerarlos los restauradores y salvadores de la Iglesia anglicana.

Hay que reconocer, sin embargo, que esta posición espiritual definida, que le hace formular, a menudo, en sus libros, juicios y comentarios respecto a la Iglesia Católica y a la Compañía de Jesús, desprovistos de justicia, y, no pocas veces, de serenidad, no le impidió defender la libertad religiosa de los católicos de Irlanda, como había atacado el *bill* de inhabilitaciones civiles de los judíos, y defender la libertad de enseñanza. Y se debe reconocer, por fin, que él hizo profesión de fe cristiana en el discurso que pronunció en el Parlamento, en 1843 con motivo de la entrega hecha por lord Elleabocough de las puertas del templo brahamánico de Somnauth. cuando dijo: “que tolerar la idolatría brahamánica, y no guardar el debido respeto a aquella religión que ha hecho tanto por promover la justicia, y la clemencia, y la libertad, y las artes y las ciencias, y el buen gobierno y la felicidad doméstica; que ha quebrantado las cadenas del esclavo y ha mitigado los horrores de la guerra; que ha elevado a las mujeres, de siervas y objetos de placer, hasta el rango de compañeras y amigas del hombre, es cometer un crimen de alta traición contra la civilización y la humanidad”.

Si sus sentimientos fueron nobles y elevados, su inteligencia fué clara y precisa, y, tan aguda y exigente, que jamás dejó de esclarecer aspecto alguno de los problemas o cuestiones que se proponía dilucidar. Agotaba, así, el examen y la especulación, pero sin perder jamás de vista la realidad objetiva, ni apartarse de aquel admirable buen sentido que nunca le abandonó. Amaba las digresiones filosóficas o meramente históricas, y hacía uso de ellas cuando éstas se encaminaban a aclarar o a comprobar la tesis que defendía.

Su cultura fué de las más amplias y completas de la época y estaba edificada sobre sólida base humanística. Filosofía, historia, letras divinas y humanas, derecho, administración y economía, ciencias naturales, nada faltó y todo abundó en el bagaje de este escritor, cuyo lenguaje es modelo de buen decir, y cuyo estilo es inconfundible.



Participa éste de la elevación y grandeza de los más notables autores clásicos, autores que le fueron familiares, y a ello se agrega un sentimiento personal, un instinto del orden y de la dignidad, un acento propio que le hace reconocer inmediatamente. Ese acento es noble y cordial y tiene mucho de la elocuencia discursiva y de la espontaneidad de la confianza íntima. Cuando escribió la primera versión de la reseña de la *Highland*, que figura en la "Historia de Inglaterra", anotó en su diario: "Sale pasablemente. Mañana la copiaré y empezaré a limar. ¡Lo que me habrán dado que nacer estas pocas páginas! La gran cuestión es que, después de tanto trabajo, todo aquello parezca dicho, tan fácilmente, como si se tratara de una conversación de sobremesa". Ese era el secreto de su estilo: la sencillez de una conversación de sobremesa; pero, una conversación entre espíritus superiores y entre hombres doctos, que tomaba, siempre, "el soplo oratorio", como dice Taine.

Su organización mental y la frecuencia de los autores clásicos greco-latinos le habían hecho amar la claridad, que fué otra de las virtudes de su estilo. Herodoto y Tucídides, Plutarco y Tácito, se asoman a menudo en sus páginas. En sus últimos años se quejaba de lo poco que se estudiaba el arte importantísimo de hacer transparente la expresión. "Apenas hay un escritor popular, excepto yo, que pienso en ello", decía. Y agregaba estas palabras que siguen teniendo actualidad: "Muchos parecen proponerse ser oscuros. En un sentido puede que acierten, porque muchos lectores dan por profundo todo lo que es oscuro y llaman superficial todo lo que es inteligible". Emerson recibe esta vez el dardo. "Pensando, exclama, en el año 2850, ¿dónde estarán entonces vuestros Emerson? Pero Herodoto será leído aún con deleite".

Amaba la naturaleza y las cosas bellas, pero amaba, sobre todo, los libros. Cuando partió para la India, él, que era hombre de orden y de método, formuló su plan de equipaje con su ropería y sus objetos de uso personal; pero, organizó, en forma especial, su biblioteca de viaje, y el complemento que había de seguirlo en los vapores correos sucesivos. No faltó en aquélla una colección de clásicos griegos y latinos,

con Homero y Horacio, en los idiomas originales, a la cabeza. Con ellos iban el Dante, el Quijote en español, y el Orlando en italiano, y la Jerusalén libertada del Tasso. Claro que no faltaban ni las obras completas de Voltaire, con quien entonces andaba a las vueltas, ni Rousseau, ni Marmontel, ni Madame Deffand, ni Grimm, ni una buena colección de autores ingleses, con el “De Argumentis” de Bacon, y las obras de Richardson, y, sobre todo, la colección completa de la “Revista de Edimburgo”, además de numerosas curiosidades bibliográficas. De allá siguió reclamando libros y más libros, pues aquellos dos años de la India fueron de constante lectura y estudio.

En su diario y en sus cartas quedó registrado este vértigo de lecturas. Durante todo el viaje a la India leyó sin cesar. “Devoré griego, latín, español, italiano, francés e inglés; devoré folios, cuartos, octavos y dozavos”, anota. Aclara luego: “Leí insaciablemente: la Iliada y la Odisea, Virgilio, Horacio; los Comentarios de César, el *De Argumentis* de Bacon, Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso; Don Quijote, la Roma de Gibbon; la India de Mill; los sesenta volúmenes enteros de Voltaire; la Historia de Francia de Sismondi y los siete abultados folios de la Bibliografía Británica”. A esto agrega sabrosos juicios sobre sus lecturas. Horacio le cautiva; las Eglogas de Virgilio le seducen; se extasía con Ariosto y cree que Dante es superior a Milton y que está a la altura de Homero. Nadie ha ido más allá que él excepto Shakespeare. La lectura del Quijote superó su expectativa, como había ocurrido con Dante, y como no ocurrió con Camoens. Su admiración por Esquilo crece. Está embelesado con sus lecturas griegas. Lee a Sófocles; se engolfa en Platón, en Aristóteles, en Plutarco.

En 1836 hace balance de sus lecturas de trece meses. “Esquilo, dos veces; Sófocles, dos veces; Eurípides, una vez; Píndaro, dos; Calímaco, Apolonio de Rodas, Quinto Calaber; Teócrito, dos veces; Heródoto, Tucídides; casi todas las obras de Jenofonte; casi todo Platón, la Política de Aristóteles y una buena parte de su Organon, a más de recorrer algunas otras cosas suyas; todas las vidas de Plutarco; alrededor de una mitad de Luciona; dos o tres libros de Ateneo; Plauto, dos

veces; Terencio, dos veces; Lucrecio, dos veces; Catulo, Tibulo, Propercio, Lucano, Estacio, Silio Itálico, Tito Livio, Veleyo Patérculo, Salustio, César y, finalmente, Cicerón. Algo me he dejado aún de Cicerón, pero lo acabaré dentro de pocos días. Ahora estoy a vueltas con Aristófanes y Luciano. De Aristófanes pienso lo que pensé siempre; pero Luciano me ha sorprendido de una manera muy agradable. En la escuela leí algo de los Diálogos de los Muertos, cuando tenía trece años; y desde entonces, con gran vergüenza mía, no recuerdo haber leído una línea de él. Me tiene embelesado. Su estilo me parece superior al de cualquiera de los escritores posteriores a la época de Demóstenes y de Teofrasto. Tiene un humorismo delicioso especial. No es el de Aristófanes, ni el de Platón, y sin embargo, al de ambos se asemeja; no iguala, es verdad, al uno ni al otro, pero, a pesar de todo, cautiva en extremo. No sé dónde encontrar, en la decadencia de una literatura, ejemplo de un escritor que haya demostrado invención tan rica y gusto tan puro”.

Este embeleso, esta embriaguez de los libros le hace exclamar: “¡Qué bendición es amar los libros como yo los amo, poder conversar con los muertos y vivir apartado de la realidad!”

### III

#### EL HISTORIADOR

La Historia inspiró a Macaulay respeto casi religioso. La reputó el género literario por excelencia y, en esto, se alejó del concepto que dirige a aquellos que creen que la historia es simple disciplina de investigación, y que bastan los documentos para realizar obra perdurable. “Ser gran historiador, en la verdadera acepción de la palabra, dice, es acaso, el mayor de los méritos intelectuales”. Agrega que hay obras científicas, obras poéticas y discursos que se pueden reputar perfectos, “pero, no conocemos un solo libro de historia que se acerque, siquiera en cierto modo, a la historia, tal y como entendemos que debe ser”. Y ello lo atribuye, no solamente al litigio que, en la actividad histórica, man-

tienen, por lo regular, la razón y la imaginación, y la prevalencia de una u otra, sino a deficiencias del propio historiador. Este, para ser perfecto, debe poseer, en concepto del autor, “imaginación bastante para dar a sus narraciones interés y colorido” y, al propio tiempo, debe “dominar tanto su arte, y por tal modo, que se contente con los materiales acopiados por él y se defienda de la tentación de suplir los vacíos que halle, con aditamentos de su propia cosecha”.

Mas no para aquí la definición que nos da del historiador; él quiere que la sensibilidad, y, sobre todo, la sensibilidad afinada por la cultura y el comercio con la belleza, entre, en primer término, en la realización de la obra histórica. “La historia comienza por la novela y termina por el ensayo”, dice. Pero, si la imaginación y la sensibilidad son los elementos subjetivos que predominan en la novela, en el ensayo histórico son la razón y la verdad las que imponen su imperio a aquellas dos fuerzas creadoras, sin neutralizarlas, ni mucho menos desdeñarlas, pues aquéllas tienen una fuerza de adivinación y de expresión que, a veces, como en el caso del libro de Herodoto, a pesar de sus invenciones y fábulas “vale, acaso, más que la mejor historia”.

No se ha de suponer, sin embargo, que esta inclinación de Macaulay a que el factor subjetivo embellezca la verdad, que ya es bella de por sí, le impida reconocer que el factor objetivo es la base de la construcción histórica, y que los documentos y los monumentos deben hablar su claro lenguaje.

Precisamente por eso le interesó profundamente el sentido objetivo que hay en los libros de Tucídides. Aprendió en este autor de la antigüedad a amar la claridad, la concisión y el arte de narrar con proporción, sin la cual no hay composición lógica. Menos le interesó Jenofonte, de quien dice que, “a pesar de la elegancia de su estilo, de su carácter amable y de sus grandes narraciones, no poseía muy sólida mente”, juicio que apoya en el testimonio de Sócrates. El estudio que hizo de las obras de Polibio, Arriano, Tito Livio y Quinto Curcio poco agregó al concepto que se formó de la Historia, y en cuanto a Plutareo, a quien en cierta ocasión citó con despego, fué, luego, lectura favorita de sus tardes de Calcuta. “Leo siempre, dice, una de las Vidas de

Plutarco; y de este modo he recorrido una docena de ellas Me gusta prodigiosamente. Es inexacto, a todas luces, y novelesco; pero cuenta de un modo delicioso, y sus ilustraciones y pinturas de caracteres no desmerecen de lo mejor que ha producido la antigua elocuencia. Nunca le había apreciado bien hasta ahora". En cuanto a Tácito, en tal concepto tuvo su soberano arte de pintar caracteres y épocas, que habría deseado mano semejante para hacer el retrato de Enrique VIII.

Al estudio de los historiadores clásicos añadió el de historiadores y cronistas modernos, y, sobre todo ello, construyó su concepto propio, que desarrolló en sus admirables ensayos y en su "Historia de Inglaterra", en la lectura de cuyas páginas, con las naturales reservas críticas que se pueden hacer a juicios y apreciaciones, y aún a narraciones, en que intervienen la pasión y el prejuicio, elementos subjetivos a que no logra, a veces, substraerse el autor, no obstante su austeridad moral y su amor a la verdad y la justicia, en cuyas páginas, decimos, aparece, nítidamente, la imagen del historiador, tal como él la concebía y la trazó en esta admirable síntesis que puede ser ofrecida, hoy todavía, a la meditación de quienes se consagran al cultivo de la Historia:

"Historiador, tal y como debe serlo, es, en nuestro concepto, aquel que reproduce en miniatura en las páginas de sus libros el carácter y el espíritu de una época, y que no consigna un hecho ni atribuye a sus personajes la menor palabra que no compruebe antes, y que sabe desechar y elegir y combinar tan discretamente que dé a la verdad el encanto que usurpó la ficción. En sus narraciones se observan las reglas de la perspectiva: unos sucesos están en primer término y otros en segundo, pero cambiando la escala, según la cual los representa, no según la dignidad de los personajes que figuran en ellos, sino según la cantidad de luz que arrojan sobre la condición de la sociedad y la naturaleza humana. Y al propio tiempo que nos muestra la corte, los camamentos y el Senado, nos muestra la nación. No habrá detalle característico de las costumbres, ni anécdota, ni frase familiar que le parezcan insignificantes, si son eficaces a ilustrar la acción de las leyes, de la doctrina religiosa y de

la enseñanza, y a indicar algún progreso del humano espíritu. Ese historiador no describirá solamente a los hombres, sino que los hará conocer en su vida interior. Los cambios que se verifiquen, así en las costumbres como en el modo de ser de los pueblos, los indicará también, no con algunas frases o citas de documentos estadísticos, sino por medio de imágenes apropiadas al asunto y que habrá de poner delante de nuestros ojos a cada línea. Pondrá especialísimo cuidado en las circunstancias que más influencia ejercen y que más contribuyen a la felicidad de la especie humana, en las transformaciones sociales, en el movimiento que hace pasar a los pueblos de la pobreza, de la ignorancia y de la barbarie, al bienestar, a la instrucción y a la humanidad; revoluciones que generalmente se verifican sin ruido, ni tumulto, ni sangre; cuyos triunfos no se alcanzan nunca por la fuerza de las armas, ni por votaciones parlamentarias, ni se sancionan por medio de tratados, ni se custodian en archivos, sino que van reposada y tranquilamente, ganando terreno en la escuela, en la iglesia, en el establecimiento comercial y en el hogar doméstico: que las corrientes de la superficie social no dan idea cierta del rumbo que llevan las corrientes inferiores, y así vemos que los pueblos pueden ser desgraciados en medio de las victorias más señaladas, y prósperos en medio de grandes derrotas”.

Creó así su concepto de la Historia como género eminentemente literario y artístico, como “parte de la literatura”, y, como tal, procuró imprimirle la elevación y majestad del lenguaje, la grandeza de la composición y el hechizo del estilo, y cuidó de éstos con el amor con que un arquitecto proyecta los planos de un magnífico templo, sin desdeñar los detalles, y poniendo la misma fuerza creadora en los grandes partidos como en los pequeños, en el desarrollo de las bóvedas o de la cúpula como en el coronamiento de los pináculos y en el movimiento y expresión de las molduras. Vigiló, así, severamente, el plan general y la estructura, y usó del sentido de la proporción como lo hace el dibujante con la escuadra y el compás. Rehizo, sin piedad, todo aquello que no le satisfacía y en lo que no hallaba perfecto ajuste, y no cedió jamás al estímulo de la improvisación, y al deseo

de terminar a todo trance. “La inexorable conciencia de Ma-caulay, dice un crítico, su firme designio de no dar nada a la estampa mientras aun se sintiese capaz de mejorarlo, fué un verdadero milagro en nuestra descuidada generación”.

Introdujo en sus trabajos históricos el movimiento casi dramático para hacer más eficaz y elocuente la narración. Fué en esto verdadero artista; pero hay otro arte en que fué maestro consumado: el arte de penetrar el sentido de las épocas y exponer el carácter de unas y otras, de hacernos vivir los acontecimientos y conocer los hombres con sus ideas, sus sentimientos, sus virtudes, sus debilidades o sus crímenes. Y junto con este mundo moral, con este mundo abstracto que procede de esa sustancia espiritual que forma lo subjetivo de la historia, nos hace conocer, también, el mundo físico, el escenario de los acontecimientos, los acontecimientos mismos, y los hombres con su aspecto exterior, su habitación, su indumentaria, sus costumbres, sus instituciones religiosas, políticas y sociales, su cultura literaria, artística y científica.

Realizó admirables generalizaciones, verdaderos telones de fondo, para sugerir y hacer sentir las épocas, y, sobre ellos, compuso, con verdadera maestría, escenas, y retrató personajes como pudo hacerlo uno de los grandes pintores del Renacimiento. Fué en esto también artista, pues supo agregar a la grandiosidad de la composición, el interés y el encanto del detalle, de la anécdota, de la sabia referencia, del rasgo patético o vivaz que suman interés y emoción al cuadro. Con razón alguien le ha llamado el Rubens de la Historia, porque estas páginas del escritor se leen con la misma embriaguez que inspira la contemplación de los grandes lienzos del maestro flamenco.

Tuvo en grado eminente el sentido de la transición y del contraste. Lo tuvo como orador y lo tuvo como escritor, y, especialmente, como historiador. Dice en su diario que el arte de la transición es tan importante, o casi tan importante, al hacer Historia, como el arte de la narración. Practicó este arte en forma admirable, y de ello hay repetidos ejemplos en su Historia de Inglaterra y en sus ensayos. A la descripción de las reuniones galantes de Carlos II, en la gran galería de Whitehall, donde, mientras los cortesanos juegan



montañas de oro, el rey aparece, como en una tela licenciosa de Jordaens, rodeado de Bárbara Palmer, la duquesa de Cleveland, de la duquesa de Portsmouth y de Hortensia Mancini, la duquesa de Mazarino, las tres mujeres “cuyos vicios fueron la desgracia de tres naciones”, sucede el lúgubre cuadro de la agonía y muerte del rey, donde éste aparece rodeado por sus concubinas mientras se debate contra la apoplejía, abandonado por su esposa, casi ya desposeído de la realeza por su hermano Jacobo, asediado por los obispos protestantes cuyos auxilios rechaza, confesado y sacramentado, al fin, en forma sigilosa, por un humilde monje que penetra en la cámara regia por una puerta secreta, cuya llave abre con sus propias manos el duque de York. Trazó el retrato de William Pitt, en el apogeo de su gloria política, batiéndose con los primeros oradores del Parlamento, gobernando a Inglaterra con mano firme y prudente, defendiendo la libertad y el derecho, para presentarlo, en seguida, en aquella otra etapa de su vida, presa de extraño vértigo, asociado a lord Londonberry en la nefasta obra de suprimir el *bill* de *Habeas Corpus*, inventar nuevos delitos de alta traición, ahogar la libertad de la prensa, suspender el derecho de reunión, desterrar a los extranjeros y embarcar a Inglaterra en una guerra desastrosa que perturbó la paz de Europa. Su Historia de Inglaterra no es otra cosa que un constante y vivo contraste entre el despotismo de los Estuardos y la magnanimidad de Guillermo III; entre lo que él llama opresión del *papismo* y lo que reputa excelencias de la religión reformada; entre las violencias de los monarcas absolutos y la libertad reconquistada por la revolución de 1688; entre el desprecio que el rey Jacobo y la Corte hicieron de los fueros parlamentarios y la afirmación que el príncipe de Orange hizo de la soberanía del Parlamento.

Como lo dice en el primer capítulo de la “Historia de Inglaterra”, se propuso escribir la historia de aquel país, desde el advenimiento de Jacobo II hasta casi sus días. Quiso contar los errores de los Estuardos y trazar el curso de la revolución inaugurada por Guillermo de Orange, con la que terminó la larga lucha entre los derechos del pueblo y el absolutismo real, e Inglaterra inició la historia de su moderna



grandeza. Este vasto plan, que abarca también la exposición de los antecedentes históricos hasta la coronación del último Estuardo, comprende, como lo advierte el autor, la historia de la civilización y de la cultura de Inglaterra en todos sus aspectos; pero de todo ello surgen dos temas fundamentales: la revolución política operada en 1688, que fué complemento de la Carta Magna y que, al entregar definitivamente al Parlamento el control del gobierno del estado, consagró el sistema representativo y las instituciones populares o democráticas, y el triunfo de la revolución religiosa iniciada por Enrique VIII, puesta en peligro por su hija María y por los reyes de la casa de los Estuardos, y definitivamente impuesta por Guillermo VIII y quienes le sucedieron en el trono.

Se le ha acusado de parcialidad y de haber cedido a la pasión al formular algunos de sus juicios. Verdad es que, el acusador de mayor autoridad que ha tenido, luego de hacer el elogio cabal del hombre y del carácter, exclama: "Si pudo estampar más de una línea que no fuese verdadera, jamás escribió ninguna que no estimase como tal". Y ello fué así. Cuando formuló juicios inexorables, sobre hombres y sucesos, fué porque creyó que con ello realizaba justicia. Cuando lo hizo con obras literarias fué, también, porque obedecía a honradas convicciones. En uno y otro caso, el historiador y el crítico cedieron al concepto que tenían respecto a la organización social, política y económica de la familia humana, y al que les merecía la cultura y la obra de arte cualquiera fuese el carácter de ésta.

En el primer caso se le puede, tal vez, objetar que, al juzgar sucesos, instituciones y hombres de épocas pasadas aplicara conceptos que recién adquirieron claridad y evidencia en su propia época. No de otra manera se explican los juicios implacables que formuló contra todo aquello que fué contrario a sus ideas políticas y a sus principios religiosos. El miró siempre la historia de Inglaterra desde su posición de *whig*, y su liberalismo no pudo transigir con nada que rozara los principios que formaban su doctrina política. Sintió odio implacable contra los reyes que lucharon contra el Parlamento y abrogaron las libertades inglesas, y en ese odio

confundió a los consejeros, a los ministros, a los señores y a los escritores que sirvieron a aquéllos. Los Estuardos fueron su pesadilla. Jacobo I fué para él un déspota y un bufón. Carlos I no alcanzó remisión ni piedad. La grandeza de alma con que afrontó el juicio de sus vasallos y con que subió al cadalso no lo conmovió. Guizot, en su “Historia de Inglaterra”, hace una descripción patética de las últimas horas del rey y traza un grandioso cuadro de la ejecución, en el que Carlos adquiere soberana majestad. El acuerda apenas unas líneas heladas al terrible episodio. En cambio, su paleta se enciende cada vez que se refiere al episodio en que Carlos invadió con sus guardias el recinto del Parlamento para prender personalmente a sus enemigos, y desalojó al *speaker* de su sitial, lo ocupó, obligó a aquél a doblar la rodilla y dirigió a los comunes una agria admonición. Carlos II fué para él solamente un libertino, un cínico y un déspota despreocupado digno de correr la misma suerte de su padre. Ni siquiera le salvó el haber pronunciado el *bill* de *Habeas Corpus* que, después de la Carta Magna, es la mayor conquista de las libertades populares contra la opresión de la reyecía. En cambio no tiene una palabra de condenación para Guillermo III por haberlo abrogado. Jacobo II no encontró tampoco atenuación.

Este odio, que fué producto de su amor a la libertad, también oscureció su juicio cuando se trató de juzgar a los claudicantes parlamentos de la revolución, al lord Protector y a sus secuaces. Las ambiciones, las traiciones, el despotismo fueron perdonados en nombre de la libertad. Carlos I, al presentarse en el Parlamento Largo para prender personalmente a los comunes rebeldes, se hace reo de traición a las libertades inglesas; pero Oliverio Cromwell, al disolver parlamento tras parlamento y convertirse, por propia cuenta, en dueño y señor de Inglaterra, sigue siendo el salvador de los derechos del pueblo. “Bueno o malo el Protector, exclama, no podía menos de ser grande”, y hace su apología, porque “fué uno de esos tiranos terribles que aparecen a las veces, y a largos intervalos, en la tierra, con la misión de acabar y destruir cuanto existe, y de renovarlo y transformarlo”.

En su juicio sobre Cromwell olvida decir que, en realidad, a Carlos lo decapitó el ejército, pues el Parlamento Largo, reducido por la dictadura pretoriana del Protector, a una sexta parte de su número, minoría sumisa y temerosa, todo lo aceptó, incluso la formación de un tribunal especial para juzgar al rey. Lord Strafford es para él un déspota digno del cadalso en que pagó sus culpas, aun cuando no lo mereciera; pero Hampden, el famoso Presidente del Parlamento Largo, es casi elevado a los altares, pues reconoce en él el valor de Cromwell, la elocuencia de Vane, la moderación de Manchester, la integridad de Hale y el patriotismo de Sidney. Hizo la apología de Cromwell, de Vane, de Payne, de Guillermo de Orange sobre todo, pero condenó sin remisión ante la Historia a los reyes, príncipes, ministros y justicias de la época de los Estuardos. Con razón exclama Taine que el lector de estos juicios “comprenderá, por el furor de la inventiva, el exceso de rencor que ha dejado el gobierno de los Estuardos en el corazón de un patriota, de un *whig*, de un protestante y de un inglés”.

Con estas, y otras reservas, que con mucha precisión le hacen Gladstone y Taine, hay que rendirse a las virtudes del patriota y del historiador. El mismo Taine confiesa que, todo lo que dice, lo prueba con una fuerza y una autoridad asombrosas. “Está uno casi seguro de no extraviarse nunca siguiéndolo”, concluye.

#### IV

### EL ENSAYO

El ensayo es el género más universal, el que permite al hombre de letras desplegar todo el esplendor del lenguaje y del estilo; toda su erudición; demostrar su sensibilidad; aplicar todas sus aptitudes para el cultivo de los demás géneros literarios. Participa de las características del género histórico, del género poético, del género novelesco, del género dramático y, sobre todo, del género crítico. Todos los conocimientos caben en él: las ciencias y las letras divinas y humanas; la filosofía, la moral, la historia, las artes, el de-

recho, la sociología, la economía política, y a ello se mezcla la poesía, que todo lo embellece. Macaulay fué el maestro por excelencia de este género, y en él demostró toda la energía de su inteligencia literaria y prodigó los tesoros de sus conocimientos.

Sin olvidar a Bacon y a Montaigne, atribuyó a Addison la invención del “ensayo”; más los ensayos del escritor del *Tattler* y del *Spectator* son cosa muy otra de los de Macaulay. Sean las distintas épocas, — Addison escribió en el tránsito del siglo XVII al XVIII y Macaulay en el XIX —, las distintas culturas, los distintos conceptos que uno y otro escritor tuvieron del mundo, de la vida, del arte y de la propia obra literaria, el hecho es que Macaulay, con sus ensayos, creó un género universal, una manera orgánica de tratar vastamente los temas de literatura, de historia, de filosofía, de derecho y de política. Aunque ambos fueron grandes escritores, los artículos del *Spectator* son, por lo general, breves ensayos satíricos o críticos sobre temas de oportunidad; los ensayos de la “Revista de Edimburgo” son, en cambio, vastos capítulos de un curso de cultura humanística universal que abarcó los temas que interesaron al hombre del siglo XIX.

Taine, al referirse a los ensayos de Macaulay, dijo: “se puede dejar el volumen al cabo de veinte páginas; se puede empezar por el fin o por el medio; allí no es uno servidor, sino amo; puede tratarse el libro como un diario, y, en efecto, es el diario de un espíritu. En segundo lugar, es variado; de una página a otra, pasáis del Renacimiento al siglo XIX; de la India a Inglaterra; esa diversidad sorprende y agrada. En fin, allí involuntariamente, el autor es indiscreto; se descubre a nosotros, sin reservar nada de sí mismo: es una conversación íntima, y ninguna como la del más gran historiador de Inglaterra”.

Esta conversación íntima, pero de una elevación y elocuencia sin segundo, se escucha con creciente deleite y, sobre todo, con verdadero provecho. Sentados en nuestro sillón, o acodados en nuestra mesa de trabajo, y, apoyada la frente en las manos, escuchamos esta voz que tiene todas las inflexiones, desde la simple y llana de la narración hasta la con-

movedora y patética del dramático diálogo; desde la cordial y amable de la confianza hasta la tonante y dura de la admonición. Nada desperdiciamos de lo que nos dice y todo nos atrae: las consideraciones generales, las opiniones incidentales, los juicios accesorios, las reflexiones filosóficas, las digresiones históricas, las generalizaciones, las anécdotas; pero, sobre todo, nos subyugan los cuadros, las escenas, los retratos que traza la mano del pintor, y los caracteres que describe el psicólogo.

Nada omite el admirable artista para que su obra adquiera vida y expresión: a la estructura objetiva, a la grandiosidad del cuadro, a la belleza del fondo, a la nobleza de la composición, a la propiedad de las escenas, a la exactitud de los detalles, al parecido, a la verdad de las actitudes, de los gestos y de la indumentaria de los personajes, agrega el magnífico espectáculo de sus almas, de sus ideas, de sus sentimientos, de sus caracteres en fin.

¡Extraordinaria galería! ¡Animado museo y singular desfile de humanas figuras que vienen del pasado! Nos parece, a veces, que recorreremos las salas de la *National Gallery of Portraits* de Londres, que se halla detrás del Museo de Trafalgar Square, y que retrocedemos, en el tiempo, para vivir en los pasados siglos y dialogar con los reyes, los príncipes, los guerreros, los ministros, los lores, los miembros del Parlamento, los filósofos, los escritores y los poetas. Pasamos de los artesonados techos de White Hall, y de Saint James y de Westminster, a las abovedadas prisiones de la torre de Londres, a los ensangrentados patíbulos, a las salas de los castillos, a los claustros de las abadías, a las miserables chozas de los campesinos. a los campos de batalla, a las ciudades de la India, a los zaquizamíes en que vivían el doctor Johnson y sus amigos.

¿Cuál es el más hermoso cuadro, y cuál el más bello retrato de esta vasta galería que se extiende, desde los ensayos hasta la "Historia de Inglaterra", que no es otra cosa sino una sucesión de ensayos orgánicamente dispuestos para constituir un cuerpo general de Historia? Es difícil la elección, puesto que todo es grande y bello. La descripción de la *city* de Londres en la época de Carlos I, el panorama de In-

glaterra asolada por la revolución: las ciudades abandonadas, los castillos pillados, las abadías y templos incendiados, los campesinos refugiados en los bosques y montañas; el paisaje histórico de Escocia e Irlanda ensangrentadas por las guerras de religión; París y la campiña francesa conmovidos por la Revolución; la evocación del misterioso mundo de la India con sus luchas religiosas, los bárbaros ritos brahmánicos y las fabulosas riquezas de sus sátrapas, y tantas otras páginas, que sería interminable enumerar, forman una sucesión de grandes cuadros, a la manera de las decoraciones murales, a la que no es inferior la sucesión de escenas y de retratos que llenan las páginas de los libros del historiador y del ensayista.

Las escenas se suceden y cada una de ellas parece superar, en fuerza dramática, a las otras. Ya es John Hampden retirándose, lentamente, del campo de batalla de Chalgrave, pálido y desangrado, el pecho herido por las balas del rey, “inclinada la frente y apoyadas ambas manos en el arzón de la silla” para no caer de la cabalgadura; ya es el entierro del caudillo del *Commonwealth*, el cadáver llevado “por sus soldados con la cabeza descubierta, el fusil a la funerala, sordos los tambores, cogidas las banderas con anchas bandas de crespón, entonando durante la marcha las melancólicas palabras del salmista en que se recuerda la pequeñez y fragilidad del hombre”; ya es el brutal interrogatorio que la Cámara, presidida por lord Jeffrey, hizo a los representantes de las Universidades de Cambridge y de Oxford, por orden de Jacobo II, en que fueron hollados todos los fueros, todas las dignidades y todos los derechos; ya es la dramática conferencia que, el propio Jacobo tuvo con el capítulo del Colegio de la Magdalena y la persecución implacable que siguió a ella; ya es el dramático proceso a los siete obispos instaurado por el rey ante el pueblo de Londres insurreccionado; ya es el proceso de Hastings, el gobernador de la India, realizado en el salón de Guillermo el Rojo, colgados los muros de escarolata, en presencia de los príncipes, de ciento setenta lores y de “todo Londres” que llenaba el siniestro recinto en que fué juzgado y condenado Carlos I; ya es la patética escena de la ejecución del duque de Monmouth, en

la que la serenidad del hijo de Carlos II hizo temblar la mano del verdugo, quien, luego de intentar tres veces decapitar al reo, tuvo que entregar el hacha a otro sayón para que realizase la terrible sentencia; ya son las trágicas escenas que tienen por teatro la puerta de los traidores, la torre de la sangre y la plaza del tajo en la Torre de Londres; ya es la pintura de la cruenta sedición de 1780 contra los católicos: una semana de anarquía y sangre, el Parlamento sitiado, los pares arrojados de sus coches, los obispos revestidos huyendo por los tejados, los templos destruidos, abiertas las prisiones, asesinatos, fusilamientos, cadáveres pendientes de las horcas, ríos de ginebra que corrían por las calles y bajaban de Holborn Hill en medio de los gritos desenfundados del populacho.

Junto a estas patéticas escenas trazó preciosos cuadros de interior. La descripción del salón de lord Holland tiene la suntuosidad, la dignidad y el carácter de los fondos que Reaburn se complacía en pintar para sus retratos de grandes señores ingleses. No parece sino que el artista hubiese trazado la imagen del noble lord y las de sus contertulios. Todo es allí decoro, discreta riqueza, noble equilibrio moral, y todo está saturado de ese vivo sentimiento que anima el *home* inglés, y hace de él una verdadera institución social. Si del suntuoso salón de lord Holland pasamos a la modesta casa del doctor Burney, en *Poland Street*, vemos aquella tertulia, de la que fué centro el doctor Johnson, cuyas veladas de invierno se prolongaban, en el pequeño pero cordial salón, “más de lo que duraban las bujías y los tizones de la chimenea”, tertulia que luego, cuando Fanny, la hija del doctor Burney, se convirtió en novelista ilustre, y la familia pasó a ocupar la casa de Newton, en *Saint Martin's Street*, en *Leicester Square*, donde aún se ve la torrecilla cuadrangular que sirvió de observatorio al sabio, se enriqueció con la presencia de príncipes, ministros, embajadores y grandes damas que se codeaban con artistas y hombres de letras.

¿Cuál es el más hermoso retrato de esta vasta galería en que, junto a los reyes y los príncipes aparecen lord Bacon, Milton, Burleigh, Addison, Dryden, John Hampden, Guillermo Temple, los dos Walpole, lord Clive, Warren Hastings,



el doctor Johnson, Goldsmith, lord Chatham, lord Holland, William Pitt, Federico el Grande, Mirabeau, Barére, y muchos otros, y en la que hay también pequeños pero vigorosos apuntes, como el que traza de Juan Witt, el Pensionado de Holanda, en el ensayo sobre Temple; el de sir George Jeffreys, el bárbaro Presidente del Tribunal de sangre, a quien Jacobo II confió el gran sello, cuyos nefandos crímenes oscurecieron el recuerdo de las sentencias de la Cámara estrellada y de los tribunales prebostales, el de Strafford, el de Land, el de Halifax, el de Dorset, el de Buckingham, el de Monmouth?

Todos estos retratos están trazados de mano maestra. Si en los de los Estuardos predominaban los violentos contrastes que hacen de Jacobo I, de los dos Carlos y de Jacobo II figuras que inspiran repulsión y melancolía, el de Guillermo III es magnífico. Nada queda por definir de su fisonomía física y moral, de su carácter, de su educación, de su cultura, de sus ideas, de sus sentimientos, de su agitada vida y de sus memorables acciones. Y si es hermoso el retrato del sucesor de los Estuardos, lo es más el simple y solemne cuadro de la muerte del rey: la interrogación de los médicos: “¿Puede esto prolongarse?” La serena aceptación de la respuesta; la entrega a Albermale de las llaves del gabinete secreto con aquellas palabras: “Usted sabe lo que debe hacer con ellas”. Y, por fin, la nota de suprema ternura: el relicario de seda negra que, al remover el cadáver hallaron en el pecho del rey, dentro del cual había un anillo de oro y un rizo de la bien amada y jamás olvidada María, reina de Inglaterra y reina de su corazón. El retrato de ésta no le va en zaga, ni en vigor, ni en belleza. Nada tiene que envidiar a los que penden de los muros de las reales cámaras en los castillos de Hampton Court y de Windsor.

El retrato de lord Bacon tiene la fuerza de uno de esos lienzos en que el artista, a la realidad corporea, agrega el alma del modelo. Al leer ese admirable ensayo, tan agudo y severo en sus juicios, se piensa en el Erasmo de Holbéin, en los donantes que los artistas flamencos pintaban en los trípticos religiosos, en los retratos de Durero. Todo en él es vigor y vida, color y expresión, sin que falten tampoco las



sombras, pues el biógrafo no perdona al acusador de Essex, el favorito de Isabel y su íntimo amigo, a quien pudo salvar y a quien, sin embargo, por debilidad y temor envió al patíbulo; ni perdona, tampoco, al ministro prevaricador de Jacobo I, convicto de cohecho, precipitado de las alturas del poder y la grandeza a la más miserable condición. A la reconstrucción de la vida del gran canceller del reino agrega el examen e interpretación de la obra del escritor y del filósofo, hasta entonces no bien comprendido, que, sin abjurar de la metafísica, busca en la realidad del conocimiento y en la experiencia la explicación de los fenómenos del alma y la rectificación de los sistemas históricos basados en la intuición especulativa.

El de Addison tiene la distinción, el encanto y la ternura de un retrato de la escuela de Van Dyck; el poeta, el ilustre escritor y el estadista se confunden en la noble expresión de aquel hombre de generosos sentimientos que manejó la sátira, honradamente, para combatir los vicios y corregir las costumbres, y no para zaherir a los hombres; detrás de él aparece el cuadro de su época, aquel tránsito del siglo XVII al XVIII, los tiempos de la reina Ana y de Pope, con sus luchas políticas y literarias, y el advenimiento de la casa de Hanover, con Jorge I, quien elevó al poeta al rango de ministro de la corona.

Tiene también su retrato, Dryden, a quien, según el autor, le corresponde, “por aclamación, el puesto más preferente y principal entre los poetas ingleses de segundo orden”, y a quien, no obstante haber sido cortesano de Carlos II, le asigna el papel de Cromwell de la revolución literaria de la época, revolución que consistió en imponer, sin formularlo, un código poético a lo Boileau, a fin de restablecer el orden literario y el buen gusto que eran mal llevados por las escuelas en boga.

El retrato de Burleigh le da pretexto para trazar el cuadro del reinado de Isabel, con toda su grandeza y sus miserias. Y es tan vivo y rico el colorido del fondo, en el que se pinta uno de los más animados y bellos capítulos de la historia de Inglaterra en pleno renacimiento de la política, de la ciencia, de las artes y de las letras, que la imagen del

ministro de la reina virgen aparece borrosa, para que resplandezca la figura de la gran soberana y la época de excepcional esplendor y poderío en que le tocó gobernar. Más vigoroso es el retrato de Hampden, el jefe del Parlamento Largo, cuya vida, según lo dice, desde el año 1640 hasta su muerte, es la historia de Inglaterra. Aparecen en el fondo las luchas del rey con el *Commonwealth*, y en medio de ellas, se ve la figura del caudillo, a quien el autor compara con Washington, que luego de poner su indómita energía al servicio de las libertades de su país, les entregó en holocausto su sangre y su vida.

Admirables son las semblanzas de los dos Pitt, dos retratos de gran estilo dignos de los modelos. Lord Chatham, “el gran burgués” uno de los más grandes oradores de la Cámara de los Comunes, el rival de Fox, el preclaro ministro de Jorge II y Jorge III, el ídolo de la Nación y el hombre de estado más temido en Europa, tuvo en él su gran biógrafo y su gran intérprete. El acento de este ensayo toma carácter patético cuando el escritor nos hace asistir a la llegada del noble lord al parlamento, conducido en brazos por sus criados, demacrado, pintado el rostro de mortal palidez, para hablar durante tres horas y media sobre el tratado de paz que debía poner fin a la guerra entre Francia y España; y, sobre todo, cuando, en pleno discurso, vemos desplomarse al gran orador sobre su escaño de la cámara de los pares, y enmudecer allí para siempre sus labios. Su hijo, William Pitt, recogió el cetro del padre, y lo honró luchando, en el parlamento y en el gobierno, por las libertades inglesas, con elocuencia soberana, hasta que, oscurecido su espíritu por la inquietud que la revolución francesa derramó sobre Europa, cayó en el extravío de atentar contra aquéllas.

Lord Clive y Warren Hastings, los dos virreyes de la India, le dan tema para evocar los países, los pueblos, las instituciones que él conoció; Mirabeau con su genio, y Barré con su alma torva y sanguinaria, le hacen evocar las glorias y los crímenes de la revolución francesa de 1789; Federico el Grande le sirve de pretexto para hacer una bella síntesis de la historia alemana del siglo XVIII y trazar un admirable retrato del rey de Prusia; y tantos más aún: los dos

Walpole, Guillermo Temple, y Southey y Montgomery y cuantos otros.

Mas, no hemos de olvidar el retrato del doctor Johnson, tan vigoroso, tan expresivo y tan humano como el del extravagante personaje que pintó Joshua Reynolds. Aparece en él el autor de *Rasselas* con todas sus manías, con todas sus flaquezas, con todas sus miserias, pero también en la plenitud de su talento literario. En medio de la turbamulta de escritores del siglo XVIII, la figura del escritor se levanta poderosa, para imponer su extraño carácter y su obra. Si no es este el mejor, es uno de los mejores retratos de Macaulay, como lo son también los detalles accesorios del mismo: el relato de las pintorescas aventuras del doctor, la evocación de su extraordinaria casa en el patio de *Fleet Street*, y del club de literatos y artistas de que fué alma y centro el original escritor. Junto a él se admira el retrato de Goldsmith, tan lleno de humorismo y de ingenio; y los pequeños croquis en que aparece Garrick, el actor, y Joshua Reynolds, el pintor, y Burke y Jones y muchos otros.

Los ensayos de Macaulay quedarán en la historia de la literatura del siglo XIX como modelos clásicos del género. Con ellos se piensa, se siente y se aprende. Sirven de disciplina al pensamiento, de alimento a la sensibilidad, y son fuente inagotable de enseñanzas. Hay en ellos, además, los elementos de un verdadero arte de composición literaria, de nobleza de lenguaje y de elevación de estilo. Su lectura, por fin, procura constantes e inesperados deleites.

## V

### EL ORADOR Y SUS IDEAS POLITICAS

Fueron pocos los discursos que Macaulay pronunció en los Comunes, pero ellos le conquistaron imperecedera fama. Así como el ensayo sobre Milton le valió obtener, de la mañana a la noche, la celebridad literaria, su primer discurso, que versó sobre el *bill* de la reforma parlamentaria de Inglaterra, fué bastante para consagrarlo como el primer ora-

dor de su época. Cuando terminó, el *speaker* le mandó llamar para decirle que nunca se había oído en el Parlamento tan elocuentes palabras. Los nombres de los grandes oradores fueron recordados con tal motivo. Roberto Peel declaró que muchos de los pasajes de aquel discurso eran superiores en belleza a cuanto se había dicho en los Comunes.

Es verdad que el momento histórico en que se pronunció aquel discurso, y los que le sucedieron, y el problema social y político que afrontó intrépidamente el orador, favorecieron su éxito.

La representación en el Parlamento inglés no era hasta entonces igualitaria; era más bien un privilegio que un derecho. Este privilegio era detentado por condados, ciudades y grandes señores, desde siglos atrás, por concesiones de los reyes. En cambio, grandes ciudades, como Manchester y Glasgow, y millares de súbditos no tenían el derecho del voto. Los reiterados esfuerzos hechos por eminentes hombres de estado no habían logrado quebrantar este sistema histórico que ponía muchos de los distritos electorales en manos de los grandes señores y terratenientes. A fines del siglo XVIII, de 558 comunes, 200 eran nombrados por 7.000 electores. El *bill* de 1831 tuvo por objeto establecer el sistema representativo en forma igualitaria y acordar el derecho electoral a todas las ciudades y distritos del reino. Aquel *bill* fué el complemento necesario de la Carta Magna, de la creación del Parlamento y de la revolución de 1688.

Los discursos que pronunció luego no hicieron más que confirmar aquel fallo y demostraron que éste no fué motivado solamente por el espíritu de libertad y justicia que encendió la elocuencia del orador, sino también por las extraordinarias condiciones de éste: la elegancia y elevación de la palabra, la clásica ordenación de las partes del discurso, la claridad del concepto, la eficacia de la argumentación y los arranques oratorios movidos por la sensibilidad y el entusiasmo que no era cosa corriente en el Parlamento inglés.

Los rasgos de elocuencia, los movimientos oratorios en que la palabra toma el acento, el vigor, la precisión y la elegancia de los grandes modelos justifican el juicio de Gladstone sobre el orador y aquella observación objetiva con

que lo comprueba: “levantarse él a hablar y llenarse los escaños era todo uno”. Dice uno de sus críticos al referirse al historiador que la prosa inglesa, en sus labios, se transformaba en las cláusulas de Salustio y de Tácito; sus discursos, sin apartarse de la gran tradición inglesa, se asemejan también, por su grandeza y elevación, a las oraciones de Cicerón y de Demóstenes.

Tenía rasgos de elocuencia soberana. En uno de sus discursos sobre la reforma parlamentaria, dirigiéndose en forma dramática al *speaker*, pronunció estas palabras que hicieron estremecer a todos los comunes: “Invoquemos aquellos privilegios que no en vano invocaron nuestros mayores el día que un rey sin fe invadió nuestra cámara con sus guardias, ocupó, Sr. Presidente, vuestra silla, e hizo que vuestro predecesor doblara la rodilla ante él”. En otra ocasión exclamó: “La ley no tiene ojos; la ley no tiene manos; la ley no es nada; nada más que una hoja de papel impresa en la imprenta real, con las armas del rey a la cabeza, hasta que la opinión pública inspira el soplo de vida a la letra muerta”. A quien invocaba viejas leyes del reino en desuso le replicó: “Somos legisladores, no somos anticuarios”.

Macaulay expresó en sus discursos sus ideas políticas y sociales. Dentro de su época, de su educación y del partido en que militó nadie le aventajó en aquel sentido claro de la libertad y aquel espíritu democrático, dentro de la tradición, que dieron singular relieve a su personalidad política. Todas las causas le tuvieron por paladín. Bregó por la libertad política, por la libertad religiosa, por la libertad civil, por la libertad humana. Procuró perfeccionar los instrumentos de derecho para realizar, más plenamente, la intervención del pueblo en la composición del parlamento, y la intervención del parlamento en el gobierno de la nación. “Niego que funcione bien un sistema mirado con aversión por el pueblo”, exclamó, y refiriéndose a los privilegios de los grandes señores, afectados por el *bill*, agregó que éste se fundaba “en un principio grande y robusto: priva a unos cuantos de un vasto poder; pero distribuye ese poder entre la gran masa de la clase media”. Refiriéndose a la monarquía y la aristocracia reconoció su valor y utilidad, pero agregó que eran

valiosas y útiles como medios, no como fines. “El fin del gobierno, dijo, es la felicidad del pueblo, y no concibo que, en un país como el nuestro, pueda promover la felicidad del pueblo ninguna forma de gobierno que no inspire confianza a la clase media”. Hizo graves cargos a la aristocracia inglesa porque resistía las reformas populares y le recordó el doloroso ejemplo de la aristocracia francesa decapitada por la revolución. “No quisieron tolerar a Turgot y tuvieron que soportar a Robespierre”, exclamó. Habló de los derechos naturales del pueblo con estas amenazadoras palabras: “El pueblo no tiene poder bastante para hacer las leyes, pero sí lo tiene para impedir su cumplimiento”. Hizo el elogio de la democracia y de las instituciones republicanas, y sostuvo la excelencia del sistema representativo.

Proclamó sin ambages sus ideas políticas. Defensor acérrimo de las libertades parlamentarias, exclamó en plena Cámara de los Comunes: “Soy enemigo del sufragio universal por creer que produciría una revolución destructora”, y pidió para los electores “determinadas circunstancias primarias”. Abrigaba el pensamiento de que “la nación no debe ser gobernada sólo por el número, sino también por la hacienda y la inteligencia”.

Estas limitaciones del concepto político, que están más en la época que en el hombre, no le impidieron proclamar la igualdad de derechos civiles de los judíos, defender y tutelar las libertades de los pueblos de la India, pugnar por la abolición de la esclavitud, luchar porque se respetasen las tradiciones civiles y religiosas de Irlanda, defender la libertad de enseñanza y hacer el proceso de los ataques que los ministros de la corona llevaron contra las libertades inglesas.

El discurso sobre propiedad literaria, en el que hay ideas que hoy serían de actualidad; el que pronunció con motivo de la revocación del *bill* de unión con Irlanda, en que combatió a O'Connell, y que tiene tanta actualidad como aquél; el que versó sobre el gobierno de la India en el que aplicó su experiencia e hizo, con singular valentía, el proceso de lord Ellenborough; el que se refirió a la Iglesia anglicana en Irlanda, en el que proclamó intrépidamente el respeto a la tradición católica de aquel país, y, por fin, el discurso en

que sostuvo la libertad de enseñanza son piezas memorables que se leen hoy, todavía, con singular interés y se leerán siempre con provecho.

En todos estos discursos brilló aquel sentimiento de libertad y de justicia y aquel sentido de dignidad que prevalecieron siempre en su espíritu, y que tomó su más elocuente forma en la admonición con que terminó su requisitoria en la Cámara de los Comunes sobre el *bill* de inhabilitaciones civiles de los judíos. “Al defender la libertad civil de los hebreos, creo defender la honra y los intereses de la religión cristiana. Creería insultarla si dijera que no puede sostenerse sin la ayuda de leyes intolerantes. Sin tales leyes se estableció y sin tales leyes puede mantenerse. Triunfó de las supersticiones de la nación más refinada y de la nación más salvaje, de la encantadora mitología de Grecia y de la sangrienta idolatría de las selvas septentrionales. Prevaleció sobre el poder y la política del Imperio romano. Domeñó a los bárbaros que derribaron aquel Imperio. Pero todas estas victorias no se ganaron con ayuda de la intolerancia, sino a despecho de la oposición presentada por la intolerancia. La historia entera del cristianismo demuestra cuán poco tiene que temer de la persecución como enemiga, pero cuánto debe temerla como aliada. Ojalá continúe largo tiempo siendo la bendición de nuestra patria con su benigna influencia, fuerte en su sublime filosofía, fuerte en su moral inmaculada, fuerte con aquel género de evidencia interna y externa ante las cuales se han dejado convencer las más vastas y poderosas inteligencias; último consuelo de los que han perdido toda esperanza terrena, último valladar para los que no arrodra ningún humano temor! Pero equivocándonos en la apreciación de su carácter e intereses, no vayamos a pelear en defensa de la verdad con las armas del error, tratando de sostener, con la opresión, aquella doctrina que primero enseñó a la raza humana la gran lección de caridad universal”.

## VI

### DESFILE DE SOMBRAS

Hay una bella página de Macaulay en la que deja correr la imaginación para expresar cómo debería escribir la historia de Inglaterra el historiador que él concebía. Esta página corresponde a 1828 y es, por lo tanto, muy anterior a la obra que escribió el autor en la que, si no logró realizar totalmente aquella concepción, que más parece imaginativa ficción que historia, se aproximó en lo posible a ella dentro del plan a que limitó el panorama de la historia inglesa. En aquella página de juventud soñaba con la evocación de los primitivos tiempos de la historia de Inglaterra a través de la poesía caballeresca, de los romances heroicos y de las crónicas populares, para ver desfilar a los caballeros de la época de Froissart y a los peregrinos que seguían a Godofredo Chaucer; aparecía el panorama de la sociedad inglesa con la majestad y la grandeza del trono y el esplendor de la corte; con los castillos feudales y las abadías y monasterios; con los torneos y las cacerías; con las ciudades colmadas de privilegios y las humildes aldeas y las miserables chozas de la población rural; con sus clases sociales y sus luchas; con su arte y su ciencia; con sus poetas, dramaturgos y filósofos; con su vieja religión y con su dramática Reforma; con sus grandes reyes y sus crueles y despóticos tiranos; con sus libertades y con sus cadenas; con su Carta Magna, y su Parlamento, y su Revolución, y sus reyes decapitados, y sus ministros y favoritos enviados al cadalso, trágica y gloriosa historia a través de la cual se fueron elaborando, con la libertad y la justicia, los derechos del hombre y los derechos del pueblo.

Todo eso que el historiador realizó en sus libros parece rodear y penetrar al curioso que ambula por las naves y capillas de la Abadía de Westminster y se detiene a soñar frente a los regios mausoleos. Basta entregarse al hechizo de los mármoles parlantes para sentir que todo aquello se anima y cobra vida.



Un hálito misterioso, que parece surgir del mausoleo de Eduardo el Confesor, agita los estandartes de los reyes, príncipes y caballeros que penden sobre las esculpidas sillerías del capítulo de la capilla de Enrique VII. Se oyen táctas pisadas; se escucha el ruido de encajes de armaduras y choques de armas; se desprenden los yelmos de hierro y los escudos que coronan los sitiales. Los señores se levantan de los mausoleos o abandonan los nichos y doseles en que duermen; se alzan espadas, picas, partesanas, ballestas y arcabuces; ondean estandartes, pendones, oriflamas y divisas. Resplandecen sobre los gules de las estofas los aureos leopardos de Inglaterra, el león rojo de Escocia rampa en campo de oro, el arpa de cuerdas de plata de Irlanda brilla sobre campo de azul, destellan el rastrillo aureo y las cadenas de la Casa de Tudor, la barra jaquelada de los Estuardos, la margarita de los Richmond, el dragón de Cadwallard, los lebriles de los Neville, los lises de los Beaufort, las barras de gules y de sable de los Buckingham, la rosa roja de la casa de Lancaster, la rosa blanca de los York, y, junto a éstos, los primitivos blasones de los reyes daneses y sajones, de los señores feudales que acaudilló Guillermo el Conquistador, de los que acompañaron en las Cruzadas a Ricardo Corazón de León, de los que aclamaron a Juan Sin Tierra cuando proclamó la Carta Magna, de los barones que creó Jacobo I que ostentan en sus blasones la mano ensangrentada del escudo de Ulster, de los que combatieron en la Guerra de Cien Años y en la de las dos rosas, de los que fueron sacrificados en las conjuras de la época de Enrique VIII, de Elizabeth y del Protector, de los que vieron rodar la cabeza de María Estuardo y de Carlos I. Grandiosa muchedumbre formada por reyes, príncipes, obispos, grandes damas, mancebas, favoritos, Lores de Inglaterra, Pares de Escocia, Caballeros de la Jarretiera, Consejeros de Estado, Presidentes del Parlamento, burgueses, soldados.

¡Macabra procesión de espectros! Debajo de las coronas y diademas, de los resplandecientes yelmos y corazas, de los mantos de púrpura y de las enjoyadas vestiduras se adinvan, como en los frescos de Orcagna, careomidos rostros,

órbitas vacías, descarnadas manos, míseros esqueletos. Algunos de ellos llevan la decapitada cabeza entre las manos.

Eduardo el Confesor adelanta con melancólico y adusto continente, ceñidas las sienes con la corona de hierro de los antiguos reyes sajones, cubierta la armadura por el manto real, mascullando salmos que los monjes que le hacen séquito repiten en bárbaro latín. Va tras él Guillermo el Conquistador, el antiguo duque de Normandía, resplandeciente en su armadura de plata, precedido de trompeteros que entonan la canción de Rolando y de caballeros que conducen el escudo que el monarca embrazó en la batalla de Hastings. Detrás viene su hijo, Guillermo II el Rojo, cuya sangrienta cabellera desborda de la corona real y en cuyo peto trae clavada la flecha con que Walter Tyrrel le atravesó el corazón. Aparece en seguida la sombría y solitaria figura de Enrique I, el rey que no volvió a sonreír desde que vió perecer al príncipe su hijo. Pasa el segundo Enrique, cuyo nombre está mezclado, en las baladas de su tiempo, con el de Rosamunda, la más bella mujer que jamás se vió en Inglaterra, y cuya vida fué abreviada por aquella terrible maldición que lanzó contra sus hijos cuando los supo complicados en la conjuración de los barones. Le sigue el espectro de Ricardo Corazón de León, el héroe de las Cruzadas y el vencedor de los caballeros sarracenos. Sobre su humilde hábito de peregrino viste la armadura recamada de oro cuyo peto está quebrado por la flecha que le arrancó la vida. Detrás de él, sosteniendo el arpa, y el escudo del rey, va el trovador que le halló cargado de hierros en el ducado de Austria, y de sus barones precedidos de heraldos que proclaman sus motes. Pasa Juan Sin Tierra, el rey que en presencia del pueblo dobló la rodilla ante el legado del Pontífice Inocencio y puestas sus manos en las del Cardenal rindió pleito homenaje a la Iglesia y al Papa, y luego, rodeado de los barones del reino, proclamó la Carta Magna, código de las libertades inglesas. Detrás de él desfilan Enrique III, el monarca del largo reinado que creó la casa de los Comunes, y Eduardo I, el de las largas piernas, y Eduardo II el martirizado, y el tercer Eduardo, el héroe de la batalla de Crecy, donde sus arqueros hicieron prodigios de valor, el monarca que en el baile recogió,

galantemente, la liga que se le cayó a la Condesa de Salisbury y, al ponerla en manos de su dueña, dijo "*Honni soit qui mal y pense*", con lo que creó el mote del escudo de Inglaterra y la orden de la Jarretiera. Le hacen escolta la enlutada reina madre, que vistió de duelo desde que el rey apresó en el castillo de Nottingham a su favorito y lo hizo colgar, y su hijo, el Príncipe Negro, vestido con sus fúnebres armas. Ricardo II, hijo del enlutado príncipe, pasa apoyado en su valido, Salisbury, y rodeado de sus tutores, los duques de York, de Buckingham, de Gloucester y de Lancaster, aquél que encerró al rey en la torre de Londres y le obligó a abdicar para colocarse sobre la frente, oscurecida por la traición, la corona de Inglaterra. Enrique IV el usurpador, se aproxima a sus barones quienes alzan unidos los escudos de York y de Lancaster, la rosa blanca y la rosa roja que durante largos años hicieron correr ríos de sangre en el reino. Tras él va el quinto Enrique, y Enrique VI sobre cuya armadura se refleja el resplandor de la hoguera en que pereció la santa heroína de Francia, Juana de Arco, y en cuya trágica frente, de la que cayó la corona, se adivina el sangriento drama en el que Gloucester y Clarence apuñalaron, en su presencia, al príncipe, su hijo, y luego le asesinaron sin piedad. Y pasan Eduardo IV, y el desventurado Eduardo V, y Ricardo III, el otro usurpador, agobiado por sus crímenes, verdugo de sus hermanos y de sus tiernos sobrinos, destructor implacable de su propia simiente, en cuyo pecho sangran las heridas por cuyas bocas se le fué la vida en el campo de batalla de Bosworth. Tras Enrique VII aparece el espectro de Enrique VIII, rodeado de sus cinco mujeres, dos de las cuales, Ana Bolena y Catalina Howard, llevan en las manos las ensangrentadas cabezas que cayeron en el tajo de la Torre de Londres; y pasa Eduardo V, y la reina María, e Isabel la grande, y Carlos el desventurado.

Los Plantagenets, los Tudor, los Estuardo, los York, los Lancaster, todas las antiguas dinastías no tienen poder bastante para evitar que se levante de su tumba el espectro del Protector y se aposente, con los miembros del Parlamento Largo, en una de las naves del templo, y desafíe al poder real con la Carta Magna, y recuerde a los reyes que el cuer-

po de Carlos I yace decapitado en su mausoleo. La corona de Inglaterra sobre la frente de los últimos Estuardo, de Guillermo de Orange, de la reina Ana, de los Jorges, del cuarto Guillermo, de la reina Victoria resplandece con nuevo fulgor. La reyecía, conciliada con el pueblo y con la libertad, ha creado definitivamente el imperio, y con él, junto a la pompa del trono, se erigen las instituciones populares y la democracia se ampara del alma de la nación, amasada con la tradición de largos siglos, con las inmarcesibles glorias de sus reyes, de sus conquistadores y de sus caudillos; enriquecida por la voz inspirada de sus poetas y de sus escritores; nutrida por las doctrinas de sus teólogos y de sus filósofos; embellecida por la obra de sus artistas; convertida en fuerza rectora que desborda las fronteras para llevar la influencia de su cultura, de sus ejemplares instituciones, de su concepción del hombre, de la sociedad y de la vida a todos los pueblos de la tierra.

Los fantasmas se disipan y vuelven los muertos a sus tumbas. Al trasponer el pórtico ojival que abre sobre la explanada, la masa del palacio del Parlamento aparece junto al Támesis, envuelta en la niebla. Los pináculos góticos se pierden en el cielo, pero desde la vereda que bordea el parapeto se ve, detrás de él, la estatua del Protector que parece vigilar el monumento, que es como el paladión de las libertades y de los derechos de Inglaterra. De aquella urna de piedra resonante se desprende, todavía, el eco de la voz de los grandes oradores que defendieron los principios inscriptos en la Carta Magna ratificados por la revolución de 1688. Entre la arrebatadora elocuencia de los Burke, de los Walpole, de los Chatham, de los Fox, de los Pitt, de los Canning, de los Peel parece que se escuchan las inspiradas palabras con que Macaulay defendió el *bill* de la reforma parlamentaria de 1831, palabras que hoy, a más de un siglo de distancia, siguen teniendo tremenda actualidad. “Adonde quiera que nos volvamos, adentro, afuera, la voz de grandes acontecimientos nos excita a llevar adelante esta reforma. Ahora, pues, cuando en el interior y en el exterior todo anuncia ruina a los que persisten en lucha desesperada contra el espíritu de los tiempos; ahora, mientras aun resuena en nuestros oídos el es-

trépito que hizo al caer el trono más orgulloso del continente; ahora que el techo de un palacio británico ofrece albergue al desterrado heredero de cuarenta reyes; ahora, cuando por todas partes vemos caer las antiguas instituciones y disolverse grandes sociedades; ahora, mientras el corazón de Inglaterra está todavía sano, mientras antiguos sentimientos y antiguas memorias conservan un poder y un encanto que muy pronto tal vez puedan desaparecer; ahora, en tiempo oportuno, en este día de salvación, tomad consejo, no de las preocupaciones, no del espíritu de partido, no del ignominioso orgullo de una fatal obstinación, sino de la historia, de la razón, de las edades pasadas, de los signos que evidencian nuestra portentosa época. Declaráos de una manera digna de la expectación que ha hecho nacer este debate y de la larga memoria que dejará una vez terminado. Renovad la juventud de la nación. Salvad a la multitud, puesta en peligro por sus indómitas pasiones. Salvad la aristocracia a quien hoy pone en peligro su impopular poder. Salvad al pueblo más grande, más noble y más civilizado de cuantos han existido, de las calamidades que pueden en pocos días hacer desaparecer toda la rica herencia de tantos siglos de sabiduría y de gloria. Terrible es el peligro; el tiempo, breve. Si este *bill* fuera rechazado, pido a Dios que ninguno de cuantos voten en contra pueda recordar jamás su conducta con implacable remordimiento, en medio del naufragio de las leyes, de la confusión de clases, del despojo de la propiedad y de la disolución del orden social”.

Palabras proféticas y sabio y generoso consejo que, Inglaterra, madre de la libertad, que ha sabido conciliar los principios de la democracia con las exigencias de la tradición histórica que es base y fundamento de la nación británica, supo escuchar de labios de su tribuno y seguirlo ejemplarmente. El *bill* de reforma parlamentaria de 1831, que dió representación equitativa a toda la nación, puede ser incorporado a la Carta Magna, al *bill* de *Habeas Corpus* y al *bill* de 1688, todo lo cual constituye el verdadero monumento de las libertades inglesas y de la democracia universal.



# INDICE

	<u>Págs.</u>
INICIACION DEL MODERNISMO LITERARIO EN EL URUGUAY .....	5
“EL PARNASO ORIENTAL” .....	63
DELMIRA AGUSTINI .....	75
EMILIO FRUGONI. — El poeta de la ciudad .....	83
“LA COMARCA Y EL MUNDO”. — Antecedentes de la experiencia. — La experiencia. — El regreso	93
LA GUERRA GRANDE. — Capítulo I. La iniciación. — Capítulo II. Los protagonistas. — Capítulo V. Primera campaña del General Rivera (1843-1845)	117
ALEJANDRO DUMAS, ROSAS Y MONTEVIDEO	235
LA HERMANDAD PLATENSE .....	247
EL HEROE ESENCIAL .....	259
DON JOSE DE BUSCHENTAL. — I. El gran señor. — II. Cabeza a pájaros. — III. La última visita	269
LA ACADEMIA .....	277
LA MUERTE DE DON QUIJOTE .....	293
LA TRISTEZA DEL BUSCON. — I. El Buscón. — II. “El gran tacaño” .....	307
EL CONDE DE FLORIDABLANCA .....	313
LA “CIUDAD” COLONIAL .....	329
LA EMPERATRIZ DE LAS INDIAS .....	349
DON BALTASAR DE ARANDIA .....	375
EL OBISPO DE LA REVOLUCION .....	385
EL ANTIGUO REGIMEN .....	393
LA CATEDRAL DE MONTEVIDEO Y SU RES- TAURACION .....	415
“AMERICA LA BIEN LLAMADA” Y AMERICO VESPUCIO .....	443
UNA LECTURA DE HORACIO .....	461
SAN FRANCISCO EN LA DIVINA COMEDIA .....	477

INDICE

	Págs.
EVOCACIONES EN MILAN. — I. Dos renacimientos. — II. El ducado de Milán. — III. En la Basílica Ambrosiana .....	483
UNA ESCULTURA DE LEONARDO .....	499
COMENTARIOS SOBRE BOILEAU. — I. El preceptista y el poeta. — II. Los malos poetas y la anécdota .....	507
LAS PARADOJAS DE JUAN JACOBO. — I. El penitente de las "Confesiones". — II. Las incapacidades de Rousseau. — III. Lo contradictorio .....	515
COMENTARIOS SOBRE WALTER SCOTT. — I. El "Border Minstrel". — II. Novela e historia. — El poeta .....	525
ENCUENTRO CON LORD MACAULAY. — I. En la Abadía de Westminster. — II. El hombre, el escritor y la cultura. — III. El historiador. — IV. El ensayo. — V. El orador y sus ideas políticas. — VI. Desfile de sombras .....	539





